Pedro Sucar Delso

Señor Don Alejandro Gimenez

Frenillo

AÑO CRISTIANO,

ó

EJERCICIOS DEVOTOS

PARA TODOS LOS DIAS DEL AÑO.

FEBRERO.

Varios Prelados de España han concedido 2480 dias de indulgencia á todos los que leyeren ú oyeren leer un capítulo ó página de cualquiera de las publicaciones de la LIBRERÍA RELIGIOSA.

AÑO CRISTIANO,

ó

EJERCICIOS DEVOTOS PARA TODOS LOS DIAS DEL AÑO;

ESCRITO EN FRANCÉS

POR EL P. JUAN CROISSET,

DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS,

Y TRADUCIDO AL CASTELLANO

por el P. José Francisco de Isla,

de la misma Compañía:

ADICIONADO CON LAS VIDAS DE LOS SANTOS Y FESTIVIDADES QUE CELEBRA LA IGLESIA DE ESPAÑA, Y QUE ESCRIBIERON

LOS PP. FR. PEDRO CENTENO Y FR. JUAN DE ROJAS,

DE LA ÓRDEN DE SAN AGUSTIN.

ÚLTIMA Y COMPLETA EDICION,

ESMERADAMENTE CORREGIDA Y NUEVAMENTE ADICIONADA CON EL **MARTIROLOGIO ROMANO** ÍNTEGRO, LOS SANTOS RECIEN APROBADOS, HIMNOS Y SECUENCIAS QUE CANTA LA IGLESIA Y UN ÍNDICE ALFABÉTICO DE LOS NOMBRES DE TODOS LOS SANTOS QUE PUEDEN IMPONERSE Á LOS BAUTIZANDOS.

FEBRERO.

Con aprobacion del Ordinario.

BARCELONA:

LIBRERÍA RELIGIOSA.—IMPRENTA DE PABLO RIERA,

calle den Robador, núm. 24 y 26.

1862.

BIBLIOTECA AVELINO HERNANDEZ

AÑO CRISTIANO,

ó

EJERCICIOS DEVOTOS

PARA TODOS LOS DIAS DEL AÑO.

FEBRERO.

DIA PRIMERO.

MARTIROLOGIO.

El dia de san Ignacio, obispo y mártir, el tercero que rigió la iglesia de Antioquía despues de san Pedro, apóstol; en la persecucion de Trajano fue condenado á las bestias, y despues por órden del mismo conducido preso á Roma, donde en presencia del Senado fue atormentado cruelmente, y despues echado á los leones, los cuales con sus garras le devoraron haciéndole verdadera víctima de Jesucristo. *(Véase su vida en las del dia 2 de marzo).*

San Pionio, presbítero y mártir, en Esmirna, el cual habiendo escrito apologías en defensa de la fe católica, despues de haber estado preso en una asquerosa cárcel, en donde con sus exhortaciones animó á muchos de sus hermanos á padecer el martirio, fue atormentado con diverso género de tormentos, y cosido con clavos que le atravesaban, le quemaron vivo, alcanzando así la corona del martirio. Con él padecieron tambien otros quince mártires.

San Severo, obispo, en Ravena, el que por sus esclarecidos merecimientos fue electo obispo, habiendo sido milagrosamente señalado por una paloma.

San Pablo, obispo, en San Pablo de Tres-Castillos, ciudad de Francia, cuya vida resplandeció con virtudes, y su preciosa muerte con milagros.

San Efren, diácono de la iglesia de Edesa, el mismo dia, el cual, despues de haber padecido muchos trabajos por defender la fe de Jesucristo, esclarecido en santidad y doctrina murió en el Señor, siendo emperador Valente.

Santa Brígida, vírgen, en Escocia, la cual en testimonio de su virginal pureza, habiendo tocado la madera del altar, reverdeció inmediatamente. *(Véase su vida en las de este dia).*

La bienaventurada Veridiana, vírgen, del Órden de Valle-Umbrosa, en el Castillo Florentino de Toscana.

Y en otras partes otros muchísimos santos Mártires y Confesores, y santas Vírgenes.

Todos los dias se añaden estas últimas palabras al fin de cada Martirologio.

SANTA BRÍGIDA DE ESCOCIA, VÍRGEN.

Maravilloso es Dios en sus obras é infinita su bondad, pues saca bien de nuestros males, y por los pecados de los padres no condena las almas de los hijos; antes muchas veces escoge de las espinas rosas, y produce luz de la oscuridad de la noche. Vese esto ser verdad en la vida de santa Brígida, vírgen escocesa, que fue de esta manera:

Hubo en Escocia un hombre llamado Duptaco, que compró una esclava de buen parecer y de buenas costumbres, á la cual se aficionó de manera, que quedó preñada de él. La mujer de Duptaco cuando supo el mal recado, sintiólo mucho: indignóse contra su marido, y procuró que vendiese la esclava y la echase de su casa; y no bastaron ruegos, ni amonestaciones, ni aun algunas revelaciones que tuvieron dos obispos, siervos de Dios, del tesoro que tenia la esclava en su vientre, para que se sosegase la buena mujer, hasta que vió la esclava fuera de su casa. Parió á su tiempo una hija, y llamáronla Brígida, y siendo ya algo crecida en edad, el padre la trajo á su casa, y allí la crió con mucho cuidado, porque era muy honesta, humilde, callada, obediente, y sobre todo muy caritativa y limosnera, dando á los pobres todo lo que podia haber de la casa de su padre. Con esta tan grande virtud del alma se juntaba una extremada belleza del cuerpo y particularmente del rostro, y una lindeza de ojos que robaba los corazones de los que la miraban. Pretendieron muchos casarse con ella por su rara hermosura. Su padre le habló, y le dijo que escogiese por marido uno de los muchos que la pedian; porque él ya no se podia valer con ellos ni sabia qué responderles: mas Brígida tenia otros intentos, y deseaba sobremanera tomar á Jesucristo solo por su esposo y consagrarle su perpétua virginidad; y sabiendo que la hermosura de sus ojos era la que hacia guerra, se puso en oracion, y con grande afecto y muchas lágrimas suplicó á Nuestro Señor le afease el rostro de suerte, que ninguno la codiciase ni la quisiese por mujer. Oyóla el Señor, y el un ojo se le reventó y se resolvió con un poco de agua. Quedó la santa doncella tan fea, que ninguno la pidió mas por mujer; antes su padre le dió licencia para entrar en un monasterio de monjas á servir á Nuestro Señor, que era lo que ella tanto deseaba. Al tiempo de tomar el velo de mano del obispo, que se llamaba Machila, discípulo de san Patricio, vió el obispo sobre la cabeza de Brígida una columna de fuego, y bajando ella la cabeza, tocó con su mano el pié del altar,

que era de madera seca, y luego en tocándola reverdeció, y el ojo de la vírgen quedó sano, y su rostro tan hermoso como antes; porque el Señor no quiso que la que por no perder su limpieza habia querido perder la belleza del cuerpo, quedase con fealdad alguna. Cosa seria larga de referir las raras y excelentes virtudes de esta sagrada vírgen, y los muchos y grandes milagros que el Señor obró por ella, pero dirémos algunos.

Convidóla una vez una doncella; y estando en la mesa vió santa Brígida un demonio que estaba sentado junto á la doncella que la habia convidado. Preguntóle la Santa qué hacia allí, y á qué habia venido. Y él respondió que la flojedad y pereza de aquella doncella le habia traido, porque hallaba muy buena morada en ella; y como el demonio respondiese estas palabras claramente y de manera que la doncella las pudo oir, y hecha la señal de la cruz sobre sus ojos, habia visto á aquella bestia espantosa echar llamas de su cabeza, reconoció su culpa, y enmendó su vida, y de allí adelante quedó libre de aquel mónstruo infernal.

Trajo una mujer ciertas manzanas presentadas á santa Brígida á tiempo que unos pobres leprosos llegaban á la puerta á pedir limosna. Díjola la vírgen que diese las manzanas á aquellos pobres; y la mujer, ó por asco ó por miseria, no se las quiso dar, y respondió que para ella y para sus monjas, no para los leprosos, habia traido las manzanas. Reprendióla Brígida, y con espíritu profético le dijo que en castigo de aquel pecado se secarian los árboles de su huerta, y perpétuamente serian estériles, y así fue. Una mujer flaca y ruin parió un hijo, y para cubrir su maldad echó la culpa á un santo obispo, diciendo que habia concebido de él. Llamóla santa Brígida, y preguntóla cuyo era aquel hijo; y ella con mucha desenvoltura y desvergüenza dijo que era del obispo. Entonces Brígida hizo la señal de la cruz sobre la boca de la mujer, y al momento se le hinchó la lengua y la cabeza. Hizo asimismo la cruz sobre la lengua del niño, y preguntóle quién era su padre; y respondió el niño que no era el obispo, sino un vil y desdichado hombre: y con esto se supo la verdad, y el obispo quedó con su honra, y la pobre mujer hizo penitencia de su pecado, y loaron todos al Señor. Una doncella principal, hija de un gran señor, habia dedicado su virginidad con voto y tomado á Cristo por esposo; pero el padre hizo fuerza á su hija para que se casase. El dia de las bodas, estando el convite aparejado, la doncella secretamente huyó de la casa de su padre, y se fué, como á sagrado, á santa Brígida. Siguió el padre á

su hija con mucha gente de á caballo para sacarla por fuerza. Viólos venir santa Brígida, é hizo la señal de la cruz en tierra, y luego quedaron los hombres y los caballos como si fueran de piedra. Reconoció la mano de Dios el padre, hizo penitencia de su culpa, y con esto quedaron libres, y la hija perseveró en su santo propósito. Vinieron dos leprosos á santa Brígida para que los sanase: ella hizo oracion, y echó la bendicion sobre un poco de agua, y díjoles que el uno al otro se lavasen con aquella agua. El uno de los dos quedó limpio; y diciéndole la santa vírgen que lavase á su compañero, estuvo tan contento con la salud que habia alcanzado, y tan temeroso de perderla, que no se atrevió á lavar á su compañero porque no se le pegase la lepra: mas luego se halló lleno de ella, y vió á su compañero sano por la oracion de la santa vírgen. Habia en el monasterio de santa Brígida una monja de buen parecer y poca edad, muy fatigada de pensamientos sensuales, á los cuales ella habia dado ocasion por haber puesto los ojos con poco recato en un hombre perdido. Crecia la llama de la torpe aficion, y el demonio, como suele, la atizaba, y no dejaba reposar á la pobre monja (tanto importa el guardar las puertas de nuestros sentidos, por las cuales entra la muerte en el alma); y estando ya para caer, haciendo santa Brígida oracion por ella (porque el Señor le habia revelado lo que pasaba), la monja inspirada de Dios tomó un poco de fuego, y con los piés descalzos le comenzó á pisar; y de esta manera con un fuego venció otro fuego, y con el dolor del cuerpo el ardor carnal que la atormentaba. El dia siguiente le habló santa Brígida, y le dijo: «Por«que esta noche peleaste valerosamente, y el fuego de la lujuria no «te acabó de abrasar, de aquí adelante serás libre de él, no caerás «en el del infierno;» y con esto hizo oracion por ella, y luego quedó sana de las llagas de los piés que le habia hecho el fuego, y libre de las tentaciones que la acosaban. Una vírgen que se llamaba Daria, era ciega: rogó á santa Brígida que le echase la bendicion sobre sus ojos para que viese: hízolo la Santa, y Daria luego cobró la vista perfectamente; mas alumbrada con otra luz interior, conoció que todo lo que podia ver en este mundo era perecedero y caduco, y que muchas veces lo que vemos con los ojos del cuerpo es embarazo é impedimento para el alma, y tornó á rogar á santa Brígida que le restituyese su ceguedad. Hizo la Santa oracion, y con ella cerró los ojos que antes habia abierto. Una matrona noble de Escocia tenia una hija muda de su nacimiento, y siendo de doce años la llevó á santa Brígida, la cual, tomando de la mano la ni-

ña, la dijo: «¿Quieres por amor de Cristo guardar la pureza de tu «cuerpo y ser perpétuamente vírgen?» Respondió la madre que su hija era muda y no sabia hablar. Á esto dijo la santa vírgen: «Pues yo no la dejaré de la mano hasta que me responda.» Luego habló la niña, y dijo que haria lo que le mandase; y permaneció en virginidad, y de allí adelante habló perfectamente. Concertáronse nueve hombres de matar á otro: súpolo santa Brígida, y rogóles que no lo hiciesen, y que desistiesen de aquella maldad. Ellos estaban tan obstinados, que no pudo hacer mella ni ablandar sus duros corazones: volvióse á Dios, y suplicóle que atajase aquella ofensa suya; y el dia que ellos iban á ejecutar su mal intento, vieron la figura de aquel hombre que iban á matar, y creyendo que era el mismo hombre, dieron tras él, y diéronle muchas heridas, y dejáronle por muerto, y como victoriosos se fueron á santa Brígida dándole cuenta de su gozo y triunfo. La Santa les declaró que aquel que pensaban haber muerto no era verdadero hombre, sino una fantasma y sombra de su enemigo; y con esto ellos reconocieron su culpa y enmendaron sus vidas. Otros muchos milagros hizo Nuestro Señor por santa Brígida: muchos ciegos cobraron vista, muchos mudos habla, muchos leprosos y otros enfermos entera salud. Por su oracion convirtió el agua en cerveza, y un rio caudaloso mudó su corriente, y echó por otra parte; y, lo que es mas, muchos hombres perdidos, por sus santas amonestaciones dejaron sus vicios y pecados, y se recogieron al puerto de la santa Religion, donde vivieron y acabaron santamente en servicio del Señor. Finalmente, habiendo santa Brígida corrido felicísimamente su carrera, y padecido grandes trabajos por Jesucristo su esposo, supo su muerte, y avisó de ella á una doncella que ella habia criado, señalándole el dia en que habia de salir de esta vida, é ir á gozar de su Esposo, en cuyas manos dió su puro espíritu en la isla de Hibernia el primer dia de febrero del año del Señor, segun Sigiberto, de 518, y segun Mariano Escoto el de 521, imperando Justino el mas viejo. Escribió la vida de santa Brígida un autor llamado Cogitoso, como dice el cardenal Baronio, aunque esta vida no está impresa. Otra trae Surio en su primer tomo, que es la que nosotros habemos seguido. Hace de ella mencion el Martirologio romano, y dice, que en testimonio de su virginidad, tocando el madero del altar, luego reverdeció, como dijimos. Tambien hacen mencion de ella los otros Martirologios, de Beda, Usuardo y Adon, y el cardenal Baronio en sus Anotaciones, y en el séptimo tomo de sus Anales. Pues ¿quién no ve en esta vida de santa Brigi-

da, vírgen, las grandezas y maravillas de la bondad de Dios, que del pecado de sus padres sacó una joya tan preciosa como esta santa vírgen, y de una madre esclava á la que habia de librar del cautiverio y servidumbre del pecado á tantas almas? ¿Cómo pudo caber en tan vil y frágil vaso de una niña esclava, tanta nobleza de condicion, tanto amor á la virtud y tan encendido deseo de la pureza virginal, que por no perderla quisiese perder los ojos y aquella belleza con que las mujeres andan tan vanas y locas? Como se ve, ¿cuán suave y benigno es el Señor para con los que le sirven, pues restituyó á Brígida la hermosura de su rostro que para su bien y por su ruego antes le habia quitado? Y así no es maravilla que la que tan bien habia sabido guardar su pureza virginal y hacer de sí sacrificio á Dios alcanzase con sus oraciones para con las otras doncellas el mismo don, y que librase al santo é inocente obispo de la calumnia que la mala mujer le habia impuesto, ni que Dios nuestro Señor haya obrado por esta santa vírgen las maravillas que aquí quedan referidas. Él sea bendito, alabado, glorificado y ensalzado por lo que es en sí mismo y por lo que hace por sus Santos. Amen.

SAN CECILIO, OBISPO DE ILIBERI Y MÁRTIR.

Uno de aquellos siete celebérrimos prelados que enviaron á España los príncipes de los Apóstoles san Pedro y san Pablo autorizados con el carácter episcopal para que la ilustrasen con la luz del Evangelio fue san Cecilio, cuya memoria es y ha sido célebre en la nacion, y con especialidad en Granada y en toda su diócesi, desde el primer siglo de la ley de gracia. No nos consta cosa cierta en órden de su patria, padre, ni primera educacion, porque la injuria del tiempo robó á la posteridad estas importantes noticias; pero sabemos que vino á España con san Torcuato, Tesifonte, Esiquio, Eufrasio, Indalecio y Segundo con el noble objeto de desengañar á los naturales de los crasos errores en que se hallaban por entonces imbuidos, siguiendo las necias supersticiones del gentilismo.

Para evitar la repeticion molesta de las actas, que son comunes á todos los siete ilustres Obispos, remitimos al lector al dia 15 de mayo, en el que se trata de su carácter, de su mision y de su entrada en la nacion hasta que llegaron juntos á Guadix, donde á virtud de la portentosa maravilla que obró el Señor en aquella ciudad para recomendar el mérito de estos emisarios comenzaron la conquista de

los infieles. Quedó Torcuato por obispo en Guadix cuidando del rebaño de Jesucristo, primer fruto de las tareas de todos; y repartiéndose sus seis compañeros por diferentes pueblos de la Península, se condujo Cecilio á Iliberi, una de las ciudades mas antiguas y mas famosas por entonces de la Bética ó de la Andalucía, por la que se entiende hoy Granada: donde puede decirse con verdad que estaba por desmontar la viña del Señor, puesto que se hallaba en aquel pueblo numeroso una multitud de paganos tributando culto á los mas torpes simulacros bajo el velo de deidades, á quienes ofrecian los sacrificios mas horrendos, segun el carácter de los impíos oráculos que consultaban en los ídolos. Sintió Cecilio en el alma la ceguedad de aquellas gentes envueltas en las miserables sombras de la muerte por su adhesion á unos ritos tan execrables; y encendido en el mismo fuego con que salieron los Apóstoles del cenáculo para la conquista del mundo, comenzó á predicar las infalibles verdades del Evangelio con tanto espíritu y con tanto valor que, desengañados muchos paganos de la preocupacion en que vivian, sujetaron su cerviz al suave yugo de la ley de Jesucristo. Era el santo Obispo uno de los hombres mas célebres en toda clase de erudicion, naturalmente elegante; y acompañadas estas recomendables cualidades con aquellas singulares gracias que el Señor concedió á los varones apostólicos en los principios de la Iglesia para que facilitasen la admision del Evangelio en un mundo idólatra, no pudieron resistirse los infieles á sus convincentes sermones. Mucho contribuyó para dar á su predicacion mas eficacia su apostólico desinterés, su afabilidad, su dulzura, y sobre todo la confirmacion de su doctrina con repetidos milagros.

No fue solo la conversion de los gentiles la que se debió á la actividad de este celoso operario del Padre de familias. Habia en Iliberi gran número de judíos de aquellos que se establecieron en España en su dispersion por todo el orbe, los cuales esperaban, como hoy esperan los pérfidos profesores de su secta, al Mesías prometido; y condolido Cecilio de un error tan enorme, les manifestó con su acostumbrada erudicion que todos los oráculos y todas las profecías del Antiguo Testamento tuvieron su cumplimiento literal en la persona de Jesucristo, á quien crucificaron los de su nacion, á pesar de los evidentes milagros con que confirmó su divinidad.

Reducidos al verdadero conocimiento no pocos judíos y paganos, así en Iliberi, como en otros puntos de la comarca donde predicó el ilustre Prelado ansioso de dilatar el reino de Jesucristo, enseñó á los

fieles que habia conquistado el modo de celebrar los oficios y sacrificios divinos, para que tributasen al Señor el culto y debidas alabanzas; y estableciendo su cátedra episcopal en Iliberi, continuó en el cultivo de aquella viña recien plantada con aquella actividad y con aquella vigilancia que era propia de su celo verdaderamente apostólico, haciendo que floreciese entre aquellos naturales la pureza de la fe con el fervor que tanto elogian los Padres en los primitivos cristianos.

Tambien se dice que escribió algunos tratados utilísimos llenos de mucha instruccion, no extraña en un hombre tan sábio; pero estos y otros ilustres hechos que se refieren del Santo en las láminas que se descubrieron en el Sacro Monte de Granada no nos atrevemos á sentarlos por ciertos hasta que el oráculo de la Iglesia declare la legitimidad de aquellos monumentos que se mandaron llevar á Roma para el exámen que exigen las noticias de su clase.

Finalmente, ofendidos los gentiles de las conversiones que cada dia hacia para Jesucristo el celosísimo Prelado de los muchos infieles que desertaban de la idolatría, determinaron darle muerte valiéndose de la oportunidad que para ello les ofreció la cruel persecucion que movió contra la Iglesia el emperador Neron, en la que consiguió la corona del martirio en el dia 1.° de febrero. Algunos escritores nos dicen que fue quemado en el monte Ilipulitano, llamado despues Valparaíso y hoy Monte Sacro; pero aunque no nos consta con certeza este género de suplicio, como ni los tormentos que le hicieron padecer sus perseguidores, se cree serian inhumanos, bajo el supuesto de que procedian con mayor crueldad los gentiles contra los jefes ó cabezas de los Cristianos, persuadiéndose que les seria mas fácil reducir á los súbditos al culto de sus dioses, intimidándolos con la horrorosa carnicería que ejecutaban con sus prelados.

La Misa es en honor de san Cecilio, y la Oracion la que se sigue:

Deus, qui nos per beatum Cœcilium martyrem tuum atque pontificem ad agnitionem tui nominis venire tribuisti; concede propitius: ut per quem superni muneris rudimenta suscepimus, per eum subsidia perpetuæ salutis impetremus. Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Ó Dios, que nos concediste venir al conocimiento de tu adorable nombre por medio de la predicacion de tu bienaventurado mártir y obispo san Cecilio; haced piadoso que logremos las gracias necesarias para conseguir la salud eterna, por medio de aquel mismo por quien nos dispensaste los rudimentos primeros de la fe. Por Nuestro Señor Jesucristo...

La Epístola es del capítulo 1 *del apóstol Santiago.*

Carissimi: Beatus vir, qui suffert tentationem: quoniam cum probatus fuerit, accipiet coronam vitæ, quam repromisit Deus diligentibus se. Nemo, cum tentatur, dicat, quoniam à Deo tentatur. Deus enim intentator malorum est: ipse autem neminem tentat. Unusquisque vero tentatur à concupiscentia sua abstractus et illectus. Deinde concupiscentia cum conceperit, parit peccatum: peccatum vero cum consummatum fuerit, generat mortem. Nolite itaque errare, fratres mei dilectissimi. Omne datum optimum et omne donum perfectum, desursum est, descendens à Patre luminum, apud quem non est transmutatio, nec vicissitudinis obumbratio. Voluntarie enim genuit nos verbo veritatis, ut simus initium aliquod creaturæ ejus.

Carísimos: Bienaventurado el varon que sufre la tentacion, porque cuando fuere por ella probado, recibirá la corona de vida eterna, que Dios tiene prometida á los que le aman. Ninguno diga, cuando es tentado, que lo es por Dios. Dios á la verdad, aunque permite los males, á ninguno tienta para el mal. Cada uno ciertamente es tentado por su concupiscencia, que le arrebata y atrae (á lo malo). De aquí es que, cuando la concupiscencia concibe, pare al pecado; y este, siendo consumado, engendra la muerte. Y así no querais errar, hermanos mios dilectísimos. Toda gracia excelente y todo don perfecto viene de lo alto, y desciende del Padre de las luces, en quien no hay transmutacion ni sombra de vicisitud. Él es el que voluntariamente nos ha engendrado por la palabra de la verdad, á fin de que seamos como las primicias de sus criaturas.

REFLEXIONES.

No querais errar, hermanos mios muy amados. Toda buena dádiva y todo don perfecto desciende de arriba, bajando de aquel Padre de las luces, en el cual no hay mudanza ni sombra de vicisitud. Uno de los dones ó gracias mas señaladas que Dios nos ha hecho es el habernos llamado á su grey haciéndonos conocer su santo y adorable nombre, y eligiéndonos por ovejas de su rebaño. Pero nosotros, los españoles, debemos reconocer que la misericordia de Dios se manifestó muy particularmente con nosotros cuando, no contento con que sus Apóstoles santos nos predicasen el Evangelio, destinó otros varones apostólicos que ahuyentasen las tinieblas del error, y perfeccionasen lo que sus discípulos habian comenzado. Apenas habian oido las demás naciones el nombre de Jesucristo; apenas habian llegado á sus oidos los portentos de su nacimiento prodigioso, de su vida santísima y de su sacratísima pasion y muerte, cuando ya en esta region afortunada tenia adoradores que, sometiendo el cuello al yugo de la fe, creian sus misterios, y lo testificaban con

las obras. Se puede decir que aun humeaba la preciosa sangre vertida por aquel Cordero que quitó los pecados del mundo, cuando nosotros experimentábamos los beneficios de tan admirable redencion.

El habernos criado de la nada, el habernos dado esta naturaleza racional que tenemos, es gracia y don de Dios, en cuanto no podiamos tenerlo merecido; pero es una gracia que sin la fe de nada nos aprovecharia para la vida eterna. Seriamos como éramos: paganos, ciegos, idólatras, esclavos de los sentidos, del mundo y de su concupiscencia, si los varones apostólicos destinados por el Padre de misericordias no nos hubiesen sacado del abismo de nuestra ceguedad, y nos hubiesen hecho participantes de aquella luz que desciende del Padre de las luces, de quien nos viene todo don perfecto. Y ¿de dónde podríamos pretender los españoles un derecho para que, quedándose tantos pueblos, tantas naciones, á oscuras, fuésemos nosotros elegidos á oir el Evangelio cuando comenzaban sus ecos á resonar en el mundo? Pues ahora bien: *si ningun hombre sino el ingrato*, como dice san Agustin (*in Psalm.* XCI), *duda que haya recibido de Dios la naturaleza*, ¡qué ingratitud no será el no acordarse siquiera de haber recibido una gracia tan magnífica y excelente como la gracia de la fe!

Esta gracia es superior á todas las gracias; es un compendio de todos los beneficios y misericordias del Señor, porque ella nos abre las puertas para que entremos en su casa, y podamos decir confiadamente con el profeta David: *Nosotros somos pueblo de Dios y ovejas de su rebaño.* Sin embargo, son muy pocos los que fijan sus consideraciones en los principios por donde les vino el ser de cristianos. Son muy pocos los que, remontándose á aquellos siglos oscuros y de tinieblas en que vivian nuestros primeros españoles antes de la predicacion del Evangelio, lleguen á reconocer la gracia especial de no haberse quedado ciegos como ellos. Son muy pocos los que contemplan los afanes, los trabajos, la muerte violenta que padecieron los padres de nuestra fe, y que con una encendida devocion se les manifiesten agradecidos. Nuestra gratitud se muestra regularmente por bienes mas sensibles; la restauracion de la salud perdida, el aumento de los bienes de fortuna, la consecucion de un puesto brillante y cosas semejantes á estas, en que se interesa mas nuestro amor propio que nuestra alma, son las que nos llevan mas frecuentemente al pié de los altares á ofrecer nuestros votos, y manifestar á Dios nuestro agradecimiento.

Elevemos la consideracion de estas cosas terrenas á las celestiales y divinas. Cuando leemos los hechos y la predicacion de los primeros padres de nuestra fe reflexionemos que por ellos hemos logrado un beneficio superior á todos los bienes temporales. Éramos hombres, pero hombres condenados á un destierro perpétuo de la patria celestial; hombres constituidos en la masa de perdicion, hombres separados por el pecado del primer hombre de la herencia del cielo, hombres extraviados de aquel fin soberano para que nos destinó nuestro Dios desde el principio, y hombres, finalmente, mas infelices que las bestias, en cuanto ni podíamos gozar de los privilegios de haber sido criados á imágen y semejanza de Dios, ni de esperar que nuestra alma inmortal viviese eternamente una vida feliz y bienaventurada. ¡Cuánta, pues, debe ser nuestra gratitud y reconocimiento á aquellos varones apostólicos que, á costa de inmensos trabajos, sudores, persecuciones, y de la muerte misma, nos proporcionaron la ventura incomparable de oir el Evangelio y de ser discípulos de Jesucristo!

El Evangelio es del capítulo XII *de san Juan.*

In illo tempore dixit Jesus discipulis suis: Amen, amen dico vobis, nisi granum frumenti cadens in terram mortuum fuerit, ipsum solum manet. Si autem mortuum fuerit, multum fructum affert. Qui amat animam suam, perdet eam: et qui odit animam suam in hoc mundo, in vitam æternam custodit eam. Si quis mihi ministrat, me sequatur: et ubi sum ego, illic et minister meus erit. Si quis mihi ministraverit, honorificabit eum Pater meus.

En tiempo que Jesucristo enseñaba á sus discípulos su celestial doctrina, les habló con las siguientes palabras: En verdad os digo, que si el grano de trigo que cae en la tierra no muriere, permanecerá él solo; pero si muriere, producirá abundante fruto. El que ama á su alma (segun las máximas del siglo) la perderá; y el que la aborrece (conforme al mundo) la guarda para la vida eterna. Si alguno es ministro mio, sígame, pues donde yo estoy, allí estará tambien mi siervo. Si alguno me sirviere, le honrará mi Padre que está en los cielos.

MEDITACION.

Sobre el beneficio de ser cristianos.

Punto primero. — Considera los gravísimos males de que estás libre solamente por profesar la religion cristiana católica. Seria necesario formar un catálogo demasiado prolijo y molesto para comprenderlos á todos. La historia de los vicios y de los yerros de los

hombres seria el espejo en que se viese todo el número, y al mismo tiempo todo el horror que pueden inspirar en una alma ilustrada por la fe. Cuando se ven unos hombres tenidos por sábios y filósofos tributar adoraciones é incienso á un leño artificiosamente labrado; cuando se ve á estos mismos cerrar los ojos para no ver el delito con todo el horror de su injusticia en aquellos mismos que veneraban por dioses; cuando se les ve mudar las ideas de lo bueno y de lo malo, segun la variedad é inconstancia con que se permiten mover y halagar nuestros sentidos, no se puede menos de conocer la torpe y profunda ignorancia en que yacian sumergidos los paganos, y la luz sobrenatural y divina que con la fe recibe nuestro entendimiento.

El sábio mas profundo jamás pudo pasar de la naturaleza. Sus conocimientos no salieron de la esfera á que los reducian sus sentidos. El conocimiento mismo de un Ser supremo era tan terreno y apocado como sus deseos y sus corazones. Pudieron, sí, contemplarle como un autor natural de todo lo criado; pero lo sobrenatural, lo divino, tuvo siempre un velo impenetrable á todos los ojos que no vieron con la luz de la fe. Ignoraron el sublime misterio de que Dios es trino y uno; que su naturaleza, fecunda infinitamente, engendró desde la eternidad un Hijo-Dios en todo igual y consustancial al Padre; que se amaron eternamente con un amor sustancial en todo igual al Padre y al Hijo, y que es Dios infinito y eterno, como lo son el Hijo y el Padre. Ninguna idea tuvieron de los eternos consejos por donde dirige y arregla todas las cosas una providencia sumamente sábia, benéfica é inmutable. Se les escondió finalmente que pudiese Dios, para remediar los males del hombre que veian, y de que no alcanzaban el principio, hacer que el mismo Dios se hiciese hombre.

Por medio de la fe cualquiera cristiano, el pastor mas grosero, la mas simple mujercilla, saben que las estatuas son mudas obras de las manos del hombre, é invenciones del demonio para tener esclavizados á los infelices mortales que dan oidos á sus falaces sugestiones. Cualquiera se hace participante de una sabiduría que les da mas sublimes ideas de la divinidad que cuantas tuvieron Sócrates, Platon, Aristóteles y mas turba de filósofos gentiles. Y finalmente, cualquiera sabe por la fe que los males y enfermedades que padece la naturaleza racional tuvieron su principio en la desobediencia del primer hombre; y que un segundo hombre, esto es, el Verbo divino encarnado, Jesucristo, verdadero Dios y verdadero hombre,

les aplicó el único y verdadero remedio, muriendo en una cruz por los pecados del mundo.

Este es un beneficio, que logramos por la fe, de tanta excelencia, cuanta se deja percibir por los beneficios que le son consiguientes, que no son menos que una vida pacífica y una bienaventuranza eterna. Pero al mismo tiempo no se puede dudar que, así como la gracia no produce sus admirables efectos sin la cooperacion de nuestra voluntad, del mismo modo la fe necesita de que nuestro entendimiento se persuada á usar de sus luces segun las condiciones que ella misma, ó por mejor decir Dios, ha establecido en su donacion gratuita. ¿Qué designios, pues, serian los de Dios cuando nos dió la fe, y con ella una sabiduría superior á la de los filósofos? ¿Serian por ventura satisfacer nuestra curiosidad y divertir nuestro espíritu con especulaciones infructuosas? No, Dios mio: no, Dios de mi alma y de mi fe. Si Vos me habeis enseñado que sois un ser infinitamente bueno, amable, hermoso y compendio de todos los bienes, yo debo conocer que en Vos solo debo colocar mi amor; que á Vos solo debo tributar mis votos, y que solamente delante de vuestros altares debo quemar incienso y rendir adoraciones. La fe desterrará mi inocencia, pero yo solamente deberé ser sábio para Vos. La fe me hará superior á los sábios del mundo, pero toda la sabiduría mia se ha de reducir á amar al autor que la ha producido.

Punto segundo.—Considera los bienes espirituales que logran los Cristianos por el beneficio que Dios les ha hecho de darles el don de la fe, y separarlos de aquella masa de perdicion de hombres que no saben adorar á su Criador en espíritu y verdad, y de la manera que quiere ser adorado. Cuando la misma fe no nos diera las luces mas claras para la direccion de nuestras obras en órden á la vida eterna, nosotros no podríamos menos de verlas en los objetos mismos, en las mismas cosas que la fe nos propone. Nos dice los terribles suplicios que tiene Dios preparados al delito; pero tambien insinúa la penitencia con que ó el justo se sostiene, ó el pecador se purifica. Descubre, y aun delinea aquella ciudad santa, aquella habitacion de descanso y de delicias prometidas á la virtud; y al mismo tiempo nos enseña que para llegar á término tan venturoso es indispensable hacer continua guerra á las pasiones y á los sentidos. Ofrece á nuestros ojos la sangre de un Dios, derramada por la redencion del mundo; anuncia la gracia poderosa del Verbo divino, vestido de carne mortal; pero tambien asegura que no so-

lamente se debe dar gloria y honor en todas las acciones á quien nos ha libertado de una esclavitud eterna á costa de tanto precio, sino que además no serémos participantes de gracias tan sublimes sino viviendo en este siglo con templanza, con justicia y con piedad.

Así que este don precioso, esta luz brillante nos descubre no solamente cuanto debemos saber especulativamente para que no yerre nuestro entendimiento, sino cuanto debemos practicar para que nuestra voluntad no desbarre en sus elecciones. No solamente nos enseña que nuestro amor propio no puede menos de engañarnos, que nuestra propia voluntad no tira sino á descaminarnos, y que nuestro espíritu no intenta otra cosa que seducirnos con las imágenes de lo perecedero; sino que además de esto la fe exige de nosotros que renunciemos nuestras propias luces por una santa desconfianza; que reprimamos nuestras inclinaciones por medio de una mortificacion austera, y que nos perdamos para este mundo, á fin de ganarnos felizmente una venturosa eternidad. Para este efecto nos pinta con los colores mas negros y desapacibles los bienes y honores que tanto aprecia la multitud engañada; nos hace sospechosos todos los lazos que nos unen con lo terrenal y transitorio; condena por delito la posesion que no está subordinada á Dios, y nos manda poseer los bienes de la tierra como si no se poseyeran. Aun mas: la fe nos hace mirar la humillacion cristiana como blasones de gloria; las aflicciones, como timbres de felicidad; las contradicciones y persecuciones del mundo, como un provecho cierto, y nos hace un precepto de la misma mortificacion. Compárese esta doctrina, compárense estas máximas con las que suministra la humana filosofía; hágase un cotejo del aspecto con que presenta la fe las cosas á nuestros ojos, y de aquel á que las han mirado los mas sábios del mundo, y se hallará una ciencia sobrenatural que no se aprende en los libros, un arte divino con que de los males se sacan los bienes, y un manantial perpétuo de beneficios que durarán aun despues que se acabe todo lo visible.

«¡Oh! y con cuánta razon exclamaba san Agustin (*serm.* 30): «Vivís, sentís, entendeis, sois hombres; pero ¿qué beneficio puede «compararse con ser cristianos? Si no fuéramos esto, ¿qué provecho «nos traeria el ser hombres? El ser cristianos hace que pertenezca«mos á Cristo. Enfurézcase el mundo contra nosotros, enhorabuena: «no nos contrastará, porque somos posesion de Cristo. Lisonjéenos, «adúlenos: no nos llegará á seducir, porque somos posesion de Cris«to. Alegrémonos, pues, dice en otro lugar (*Tract.* 21 *in Joan.*),

«y demos rendidas gracias á nuestro Dios, no solamente porque fui-«mos hechos cristianos, sino porque fuimos hechos en cierta manera «el mismo Cristo. ¿Lo entendeis, hermanos? ¿Comprendeis la gracia «singular que Dios ha derramado sobre nosotros? Admiraos, regoci-«jaos: fuimos hechos Cristo. Porque si él es nuestra cabeza y nos-«otros sus miembros, entre él y nosotros componemos un todo, que «es un hombre entero, el cual es Cristo.» Beneficios son estos que debieran ocupar siempre tu memoria, y llevarla dulcemente á aquel feliz principio de donde manaron tantas circunstancias y tantos comprincipios para que tú fueses cristiano. Este principio fue la predicacion de los varones apostólicos: sé, pues, agradecido, y estima debidamente sus trabajos, sus afanes, su predicacion y su martirio. ¡Oh Dios mio! yo os alabo por todos estos dones, y conozco que todos me vienen de vuestra mano.

JACULATORIAS. — Tú, Dios y Señor mio, alumbras con la luz de la fe mi entendimiento; tú eres el que has disipado las espesas tinieblas que le tenian oscurecido sin poder levantarse de la tierra. (*Psalm.* XVII).

Sea vuestro nombre, Señor, ensalzado y bendito entre todas las naciones, ahora y siempre, y por todos los siglos. (*Psalm.* CXII).

PROPÓSITOS.

1 Siendo la fe tan grande beneficio, como en las meditaciones se ha insinuado, debe el cristiano hacer de ella el aprecio debido, estimando sus luces, abrazando sus documentos, y dando á entender con las obras que el entendimiento tiene entera persuasion de sus verdades. Porque, de otra manera, ¿cómo se podrá decir con verdad que creemos? Somos cristianos; es verdad. El carácter y sello de Jesucristo se imprimió en nuestras almas, cuando delante de los altares, en presencia de los cielos y de la tierra nos alistamos bajo de sus banderas, y juramos solemnemente la fe de Jesucristo. El sacerdote en el templo, el juez en su tribunal, el hombre privado en su familia, no tienen obligacion mas sagrada que la de cristianos. Esta es nuestra profesion, este nuestro oficio. ¿Y se podrá añadir á esto lo que decia Jesucristo: *Mis obras dan testimonio de lo que yo soy?* ¡Desventurados de nosotros! nuestras obras dan testimonio de lo contrario; nuestras obras testifican que somos cristianos en el nombre; que la religion que profesamos no es en nosotros otra cosa que un conjunto de ceremonias estériles con que pretendemos

engañar á los hombres; que nuestra fe no persuade al entendimiento, y de consiguiente no mueve á la voluntad; que somos fariseos enemigos de la cruz de Cristo y perseguidores de su doctrina.

2 Si esto es duro, si nos hace temblar delante de Dios el testimonio de nuestra conciencia, examinemos nuestras obras, que ellas nos dirán fielmente la verdad. Sí, Dios mio, yo conozco que creer que sois sumo bien, y no amaros; que sois infinitamente justo, y no temeros; creer que teneis una felicidad eterna preparada, y no hacer diligencias para lograrla; que hay un fuego inextinguible, y no temer tan terrible castigo; creer que el Verbo eterno se hizo hombre por nosotros, y despreciar su doctrina, pisar su sangre y abandonar sus Sacramentos, esto es imperceptible, es absolutamente contradictorio, y no cabe en la razon ni en el entendimiento rectificado con la fe.

DIA II.

MARTIROLOGIO.

LA PURIFICACION DE LA BIENAVENTURADA VÍRGEN MARÍA, cuya fiesta llaman los griegos *Hypapante*, esto es, encuentro del Señor y de Simeon.

San Aproniano, escribano, en Roma en la via Salaria, el cual siendo aun gentil, y sacando de la cárcel á san Sisinio para presentarlo al prefecto Laodicio, como oyese una voz del cielo que decia: «Venid, benditos de mi Padre, á poseer el reino que os está preparado desde el principio del mundo;» creyó y fue bautizado; y despues, confesando á Jesucristo, murió degollado.

Los santos mártires Fortunato, Feliciano, Firmo y Cándido, tambien en Roma.

San Cornelio, centurion, en Cesarea de Palestina, á quien el príncipe de los Apóstoles san Pedro bautizó y sublimó á la silla episcopal de aquella ciudad.

San Flósculo, obispo, en Orleans.

San Lorenzo, obispo, en Cantorbery de Inglaterra, el cual rigió aquella iglesia despues de san Agustin, y convirtió al rey á la fe católica.

DE LA PURIFICACION DE NUESTRA SEÑORA, VULGARMENTE LLAMADA LA CANDELARIA.

La fiesta de este dia comprende dos grandes misterios: la Purificacion de la santísima Vírgen, y la Presentacion de Jesucristo: la mas pura de todas las vírgenes que viene á sujetarse á la ley de la purificacion, y el Santo de los Santos, el Sacerdote eterno del Nuevo Testamento, que viene á ofrecerse al Señor como sagrada vícti-

ma. María Madre de Dios, la mas santa de todas las mujeres, viene á ofrecer un sacrificio de expiacion ; aquella que jamás contrajo la menor mancha : el Hijo unigénito del Padre eterno, el Redentor de todos los hombres, quiere ser rescatado para inmolarse á sí mismo por nosotros en el Calvario : doble sacrificio en doble misterio. La mas tierna de todas las madres, que ella misma viene á ofrecer en sacrificio á su Hijo ; la mas pura de todas las vírgenes, que por humildad quiere ser confundida con todas las demás mujeres. María en la Presentacion sacrifica por amor de los hombres la cosa que mas ama como madre, que es su Hijo ; y en la Purificacion sacrifica, por decirlo así, lo que mas aprecia como vírgen, que es la gloria de la misma virginidad. ¡ Cuántos misterios se encierran en un solo misterio ! Un Dios víctima, una Vírgen que solo toma el título y cualidad de madre ; un santo Profeta que, teniendo entre sus brazos al Mesías, desenvuelve todo el secreto y toda la economía de nuestra redencion. Todo este conjunto nos predica hoy el amor de un Dios para con los hombres, la ternura de la Madre de un Dios para con los pecadores, el culto de la Religion, la perfecta sujecion á la Ley, el mérito de la humildad, y la importancia de la salvacion. ¡ Qué rico mineral de saludables reflexiones para quien se cala bien al espíritu de este misterio !

Cuando el Señor dió la Ley á su pueblo, ordenó que las mujeres paridas por algun tiempo despues del parto se abstuviesen de entrar en el templo, y de tocar cosa alguna de las que fuesen consagradas al culto. Este tiempo se limitó á cuarenta dias, siendo hijo lo que pariesen, y á ochenta siendo hija, con la obligacion de que pasado este respectivo término, la madre se presentase en el templo y ofreciese al Señor en holocausto un tierno corderillo en accion de gracias por su feliz alumbramiento, y un pichon ó una tórtola para expiacion del pecado, es decir, de la impureza legal. Pero que si la recien parida fuese pobre, en lugar del corderillo ofreciese otra tórtola ú otro pichon, los cuales ofrecidos al Señor por el sacerdote, quedase purificada.

Además de la ley que hablaba de la purificacion de la madre, habia otra que particularmente se entendia del hijo primogénito. *Si el primer fruto del vientre de la madre fuere hijo*, dice la Escritura, *le separaréis para el Señor, y se lo consagraréis.* (*Exod.* XIII). Por esta ley todos los primogénitos de los hijos de Israel debian ser dedicados al ministerio de los altares ; pero porque Dios habia escogido para este empleo á los hijos de la tribu de Leví, ordenó que los pri-

mogénitos de las otras tribus, no debiendo servir en el templo, fuesen presentados al Señor, como primicias que se le debian, y que despues fuesen rescatados á precio de dinero: *Pretio redimes.* (*Numer.* VIII).

Es cierto que la ley de la purificacion de ningun modo comprendia á María, porque habiendo concebido por obra del Espíritu Santo, y siendo madre sin dejar de ser vírgen, no tenia necesidad de purificarse, y por consiguiente no debia entenderse con ella esta ley. El milagroso nacimiento de Jesucristo solo habia contribuido para hacer mas pura á su Madre; pues *unde sordes in Virgine matre?* exclama san Agustin (*Lib. adv. hæres.* 5). ¿De dónde habia de venir mancha ó impureza á aquella doncella que supo ser madre sin dejar de ser vírgen? ¿Cómo habia de hacerse lugar la inmundicia en aquel castísimo seno en que el Verbo se hizo carne? Entré en él, dice el Señor en pluma de Agustino, como en mi santuario: halléle puro, y no le dejé menos puro que le hallé. No te cause admiracion este milagro, porque *Mater est mea; sed manu fabricata mea:* aunque fue mi Madre, pero fue Madre mia, y fabricada para tal por mi misma mano.

Sin embargo la purísima María se sujeta voluntariamente á una ley que solo se entendia con las mujeres comunes. Considérese el amor que tenia á la virginidad, y midase por aquí la grandeza del sacrificio que hace, inmolando hoy á vista de todo el pueblo aquel concepto en que, por decirlo así, colocan las vírgenes su mayor gloria. Bástala que sea un acto de humildad y de religion para no querer dispensarse de él, para no usar, para no hacer caso de su privilegio. El ejemplo que la habia dado su mismo Hijo al octavo dia de su nacimiento, sujetándose á la ley de la circuncision, no la permite darse ella por dispensada de la purificacion á los cuarenta dias de su parto. ¡Qué confusion! ¡qué vergonzosa advertencia para aquellas personas que se dispensan en las obligaciones mas esenciales de la Religion con el vano título de la dignidad ó del nacimiento!

Fué la Vírgen al templo el dia señalado por la Ley, y, siguiendo en todo el espíritu de su Hijo, ofreció por él y por ella los dos pichones que la Ley mandaba ofrecer á los pobres. Es verdad que teniendo la dicha de ofrecer á Dios el Cordero inmaculado, cuya sangre habia de purificar al mundo, no pudo ser muy necesario que le ofreciese el otro cordero, que solo era figura de este, segun la inteligencia de la Ley.

Pero si la Señora hizo en este dia un gran sacrificio como vírgen por su purificacion legal, no le hizo menor como madre en la presentacion de su querido Hijo. Fácilmente se puede discurrir que el que hizo la Ley no estaba obligado á ella. Con todo eso se sujetó á su observancia, y María ofreció cinco siclos por su rescate. No dió este precio por eximir de la obligacion de servir á los altares al que sabia bien que era el Sacerdote eterno y hostia de propiciacion por la salud de todos los hombres. Antes bien en esta misma cualidad la Madre le ofreció, y el Hijo se ofreció á su eterno Padre. Era, pues, la ceremonia legal, por decirlo así, no mas que la corteza del misterio: el sacrificio del Hijo y de la Madre era todo interior. Por esta oblacion comenzó hoy Cristo en el templo el sacrificio de nuestra redencion que habia de consumar en el Calvario.

Instruida María del misterio, cuando hoy le ofrece en el templo á su eterno Padre, le ofrece en cierta manera á la cruz. Se puede decir que si le rescata es porque todavía estaba la víctima tierna, por reservarla, y por criarla para este grande sacrificio. Aseguran unánimes los Padres que esta oferta la hizo María de plena deliberacion, y con toda su voluntad, en cuya atencion le dan el glorioso nombre de reparadora del linaje humano. Por la misma razon la aplica san Buenaventura aquellas palabras de que usó el Apóstol para explicar el exceso del amor que Dios tuvo á los hombres: *Sic Maria dilexit mundum, ut Filium suum unigenitum daret.* De tal manera amó María á los hombres, que les dió á su unigénito Hijo.

Concibe ahora, si es posible, cuánto costaria este sacrificio á la mas tierna de todas las madres. No solo sabia entonces en general que aquel querido Hijo habia de dar la vida por nuestra redencion, sino que, como lo afirma el abad Ruperto, estaba viendo individualmente con los ojos del alma hasta los mas menudos tormentos y dolores que habian de acompañar á su afrentosa muerte; y presentando hoy esta divina víctima al Señor, dió principio al sangriento sacrificio. Por eso no se debe admirar que hubiese observado tan profundo silencio cuando su Hijo fue condenado á muerte, pues ya habia dado su consentimiento para ella en la oblacion que hizo en este dia.

Cuando la santísima Vírgen entró en el templo se hallaba en él un venerable anciano llamado Simeon, hombre justo y temeroso de Dios, que largo tiempo habia estaba suspirando por la venida del Salvador, que habia de ser el consuelo de su pueblo. El Espíritu Santo, de que estaba lleno, y que le habia dado una cierta oculta

seguridad de que no moriria sin haber visto con sus ojos al Cristo del Señor, cuyo fin le condujo en esta sazon al templo, le dió á conocer interiormente que aquella mujer era la Madre de Dios, y que el Hijo que llevaba en los brazos era el Mesías verdadero. Arrebatado entonces de un extraordinario ímpetu de amor, de agradecimiento y de alegría, tomó en sus brazos al Niño y comenzó á exclamar, diciendo: *Ahora sí, Señor, que podeis disponer de vuestro siervo, llamándole al descanso eterno segun lo que le teneis de antemano prometido. Ya moriré contento, no teniendo mas que desear en este mundo; tiempo es ya de que se cierren mis ojos no teniendo mas que ver, pues han logrado la dicha de ver al Salvador de los hombres; al que ha de enseñar á las naciones; al que ha de disipar con su luz las tinieblas del error y de la idolatría, extendidas por toda la faz de la tierra; al que ha de ser, en fin, la gloria de tu pueblo de Israel.*

Volviéndose despues el santo anciano á María, y restituyéndola el divino depósito de su precioso Hijo: *Bien veo,* la dijo, *y bien comprendo que aunque este Niño ha venido al mundo para salvar generalmente á todos los hombres, algun dia ha de ser su venida ocasion de perdicion á muchos que no querrán aprovecharse de su muerte. Previendo estoy que, no obstante el gran deseo que tienen los judíos de recibirle, no ha de tener mayor ni peor enemigo que su pueblo. Mientras viva en este mundo será objeto de contradiccion. Acaba de ofrecerse como víctima á su eterno Padre, y tú has consentido en su muerte por el mismo hecho de presentarle para ella; pues bien puedes hacer el ánimo á que tu alma será de parte á parte traspasada con una aguda espada de dolor cuando llegue el caso de consumarse á tu misma vista este sangriento sacrificio.*

Mientras aquel hombre inspirado hablaba así de la dignidad del Salvador y del misterio de la Redencion, una santa viuda de edad de ochenta y cuatro años, llamada Ana, hija de Fanuel, célebre por el don de profecía y por la santa vida que constantemente observaba despues de la muerte de su marido, con quien habia vivido siete años, entró en el templo que frecuentaba mucho, y arrebatada del mismo espíritu y de los mismos ímpetus de gozo que Simeon, comenzó á alabar á Dios, y á contar lo que sabia de aquel divino Niño á cuantos esperaban la redencion y la salud de Israel.

La fiesta de la Purificacion de la santísima Vírgen es una de las mas antiguas que celebra la Iglesia. El año de 542, en tiempo del emperador Justiniano, se celebraba el dia 2 de febrero, en que se cumplen puntualmente los cuarenta desde el nacimiento del niño Dios.

Llamaron los griegos á esta fiesta *Hypapante*, que quiere decir *encuentro*, por el que tuvieron el viejo Simeon y Ana profetisa, hallándose en el templo al mismo tiempo que concurrieron en él el Hijo de Dios y su santísima Madre. Gelasio papa, que gobernaba la Iglesia treinta años antes que Justiniano fuese emperador, habia ya instituido en Roma esta fiesta, cuando para desterrar la de los Lupercales ó purificaciones profanas, que celebraban los gentiles en el dia 13 ó 14 de este mes, instituyó la de la Purificacion de la Vírgen con la ceremonia de las candelas, á fin de borrar con la santidad de nuestros misterios las profanaciones y las infamias que cometian los paganos en este tiempo, llevando antorchas encendidas, y haciendo muchas impías ceremonias al rededor de sus templos, á las cuales daban el nombre de *lustraciones*.

Creen algunos que el papa Gelasio solo dió mayor solemnidad á esta fiesta, pretendiendo que por lo demás ya se celebraba en la Iglesia en el tercer siglo. Lo cierto es que Surio, en la vida del famoso san Teodosio, fundador de tantos monasterios, que vivia el año de 430, habla de una fiesta muy célebre de la Vírgen, que se solemnizaba entonces con grande devocion: *Erat dies festus, et festus Virginis Dei Matris, in quo propterea quod erat valde insignis, et solemnis, tam magna convenerat multitudo.* Habia una fiesta en honra de la Vírgen, Madre de Dios, y como era muy solemne, era grande la concurrencia de los fieles á celebrarla. Tanta verdad es que la devocion á la santísima Vírgen fue desde los primeros siglos de la Iglesia la devocion favorita de los fieles; así como lo es el dia de hoy de todos los predestinados.

Á imitacion de lo que hizo en este dia la Madre de Dios, acostumbran piadosamente en muchos obispados las mujeres paridas, cuando se hallan convalecidas del parto, ir á la iglesia, dar gracias á Dios por el feliz alumbramiento, y ofrecerle el hijo ó hija que se sirvió concederlas. ¿Y no será cierta especie de sacrílega impiedad, despues de una oferta tan religiosa, criar los hijos con máximas poco cristianas, y sacrificarlos por la mayor parte á las vanidades del mundo?

HIMNO.

Quod chorus Vatum venerandus olim
Spiritu Sancto decinit repletus,
In Dei factum Genitrice constat
Esse Maria.

Lo que el coro de Vates venerando
Cantó, lleno de Dios, antiguamente,
En la Madre del Dios omnipotente
Que se cumplió la Iglesia va cantando.

Hæc Deum cœli Dominumque terræ
Virgo concepit, peperitque Virgo,
Atque post partum, meruit manere
Inviolata.
Quem senex justus Simeon in ulnas
In domo sumpsit Domini gavisus,
Hoc quod optavit proprio videre
Lumine Christum.
Tu libens votis petimus precantum
Regis æterni, Genitrix, faveto
Clara quæ celsi venitens olympi
Regna petisti.
Sit Deo nostro decus et potestas,
Sit salus perpes, sit honor perennis,
Qui poli summa residet in arce
Trinus et unus. Amen.

Quedando virgen concibió María
Al Verbo del Criador del orbe entero,
Y despues de parir tan gran Lucero
Pura quedó tambien cual luz del dia.
El justo Simeon, viejo dichoso,
En el templo logró, cual anhelara,
Contemplar de Jesús la linda cara
Y estrecharle en sus brazos cariñoso.
O Virgen, de Dios Madre inmaculada,
Nuestros ruegos acepta bondadosa;
Despáchalos, pues eres poderosa
Reina de cielo y tierra venerada.
Honor, gloria, salud y bendicion
Sean dadas al Dios tres veces santo,
Al trino y uno Dios que con su canto
Alaba sin cesar la santa Sion. Amen.

La Misa del dia es del misterio, y la Oracion la que se sigue:

Omnipotens sempiterne Deus, majestatem tuam supplices exoramus: ut sicut unigenitus Filius tuus hodierna die cum nostræ carnis substantia in templo est præsentatus; ita nos facias, purificatis tibi mentibus, præsentari: Per Dominum nostrum...

Todopoderoso y sempiterno Dios, rogamos humildemente á vuestra Majestad, que así como vuestro unigénito Hijo se presentó hoy en el templo vestido de la sustancia de nuestra carne; así nos concedais la gracia de que nosotros nos presentemos á Vos con aquella pureza que debemos. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola es del capítulo III *del profeta Malaquías.*

Hæc dicit Dominus Deus: Ecce ego mitto angelum meum, et præparabit viam ante faciem meam. Et statim veniet ad templum suum Dominator, quem vos quæritis, et Angelus testamenti, quem vos vultis. Ecce venit, dicit Dominus exercituum: et quis poterit cogitare diem adventus ejus, et quis stabit ad videndum eum? Ipse enim quasi ignis conflans, et quasi herba fullonum: et sedebit conflans, et emundans argentum, et purgabit filios Levi, et colabit eos quasi aurum, et quasi argentum, et erunt Domino afferentes sacrificia in justitia. Et placebit Domino sacrificium Juda et Jerusalem sicut dies seculi, et sicut anni antiqui, dicit Dominus omnipotens.

Esto dice Dios nuestro Señor: Mirad que yo envio á mi Ángel que preparará el camino ante mí; y al instante vendrá á su templo santo el Dominador que vosotros buscais, y el Ángel del testamento que deseais. Ved que vendrá, segun dice el Señor de los ejércitos: ¿quién podrá pensar el dia de su advenimiento? ¿Y quién estará á la vista de su majestuosa presencia? Él mismo, pues, se manifestará como un fuego consumidor, y como la yerba (sosa ó barrilla) de los lavanderos. Se sentará como quien derrite y limpia plata; y purificará á los hijos de Leví, acrisolándoles como al oro y á la plata: entonces ofrecerán al Señor sacrificios en justicia; y le serán agradables los de Judá y Jerusalen, como lo fueron en los años antiguos; así lo dice el Señor omnipotente.

REFLEXIONES.

Esto dice el Señor nuestro Dios. ¡Qué bondad la de nuestro gran Dios! ¡dignarse hablar á los hombres! Pero ¿con qué respeto, con qué disposicion se debe escuchar la voz de Dios? ¡Y cuántas veces nos habla el Señor sin que se le oiga! Fue el Bautista aquel ángel, es decir, aquel enviado de Dios, aquel precursor del Salvador, que vino delante para predicar la penitencia, y para disponer los hombres á recibirle. Desengañémonos, que no hay otro camino para ir á Dios: ¿y es este el camino que por lo comun toman los hombres? El Dueño soberano de todo el universo, el Autor del Nuevo Testamento apenas se deja ver en la tierra, cuando se presenta en el templo para ofrecerse á su eterno Padre: apresúrase, está como impaciente hasta dar principio al sacrificio, por cuyo medio nos ha de reconciliar con él. ¡Cuánto reprende nuestra tardanza esta aceleracion del Salvador! Causa admiracion que los judíos le hubiesen recibido tan mal despues de haberle deseado tanto; pero ¿es mejor el recibimiento que nosotros le hacemos, siendo así que le conocemos mejor? Los judíos, terrenos y materiales, esperaban de él bienes sensibles y una especie de gloria mundana: dióles en rostro la vida oscura que profesó, y asquearon los abatimientos del Salvador. ¿Son espirituales nuestras ideas, ó á lo menos nuestros procedimientos? ¿Corresponden nuestras máximas, nuestras inclinaciones á la santidad de la Religion que profesamos? ¿Están de acuerdo nuestras costumbres con nuestra fe? Son incomprensibles las dos venidas del Hijo de Dios: la primera por la bondad infinita de un Dios Salvador; la segunda por el rigor, por la severidad extrema de un Dios Juez. Lo único que podemos bien comprender es, que este Dios es justo, y que los que no se quisieran aprovechar de las misericordias de un Dios amoroso han de experimentar el juicio y los rigores de un Dios justiciero. ¿Quién puede pensar en estas dos tan diferentes venidas del Señor, sin llenarse de asombro y de sobresalto? Los que no pudieron sufrir la vista de un Dios hombre, ofendidos del abatimiento en que le vieron, ¿podrán tolerar la vista de un Dios Juez en el dia terrible de su cólera? En la primera venida fue Jesucristo como el fuego que purifica el metal, sin consumir mas que el orin: en la segunda su misma cólera será la que soplará aquel fuego eterno, que abrasa, que quema sin consumir y sin purificar. Por la santidad del Evangelio se ha de juzgar cuál debe ser la pureza de nuestras costumbres. Pues concibamos

por ella, si es posible, cuánto será el rigor de su tremendo juicio respecto de aquellos que no se conformaron con las máximas del Evangelio. Á la verdad el Señor hizo para sí un pueblo escogido, una nacion santa, unas almas puras como el oro, que sin cesar le ofrecen sacrificios mucho mas agradables, con una fe mucho mas viva, con un amor mucho mas ardiente que los santos Patriarcas de la ley antigua; pero nuestras máximas, nuestra fe, nuestras costumbres ¿prueban acaso que nosotros somos del número de estos siervos fieles, que hacemos parte de este escogido pueblo?

El Evangelio es del capítulo II *de san Lucas.*

In illo tempore: Postquam impleti sunt dies purgationis Mariæ secundum legem Moysi, tulerunt Jesum in Jerusalem, ut sisterent eum Domino, sicut scriptum est in lege Domini: Quia omne masculinum adaperiens vulvam, sanctum Domino vocabitur. Et ut darent hostiam secundum quod dictum est in lege Domini par turturum, aut duos pullos columbarum. Et ecce homo erat in Jerusalem, cui nomen Simeon, et homo iste justus, et timoratus, expectans consolationem Israel, et Spiritus Sanctus erat in eo. Et responsum acceperat à Spiritu Sancto, non visurum se mortem, nisi prius videret Christum Domini. Et venit in Spiritu in templum. Et cum inducerent puerum Jesum parentes ejus, ut facerent secundum consuetudinem legis pro eo: et ipse accepit eum in ulnas suas, et benedixit Deum, et dixit: Nunc dimittis servum tuum, Domine, secundum verbum tuum in pace: quia viderunt oculi mei salutare tuum quod parasti ante faciem omnium populorum: lumen ad revelationem gentium, et gloriam plebis tuæ Israel.

Ya nacido Jesucristo, despues que se cumplieron los dias de la purificacion de María, segun la ley de Moisés, llevaron á Jesús sus padres á Jerusalen para ofrecérselo al Señor (conforme está escrito en la misma ley; á saber, que todo feto masculino, en naciendo, se consagre al Señor), y tambien para dar la oblacion segun lo dispuesto en aquella ley, esto es, de un par de tórtolas, ó dos pichones. Y ved que en este hecho habia en Jerusalen un hombre justo y timorato, llamado Simeon, que esperaba el consuelo de Israel, en quien estaba el Espíritu Santo, que le habia revelado no llegaria á ver la muerte, sin ver primero al Cristo del Señor: y conducido al templo por el mismo Espíritu cuando introducian en él al niño Jesús sus padres, en observancia de la ley, le recibió en sus brazos, y bendiciendo á Dios dijo: Ahora dejas, Señor, á tu siervo en paz, segun tu palabra, pues ya vieron mis ojos á tu Salvador que preparaste para la redencion de todos los pueblos: á la luz que ha de ilustrar á las gentes, y á la gloria de tu pueblo Israel.

MEDITACION.

Sobre el misterio del dia.

Punto primero.—Considera las admirables virtudes que practicó en este misterio la santísima Vírgen. Ocultó profundamente su glo-

ria, no queriendo parecer lo que verdaderamente era: manifestó su humildad, queriendo parecer lo que no era verdaderamente. Era Madre de Dios, y pareció como si no fuera mas que una madre de un mero hombre: era la mas pura de todas las vírgenes, y se dejó ver como si fuese cualquiera de las demás mujeres. Estaba dispensada de aquella ley que humillaba; sin embargo la observó con todas sus circunstancias. Amaba indeciblemente á aquel adorable Hijo; y no por eso dejó de ofrecerle por nosotros á la muerte, sacrificándole como víctima á su eterno Padre. Oyó la mas triste, la mas dolorosa profecía que podia oir una madre, y se sujetó á ella con la mayor resignacion. ¡Mi Dios! ¡qué conforme fue el espíritu de la Madre con el espíritu del Hijo! ¡y qué distante es nuestro espíritu del espíritu de entrambos!

Todos queremos parecer lo que no somos, y no podemos sufrir, en fuerza de nuestro orgullo, que parezcamos lo que somos. Hasta el pié de los sagrados altares llevamos con nosotros la ambicion, el fausto y la profanidad. ¿Qué otra cosa quieren decir esas orgullosas señales de distincion, de que en ninguna parte nos mostramos tan celosos como en el templo? En medio de eso nos asombra, nos embelesa la profunda humildad de la santísima Vírgen. ¡Es posible que nunca hemos de ser mas que unos meros y estériles admiradores de las mas grandes virtudes! ¿Inspiranos, por ventura, una gran delicadeza de conciencia nuestro amor á la pureza? ¿Qué diligencias hacemos para adquirir, para conservar una virtud tan necesaria y tan delicada? Pero ello es mucha verdad que solamente ven á Dios las almas puras.

¿Observamos la ley con tanta religion como María? Sin embargo, no estamos menos obligados á observarla. Ella no omite la mas mínima cosa de las que pueden agradar á Dios, y á lo menos tenemos nosotros por la mayor de todas las desdichas el desagradarle, siendo así que todos los dias le estamos ofendiendo sin remordimiento. ¡Mi Dios! ¡cuánto tengo de que acusarme y de que confundirme en cada uno de estos capítulos!

Punto segundo.—Considera todo lo que pasó en este misterio, porque todo fue instruccion. Un santo viejo, hombre justo y temeroso de Dios, que toda la vida habia suspirado por la venida del Mesías, logra la dicha de tener al niño Jesús entre sus brazos. ¡Oh mi Dios, y qué complacencia teneis en comunicaros, en daros á los que os aman y á los que os desean! ¡Qué poco tardais en consolar á los

que os sirven con fidelidad y con fervor! Una confianza en Dios constante y perseverante nunca se quedó sin fruto.

Ahora sí, Señor, exclamó Simeon lleno de un dulcísimo consuelo, de una alegría indecible; ahora sí, Señor, que dejaréis ir en paz á vuestro siervo, pues que ya han visto mis ojos al Salvador de los hombres. ¡Ay! ¡cuánta verdad es que una vez que se ha gustado de Dios causan disgusto y hastío todas las criaturas! Las honras, los bienes de fortuna, hasta la misma vida se hace intolerable á quien ha sabido formar una idea justa de la salvacion eterna. En la Comunion recibimos dentro de nuestros pechos á aquel mismo Salvador, á quien Simeon recibió en el templo entre sus brazos. Pero ¿recibimos tambien las mismas gracias? Mas ¿es la misma nuestra disposicion para recibirlas?

¿Quiénes fueron los que tuvieron la dicha de ver en el templo al Salvador? Un santo viejo, que tantos años habia estaba suspirando por verle; una buena vieja, que vivia muy retirada, que apenas acertaba á salir del templo, y que pasaba los dias y las noches en oracion y en perpétuo ayuno. Solos estos lograron esta fortuna entre los innumerables moradores de aquella populosa ciudad. Desengañémonos, que no se encuentra á Dios entre el bullicio del mundo. En todos tiempos fue corto el número de los escogidos.

Quiso el Padre eterno que su Hijo fuese ofrecido por las mismas manos de María. Tan pura, tan preciosa víctima no debia ser ofrecida por otras manos. Nunca hubo oblacion mas agradable. ¿Queremos que Dios acepte las que hacemos? Pues encaminémoslas siempre por manos de la santísima Vírgen.

¡Qué amor nos mostró el Hijo, sacrificándose con tanta anticipacion por los hombres! ¡Con qué caridad nos miró la Madre, ofreciendo desde luego esta víctima por nuestro amor! ¿No será justo que los que no quisieron recibir á Jesús por Salvador le tengan por Juez? ¿No será justo que este divino Salvador sea puesto en el mundo para ruina de los que voluntariamente no quisieron admitirle para su salud? Y por mi desgracia ¿no seré yo acaso de este número?

Vírgen santísima, estais Vos muy interesada en que yo me salve, y así no permitiréis que me pierda. Despues de Dios, Vos sola sois todo mi consuelo, así como despues de Dios Vos sola sois toda mi confianza. Vos ofrecísteis vuestro precioso Hijo á su eterno Padre por mi salvacion: no permitais que este mismo beneficio se convierta en mi mayor ruina, únicamente por culpa mia. Alcanzadme, Señora, aquella pureza de alma y cuerpo, sin la cual ninguno acierta á agra-

daros. Conseguidme la gracia de que observe exactamente la ley; de que ame y sirva á mi Dios con perseverancia; de que os profese siempre la mas tierna devocion: dadme grata licencia para que toda la vida, y en la hora de mi muerte, os trate como á mi buena Madre, y no permitais cometa jamás delito alguno que me haga indigno de ser contado en el número de vuestros fieles siervos, y de vuestros amantes hijos. Así sea.

JACULATORIAS.—Vírgen santísima, mostraos Madre nuestra, y para que nuestras oraciones sean agradables á vuestro querido Hijo, dignaos Vos, Señora, de presentárselas por vuestras manos.

Dios te salve, Vírgen santa, esperanza nuestra, y todo nuestro consuelo despues de Jesucristo.

PROPÓSITOS.

1 Siendo todas las ceremonias de la Iglesia, no solo santas, sino instituidas para santificacion de los fieles, asiste hoy á la bendicion y á la distribucion de las candelas, con el mismo espíritu con que la Iglesia las practica: esto es, para reconocer, amar y adorar con fe viva al que el santo viejo Simeon reconoció, amó y adoró por Salvador del mundo, y como la verdadera luz que habia de alumbrar á los gentiles. Y á imitacion del intento que tuvo la santa Iglesia de abolir con esta ceremonia las profanas lustraciones de los paganos, no dejes de purificar hoy tu alma por medio de una confesion sincera y dolorosa. ¡Oh! quiera el cielo que el ardiente amor de Jesucristo, no impropiamente figurado por la candela encendida, abrase y derrita tu corazon. Ningun cristiano debiera dejar de ser antorcha resplandeciente del mundo por la claridad de sus costumbres y por el esplendor de sus ejemplos. No dejes de tener en tu cuarto una de las velas que se bendicen este dia, con el fin de que te la enciendan en la última hora, cuando recibas los postreros Sacramentos, y mientras te lean la recomendacion del alma. Estas bendiciones de la Iglesia no las has de mirar como ceremonias indiferentes, porque sus oraciones son eficaces, y el Señor comunica virtud sobrenatural á todo cuanto la Iglesia bendice. Imponte una como ley de asistir á todas las ceremonias eclesiásticas con la mayor religion.

2 La devocion á la santísima Vírgen fue siempre reputada en la Iglesia católica, á pesar de la herejía, como presagio de la bienaventuranza, y como señal sensible de predestinacion. *Vos sois*, dice san Juan Damasceno hablando con esta Señora: *Vos sois una prenda se-*

gura de mi salvacion eterna. Despues de Nuestro Señor Jesucristo, Vos sois, ó bienaventurada Vírgen María, dice san Agustin, la única esperanza de los pecadores: *Tu es spes unica peccatorum*. (*Serm.* 17 *de Sanct.*). Se ha observado que no hubo jamás hereje alguno que no fuese opuesto al culto de la Madre de Dios, como que no es posible ser enemigo del Hijo, sin serlo al mismo tiempo de la Madre. Tú has de hacer profesion toda la vida de ser uno de los mas celosos y de los mas fieles siervos de esta soberana Reina: graba profundamente en tu alma esta solidísima devocion, y despues de Jesucristo sean tus amores y toda tu confianza María. Honremos, exclama san Bernardo, honremos con los mas vivos, con los mas íntimos alientos del corazon, con los cariños mas entrañables del alma á la augustísima María; porque esta es la voluntad de aquel que quiso, que dispuso no recibiésemos beneficio alguno que no se derivase á nosotros por manos de María: *Totis ergo medullis cordium, totis præcordiorum affectibus, et votis omnibus Mariam hanc veneremur: quia sic est voluntas ejus, qui totum nos habere voluit per Mariam*. (*Serm.* 3 *in Nativ. Mar.*). Así como el Padre eterno quiso darnos á su Hijo por medio de María, así tambien, segun el pensamiento de Bernardo, quiso que bajasen por medio de María todos los beneficios que recibiésemos de su mano, y que consiguientemente subiesen por las mismas manos de María todas nuestras oraciones. Este es el motivo por que regularmente termina la santa Iglesia las suyas con una oracion á la Vírgen. Todo lo que el Hijo ofrece al Padre le es infinitamente agradable, y todo lo que la Madre ofrece al Hijo es recibido con el mayor agrado. Ni el Padre puede negar cosa al Hijo, ni el Hijo á la Madre, ni la Madre á los que mira como á fieles siervos suyos, y recurren á ella con confianza de hijos. Aliéntate á ser tú de este número: no te contentes con profesar tú una tierna devocion á la santísima Vírgen: inspírala á tus hijos, á tus criados, á tus dependientes; y ten lástima de aquellos infelices que miran con indiferencia á esta Madre de los escogidos.

3 Habiendo sido este el dichoso dia en que la Vírgen ofreció su querido Hijo al eterno Padre por la salvacion de los hombres, tambien debe ser el dia en que nosotros nos ofrezcamos y nos sacrifiquemos de todo nuestro corazon á esta amabilísima Madre. Ofrécela hoy tu familia, tus parientes, tus criados, y todo cuanto de alguna manera te tocare ó te perteneciere; pero conságrate á tí particularmente á su servicio. Sobre todo no dejes de alistarte en alguna de aquellas congregaciones ó cofradías que están dedicadas á su honra,

como son la Escuela de María, la Cofradía del Rosario, ó del Cármen, si no tienes la fortuna de estar ya alistado en alguna de ellas. No quieras privarte por mas tiempo de un auxilio en que interesas tanto, y solicita la misma dicha para tus amigos, para tus hijos y para tus parientes. Haz propósito de rezar el Oficio parvo de la Vírgen, á lo menos todas las octavas de sus festividades; pero el Rosario todos los dias, y da principio desde hoy á estas devociones, sin olvidar jamás lo que dice san Bernardo: que habiendo venido Cristo al mundo para redimirle, depositó en manos de su Madre todas aquellas gracias que son el precio de la redencion: *Redempturus genus humanum, universum pretium contulit in Mariam.* (*Serm. 3 in Nativ. Mar.*).

DIA III.

MARTIROLOGIO.

San Blas, obispo y mártir, en Sebaste de Armenia, al cual despues de haber hecho muchos milagros, por mandato del presidente Adricolao, despues de muchos azotes le colgaron de un palo, despedazando sus carnes con peines de hierro: luego lo pusieron en una horrible mazmorra, lo echaron en una laguna, y saliendo de ella ileso, por sentencia del mismo juez fue degollado juntamente con dos muchachos; y antes que él muriese, siete mujeres que recogian su sangre cuando le atormentaban, habiendo averiguado que eran cristianas, despues de crueles tormentos fueron tambien degolladas.

San Celerino, diácono, en África, el cual diez y nueve dias estuvo preso en la cárcel con cepo y cadena; y en medio de diversos tormentos fue glorioso confesor de Jesucristo; y mientras que valerosamente triunfaba del enemigo en su agonía, enseñaba al propio tiempo á sus compañeros á padecer por Jesucristo. Tambien antes de él fueron martirizados sus tios san Laurentino y san Ignacio, y su abuela santa Celerina, de cuyos gloriosos hechos escribió una carta san Cipriano.

Los santos mártires Félix, Sinfronio, Hipólito y sus compañeros, tambien en el África.

Los santos Tigides, y Remedio, obispos, en Gap, en el Delfinado.

San Lupicinio y san Félix, tambien obispos, en Leon de Francia.

San Ascario, obispo de Brema, en el mismo dia, el cual convirtió á la fe católica á los suecos y dinamarqueses.

EL BEATO NICOLÁS DE LONGOBARDI.

A 6 de enero de 1650 nació en Longobardi, pueblo de la Calabria, el beato Nicolás, de padres pobres, pero honestos y muy piadosos. En el bautismo le pusieron por nombre Juan Bautista, que al vestir el hábito religioso trocó en el de Nicolás. Educáronle sus padres en el

santo temor de Dios, y le aplicaron á su propia profesion, que era de labradores. No obstante esta fatigosa ocupacion, el santo jóven ayunaba muchos dias en la semana, y siempre á pan y agua los viernes y sábados. No dejaba pasar, en cuanto le era posible, dia alguno sin oir la santa misa; y acostumbraba, á mas de las principales fiestas del año, confesar y comulgar todos los viernes. En su casa elegia para sí los servicios de mayor peso, á fin de aliviar á sus padres y hermanos. Los ratos que le quedaban libres del trabajo, y los dias de fiesta, los pasaba recogido en las iglesias en continua oracion, retirándose con mas frecuencia á la de los Padres Mínimos. Enamorado con esta ocasion de la vida penitente que observaba en aquellos santos religiosos, llamado de Dios y lleno de un santo fervor, se resolvió á abrazar el propio Instituto. Habiendo, pues, pasado los años de su niñez y juventud con pureza y sencillez de corazon en la rústica y pobre casa de sus padres, á los veinte ya cumplidos de su edad vistió el hábito de religioso mínimo donado, ó hermano converso, y en calidad de tal, cumplido con suma satisfaccion de todos los religiosos el año del noviciado, hizo su profesion solemne en el sagrado convento de Paula, cabeza de todos los de la Órden. Cuando Nicolás vió ya cumplidas sus fervorosas ansias de estar todo consagrado al Señor por los solemnes votos, propuso en su corazon no vivir en adelante sino en Dios y para Dios. Habiéndole los superiores destinado al convento de Longobardi, su patria, vivió en él unos dos años, despues de los cuales pasó á vivir al de la ciudad de San Marcos, de la misma provincia de Calabria. En este convento, en que permaneció otros dos años, tuvo su prelado que encargarle muchos oficios, por ser muy reducido el número de sus religiosos. Era á un mismo tiempo cocinero, hortelano, despensero, y estaba tambien á su cuidado pedir las limosnas por la ciudad y lugares del contorno, además de otros encargos que le hacian sus superiores. Sin embargo de esta multitud de encargos, el siervo de Dios, siempre incansable en el trabajo, los desempeñó todos á satisfaccion de sus superiores, ejecutando cuanto le ordenaban, y manifestándose aun dispuesto á mayores fatigas. En el siguiente trienio destinaron los prelados á Nicolás á tres diferentes conventos; y en ellos tuvo tambien á su cargo los oficios de cocinero y despensero. Aunque en todos tres era grande el número de religiosos, varios sus genios y frecuente el número de forasteros, á todos contentaba la caridad del Beato, de modo que jamás se halló uno á quien hubiese disgustado: sin tener amistad particular con ninguno, á todos los amaba como á hermanos, y á cada

uno obedecia como si fuese su superior, sin distincion de patria, graduacion ó sangre. Huyendo solícito el trato de los seglares, todo el tiempo que le quedaba libre de sus fatigas lo empleaba en tratar á solas con Dios del negocio de su alma.

Con esta ejemplarísima conducta fue tan grande la opinion que formaron los religiosos de la virtud de Fr. Nicolás, que el P. Cárlos Santoro, siendo provincial, le eligió por su compañero. Nada engreido el Beato con este honorífico oficio, se mereció la estimacion de su Provincial, con su exacta obediencia, con su vida ejemplar, y singularmente porque jamás se le quejó de otro, ni le refirió cosa que pudiese acarrear disgusto á religioso alguno de la provincia, no obstante de habérsele ofrecido para ello muchas ocasiones. Comunmente se desembarazaba de las recomendaciones que se le hacian, diciendo que él era un pobre donado, y no debia mezclarse en asuntos ajenos de su profesion. Cuando acompañando al Provincial en la visita, se hallaba en conventos en que era escaso el número de los religiosos, él mismo se ofrecia á trabajar y servir en lo que ocurriese. Enamorado el Provincial del discreto y santo proceder de su compañero, quiso darle una sincera muestra de su amor. Sabiendo, pues, cuánto deseaba Fr. Nicolás visitar los santos lugares de Roma y de Loreto, al fin de su trienio le consiguió del Padre general lo nombrase para conventual del colegio de Mínimos de la Calabria, situado en los montes de Roma. Llegado allí el Beato en el año de 1681, que era el treinta y uno de su edad, fue destinado por compañero del cura de la parroquia que está unida á la iglesia de dicho colegio, que era entonces el P. Fr. Ángel de Longobardi. Pero siendo este ya de una edad avanzada, el mayor peso de aquella vastísima parroquia vino á caer sobre las espaldas de Fr. Nicolás. Todos los dias la corria toda, y en algunos mas de una vez; y cuando hallaba alguna necesidad de administrar algun Sacramento ó de asistir á algun moribundo, iba con prisa al colegio á avisar á los Padres. Procuraba con grande solicitud y afan averiguar y remediar los desórdenes que ocurriesen; parábase á escuchar las necesidades que le referian, para darles el alivio conveniente, dejando en todas partes claras señales de su ardiente celo y caridad. Cuatro años estuvo empleado en este oficio, y en el intermedio de ellos, obtenida la licencia de los prelados, cumplió su antiguo y ardiente deseo de visitar el santuario de Loreto, cuya peregrinacion hizo á pié de ida y vuelta. Fue tanta la abundancia de espíritu que experimentó en el recinto de aquellas paredes santas, que resolvió eficazmente mejorar de vida, y no contentarse

con una perfeccion comun, sin aspirar á la cumbre de la santidad: en efecto, volvió á Roma tan otro y tan mejorado de lo que habia salido, que los religiosos al verle, pasmados se decian unos á otros: «Este no es Fr. Nicolás: porque Fr. Nicolás que fué á Loreto era «un Fr. Nicolás bueno; pero Fr. Nicolás que ha vuelto á Roma «es un Fr. Nicolás santo.» Despues de pasados los cuatro años en el oficio de compañero del cura de la parroquia, le encargó la obediencia el de portero de dicho colegio, el cual obtuvo en los restantes ocho años que por la primera vez permaneció en Roma. En el nuevo empleo, atento á dar de comer á tropas enteras de mendigos, procuraba con las mas vivas diligencias disponerles la comida; pero era tanta la union de su espíritu con Dios, que á veces en medio de sus faenas, arrebatado de la contemplacion, se hallaba mas donde amaba que donde su cuerpo habitaba. Su silencio, modestia, recogimiento é inalterable paciencia causaban no menos edificacion que asombro á toda la ciudad de Roma. Con esto empezaron á verse en el convento grandes concursos de toda clase de personas, aun de las mas ilustres, que acudian al Beato para pedirle consejo en sus dudas, ó para que les alcanzase el remedio en sus enfermedades, ó para conseguir á lo menos con su presencia algun consuelo en sus adversidades. De ahí fue que, temiendo los superiores generales de la Órden que estos extraordinarios aplausos no pusiesen á peligro la virtud de Fr. Nicolás, juzgaron conveniente ocultarle en los remotos retiros de la Calabria. En el año, pues, de 1693, que era el cuarenta y tres de su edad, fue destinado el Beato al convento de Paula, donde residió dos años, empleado en los oficios de sacristan y de portero.

En el oficio de sacristan se portó con tal diligencia, en lo que miraba á la limpieza del templo y adorno de los sagrados altares, que muchos dias, cuando no ocurria otra cosa mas urgente, se le veia todo afanado en limpiar el piso de la iglesia. Jamás faltó un solo punto á tocar al coro á las horas establecidas. Muy reverente con los sacerdotes que iban á la sacristía para celebrar el divino sacrificio, con semblante agradable y corazon manso daba á cada uno su lugar. Aquí tuvo primero por compañero en calidad de sacristan mayor, y despues por superior del convento, á un religioso, que para probar su virtud hacia befa y escarnio de los movimientos en que la violencia del divino amor le obligaba á menudo á prorumpir. Otras veces mostrándose mal satisfecho de los servicios de Fr. Nicolás, en todo hallaba motivo para reprenderle y vituperarle. Juntaba á todo

esto un genio fogoso, de modo que con sus gritos continuos hacia sonar en los oidos del pobre lego un martillo continuo y afrentoso. Pero, como observaron bien los demás frailes, jamás sintió el Beato repugnancia ó disgusto en obedecerle; antes en medio de tan indiscretos tratamientos siempre perseveró alegre y placentero, mostrando con lo risueño del rostro lo imperturbable de su ánimo. En los dichos dos años por las noches, ó perseveraba en oracion hasta concluirse los Maitines, ó bien tomando antes un breve descanso, empezaba su oracion al principio de los Maitines de media noche, y la continuaba hasta la mañana. De dia, ó trabajaba en su oficio, ó se estaba retirado en la celda. En el empleo de portero, que ejerció el segundo de dichos dos años, se entregó todo al socorro de los pobres, de quienes cuidaba como un padre amantísimo cuida de sus mas tiernos hijos. No contento con lo mucho que tenia el convento asignado para la manutencion de los miserables, recogia solícito los desperdicios de la cocina y cuanto en el refectorio sobraba á los religiosos, y no pocas veces pedia á estos alguna cosa para dar á los mendigos: al refectorio comparecia, no para comer él, sino para proveer á otros, pues todo su alimento consistia en una sola naranja agria asada en las brasas, ó en unas pocas yerbas crudas sazonadas con vinagre, y en un poco de pan. Al mas pequeño sonido de la campanilla dejaba al instante cuanto tenia en las manos, é interrumpia la oracion ó asistencia á la misa para ir á ver quién llamaba; no obstante que muchas veces lo hacian por frioleras é impertinencias. Pasados aquellos dos años en el convento de Paula, residió otros dos en el de Longobardi, donde su fe y piedad le empeñaron á emprender á su cuenta, sin ningun fondo, la fábrica de aquella iglesia; y con solas las limosnas que le suministraba la caridad de otros, en menos de dos años concluyó y perfeccionó de tal modo aquella fábrica, que puede hoy competir con las mejores de la provincia: tan grande era el crédito de santidad que sus muchos milagros le habian adquirido. Andaba por todas partes siempre á pié, y siempre pidiendo ó trabajando para su fábrica: pero entre el bullicio de tantas ocupaciones exteriores nunca estuvo su corazon distraido; porque pasaba muy superficialmente por los objetos de la tierra, ocupando su mente solo en los del cielo.

Pasados dichos cuatro años, corriendo el de 1697, creyeron los prelados de la Órden hallarse el Beato bastante fundado en la humildad, y no estar ya sujeto en Roma á los peligros que temian sus antecesores; por lo que, para edificacion de los fieles y mayor glo-

ria de Dios, lo hicieron de nuevo venir á habitar en el colegio de Mínimos calabreses de dicha capital del orbe cristiano, donde perseveró por otros doce años y hasta el fin de su vida, ocupado cási siempre en su antiguo oficio de portero. En este empleo se dejó ver cada dia mas brillante el fervor de su caridad con los mendigos. Todos los dias á la hora establecida acudian á la portería cási en número de ciento, á cada uno de los cuales dispensaba cuanto era necesario para el diario sustento de su persona y de su familia. Para este efecto con infatigable solicitud iba recogiendo, así de los domésticos, como de los extraños sus devotos, las limosnas necesarias, sin entibiarse un punto por las negativas, las repulsas y malos tratamientos, que en vez del subsidio pedido se llevaba muchas veces. Él mismo guisaba la menestra, la llevaba en una gran caldera á la portería, y puesto de rodillas la distribuia á los pobres; mas antes de repartírsela les mandaba rezar arrodillados algunas oraciones, y les hacia alguna breve fervorosa exhortacion. Así que hubo llegado á Roma, empezó luego á renovarse en el convento el concurso de toda clase de gentes. Los superiores no le prohibieron el trato, antes expresamente se lo mandaron; en ejecucion de cuyo precepto se dejaba ver el Beato con un tenor de vida muy diferente del que observó la primera vez que estuvo en esta metrópoli del universo. Entonces vivia todo retirado y solitario; ahora no solo conversaba indiferentemente con todos en el convento, sino que andaba por la ciudad, y frecuentaba libremente los palacios, sin que tantas ocupaciones exteriores, ni tantas muestras de estimacion como recibia de personas de la mayor jerarquía, causasen jamás el menor perjuicio, ni á su alta contemplacion, ni á su humildad profunda, sirviéndole de seguro y de salvoconducto su eminente virtud, sostenida por la obediencia, que en todo y por todo le guiaba. En efecto, entre tantos aplausos que se hacian á su heróica virtud y prodigiosa santidad, era tan bajo el concepto que de sí tenia Fr. Nicolás, que hablando con los religiosos exclamaba tal vez: «Pisadme, escupid-«me, aborrecedme, pues no merezco otra cosa. Yo soy el hombre «mas vil de cuantos viven, soy indigno de que me cubra el cielo y «me sostenga la tierra. En toda mi vida he hecho cosa alguna buena, «ni al presente la hago.» Y diciendo esto él mismo se escupia y arrojaba á los piés de todos. De ahí es que miraba como propios los mas humildes ejercicios del convento, abatiéndose voluntariamente y con singular complacencia, hasta ayudar al mozo de la cocina en barrer esta pieza, y en lavar y fregar los platos. Los cardenales y los

príncipes romanos iban á su celda, y arrodillados á sus piés le besaban la mano; pero él era tan insensible á todas estas demostraciones, como si no las viese. En muchas ocasiones lo vieron arrodillado en la portería delante de los pobres, á quienes habia repartido la menestra, pidiéndoles con sumo rendimiento por amor de Dios algo de ella, y recibiéndola como si fuese un mendigo, la entregaba despues al primer pobre que llegaba. Ver confesar á Fr. Nicolás era lo mismo que ver confesar al mas impío de los pecadores ya arrepentido, tanta era la humilde postura de su cuerpo y confusion de su aspecto; no obstante era comun sentir de los religiosos que Fr. Nicolás no habia cometido en toda su vida ninguna culpa grave, ni perdido la inocencia bautismal. De esta su humildad profunda nacia aquella su ciega y pronta obediencia á los preceptos é insinuaciones de sus superiores, por arduo que fuese su cumplimiento. Muchas veces para hacer prueba de su obediencia los colegiales jóvenes, cuando sabian estaba arrebatado en éxtasis, iban á tocar la campanilla de la portería, y por mas que tocaban nunca comparecia Fr. Nicolás; pero al primer toque de otra persona, que realmente necesitase del portero, al punto obediente iba á la portería, cumpliendo así con prodigiosa exactitud el oficio que la obediencia le tenia encargado: fue tambien exactísima la que observó con sus directores espirituales, en especial los últimos años que vivió en Roma.

Efecto era tambien de su humildad la paciencia con que sufria las agrias reprensiones que para hacer prueba de su virtud le daban los prelados, creyendo siempre que las tenia muy merecidas: no menos que las injurias, murmuraciones pesadas y malos tratamientos de sus iguales, en que fue bien ejercitado. Los mismos pobres, á quienes diariamente hacia limosna en la portería, le hurtaban de continuo las mejores frutas y flores de un huertecillo que él cultivaba para alivio de los enfermos y adorno de los altares: muchas veces correspondian ingratos á su liberalidad con palabras descomedidas, con gestos, mofas, desprecios y empujones; pero aunque él era de genio y natural colérico, jamás se le vió alterarse ni descomponerse en vista de tan villana correspondencia, ni aun se le oyó quejarse. En cierta ocasion un viejo, malcontento de la porcion que le habia repartido Nicolás, le tiró un plato de habas cocidas, con que le vino á dar en el pecho, y se huyó á toda prisa; pero mientras huia cayó en el suelo: entonces se le acercó el Beato, y ayudándole á levantar le dijo: «Levantaos, que no ha sido nada,» dándole luego otra porcion de habas mas copiosa que la antecedente. Desde la cuna recibió Ni-

colás del cielo el don de la castidad, que conservó inviolable por todo el curso de su vida. La modestia de sus ojos fue tal, que entre tantas mujeres con quienes por razon de sus oficios, ó por obediencia ó por caridad debió de tratar, con dificultad habria una de quien pudiese decir cuáles eran las facciones de su rostro. Al hablar con ellas tenia los ojos fijos en la tierra, usaba pocas palabras, y sus expresiones eran mas ásperas que agradables. Nunca andando por las calles de Roma levantó los ojos por ninguna novedad ni maravilla que ocurriese. Aun en el trato regular con los religiosos, si bien era muy jovial, pero tan ceñido dentro de los límites de la honestidad, que no miraba el rostro á ninguno, ni sacaba las manos de las mangas del hábito. No resplandeció menos Nicolás en la pobreza evangélica. Traia el interior vestido tan remendado y roto, que apenas se podria distinguir cuál fue su primera materia. Cuando el prelado le daba zapatos nuevos, no se los ponia, antes, obtenida licencia para darlos de limosna, se surtia de un par viejo que pedia á otro religioso; el cual usaba y hacia remendar hasta que no podia admitir otra compostura. Tenia un solo sombrero, que le sirvió desde el noviciado los treinta y nueve años que vivió en la Religion. Su celda no tenia otros adornos que unas estampas de papel, ni otras alhajas que alguna arca vieja donde ponia ya los agnus y rosarios benditos, con que atraia á los niños á la continua y atenta asistencia al catecismo, ya lo que recogia de limosna para los pobres y para la iglesia, de cuyo lucimiento fue siempre muy solícito, adornando sus altares con hermosas flores, ricas alhajas y magníficos alumbrados, especialmente en ocasiones de estar patente el santísimo Sacramento. Los restantes ajuares de su celda eran dos platos vacíos, en que daba secretamente de comer á muchos pobres vergonzantes; muchos pedazos de pan en una cesta vieja, que tenia prevenidos para los pobres que llegaban despues de repartida la limosna; y en otro rincon habia algunos pucheros que servian para enviar menestra á las casas de algunas pobres y honestas doncellas, á quienes libraba por este medio del peligro de hacer un lastimoso naufragio de su honestidad: así como con otros oportunos socorros mantenia para proseguir la carrera literaria á varios pobres estudiantes.

Los rigores y asperezas con que maceró Nicolás su inocente cuerpo excedian las fuerzas humanas. Por espacio de diez años ayunó á pan y agua, y su vida fue un continuo ayuno poco menos riguroso. Cási nunca probó el pescado: su mayor regalo era una menestra de legumbres, en que á veces echaba agua y á veces ceniza, para vol-

verla mas desagradable, y otras mezclaba en ella yerbas amargas ó cardos con espinas. En ciertas ocasiones pasaba el tiempo sin comer, y solo tomaba por la noche alguna fruta ó yerbas crudas. En el Viernes Santo, para imitar de algun modo la amarga bebida del Salvador, deshacia en un poco de agua caliente una hiel de vaca, y se bebia aquel licor amarguísimo. Nunca llevó gorro, trayendo siempre la cabeza descubierta. Aun en los mayores rigores del invierno rara vez se acercaba al fuego, y cuando lo hacia era muy de paso. Cierta noche al salir de la chimenea, otro religioso tomó un grueso tizon encendido, é inconsideradamente tirándolo tras de sí, vino á dar el golpe en las espaldas de Fr. Nicolás; pero él, sin volver el rostro ni pararse un momento, prosiguió su camino con decir solamente: «Sea «por amor de Dios.» Azotábase dos veces cada noche con una cadena de hierro, hasta derramar mucha sangre. Entre varios cilicios que continuamente usaba, uno de ellos era de malla de hierro, guarnecido de agudas puntas, el cual á manera de jubon le cubria todo medio cuerpo: ceñíalo á mas con gruesas cadenas que nunca se quitaba de encima, cuyas señales quedaban perpétuamente impresas en la túnica de lana, que segun el tenor de la regla trajo siempre de dia y de noche. Dormia dos horas cuando mas, y siempre sobre las desnudas tablas. Era comun sentimiento de sus correligionarios que Fr. Nicolás vivia de milagro; pues sin embargo de tan ásperas penitencias trabajaba de modo en los oficios que estaban á su cargo, que los mas robustos no tenian fuerzas para igualarle. Por mucho tiempo tuvo la costumbre de hacer cada noche la visita de las siete iglesias de Roma. Salia ordinariamente acabados los Maitines, y al amanecer ya estaba otra vez en el convento; y como si nada hubiera hecho se entregaba luego á las haciendas domésticas, añadiendo fatigas á fatigas. Fue tan observante de la vida cuadragesimal, que aun en ocasiones de evidente enfermedad no pudieron reducirle á comer cosa de carne. Con este tenor de vida tan mortificada «perfectamente muerto á sí mismo, era tan alta, dice el Sumo «Pontífice en el breve de su beatificacion, su contemplacion de las «cosas celestiales, y eran tales los suavísimos coloquios con que Dios «le regalaba, que aunque falto de toda instruccion, y verdadera«mente idiota, causaba admiracion oirle hablar de las cosas divinas, «y explicar sus arcanos. Cuando se ponia á meditar en el misterio de «la santísima Trinidad, ó bien otros por palabras ó señas se lo re«cordaban, al punto quedaba extático y arrobado en la contempla«cion de este altísimo misterio; y era favorecido de Dios con tantas

«bendiciones y dulzuras del espíritu, que ni aun cuando se ocupaba «en los ministerios á que le tenia destinado la obediencia, quedaba «privado de los gozos celestiales; por lo cual se le puede en algun «modo aplicar lo que de sí mismo decia el Apóstol: *Vivo yo, mas ya «no yo, sino Cristo en mí.*» Era tal el ardor de la caridad divina que abrasaba su pecho, que estando elevado en oracion clamaba muchas veces: «Señor, yo ardo, mi corazon se abrasa por Vos, no puedo «mas; no se puede, Señor, yo muero, yo muero;» teniendo al decir esto su cara resplandeciente como la de un Ángel. Muchas veces era como sorprendido de una santa locura, que le hacia saltar y hablar mucho, durándole estos transportes por una hora y mas. No solo en el coro y en la iglesia orando, sino tambien en el refectorio comiendo, en la cocina preparando la comida, en el claustro barriendo, y en las calles y plazas andando por sus ministerios, le observaron en un instante quedarse extático é inmoble. Muchos para verle en esta postura andaban á menudo á ponérsele delante, y haciendo alusion á la santísima Trinidad, con los tres dedos levantados le decian: *tres son;* lo que bastaba para enajenarle de los sentidos. Andaba por las calles de Roma, y estaba en los palacios tan absorto, que cási parecia una estatua; y así ni oia los gritos con que le aclamaban en público por santo, ni advertia las finísimas demostraciones de estima que le daban. Sus éxtasis, especialmente en los últimos años, que á veces le duraban dos horas, eran cotidianos, é iban acompañados muchas veces de la elevacion del cuerpo, como en diferentes ocasiones lo vieron así los religiosos como los seglares. Un dia muy solemne, despues de haber comulgado en la iglesia del colegio de Roma, y arrodilládose delante de la barandilla del presbiterio, fue visto de todo el pueblo levantarse de la tierra poco á poco, y quedar cerca dos palmos elevado sobre ella, con los brazos cruzados sobre el pecho, y los ojos abiertos y vueltos hácia el cielo. Muchas veces le vió de esta suerte elevado al aire toda la comunidad, cantando Maitines á la noche. En una ocasion desde lo mas ínfimo del coro, donde estaba arrodillado, dió un vuelo repentinamente, y llegó hasta besar el Crucifijo colgado en la pared en medio del coro: en otra se elevó hasta cerca del techo del mismo delante de todos los religiosos. En medio de sus arrobos solia hacer á los religiosos unas exhortaciones tan penetrantes, que se cogió de ellas grande y extraordinario fruto. Los fervorosos tomaban un nuevo ardor en la virtud; los tibios se encendian en amor de la perfeccion, y los relajados se compungian; y fueron muchos los pecadores que debieron á

la eficacia de sus oraciones su extraordinaria conversion. Fueron frecuentes y cási continuas las apariciones que tuvo de Cristo, de María santísima, de varios Santos y Ángeles, uno de los cuales le traspasó una vez el corazon con un dardo encendido, como aconteció á santa Teresa. Sin haber jamás estudiado, no solo hablaba de los misterios mas sublimes y de los mas intrincados puntos de teología con tanta propiedad y solidez que pasmaba á los mejores teólogos, sino que tambien entendia cuanto se leia en la misa y rezo canónico, y de solo escucharlo una vez, lo repetia despues perfectamente de memoria, usando con frecuencia de los textos de la sagrada Escritura muy á propósito, segun las diferentes ocasiones que ocurrian. Ilustróle además el Señor con los dones de profecía, de curar las enfermedades y de hacer milagros. Acostumbrado Fr. Nicolás á gustar anticipadamente las delicias de la bienaventuranza cuanto se puede en este mundo, anhelaba incesantemente para gozarla con plenitud y perpétua seguridad en el cielo. En el fervor de sus coloquios con Dios exclamaba frecuentemente: «¡Cuándo, Señor, me «sacaréis de este destierro! quiero, Señor, irme con Vos; no quiero «estar en este mundo: ¡oh, qué cosa tan hermosa es el paraíso!» Oyó finalmente Dios los deseos de su siervo, enviándole la última enfermedad de dolor de costado, la cual habia ya padecido otras ocho veces en el discurso de su vida. Fue en ella asistido continuamente de muchos religiosos que se tenian por felices de poderle prestar algun servicio; fue visitado de los mayores príncipes y prelados de la corte romana, los cuales le enviaban sus médicos para consultar sobre su enfermedad, y arrodillados al rededor de su cama le pedian su bendicion, y suplicaban se acordase de ellos en el paraíso. Finalmente, despues de haber recibido con singular devocion y ternura los santos Sacramentos, y de haber vaticinado el dia de su feliz tránsito, fijó los ojos en el cielo, y derramando tal cual lágrima con rostro alegre y risueño, pronunciando por dos veces esta dulcísima palabra: «Paraíso, paraíso,» entregó plácidamente su espíritu en las manos de su Criador, á 3 de febrero de 1709, á los cincuenta y nueve años de su edad, y treinta y nueve de religion.

El Señor para manifestar á los hombres la santidad de su siervo, se ha dignado obrar por su intercesion muchos milagros, de los cuales nuestro santísimo padre Pio VI aprobó los dos siguientes, para el efecto de su beatificacion, que celebró solemnemente en la iglesia de San Pedro de Roma, á 17 de setiembre de 1786.

El primero sucedió con Hipólito Forinoli, romano, muchacho de

edad de nueve á diez años, el cual jugando con otros niños dió una tan récia caida, que se quebró, saliéndole el intestino por la rotura. Sobreviniéronle vómitos y dolores excesivos, por lo cual el cirujano que llamaron, que era habilísimo, observando que el intestino estaba muy tirante, duro é inflamado, dijo en la segunda visita que no habia remedio, y que el niño viviria muy poco. Entonces una tia suya suplicó fervorosamente en su interior á Fr. Nicolás alcanzase de Dios la salud para el niño; y en el mismo momento levantándose él sobre la cama, gritó muy alegre: Yo ya estoy bueno. Y en efecto, quedó tan perfectamente curado, que desvanecido todo el mal, anduvo libremente por la casa, y jamás en su vida sintió el mas leve dolor ni incomodidad en aquella parte.

El segundo acaeció con Pedro de Mango: se hallaba este gravemente enfermo, con flujo de sangre y calentura maligna; y habiendo ya recibido el Viático, á la mañana siguiente debia recibir la santa Uncion por órden del médico José Tucile, quien le dejó desahuciado. En este extremo, á persuasiones del P. Pedro Vencia, religioso mínimo, bebió un poco de agua donde habian echado algunos cabellos de Fr. Nicolás, encomendándose con mucha fe á su intercesion. Desde luego se le quitó la calentura, y se sintió enteramente bueno, cesándole del todo, con asombro del médico y de toda su familia, los flujos de sangre, que no le volvieron mas en todo el resto de su vida.

SAN BLAS, OBISPO DE SEBASTE Y MÁRTIR.

San Blas, obispo de Sebaste y mártir, tan célebre en todo el mundo cristiano por el don de los milagros con que le honró Dios, fue del mismo Sebaste, ciudad de Armenia. La pureza de sus costumbres, la dulzura de su natural, su modestia, su prudencia, y sobre todo su eminente piedad, le granjearon la estimacion de todos los buenos.

Empleó en el estudio de la filosofía los primeros años de su vida, y en poco tiempo hizo grandes progresos. Los bellos descubrimientos que hizo en el estudio de la naturaleza excitaron su inclinacion hácia la medicina: aplicóse á ella, y la poseyó con perfeccion. Esta profesion le dió motivo para conocer mas de cerca las enfermedades y miserias de esta vida, poniéndole en ocasion de hacer mas sérias reflexiones sobre su caducidad, como tambien sobre el mérito y sobre la solidez de los bienes eternos.

Penetrado de estos grandes sentimientos, resolvió prevenir los remordimientos que se experimentan á la hora de la muerte, evitándolos con la santidad de una vida verdaderamente cristiana. Pensaba retirarse al desierto, cuando habiendo muerto el obispo de Sebaste fue elegido para sucederle con universal aplauso de toda la ciudad.

La nueva dignidad solo sirvió para que resaltase con nuevo lustre su virtud, obligándole á entablar una vida mas santa. Cuanto mas se desvelaba en el cuidado de la salvacion de sus ovejas, mas se aumentaba el que tenia de la propia. Aplicóse á instruir al pueblo igualmente con sus ejemplos que con sus palabras: su vida daba una fuerza maravillosa á su celo, hallando todos en el santo Pastor, padre, modelo y guia segura.

Era tan grande la inclinacion que tenia al retiro, y tan ardiente el deseo de perfeccionarse cada dia mas y mas, que se vió como precisado á esconderse en una gruta colocada sobre la cima de una montaña, llamada el monte Argeo, que estaba poco distante de la ciudad.

Á pocos dias que estuvo en ella manifestó Dios el mérito extraordinario y la eminente santidad de su fiel siervo con todo género de milagros. No solo concurrian de todas partes los hombres para que los curase de las dolencias de alma y cuerpo, sino que hasta las mismas fieras salian de sus cavernas, y venian á manadas á que el santo Obispo les echase su bendicion, y las sanase de los males que las afligian. Si sucedia encontrarle en oracion cuando llegaban, esperaban mansamente á la puerta de la gruta sin interrumpirle; pero en todo caso no se retiraban hasta haber logrado que el Santo las bendijese.

Hácia el año de 315 vino á Sebaste Agrícola, gobernador de Capadocia y de la menor Armenia, por mandado del emperador Licinio, con órden de exterminar á todos los Cristianos. En cumplimiento de su comision, luego que entró en la ciudad mandó que fuesen echados á las fieras todos los cristianos que se hallasen en las prisiones. Para ejecutarse esta sentencia fue menester salir á los bosques comarcanos á caza de leones y de tigres. Entraron por el monte Argeo los ministros del Gobernador, y dando con la cueva donde estaba retirado san Blas, hallaron á la puerta una multitud de fieras, y vieron al Santo, no sin grande asombro suyo, que estaba haciendo oracion en medio de ellas con la mayor tranquilidad. Admirados de suceso tan extraordinario, dieron cuenta al Gobernador de lo que acababan de ver; y no menos admirado el mismo Gobernador, dió órden á los soldados para que llevasen á su presencia al santo Obis-

po. Apenas le intimaron esta órden, cuando bañado nuestro Santo de una dulcísima alegría: *Vamos, hijos mios*, dijo, *vamos á derramar nuestra sangre por mi Señor Jesucristo: muchos dias há que suspiro por el martirio, y esta noche me ha dado el Señor á entender que se dignaba aceptar mi sacrificio.*

Luego que corrió la voz de que era conducido nuestro Santo á la ciudad de Sebaste, se inundaron de gente los caminos, concurriendo hasta los mismos gentiles á recibir su bendicion, y á que los aliviase de sus males. Una pobre mujer, afligida y desconsolada, rompió como pudo por medio de la muchedumbre, y llena de confianza se arrojó á los piés del Santo, presentándole á un hijo suyo que estaba agonizando por una espina que se le habia atravesado en la garganta, y sin remedio humano le ahogaba. Compadecido el piadoso Obispo del triste estado del hijo, y del dolor de la madre, levantó los ojos y las manos al cielo, haciendo esta fervorosa oracion: *Dignaos, Señor mio, Padre de las misericordias, y Dios de todo consuelo, dignaos oir la humilde peticion de vuestro siervo, y restituid á este niño la salud, para que conozca todo el mundo que solo Vos sois el Señor de la muerte y de la vida. Y pues Vos sois el Dueño soberano de todos, misericordiosamente liberal para con todos cuantos invocan vuestro santo nombre; humildemente os suplico que todos los que en adelante recurrieren á mi para conseguir de Vos, por la intercesion de vuestro siervo, la curacion de semejantes dolencias, experimenten el efecto de su confianza, y sean benignamente oidos, y favorablemente despachados.* Apenas acabó el Santo su oracion, cuando el muchacho arrojó la espina, y quedó del todo sano. Este es el orígen de la particular devocion que se tiene con san Blas en todos los males de garganta: y los prodigios que cada dia se experimentan acreditan la eficacia de su poderosa proteccion.

Luego que llegó á la ciudad fue presentado al Gobernador, quien le mandó que allí mismo, sin réplica y sin dilacion, sacrificase á los dioses inmortales. ¡Oh Dios! exclamó el Santo, ¿para qué das ese nombre á los demonios, que solo tienen poder para hacernos mal? No hay mas que un solo Dios inmortal, todopoderoso y eterno, y ese es el Dios que yo adoro.

Irritado Agrícola con esta respuesta, al instante le hizo apalear con tanta crueldad y por tan largo tiempo, que no se creyó pudiese sobrevivir á este suplicio; pero presto se conoció por la extraordinaria alegría de su venerable semblante que alguna fuerza superior y sobrenatural le sostenia. Lleváronle á la cárcel, y en ella obró

tantos milagros, que entrando el Gobernador en una especie de furia mandó le despedazasen las carnes con uñas aceradas, añadiendo heridas á heridas. Corrian arroyos de sangre por todas partes, y siete devotas mujeres procuraban recogerla cuidadosamente: encontraron luego con el premio de su devocion, porque llevadas ante el Gobernador, en compañía de dos pequeños infantes, las mandó este que al momento sacrificasen á los dioses, pena de la vida. Pidieron ellas que se las entregasen los ídolos, y cuando todos creian que iban á sacrificarlos, quedaron atónitos viendo que con valeroso denuedo los arrojaron en una laguna: animosa demostracion que las mereció la corona del martirio, porque allí mismo fueron degolladas juntamente con los dos dichosos niños.

Siguiólas presto san Blas; pues avergonzado el Gobernador de verse siempre vencido, mandó que le ahogasen en la misma laguna donde habian sido arrojados los ídolos. Armóse el santo Mártir con la señal de la cruz, y comenzó á caminar sobre las aguas sin hundirse, como pudiera en tierra firme. Llegó á la mitad de la laguna, y sentándose serenamente en ella, convidó á los infieles que hiciesen otro tanto, si creian que sus dioses tuviesen algun poder. Hubo algunos tan simples ó tan osados que quisieron hacer la prueba, pero muy á costa suya, porque todos se ahogaron. Al mismo tiempo oyó san Blas una voz que le convidaba á salir de la laguna para recibir la corona del martirio. Hízolo al instante, y apenas salió á tierra, cuando el Gobernador, centelleando en cólera, le mandó cortar la cabeza el año del Señor de 316.

Los favores que Dios ha dispensado á los fieles por su intercesion han hecho muy célebre el culto de nuestro Santo en toda la Iglesia. Los griegos celebran su fiesta, y en muchas ciudades, y aun obispados enteros de la Iglesia latina, es fiesta de precepto por obligacion de voto. La ciudad de Ragusa en Dalmacia le escogió por primer patron de su iglesia y de su república, durando cuatro dias la fiesta anual con que le solemniza. Otros muchos pueblos le veneran por su tutelar. En los despoblados y en los campos son muchas las ermitas y los humilladeros que están dedicados á nuestro Santo. Los continuos beneficios que cada dia se consiguen por su intercesion, sobre todo en males de garganta, y en enfermedades de niños y de animales, no han contribuido poco á extender la devocion con san Blas, y á encender la piadosa ansia con que en todo el mundo cristiano se solicitan sus reliquias.

Nótese que Aecio, antiguo médico de Grecia, entre los remedios

que señala para el mal de garganta, recomienda singularmente la devocion con san Blas, como una medicina pronta, eficaz y experimentada: lo que acredita cuán antiguo es el recurso á la proteccion de este gran Santo.

La Misa es en honra de san Blas, y la Oracion es la que se sigue:

Deus, qui nos beati Blasii martyris tui, atque pontificis annua solemnitate lætificas; concede propitius, ut cujus natalitia colimus, de ejusdem etiam protectione gaudeamus: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Ó Dios, que cada año nos llenas de regocijo con la solemnidad de tu mártir y pontífice el bienaventurado Blas; concédenos por tu bondad que, cuando celebramos su nacimiento en el cielo, nos alegremos con su proteccion en la tierra. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola es del capítulo 1 *de la segunda del apóstol san Pablo á los Corintios.*

Fratres: Benedictus Deus et Pater Domini nostri Jesu Christi, Pater misericordiarum, et Deus totius consolationis, qui consolatur nos in omni tribulatione nostra: ut possimus et ipsi consolari eos, qui in omni pressura sunt, per exhortationem, qua exhortamur et ipsi à Deo. Quoniam sicut abundant passiones Christi in nobis, ita et per Christum abundat consolatio nostra. Sive autem tribulamur pro vestra exhortatione et salute, sive consolamur pro vestra consolatione, sive exhortamur pro vestra exhortatione et salute, quæ operatur tolerantiam earumdem passionum, quas et nos patimur: ut spes nostra firma sit pro vobis: scientes quod sicut socii passionum estis, sic eritis et consolationis in Christo Jesu Domino nostro.

Hermanos: Bendito sea Dios, Padre de Nuestro Señor Jesucristo, Padre de las misericordias, y Dios de toda consolacion, que nos consuela en todas nuestras tribulaciones: para que nosotros podamos consolar á aquellos que se hallan en iguales aflicciones, con la misma exhortacion que lo somos por Dios. Porque así como abundan en nosotros las pasiones de Cristo; del mismo modo superabunda nuestra consolacion por este Señor, ya seamos atribulados por vuestra exhortacion y salud; ya consolados por vuestra consolacion; ya exhortados por vuestra exhortacion y salvacion: en todo solicitamos daros ejemplo de tolerancia en las mismas pasiones que padecemos, para que con vuestro sufrimiento viva nuestra esperanza mas segura por vosotros: sabiendo que, así como sois socios en el padecer, lo seais en la consolacion en Nuestro Señor Jesucristo.

REFLEXIONES.

Si el Padre de las misericordias es nuestro Dios, y si el Dios de toda consolacion es nuestro Padre, ¿qué podemos temer? La po-

breza, las enfermedades, las persecuciones, las adversidades pueden hacernos infelices y desgraciados á los ojos de los hombres; pero si Dios nos consuela en nuestras tribulaciones, ¿se podrá tener mucha lástima de nosotros? Este solo nombre de *Padre de las misericordias* debe alentar nuestra confianza aun en medio de nuestros mas enormes pecados. Seamos nosotros sus verdaderos, sus fieles siervos, que él mirará por nuestros intereses.

¿Cuántos se ven en el mundo ricos, poderosos, colmados de honras, hartos, por decirlo así, de prosperidades, que con todo eso son hombres infelices? Si hay cruces, si hay mortificaciones interiores, que no salen hácia fuera, ¿por qué no habrá tambien dulzuras y consuelos invisibles? No hay sentido mas expuesto á engañarse que los ojos. Se puede decir que todo cuanto se ve en el mundo es alucinacion, es engaño: solo se encuentra verdad y solidez en las promesas de Jesucristo y en su servicio. Las exterioridades de la virtud retraen y aun aterran; pero *gustate et videte*, dice el Profeta; no os goberneis precisamente por la vista, sino por el gusto.

Cuanta mas parte tuviéremos en los tormentos de Jesucristo, mas parte nos tocará en los consuelos que vienen por Jesucristo. En un criado solo se descubre la librea del amo á quien sirve; pero no se ve ni el salario que gana, ni los provechos que tiene. La librea de Jesucristo no solo es modesta, sino oscura y poco grata á los sentidos: cuando por el contrario las libreas de los que sirven al mundo son brillantes; pero ¡qué brillantez tan falsa! ¿Qué se gana en su servicio? El salario mas cierto son amarguras y arrepentimientos.

Tiene el mundo sus cruces, pero secas, pero sin mérito. Gastan los mundanos los bienes y la salud, padecen mucho cada cual en su estado y condicion; pero ¿quién se lo agradece? La esperanza de los justos es sólida, contados tiene Dios sus cabellos, y no derramarán por su amor una sola lágrima que no les produzca un torrente de delicias. Sean en buen hora calumniados, menospreciados y perseguidos: ninguna proporcion tiene lo que padecen con la grandeza, con el precio, con la duracion del premio que les aguarda. Ni hay que pensar que este premio solo se les reserva para la otra vida. Oid á un san Efren, á un san Francisco Javier, á una santa María Magdalena de Pazzis, que en medio de los trabajos que padecian en esta clamaban al cielo de lo mas íntimo de su corazon: Moderad, Señor, los gustos de que nos colmais: poned algun límite á los excesivos consuelos que comunicais á nuestra alma en este valle de lágrimas. ¿Cuándo se le oirá á un mundano quejarse con verdad de seme-

jante exceso? ¿Cuándo podrá confesar de buena fe que son demasiados, que son insufribles los consuelos con que premia el mundo á los que le sirven? ¡Y con todo eso aun se estremece el corazon cuando se trata de entrar en el servicio de Dios! ¡aun se hallará que cuesta mucho esto de ser buen cristiano! ¡aun habrá muchos que atolondradamente corran en tropas á servir al mundo! ¡Qué desdicha, qué locura!

El Evangelio es del capítulo XVI *de san Mateo.*

In illo tempore dixit Jesus discipulis suis: Si quis vult post me venire, abneget semetipsum, et tollat crucem suam, et sequatur me. Qui enim voluerit animam suam salvam facere, perdet eam: qui autem perdiderit animam suam propter me, inveniet eam. Quid enim prodest homini, si mundum universum lucretur, animæ vero suæ detrimentum patiatur? Aut quam dabit homo commutationem pro anima sua? Filius enim hominis venturus est in gloria Patris sui cum angelis suis: et tunc reddet unicuique secundum opera ejus.

En tiempo que Jesucristo enseñaba á sus discípulos las máximas necesarias para conseguir la vida eterna, les dijo: Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese á sí mismo, tome su cruz, y sígame; porque el que quiera salvar su alma, la ha de perder (esto es, retraer de las delicias del siglo); y el que así la perdiere por mí, la encontrará en la vida eterna. ¿De qué aprovecha al hombre lograr todas las cosas del mundo, si pierde la preciosa joya de su alma? ¿Ó qué conmutacion le dará por ella el hombre en esta vida? Sabed que el Hijo del Hombre ha de venir al juicio universal en la gloria de su Padre con sus Ángeles; y entonces remunerará á cada uno segun sus obras.

MEDITACION.

De los falsos gustos del mundo.

Punto primero.—Considera que el mundo promete lo que no tiene cuando ofrece alegría llena, gusto cumplido, placer puro y diversion que no fastidie. No tiene el mundo placer que no esté mezclado de amargura: si no le acompaña cuando se logra, le sigue muy de cerca.

Los gustos del mundo propiamente no son mas que unas agradables ilusiones: están en la fantasía, y no en el corazon: en tanto divierten, en cuanto suspenden por algun tiempo otros enfados y otros cuidados reales: no se les estima por lo que valen, sino por lo que cuestan. Con efecto, despues de los gastos que se hacen, despues de los afanes que se toman para satisfacerse con ellos, ¿se logra esta satisfaccion? ¿se consigue el quedar contento? ¡Ah, que los gustos del

mundo inquietan y alteran! Cuanto mas se gustan, menos satisfacen, y mas hambre excitan. ¡Qué locura, mi Dios, tener por gusto lo que siempre está acompañado de algun sinsabor, y á lo que nunca deja de seguir un cruel remordimiento!

Aun los placeres mas lícitos no son en la realidad placeres. Por mas que se multipliquen siempre dejan algun vacío que inquieta. Juegos, saraos, convites; todo fatiga, todo cansa. Se puede decir que las diversiones del mundo son como aquellas exhalaciones luminosas que se divisan á larga distancia: cuando se corre hácia ellas se alejan, y cuando parece que ya se tocan con las manos desaparecen. Pero demos que se las alcance, ¿qué viene á sacarse de ellas? mucho cansancio, mucha confusion y mucho remordimiento.

No hay que buscar pruebas ni ejemplares fuera de nosotros mismos. ¿Qué gusto puro, sólido, real, y que nos satisfaciese, hemos hallado en el mundo? ¿Cuántas veces, indignados contra nuestra ilusion, hemos abominado de nuestras pasiones y de nuestra concupiscencia? ¿Cuántas veces nos hemos compadecido, nos hemos lastimado de aquellos mismos que nos imitaban en nuestra imprudencia y en nuestros desórdenes?

¡Será posible, Señor, que estas reflexiones no han de remediar jamás un error, una ceguera tantas veces reconocida y confesada! ¡Será posible que despues de haber experimentado tantas veces la vanidad y la amargura de los gustos del mundo, aun todavía hemos de suspirar por unos gustos tan vacíos y tan amargos!

PUNTO SEGUNDO.—Considera que para conocer bien la naturaleza de los gustos del mundo no hay mejor medio que consultar á los que con mas hambre los apetecieron, y á los que por mas largo tiempo los disfrutaron. Pregunto: ¿estos gustos han hecho por ventura feliz á un solo hombre?

Salomon, monarca absoluto del mas florido reino del universo, colmado de honras, lleno de prosperidades, resuelve no negar gusto ni satisfaccion alguna á su corazon y á sus sentidos. Palacio, no solo magnífico, sino soberbio, jardines deliciosos, mesa espléndida, corte numerosa, pompa, riquezas, suntuosidad; todo el universo contribuye á sus delicias, y por tanto dice: *Nada rehusé á mis ojos de cuanto apetecieron: prometí á mi corazon no escasearle gusto alguno de esta vida, y así se lo cumplí; pero despues de todo, ¿qué hallé? que todo era vanidad de vanidades, y afliccion de espíritu.* Nuestra concupiscencia es nuestro tirano. ¡Ah, y cuánta verdad es que el que quiere sal-

var la vida ha de perderla! Pocos gustos tiene el mundo que no estén emponzoñados.

No sufre el mundo en su servicio sino á esclavos. ¡Qué violencia, mi Dios, qué servidumbre, qué prisiones, qué esclavitud en todo, y en todo qué enfados, qué pesadumbres! La mayor, la mas grande diversion del mundo, propiamente hablando, solo viene á consistir en aturdirse, en atolondrarse un momento para calmar sus inquietudes. El que ignora este secreto es digno de compasion. Solo se vive en medio del tumulto, y todo el cuidado es huir cada cual en cierta manera de sí mismo. El silencio, la quietud, la soledad, vivir con reposo y en sosiego es un suplicio insufrible. El que se ve á solas consigo se tiene por infeliz. Grite cuanto quisiere el espíritu del mundo contra estas verdades: el corazon le desmiente, y la experiencia deshace sensiblemente todos sus sofismas. ¡Ah, Dios mio, y qué desgraciado es quien fuera de Vos busca su felicidad y su reposo!

¡Cosa extraña! está el mundo lleno de quejosos y de infelices: en él todo es abrojos, todo espinas; y con todo eso se pretende que ha de ser la region de los placeres. Por el contrario, la herencia de los buenos, aun en esta vida, son los consuelos y la felicidad; así lo asegura Jesucristo, no hay Santo que no lo experimente, y en medio de eso no se cree, se intenta que no sea así.

Consideremos la alegría de un san Blas delante de su cueva, y rodeado de fieras apacibles; ó considerémosla en medio de aquella espesa lluvia de palos que sufrió por amor de Jesucristo. ¿Qué mundano gustó jamás alegría tan pura, consuelo tan dulce, placer tan exquisito?

¡Mi Dios! aun cuando fuera cierto que el mundo rebosase en placeres verdaderos; aun cuando sus delicias fuesen la herencia de sus parciales, ¿habia yo de buscar mi felicidad en otra parte que en vuestro santo servicio? Pero siendo cierto que serviros á Vos es reinar; siendo innegable que fuera de vuestro servicio no hay placer, no hay gusto verdadero, ¿podré dudar, ni por un solo instante, si me he de resolver á amaros y á serviros?

No, Señor, no delibero ni un momento. Conozco la falsedad y la nada de todos los gustos del mundo, renúnciolos, detéstolos de todo mi corazon. No quiero otros que los que se encuentran en amaros sin intermision, y en serviros con fidelidad.

JACULATORIAS. — ¡Qué bueno es el Señor para todos los que le sirven con un corazon recto y sano! (*Psalm.* LXXII).

Para mí no hay ni apetezco otro placer que estar unido á mi Dios perpétuamente. (*Ibid.*).

PROPÓSITOS.

1 Comienza desde este mismo punto á desterrar de la imaginacion esas vanas ideas que nos representan los gustos del mundo con unos colores tan vivos y tan brillantes. Conoce desde luego su vanidad y su ponzoña. Mas no te quedes aquí. Renuncia eficazmente todos los gustos ilícitos, todas las diversiones profanas, imponiéndote una inviolable ley de no admitir jamás diversion ni gusto que no sea muy lícito y muy piadoso. Pero por cuanto los propósitos puramente especulativos y generales frecuentemente solo sirven de hacernos mas delincuentes, haz que sean prácticos los tuyos, y desciende á cosas particulares. Ponte á tí mismo un entredicho de toda diversion del Carnaval, negándole á unos desahogos que debieran llenar de horror á quien tuviese no mas que una leve tintura de Religion. Tales son esos saraos libres, esos juegos de manos escandalosos, esos bailes disolutos que están prohibidos á todo buen cristiano, esas comilonas inseparables de los mayores desórdenes, esos espectáculos profanos, todas esas bullas de estruendo, de confusion y de tumulto, que por cualquiera parte donde se miren dicen esencial oposicion con la doctrina de Jesucristo, y son funestos escollos de la inocencia. Sal al encuentro á todos los artificios del amor propio, que no dejará de amotinarse contra tu resolucion: hazte inflexible á todas sus solicitaciones, y búrlate de sus despiques. Constitúyete superior á todo respeto humano, que es la roca donde mas frecuentemente se estrellan las mejores resoluciones que tiran á la reforma. Libraráte esta generosa determinacion de mil zozobras del alma, de mil remordimientos, y no esperarás á la hora de la muerte á recibir los aplausos, ni á experimentar el gusto de esta importante victoria. ¿Cuánto consuelo sentirás en los primeros dias de Cuaresma, y aun mañana mismo, de haber emprendido hoy una reforma, una resolucion tan generosa?

2 Aun en las diversiones honestas y lícitas que de hoy mas te permitieres observa las advertencias siguientes. Primera: nunca te entregues á diversion de que hayas despues de arrepentirte. Segunda: tómalas siempre por algun buen motivo justo y honesto; sean diversion, y no empleo, huyendo de dedicarte á ellas con exceso. Tercera: gran cosa seria que las templases siempre con el pensamiento de la muerte; esta es la mejor triaca contra el veneno del

amor propio. Cuarta: sazona toda diversion con la provechosísima salsa de alguna mortificacioncilla. San Francisco de Sales aconsejaba á los cortesanos y gentes del mundo, que cuando la atencion, el estado, la urbanidad ó el empleo les precisase políticamente á no excusarse de asistir á ciertas diversiones algo ocasionadas, fuesen pertrechados con algun instrumento oculto de mortificacion que tuviese al cuerpo algo desazonado. Es este un admirable secreto para nutrir la piedad aun en medio de aquellas diversiones que aparecen mas ocasionadas á la distraccion. Quinta: en todo caso, aun en los entretenimientos mas inocentes, menos ocasionados y mas ordinarios, jamás te has de dispensar en la mas menuda regla de la modestia, de la compostura y del decoro. Fácilmente se disipa el corazon con la alegría, si se concede demasiada libertad á los sentidos; aquel se derrama hácia fuera, y desde el esparcimiento pasa á la disolucion, sin ser ya dueño de sí mismo para contenerse. La compostura y la modestia cristiana deben ser el sainete de todas tus diversiones. Sexta: procura que los pobres entren tambien á la parte en tus fiestas: da de comer á algunos, ó envia comida á alguna familia pobre y honrada, persuadiéndote *á que convidas á Cristo, convidando á sus amigos.*

DIA IV.

MARTIROLOGIO.

San Andrés Corsino, obispo de Fiesoli, en Florencia; la festividad del cual se celebra el dia 6 de enero. *(Véase su vida en las de este dia).*

San Eutiquio, mártir, en Roma, el cual acabó su vida con un ilustre martirio; fue sepultado en el cementerio de Calixto, y el papa san Dámaso honró su sepulcro escribiendo un epitafio en verso.

Los santos mártires Aquilino, Gemino, Gelasio, Magno y Donato, en Fosumbruno.

El martirio de san Fileas, en Tamné, ciudad de Egipto, obispo de la misma ciudad, y de san Filoromo, tribuno del ejército, quienes en la persecucion de Diocleciano, aunque sus parientes y amigos les rogaban que condescendiesen con las proposiciones del Emperador, y conservasen la vida, quisieron antes presentar su cabeza á la cuchilla, consiguiendo así la corona del martirio; con ellos fueron tambien martirizados innumerable multitud de fieles de la misma ciudad, que siguieron el ejemplo de su Pastor.

San Remberto, obispo Bremense, en el mismo dia. «Era natural de Flan-«des, y monje en el monasterio que está próximo á Turholt. Por la muerte de «san Anscario fue unánimemente elegido arzobispo de Hamburgo en Bremen, «en el año 869, y entendió generalmente en todas las iglesias de Suecia, Di-

«namarca y la Baja Alemania, perfeccionando la obra de su conversion. Mu-«rió este Santo esclarecido en virtudes y milagros, á 11 de junio de 888, pero «el Martirologio hace conmemoracion de él el 4 de febrero, dia en que fue «electo á su dignidad episcopal.»

San Aventino, confesor, en Troyes de Francia.

San Isidoro, monje, esclarecido en méritos y doctrina, en Damiata de Egipto.

San Gilberto, confesor, en el mismo dia.

La deposicion de san José de Leonisa, del Orden de Capuchinos, en la villa de Amatri, diócesis de Reati *(en el ducado de Espoleto)*, el cual despues de haber padecido crueles tormentos de los Mahometanos por predicar la fe católica, esclarecido en las tareas de su predicacion y en milagros, fue canonizado por el sumo pontífice Benedicto XIV. *(Véase su vida en las de este dia).*

SAN JOSÉ DE LEONISA, DEL ÓRDEN DE CAPUCHINOS.

Nació en el año de 1556 en Leonisa, pequeña ciudad cerca de Otricoli, en el estado de la Iglesia, y á los diez y ocho años de su edad hizo su profesion entre los frailes Capuchinos en el mismo lugar de su nacimiento, tomando el nombre de José, por el que antes tenia de Eufranio. Siempre fue dulce, humilde, casto, paciente, caritativo, mortificado, y obediente en grado heróico: con el mayor fervor y con un motivo purísimo de religion procuraba glorificar á Dios en todas sus acciones. Tres dias en la semana no tomaba comunmente otro alimento que pan y agua, y hacia muchas cuaresmas en el año de esta misma manera: su lecho eran unas tablas con una cepa por cabecera y almohada. El amor de las injurias, contumelias y humillaciones hacia que encontrase en ellas mismas su deleite. Mirábase á sí mismo como el mas bajo de los hombres, y decia que, aunque á la verdad Dios por su infinita misericordia le habia preservado de pecados graves, era, no obstante, por su omision y por su ingratitud é infidelidad á la divina gracia, digno de ser abandonado de Dios antes que ninguna otra criatura. Con esta humildad y mortificacion crucificaba el Santo en sí mismo al *hombre antiguo con sus obras*, y preparaba su alma para con las comunicaciones celestiales en la oracion y contemplacion, que eran sus ejercicios continuos. Los tormentos de Jesucristo eran el objeto mas favorito y ordinario de sus devociones. Predicaba por lo comun con un Crucifijo en sus manos, y luego de sus palabras encendia una llama viva en los corazones de sus oyentes y súbditos de penitencia. En el año de 1587 fue enviado por sus superiores á Turquía á trabajar en calidad de misionero entre los cristianos de Pera, arrabal de Constantinopla. Allí

miraba y servia á los cautivos cristianos con admirable caridad y fruto maravilloso, con especialidad durante una peste epidémica, que tambien participó el Santo, aunque recobró al fin su salud. Convirtió muchos apóstatas, uno de los cuales fue un célebre bajá. Incurrió por haber predicado la fe á los Mahometanos en las penas mas severas de las leyes de los turcos, por lo que fue dos veces aprisionado, y la segunda condenado á muerte cruel. Fue colgado de un palo por una mano atada con una cadena; y por un pié de la misma suerte. Despues de haber estado colgado algun tiempo de esta manera, le fue concedida la libertad, y la sentencia de muerte convertida por el sultan en la de destierro. Por cuya causa embarcándose para Italia, desembarcó en Venecia; y despues de dos años de ausencia se vió restituido á Leonisa. Reasumió sus labores apostólicas en su propio país con un celo extraordinario, y una bendicion del cielo nada comun. Para completar su sacrificio padeció hácia el fin de su vida un cáncer el mas penoso, para cuya curacion sufrió dos crueles incisiones sin dar el mas leve suspiro ni queja, repitiendo solamente: *Sancta Maria, ora pro nobis miserabilibus afflictis peccatoribus.* Y teniendo en sus manos todo este tiempo un Crucifijo, en que tenia clavados sus ojos, y habiéndole dicho algunos que era necesario antes de la operacion atarle ó sujetarle, les respondió señalando á él: «Esta es la mas fuerte ligadura: este me sostendrá inmóvil, «mas que lo que pueden hacer las mismas cuerdas.» Habiendo sido infructuosa la operacion, espiró el Santo dichosamente en el dia 4 de febrero del año de 1612, á los cincuenta y ocho de su edad. En el mismo dia se halla su nombre en el Martirologio romano. Véase la historia de sus milagros en las actas de su canonizacion ó beatificacion, cuya ceremonia fue hecha por Clemente XII en el año de 1737, y en las de la primera por Benedicto XIV en el de 1746. Acta canonizationis 5 Sanctorum, videlicet, Fidelis à Sigmaringa, M. Camilli de Lellis, Petri Regalati, Josephi de Leonissa, et Catharinæ de Riccis à Benedicto XIV anno 1746, impresas en Roma en el de 1749, p. 11, 85, y la bula de su canonizacion, p. 558. Tambien en el Bullar. t. 15, p. 127.

SAN ANDRÉS CORSINO, OBISPO DE FIESOLI Y CONFESOR.

San Andrés, de la noble y antigua casa de Corsini en la ciudad de Florencia, nació en la misma ciudad el año de 1303, á los 30 de

noviembre, dia en que se celebra la fiesta del glorioso Apóstol, cuyo nombre se le dió. Eran sus padres mas ilustres por su piedad que por la distinguida clase que los hacia respetar en la república, y así recibieron al niño Andrés como fruto de las fervorosas oraciones que por muchos años habian ofrecido al cielo, para que les concediese algun hijo por intercesion de la santísima Vírgen, en cuya atencion se le dedicaron á esta Señora desde el mismo instante que nació.

El dia antes que le diese á luz su piadosa madre tuvo una vision que la asustó mucho, llenándola de cuidados. Parecíala que habia parido un pequeño lobo, el cual entrando en la iglesia de los Padres Carmelitas se convirtió de repente en un manso corderillo. Esta vision empeñó á la devota señora en atender con especial cuidado á la crianza de su hijo, sin descuidarse en inspirarle desde su mas tierna edad el santo temor de Dios, y el horror al pecado, aplicándose con el mayor desvelo á darle una educacion cristiana, que tanto conduce para la salvacion de los niños.

Estaba dotado Andrés de un natural excelente, pero por otra parte tan vivo y tan inclinado á todo género de pasatiempos, que ni los buenos ejemplos de sus padres, ni los prudentes consejos de los mejores maestros fueron bastantes para que no verificase con muchas ventajas el sueño de su piadosa madre.

Contribuyó mucho á esto la compañía de otros caballeritos de su edad, algunos ligeros, y otros disolutos, que en poco tiempo y sin mucha resistencia le condujeron por el espacioso camino del vicio. Entregóse á él Andrés, y no se entregó á medias. El juego, los espectáculos, la disolucion, ahogaron enteramente en su pecho aquellos piadosos sentimientos, que á los principios habian hecho alguna ténue impresion en él. No como quiera comenzó á perderse, sino que hacia gala de ser de los mas perdidos; y como la libertad orgullosa no solo destierra del corazon la urbanidad y la modestia, sino que le embrutece, haciéndole feroz, rústico, intratable, oia Andrés con desabrimiento y con desprecio las saludables advertencias de su piadosa madre. En el desconsuelo que causaba á la señora la perdicion de su hijo no tenia otro recurso que la proteccion de la santísima Vírgen, por cuya intercesion le habia obtenido de Dios, y á cuyo servicio le habia dedicado desde su nacimiento. Jamás se quedó sin fruto una confianza fiel y constante.

Un dia en que Andrés se disponia para salir á cierta diversion menos decente, advirtió que su buena madre se estaba deshaciendo en lágrimas. Parte por ternura, y parte por curiosidad, la preguntó

el motivo de su llanto. *Lloro, hijo mio,* le respondió la virtuosa señora, *porque con harto dolor de mi corazon veo demasiadamente verificada la primera parte de un sueño que tuve la noche antes del dia en que te parí para tanto desconsuelo mio. Soñé que daba á luz un pequeño lobo; pero no te disimularé que igualmente soñé que este lobo se convertia en un apacible corderillo, luego que entraba en la iglesia de los Padres Carmelitas. Tu padre y yo creimos que consagrándote desde luego á la clementísima Vírgen podiamos eludir el funesto efecto de un pronóstico tan triste; pero nuestra precaucion solo ha servido para que tu proceder desordenado nos traspase el alma con mayor tormento. Esas costumbres perdidas acreditan con sobrada verdad que mi vision fue mas que sueño. Dichosa yo si antes de morir pudiera ver todo el pronóstico cumplido, logrando el gusto de verte convertido en cordero inocente, ya que ahora te lloro sangriento y lascivo lobo.*

Estas palabras, acompañadas de copioso llanto, y pronunciadas con aquel tono dulce y penetrante que inspiran la piedad y la ternura, tocaron el corazon del generoso mancebo. Hízole gran fuerza el sueño; pero mucha mas fuerza le hizo la realidad, y entrando la gracia al socorro, se acabó presto la obra de la conversion.

No os moriréis, madre y señora, respondió Andrés bañado en lágrimas, *no os moriréis sin ver la dichosa transformacion que deseais: pasará este lobo á ser cordero, y solo siento haber malogrado tanto tiempo en el funesto vaticinio, cumpliendo con tanto estrago de mi alma, como dolor de la vuestra, todo el significado que simboliza esta fiera: voy, señora, á que se justifique de lleno vuestra misteriosa vision. Vos me consagrásteis á la Madre de mi Dios; no he de destruir vuestro sacrificio, y voy yo á cumplir lo que prometísteis vos. Consolaos, madre mia, que no se han perdido vuestras oraciones, ni se han malogrado vuestras lágrimas: perdonad las pesadumbres que os ha dado mi dureza, olvidad mi rebeldía, no os acordeis de mis ingratitudes, y sirvan de medianeras con Dios vuestras oraciones para que me perdone mis pecados.*

Dijo, y sin dar lugar á que la piadosa señora volviese en sí del gustoso embeleso en que la suspendió una mudanza tan pronta, como no esperada, salió de casa, dirigióse á la iglesia de los Carmelitas, postróse ante el altar de la santísima Vírgen, y deshecho en lágrimas se ofreció á Dios y á su purísima Madre como víctima que, aunque consagrada á los dos desde su nacimiento, el mundo la habia descaminado, teniéndola infelizmente aprisionada en sus cadenas por el dilatado espacio de mas de doce años. Aceptó el cielo el sacrificio, y

mudó el Señor enteramente su corazon. Sintió Andrés hechas pedazos las cadenas, y animado con un nuevo espíritu, lleno de un nuevo aliento, tomó la generosa resolucion de hacerse religioso, y le pareció que no podia hacer eleccion mas acertada que la del célebre y observante instituto de los Padres Carmelitas.

Pidió el santo hábito con tanta instancia, y dió pruebas tan concluyentes de ser su vocacion legítima, que fue recibido en la Órden para ser dentro de poco tiempo uno de sus mas brillantes astros. Su fervor fue el asombro de los mas perfectos, y los mas ancianos miraron con admiracion los progresos del novicio.

Las pasiones á que se habia entregado tan desenfrenadamente en el siglo se amotinaron con violencia sediciosa, viéndose reprimidas en la Religion; pero supo sujetarlas con tanta prontitud por medio de rigurosas penitencias, de una continua mortificacion de los sentidos, de un severísimo silencio, de una perpétua oracion, que antes de acabarse el año del noviciado logró verlas todas postradas con la gloriosa servidumbre de enteramente rendidas.

Irritado el demonio á vista de unos progresos tan rápidos en la virtud, se cree comunmente que, tomando la figura de un pariente suyo, intentó persuadirle con artificioso engaño que, dejando el hábito religioso, se restituyese al siglo. Pero el observante novicio, sin hacer caso del tentador, le volvió las espaldas, alegando que no tenia licencia para hablar. Cubrióse de confusion el enemigo, no pudiendo sufrir una observancia tan ejemplar, y desapareciendo prontamente, dió bastantemente á entender su malignidad y su artificio.

Hecha la profesion, se impuso una severa ley de no aflojar jamás en los ejercicios ni en el fervor del noviciado. No pudo subir mas de punto ni su humildad, ni su puntualidad, ni su obediencia. Nunca supo entibiarse su fervor, ni su devocion desmentirse. Concedió el Señor á sus palabras aquella gracia, aquella maravillosa fuerza que conservaron toda la vida para convertir á los pecadores. Hallábase un pariente de nuestro Santo apoderado de una profunda melancolía, efecto de cierta molesta enfermedad, y para aliviar una y otra habia convertido su casa en pública tablajería. Animado Andrés de un santo celo, le representó la infamia que á él y á toda la familia resultaba de fomentar aquellos jugadores de profesion, haciéndole ver las ofensas de Dios que acompañaban al juego; y sin mas diligencia el enfermo le desterró de su casa. Premió Dios su docilidad; porque rezando por espacio de siete dias un Padre nuestro, y una Ave María con una Salve, como el Santo se lo habia aconsejado, se halló

enteramente libre de una enfermedad que hasta allí se habia burlado de todos los remedios de la medicina.

Ordenado de sacerdote, decia la misa con fervor tan encendido, que al verle en el altar no parecia un sacerdote, parecia un Serafin. Celebrando un dia el divino sacrificio, entre estos celestiales ardores se le apareció la santísima Vírgen, y le consoló con estas palabras que destilaban ternura: *Tú eres mi siervo, y yo me gloriaré en ti.* Á la verdad no parecia posible, ni mas reverente devocion, ni ternura mas filial que la que profesaba nuestro Santo á la Madre de Dios. Esta era su devocion favorita, esta su distintivo y su carácter. Por eso nunca admitia otro título que el de siervo de María; con él se honraba, y con él se regalaba.

Habiéndose graduado en París de doctor en teología, volvió á Florencia, donde le hicieron prior de su convento. Aquí fue donde descubrió los extraordinarios talentos que habia recibido del cielo para el mayor bien de las almas. Mostró entre otros el don de profecía, porque teniendo á un niño en los brazos, y mirándole con atencion comenzó á llorar amargamente. Preguntado el motivo de aquel llanto, que parecia intempestivo: *Lloro*, dijo, *porque este niño tendrá desastrado fin, y será la ruina de su casa.* El tiempo y el suceso verificaron demasiadamente el profético vaticinio.

Eran las brillantes virtudes de nuestro Santo admiracion y ejemplo de toda la Toscana, á tiempo que vacó el obispado de Fiesoli, ciudad que solo dista una legua de Florencia. Nombróle todo el pueblo por su obispo; pero noticioso Andrés huyó á esconderse en la Cartuja, lo que hizo tan á tiempo y con tanto secreto, que burló cuantas diligencias se practicaron para encontrarle. Perdidas ya las esperanzas de dar con él, iba el pueblo á juntarse para proceder á otra eleccion, cuando un niño de tres años levantó la voz, y dijo: *Andrés, á quien Dios ha escogido para nuestro obispo, está haciendo oracion en la Cartuja.* Á vista de una vision tan visible, no dudando ya el Santo que el cielo le llamaba para aquella tan alta dignidad, solo pensó en desempeñar sus obligaciones, añadiendo nuevos grados de perfeccion á la santidad de su vida.

La obligacion de vivir como obispo no le embarazó vivir como carmelita; antes bien persuadido á que un obispo está obligado á vida mas ejemplar y mas santa que un simple religioso, aumentó nuevas penitencias á sus mortificaciones ordinarias. Sobre el cilicio comun añadió una cadena de hierro que daba vuelta á toda la cintura, y á la diaria carga del oficio divino aumentó la sobrecarga de los siete

salmos penitenciales, que siempre se acababan con una sangrienta disciplina. Su cama eran unos sarmientos; la mayor parte de la noche la pasaba en oracion, y ayunaba cási todos los dias. Huia cuidadosamente todo trato con mujeres; nunca las hablaba sino con los ojos en el suelo, y no permitió jamás que entrase alguna en su cuarto.

La vida tan ejemplar de tan santo Obispo por precision habia de merecer mil bendiciones á su pueblo. Un pastor tan vigilante y tan santo poco habia de tardar en reducir al aprisco todas las ovejas descarriadas. No hubo pecador tan obstinado que no se rindiese á sus avisos; ninguno tan rebelde, que pudiese resistirse á las solicitudes de su celo.

Entre otros era muy visible el milagroso don que poseia para componer discordias, y para desterrar el rencor de los pechos enemistados. Esto obligó al papa Urbano V á echar mano de nuestro Andrés para que pasase á Bolonia en calidad de legado suyo, á fin de pacificar las discordias que despedazaban aquel numeroso pueblo. Apenas entró en él aquel Ángel de paz cuando calmó la sedicion: uniéronse los ánimos con reconciliacion sincera, y las portentosas conversiones que logró dieron á conocer cuánto puede hacer un obispo santo.

Habiendo llegado á los setenta y un años de su edad, estando celebrando la misa del gallo la noche de Navidad en su iglesia catedral, tuvo un secreto prenuncio de su cercana muerte. Sintióse acometido de una maligna fiebre la mañana siguiente, y comenzó á disponerse con alegria para la última hora, que desde el primer instante de su conversion habia tenido presente en la memoria toda la vida. Fue universal el desconsuelo en toda la ciudad: no se evacuaba su pobre cuarto de los muchos que concurrian á verle, y todos se deshacian en lágrimas. Solo Andrés se conservaba con un semblante risueño y tan tranquilo, que en su serenidad leian todos verificado aquel oráculo que *para los Santos es dulce cosa el morir*. Fue su dichoso tránsito á 6 de enero, dia de la Epifanía, en el año de 1373. Llevóse su cadáver á la ciudad de Florencia, y fue enterrado en la iglesia de los Padres Carmelitas, como el Santo lo habia significado. Confirmó el cielo la general opinion que se tenia de su santidad con multitud de milagros; y sesenta y siete años despues de su muerte, el de 1440, fue solemnemente beatificado por el papa Eugenio IV, hasta que finalmente en el año de 1629 Urbano VIII le canonizó, y

fijó su fiesta al dia 4 de febrero, mandando que se rezase de él en toda la Iglesia.

La Misa es en honra de san Andrés, y la Oracion es la que se sigue:

Deus, qui in Ecclesia tua nova semper instauras exempla virtutum: da populo tuo beati Andreæ confessoris tui atque pontificis, ita sequi vestigia, ut assequatur et præmia: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Ó Dios, que continuamente nos estás proponiendo en tu Iglesia nuevos ejemplos de virtud; concede á tu pueblo la gracia de que siga de tal manera los pasos del bienaventurado san Andrés tu confesor y pontífice, que merezca conseguir el mismo premio. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola es de los capítulos XLIV *y* XLV *del Eclesiástico.*

Ecce sacerdos magnus, qui in diebus suis placuit Deo, et inventus est justus, et in tempore iracundiæ factus est reconciliatio. Non est inventus similis illi qui conservaret legem Excelsi. Ideo jurejurando fecit illum Dominus crescere in plebem suam. Benedictionem omnium gentium dedit illi, et testamentum suum confirmavit super caput ejus. Agnovit eum in benedictionibus suis: conservavit illi misericordiam suam, et invenit gratiam coram oculis Domini. Magnificavit eum in conspectu regum; et dedit illi coronam gloriæ. Statuit illi testamentum æternum, et dedit illi sacerdotium magnum, et beatificavit illum in gloria. Fungi sacerdotio, et habere laudem in nomine ipsius: et offerre illi incensum dignum, in odorem suavitatis.

Mira al gran sacerdote que agradó á Dios en los dias de su vida, y hallado justo, fue la reconciliacion del pueblo para con el Señor en tiempo de su ira. No tuvo semejante en la observancia de la ley del Altísimo. Por lo mismo juró el Señor acrecentarle en su pueblo. Dióle la bendicion de todas las gentes, y confirmó su testamento sobre su cabeza. Reconocióle entre sus benditos (ó escogidos), conservó para con él su misericordia, y encontró la gracia ante los ojos del Señor: le engrandeció á presencia de los reyes, y le dió la corona de su gloria. Con él estableció su testamento (ó pacto) eterno. Le concedió el gran sacerdocio, y lo beatificó en la gloria; de cuya dignidad hizo uso en alabanza de su santo nombre, ofreciéndole incienso digno en olor de suavidad.

REFLEXIONES.

Qui in diebus suis placuit Deo: Agradó á Dios mientras vivió. ¿Qué mas se ha menester para ser hombre feliz? ¿para hacerse respetar? Solo este rasgo vale todos los elogios. Esté uno adornado de todas cuantas bellas prendas se estiman en el mundo; tenga ingenio, hermosura; posea grandes riquezas; goce de todos los gustos, de todos los deleites de la vida: será infeliz, será despreciable, será digno de compasion, si tiene la desgracia de no agradar á Dios. ¿Qué mérito

puede dar á ninguno el favor ni la estimacion de los hombres? Toda la estimacion humana ¿podrá dar una sola virtud á quien no la tiene? Solo Dios no puede engañarse: su aprobacion es inseparable del verdadero mérito: el que la logra seguramente se la merece: su amistad fabrica nuestra gloria, y tambien nuestra dicha. Sin ella la mas dilatada prosperidad, la mas brillante fortuna, solo pueden hacer á lo mas unos sepulcros dorados, ó dados de un aparente barniz.

Inventus est justus, et in tempore iracundiæ factus est reconciliatio: Fue hallado justo, y en tiempo de la cólera de Dios sirvió para desenojarle. Á veces los hombres santos son reputados en el mundo por unos hombres inútiles. Algun dia sabrá el mundo lo mucho que le sirvieron, y la obligacion que les tiene. ¿Cuántas veces estaba ya para descargar la cólera de Dios sobre las cabezas de los pecadores, y fue desarmada por las oraciones de los justos? ¿Cuántas veces franqueó el Señor sus tesoros, y fue pródigo de sus gracias en consideracion de sus escogidos? *Si hallo en toda Sodoma cincuenta justos, si hallo veinte, yo perdonaré por su respeto á toda la ciudad; tambien la perdonaré, aunque no halle mas que diez.* Asi hablaba Dios á Abrahan. Estos justos, estas almas piadosas son las que honra el Señor con su benevolencia: ¿harálas mucha falta, serán dignas de lástima, porque no tengan á su favor ni los sufragios ni la estimacion de los libertinos?

Non est inventus similis illi qui conservaret legem Excelsi: No se halló quien observase como él la santa ley del Altísimo. Esta es la idea mas sublime que se puede formar de un mérito distinguido, de una virtud eminente. Este solo elogio equivale á un completo panegírico. *Teme á Dios,* dice el Sábio, *guarda sus mandamientos: esto es todo el hombre.* No hay virtud sin la mas exacta observancia de la ley de Dios. *Si quieres entrar en la vida,* dice el Señor, *guarda los mandamientos.* ¡Qué error! ¡qué desacierto cometen los que se dispensan de esta observancia! En vano son esas obras de supererogacion: si no guardas los mandamientos, nada haces.

Por benéfica, por dadivosa que sea la estimacion y la amistad de los grandes, sus favores son limitados y de corta duracion: á lo mas unos pergaminos inútiles, ó unos títulos pomposos son los que sobreviven á nuestra sepultura. Pero ¿nos hacen por eso mas felices? Muy de otra manera trata Dios á los que le sirven. Cólmalos á manos llenas con la bendicion de todos los pueblos: su amor y sus dones se extienden mas allá que todos los siglos. Los monarcas mas poderosos se postran humildemente á los piés de un pastorcillo sim-

ple, de un pobre oficial, á quien Dios elevó á su gloria; y esta gloria ha de durar para siempre. ¡Y despues de esto nos hará poca fuerza la dicha de agradar á Dios! ¡Y despues de esto se tendrá poco temor á la desdicha de desagradarle! ¿Dónde está nuestro entendimiento? ¿dónde nuestra fe?

El Evangelio es del capítulo XXV *de san Mateo.*

In illo tempore dixit Jesus discipulis suis parabolam hanc: Homo quidam peregre proficiscens, vocavit servos suos, et tradidit illis bona sua. Et uni dedit quinque talenta, alii autem duo, alii vero unum, unicuique secundum propriam virtutem; et profectus est statim. Abiit autem qui quinque talenta acceperat, et operatus est in eis, et lucratus est alia quinque. Similiter, et qui duo acceperat, lucratus est alia duo. Qui autem unum acceperat abiens fodit in terram, et abscondit pecuniam domini sui. Post multum vero temporis venit dominus servorum illorum, et posuit rationem cum eis. Et accedens qui quinque talenta acceperat, obtulit alia quinque talenta, dicens: Domine, quinque talenta tradidisti mihi, ecce alia quinque superlucratus sum. Ait illi dominus ejus: Euge, serve bone et fidelis, quia super pauca fuisti fidelis, super multa te constituam, intra in gaudium domini tui. Accessit autem et qui duo talenta acceperat, et ait: Domine, duo talenta tradidisti mihi, ecce alia duo lucratus sum. Ait illi dominus ejus: Euge, serve bone et fidelis, quia super pauca fuisti fidelis, supra multa te constituam, intra in gaudium domini tui.

En tiempo que Jesucristo enseñaba á sus discípulos el modo de hacer uso de sus dones, les habló con la siguiente parábola: Cierto hombre que determinó partirse léjos de su casa llamó á sus siervos, y les entregó sus bienes para que los administrasen. Á uno dió cinco talentos, á otro dos, y á otro uno: á cada cual segun su propia capacidad, y se ausentó al instante. El que recibió cinco talentos comerció con ellos, y granjeó otros cinco. Lo mismo hizo el que recibió dos, lucrando otros dos. Pero el que recibió uno, retirándose, cavó en la tierra, y escondió en ella el dinero de su señor. Despues de mucho tiempo vino el dueño de aquellos siervos, y les pidió cuenta de su administracion; y presentándose el que habia recibido los cinco talentos, le ofreció otros cinco, diciendo: Señor, tú me entregaste cinco talentos, vé aquí otros cinco, que con ellos he adquirido. Está bien, siervo bueno y fiel, le respondió su dueño: porque fuiste fiel en corta cantidad, yo te confiaré otras mayores; entra al goce de tu señor. Llegóse el que recibió dos, y dijo: Señor, tú me entregaste dos talentos, vé aquí otros dos que he granjeado. Está bien, siervo bueno y fiel, le dijo su dueño: porque lo fuiste en poca cantidad, yo te confiaré otras mayores; entra al goce de tu señor.

MEDITACION.

Del buen uso de los talentos que hemos recibido.

Punto primero.—Considera que ninguno hay que no haya recibido del cielo cierto número de talentos, con obligacion de apro-

vecharlos bien. Dones naturales, gracias sobrenaturales, beneficios generales y particulares; todo se nos ha concedido para nuestra salvacion, pues ninguno fue casual. Esa nobleza, ese ingenio, esa educacion, esas bellas prendas, esa salud, ese tiempo; en una palabra, todo el órden, toda la economía de la divina Providencia respecto de nosotros puede y debe ser comprendida en la parábola de los talentos. ¿Y qué debemos pensar de tantos auxilios sobrenaturales, de tantas inspiraciones, de tantas gracias extraordinarias? Todo se lo debemos á los méritos del Hombre-Dios. Bienes suyos son que depositó en nuestras manos: ninguno hay que no sea de gran precio: frutos son de su preciosa sangre. ¡Qué pérdida, Señor! ¡Y qué desdicha la de quien no sabe ó no quiere usar bien de ellos!

No basta conservar el talento recibido. El mal siervo tuvo cuidado de enterrarle, pero fue condenado, porque no le benefició poniéndole á ganancia. Ya se sabe que Dios en este particular es un amo estrecho y riguroso; no se puede alegar ignorancia en este punto; con qué será muy culpable quien le sirviere con negligencia ó con disgusto.

Háyase recibido poco, ó háyase recibido mucho, siempre se recibe lo bastante para poder merecer mas; pero es menester trabajar: es preciso hacer sudar lo que se ha recibido. ¿Qué riesgo puede haber en negocio cuya ganancia pende únicamente de nuestra voluntad? No hay piratas, no hay escollos, no hay naufragios que no podamos evitar. La medida del lucro es por lo comun el motivo del trabajo. En este comercio solamente son pobres los que nada quieren hacer para ser ricos. Pues ¿no tendrá el amo mil razones para tratar de perversos á unos criados tan holgazanes y tan ingratos? ¿Qué caso se hace de un amo cuando se usa tan mal de sus beneficios? ¿Y se merecerá su benevolencia cuando se hace tan poco ó tan ningun caso de darle gusto?

¡Ah, mi Dios! ¡y á cuántos ha de hacer gemir esta verdad bien penetrada! Vos me habeis colmado de beneficios: yo he recibido talentos de vuestra mano; pero ¿me he aprovechado bien de ellos? ¡Oh Señor! ¡qué reprension! Y ¡oh, qué cruel dolor! ¡qué amargo remordimiento!

Punto segundo.—Considera el uso que hemos hecho hasta aquí de los talentos recibidos. Cada talento fue un beneficio: ¿y cuál ha sido nuestro reconocimiento? Todos se nos concedieron para mayor

gloria de Dios, y para nuestra salvacion. ¿Y los hemos empleado únicamente á este soberano, á este importantísimo fin?

Ese tiempo precioso, cuyos momentos están todos contados, ¿ha sido fecundo en buenas obras y en merecimientos? El fruto del buen uso del tiempo será la dichosa eternidad: ¿es posible que no hemos perdido nada de él? Ya estamos en el segundo mes del año nuevo: ¿dónde está el fruto de nuestros propósitos? ¿Hemos adelantado mucho en el negocio de nuestra salvacion?

Los bienes que poseemos se nos dieron para ganar con ellos otros bienes mas preciosos y mas reales: ¿y hemos agenciado mucho con ellos? ¿Nos hemos valido de esos bienes únicamente para comprar mucho cielo? ¿para granjear amigos que nos sean útiles con Dios? ¡Será posible que no temamos algun cargo cuando llegue el caso de dar cuenta!

El entendimiento, la salud, las demás prendas tambien entran en el número de los talentos. Pero ¿se les ha hecho valer mucho? Servirse de ellos únicamente para complacer al mundo, ¿no es peor que sepultarlos? ¿Daráse el Señor por satisfecho de este empleo? ¡Ah, mi Dios! por esta cuenta, ¿qué de siervos inútiles? ¿Cuántos serán despedidos? ¿cuántos condenados á las tinieblas exteriores?

Pero cuando se nos reproduzcan aquellas gracias tan abundantes, aquellas inspiraciones tan saludables, aquellos auxilios tan poderosos, ¡mi Dios! ¡qué de talentos! Misas, Sacramentos, ejercicios espirituales, actos de religion, todo entra en el cúmulo del capital que se pone. ¿Corresponde al fondo la ganancia y los réditos al capital? Para que se nos pasen las cuentas es menester que el capital se doble por lo menos en virtud de la correspondencia y de la fiel cooperacion á la gracia. ¡Oh Señor! ¡y qué motivos tan justos para estremecernos al considerar bien esta parábola! ¡El amo muy presto estará en casa de vuelta de su viaje! ¿Y no tenemos razon para temer? ¿Podrémos ponernos en su presencia con entera confianza?

Los Santos sí que fueron prudentes y discretos en no aplicarse mas que á cultivar sus talentos para que diesen de sí todo lo posible. En los años primeros de su vida no los cultivó mucho san Andrés Corsino; pero en lo restante de ella su fervor reparó con ventajas las quiebras de su inconsiderada juventud. ¿Á qué aguardamos nosotros para reformar nuestras costumbres, para enmendar tantos desórdenes, para dar principio á una nueva vida? Dentro de pocos dias se nos pedirá estrecha cuenta de nuestros talentos. ¡Qué desdicha,

si nos presentamos con las manos vacías! Se castiga severamente á quien no granjeó con ellos: ¿qué será al que abusó, al que se valió de ellos mismos para su mayor perdicion?

No tengo, Señor, otro recurso que á vuestra misericordia infinita. Perdido soy, condenado soy para siempre, si me juzgais con el rigor de vuestra justicia. Disteisme, Señor, talentos; pero ¿cómo he usado de ellos? Mas en fin, concededme todavía un poco de tiempo, ó dulce Salvador mio, que yo os daré buena cuenta: asistidme con vuestra gracia, y dejaré de ser en adelante siervo inútil y perezoso.

JACULATORIAS.—Esto es hecho, Señor; voy á serviros con fidelidad: concededme la perfecta inteligencia de vuestros santos mandamientos. (*Psalm.* CXVIII).

Ya, Señor, llegó el tiempo de trabajar en mi salvacion y de aprovechar hácia el cielo los talentos que me habeis concedido, de los cuales tan mal he usado hasta aquí. (*Ibid.*).

PROPÓSITOS.

1 Conocer las reglas que se deben observar para vivir bien, y aun confesarlas, no solo es cosa fácil, sino muy comun; pero ¿de qué servirá este conocimiento y esta confesion, si no por eso se vive mejor? Acordémonos que la virtud cristiana es ciencia práctica. El infierno está lleno de especulaciones estériles y de máximas muy cristianas, pero infecundas. No permita Dios que las tuyas sean semejantes. No puedes negar que has usado perversamente de los talentos que Dios te concedió. ¡Qué abuso de las prendas naturales y de tantas gracias sobrenaturales! ¿Qué cuenta darias á Dios, si ahora te la pidiera, de tantos beneficios recibidos? ¿En qué has empleado ese entendimiento, esa robustez, esos bienes de fortuna, ese tiempo tan precioso? ¿Cuántas bellas horas has perdido? Mi Dios, ¡qué crueles remordimientos causa una salud usada y desgastada en satisfacer al amor propio! ¡Un entendimiento fatigado y aniquilado por haber disipado su subsistencia en frívolos asuntos! Acalla estos remordimientos con la pronta reforma á que te has de resolver despues de estas reflexiones, imponiéndote la siguiente ley, que has de observar inviolablemente toda la vida.

2 Te has de poner un perpétuo entredicho á toda lectura de novelas, romances, comedias amatorias, poesías galantes, y todo género de libros emponzoñados, que solo agradan porque matan, disimulando el veneno en el artificio. Guárdate bien de valerte jamás de tu

ingenio, de tu discrecion ó de tu agudeza para equívocos indecentes, alusiones impuras, zumbas picantes, chanzas malignas, ni para aquellas torpes alegorías que debajo de las voces mas simples y mas comunes introducen un sutilísimo veneno hasta el corazon. Toma una fuerte resolucion de no estar jamás ocioso. Es preciosísimo el tiempo, y su pérdida es irreparable. No emplearle en trabajar por la salvacion es perderle. ¿Y será usar bien de la salud no saber valerse de ella sino para contentar á sus pasiones? No hay desórden, no hay exceso que no la estrague, que no abrevie la vida. El tiempo de la enfermedad ¿será muy oportuno para convertirse? La salud es don de Dios; pues determina en este mismo dia el uso que has de hacer en adelante de este apreciable don. Beneficios del Señor son los bienes temporales. ¿Y nos habrá dispensado el Señor estos beneficios para satisfacer á nuestros antojos, para ofenderle con mayor osadía, y para perdernos con mas facilidad? Mira qué empleo has hecho de ellos hasta aquí, y resuelve el que has de hacer en adelante. El supremo dominio de nuestros bienes lo tiene Dios; nosotros los poseemos con la obligacion de reconocerle homenaje, y de rendirle tributo. Arregla las limosnas á proporcion de tu renta, consultándolo con un prudente director. Eres hábil, sobresaliente en alguna facultad ó en algun arte, á Dios debes ese don; pero ¡qué delito aprovecharte de esa habilidad para perder á las almas! ¿Cuántas reflexiones podrán hacer aquí, así los miserables autores de libros perniciosos, como todos los que contribuyen á que se impriman y se divulguen? ¿Cuántas los pintores y los escultores, que eternizan las mas halagüeñas ocasiones de pecar en las desnudeces, no solo indecentes, sino escandalosas? ¿Cuántas, en fin, todos aquellos artífices de la iniquidad, que no saben emplear el primor de sus manos y talentos sino en fabricar armas á las pasiones, ó en levantar trincheras al vicio y al desórden? ¡Oh qué cadena de innumerables pecados! ¿Qué penitencia bastará á satisfacerlos? ¿Cómo se reparará tan gran mal? Consúltalo con un confesor prudente y sábio.

DIA V.

MARTIROLOGIO.

Santa Águeda, vírgen y mártir, en Catania de Sicilia, á la cual, siendo emperador Decio, por sentencia del juez Quinciano, despues de haber sido abofeteada, puesta en una cruel prision, atormentada y descoyuntada en el potro, la cortaron los pechos, la hicieron revolcarse sobre pedazos de vidriado y so-

bre ascuas, y finalmente murió en la cárcel haciendo oracion al Señor. *(Véase su vida en las de este dia).*

La conmemoracion de muchos santos Mártires, en el Ponto, que en la persecucion de Maximiano, unos habiéndoles hecho tragar plomo derretido, y otros hincándoles por las uñas cañas aguzadas, y padeciendo otros horrendos tormentos, muchas veces repetidos, con esclarecido martirio alcanzaron las palmas y coronas que el Señor les tenia preparadas.

San Isidoro, mártir, en Alejandría, el cual en la persecucion de Decio, por confesar la fe católica, fue degollado por mandato de Numeriano, general del ejército.

El martirio de veinte y seis Mártires, en el reino del Japon, que por predicar la fe católica fueron crucificados, y estando alabando á Dios y predicando su santa ley murieron alanceados.

San Avito, obispo, en Viena de Francia, por cuya fe, diligencia y maravillosa doctrina fue libertada la Francia del contagio de la herejía de Arrio.

Los santos Genuino y Alvino, obispos, en Bressenon, cuya vida fue gloriosa en milagros.

SANTA CALAMANDA, VÍRGEN Y MÁRTIR.

Aunque se ignora de dónde fue natural esta Santa, ni qué martirio padeció, con todo en la iglesia parroquial y colegiata de San Jaime de la villa de Cálaf, que antiguamente era monasterio de canónigos reglares de la Órden de san Agustin, en el obispado de Vich, se veneran las reliquias de santa Calamanda, llamada tambien por algunos Calamandra. Y la devocion que aquellos moradores y los de los lugares vecinos tienen á esta Santa desde tiempo inmemorial aprueba la verdad de esta tradicion. Su patrocinio se ha experimentado además en las necesidades privadas y públicas, especialmente cuando por falta de agua suelen llevar sus reliquias á un lugar distante media legua de aquella villa, llamado *Soler Lledus*, donde se celebra un oficio muy solemne, y se quedan por algun tiempo con gran consuelo de los pueblos, que por la intercesion de la santa Mártir suelen alcanzar de Dios lo que desean. Su fiesta allí es de guardar como el domingo, y hay allí fundada cofradía á invocacion de esta gloriosa Santa, la cual es gobernada por cuatro mancebos de la villa, y dos de los lugares circunvecinos.

SAN MARTIN DE LA ASCENSION, MÁRTIR.

En una casería que está junto á las ermitas de la Ascension y de San Martin, obispo Turonense, é inmediata á Villanueva de Vergara, villa antigua de la provincia de Guipúzcoa, obispado de Calahorra,

dícese haber nacido este siervo de Dios á 11 de setiembre del año 1567. Los padres que Dios le dió cuidaron de sembrar y cultivar en su ánimo las semillas de la buena doctrina, educándole al mismo tiempo en el temor del Señor, para que no las ahogase la mala yerba del vicio. Mostraba el niño muy buen ingenio, y la aplicacion que de él hacia para la virtud era un nuevo resplandor que embelesaba á los buenos. Habíale dotado el cielo de gran candor, sobresalian en él la humildad y la mansedumbre. En Alcalá de Henares, donde mostró grande inocencia de costumbres mientras estudió las artes y la teología, se sintió llamado de Dios á vivir en la Órden de los Descalzos de san Francisco, cuyo hábito vistió en la provincia de san José, á los diez y siete años y ocho meses de su edad el dia 16 de mayo de 1585, pasando el noviciado y profesando en el convento de Auñon, que está en la Alcarria. Mientras fue novicio, hecho como jumento delante de Dios, y olvidado de sí y de todas las cosas de la tierra, de tal suerte se entregó á la obediencia y oracion, que parecia comenzar donde otros perfectos varones acaban. Desde su principio fue necesario ponerle tasa en sus ejercicios espirituales: para las cosas de humildad y de caridad era prontísimo. Sobre estos cimientos levantó Dios en su alma el edificio de la virtud, siendo á sus hermanos modelo de retiro, de silencio, de obediencia, de pobreza, en que fue extremado. Buscaba las afrentas y baldones con la codicia que ponen otros para ser honrados: concertóse con un compañero suyo que le habia de echar en cara sus defectos, medio excelente para ir sacudiendo del corazon la torpe soberbia que se nos pega por cualquier nonada. Andaba de continuo cargado de cilicios, los piés traia desnudos, y ayunaba muchos dias á pan y agua; su ordinaria comida eran yerbas. A estas y otras penitencias crudísimas añadia un continuo velar, pasando en oracion cási toda la noche; y cuando el sueño le vencia se echaba á dormir en cualquier rincon del convento.

El trato frecuente con Dios le hacia odiar las conversaciones inútiles en que los tibios hallan regalo: cosa que oliese á murmuracion no se podia decir en su presencia. No hablaba sino palabras que avivasen en sí y en los demás el fuego del amor de Dios. De sí decia cosas de gran desprecio, siendo su vida angélica. Ordenado de sacerdote, y creciendo en él los deseos de ayudar á la conversion de los gentiles y de dar la vida por Cristo, que habia sentido en sí desde que estaba en San Bernardino de Madrid recien profeso; seis años despues de haber tomado el hábito, precedida la licencia de sus pre-

lados, se embarcó en el puerto de San Lúcar en una de las misiones que iban al Japon y á la China. Fue esto en julio de 1592. Pero habiéndole sobrevenido una enfermedad, volvió á Sevilla, y allí permaneció hasta el año siguiente en que se hizo á la vela para Nueva España, á donde llegó por agosto. En el convento de Nuestra Señora de Chirubusco, que está en la provincia de San Diego de Méjico, leyó artes por obediencia, y en su escuela mereció tener por discípulo á su compañero en el viaje y en el martirio san Francisco Blanco, honra del condado de Monterey, en la diócesis de Orense. Poco tiempo duró en este ejercicio, pues consta que á fines de mayo del año siguiente llegó san Martin con sus compañeros á Manila, y allí dispuso su provincial que enseñase teología. El bien que hizo el siervo de Dios en aquella ciudad no es para decir. Sus letras y el buen ejemplo de su vida atraian mil gentes á tomar de él consejo y direccion para el gobierno de sus conciencias. En la misa era larguísimo y devotísimo; tenia este rato por lo que ello es verdaderamente, por desahogo y regalo del espíritu, y por escalera para subir á la perfeccion, cuando se trata este sacrificio como es razon, léjos de la descompostura y arrebatos que en algunos se observa. En estas y otras virtudes se ejercitó nuestro Santo en aquella ciudad, hasta que por junio de 1596, siendo de edad de veinte y ocho años poco mas ó menos, fue enviado con su discípulo san Francisco Blanco á predicar la fe á las provincias del Japon. Del convento de Nangasaqui, donde descansó algunos dias, lo llevó consigo el comisario de la mision al convento nuevo de la ciudad de Usaca, llamado de Belen, y en él lo dejó por presidente. Allí mostró nuestro Santo el volcan de amor de Dios que ardia en su pecho, buscando ocasiones de ganar para Cristo muchas de las almas que en aquel gran pueblo se dejaban arrastrar de la vanidad de los muchos dioses.

Solos siete meses ó poco menos pudo emplearse el siervo de Dios en esta espiritual pesquería, pues el emperador Taycozama, temiendo que nuestros religiosos con el pretexto de predicar hiciesen gente y se levantasen contra él, atizado por gente malvada, que para tales casos tiene prevenida el demonio, dispuso que á los ocho dias de diciembre de 1596 quedasen presos Fr. Martin y otros cinco religiosos que habia en aquel convento. Nada bastó para disuadir á Taycozama del encono que tenia contra estos siervos de Dios y contra los demás religiosos que habia presos por esta misma causa en otras ciudades, á los cuales sentenció que les cortasen las narices y las orejas, y los llevasen por las calles públicas de las mas principales

ciudades del reino, Meaco, Fugimen, Usaca, Sacay y otras hasta Nangasaqui, que dista de Meaco cien leguas, y allí fuesen crucificados. Leyóse la sentencia en Usaca el dia último de diciembre del dicho año 1596, y á otro dia llevaron maniatado á san Martin con sus compañeros hasta la ciudad de Meaco, y llenándole de oprobios le entraron en la cárcel donde estaba el santo comisario Pedro Bautista con los demás sentenciados, que entre todos llegaban á veinte y cuatro. Pasados dos dias los sacaron por la ciudad, llevándolos á pié, atadas las manos á las espaldas, hasta un lugar público, cerca de un templo, en que cortaron á cada uno un pedazo de la oreja izquierda, en cuyo acto entonaron los santos Mártires el himno *Te Deum laudamus*, quedando atónitos los idólatras de que cantasen, por cuanto á su parecer habian de llorar. Especialmente de nuestro Martin cuentan sus actas, que mostró en esta ocasion grande ánimo, y que aunque despues de este tormento iban todos llenos de espíritu derramando sangre por las plazas y calles de la ciudad, iba nuestro Santo tan alegre sin haber mudado de color, que parecia un Ángel del cielo. De aquí fueron llevados á Usaca, y de esta ciudad á Nangasaqui, recibiendo con gran mansedumbre los oprobios de que los hartaban por el camino así los soldados que los escoltaban, como la gente de los pueblos por donde pasaron, hasta las mujeres y los niños. Pero fue gran providencia de Dios, como el Santo escribia desde el camino al provincial Fr. Juan de Garrovillas, que el Emperador los mandase enviar por tierra, *porque por todos los pueblos*, dice, *que hemos pasado, á la gente se ha predicado, y queda predicando el santísimo nombre de Dios*. Aprovechados en esto los últimos instantes de tan preciosas vidas, llegaron al lugar del suplicio, donde á vista de las cruces que les estaban preparadas redobló el Señor el esfuerzo de sus soldados; especialmente Martin se señaló en confortar á los demás con su paciencia, enseñándoles cómo habian de estimar tan particulares mercedes como Dios les hacia, y el fin principal por que habian de padecer, y la humildad y el temor y amor de Dios con que era razon le ofreciesen aquel sacrificio. Lástima es que la brevedad de nuestra obra no sufra poner aquí esta muy elocuente plática al pié de la letra conforme la dijo. Al fin mandó á todos que hiciesen oracion á Dios por Taycozama y por los demás gentiles de aquel imperio. Llevado que fue á la cruz donde habia de padecer, se hincó de rodillas, y dijo: *Ofrézcoos, Señor, este martirio en descuento de mis pecados, y pésame por no tener muchas vidas, las cuales diera por vuestro amor con mucho gusto*. Dichas estas y otras muy devotas pa-

labras, clavada su garganta y sus manos y tobillos contra la cruz con argollas de hierro, y amarrado el cuerpo con sogas, fue levantado en alto, y desde allí comenzó un nuevo sermon, exhortando á los Cristianos á que se conservasen firmes en la fe hasta dar por ella la vida con el gozo que él la daba. Luego entonó el salmo: *Alabad á Dios todas las gentes*, y al decir *Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo,* alanceado por los dos costados, entregó su alma al Señor, siendo de edad de veinte y nueve años y cinco meses, á los cinco dias de febrero del año de 1597.

Por espacio de nueve meses estuvo allí mismo su santo cuerpo con los demás, guardados de tropa, sin que los cuervos y otras aves carniceras llamadas *masangues,* de que abunda aquella tierra, hiciesen en ellos el menor estrago.

La cabeza de san Martin fue llevada á Goa, la cruz en que murió al convento de Descalzos de Manila.

Urbano VIII en el año de 1627 concedió á la Órden de los frailes Menores y á toda la diócesis de Manila que rezasen de estos santos Mártires. Dos años despues concedió igual gracia á todos los sacerdotes seculares que acudiesen á las iglesias de la Órden de san Francisco, extendiéndola por especial privilegio á la ciudad de Ávila, por haber nacido en San Estéban, lugar de esta diócesis, san Pedro Bautista, capitan y caudillo de aquel dichoso escuadron, y á la ciudad de Méjico, patria de san Felipe de Jesús.

La villa de Beasain en 1633 obtuvo letras del nuncio de Su Santidad para erigir oratorio en honra de san Martin de la Ascension, y en el de 1664 fundó á este fin una célebre cofradía, que ennobleció con algunas gracias é indulgencias la Santidad de Alejandro VII. Últimamente en 1681 la Congregacion de Ritos, con aprobacion de Inocencio XI, á peticion de la diócesis de Pamplona y de todo aquel reino y del de Guipúzcoa, concedió á la extension de su culto y rezo y misa para el dia 10 de mayo. La iglesia de Calahorra celebra hoy su fiesta.

SANTA ÁGUEDA, VÍRGEN Y MÁRTIR.

Santa Águeda, la primera de las cuatro principales vírgenes y mártires del Occidente, tan celebrada en la Iglesia universal, nació en Sicilia hácia el año del Señor de 230. Hay noble competencia entre las dos famosas ciudades de Catania y de Palermo sobre

cuál de las dos tuvo la gloria de haber sido cuna y patria de nuestra Santa; pero lo que está fuera de toda duda es, que en tiempo de la persecucion vivia Águeda en Palermo, y que padeció martirio en Catania. Era su casa una de las mas nobles de Sicilia; y como sus ilustres padres profesaban la religion cristiana, criaron á la niña en toda piedad, desvelándose en darla una educacion correspondiente á su noble nacimiento.

Desde luego descubrió Águeda un entendimiento vivo y despejado: era rica, era hermosa, tanto que pasaba por la mayor hermosura de su tiempo; pero lo que la hacia mas sobresaliente era su singularísima virtud. Descolló tanto en ella desde sus mas tiernos años, que desde luego hizo voto de no tener otro esposo que Jesucristo, consagrándole su virginidad; siendo ya desde su infancia el ejemplo y la admiracion de todas las doncellas.

No pudo ver sin mucha irritacion tanta virtud el enemigo comun de nuestra salvacion. Excitó furiosas tempestades para que naufragase en ellas su voto y su constancia. Declaráronse pretendientes de su mano cuantos caballeros nobles tuvieron noticia de su hermosura y de sus prendas: mil veces la combatieron, pero nunca la expugnaron, contando las victorias por las batallas, y las palmas por los choques.

Hallábase Águeda en Catania, cuando Quinciano, gobernador de Sicilia, oyó hablar del extraordinario mérito y de las raras prendas que adornaban á la tierna sierva de Jesucristo. Quiso verla, y por la relacion que le hicieron así de sus grandes riquezas, como de su singular hermosura, se resolvió desde luego á pretenderla por esposa, y al punto envió por ella.

Cuando Águeda tuvo noticia de la órden del Gobernador, no dudó que el Señor habia aceptado el sacrificio que le habia hecho de su vida, y creyó firmemente que ya se habia llegado el tiempo de cumplirle. Encerróse en su cuarto, y llena de gozo con la esperanza de juntar la corona de mártir á la de vírgen, hizo al Señor esta oracion fervorosa: *Señor mio Jesucristo, mi Dios y mi divino Esposo, bien conocidos teneis mis pensamientos; patente os está de par en par mi corazon; Vos solo sois su único dueño, y Vos lo sereis eternamente; ni sufriré jamás que ninguno entre á dividir con Vos el imperio. Esposa vuestra soy; libradme de este tirano: oveja vuestra soy; defendedme de este lobo. Ea, Señor, concededme la gracia de que sea sacrificada como humilde víctima que está consagrada á Vos desde que la razon y la libertad me permitieron la dicha de haceros este obsequio. La hora del sa-*

crificio se acerca; franquéense, Señor, vuestros oidos á la piedad ardiente de mis amorosos votos. Acabada la oracion se levantó animosa, y tomó el camino de Catania. En todo él no se ocupó su pensamiento sino en considerar qué dicha tan grande era la de derramar la sangre por amor de Jesucristo: el viaje era una oracion continua, y alentando el corazon con nueva confianza, así caminaba á la muerte, como pudiera caminar á un triunfo.

Acababa de publicar el emperador Decio edictos severos y terribles contra los Cristianos. Pareció á Quinciano que esta era bella coyuntura para el logro de sus intentos, obligando á la Santa á condescender con ellos, ó á renunciar la religion cristiana. Vióla, y quedó tan ciegamente prendado de su belleza, que no teniendo valor para hablarla como juez, se contentó con entregarla á una maldita vieja, llamada Afrodisia, cuya profesion era engañar á las doncellas, siendo su casa escuela de disolucion y teatro de la lascivia.

No podia el tirano condenar á nuestra Santa á suplicio mas cruel, ni que la causase mas horror. Tampoco es posible declarar cuánto tuvo que padecer la purísima doncella de solicitaciones importunas, de tratamientos durísimos, de menosprecios y de ultrajes por espacio de un mes que estuvo en aquella infame casa. No hacia mas que derramar su corazon en la presencia de Dios, por los ojos en un precioso llanto, y por la boca en suspiros y oraciones, suplicándole no la desamparase en tempestad tan deshecha. Dióse por vencida la porfiada solicitud de Afrodisia, y pasando al palacio de Quinciano le dió el último desengaño, declarándole que antes ablandaria la obstinacion de un diamante, que lograr hacer mella en el corazon de Águeda; *porque, señor,* concluyó la perversa vieja, *esta doncella es cristiana; y siéndolo, ¿qué esperanza puede haber de pervertirla?*

Al oir estas palabras mudó de afectos el pecho del Gobernador, y apoderándose la saña, el coraje y furor del lugar que antes ocupaba el amor ciego, juró por los dioses inmortales que habia de hacerla padecer los mas terribles tormentos. Mandóla comparecer delante de sí, y arrojando centellas por los ojos, la preguntó cómo se llamaba, y de qué familia era. *Mi nombre es Águeda,* respondió la Santa, *y mi familia la conoces tú muy bien; con que no puedes ignorar quién sea yo. Pues ¿cómo,* replicó Quinciano, *habiendo nacido libre, y de casa tan ilustre, te has querido adocenar con la miserable condicion de los esclavos? Si el ser sierva de Jesucristo es ser esclava,* respondió la santa doncella, *desde luego hago gloriosa vanidad de esta noble esclavitud, porque no conozco ni mayor, ni aun verdadera nobleza, sino la de servir*

á este Señor. Instóla el Gobernador para que sacrificase á los dioses del imperio, amenazándola que, si no lo hacia espontáneamente, sabria obligarla con el rigor de los tormentos. *Tú quieres*, dijo la Santa, *que yo sacrifique á los dioses del imperio. Pero no me dirás ¿qué dioses son esos? Un pedazo de madera, ó un trozo de mármol que pulió el artífice en estatuas. Un Júpiter que, segun vuestras mismas historias, no hizo mas proezas que escandalizar al mundo con sus maldades; una Vénus que te avergonzarias tú de tener una mujer que se pareciese á ella.*

Irritado Quinciano con una respuesta tan discreta como animosa, mandó á los verdugos que descargasen en aquel hermosísimo rostro crueles bofetadas; y no atreviéndose por entonces á pasar adelante con el interrogatorio, ordenó la encerrasen en una oscura prision, con esperanza de obligarla á que renunciase la fe, ó con resolucion de exponerla á los mas horribles tormentos.

Al dia siguiente la hizo comparecer segunda vez ante su tribunal, y disimulando el furor en la ternura, la preguntó con cariño artificioso si habia pensado sériamente en mirar por sí, y en salvar su vida. *¡Y cómo que he pensado!* respondió la Santa. *Pues, hija mia, renuncia luego á Jesucristo*, replicó el tirano. *¿Qué llamas renunciar á Jesucristo?* respondió intrépidamente la santa doncella. *Por lo mismo que he pensado con la mayor seriedad en salvar mi vida, no puedo renunciar á Jesucristo; porque ese Señor es mi vida, ese es mi salud, ese es mi único dueño. Quinciano, no pienses que tus amenazas ni tus tormentos han de hacerme titubear. No se abalanza con mayor ansia á una fuente de agua cristalina el sediento ciervo, abrasado del calor y de la sed, que la que yo tengo de dar la vida por aquel dulce Salvador que me redimió hasta derramar la última gota de su sangre. Afila el acero, enciende el fuego, nada bastará á separarme de aquel dulcísimo Dueño, á quien amo mas que á mí misma. Quinciano, en una palabra, tú podrás quitarme la vida, pero no podrás arrancarme de la fe.*

Puede concebirse, pero no puede explicarse cuánto se enfureció el tirano al oir una resolucion tan generosa. Mandó que al instante la extendiesen en el ecúleo; que moliesen aquel delicado cuerpo; que quebrantasen aquellos virginales huesos con bastones anudados; que rasgasen aquellas purísimas carnes con garfios, con uñas aceradas, y que abrasasen aquellos tiernos costados con planchas de metal encendidas. Tantos, tan crueles y tan repetidos tormentos, que atropellándose unos á otros estremecian, llenaban de horror á los circunstantes, y aun á los gentiles mismos; los padecia nuestra San-

ta, no solo con heróica constancia, sino con indecible alegría.

Crecia la saña de Quinciano al paso que iba subiendo de punto el invicto sufrimiento de nuestra Águeda; y no contento con la inaudita crueldad de hacerla atenacear sus virginales pechos, llegó á la barbarie de mandárselos cortar. No cedió la santa doncella á un dolor tan vergonzoso como cruel; y solo se contentó con zaherirle modestamente con aquella especie de horrible inhumanidad, protestándole que no por eso haria mella en su firmeza. Hallóse tan avergonzado Quinciano de verse vencido por aquella doncellita tierna, que segunda vez la mandó encerrar en la cárcel, con órden de que la dejasen morir allí de sus heridas.

Apenas entró Águeda en el calabozo, cuando una celestial luz desterró su oscuridad, bañándole de resplandor. Dejóse ver en medio de ella el glorioso apóstol san Pedro, que la curó milagrosamente. Llegó á noticia de Quinciano, y la mandó comparecer tercera vez ante su tribunal; pero sin darse por entendido de la milagrosa curacion, que los gentiles atribuian siempre á efecto de hechicería: *Es menester*, la dijo, *resolverte desde este mismo punto á sacrificar á nuestros dioses, ó prevenirte para padecer tormentos mas crueles que todos los pasados. Como ni en el cielo, ni en la tierra*, replicó la Santa, *reconozco mas Dios que al que yo sirvo, nunca me resolveré á doblar á otro la rodilla.* Al oir estas palabras, revestido de nuevo furor el tirano, mandó que desnuda la arrastrasen primero por ascuas encendidas, y despues por puntas y cascos de vasijas hechas pedazos. Sirvió el nuevo tormento de materia á nuevo triunfo. Apenas se dió principio á la ejecucion, cuando se estremeció la ciudad con un espantoso terremoto; hundiéronse muchos edificios, y se vino abajo una pared que sepultó entre sus ruinas á Silvano, consejero, y á Falcon, amigo de Quinciano, principales autores de su crueldad, y atizadores ambos de su ira. Alborotóse el pueblo, y el Gobernador se vió precisado á asegurar su vida con la fuga. Fue Águeda restituida á la cárcel, y apenas entró en ella cuando hizo al Señor la oracion siguiente:

Dios poderoso, Dios eterno, que por puro efecto de tu misericordia infinita quisiste tomar bajo tu especial amorosa proteccion á esta tu humilde sierva, desde que se hallaba en los primeros arrullos de la cuna, preservándola del contagioso amor del mundo, para que mi corazon ardiese únicamente en el purísimo incendio de tu amor; Salvador mio Jesucristo, que has querido conservarme en medio de tantos tormentos para mayor gloria de tu nombre, y para confusion vergonzosa del po-

der de las tinieblas; dignate de recibir mi alma en la eterna feliz estancia de los bienaventurados: esta es la última gracia que pido, y que firmemente espero de tu infinita bondad. Al decir esto espiró. Sucedió su preciosa muerte el dia 5 de febrero de 251. Al punto se apoderaron del virginal victorioso cuerpo los Cristianos, y le dieron sepultura en la ciudad de Catania con toda la veneracion que correspondia á tan ilustre martirio.

Llegando á los oidos de Quinciano la noticia de la muerte de la Santa, y temiendo nueva sedicion del pueblo, se retiró precipitadamente. Llegó en posta al rio Simeta, que hoy se llama Jarreta, y metiéndose en una barca para pasarle, uno de sus caballos le asió con los dientes por el pescuezo, y al mismo tiempo otro le disparó una coz tan furiosa, que arrojándole en el rio no fue posible librarle, ni hallarse despues su cuerpo.

Desde el mismo dia en que murió santa Águeda fue celebrada en todo el orbe cristiano. Los milagros que comenzó Dios á obrar en su sepulcro dieron luego el mas auténtico testimonio de su intercesion poderosa, y la ciudad de Catania conoció el gran defensivo que tenia en sus reliquias. Aun no se habia cumplido el año de su glorioso martirio, cuando enfurecido el volcan del monte Etna, y vomitando de sus entrañas caudalosos rios de fuego que iban corriendo arrebatadamente á convertir en pavesas la ciudad, tomaron los Cristianos el velo que cubria el sepulcro de la Santa, y saliendo intrépidos al encuentro de las llamas se le pusieron delante. ¡Raro prodigio! Al punto hicieron alto los torbellinos de fuego, y retrocediendo poco á poco se retiraron á encerrarse en sus cavernas, de manera que habiendo comenzado el incendio el dia 1.° de febrero, cesó el dia 5, que era el de la muerte y el de la fiesta de nuestra Santa. Este prodigio se ha repetido muchas veces, y siempre con nuevas experiencias de lo que puede en el cielo la proteccion de Águeda.

Es muy antiguo en la Iglesia el oficio de nuestra Santa, con la singularidad, que solo tiene ejemplar en el de santa Inés, de rezarse en él los salmos del comun de los santos Mártires, para dar á entender á los fieles el heróico valor y la animosidad varonil con que estas dos tiernas doncellas dieron la vida en defensa de la fe, y de su virginidad. Hácese lugar en el cánon de la misa al nombre de santa Águeda, siendo tambien muy reparable que hasta los ingleses le conserven aun el dia de hoy en su calendario, en testimonio de la antigüedad que logra en la Iglesia su veneracion.

La Misa es en honor de santa Águeda, y la Oracion es la que se sigue:

Deus, qui inter cætera potentiæ tuæ miracula, etiam in sexu fragili victoriam martyrii contulisti: concede propitius; ut qui beatæ Agathæ, virginis et martyris tuæ natalitia colimus, per ejus ad te exempla gradiamur: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Ó Dios, que entre otras maravillas de tu poder supiste dar fuerzas aun al sexo mas frágil, para que pudiese conseguir la victoria del martirio; concédenos la gracia de que, celebrando la memoria de tu vírgen y mártir santa Águeda, podamos caminar á tí por la imitacion de sus ejemplos. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epistola es del capítulo I *de la primera que escribió san Pablo á los Corintios.*

Fratres: Videte vocationem vestram; quia non multi sapientes secundum carnem, non multi potentes, non multi nobiles; sed quæ stulta sunt mundi elegit Deus, ut confundat sapientes: et infirma mundi elegit Deus, ut confundat fortia: et ignobilia mundi, et contemptibilia elegit Deus, et ea quæ non sunt, ut ea quæ sunt, destrueret, ut non glorietur omnis caro in conspectu ejus. Ex ipso autem vos estis in Christo Jesu, qui factus est nobis sapientia à Deo, et justitia, et sanctificatio, et redemptio: ut quemadmodum scriptum est: Qui gloriatur, in Domino glorietur.

Hermanos, considerad vuestra vocacion: que no sois muchos sábios segun la carne, no muchos poderosos, no muchos nobles: mas debeis saber que Dios eligió las cosas que al mundo parecen necias, para confundir sus sábios: las débiles de él, para abatir sus fuertes; y las despreciables, de poca estimacion, y que parecen nada á los ojos del siglo, para destruir lo que estima por grande, á fin de que no se glorie ninguna criatura en su presencia. Y ya que vosotros teneis ser en Jesucristo, hecho por la misericordia de Dios para nosotros sabiduría, justicia, santificacion y redencion, entended lo que está escrito, á saber, que el que se gloria debe solo gloriarse en el Señor.

REFLEXIONES.

Videte vocationem vestram: Mirad bien cuál es vuestra vocacion. Débenos muy poca reflexion, ó á lo menos no consideramos tanto como debiéramos, el beneficio de nuestra vocacion al Cristianismo. Pudimos nacer (¿quién lo duda?) de padres herejes ó gentiles. ¿Y no fue singularísima gracia del Señor que naciésemos dentro del seno de la santa Iglesia? ¡Oh qué gran dicha la de haber sido reen-

gendrados en las saludables aguas del Bautismo! ¡Oh qué favor ser parte de aquel pequeñuelo rebaño que reconoce por pastor á Jesucristo! Nada hizo el acaso: todo fue obra de la Providencia. ¿Hemos comprendido bien el valor de este gran beneficio? No hay salvacion fuera del gremio de la santa Iglesia; hijos somos de esta madre. Enorme ingratitud será no apreciar como debemos un beneficio tan inestimable; será indigna torpeza incurrir en la falta de reconocimiento. Complácese el Señor no pocas veces en escoger lo mas despreciable del mundo para mayor ostentacion de sus maravillas, y para mayor confusion de nuestro orgullo. ¿Cuándo lograrémos curarnos de una pasion que va corriendo á ser locura? ¿Cuándo conocerémos que el orgullo nos hace menospreciables y ridículos? ¿Y cuándo acabarémos de conocer el mérito, la nobleza y las utilidades de la humildad cristiana? Porque, en suma, ¿qué somos nosotros? Nosotros, que por todo el espacio inmenso de una eternidad fuimos nada, y que al presente, mas que descollemos sobre el puesto mas elevado, mas que presumamos del nombre mas aplaudido, mas que nos lisonjeemos del mérito mas sobresaliente, si estamos en pecado mortal somos menos que la misma nada á los ojos de aquel gran Dios que hace concepto cabal de las cosas. En verdad que nos acreditamos de insensatos, que somos dignos de la mayor compasion, si pensamos de otra manera. ¿Qué concepto se hace de un oficial, de un hombre de humilde condicion, que teniendo la imaginacion turbada se figura rey ó papa, habla con majestad, y se engrie con soberanía? Pues el mismo justamente debemos formar de nuestro engreimiento, de nuestra presuncion, de nuestra vanidad, y de la imaginaria suficiencia con que nos suponemos, haciéndonos mucha merced. Sin verdadera virtud, no hay mérito verdadero. La Religion, la verdadera piedad, el fiel servicio de Dios hacen respetables los hombres, aun á los mismos espíritus angélicos. No hay mejor entendimiento, ni aun bueno, que el que hace un juicio sano de las cosas. No hay otra prudencia que la prudencia cristiana. Todo aquel que burla, que hace chacota, que desprecia las verdades de la Religion, es despreciable. Alma apocada, entendimiento ratero, de esfera tan limitada, que no perdiendo de vista la tierra, ni siendo capaz de levantarse sobre ella, habla de las materias espirituales como pudiera hablar un ciego de los objetos sensibles que jamás ha visto, y no tiene idea de ellos. Bien corta capacidad tiene el que no hace diferencia entre una piedra vulgar y un precioso diamante. Digno es de compasion el que en medio de los mayores peligros se divier-

te sin conocerlos. Todo esto hace el que vive sin reflexion y sin freno. Jesucristo es nuestra verdadera, nuestra única sabiduría. Todo lo que no se conforma con su doctrina, todo lo que se opone á sus máximas es error, es necedad. Toda nuestra gloria la debemos colocar en servirle, toda nuestra sabiduría debe consistir únicamente en obedecerle.

El Evangelio es del capítulo XIX *de san Mateo.*

In illo tempore: Accesserunt ad Jesum pharisæi tentantes eum, et dicentes: Si licet homini dimittere uxorem suam, quacumque ex causa: Qui respondens, ait eis: Non legistis, quia qui fecit hominem ab initio, masculum et fœminam fecit eos? et dixit: Propter hoc dimittet homo patrem, et matrem, et adhærebit uxori suæ, et erunt duo in carne una: itaque jam non sunt duo, sed una caro. Quod ergo Deus conjunxit, homo non separet. Dicunt illi: Quid ergo Moyses mandavit dare libellum repudii, et dimittere? Ait illis: Quoniam Moyses ad duritiam cordis vestri permisit vobis dimittere uxores vestras: ab initio autem non fuit sic. Dico autem vobis, quia quicumque dimiserit uxorem suam, nisi ob fornicationem, et aliam duxerit, mœchatur: et qui dimissam duxerit, mœchatur. Dicunt ei discipuli ejus: Si ita est causa hominis cum uxore, non expedit nubere. Qui dixit illis: Non omnes capiunt verbum istud, sed quibus datum est. Sunt enim eunuchi, qui de matris utero sic nati sunt: et sunt eunuchi, qui facti sunt ab hominibus: et sunt eunuchi, qui seipsos castraverunt propter regnum cœlorum: Qui potest capere capiat.

En otro tiempo se llegaron á Jesús los fariseos tentándole con la pregunta de si era lícito al hombre dejar á su mujer por cualquiera causa. ¿No habeis leido, les respondió el Señor, que el que hizo al hombre en el principio, formó al varon y á la hembra? y dijo: Por esto (á saber, por la conjuncion de ambos) dejará el hombre á su padre y madre, y se unirá con su mujer, y serán dos en una carne; así que no son ya dos, sino una carne. Añadiéndoles: que lo que Dios unió no separe el hombre. ¿Por qué, replicaron ellos, Moisés mandó dar libelo de repudio, y dejar á la mujer? Por la dureza de vuestros corazones, les satisfizo el Señor, os lo permitió Moisés: lo que no fue así en el principio. Pero yo os digo, que todo el que dejare á su mujer por otra causa que la de fornicacion (de ella), y viviendo esta, contrajere con otra, es adúltero, como el que recibiere por mujer la repudiada. Á lo que le repusieron sus discípulos: Si este motivo es el único para separarse el hombre de su mujer, no conviene casarse. No todos, les dijo Jesucristo, pueden conseguir lo que indica esta expresion (no conviene casarse), sino es aquellos á quienes se ha concedido (por don la continencia). Sabed que hay eunucos que nacieron tales del vientre materno: los hay por obra de los hombres; y otros que se castraron á sí propios por conseguir el reino de los cielos. El que pueda conseguirlo, consígalo.

MEDITACION.

De las verdades de nuestra Religion.

Punto primero.—Considera que las verdades de la Religion son eternas, permanentes, invariables, que ni las sutilezas del ingenio pueden disminuir, ni el estrago de las costumbres, ni la variedad de los tiempos pueden alterar. Ellas son únicamente las que hablando en todo rigor se deben llamar verdades.

Discurran los hombres como se les antojare; sofistiquen los mundanos y los disolutos todo cuanto quisieren; póngase de su parte el amor propio con todas sus sutilezas y trampantojos; reclame contra ellas el corazon humano, y amotínense contra ellas los sentidos; siempre será verdad que no estamos en este mundo para otra cosa que para servir á Dios, para amarle y para complacerle; que nuestro único negocio es el de la salvacion; que el camino del infierno es ancho, y muchos van por él; que la senda del cielo es estrecha. Que el mundo es enemigo de Cristo, y que no hay cosa mas perniciosa que seguir las máximas del mundo. Siempre será verdad que una vida regalona y deliciosa no puede ser vida cristiana; que ninguno puede ser discípulo de Cristo, no teniendo una vida crucificada. Que el carácter del cristiano es la caridad, la humildad, la mortificacion, las costumbres arregladas; que el pecado es el mayor de todos los males, y hablando propiamente es el único mal. Que las adversidades y las cruces son tesoros para quien sabe aprovecharse de ellas; que toda nuestra felicidad consiste en estar en gracia de Dios, y la mayor de las desdichas en morir en su desgracia. Que hay un infierno en que todo el poder de Dios se emplea en encender un fuego eterno para castigar eternamente á los pecadores, y que para ir al cielo no hay otro camino que el de la inocencia, ó el de la penitencia.

Siempre será verdad que ni los que cometen injusticias, ni los deshonestos, ni los fornicarios, ni los adúlteros, ni los que se entregan al torpe vicio de la molicie, ó á otros infames pecados; ni los que retienen el bien ajeno, ni los avarientos, ni los dados á la embriaguez, ni los murmuradores, ni los que no perdonan de corazon las injurias, ni los que viven de rapiña, ni los idólatras, ni los herejes, ni los que están fuera del gremio de la santa Iglesia católica, apostólica, romana, ó no se rinden con humildad á sus definiciones; siempre será verdad que estos no poseerán el reino de los cielos. Esta es la doctrina de nuestra Religion; estas las verdades eter-

nas que la Iglesia aprendió del mismo Jesucristo; esto es lo que creemos; esta es la ley que profesamos; estos son los principios por donde se gobernaron los Santos, y este será el libro por donde todos hemos de ser juzgados. Vivamos como quisiéremos; sea el que se fuere nuestro estado, nuestra condicion ó nuestra clase, por esta regla se ha de gobernar nuestra vida, y esta debe ser la pauta de toda nuestra conducta.

¡Oh mi Dios! ¡y en qué insondable abismo de reflexiones no me introducen estas verdades! ¡Y qué manantial inagotable de arrepentimientos y de justos sobresaltos no brota de estas mismas reflexiones!

Punto segundo.—Considera si te servirán algun dia de consuelo estas grandes é importantes verdades; ó si, por el contrario, no te llenarán de desesperacion, sirviendo de motivo al decreto decisivo de tu condenacion eterna, y á la sentencia mas terrible de todas las sentencias.

¿Has arreglado hasta aquí tu vida á este indispensable modelo? ¿Han sido estas divinas verdades la regla de tu costumbre? Esta filosofía moral de Jesucristo ¿ha sido tambien la tuya? ¿Podrás decir con verdad: *Hæc omnia custodivi à juventute mea?* ¿Desde mis tiernos años he observado fielmente estas cosas? ¿He caminado por este camino, he guardado estos mandamientos, no me he gobernado por otras máximas? Penetrado mi corazon de estas grandes verdades, ¿siempre amé á mi Dios con fidelidad, siempre le serví con resolucion; en nada he pensado sino en salvarme; nunca he perdido de vista á mi único fin; he conservado la inocencia bautismal toda la vida?

Y si he tenido la desgracia de perder esta inocencia por el pecado, ¿me he dedicado despues á hacer mucha penitencia? ¿He sido tan enemigo del mundo y de sus máximas, que me hayan causado horror sus vanidades? ¿Nos da buen testimonio de esto nuestra conciencia? ¿Es el Evangelio la regla de nuestras costumbres? ¿Es nuestra vida semejante á la vida de los Santos? ¿Somos verdaderos discípulos de Cristo? ¿Y no prueban demasiadamente lo contrario nuestros deseos, nuestras palabras y nuestros pensamientos?

Dudar de los dogmas de nuestra Religion es infidelidad. ¿Seremos mas fieles si dudamos de su doctrina? Los artículos deben ser la regla del entendimiento, los mandamientos de la voluntad; aquellos nos enseñan lo que debemos creer, estos lo que debemos obrar.

Son las obras como el alma de la fe; por eso la fe sin obras es una fe muerta. El cristiano que no vive arreglado á las verdades que cree y que profesa no es mas que fantasma de cristiano.

¡Oh mi Dios! y á vista de esto la grande seguridad con que se vive ¿puede nacer de otro principio que de un funesto letargo? Todos creemos estas verdades tan grandes, tan importantes; mas no por eso somos mejores. Pero ¿quién nos hace vivir tan seguros? ¿Qué violencia es menester hacerse para salvarse? ¿Qué victorias de las pasiones? ¿Qué mortificacion de por vida? ¿Qué pureza, qué rectitud, qué humildad? Por estas señas se conocen los escogidos; estos rasgos caracterizan los justos. Si á nosotros se nos pintara por ellos, ¿saldria el retrato parecido al original? El que nos ve, ¿juzgará que está viendo una viva copia de las verdades del Evangelio?

¡Ah, mi Dios, y cuánto tengo de que acusarme! Todo lo puedo, todo lo debo temer á vista de las verdades prácticas de mi Religion. Ellas forman mi proceso; pero, dulce Jesús mio, apelo al tribunal de vuestra misericordia. Y pues me habeis hecho la gracia de abrirme los ojos para conocer mis descaminos, espero no me negaréis la de darme tiempo para repararlos, y para que de hoy en adelante arregle mi vida á las verdades que creo.

JACULATORIAS.—Bienaventurados, Señor, los que, instruidos de vuestra santa Ley, la practican, y os buscan de todo su corazon. (*Psalm.* CXVIII).

Dirigid, Señor, mis pasos por la senda de vuestros mandamientos, y no permitais que me deje dominar de algun pecado. (*Ibid.*).

PROPÓSITOS.

1 Ten presente que los mandamientos de la ley de Dios son tan de fe como los artículos. El mismo Señor que nos enseñó los unos, nos enseñó los otros; y tan de fe es que para salvarnos es menester vivir segun el Evangelio, como lo es que Jesucristo es nuestro Salvador. Pues dedica hoy algun espacio de tiempo para examinar sériamente y sin lisonjearte si has vivido hasta aquí segun el Evangelio. ¿Formarán un fiel retrato tuyo la caridad, la pureza, la rectitud, la humildad de corazon, la mortificacion, la modestia y todas las demás virtudes cristianas? ¿Te ha merecido el mayor cuidado el negocio de tu salvacion, y has empleado ó empleas mucho tiempo en la solicitud de este importante negocio? No te contentes con una ojeada superficial, indaga bien la virtud que te falta; pero no bas-

ta hacer este descubrimiento. Hallas que en realidad estás destituido de todas las virtudes; pues no te pares aquí, ni te desalientes: escoge dos ó tres virtudes de aquellas que te parecieren mas necesarias, y con el mayor fervor y confianza pide al Señor te dé gracia para practicarlas. Resuélvete generosamente á comenzar desde luego su ejercicio, proponiendo repetir sus actos en cuantas ocasiones se ofrecieren. Estos propósitos escritos en un papel ponlos por registro en el Breviario, ó en el librito de tus devociones, ó á los piés del Crucifijo ante quien haces oracion, ó tenlos en la mesa, donde estén siempre á la vista para acordarte en lo que debes trabajar. Conduce mucho esta diligencia para fijar nuestros propósitos, y sirve admirablemente para hacer menos ineficaces nuestras resoluciones.

2 No te olvides de lo que dice el apóstol Santiago: El que guarda toda la Ley, quebrantando un solo mandamiento de ella, es como si todos los quebrantara, y se hace responsable de todos. Es decir, que tanto se menosprecia la autoridad del legislador con la transgresion de un solo precepto, como con la de todos. La razon es, añade el Apóstol, porque el mismo que te dijo: no serás adúltero, el mismo dijo tambien: no matarás, no desearás la mujer ajena, no serás codicioso ni avariento, etc. En virtud de esto guárdate bien de vivir muy tranquilo porque poseas ciertas virtudes, de que te lisonjeas vanamente, cuando quizá son mas temperamento que virtud; sin darte mucha pena por adquirir otras de que ciertamente careces. Eres caritativo, eres recto, eres justificado á toda prueba. Me edifica eso mucho; pero el que dijo: no harás agravio al menor de tus hermanos, dijo tambien: amarás á tus enemigos. Eres apacible, eres humilde de corazon: no eres arrebatado ni colérico. Te causa horror una palabrita que suene á menos pura; tu compostura, tu modestia causa edificacion. Todo es muy loable; pero el que dijo: no escandalizarás con el mal ejemplo, dijo tambien: el mundo es mi mayor enemigo, y ninguno puede servir bien á dos señores, al mundo, y á mí. Dijo que el que no se renunciaba á sí mismo, y no llevaba su cruz, no podia ser su discípulo: dijo que era menester restituir la hacienda ajena, y que era preciso socorrer á los pobres con la propia. De estos antecedentes has de inferir consecuencias prácticas, y todos los dias cuando estés oyendo misa protestarás á Jesucristo que quieres ser su discípulo, y como tal practicar tal y tal virtud que no has tenido hasta ahora, pero que esperas, mediante su divina gracia, tenerla en adelante. En todo caso comienza por las que son indispensables. La caridad, la pureza, la religion, etc. Y no

te olvides de que la Ley y los Profetas se reducen á estos mandamientos: Amarás á Dios de todo tu corazon, y al prójimo como á tí mismo.

DIA VI.

MARTIROLOGIO.

El tránsito de santa Dorotea, vírgen y mártir, en Cesarea de Capadocia, la cual siendo presidente de aquella provincia Sapricio, despues de haber sido descoyuntada en el caballete y al mismo tiempo cruelmente abofeteada, fue sentenciada á muerte; en cuyo martirio se convirtió á la fe un escolástico llamado Teófilo, el cual luego siguió á la Vírgen, siendo primero atormentado en el caballete, y despues degollado. *(Véase su vida en las de este dia).*

Los santos mártires Saturnino, Teófilo, y Revocata, en el mismo dia.

San Silvano, obispo, en Emesa, ciudad de Fenicia, el cual habiendo gobernado aquella iglesia por espacio de cuarenta años, en tiempo del emperador Maximiano fue juntamente con otros dos echado á las fieras, y despedazado todo su cuerpo recibió la corona del martirio.

San Antoliano, mártir, en Clermont de Alvernia, en Francia.

San Vedasto, obispo de Arras, y san Amando, obispo de Maestrich, en el mismo dia, esclarecidos en milagros en vida y muerte.

San Guarino, cardenal y obispo de Palestrina, en Bolonia, célebre por la santidad de su vida.

EL SANTO MISTERIO DE CERVERA.

De la Santa Vera Cruz de Cervera, que llaman el *Santo Misterio*, no consta de escritura auténtica cómo vino á dicha ciudad. Tiénese por tradicion que, cuando por los años de 1527 el ejército de Cárlos V entró en Roma y la saqueó, un soldado español y católico recogió y llevó consigo una partícula de un pedazo de la cruz de nuestro Redentor, que en aquella capital se guardaba, guarnecido en oro y piedras preciosas. Al volver á España cayó enfermo en la villa de Martorell (Cataluña). Y dispuso la Providencia que enfermase y muriese en ella, habiéndole asistido un sacerdote de Cervera, llamado Jaime Albesa, quien servia aquella parroquia de vicario. Agradecido el soldado, regaló al sacerdote Albesa la partícula del *Lignum Crucis* que llevaba consigo. Mas adelante, en una edad ya avanzada, Albesa se retiró á Cervera su patria, y depositó en su iglesia parroquial el *Lignum Crucis*, en la capilla dicha de San Nicolás, donde quedó olvidada hasta que al Señor le plugo sacar del olvido tan preciosa reliquia con grandes portentos, de los cua-

les constan algunos en proceso auténtico, especialmente el de la *sangre* que salió de ella, que aconteció del modo siguiente:

Á 6 de febrero del año 1540 el cura párroco y jurados del Tarrós, lugar del Urgel tres leguas distante de Cervera, suplicaron á la venerable comunidad de la iglesia mayor de Cervera les diese alguna partícula del *Lignum Crucis* que poseian, afirmando dicho cura que cuando en su pueblo conjuraba los demonios que saliesen de los cuerpos de los endemoniados decian ellos que lo que pensaba ser verdadero *Lignum Crucis* y les aplicaba, en realidad no lo era, y que en Cervera habia de la que lo era. Concedióseles lo que pedian; para cuyo efecto un sacerdote delante de muchos clérigos de la dicha iglesia, y seglares, sacó el pedazo de la Santa Vera Cruz de la capilla de San Nicolás, y con un cuchillo que le entregó allí otro sacerdote probó á cortar un pedazo de la reliquia, y nunca pudo. Á cuya causa examinando el corte del cuchillo, lo vió todo sangriento, con grande maravilla de todos los asistentes, que vieron claramente no se habia salido sangre de los dedos ni manos, por lo cual y para conseguir su propósito tomó otra vez la santa reliquia, y la rompió fácilmente con los dedos, de la cual saltó una grande gota de sangre, que se subdividió en dos partes, cayendo encima de un papel que estaba bajo de la reliquia, y en este punto, con ser á 6 de febrero y muy sereno el aire, se oyó un fuerte y espantoso trueno. Á vista de tan grande milagro, todos los que estaban en la capilla presentes exclamaron como de comun acuerdo: *¡Oh gran misterio!* á cuya ocasion se reunió mucha otra gente, repitiendo la voz: *¡Misterio! Misterio!* denominacion que conserva hasta el dia aquel *Lignum Crucis*, y bajo la cual se instituyó fiesta en dicha ciudad de Cervera, con autoridad del Sumo Pontífice. Rézase allí en semejante dia de Santa Cruz como doble mayor. Antiguamente se celebraba esta festividad solamente en Cervera; pero ahora se celebra y es de guardar no solamente en dicha ciudad, sino tambien en todo su deanato, por haberlo así mandado D. Luis Sanz, obispo de Solsona, en su sínodo diocesano, y es muy concurrida de muchos pueblos del Principado.

SANTA DOROTEA, VÍRGEN Y MÁRTIR.

Santa Dorotea, vírgen y mártir, tan célebre en toda la Iglesia latina, fue natural de Capadocia, de una familia distinguida por su nobleza, pero mucho mas por su piedad; pues se cree que su padre

y su madre habian ya merecido la dicha de derramar su sangre, y dar la vida por Cristo, cuando su hija Dorotea mereció tambien la corona del martirio.

Era tan universalmente estimada la virtud y el raro mérito de nuestra tierna doncellita en la ciudad de Cesarea, donde habia nacido, que constantemente era tenida por un milagro de prudencia, de modestia y de piedad, mirándola como ejemplo de todas las doncellas cristianas.

Pretendiéronla muchos por esposa, movidos de su nobleza, de su discrecion y de su hermosura; pero la Santa se habia declarado tan descubiertamente por la virginidad, que los Cristianos la llamaban la esposa de Jesucristo, y su virtud, acompañada de una virginal modestia, la hacia respetable hasta á los mismos paganos.

Luego que llegó á Cesarea el gobernador Sapricio, oyó hablar mucho de las extraordinarias prendas de Dorotea, y no le dejaron de decir que ella era la que con su ejemplo y con su reputacion estorbaba á los Cristianos que obedeciesen los edictos de los Emperadores. Con este aviso la mandó prender; y habiéndola hecho comparecer en su tribunal, la preguntó *cómo se llamaba.—Llámome Dorotea,* respondió la Santa con aquella apacibilidad y aquella modestia que inspiraba á todos veneracion y respeto á su persona. *¿Por qué rehusas adorar los dioses del imperio?* replicó el Gobernador: *¿ignoras por ventura los decretos imperiales?—No ignoro,* respondió la Santa, *lo que los Emperadores han mandado; pero tambien sé que solo se debe adorar al único Dios verdadero; y que esos que vosotros llamais dioses del imperio son unas puras quimeras, transformadas en deidades por el antojo de los hombres, para autorizar los mayores desórdenes, y para consagrar hasta las pasiones mas vergonzosas. Pues juzgad vos mismo, señor, si será lícito ofrecer sacrificio á los demonios: ¿ó será mas puesto en razon obedecer á unos hombres mortales, cuales son los Emperadores, ó al verdadero Dios inmortal, criador del cielo y de la tierra?*

Quedó como cortado Sapricio al oir una respuesta tan cuerda y tan no esperada; pero disimulando su admiracion, se contentó con decirla en tono blando y cariñoso: *Que si no queria tener la misma suerte que sus padres, era menester obedecer, pues no habia otro medio para salvar la vida.—Yo no temo los tormentos,* respondió la Santa, *ni tengo mayor ansia que dar mi vida por aquel que me redimió á costa de la suya.—¿Y quién es ese por quien tanto deseas morir?* replicó Sapricio.—*Es Jesucristo, mi Salvador y mi Dios,* respondió Dorotea.

—*¿Y dónde está ese Jesucristo?* volvió á replicar el Gobernador.—*En cuanto Dios*, dijo Dorotea, *está en todas partes, y en cuanto hombre está en el cielo á la diestra de Dios Padre, siendo la gloria de todos los que le sirven, y donde despues de mi muerte espero poseerle por toda la eternidad. Este es aquel paraíso delicioso, dulce estancia de los bienaventurados; esta es aquella hermosa region donde reina una felicidad pura, eterna, inamisible. Sapricio, para ella te convida á ti mismo mi Salvador Jesucristo; pero no puedes ser en ella admitido sin hacerte primero cristiano.*

No hizo caso el Gobernador de lo que acababa de oir, y dijo á la Santa: *Déjate de todas esas vanas y extravagantes ideas: créeme, sacrifica á los dioses, y cásate; si no lo haces así, voy á condenarte al último suplicio.*—*No quiera Dios*, respondió Dorotea, *que siendo cristiana sacrifique á los demonios, ni que teniendo la dicha de ser esposa de Jesucristo, piense jamás en otro esposo.* Interrumpióla Sapricio, y ordenó que la entregasen á dos hermanas llamadas Crista y Calixta, que pocos dias antes habian renunciado la fe de Jesucristo, prometiéndolas un gran premio si lograban pervertir á Dorotea. Hicieron las dos cuanto pudieron para derribarla, y para obligarla á apostatar, como lo habian hecho ellas; pero sucedió tan al contrario, que nuestra Santa las redujo al gremio de la santa Iglesia; porque las habló con tanta viveza y con tanta eficacia, que rendidas á sus exhortaciones, conocieron y detestaron su apostasía; pero al mismo tiempo desconfiaban de su salvacion á vista de un delito tan enorme.

Representólas Dorotea: *que si habia sido grande el delito de negar á Jesucristo, aun era mucho mayor el de desconfiar de su misericordia: que no habia enfermedad incurable para la virtud de un médico omnipotente; el cual*, decia la santa doncella, *quiso tomar el nombre de Salvador, solo por salvar á todos los hombres de sus pecados. Arrojaos, pues, en los brazos de su misericordia; abrazad la penitencia, arrepentíos de corazon de todas vuestras culpas, y yo salgo por fiadora de vuestra eterna salvacion.*

Deshechas en lágrimas las dos hermanas Crista y Calixta, se arrojaron á los piés de nuestra Santa, suplicándola hiciese oracion por ellas, para que el Señor se dignase de aceptar su penitencia. Hízolo Dorotea, y las fortificó tanto en la fe, que llamadas por el Gobernador para saber si la habian reducido á sacrificar á los ídolos, le respondieron: que harto arrepentidas estaban ellas de haber cometido esta vileza, cuanto mas persuadir á nadie que lo ejecutase. Arrebatado Sapricio de furor al oir esta respuesta, mandó que si luego

al punto no sacrificaban de nuevo, en aquella misma hora fuesen arrojadas las dos, ligadas por las espaldas, en una gran caldera de agua hirviendo á vista de Dorotea. Ejecutóse así, y las dos santas hermanas pidieron al Señor que aceptase aquel tormento en satisfaccion de sus pecados, teniendo la dicha de recibir la corona del martirio antes que la misma que tan felizmente las habia restituido al camino de su salvacion.

Enfurecido Sapricio á vista de un suceso tan poco esperado, mandó que Dorotea fuese aplicada á cuestion de tormento, dando órden para que la atormentasen sin piedad; y no es posible imaginar lo mucho que padeció la santa doncella por la inhumana crueldad de los verdugos. En medio de eso estaba tan extraordinariamente alegre en el potro, que admirado Sapricio no se pudo contener sin preguntarle la causa de aquella extraordinaria alegría. *Estoy sumamente gozosa,* respondió la Santa, *porque en mi vida he tenido el consuelo que hoy experimento, considerando que mi Dios se ha valido de mí para restituir á Jesucristo aquellas dos almas que vosotros le habíais quitado; y espero que muy presto iré á hacer compañía á los bienaventurados en la alegría que tienen tambien por lo mismo.*

Mandó Sapricio que la apaleasen cruelmente, y que la abrasasen los costados con hachas encendidas. Cuanto mas la atormentaban, mas alegre se mostraba Dorotea: tanto, que podia parecer insultaba á Sapricio aun mas que le temia. Al fin, avergonzado este de verse como vencido por una tierna doncella, pronunció sentencia de que la cortasen la cabeza. Apenas lo oyó la Santa, cuando llena de alegría exclamó: *Bendíto seais, Señor, por la gracia que me haceis de darme lugar en vuestro paraíso á donde me llamais.*

Cuando la llevaban al suplicio, la encontró un abogado jóven llamado Teófilo, grande enemigo de los Cristianos, y la dijo, haciendo chacota de ella: *Mira que te encargo, esposa de Jesucristo, que no dejes de enviarme unas flores y unas manzanas del jardin de tu Esposo, cuando llegues á él.* Prometióselo Dorotea, y cuando estaba al pié del cadalso, donde habia de ser degollada, se la apareció un gallardo mancebo que traia en un canastillo tres hermosísimas manzanas pendientes de un ramo con hojas verdes y frescas, no obstante de ser tan fuera de tiempo. Suplicóle la Santa que de su parte se las llevase á Teófilo, mientras ella se iba al cielo en busca de su divino Esposo; y habiéndose puesto de rodillas, inundado el semblante de celestial alegría, alargó el cuello al cuchillo, y la cortaron la cabeza el dia 6 de febrero del año de 308.

Estaba Teófilo contando á sus amigos lo que le habia pasado, cuando el mancebo de las manzanas se llegó á él, y retirándole aparte le presentó aquellas manzanas y aquellas flores en nombre de Dorotea; y al punto desapareció. El milagro parecia visible; porque era el mes de febrero, y estaba á la sazon toda la Capadocia cubierta de nieve y hielo. Teófilo le tuvo por tal, y sintiéndose mudado de repente, comenzó á clamar que solo Jesucristo era Dios verdadero, y que eran bienaventurados los que á ejemplo de Dorotea derramaban su sangre por él. Publicóse luego por toda la ciudad una conversion tan milagrosa como repentina. Preguntado el mismo Teófilo, confesó la fe de Jesucristo, publicó el milagro, y fué á hacer compañia á Dorotea en la gloria, recibiendo la corona del martirio.

Las reliquias de esta Santa son muy solicitadas de los pueblos, por la singular devocion que la profesan. Roma se gloria de tener la mayor parte de su cuerpo en la iglesia de su nombre, donde todos los años en el dia de su fiesta se bendicen unas manzanas en memoria del milagro que dejamos referido. En Bolonia de Italia, en Arles, en Lisboa, y en la Cartuja de Sirk hay reliquias de santa Dorotea.

La Misa es en honra de la Santa, y la Oracion es la que se sigue:

Indulgentiam nobis, quæsumus, Domine, beata Dorotea virgo et martyr imploret: quæ tibi semper grata extitit, et merito castitatis, et tuæ professione virtutis: Per Dominum nostrum Jesum Christum Filium tuum...

Suplicámoste, Señor, nos concedas el perdon de nuestros pecados por intercesion de la bienaventurada virgen y mártir Dorotea; que siempre te fue tan grata, así por el mérito de su virginal pureza, como por lo que acreditó tu poder en el valor con que padeció el martirio por confesar tu santa fe. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epistola es del capítulo LI *del Eclesiástico.*

Domine Deus meus, exaltasti super terram habitationem meam, et pro morte defluente, deprecatus sum. Invocavi Dominum Patrem Domini mei, ut non derelinquat me in die tribulationis meæ, et in tempore superborum sine adjutorio. Laudabo nomen tuum assidue, et collaudabo illud in confessione, et exaudita est oratio mea. Et liberasti me de perditione, et eripuisti me de tempore iniquo. Propterea con-

Dios y Señor mio, tú eres el que ensalzaste mi habitacion sobre la tierra, y á quien rogué en tiempo de amenazarme la muerte. Yo clamé al Señor, Padre de mi Señor Jesucristo, para que no me dejase sin su auxilio en el dia de mi tribulacion, ni en el tiempo que contra mi se sublevaron soberbios los enemigos. Yo alabaré continuamente tu nombre, lo glorificaré en mi confesion, y mi oracion ha sido oida: tú

fitebor, et laudem dicam tibi, Domine Deus noster.

me libraste de la perdicion, y salvaste en el tiempo que obró la iniquidad: por lo mismo te confesaré, y cantaré alabanzas á tu nombre, Dios y Señor nuestro.

REFLEXIONES.

Todos fuimos criados para el cielo, donde por lo que toca al Señor todos tenemos preparado nuestro lugar. ¿Nos damos mucha prisa, suspiramos mucho por vernos cuanto antes en aquella feliz estancia? Ello no hay medio: ó cielo, ó infierno. Si Dios no fuere nuestra suprema felicidad, necesariamente ha de ser eterna nuestra desdicha: terrible disyuntiva, que nos hace conocer cuán necesario es salvarnos. Ciudadanos somos de aquella ciudad celestial: pues ¿qué atractivos podemos hallar en la tierra? La mayor de todas las desdichas es la eterna condenacion; pero con la gracia del Señor podemos evitarla. ¿Y á qué otro fin mas justo ni mas importante se podrán dirigir nuestras oraciones? El orgullo domina en el mundo imperiosamente. Él es el que introduce el fausto, la profanidad, el pomposo aparato de galas, el tren soberbio, la altaneria y el desden. Pero todo se acaba con la vida; ¿y qué efectos produce á la hora de la muerte ese espíritu de mundo? Los buenos sufren aquí con paciencia el reino de los soberbios; es decir, de los mundanos, que siendo enemigos de Cristo y del Evangelio hacen continua guerra á la virtud. ¡Qué indignamente suelen tratarla en el mundo! Siempre está expuesta á las insulsas chanzonetas de los disolutos. Pero si el Señor la protege, ¿qué tiene que temer? Los impíos ejercitan la virtud de los buenos; así es, pero no podrán hacerles daño. Toda su malignidad se reduce á purificar la virtud, y á aumentarles el mérito. Cuando se le pide á Dios lo que es de su mayor gloria, y mas conveniente para nuestra salvacion, siempre son bien despachadas nuestras peticiones. ¿Debemos, por ventura, hacerle otras? Vivimos en país enemigo: el mundo es nuestro destierro; es valle de lágrimas: sentados estamos á la orilla del rio de Babilonia. Los Santos lloraban continuamente acordándose de la Jerusalen celestial; y la multitud de peligros les obligaba á estar perpétuamente en centinela para librarse de tantos lazos. Colocaban en Dios toda su confianza, y en ella fundaban todo su aliento en tiempo de tempestad. Librólos Dios de la perdicion, sacándolos de muchos riesgos. ¿Quién nos quita que experimentemos siempre la misma proteccion, y que tenga-

mos perpétuamente el mismo motivo para rendirle mil gracias? No nos arrojemos atolondradamente en los peligros: tengamos una sincera voluntad de agradar á Dios: sirvámosle con fidelidad: mirémonos en la tierra como desterrados: suspiremos sin cesar por nuestra celestial patria: pongamos toda confianza en Jesucristo, y lograrémos la dicha de bendecirle eternamente, y de cantar sin cesar sus alabanzas.

El Evangelio es del capítulo XIII *de san Mateo.*

In illo tempore dixit Jesus discipulis suis parabolam hanc: Simile est regnum cœlorum thesauro abscondito in agro: quem qui invenit homo, abscondit; et præ gaudio illius vadit, et vendit universa quæ habet, et emit agrum illum. Iterum simile est regnum cœlorum homini negotiatori, quærenti bonas margaritas. Inventa autem una pretiosa margarita, abiit, et vendidit omnia quæ habuit, et emit eam. Iterum simile est regnum cœlorum sagenæ missæ in mare, et ex omni genere piscium congreganti. Quam, cum impleta esset, educentes, et secus littus sedentes, elegerunt bonos in vasa, malos autem foras miserunt. Sic erit in consummatione seculi: exibunt Angeli, et separabunt malos de medio justorum. Et mittent eos in caminum ignis: ibi erit fletus, et stridor dentium. Intellexistis hæc omnia? Dicunt ei: Etiam. Ait illis: Ideo omnis scriba doctus in regno cœlorum, similis est homini patri familias, qui profert de thesauro suo nova et vetera.

En tiempo que Jesucristo enseñaba á sus discípulos les refirió esta parábola: el reino de los cielos es semejante á un tesoro escondido en el campo, que oculta el hombre que lo encuentra, y por el gozo que concibe, pasa á vender cuanto posee, y compra aquel terreno. Tambien es semejante á un mercader que busca perlas preciosas, y habiendo hallado una especial margarita, fué, y vendió cuanto tenia, y la compra. Asimismo es semejante á la red echada al mar, que coge toda clase de peces, y sacándola llena de ellos, sentados los pescadores á la orilla, recogieron los buenos en los vasos, y arrojaron fuera á los malos. Á este modo en la consumacion del siglo vendrán los Ángeles, y separando de entre los justos á los malos, los echarán en el horno del fuego eterno, donde habrá llanto y rechinar de dientes. ¿Habeis entendido estas parábolas? y diciéndole ciertamente que sí, les añadió el Señor: Por esta causa, todo doctor instruido en el modo de adquirir el reino de los cielos, es semejante á un padre de familias, que saca de su tesoro las cosas nuevas y antiguas (haciendo de ellas el uso y estimacion conveniente).

MEDITACION.

De la salvacion eterna.

Punto primero.—Considera que la salvacion es el tesoro escondido, cuyo precio ignoran muchos, haciendo muy poca atencion á

su importancia ; pero al mismo tiempo los prudentes lo sacrifican todo por conseguirlo. ¿Tenemos negocio mas importante que tratar? ¿tenemos mayor fortuna que hacer?

Del bueno ó del mal suceso de este negocio depende, ó la bienaventuranza eterna, ó la eterna desdicha. Todos los demás solamente nos son permitidos en cuanto nos sirven de medios para salir bien con este. Perdido este negocio, todo se perdió ; pues el mismo Dios, fuente de todos los bienes, se perdió para nosotros por toda la eternidad, y sin remedio.

Mi grande negocio es el de mi salvacion. ¿Puedo tener nunca otro de mayor consecuencia, ni en que me interese mas? Pues un negocio grande de tal manera sorbe los otros, que apenas deja lugar para pensar en ellos. Fácilmente se consuela uno, aunque pierda estos, como aquel otro se gane. Por salir bien en un negocio importante todo se pone en movimiento : amigos, empeños, razones; se sacrifica el descanso, la diversion, y hasta los mismos bienes temporales. ¿Hácese lo mismo por el negocio de la salvacion?

Pues este es mi principal negocio : todos los demás deben ceder á este. Pero ¡ah! que quizá este cede á todos los demás. ¿Empleamos mucho tiempo en trabajar por él? ¿Es la salvacion el objeto de nuestras ansias, de nuestras obras, de nuestros pensamientos? ¡Cosa que aturde! Apenas se mira esto de la salvacion como negocio : no hay cosa mas despreciada. ¿Y no será la mayor maravilla del mundo, si procediendo de esta suerte nos salvamos?

No tenemos cosa mas indispensable que la salvacion. Háyase perdido una batalla, un reino entero : paciencia. Háyase perdido una rica herencia, un pleito, un empleo honorífico y lucroso : paciencia. Háyase perdido toda la hacienda, la salud, la misma vida : paciencia. La salvacion nos consuela : este es el recurso de los recursos. Pero ¿hallará algun consuelo el que se condena por toda la eternidad?

No es absolutamente necesario que yo sea rico, que sea poderoso, que sea hábil ; pero es absolutamente necesario que sea santo. Busca alguna otra cosa que te sea mas necesaria, ni que aun lo sea igualmente. Pero ¿lo creemos así? Cuando nada, ó apenas nada hago por mi salvacion ; cuando no salgo de mi paso regular y ordinario, sin hacer mas que lo acostumbrado, ¿creo bien que esta es para mí la cosa mas necesaria? ¿Creo bien que el que una vez se condena se condena para siempre?

¡Ah, Señor! ¿qué suerte será la mia? Pero ¿cuál es mi con-

ducta? ¿Salvaréme? Mas ¿qué responderia yo á otro que me hiciese esta pregunta si viviera como yo vivo?

Punto segundo. — Considera que la salvacion no solamente es el grande, el principal negocio, sino nuestro único negocio personal; es decir, el negocio que únicamente y con toda propiedad es nuestro. Adelantando aquel negocio, comprando aquel empleo, cultivando bien la hacienda, ganando aquel pleito, se hace, hablando en rigor, el negocio de los hijos ó el de los herederos; en suma, se hace el negocio de otro. Solo trabajando en mi salvacion hago mi propio negocio: este sí que es mio, y que ningun otro lo puede hacer por mí. Pero ¿he trabajado mucho en él? ¿Le tengo muy adelantado?

Si al salir de este mundo todo lo hubieres hecho bien, menos tu salvacion, haz cuenta que nada has hecho. Y aquellos por quienes trabajaste tanto, quizá á costa de tu pobre alma, tus herederos, tus amigos, tus parientes, ¿podrán, por ventura, resarcirte el irreparable daño de tu perdicion eterna? ¿Podrás esperar de ellos servicios muy importantes? Al contrario; si acertaste á trabajar bien en tu salvacion, aunque en todas las demás pretensiones hubieres sido infeliz, hiciste tu fortuna: nada tienes de que arrepentirte, nada te resta que hacer. ¡Dios mio! ¿dudamos acaso de esta verdad? Y si la creemos, ¿cómo se compone nuestra indolencia, nuestra indiferencia, nuestra inaccion con nuestra fe?

El negocio de la salvacion es muy delicado: no hay otro mas espinoso. Ninguno pide ni mas atencion ni mas cuidado. ¡Buen Dios! ¿cuántos enemigos hay que combatir? ¿cuántos estorbos que vencer? ¿cuántos lazos que evitar? Todo es peligro en la vida, todo tentacion. Es menester velar y orar incesantemente: es menester una continua violencia. El camino que conduce á la vida es estrecho: nacen en él las cruces, por decirlo así, debajo de los piés: no es vida cristiana la que no es inocente, humilde, mortificada. Esta es la filosofía moral de Jesucristo. Pero ¿es tambien la nuestra?

No nos ha dado Dios la vida sino para trabajar toda ella en el negocio de nuestra salvacion: juzgó que toda ella la habíamos menester para salir bien de este negocio. Mas nosotros ¿juzgamos tambien lo mismo? ¿Cuánto tiempo hemos dedicado á él? ¡Oh Dios! vivimos con una certeza moral de que no nos hemos de salvar: la fe, la palabra de Jesucristo, nuestra misma razon nos está convenciendo de que infaliblemente nos hemos de condenar, si vivimos como hemos

vivido hasta aquí. Y todavía perseveramos tranquilamente en nuestra insensible ociosidad. ¡ Válgame el cielo ! ¿ en qué se funda esta fatal confianza ?

¡ Oh Dios ! si estas reflexiones que ahora estoy haciendo, ó por mejor decir, si la gracia que me haceis de que haga estas reflexiones no me empeña en trabajar sin dilacion desde este mismo punto y sériamente en mi eterna salvacion, ¿ á qué podré esperar ? Todo lo espero, Señor, de vuestra misericordia : Vos me quereis salvar, yo quiero salvarme : pues ¿ de quién dependerá que me condene ?

JACULATORIAS. — Vuestro soy, Señor, salvadme. (*Psalm.* CXVIII). Trabajad, corred de suerte, que merezcais el premio. (*I Cor.* IX).

PROPÓSITOS.

1 No hay punto de religion en que mas fácilmente se convenga que en este ; y con todo eso puede ser que tampoco le haya menos eficaz. Ingénuamente se confiesa que nada se ha hecho por salvarse ; pero ¿ qué fruto se saca de esta confesion ? Acaso ningun otro sino hacernos mas delincuentes. Se ve, se palpa, que ni siquiera se ha dado principio á este negocio. La edad va creciendo cada dia : quizá va ya volviendo hácia el ocaso : ¿ y qué diligencias se hacen ? ¿ qué medidas se toman ? En buena fe, ¿ esta es impiedad, ó es locura ? Seguramente es uno y otro. Sé mas prudente y mas cristiano. Tu conciencia te está reprendiendo tu inaccion : no se pase este dia sin que dés alguna prueba de tu celo. ¿ Tienes que hacer alguna restitucion ? ¿ tienes que perdonar alguna injuria ? ¿ Subsisten aun los fatales lazos que formó aquella pasion ? ¿ Hay alguna ocasion próxima de que debas apartarte ? ¿ Es menester sacrificar alguna víctima ? Pues haz el sacrificio antes que se acabe el dia. Visita á aquella persona con quien estás tan de punta : haz luego esta restitucion, ó á lo menos comienza á tomar tus medidas para hacerla : acaso tendrás necesidad de hacer una confesion general ; no la dilates hasta la Pascua, hazla luego, y comienza desde hoy á prepararte para ella. Ese juego, esas malas compañías, esa frecuentacion de aquella casa, esos espectáculos son impedimentos, son tropiezos de tu salvacion. Ten el consuelo de haberlo reformado, de haberlo cortado todo antes que el dia se pase, y de poder decir á la noche : esto es lo que hoy he hecho por mi salvacion.

2 Siendo indispensable dirigir todas nuestras acciones al punto céntrico de la salvacion, dispon desde luego el plan de vida que has

de observar en adelante ; ó si ya le tienes dispuesto, vuélvele á leer. Pero son ociosas las reglas para vivir bien , si no se guardan. Ten perpétuamente á la vista este oráculo de Jesucristo : *Porro unum est necessarium.* (*Luc.* x). *Una sola cosa es necesaria.* Despierta ya de ese fatal letargo con que has vivido hasta aquí en el negocio de tu salvacion. Ten un rato de conversacion sobre este punto , ó con tu confesor , ó con algun otro sugeto de tu confianza. Si se consulta con hombres hábiles un negocio temporal ; el negocio de la eternidad , el negocio de la salvacion , ¿ no merecerá siquiera aquel mismo cuidado que se aplica á un negocio de ninguna importancia? ¿Es posible que los hijos del siglo han de ser siempre mas hábiles y mas prudentes en sus negocios que los hijos de la luz ?

DIA VII.

MARTIROLOGIO.

San Romualdo, abad, fundador de los monjes Camaldulenses, cuyo glorioso tránsito se celebra el dia 19 de junio. *(Véase su vida en las de este dia).*

San Augulo, obispo, en Augusta de Bretaña (Lóndres), que acabando la carrera de su vida por el martirio, mereció el premio de la vida eterna.

San Adauco, mártir, noble italiano, en Frigia, el cual habiendo sido ensalzado por los Emperadores romanos cási á todas las dignidades, siendo últimamente tesorero general, por defender la fe católica alcanzó la corona del martirio.

La festividad de muchos santos mártires, vecinos todos de una misma ciudad, en el mismo dia, cuyo adalid era el mismo Adauco; los cuales siendo cristianos, y perseverando constantemente en la confesion de la fe, fueron quemados por órden del emperador Galerio Maximiano.

San Teodoro, capitan de soldados, en Heraclea, quien siendo emperador Licinio, despues de superados muchos tormentos, fue degollado, y voló victorioso al cielo.

San Moisés, venerable obispo, en Egipto, el cual primero vivió solitario en el desierto, y despues consagrado obispo á instancia de Mauvia, reina de los sarracenos, convirtió á la fe católica una gran parte de aquella gente feroz, y glorioso en merecimientos, murió santamente.

El Tránsito de san Ricardo, rey de Inglaterra, en Luca, en Toscana. *(Vease una noticia en las de este dia).*

Santa Juliana, viuda, en Bolonia.

SAN RICARDO, REY DE INGLATERRA.

Fue un príncipe inglés en el reino de los westsexos, y se vió privado acaso de su herencia por algunas revoluciones en sus Estados, ó bien los renunció él mismo por quedar mas libre para dedicarse

enteramente á buscar la perfeccion cristiana. Sus tres hijos Winebaldo, Willibaldo y Warburga fueron todos honrados como Santos. Tomando consigo á sus dos hijos, emprendió una peregrinacion de devocion y penitencia, y embarcándose en Hamble-haven, desembarcó en Neustria, sobre las costas occidentales de Francia. Mucho tiempo permaneció en Ruan, y cumplió sus devociones en los mas de los santos lugares que hay por aquella parte de Francia. Habiendo llegado á Luca en Italia, caminando para Roma, murió de repente en aquella ciudad en el año de 722, y fue enterrado en ella en la iglesia de San Fridian. En el mismo lugar se veneran en este dia sus reliquias, y se guarda en Luca su festividad con una devocion grande. San Ricardo cuando vivia obtuvo por sus oraciones la restauracion de la salud de su hijo menor Willibaldo, á quien puso aquel santo Príncipe á los piés de un Crucifijo grande, erigido en un sitio público de Inglaterra, cuando perdió este niño la vida en una enfermedad mas grave; y desde el punto de su muerte han experimentado muchos el poder milagroso de su intercesion con Dios, especialmente en el lugar donde convidan á los fieles sus venerables reliquias. En el dia 7 de febrero se guarda en Luca su festividad, y en el mismo se hace conmemoracion de él en el Martirologio romano. Véase la vida de san Willibaldo por su prima, monja de Heidenheim, en las *Lecciones antiguas* de Canisio, con las notas de Basnage. Henschenio, Febr. t. 2, p. 70.

SAN NIVARDO, CONFESOR.

San Nivardo, uno de los mas decorosos ornamentos de la reforma del Cister, tan celebrado en España por su prodigiosa vida, como por la fundacion del monasterio de San Pedro de la Espina, sito en Castilla la Vieja, nació en la reducida poblacion de Fontaines, provincia de Borgoña y obispado de Langres, de la que eran señores sus padres Tescelino y Aleta, personas ilustres por su nacimiento, pero mucho mas por su piedad. Concedióles el cielo siete hijos, seis varones y una hembra, de los cuales era el menor Nivardo, á quien como á los demás criaron los religiosos padres sobre el sólido principio del santo temor de Dios; y fomentando con sus celosas exhortaciones y con sus edificantes ejemplos las buenas inclinaciones del ilustre niño, añadió mucho esplendor á su hereditaria nobleza con sus heróicas virtudes.

Era hermano de nuestro Santo san Bernardo, uno de los mas bri-

llantes astros de la Iglesia de Francia, quien habiendo elegido para conservar su inocencia la nueva reforma del Cister, que fundó poco antes el bienaventurado Roberto, abad de Molesme, llevó consigo á treinta nobles caballeros que conquistó para Jesucristo y entre ellos á sus cinco hermanos que antes habian sido los mayores opositores á su noble designio. Tomaron todos la bendicion de su padre antes de partirse al monasterio, y al tiempo de despedirse, Guido, que era el primogénito, dijo á Nivardo: *Ea, hermano, para ti solo quedan todas nuestras herencias;* pero entendiendo el ilustre jóven que la resolucion de sus hermanos no era otra que la de dedicarse al servicio del Señor con un desprecio total del mundo, le respondió no como niño, sino como un varon maduro: *Esta division no es igual, pues elegis el cielo para vosotros, y dejais para mí la tierra.* Ausentáronse aquellos á satisfacer su buen propósito, y creyéndose Nivardo no menos obligado á trabajar eficazmente en el importantísimo negocio de su eterna salvacion, los siguió en breve tiempo, sin que pudieran detenerle las lágrimas de sus padres ni los ruegos de sus parientes y amigos. Las pruebas con que acreditó el ilustre jóven su vocacion ya constituida en el Cister, y el fervor con que emprendió la carrera religiosa, manifestaron desde luego que aunque era el menor de todos los hermanos en los años, no lo era en la virtud. En efecto, el infatigable anhelo con que solicitaba aspirar á la cumbre de la mas alta perfeccion hizo concebir á todos los monjes mas seguras esperanzas de que en Nivardo habia de tener la reforma un grande Santo, y que sin duda seria con el tiempo uno de sus mas brillantes ornamentos; cuyo vaticinio se verificó puntualmente en los rápidos progresos que hizo el ilustre jóven llamado para cosas grandes.

Sancha, hermana de Alfonso VII, rey de Castilla, solicitó de san Bernardo la remision de algunos religiosos de Claraval para establecer en España la reforma del Cister, ofreciéndose á erigir á sus expensas un monasterio segun el espíritu del santo instituto. Agradó al santo Padre una peticion tan piadosa, y conociendo la eminente virtud y el fervoroso celo de su hermano Nivardo, le envió en clase de superior con otros célebres monjes á satisfacer los deseos de la Infanta. Llegó la ilustre comitiva á Castilla, y habiéndolos recibido benignamente Sancha, les concedió la heredad de la Espina con otros muchos predios pertenecientes á ella para que fundaran el monasterio ofrecido. Confirmó el rey Alonso la donacion, no menos afecto á la reforma que su hermana, y dando principio Nivardo sin pérdida

de tiempo á la santa empresa, concluyó en muy breve tiempo aquella ilustre casa que intituló de San Pedro de la Espina.

Finalizada la fábrica material del monasterio, se dedicó el ilustre Abad á que floreciese en él la estrecha regular observancia de la reforma del Cister; y con efecto lo consiguió á expensas de su infatigable celo. No se valió el Santo para este logro solo de simples exhortaciones: su fervor y su ejemplo eran las lecciones mas eficaces que daba á sus monjes; y notando estos que su superior era el primero que iba siempre delante en los ejercicios de la vida regular, se encendian en vivísimos deseos de perfeccionarse, teniendo á la vista un modelo acabado de todas las virtudes religiosas. Era tan admirado por su prudencia, por su suavidad y por su vigilancia en el gobierno como por su eminente santidad; y hecho por lo mismo dueño del corazon y de la veneracion de sus súbditos, hizo que toda su comunidad fuese el objeto de los mas altos elogios de Castilla.

No se estrechaba dentro de los muros del monasterio el ardiente fuego y el apostólico celo del insigne Abad: salia con frecuencia á ilustrar con la luz de su celestial doctrina á toda aquella region en la que hizo prodigiosas conversiones de grandes pecadores; y separando á no pocos de los peligros del mundo, tuvo el consuelo de que se dedicasen al servicio del Señor en la clausura, y que recomendasen la santidad de su reforma del Cister con su penitente y con su religiosa vida.

Supo san Bernardo los progresos que hacia su hermano en el monasterio de San Pedro de la Espina, y congratulándose de ellos con la infanta Sancha, la rogó encarecidamente que interpusiese toda su reputacion y toda su autoridad para que permaneciese aquella ilustre casa en el buen órden que en ella estableció Nivardo, puesto que aquella célebre ereccion era debida á su piedad.

Ocurrió en aquel tiempo cierta reñida controversia entre el abad de Carrazedo y los monjes del monasterio de Toldanos, sito en el reino de Leon. Habia fundado este la infanta Geloira bajo la regla de san Benito agregándolo al de Carrazedo; pero habiendo abrazado aquel la reforma del Cister, se separó del de Carrazedo. Reclamó el abad la desmembracion, y habiendo apelado á la autoridad de Sancha para que se restituyesen aquellos monjes á su obediencia, nombró la Infanta á Nivardo, á fin de que pasase á Toldanos, y se informase así de la intencion de los monjes, como de la autoridad con que habian hecho su traslacion de la reforma. Evacuó el Santo la comi-

sion con aquella prudencia que exigia un negocio de tal momento; pero no queriendo resolver por sí, persuadió á Sancha que escribiesen de comun acuerdo todo lo ocurrido á su hermano Bernardo, para que diese su dictámen en semejante controversia. Hiciéronlo así bajo el concepto que las resoluciones del santo Doctor eran veneradas como las de un celestial oráculo. Contestó san Bernardo con su acostumbrada sabiduría á la consulta; si bien celoso de omitir todo motivo de litigio entre los siervos de Dios, no menos inclinado á que no se defraudase la intencion de aquellos que eligieron voluntariamente el mas estrecho rigor de la reforma del Cister, y cometida la ejecucion de este dictámen á Nivardo, se portó con tal pulso, que tranquilizó como Ángel de paz las reñidas disputas.

Continuaba el ilustre Abad en su monasterio ocupado en piadosos ejercicios con el noble objeto de santificarse á sí y á todos sus súbditos; pero habiendo ocurrido la última enfermedad de su hermana Humbelina, religiosa en el monasterio de Julli, manifestó al Señor los deseos que tenia de asistirla en la hora de la muerte. Oyó Dios con agrado la súplica de su siervo, y conducido por los Ángeles al de Julli, tuvo el consuelo de asistir á su bienaventurada hermana hasta los últimos alientos, y concluidos los oficios de su funeral, regresó por igual ministerio al de San Pedro de la Espina. Vacó algun tiempo en sus acostumbradas santas obras; pero conociendo por su debilidad, nacida del rigor de sus penitencias, que se acercaba el fin, aunque toda su vida habia sido una preparacion continua para la muerte, con todo, renovando en aquel último período su fervor, hizo esfuerzos extraordinarios para purificar su inocencia, y habiendo recibido los últimos Sacramentos, entregó su dichosa alma en manos del Criador en el dia 7 de febrero hácia la mitad del siglo XII. Su cuerpo se conserva en grande veneracion en el monasterio de San Pedro de la Espina, donde se celebra con el título de confesor, segun nos dicen varios escritores del Órden del Cister, que refieren las actas de este ilustre héroe con los elogios que se merece por su admirable vida.

SAN ROMUALDO, ABAD, FUNDADOR DEL ÓRDEN DE LOS CAMALDULENSES.

Nació san Romualdo en Ravena por los años de 916. Era su casa ducal; y aun en su tiempo se dejaba distinguir con mucho lustre

entre la principal nobleza de Italia. Nuestro Romualdo, como criado entre las delicias de una casa opulenta, fácilmente se estrelló contra los ordinarios escollos de la juventud. Al regalo y á la ociosidad se siguió bien presto la disolucion. Iba á precipitarse en la perdicion arrastrado del amor á los deleites, é impelido con la fuerza del mal ejemplo, cuando la Providencia le detuvo en medio del precipicio, y queriendo formar de él un modelo de santidad, se sirvió de un caso bien funesto para el logro de sus altos designios.

Sergio, padre de Romualdo, hombre ambicioso y violento, tuvo cierta diferencia con un deudo suyo, que quiso terminar por las bárbaras leyes del duelo. Desafió á su contrario, y llevó por segundo á su mismo hijo. Cayó muerto el pariente á manos de Sergio y á vista de Romualdo, quien quedó tan pesaroso del suceso, aunque no habia tenido en él mas parte que una asistencia involuntaria, que se resolvió á hacer dolorosa penitencia de este delito.

Retiróse al monasterio de San Apolinar de Clase, á una legua de Ravena, donde por espacio de cuarenta dias se entregó á varios ejercicios de mortificacion en satisfaccion de sus pecados. Á los principios no fue su intencion permanecer en aquel retiro por mas tiempo; pero la providencia del Señor lo ordenó de otra manera.

Conversaba familiarmente Romualdo con un religioso lego, hombre devoto y sencillo, quien le representaba un dia el peligro que corria su salvacion si volvia á engolfarse en el borrascoso mar del mundo; y como no ganase terreno hácia el fin que deseaba en aquel corazon ocupado todavía de las vanidades y pensamientos mundanos, le dijo de repente con su simplicidad acostumbrada: *¿Qué me darias tú si te hiciese ver clara y distintamente con los ojos del cuerpo á nuestro buen patrono san Apolinar?* Sorprendido Romualdo al oir una proposicion tan no esperada: *Yo te juro*, le respondió, *que como lo hagas, al punto me meto fraile. Pues has de velar toda esta noche conmigo en la iglesia*, le replicó el piadoso lego. Consintió Romualdo, y estando los dos en oracion hácia la media noche, vió de repente á san Apolinar vestido de pontifical, cercado de resplandores, que con un incensario en la mano iba incensando todos los altares de la iglesia, y concluida esta religiosa funcion desapareció. Quedó atónito Romualdo, y sintiendo en el mismo punto trocado su corazon, se postró delante del altar de la santísima Vírgen, y todo deshecho en lágrimas prometió hacerse religioso. Así refiere esta historia el bienaventurado san Pedro Damian.

Apenas amaneció, cuando Romualdo pidió con instancia el hábito

monástico en pleno capítulo: los monjes, que tenian bien conocido el genio de su padre, no se atrevieron á recibirle desde luego, temiendo alguna violencia; pero al cabo venció su perseverancia.

Á los veinte años de su edad abrazó la regla de san Benito. Comenzó no á correr, sino á volar por el camino de la perfeccion. Los mas ancianos se admiraban al ver su humildad, su obediencia, su mortificacion, su devocion fervorosa. No contaba mas que tres años de monje, y ya parecia varon consumado en la vida espiritual; pero el ardiente celo que mostró por la observancia de algunas reglas que habia como abrogado la relajacion, le hizo odioso á los tibios y á los imperfectos. Mirábanle como á reformador importuno, y pasó tan adelante la persecucion, que se vió precisado á buscar en otra parte asilo mas seguro á su fervor y á su celo.

Retiróse con licencia de sus superiores á una soledad de los Estados de Venecia, donde vivia un ermitaño llamado Marino, cuyo genio rígido, severo, y no el mas prudente, le ofreció abundante materia para contentar su humildad y para satisfacer el ardiente deseo que tenia de hacer penitencia.

Rezaba todos los dias el Salterio en compañía de su nuevo director: á los principios erraba cási todos los versos, y Marino para corregirle le daba un golpe con una vara en la oreja izquierda. Sufriólo Romualdo por mucho tiempo sin hablar palabra, hasta que un dia le dijo con mucha humildad: *que si le parecia podria en adelante castigarle en la otra oreja, porque iba perdiendo el oido de esta.* Admiróse Marino viendo la paciencia de su discípulo, y en lo sucesivo le trató con menos severidad.

Por este tiempo vino á buscar á nuestro Santo, Pedro Urseolo, dux de Venecia; y por su consejo se resolvió á renunciar aquella dignidad que habia usurpado, teniendo alguna parte en el asesinato de Candiano su predecesor. Habiendo, pues, salido secretamende de Venecia en compañía de Gradenigo, su íntimo amigo, se juntaron con Romualdo y con Marino, y en virtud de lo que anteriormente habian conferenciado, todos cuatro se embarcaron para Cataluña, y aportando á ella, se dirigieron al monasterio de San Miguel de Cuxá (condado de Conflent). Por disposicion de Romualdo y de Marino se quedaron en él Urseolo y Gradenigo, bajo la disciplina de Guerino, abad del mismo monasterio, y los dos se retiraron á un desierto no distante de la abadía, donde en poco tiempo concurrieron muchas personas deseosas de servir á Dios en aquella soledad. Vióse precisado Romualdo (á quien ya miraba Marino como á maes-

tro) á encargarse de su gobierno sacrificando la repugnancia que tenia á mandar. Pero solo se sirvió de la autoridad de superior para satisfacer el ardiente deseo que tenia de hacer una vida mas penitente y mas mortificada. Al perpétuo retiro juntó el ayuno mas riguroso: dormia poco, y el tiempo que no empleaba en la oracion le dedicaba á la leccion de libros espirituales y al trabajo manual.

El cuidado que tenia de moderar en los otros las demasías en la penitencia, daba bien á entender que solamente era austero para consigo mismo. Era muy celoso de la disciplina regular, pero su celo iba siempre acompañado de prudencia y de discrecion. Mientras él se aplicaba á imitar las mayores penitencias de los solitarios de Oriente, cuyas vidas leia continuamente, tenia gran cuidado de que su ejemplo no moviese á sus súbditos á imprudentes excesos ó demasías. Pero todas sus grandes penitencias no bastaron á librarle de molestísimas tentaciones, que le dieron bien que padecer en aquella soledad. Ejercitáronle mucho los demonios, aunque todos sus esfuerzos solo sirvieron de materia á nuevos triunfos, de crisol á su pureza, y de perfeccion á su virtud.

Ocupado Romualdo en estos ejercicios, supo que Sergio, su padre, á quien Dios habia dispensado la singular gracia de sacarle del mundo y traerle á la religion, rendido á las sugestiones del enemigo, estaba resuelto á dejar la religion para volverse al mundo. Al punto dejó su soledad, voló á Italia; y de tal manera supo manejar aquel genio terco, duro é inconstante, que habiéndole confirmado en la vocacion, tuvo el consuelo de verle morir penitente y muy arrepentido de sus culpas.

Luego que se supo en Italia que Romualdo estaba en ella, acudieron á él de todas partes muchas personas para entregarse á su direccion y gobierno. Fueron tantas, que se vió precisado á fundar muchos monasterios; y á él le obligaron á encargarse del gobierno del de Bañi, no léjos de la ciudad de Sasina. Entabló una observancia tan exacta, que haciéndose intolerable á muchos monjes imperfectos, y no pudiendo sufrir las mudas, pero eficaces, reprensiones que les daba el ejemplo de su abad, no pararon hasta arrojarle torpemente del monasterio. Sintió tanto Romualdo este indigno tratamiento, que resolvió no mezclarse mas en el cuidado de la salvacion de los otros, y atender únicamente en adelante al cuidado de la propia. Mas Dios le dió á entender que este disgusto era amor propio, y que era tentacion lo que parecia virtud; pues este era justamente el lazo que el diablo le habia armado con aquellas inquietudes.

Mientras tanto se retiró al lago de Comaquio ; de aquí pasó á un montecillo en las faldas del Apenino, y desde él se fué á esconder en la isleta de Perea. Pero eran inútiles las diligencias que hacia para ocultarse, porque en todas partes le perseguia la multitud de los que con ansia le buscaban. Fue menester toda la autoridad del emperador Oton III, y un precepto formal y expreso del Arzobispo de Ravena, para que se rindiese á las eficaces súplicas de los religiosos del monasterio de Clase, que le habian nombrado por su abad. Pero apenas quiso restituir á su debido lugar la disciplina monástica, cuando se arrepintieron los mismos que le habian elegido, y al cabo le obligaron á renunciar el empleo.

Al mismo tiempo que sus discípulos se resistian á sus saludables instrucciones, no queriendo aprovecharse de sus consejos, hacia en otros conversiones portentosas. El conde Olivan, movido de las palabras de Romualdo, dejó el mundo y tomó la cogulla de san Benito en el monasterio del Monte Casino. Un señor aleman, llamado Tham, siguió el ejemplo del Conde. Habiéndose desgraciado la ciudad de Tivoli con el Emperador, reconcilió á los vasallos con el soberano ; y habiendo este quitado la vida al senador Crecencio, violando la fe de su palabra imperial, le obligó á ir á pié y descalzo desde Roma á la iglesia de San Miguel en el monte Gargano, haciendo pública penitencia y dando ejemplar satisfaccion de su pecado.

Retiróse san Romualdo á Parenzo, en la provincia de Istria, donde fundó un monasterio y nombró un abad de su satisfaccion que lo gobernase. Despues se recluyó por espacio de tres años ; y en este largo encerramiento enriqueció el Señor aquel fervoroso espíritu con nuevas abundantes gracias. Dióle una perfecta inteligencia de la sagrada Escritura, comunicóle el don de profecía, y le añadió el de lágrimas tan copiosas, que se vió precisado á no decir misa en público.

Todo abrasado en el purísimo fuego del amor divino, se le oia exclamar muchas veces cada dia : ¡ Oh mi dulce Jesús ! ¡ oh Dios de mi corazon ! ¡ oh amable Salvador mio ! ¡ oh dulzura inefable de los Santos ! ¡ oh delicias de las almas puras ! ¡ oh dulce Jesús ! objeto y fin de todos mis deseos.

Pero al fin fue preciso dejar aquella dulce soledad por ir á fundar un monasterio en Orvieto. Aquí tuvo noticia del glorioso martirio de su amado discípulo san Bonifacio, apóstol de Rusia ; y encendido en el ardiente deseo de derramar su sangre por amor de Jesucristo,

resolvió pasar á Hungría. Ya tenia la bendicion, y aun la mision del Sumo Pontífice, cuando Dios, que le preparaba otro género de martirio menos sangriento, pero no menos cruel, y que le tenia destinado para fundador de una nueva familia religiosa en su santa Iglesia, permitió que cayese malo en el camino, y que por este accidente se volviese al monasterio de Orvieto. Pero como no le dejasen respirar los muchos que cada dia le buscaban, se retiró secretamente á un monasterio colocado en la cima del monte Sitria. Aquí fue donde padeció la mas horrible calumnia que podia atreverse á su venerable ancianidad, sufriéndola por espacio de seis meses sin despegar sus labios, ni tomar otra satisfaccion que de sí mismo en la mas rigurosa penitencia; y durante este penoso ejercicio de paciencia y de humildad compuso una exposicion de los Salmos, que se guarda hoy en la Camaldula, escrita de su mano.

Verdaderamente causa admiracion que un solo hombre pudiese hacer tantas fundaciones. Pero la mas célebre de todas fue la que hizo en Camalduli de la Toscana, sitio famoso en los valles del Apenino. Aquella vehemente inclinacion que tenia á la soledad le movió á poner los ojos en este desierto. Quedóse un dia dormido cerca de una fuente, y vió en sueños una escala que, fijada en la tierra, llegaba con la parte superior al cielo, y reparó que sus religiosos vestidos de blanco iban subiendo por ella. Despertó el Santo, y no creyendo que el sueño fuese sin misterio, escogió á algunos de los discípulos suyos mas fervorosos, y les dió el hábito blanco con nuevas constituciones. Este fue el principio de la Religion camaldulense que mas ha de seiscientos años florece en el campo del Señor, y conserva el dia de hoy todo el fervor de aquel primitivo espíritu que recibió de su santo Fundador, y ha dado tantos Santos á la Iglesia.

Sintiendo Romualdo que se iba acercando ya el dia de su dichoso tránsito, se retiró á su monasterio de Valdecastro, donde veinte años antes habia pronosticado que habia de morir. Allí fabricó una celdilla con un oratorio para encerrarse en ella y guardar silencio hasta la muerte. Y aunque cada dia iban creciendo sus achaques, no por eso se acostó en mas cama que en el duro suelo, ni se dispensó en sus ayunos y demás penitencias ordinarias. En fin, sabiendo que era ya llegado el dia en que el Señor le queria premiar tantos trabajos, mandó salir de la celda á los dos monjes que le asistian, con órden de que no volviesen á entrar hasta el dia siguiente. Conociendo lo que podia ser, le obedecieron con violencia, pero se quedaron á la puerta de la misma celda para observar lo que pasaba. Gastó el San-

to algun tiempo en oraciones vocales; pero como los monjes no le oyesen prorumpir en sus acostumbrados actos de amor de Dios, ni en sus ordinarios suspiros, entraron en la celdilla, y hallaron que acababa de espirar. Murió, como afirma san Pedro Damian, que escribió su vida quince años despues de su dichoso tránsito, á los ochenta años de su edad. Fueron tantos los milagros que obró así en vida como despues de su muerte, que creciendo en todas partes la opinion de su santidad, obtuvieron sus monjes licencia del Papa para erigir un altar sobre su sepultura á los cinco años despues que murió. Hallóse el santo cuerpo cási tan sano y tan entero como el mismo dia que le habian enterrado. El año de 1032 se celebró solemnemente su fiesta con autoridad de la Santa Sede el dia 19 de junio, que era el de su tránsito. El de 1466, cuatrocientos y treinta y cuatro años despues de la primera traslacion, se volvió á hallar entero el santo cuerpo. Pero como su fiesta concurria con la de los santos Gervasio y Protasio, el papa Clemente VIII la fijó al dia 7 de febrero, que fue el de la referida primera traslacion.

La Misa es en honra de san Romualdo, y la Oracion es la que se sigue:

Intercessio nos, quæsumus, Domine, beati Romualdi abbatis commendet: ut quod nostris meritis non valemus, ejus patrocinio assequamur: Per Dominum nostrum...

Suplicámoste, Señor, que la intercesion de san Romualdo, abad, nos haga gratos á vuestra Majestad, para conseguir por su patrocinio lo que no podemos por nuestros merecimientos. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola es del capítulo XLV *del Eclesiástico.*

Dilectus Deo, et hominibus, cujus memoria in benedictione est. Similem illum fecit in gloria sanctorum, et magnificavit eum in timore inimicorum, et in verbis suis monstra placavit. Glorificavit illum in conspectu regum, et jussit illi coram populo suo, et ostendit illi gloriam suam. In fide, et lenitate ipsius sanctum fecit illum, et elegit eum ex omni carne. Audivit enim eum et vocem ipsius, et induxit illum in nubem. Et dedit illi coram præcepta, et legem vitæ et disciplinæ.

El justo es amado de Dios y de los hombres, cuya memoria permanece en bendicion. El Señor lo hizo semejante en la gloria á la de sus Santos, lo engrandeció haciéndole temible á sus enemigos, y amansó á los mónstruos con sus palabras. Glorificóle á presencia de los reyes, dióle preceptos á vista de su pueblo, y le manifestó su gloria. Por su fe y mansedumbre le hizo santo, y le escogió entre toda la carne. Oyó, pues, su voz; le introdujo en la nube (de su gloria), y le dió públicamente sus preceptos, con la ley de vida y disciplina.

REFLEXIONES.

No se habla en el mundo comunmente de otra cosa sino de todo lo que halaga, lo que brilla, lo que nutre el espíritu mundano, ó, por decirlo así, la misma mundanidad. Ser estimado de los grandes; tener amigos poderosos; ser bien recibido en las conversaciones, en las tertulias, en las diversiones del mundo, esto es lo que se estima, esto lo que se admira, esto lo que agrada. La virtud vive como avergonzada en un rincon oscuro. Mete poco ruido, brilla poco, es poco conocida para que los hijos de este siglo la cortejen ni la alaben. Mientras tanto llega finalmente aquel tiempo en que acaban sus dias esos modelos de la mundana felicidad: viene la muerte como una pequeña piedra, y á un leve toquecillo da en tierra con esos colosos del orgullo; su soñada felicidad, hasta su misma memoria, todo se acabó con la vida. Respetos, honras, estimaciones, alabanzas, aplausos, todo se enterró con ellos. Por el contrario, aquellas almas puras, inocentes, tan queridas de Dios; aquellos amigos del Esposo celestial; aquellas personas humildes y mortificadas; aquellos hombres justos de quienes el mundo no era digno, que vivieron desconocidos, pobres, oprimidos, perseguidos, menospreciados, que fueron unas veces el asco, y otras la compasion del mismo mundo, esos acabaron sus trabajosos dias para comenzar á vivir en la gloria. Su memoria está en bendicion, y se veneran hasta sus mismas cenizas. Tanta verdad es que tarde ó temprano al cabo se paga el tributo que se debe á la virtud. Si en vida se le niega á las personas virtuosas, en la muerte se les restituye cien doblado y con usuras. Porque al fin ¿quiénes son los aplaudidos, los alabados despues de la muerte? Es decir, cuando ni la lisonja, ni el temor, ni el interés tienen parte en los aplausos. Alábase á un san Luis, á un san Eduardo, á un san Enrique: hónrase á un pobre labrador, á un pastor que amaron á Dios, y fueron amados de Dios; estos son aquellos cuya memoria está en bendicion. ¿Podemos nosotros esperar la misma suerte? ¿Será tan bendita y tan venerada nuestra memoria? Eso que nos lo diga nuestra conciencia. Desengañémonos, que solo aquel sabe hacerse su fortuna que sabe hacerse santo. *In fide, et lenitate ipsius, sanctum fecit illum.* El santo vive de la fe, y la apacibilidad, la suavidad y la dulzura es en parte el carácter de la vida de un hombre justo. La blandura es inseparable de la mortificacion y de la humildad; y aun se puede añadir que tambien de la inocencia. Por tanto no debe cau-

sar admiracion que sea la apacibilidad uno de los rasgos mas sobresalientes en el retrato de los Santos.

El Evangelio es del capítulo XIX *de san Mateo.*

In illo tempore dixit Petrus ad Jesum: Ecce nos reliquimus omnia, et secuti sumus te: quid ergo erit nobis? Jesus autem dixit illis: Amen dico vobis, quod vos, qui secuti estis me, in regeneratione cum sederit Filius hominis in sede majestatis suæ, sedebitis et vos super sedes duodecim, judicantes duodecim tribus Israel. Et omnis qui reliquerit domum, vel fratres, aut sorores, aut patrem, aut matrem, aut uxorem, aut filios, aut agros, propter nomen meum, centuplum accipiet, et vitam æternam possidebit.

En tiempo que Jesucristo enseñaba á sus discípulos la dificultad de conseguir los ricos el reino de los cielos, le dijo Simon Pedro: Mira, Señor, como nosotros lo hemos dejado todo, y te hemos seguido: ¿qué será, pues, de nosotros? En verdad os digo, les respondió Jesús, que vosotros que me seguis, en la resurrecion, cuando se siente el Hijo del hombre en el trono de su majestad, os sentaréis vosótros sobre doce sillas, á juzgar las doce tribus de Israel; y todo aquel que por mi nombre dejare su casa, hermanos ó hermanas, padre ó madre, mujer ó hijos, ó posesiones, recibirá el premio centuplicado, y poseerá la vida eterna.

MEDITACION.

De la pronta obediencia á la voz de Dios.

Punto primero.— Considera cuánto importa ser fiel á la gracia; porque la salvacion pende de esta fidelidad. Hay dias afortunados, hay momentos felices en que la gracia se hace sentir, y en que la voz de Dios se hace entender. ¡Qué desgracia hacerte sordo, no estar de humor, ser insensible! *Ecce nos reliquimus omnia:* Veis aquí, Señor, que hemos dejado todas las cosas. A la primera palabra que os oimos, en el mismo momento de vuestra inspiracion, al primer rayo de vuestra divina gracia abandonamos cuanto teníamos. El que dice todo, nada exceptúa: barco, redes, parientes, amigos, todo cuanto mas amábamos en este mundo. Esta generosa fidelidad, esta prontitud es la que gana el corazon de Dios. En materia de fe, cuando se duda nada se cree: en punto de conversion, el que delibera no se convierte. Lo que hace el holocausto es la universalidad, la totalidad de lo que se ofrece en el sacrificio, y esto es lo que verdaderamente agrada al Señor.

¡Desdichado de aquel que no obedece prontamente á la voz del Señor! ¡Desdichado de aquel que reparte su corazon entre Dios y las criaturas! Llámanos Dios, y todavía se delibera, se consulta, se

pide parecer á la inclinacion, á las pasiones, á la carne y sangre, al amor propio para saber de ellos si se ha de aceptar ó no el partido que Dios nos hace, si se ha de entrar en su servicio. ¿Significan por ventura otra cosa esas irresoluciones, esos deseos ineficaces, ese querer y no querer, esas odiosas indeterminaciones? Háblame Dios en lo interior de mi alma: llámame Dios con voz distinta y perceptible; ¡y todavía dudo si le obedeceré, si daré oidos á su voz! Ha un mes, ha seis meses, y puede ser haya muchos años, que Dios te está pidiendo el sacrificio, no de tus bienes ó de tu propia vida (¡y cuando te le pidiera se le debieras negar!), sino el sacrificio de un gusto, de un deleite, de una amistad perniciosa, de esa inclinacioncilla á una fruslería, á una bagatela, á una nada; ¡y con todo eso se le niegas! No te da gana de tener esa condescendencia con tu Dios; ¡no estás de humor de darle ese gusto! Comprende bien la malicia, la ruindad de esta repulsa, la gravedad de esta injuria, la grosería de este agravio. Y con todo eso, ese Dios á quien niegas esa reforma, ese corto sacrificio, esa bagatela, es el mismo de quien esperas cada dia nuevas y continuas gracias, es el mismo de quien esperas el perdon de grandes culpas, y aun el perdon de esta misma resistencia que estás haciendo á sus gracias, y de la grosera desatencion con que cada dia le niegas lo que te pide de sus propios bienes. Confesemos que nuestra conducta está llena de contradicciones, de impiedad y de injusticia.

¿Cuándo ha de llegar el tiempo, Señor, de que yo abra los ojos para ver mis descaminos, y para espantarme, como debo, de un proceder tan lastimoso y tan impío, si ahora, si desde este instante no los abro?

Punto segundo.—Considera que no basta romper los lazos, desprender el corazon, dejarlo todo, vencerse en todo. Inútilmente se pondria uno en estado de caminar, si no tiene una buena guia á quien seguir. *Ves aquí, Señor,* dicen los Apóstoles al Salvador, *que hemos dejado todas las cosas, y te seguimos.* Esto es propiamente en lo que consistió su mérito; y parece que en sola esta imitacion fundó Cristo su recompensa. *Vosotros que me seguísteis,* respondió el divino Maestro, *juzgaréis á las doce tribus de Israel.* Con efecto, ¿de qué servirá dejar todas las cosas sin seguirle? El desprenderse de todo quita á la verdad los estorbos; pero sin seguir, sin imitar este divino modelo, no se adquiere la virtud.

¡Qué leccion mas importante para las personas religiosas! pero

¡qué desgraciadas serán si despues de haber hecho pedazos tantas cadenas, despues de tantos y tan costosos sacrificios se hallasen al fin sin haber seguido á Jesucristo! ¿Podrán todas decir con confianza á este divino Salvador, á este soberano Juez: Señor, todo lo dejamos por vuestro amor, y os hemos seguido? Mas ¡qué será de los que no pudieren decirlo con verdad!

Hay pocos, aun dentro del mismo mundo, que no estén obligados á dejar muchas cosas por Jesucristo. Ninguno hay que no deba desprender su corazon, á lo menos con el afecto, de todo lo que posee, si quiere ser discípulo de Cristo: ninguno hay que no deba renunciarse á sí mismo. ¿Y podrán todos los del mundo decir que siguieron á Cristo?

Seguir á Cristo es ser humilde de corazon, inocente, manso, mortificado, caritativo; es llevar su cruz todos los dias, es hacerse continua violencia, es domar el amor propio, es sujetar las pasiones, es seguir las máximas y los consejos de Cristo, y es mirar con horror las máximas del mundo. Aquella persona religiosa tan poco mortificada, tan poco observante, tan poco regular, ¿habrá seguido á Cristo? Aquel hombre del mundo tan vano, tan ambicioso, tan carnal, tan delicado, tan colérico, ¿habrá seguido á Cristo? Aquella mujer mundana, ocupada todo el dia en el tocador y en la vanidad, dedicada á la ociosidad, á las diversiones, al regalo y al melindre, ¿habrá seguido á Cristo? Aquella otra tan indevota y tan poco cristiana, ¿sigue á Jesucristo? ¿Y sígole yo mismo?

¡Cosa verdaderamente asombrosa! Todos esperan el premio, siendo así que son poquísimos los que cumplen con las condiciones indispensables para merecerle. Cada uno juzga que tiene derecho para poder decir con los Apóstoles: *Quid igitur nobis dabis præmii?* ¿Qué premio nos darás? (*S. Hieronym. lib. 3 in Matth. c.* XIX). Y son muy pocos los que pueden decir con ellos: *Sequuti sumus te:* Señor, te hemos seguido, y todo lo hemos dejado por tu amor. ¿Quién hay que no pretenda salvarse? ¿Quién que no pretenda estar algun dia en la gloria en compañía de los bienaventurados, y tener parte en la misma recompensa? Pero ¿en qué fundamos esta pretension? ¿en qué esta confianza?

Fúndase, Señor, en vuestros infinitos merecimientos, en vuestra misericordia infinita, en vuestra infinita bondad; pero tambien sé que debe fundarse en vuestras palabras y en vuestros ejemplos. Falsa ha sido hasta aquí esta confianza presuntuosa; pero, dulce Jesús mio, desde este mismo dia comenzará á ser verdadera y perfecta, ha-

ciéndose racional y cristiana. Es necesario indispensablemente imitaros y seguiros para tener parte en vuestra recompensa: resuelto estoy á hacerlo desde este mismo punto, mediante vuestra divina gracia, á la cual no quiero ya resistir.

JACULATORIAS.—Llevadme, Señor, hácia Vos, para que os siga apresuradamente corriendo tras el olor de vuestros ejemplos. (*Canticor.* I).

Si oyéremos en este mismo dia la voz del Señor, obedezcámosle sin la menor dilacion. (*Psalm.* XCIV).

PROPÓSITOS.

1 *Los deseos matan á los perezosos*, dice el Sábio; porque no son deseos verdaderos, sino imaginarios. Figúrasele á uno que quiere lo que conoce ser bueno y necesario, pero realmente no lo quiere, puesto que no hace la menor diligencia para conseguirlo. Mira bien no te suceda lo mismo en esos deseos infructuosos y estériles que sueles sentir cuando lees ó cuando meditas. Los deseos reales y eficaces nutren el alma, porque son el manantial, la fuente de las buenas obras; pero esos otros deseos imaginarios y pasajeros la matan; porque entreteniéndola con mil proyectos aéreos de conversion, á cual mas inútiles, son causa, por decirlo así, de que la pobre se muera de hambre. En este sentido se dice comunmente que el infierno está poblado de buenos deseos. No te contentes con decir: esto es verdad, esto convence, no hay cosa mas comun. Examina sériamente á qué cosa está pegado tu corazon; y si verdaderamente has renunciado todo lo que posees en el sentido en que lo entiende Jesucristo, y en que indispensablemente pide lo practiquen todos los que quieren ser discípulos suyos; esto es, si te sientes con disposicion de sacrificar lo mas precioso, lo mas estimado que tienes en el mundo, antes de ofender á tu Dios. En este particular, como en otros muchos, el corazon engaña á la imaginacion: lisonjéase uno con la vana imaginacion de que no tiene apego á ningun bien criado, y en realidad es esclavo de todos. El trabajo que cuesta pagar á esos oficiales, á esos criados; la dificultad que se siente en hacer aquella restitucion, en cumplir con aquellos legados piadosos, en hacer aquellas limosnas, no prueban á la verdad un gran desapego. No quieras engañarte voluntariamente. Haz hoy lo que debieras haber hecho muchos dias há. Los religiosos están obligados á un gran desasimiento; y en estos no basta por lo comun que sea afec-

tivo, es menester que sea efectivo y real. Reforma desde este mismo dia todo lo que en la hora de la muerte te ha de asustar tu conciencia, y en el dia del juicio ha de servir para instruir tu proceso.

2 Los propósitos han de descender siempre á cosas particulares. No es posible que no haya mil cosillas supérfluas en todo ese tren de casa y de atavíos. Cercena desde hoy mismo algunas alhajas inútiles, ó á lo menos poco necesarias; pues la modestia cristiana te hará conocer que hay entre ellas no pocas bien supérfluas. No esperes á que un revés de fortuna, á que la edad ó la muerte te despojen de ellas: haz voluntariamente el sacrificio que algun dia has de hacer de necesidad. Si llegare hoy la voz de Dios á tus oidos, obedécela fielmente; no quieras endurecer tu corazon dilatando para otro dia lo que te inspira Dios que hagas hoy: *Hodie si vocem ejus audieritis, nolite obdurare corda vestra.* ¡Qué dolor tendrán algun dia los que leyeren esto sin haber sacado fruto alguno!

DIA VIII.

MARTIROLOGIO.

San Juan de Mata, confesor, fundador del Órden de la santísima Trinidad, redencion de cautivos, el cual murió el dia 17 de diciembre. *(Véase su vida en este dia).*

Los santos mártires Paulo, Lucio, y Ciriaco, en Roma.

Los santos mártires Dionisio, Emiliano y Sebastian, en la Armenia menor.

El triunfo de santa Cointa, mártir, á la cual los paganos en tiempo del emperador Decio llevaban por fuerza á que adorase los ídolos; y habiendo rehusado con abominacion, la ataron con sogas de los piés, y la llevaron arrastrando por las calles y plazas de la ciudad, hasta dejarla despedazada.

El glorioso tránsito de los santos mártires Monjes del monasterio llamado Dio, en Constantinopla, los cuales por defender la fe católica, y porque llevaban unas cartas del papa san Félix contra Acacio, fueron martirizados con una cruel muerte.

La conmemoracion de los santos Mártires, en Persia, que en tiempo de Cabadas, rey de los persas, fueron martirizados con diverso género de tormentos por confesar la fe católica.

San Juvencio, obispo, en Pavía, que trabajó valerosamente en la propagacion del Evangelio.

El tránsito de san Honorato, obispo y confesor, en Milan.

San Pablo, obispo, esclarecido en milagros, en Verdun de Francia.

El tránsito de san Estéban, abad, fundador del Orden de Grandmont, en Muret, en el Lemosin, esclarecido en virtudes y milagros.

San Pedro, cardenal, y obispo de Albano, de la congregacion de Valumbrosa, del Órden de san Benito, llamado por sobrenombre *Del Fuego*, porque pasó sin lesion por el fuego en el monasterio de Valumbrosa.

SAN JUAN DE MATA, FUNDADOR DEL ÓRDEN DE LA SANTÍSIMA TRINIDAD, REDENCION DE CAUTIVOS.

Fue san Juan de Mata de nacion francés, natural de Faucon en la Provenza, y nació al mundo el año de 1160. Sus padres, á quienes hacia mas recomendable la virtud que la distinguida calidad de su nobleza, le criaron con especial cuidado en la piedad, por haberle dedicado su madre con voto expreso á la santísima Vírgen el primer dia que despues del parto entró en la iglesia.

Como el niño Juan era de mucho ingenio, de natural feliz, de genio blando y de un corazon dócil, en poco tiempo se halló formado en la virtud. Sus inclinaciones eran todas nobles y cristianas, y parece que nunca conoció ni las travesuras ni las diversiones de la niñez. Para él no habia otras que los ejercicios de devocion. Su apacibilidad, su modestia, su circunspeccion y su candor eran indicios ciertos de su inocencia. Fue poco tiempo niño, y menos tiempo fue mozo. El amor de Dios, la compasion de los pobres y la tierna devocion que ya desde aquella edad profesaba á la santísima Vírgen presagiaban desde luego el eminente grado de su futura santidad.

Persuadido Eufemio de Mata, padre de nuestro Santo, á que su hijo no tenia menos talentos para los estudios que disposiciones para la virtud, le envió á estudiar á Aix, queriendo que al mismo tiempo se dedicase tambien á aprender las otras habilidades ó ejercicios propios de caballeros. Á todo se aplicó nuestro Juan, y en todo salió eminente, sin que los ejercicios del aula y de la academia sirviesen de estorbo á los de virtud, que eran los primeros en su cuidado. Distribuyó el tiempo de manera que, dando al estudio las horas competentes, no faltase á su fervor y á su celo todo el lugar necesario para hacer cada dia nuevos progresos en la perfeccion. Repartia entre los pobres el dinero que sus padres le enviaban para divertirse, y gastaba en los hospitales el tiempo que le sobraba de sus estudios y ejercicios, siendo este el único respiradero que buscaba para sus laboriosas fatigas, y desde aquel tiempo tomó la santa costumbre de ir á servir á los enfermos todos los viernes del año.

Acabados los estudios volvió á casa de sus padres, cuya ejemplar vida le ofreció abundantes materiales para nutrir su innata piedad. No pudiendo ya disimular el tédio que el mundo le causaba, pidió licencia á su padre para retirarse á una ermita poco distante del mismo lugar de Faucon. Pasó en ella algun tiempo entregado á la

contemplacion de las cosas divinas ; pero como interrumpiesen su quietud y turbasen su reposo las frecuentes visitas de los muchos que le buscaban movidos de su reputacion , resolvió alejarse de su país. Consintieron sus padres en que fuese á París á estudiar la sagrada teología. Presto se dió á conocer en aquella célebre universidad , donde al fin recibió el bonete y grado de doctor. Igualmente se dejaron admirar su espíritu y su virtud que su sabiduría. Descubriéronse sus raros talentos entre los celajes de su profunda humildad , y al cabo le pusieron en precision de ordenarse de sacerdote.

Estremecióle la dignidad del sacerdocio, respetable aun á los Ángeles mismos. Pero fue preciso obedecer. Quiso Dios acompañar con extraordinarios prodigios , no solo el acto de su ordenacion , dejándose ver sobre la cabeza del Santo una columna de fuego al mismo tiempo que el obispo le imponia las manos , sino tambien su primera misa. Celebróla en la capilla del obispo de París , con asistencia de Mauricio, obispo de Sully, y de los abades de San Víctor y Santa Genovefa, y con la del rector de la universidad.

Durante esta primera misa tuvo aquella célebre vision en que se le representó, aunque en confuso, el plan de la nueva Religion de que en algun tiempo habia de ser ilustre fundador y padre. Al elevar la sagrada hostia vió un Ángel en figura de un hermosísimo jóven vestido de blanco , una cruz roja y azul en el pecho , con las manos cruzadas ó trocadas sobre dos cautivos de diferente religion cargados de cadenas en ademan de quien queria trocar el uno por el otro. Quedó por algun tiempo inmoble , fijos los ojos en este celestial objeto. Como el éxtasis fue tan visible y duró bastante rato, no pudo hacer misterio de él á los Prelados. Declaróles la vision , y todos convinieron en que significaba algun gran designio para el cual Dios le tenia destinado. Juan por su parte , queriendo prepararse mejor para ser digno instrumento de la divina voluntad , determinó irse á un desierto.

Habia oido hablar de cierto ermitaño llamado Félix de Valois, que hacia vida solitaria en un bosque del obispado de Meaux, junto al lugar de Gandelu. Fuéle á buscar ; y la santa union que desde luego se formó entre aquellos dos grandes hombres por la conformidad de sus intentos, de sus virtudes y de sus dictámenes, dió luego á conocer que el cielo los habia escogido para que trabajasen juntos en una misma obra.

No se puede explicar el fervor con que se aplicaron al ejercicio de todas las virtudes. Sus penitencias eran excesivas , las vigilias y los

ayunos continuos, la oracion era su ocupacion ordinaria. Un dia que al pié de una fuente se estaban santamente recreando, tratando de la bondad y de las grandezas de Dios, vieron venir hácia sí un ciervo que entre las dos astas traia una cruz del todo semejante á la que Juan de Mata habia visto en el vestido del Ángel que se le apareció cuando estaba celebrando su primera misa. Con esta ocasion descubrió Juan á su amado compañero la vision que habia tenido; y desde aquel punto resolvieron ambos dedicarse á la redencion de los pobres cristianos que gemian cautivos entre los moros.

Habiase extendido ya la fama de los dos santos ermitaños, y habian concurrido á ellos gran número de discípulos que bajo la disciplina de su insigne magisterio hacian maravillosos progresos en el camino de la virtud. De los mas fervorosos se formó una comunidad reducida cuyo gobierno se vió obligado nuestro Juan á tomar de su cargo; siendo esta como la cuna de aquel Órden celebérrimo que, teniendo por carácter y por distintivo la mas perfecta caridad cristiana, ha producido y está cada dia produciendo tan grandes hombres y tan grandes santos.

No dudando ya san Juan y san Félix que Dios los tenia destinados para trabajar en la redencion de los cautivos cristianos que gemian oprimidos con el cautiverio de los moros, tomaron la resolucion de ir juntos á Roma para declarar al Sumo Pontífice sus intentos, y saber del supremo oráculo de la Iglesia lo que debian ejecutar. Admirado Inocencio III de su caridad y de su celo, alabó su generosa resolucion. Pero como se hallase dudoso é indeciso en órden á aprobar el nuevo Instituto que le proponian, acabó de determinarle una vision celestial. Porque estando diciendo misa en San Juan de Letran el dia 28 de enero, se le apareció un Ángel vestido de blanco, con los mismos símbolos con que se le habia aparecido á san Juan de Mata cuando dijo en París su primera misa. Aprobó, pues, con elogio la nueva Religion, queriendo que los que la profesasen vistiesen el hábito blanco con una cruz roja y azul en el pecho, y que por alusion á esta misteriosa variedad de colores se llamase el nuevo Órden de la Santísima Trinidad, redencion de cautivos. Hizo á san Juan de Mata ministro general de toda ella; y despues de haber colmado á los dos Santos de gracias y de beneficios, y á la nueva Religion de favores y de privilegios, los volvió á enviar á Francia exhortándoles á trabajar incesantemente en la redencion de los cautivos cristianos, segun el caritativo fin de su piadoso Instituto.

No se puede ponderar con cuánto aplauso fue recibida en todo el orbe cristiano la nueva Religion. Visiblemente era obra de la mano de Dios, y así en poco tiempo hizo maravillosos progresos. Miraban todos á aquellos héroes de la caridad cristiana como unos ángeles visibles que habia enviado Dios para libertar de la esclavitud de los infieles á tantos cristianos cautivos. Felipe Augusto, rey de Francia, los colmó de beneficios. Gaucher de Chatillon les cedió el mismo lugar que habia sido la primera cuna de la Órden, llamado *Cierro frígido,* donde hasta hoy se conserva la primera y principal casa de toda la Religion. Fundó despues nuestro Santo otras muchas en el reino de Francia; y encomendando á san Félix el gobierno de todas ellas, volvió segunda vez á Roma, donde el Papa le dió la iglesia y casa de Santo Tomás de Formis, llamada la Navecilla. En poco tiempo se hizo una comunidad muy numerosa, y el Santo crió en ella excelentes operarios. Toda su ansia era pasar á África, y su mayor consuelo seria, como él mismo solia repetirlo, quedarse cautivo por la redencion de algun cristiano. Pero deteniéndole en Roma el Sumo Pontífice, para aprovecharse de sus prudentes consejos en los negocios mas importantes de la santa Iglesia, envió dos de sus religiosos á Marruecos, que hicieron una redencion de ciento y ochenta y seis cristianos cautivos. Encendióse mas su celo con un suceso tan pronto como feliz. Estábase disponiendo para partir al África, cuando el Papa le envió por legado de la Santa Sede al rey de Dalmacia con título de capellan suyo.

Fue fruto de su legacía la restauracion de la disciplina eclesiástica, la reformacion de las costumbres y la conversion de toda la corte. Confirmó los pueblos en la fe, sujetólos á la obediencia de la Silla apostólica, y obró tantas maravillas, que hizo demostracion de lo mucho que puede un legado cuando es santo.

Cuando volvió á Roma no pudo el Papa, por mas que hizo, obligarle á aceptar el capelo que le tenia destinado: vióse precisado á ceder, no solo á su humildad, sino tambien á su celo, permitiéndole pasar al África, que era todo el objeto de sus ansias. Luego que llegó allá encendió la fe cási apagada en muchos de los cristianos cautivos. Miraba con desprecio la muerte por el deseo del martirio. Empeñóle tanto su celo infatigable en los oficios de caridad, que se vió á punto de ser degollado por los bárbaros. Una vez le hallaron en la ciudad de Tunez cubierto de heridas y nadando en su misma sangre; teniéndose por dichoso en padecer alguna cosa por amor

de Jesucristo, y diciendo á gritos, que ya que no merecia ser mártir, deseaba á lo menos quedarse por cautivo.

Pero eran otros los designios del Señor. Despues de muchos trabajos partió nuestro Santo de Tunez con los cautivos rescatados. Apenas se habia embarcado, cuando los bárbaros, resueltos á que de una ú otra manera pereciese, entraron como furias en el navío, arrancaron el timon, hicieron pedazos los mástiles, destrozaron las velas, y no dudando ser testigos de su inevitable naufragio, dejaron el vaso á merced de las olas y los vientos. Mas nuestro Santo, que tenia colocada su esperanza en cosa mas segura que en el aparejo de la marinería, lleno de aquella viva fe que le animaba, tomó su capa y las de sus compañeros, y acomodándolas lo mejor que pudo en lugar de las velas, rogó al Señor que fuese el piloto del navío; y puesto de rodillas sobre el puente superior con un Crucifijo en la mano, se dejó enteramente en las de la divina Providencia. Cuidó el Señor de su fiel siervo, y en pocos dias llegó felizmente con toda su tropa al puerto de Ostia.

Por este tiempo la herejía de los Albigenses, vencida la barrera de los Alpes, comenzaba á extenderse por Italia. Hizo el Papa inquisidor á nuestro Santo, y con su actividad detuvo presto la impetuosa carrera de aquel mónstruo envenenado.

Aunque el viaje de África, los malos tratamientos que padeció en Tunez, y las excesivas penitencias en que jamás se dispensó, habian arruinado enteramente su salud, se vió obligado por el mayor bien de su Religion y de la Iglesia á correr la Italia, Francia y España, fundando conventos en todas partes, y reformando en todas las costumbres. Estableció la adoracion perpétua de la Santísima Trinidad, para restituir á las tres divinas Personas la gloria y el culto de que las herejías pretendian despojarlas. En España rescató un gran número de cristianos que gemian oprimidos bajo la esclavitud de los sarracenos. En Francia el rey Felipe Augusto le dió el título y los honores de teólogo, consejero y limosnero suyo; títulos de honor que despues acá han concedido todos los reyes cristianísimos al general de toda su Religion. Despues de haber obtenido en París la capilla de San Maturino, y haber echado en ella los fundamentos de un insigne monasterio, partió para Roma donde el Papa le llamaba, y donde presto habia de poner dichoso fin á la gloriosa carrera de su vida.

Los dos últimos años de ella los pasó en visitar á los encarcelados,

en consolar y asistir á los enfermos, en socorrer á los pobres en sus necesidades, y en predicar con indecible fruto la palabra de Dios. Predicaba la necesidad de la penitencia con tanta eficacia y con suceso tan feliz, que se veian portentosas conversiones. No era fácil resistirse á la fuerza y á la mocion de sus sermones, efecto cási necesario de su eminente virtud. Su mortificacion llegó hasta donde pudo llegar. Por muchos años apenas comia mas que pan y agua; su ayuno era continuo, y su oracion se puede llamar perpétua.

Como sus padres le habian dedicado á la santísima Virgen desde su nacimiento, la miró siempre como su querida Madre, y quiso que su Órden estuviese bajo la especial proteccion de esta Señora. Finalmente, extenuado á fuerza de trabajos y de penitencias, colmado de merecimientos, dotado del don de profecía y de milagros, consumido de las purísimas llamas de la caridad cristiana, y rodeado de sus amantísimos hijos que se deshacian en lágrimas, despues de dejarles en herencia su verdadero espíritu, rindió su inocente alma en manos del Criador el dia 21 de diciembre del año 1213, á los sesenta y uno de su edad, y á los diez y seis despues de confirmada su Religion.

Por tres ó cuatro meses estuvo expuesto su santo cuerpo en la iglesia de su convento de Santo Tomás con licencia del papa Inocencio III, para consuelo de los innumerables que concurrian á venerarle, atraidos de la fama de su santidad y de los muchos milagros que obraba Dios por su intercesion, aun estando en el féretro. No pudiendo celebrarse su fiesta el dia 21 de diciembre por estar dedicado á la del apóstol santo Tomás, se anticipó al dia 17 del mismo mes, hasta que el papa Inocencio XI por su breve de 30 de julio de 1679 la fijó al dia 8 de febrero.

La Misa es en honra de este gran Santo, y la Oracion es la siguiente:

Deus, qui per sanctum Joannem, ordinem sanctissimæ Trinitatis ad redimendum de potestate saracenorum captivos, cœlitus instituere dignatus es; præsta, quæsumus, ut ejus suffragantibus meritis, à captivitate corporis, et animæ, te adjuvante liberemur: Per Dominum nostrum...

Ó Dios, que te dignaste instituir el Órden de la santísima Trinidad, para la redencion de los cautivos, por medio de san Juan, valiéndote de una vision celestial: te suplicamos que por tu gracia y por sus merecimientos seamos libres del cautiverio de alma y cuerpo. Por Nuestro Señor, etc.

La Epístola es del capítulo XXXI *del Eclesiástico.*

Beatus vir, qui inventus est sine macula, et qui post aurum non abiit, nec speravit in pecunia et thesauris. Quis

Bienaventurado el varon que se encontró sin mancha, y no se condujo tras el oro, ni esperó en los tesoros del

est hic, et laudabimus eum? fecit enim mirabilia in vita sua. Qui probatus est in illo, et perfectus est, erit illi gloria æterna : qui potuit transgredi, et non est transgressus, facere mala, et non fecit : ideo stabilita sunt bona illius in Domino, et eleemosynas illius enarrabit omnis Ecclesia Sanctorum.

dinero. ¿Quién es este, y le alabarémos? El que hizo cosas admirables en su vida. Para el que dió pruebas de este proceder, y fue perfecto, será la gloria eterna. Pues pudiendo quebrantar la ley, no la quebrantó; y hacer cosas malas, no las hizo. Por lo mismo se han afianzado sus bienes en el Señor, y toda la Iglesia de los Santos publicará sus limosnas.

REFLEXIONES.

Sea el estado que se fuere, no hay otro cimiento del verdadero mérito, ni otro principio de verdadera felicidad que la inocencia de la vida y la pureza de las costumbres. Juzguémoslo por la turbacion y por la inquietud del pecador. En vano pretende el impío que le tengan por feliz; en vano se lisonjea de que goza una gran paz: *Pax, pax, et non erat pax.* No se hizo la paz para la mala conciencia: solo la virtud hace al hombre dichoso. No es posible amar apasionadamente las riquezas y amar á Dios. Siempre está el corazon donde está su tesoro. Ser rico, y no contar sobre sus bienes; ser rico, y ser mortificado; ser rico, y ser humilde; ser rico, y ser afable, apacible, grato y liberal con los pobres; estar criado entre la abundancia, el regalo y la delicadeza, cercado de cortejantes y de lisonjeros, y tener por felices á los necesitados, á los despreciados, á los perseguidos, á los cargados de oprobios, ¿no es la mayor de todas las maravillas? ¿Quién es este, y le alabarémos? Porque en realidad, su vida es un milagro de fe, de religion y de inocencia. ¡Cosa extraña! todos convienen en que este es uno de aquellos prodigios que se ven muy raras veces; concuerdan todos en que la virtud y el amor de las riquezas son incompatibles, y no obstante eso, ¿quién hay que no desee ser rico? ¿Qué pasion hay mas viva ni mas universal? ¿Cuál que menos se oculte ni menos se recate? Pero lo que pone en tan gran peligro la salvacion de los ricos no es solamente la facilidad de hacer cuanto se les antoja, sin que nadie se lo estorbe: no les sirve de menos embarazo para salvarse la dificultad de encontrar remedios eficaces para curar este mal. Trátase con sumo tiento su delicadeza; vase con la corriente de sus inclinaciones; apláudense, celébranse hasta sus mismos defectos; ¿y cuántos confesores hay cobardes, lisonjeros, indignos, que les echan polvo en los ojos para que no vean sus desórdenes? ¿Hállanse ya muchos Bautistas que les

digan con santa libertad, *non licet*, eso no es lícito, ese es un gran pecado? ¿Encuéntranse muchos profetas que les griten con generosa entereza: *Væ qui opulenti estis?* ¡Tristes de vosotros, los que amontonais á todas manos, los que os dais prisa á enriqueceros, los que olvidais al pobre en vuestra abundancia, los que colocais vuestra confianza en vuestros tesoros! Hay ricos verdaderamente virtuosos que no tienen puesto el corazon en las riquezas: estos son aquellos cuyos bienes toma Dios de su cuenta conservárselos y aun aumentárselos, al mismo tiempo que hace se desvanezcan como humo aquellas fortunas repentinas adquiridas por medios nada inocentes. Si se quiere asegurar la abundancia en las familias, distribúyanse sin escasez limosnas á los pobres. Los poderosos que hacen excesivos gastos para la ostentacion y para ser por ella mas estimados, no pocas veces se hacen por los mismos medios mas despreciables. No hay honra igual como la de poder hacer bien al mismo Jesucristo.

El Evangelio es del capítulo XII *de san Lucas.*

In illo tempore dixit Jesus discipulis suis: Sint lumbi vestri præcincti, et lucernæ ardentes in manibus vestris, et vos similes hominibus expectantibus dominum suum quando revertatur à nuptiis: ut, cum venerit et pulsaverit, confestim aperiant ei. Beati servi illi, quos cum venerit dominus, invenerit vigilantes: amen dico vobis, quod præcinget se, et faciet illos discumbere, et transiens ministrabit illis. Et si venerit in secunda vigilia, et si in tertia vigilia venerit, et ita invenerit, beati sunt servi illi. Hoc autem scitote, quoniam si sciret paterfamilias, qua hora fur veniret, vigilaret utique, et non sineret perfodi domum suam. Et vos estote parati, quia qua hora non putatis Filius hominis veniet.

En tiempo que Jesucristo predicaba su celestial doctrina, dijo á sus discípulos: Tened ceñidos vuestros lomos, y en vuestras manos hachas encendidas. Y sed semejantes á aquellos hombres que esperan á su señor cuando vuelva de las bodas: para que cuando venga, y llame á la puerta, le abran al instante. Bienaventurados aquellos siervos que cuando viniere su señor los encontrare vigilantes. En verdad os digo, que en este caso se ceñirá él mismo, los hará sentar á la mesa, y pasando les servirá. Felices si así los encuentra, aunque venga en la segunda ó tercera vigilia de la noche. Tened esto entendido, porque si supiese el padre de familias la hora en que pudiera venir el ladron, velaria sin duda, y no le dejaria escalar su casa: estad prevenidos, porque el Hijo del Hombre vendrá en la hora que no pensais.

MEDITACION.

De los motivos particulares para no dilatar la conversion.

PUNTO PRIMERO.—Considera que no hay cosa mas opuesta á las luces de la fe, á las máximas de la Religion, al buen juicio, y aun á la misma razon natural, que dilatar la conversion.

Conozco que tengo necesidad de convertirme : no me quisiera morir en este estado. Solo el pensamiento de que me puede suceder esta desdicha me estremece. ¿Qué? morirme sin haber hecho una confesion general, sin haber restituido aquel dinero : morirme en la costumbre del pecado, sin haberme reconciliado con mi enemigo, sin haber enmendado mi vida. ¡Ah! que si me muriera en este infeliz estado conozco claramente que sin remedio me condenaria. Pues ¿qué razon tendré para dilatar mi conversion para otro tiempo? ¿Paréceme por ventura que me arrepentiria demasiadamente presto de mis pecados si comenzara desde ahora á arrepentirme, si me dedicara desde luego á hacer penitencia de ellos? ¿Seria amar á Dios demasiadamente presto, ó dejar de ser disoluto, de ser impío con mucha anticipacion?

Pero al fin, ¿cuándo hemos de convertirnos? Fijemos por lo menos el año y el dia de nuestra conversion. Pero ¿quién nos asegurará ese año y ese dia? ¡Qué extravagancia! ¡qué locura tan extraña poner á peligro el alma, arriesgar la salvacion eterna contando sobre el dia mas incierto de la vida, fiándonos de un tiempo que no está en nuestra mano, y que no sabemos si podrémos disponer de él!

Pero supongamos que hemos de tener este tiempo. ¡Suposicion frívola! ¿Y qué sucederá entonces? ¿Sentirémos menos dificultad en romper los lazos por el mismo hecho de haberlos multiplicado? ¿Estaré entonces mas convencido que lo estoy ahora de la extrema necesidad que tengo de convertirme? Al presente pienso, y puedo convertirme, y no quiero. Es incierto si pensaré lo mismo otro dia: es mucho mas incierto si querré, aun dado caso que lo piense; y tengo mil motivos para creer que tampoco entonces querré, ó que lo querré mas tibia y mas ineficazmente que ahora.

Cuanto mas vivamos, mas dificultades tendrémos que superar. La costumbre se fortifica con los actos, las pasiones crecen con la edad, los estorbos se multiplican con los años. ¿Qué razon tenemos para persuadirnos de que otro dia serémos mas dóciles que hoy? Una de dos: ó persuadámonos á que ahora no tenemos necesidad de convertirnos, ó convirtámonos ahora cuando la gracia nos solicita.

¡Buen Dios! qué alegría tendré mañana, despues de mañana, y todos los dias de mi vida, si me convierto desde luego! Sí, este dia de hoy puede ser el dia de mi salud, si lo fuere el de mi conversion: ¿y de quién penderá que no lo sea? Solo puede pender de mí. ¿Y es posible que he de ser eternamente el mayor enemigo de mi mismo? ¿el mayor contrario de mi eterna felicidad? ¿Acaso he jurado

yo mismo mi propia perdicion? Vos, Señor, me solicitais, Vos me estrechais, Vos me ofreceis vuestra gracia. ¡Qué rabia, qué furor, si resisto á ella por mas tiempo!

PUNTO SEGUNDO. — Considera que el punto de esta meditacion es para tí el punto mas crítico, y cuánto te importa no resistir á la gracia. Al presente tienes en tu mano muchos medios que acaso jamás los volverás á tener. Nunca han sido menos los estorbos, y acaso nunca te hallarás en circunstancias mas favorables. Lo cierto es que nunca has de tener tanta vida como la que tienes ahora, y consiguientemente ni tanto tiempo para hacer penitencia de tus culpas. ¿Te atreverás á decir sériamente que todavía tienes demasiado tiempo? Gozas al presente una robusta salud, y con todo eso estás muy cercano á tu postrera enfermedad. Ahora estás asegurado de la gracia: buena prueba son los piadosos movimientos que sientes en esta meditacion, porque son efectos de ella. Ahora te hallas con voluntad de convertirte; porque haciendo estas reflexiones, ¿cómo es posible que quieras permanecer en tus desórdenes? Puedes ahora hallar un prudente y celoso confesor, un amigo fiel y sincero, con otros cien auxilios que probablemente no encontrarás con tanta facilidad, ni en otra parte, ni en algun otro tiempo, si haces inútiles los que ahora tienes en la mano. Pues busca, imagina alguna buena razon para no aprovecharte de estos medios, y para dilatar tu conversion para otro tiempo. Las circunstancias presentes no pueden ser mas favorables, todo conspira á tu mayor bien. ¿Será posible que solo tú te opongas á él? Asombro es que sean menester tantas razones para convencernos que es necesario convertirnos; es decir, para persuadirnos á que nos libremos del eminente peligro de condenarnos.

Todo nos predica nuestra conversion. La prosperidad y las desgracias, la salud y la enfermedad, las honras y los desprecios, bien entendidos, todos son motivos igualmente poderosos para volvernos á Dios. ¡Qué! el Señor me está colmando de beneficios, ¿y yo he de proseguir en ofenderle? El Señor me castiga con reveses, con desgracias, con contratiempos, ¿y yo he de perseverar en irritarle? ¿Tengo salud, hállome robusto? Pues este es el tiempo mas propio para trabajar en mi salvacion. ¿Siéntome enfermo, vivo lleno de achaques? Pues qué, ¿he de aguardar á la muerte para hacer penitencia? ¿Estoy colmado de honores en este mundo? Y qué, ¿me resolveré á vivir en pecado para vivir despues en el otro lleno de una eterna confusion? ¿Soy el desprecio de todos? Enhorabuena. Quie-

ro ser santo, y está hecha mi fortuna. ¡Mi Dios! ¿de qué nos sirve ser cristianos, ser racionales, si no discurrimos de esta manera?

Señor, ¿qué es lo que yo debo esperar, si no me convierto en este mismo dia? Muchas veces he tenido pensamiento de enmendar mi vida, de roformar mis costumbres, de romper estos lazos, de cortar aquellas amistades, de dejar aquellas diversiones poco cristianas: todos estos deseos, todos estos proyectos de conversion han sido estériles hasta aquí; pero lleno de confianza en vuestra misericordia espero que no será lo mismo de los que formo al presente.

JACULATORIAS.—No, mi Dios, ya no me paro á deliberar: arrójome en vuestros brazos como en los de mi amoroso padre; desde este mismo punto, sin otra dilacion, quiero ser vuestro. (*Luc.* XV).

Ya no dilato para mañana mi conversion: ahora, ahora doy generoso principio á la enmienda de mi vida. (*Psalm.* LXXII).

PROPÓSITOS.

1 Apenas reconoció el hijo pródigo sus descaminos, cuando, rindiéndose á los impulsos de la gracia, se restituyó al punto á la casa de su padre. La ejecucion ha de seguir inmediatamente al proyecto de convertirse. Lo mismo hicieron los Magos. No bien descubrieron la estrella, cuando al momento se pusieron en camino. Ninguno de los que deliberaron si habian de ir ó no á adorar al Salvador fué á adorarle. Tú conoces hoy que tienes necesidad de convertirte: no aguardes á mañana para hacerlo, y ten el consuelo de haberlo ejecutado antes que se acabe este mismo dia. La conversion del corazon, que es la esencial, se hace en un momento. La exterior sea tambien cuanto antes: ella cuesta poco mas que la interior; aquella ha de convencerte de la sinceridad de esta. Ayer diste principio á ella por los pequeños sacrificios ó por las ligeras mortificaciones que te aconsejaron hicieses; ponla hoy dichoso fin con el socorro de la gracia que te insta á que no la dilates. Para esto, postrado ante el santísimo Sacramento, ó en tu cuarto delante de un Crucifijo, haz un fervoroso acto de contricion, concibiendo un vivísimo dolor de haber tenido una vida tan desarreglada, prometiendo al Señor una eterna fidelidad que no se desmienta jamás. Si tienes necesidad de hacer una confesion general, no hay que diferirla para otro tiempo; comienza hoy á escribir tus pecados, y aunque no escribas mas que dos solas palabras, en todo caso comienza hoy. Da á Dios una palabar firme, resuelta de no ver mas á tal persona, de no volver á po-

ner los piés en aquella casa, de no asistir jamás á tales y tales espectáculos ó diversiones, etc. Nota en algun librito secreto que este fue el dia de tu conversion: vé á oir misa con esta intencion, y cuando se eleve la hostia renueva tu contricion y tus propósitos. Dí humildemente á Jesucristo que eres el hijo pródigo que vuelve á los brazos de su padre con resolucion de no darle mas motivo de disgusto, y de obedecerle con la mas rendida puntualidad hasta la muerte. Algunos, para fijarse mas en sus propósitos, hacen voto por tres, por cuatro ó por ocho dias de no hablar á persona alguna, de no entrar en tal casa, de no asistir á tal diversion, de retirarse de tal juego, etc. Estas piadosas resoluciones son pruebas poco equívocas de un sincero deseo de convertirse.

2 Las personas que por la misericordia del Señor no tuvieren necesidad de tan grande conversion no por eso dejarán de tenerla de alguna reforma. Por mas virtuosa, por mas devota que sea un alma, siempre la restan muchas imperfecciones que enmendar, muchas virtudes que adquirir, muchos progresos que adelantar. Examina bien y nota cuidadosamente los principales puntos de reforma que puede Dios desear de ti. ¿En qué cosas te has relajado, qué ejercicios, qué actos de virtud has omitido? ¿Cuál es tu pasion dominante? ¿Qué defectos, qué imperfecciones tienes que enmendar, y cuál es la virtud que te hace mas falta? Haz, por decirlo así, anatomía de esta conversion: escoge dos ó tres puntos sobre los cuales has de traer exámen particular; imponte una penitencia por cada vez que faltares á los propósitos que hicieres: en el negocio importante de la salvacion todo depende de la ejecucion. Para que todo esto se haga con mas eficacia convendrá mucho que desde hoy mismo te impongas una ley de hacer regular y diariamente, por espacio de medio cuarto de hora, exámen particular de aquel defecto que quieres enmendar, ó de aquella virtud que pretendes adquirir; y el tiempo mas oportuno para este exámen es cerca de mediodía. Pocos ejercicios espirituales se hallarán mas útiles que este.

DIA IX.

MARTIROLOGIO.

El glorioso triunfo de santa Apolonia, vírgen, en Alejandría, á quien los perseguidores en tiempo del emperador Decio primeramente arrancaron todos los dientes, y luego habiendo preparado y encendido una grande hoguera, la amenazaron que la quemarian viva si no decia como ellos ciertas palabras impías; la Santa, deteniéndose un poco á reflexionar lo que de-

bia hacer, escabulléndose de sus manos repentinamente, inflamada con el fuego del Espíritu Santo, mayor que el que le tenian preparado, espontáneamente se echó en la hoguera, quedando atónitos los mismos autores de aquella crueldad, al ver en una mujer mayor diligencia para tomar la muerte, que en el perseguidor para dársela. *(Véase su vida en las de este dia).*

El martirio de los santos mártires Alejandro, y otros treinta y ocho, en Roma, los cuales recibieron la corona del martirio.

Los santos mártires Ammonio y Alejandro, en Solo, en la isla de Chipre.

San Nicéforo, mártir, en Antioquía, el cual en tiempo del emperador Valeriano fue degollado, y recibió la corona del martirio.

Los santos mártires Primo y Donato, diáconos, en Lemel, aldea de África, los cuales estando en la iglesia custodiando el altar fueron asesinados por los Donatistas.

San Ansberto, obispo de Ruan, en el monasterio de Fontenelles de Francia.

San Sabino, obispo y confesor, en Canosa, en la provincia de la Pulla.

SANTA APOLONIA, VÍRGEN Y MÁRTIR.

Aunque el emperador Felipe fue tan favorable á los Cristianos, que muchos son de opinion que recibió el santo Bautismo, no obstante se levantó en su tiempo una persecucion contra los fieles de Alejandría, en la cual padecieron muchos mártires, y fue como la señal de la que se suscitó el año siguiente por todo el imperio romano en tiempo del emperador Decio.

Cierto poetilla infeliz, entremetido á profeta, y mago de profesion, comenzó el año de 248 de Nuestro Señor Jesucristo á predicar en las calles de Alejandría, amenazando en tono enfático á toda la ciudad de una gran desdicha, si no exterminaban á todos los Cristianos, enemigos mortales de los dioses y de su culto. No fue menester mas para excitar el furor de un pueblo naturalmente inclinado á la sedicion, á la crueldad y á la carnicería.

San Dionisio, que era á la sazon obispo de aquella ciudad, refiere la persecucion con estos discretos términos: *Este miserable adivino animó contra nosotros á los idólatras, y excitándolos por medio de la superstición, á que era naturalmente inclinado este pueblo, encendió el furor en sus corazones. Creyendo aquellos ciegos á este impío, y dejándose llevar de las impresiones que les inspiraba, se amotinaron contra nosotros, y se precipitaron en los mayores excesos de la crueldad y del furor. Persuadiéronse bárbaramente á que su imaginaria piedad consistia en ser crueles contra los Cristianos, y creyeron que no podian honrar mejor á los dioses falsos, que sacrificándoles por víctimas á los que adoraban al verdadero.*

Dieron principio al sedicioso motin, echando mano de un santo viejo llamado Metro ó Metran, queriéndole obligar á que profiriese execrables blasfemias contra la santidad de nuestra Religion. Irritados de la noble resistencia que encontraron en el generoso cristiano, le molieron todo el cuerpo con crueles palos, sacáronle los ojos, picáronle, ó le sulcaron el semblante con rosetas aceradas, y, sacándole fuera de la ciudad, descargaron sobre él furiosa lluvia de piedras, entre las cuales le dejaron sepultado.

Pasan despues á casa de una piadosa matrona llamada Cointa, y agarrándola con violencia, la conducen al templo de su ídolo para obligarla á que le rindiera adoracion. El horror que la causó la impiedad á que querian precisarla, y la heróica constancia con que se negó á cometerla, redobló en ellos la furia y la crueldad. Atáronla por los piés, y la arrastraron inhumanamente por todas las calles. Á pocos pasos quedó el cuerpo destrozado con los golpes que de propósito la daban contra las piedras y contra las esquinas, y no dándose por satisfecha su sangrienta saña, descargaban continuamente sobre el mismo despedazado cuerpo terribles bastonazos. Admiró á aquellos ensangrentados verdugos la constancia de la invencible heroína; pero como la rabia que les animaba habia ahogado en ellos todos los sentimientos de la compasion, la condujeron al mismo sitio en que san Metro acababa de ser apedreado, y en él la quitaron la vida con el mismo género de martirio.

Pero, entre estos prodigios del valor cristiano, Apolonia fue la que mas se distinguió con un género de intrepidez, y con una especie de heroismo que, siendo su memoria la admiracion de todos los siglos futuros, fue entonces su constancia el asombro aun de los mismos paganos.

Era una doncella venerable, no solo por su grande ancianidad, sino mucho mas por el dilatado y constante ejercicio de una sólida virtud. Algunos dicen que fue de ilustre nacimiento, y que desde sus mas tiernos años habia sido criada en la religion cristiana. Lo que todos contestan es, que era la veneracion y el ejemplo de los cristianos de Alejandría; que vivia en un sumo retiro, en un continuo ayuno, en oracion perpétua, y en la mas exacta práctica de todas las virtudes.

Durante el amotinamiento del pueblo estaba encerrada en su casa levantando continuamente las manos y los ojos al cielo; y como no dudaba que presto seria tambien dichosa víctima de aquella sacrílega sedicion, sin perder tiempo se estaba disponiendo con fervor

para ofrecerse en sacrificio. Con efecto, mas y mas enfurecidos los gentiles con la sangre de los mártires, corrieron tumultuariamente á las casas de los cristianos, las pillan, las saquean, las abrasan, todo lo destruyen, todo lo destrozan. Parecia la ciudad de Alejandría una plaza tomada por asalto, y entrada á fuego y sangre por los enemigos. En esta segunda emocion popular, ó mas furiosa continuacion de la primera, dice san Dionisio Alejandrino que fue hallada santa Apolonia en su casa, donde perpétuamente se estaba ofreciendo al Señor para ser víctima inocente en sus sacrosantas aras.

Apoderándose de la santa doncella aquellas ensangrentadas furias, determinaron atormentarla tanto mas, cuanta era mayor la veneracion que tenia entre los Cristianos. Lo primero que hicieron fue quebrantarla todos los dientes con una piedra, y despues con la misma abollarla todo el semblante. Irritados no solo de la serenidad, sino del gozo que manifestaba la Santa al verse digna de padecer alguna cosa por amor de Jesucristo, no hubo crueldad que no ejercitasen en aquella cristiana heroína, cuya constancia los tenia asombrados. Valiéronse de las amenazas, de las promesas, de cuantos artificios pudieron imaginar para derribarla; pero hallaron siempre en ella una firmeza y una magnanimidad muy superior á su sexo y á sus años. Desesperados de lograr su intento, se persuadieron á que su perseverancia no podia resistir á la prueba del fuego, siendo natural que una doncella sin vigor y sin espíritu, en fuerza de su avanzada ancianidad, cediese solo al terror de ser quemada viva. Con esta idea la sacaron fuera de la ciudad, y encendida una grande hoguera, la amenazaron con que la arrojarian en ella atada de piés y manos, si al punto no proferia las mas horribles blasfemias contra Jesucristo, y si no ofrecia incienso á los ídolos sin detenerse un momento.

La purísima doncella, que habia pasado su larga é inocente vida en servicio del Señor, abrasada siempre del amor de su esposo Jesucristo, se estremeció al oir tan impía proposicion; y sintiendo crecer en aquel punto el amoroso incendio que la consumia por su Dios, excitándose en su generoso corazon un vivísimo deseo de honrarle mas y mas con el sacrificio de su vida, se halló movida de una vehemente extraordinaria inspiracion (sin la cual seria ilícita la accion que pensaba ejecutar) de acreditar con aquellos paganos, previniendo ó anticipándose ella misma á su crueldad, que solo la proposicion de blasfemar de Jesucristo la causaba mas horror que la hoguera y que todos los suplicios. No esperó, pues, á que la arrojasen en el brasero, que ella misma se arrojó en medio de las llamas, para dar ese

testimonio á los gentiles de que no solo era voluntario, sino alegre su gustoso sacrificio. Con efecto, habiendo pedido que la concediesen un poco de tiempo como para deliberar, estuvo por algun espacio en un profundo recogimiento interior, suplicando fervorosamente al Señor quisiese aceptar el sacrificio que le hacia de su vida; despues de lo cual, llena de una vivísima confianza, y abrasada de un ardentísimo amor de Dios, queriendo hacer visible á los infieles que los mas crueles tormentos no eran capaces de acobardar á los cristianos verdaderos, y que estos cristianos no padecen la menor violencia en el voluntario sacrificio que hacen á Dios de su vida, intrépidamente se arrojó por sí misma en medio de las voraces llamas, que al instante la consumieron.

Quedaron atónitos los gentiles, mirándose los unos á los otros como embargada la voz, y llenos de suspension, sin resolverse á creer lo mismo que veian, porque no acertaban á comprender cómo era posible que una doncella tuviese mas valor y se diese mas prisa á ofrecerse á Dios en sacrificio, siendo consumida por las llamas, que ansia tenian ellos de verla cuanto antes reducida á cenizas. Los Cristianos se aplicaron con el mayor cuidado á recoger lo que pudieron del sagrado cuerpo, con especialidad los dientes esparcidos por el suelo, que como preciosas reliquias fueron distribuidos por varias iglesias de la cristiandad.

Los continuos favores que cada dia experimentan los que recurren á la intercesion de santa Apolonia acreditan el gran poder que nuestra Santa tiene con Dios, y la bondad con que atiende á los que imploran su proteccion. Cási desde el mismo tiempo de su glorioso martirio se puede asegurar que comenzó el recurso de los fieles á nuestra Santa en muchas enfermedades; pero con especialidad los que adolecian de mal de dientes ó de muelas. En los Breviarios mas antiguos de las iglesias se hallan oraciones particulares para pedir á Dios por la intercesion de santa Apolonia que nos libre de varias enfermedades corporales, y singularmente de los males de dientes, como se ve por esta oracion que se lee en el Breviario antiquísimo de la iglesia de Colonia:

Ó Dios, por cuyo amor la bienaventurada vírgen y mártir santa Apolonia sufrió con tanta constancia que la arrancasen todos los dientes; suplicámoste nos concedas, que todos aquellos que imploraren su intercesion sean libres de males de dientes y de cabeza; y despues de las miserias de este destierro, les otorgueis la gracia de que arriben á los gozos eternos de la patria celestial. Por Nuestro Señor Jesucristo, Hijo

vuestro, que siendo Dios, vive y reina con Vos en unidad del Espíritu Santo por los siglos de los siglos. Amen.

La Misa es en honra de la Santa, y la Oracion es la que se sigue:

Deus, qui inter cætera potentiæ tuæ miracula, etiam in sexu fragili victoriam martyrii contulisti: concede propitius; ut qui beatæ Apolloniæ, virginis et martyris tuæ natalitia colimus, per ejus ad te exempla gradiamur: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Ó Dios, que entre las demás maravillas de tu poder diste fortaleza al sexo mas frágil para conseguir la victoria del martirio; otórganos la gracia de que siguiendo el ejemplo de tu vírgen y mártir la bienaventurada Apolonia, caminemos dichosamente á tí. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola es del capítulo LI *del Eclesiástico.*

Confitebor tibi, Domine Rex, et collaudabo te Deum Salvatorem meum. Confitebor nomini tuo: quoniam adjutor, et protector factus es mihi, et liberasti corpus meum à perditione, à laqueo linguæ iniquæ, et à labiis operantium mendacium, et in conspectu astantium, factus es mihi adjutor. Et liberasti me secundum multitudinem misericordiæ nominis tui à rugientibus præparatis ad escam, de manibus quærentium animam meam, et de portis tribulationum quæ circumdederunt me: à pressura flammæ, quæ circumdedit me, et in medio ignis non sum æstuatus: de altitudine ventris inferi, et à lingua coinquinata, et à verbo mendacii, à rege iniquo, et à lingua injusta: laudabit usque ad mortem anima mea Dominum, quoniam eruis sustinentes te, et liberas eos de manibus gentium, Domine Deus noster.

Rey y Señor, yo te confesaré y te alabaré por Dios Salvador mio: yo daré gracias á tu nombre, porque fuiste mi auxiliador y protector: libraste mi cuerpo de la muerte, del lazo de la lengua inícua, y de los labios de los falsarios; por cuanto te declaraste mi defensor á presencia de los enemigos que me circundaron. Tú me libraste segun la muchedumbre de la misericordia de tu nombre de los que rugian preparados á devorarme; de las manos de los que procuraban quitarme la vida; de las puertas de las tribulaciones que me circundaron; de la opresion de las llamas que me circulaba, sin que me abrasase en medio del fuego; de la profundidad del infierno; de la lengua impura, palabra falsa, rey inícuo y lengua injusta. Mi alma alabará al Señor hasta la muerte; porque salvas á los que en tí esperan, y los libras de las manos de la afliccion, Señor Dios nuestro.

REFLEXIONES.

La vida del cristiano debiera ser una continua accion de gracias al Padre de las misericordias, puesto que no es mas que una perpétua cadena de beneficios. ¿Qué bien hay que no hayamos recibido de su bondad? ¿Y qué bien hay que no debamos esperar de su misericordia? La limitacion de nuestro espíritu no es capaz de compren-

der tantos favores, y la corta duracion de nuestra vida es insuficiente para agradecerlos. No nos pide Dios otra correspondencia que un amor fino y firme, y una fidelidad perseverante en su servicio. Pregunto: ¿Le hemos sido hasta ahora muy agradecidos? ¿le hemos correspondido hasta aquí con esto poco que nos pide? ¿Comprendemos bien qué delito es ser ingratos con un Dios que nos está haciendo mil bienes todos los instantes de la vida, y que nos reserva para la muerte el manantial inagotable de todos ellos? ¿Debiéramos cesar ni un solo punto en las alabanzas de nuestro Dios y de nuestro Salvador? Por estos dos solos títulos ¿no le debemos mil sentimientos de gratitud y de alabanza? *El Señor es el defensor, es el protector de mi vida*, decia David: *pues ¿qué tengo que temer?* ¡Vos, Señor, me defendeis, y yo temo! ¡Vos me amparais, y soy vencido! ¡Y será posible que la menor dificultad me acobarde y me desaliente! Fáltanos la confianza en Dios, porque nos falta la puntualidad y la fidelidad en su servicio. Siempre crece la confianza al paso del fervor. Á los santos Mártires jamás les espantaron los mas crueles tormentos. No hay proporcion, decian ellos, entre los trabajos de esta vida, y el premio de la otra. Bien sabemos, añadian con el Apóstol, que si este miserable cuerpo es despedazado, si padeciere ruina, si se redujere á cenizas, aquel Señor, que no quiere se pierda uno de nuestros cabellos, sabrá librarlos de la perdicion, y ponerlos á cubierto de los emponzoñados y malignos tiros de la calumnia. En vano se desenfrenan los malos contra el proceder de los buenos: en vano intentan manchar su reputacion con los mas feos borrones. Brillarán los justos, dice el Sábio, en el dia de la justicia universal, como brilla el mismo sol, penetrados de la luz y de la gloria de la inmortalidad en el alma y en el cuerpo: centellearán entre los precitos, que parecerán entonces como leña seca, dispuesta á ser reducida á ceniza por la gloria de los justos, la cual, á guisa de un fuego voraz y consumidor, hará pavesas á los que los persiguieron. ¡Ah buen Dios! ¡y qué aliento siente una alma generosa que os ama, que os sirve con fervor! Solo el amor de Dios es el que puede inspirar la magnanimidad verdadera. El Señor me instruye con sus consejos, dice el Profeta; él toma de su cuenta mi conservacion: pues ¿de qué temeré? Mis enemigos, arrebatados del deseo de perderme, se han arrojado muchas veces sobre mí como bestias fieras; pero sin lograr sus intentos se hallaron precisados á reconocer la debilidad de sus fuerzas. Pues aunque viera conspirar á todo el infierno junto contra mí, no daria lugar al temor. Veréme atacado de todas partes, y todavía

esperaré vencer. Seguro estoy, dice el Apóstol, que ni la muerte ni la vida, ni lo mas alto, ni lo mas bajo, ni alguna otra criatura podrá separarme del amor de Dios, fundado en mi Señor Jesucristo. Así discurren, y así hablan todos los que aman á Dios. ¿Cuándo discurrirémos, y cuándo hablarémos nosotros así?

El Evangelio es del capítulo XXV *de san Mateo.*

In illo tempore dixit Jesus discipulis suis parabolam hanc : Simile erit regnum cœlorum decem virginibus, quæ accipientes lampades suas, exierunt obviam sponso, et sponsæ. Quinque autem ex eis erant fatuæ, et quinque prudentes : sed quinque fatuæ, acceptis lampadibus, non sumpserunt oleum secum : prudentes vero acceperunt oleum in vasis suis cum lampadibus. Moram autem faciente sponso, dormitaverunt omnes et dormierunt. Media autem nocte clamor factus est : Ecce sponsus venit : exite obviam ei. Tunc surrexerunt omnes virgines illæ, et ornaverunt lampades suas. Fatuæ autem sapientibus dixerunt : Date nobis de oleo vestro ; quia lampades nostræ extinguuntur. Responderunt prudentes, dicentes : Ne forte non sufficiat nobis, et vobis ; ite potius ad vendentes, et emite vobis. Dum autem irent emere, venit sponsus : et quæ paratæ erant, intraverunt cum eo ad nuptias, et clausa est janua. Novissime vero veniunt et reliquæ virgines, dicentes : Domine, Domine, aperi nobis. At ille respondens, ait : Amen dico vobis, nescio vos. Vigilate itaque, quia nescitis diem neque horam.

En tiempo que Jesucristo recomendaba á sus discípulos la vigilancia para conseguir el reino de los cielos, habló con la siguiente parábola: Este es semejante á diez vírgenes que, tomando sus lámparas, salieron á recibir al esposo y á la esposa. De estas cinco eran necias y cinco sábias; pero las cinco necias habiendo tomado las lámparas, no previnieron aceite consigo : por el contrario las sábias, juntamente con las lámparas dispusieron aceite en sus vasos. Tardando en venir el esposo, se dormitaron todas, y quedaron dormidas; pero á la media noche se oyó un clamor (que decia) : Ved que el esposo viene, salid á recibirle. Entonces se levantaron todas aquellas vírgenes, y acomodaron sus lámparas : las necias dijeron á las prudentes : Dadnos de vuestro aceite, porque nuestras lámparas se apagan. No sea caso, respondieron las sábias, que el que tenemos no baste para nosotras y vosotras : id mas bien á los que lo venden, y compradlo para vosotras. Ínterin fueron á comprarlo, vino el esposo : con quien entraron á la sala de las bodas las que se hallaban dispuestas, y se cerró la puerta. Últimamente vinieron las demás vírgenes, diciendo : Señor, Señor, ábrenos; pero les respondió : En verdad os aseguro que no os conozco. Velad, pues, porque ignorais el dia y hora de mi venida.

MEDITACION.

De la falsa confianza.

Punto primero.—Considera que entre todos los condenados no hay siquiera uno que no pensase en salvarse. Hasta los mas disolutos vivieron con esta confianza. Por desbaratada que sea la vida, todos esperan tener tiempo para enmendar sus descaminos, aunque cada dia se descaminen mas y mas. Cada uno se lisonjea con que tendrá la dicha de escaparse del infierno, aunque no dé paso que no sea hácia él. Esta vana confianza, hablando con toda propiedad, nace únicamente del horror natural que causa á todo el mundo el miedo de ser infeliz por toda una eternidad. Pero ¿qué confianza puede haber mas mal fundada? Con todo eso esta es la que el dia de hoy tranquiliza las conciencias, y la que, por decirlo así, embota la punta á los remordimientos.

Una persona que todos los dias está irritando mas y mas la cólera de Dios con nuevos pecados, ¿se podrá creer sériamente que tiene motivo para contar mucho con su misericordia? ¿Se acerca uno mas al término cuanto mas procura desviarse de él? Ahora quiero proseguir en ofender á Dios, que algun dia ya me dará gana de amarle. No sé si tendré tiempo para hacer penitencia; pero en todo caso este tiempo que ahora tengo quiero emplearle en aumentar mis maldades. Otro dia seré mas dócil á la voz de Dios; otro dia resistiré menos á la gracia. Pero, insensato, ¿quién sale por fiador de que tendrás ese dia?

Es verdad que muchos mueren de repente; mas yo espero ser de los que tienen tiempo para disponerse á una dichosa muerte con una prolija enfermedad. Es verdad que estas especies de conversiones tardías son harto dudosas; pero confio que la mia será cierta. Es verdad que para convertirse de buena fe, despues de haber vivido en una inveterada costumbre de pecar, es menester una especie de milagro; pero tengo esperanza de que se haga este milagro en mi favor. No es esto porque yo tenga razon para esperarlo, porque reincidencias, obstinacion, desprecios de auxilios, terquedad, ingratitudes, todo prueba que soy indigno de este favor; pero no importa, yo lo espero. Lo mucho que he abusado hasta aquí de la gracia de mi Dios no funda gran derecho para que cuente con su misericordia: es así; pero sin embargo de eso yo cuento. No nos crió Dios pa-

ra perdernos, es verdad; pero tampoco te crió para que hicieses todo lo posible por condenarte. Confesemos que una confianza alimentada únicamente con aquello mismo que la destruye es bien frívola y bien vana. Tal es la confianza de los que perseveran en el pecado, con la esperanza de que algun dia harán penitencia, resolviendo proseguir en ser malos, precisamente porque Dios es bueno.

¿Y no he sido yo, mi Dios, uno de estos infelices? Quiero convertirme algun dia; pues ¿qué razon tendré para no convertirme desde luego?

Punto segundo.—Considera que la vana confianza de los que abusan de la misma bondad de Dios para ofenderle, con esperanza de que al cabo siempre los mirará con ojos de misericordia, no es la única confianza falsa que hay. La de aquellos que fiándose demasiado en ciertas virtudes, que se lisonjean tener, son negligentes en el cuidado de su salvacion, no es menos falsa que la otra, ni está fundada sobre mejores cimientos.

Las vírgenes que se descuidaron en hacer á tiempo provision de aceite eran vírgenes, y por lo mismo se fiaron demasiado en el amor que profesaban á la virtud de la pureza. Algun derecho las daba esta preciosa virtud para esperar ser favorablemente recibidas de su celestial Esposo. Pero faltólas la vigilancia, dejáronse llevar de la pereza, y cogiólas el sueño: al principio fue solo dormitar, despues dormir profundamente. En la vida cristiana el que comienza á dormitar presto se amodorra. ¡Qué desgracia venir el esposo, y coger á la esposa dormida! ¡Qué desdicha llamar á la puerta, y estar las lámparas apagadas! El tiempo de recibirle ya no lo es de ir á buscar el aceite; esa provision ya debiera estar hecha. ¿Por qué no imitaron el ejemplo de las otras vírgenes prudentes? Estas no se fiaron tanto en su amor á la pureza, que descuidasen por eso de tener bien proveidas sus lámparas. Huyeron de dormitar por no quedarse dormidas. Era perfecta su confianza, y por lo mismo era activa. Estuvieron siempre en vela, para que la venida del esposo no las cogiese de improviso. Contaban mucho sobre su bondad; mas por lo propio se esmeraron tanto en complacerle. Una confianza fatua siempre engaña, porque siempre envida en falso.

Suélense abrigar ciertos vicios á la sombra de ciertas virtudes. No eres impío ni disoluto, pero eres tibio. Se vive con toda delicadeza y regalo: el amor propio y el mundo se entremeten á arreglar hasta las obligaciones de la Religion: sabes bien que no eres tan buen cris-

tiano como debieras: la devocion desfallece, la fe se entibia, la caridad está cási apagada: pues ¿quién sostiene nuestra esperanza? ¿No vive en una falsa seguridad el que está tranquilo en medio de tan constante tibieza?

Toda nuestra confianza debe fundarse en la misericordia de nuestro buen Dios: la vida y la muerte de Jesucristo deben alentarla; pero ¿hemos de sacar motivo de esta misma confianza para ser mas ingratos, menos piadosos, mas cobardes? Se falta á la obligacion; se niega ó se dificulta la obediencia á las divinas inspiraciones; se sirve á Dios con violencia ó de mala gracia, y en medio de eso todo el mundo se promete tener parte en sus favores. Si un criado se prometiera semejante liberalidad de un amo á quien en todo hubiese desobligado, ¿se diria que este hombre fundaba bien su confianza?

¡Ah, Señor! toda mi confianza la tengo colocada en Vos; pero de hoy en adelante no será, como hasta aquí, una confianza presuntuosa y falsa. Bien sé que no debo contar sino con vuestra infinita misericordia; mas no cerraré ya las puertas de ella con mis iniquidades. Conozco que nada he hecho hasta ahora, y que no me puedo fundar sino en vuestra bondad y en vuestra gracia: haced, Señor, que desde este mismo punto sienta los efectos de una y de otra.

JACULATORIAS.—Nunca estará mejor fundada mi confianza que cuando estribe en la perfecta obediencia á vuestra ley. (*Psalm.* CXVIII).

Persevera en la virtud, y espera en el Señor. (*Psalm.* XXXVI).

PROPÓSITOS.

1 El que mas beneficios espera de su príncipe, mas se esmera en servirle y complacerle. Seria el supremo punto del menosprecio y de la malignidad hacer empeño de injuriarle, aun cuando se cuenta mas con su bondad y con sus favores. Pues tal es á la letra el carácter de la falsa confianza. Mira bien si no te hallas en el caso. ¿Cuánto tiempo há que tu conciencia te está gritando á la conversion, á la reforma? ¿No es así que no piensas morir sin convertirte, sin ser mas regular, mejor cristiano, mas devoto? Haces la cuenta con la bondad y con la misericordia de tu Dios: esta sola confianza es la que te asegura contra los sobresaltos de una conciencia cargada de pecados, ó á lo menos contra los remordimientos de un corazon ingrato, y tantos años há rebelde á la divina gracia. Pero á tu parecer ¿estará bien cimentada esta confianza en medio de ese monton de ingratitudes y de culpas? Pues desde este mismo punto hazla menos

dudosa, haciéndola mas cristiana. Esperas que Dios te dará gracia para romper algun dia esos infelices lazos, pues hoy te convida con esa gracia; no la rehuses, ríndete á ella, y sé dócil á su soberano influjo. Apártate de esa ocasion; deja esa mala compañía; destiérrate de aquella casa; haz ánimo de no volver á ver mas á esa persona; evita esos escollos; escápate de esos peligros. Las cadenas mas fuertes, digámoslo así, se hacen pedazos por sí mismas, sin otra diligencia que la mudanza del corazon y la separacion de los objetos. Confias que con el auxilio de la divina gracia algun dia enmendarás esas costumbres; moderarás ese genio; corregirás esas faltas tan groseras; adquirirás esas virtudes; serás mas piadoso, mas concertado, mas ejemplar. Hoy te presenta Dios ese auxilio: pues ¿por qué no darás hoy principio á esa conversion, á esa reforma? A lo menos determina, nota, apunta en esta misma hora aquellos puntos que desde hoy han de ser el objeto de tu celo, sirviendo de materia al exámen particular que de hoy en adelante has de hacer un poco antes de comer. La ciencia de la virtud es ciencia práctica, y es menester descender en ella á cosas particulares.

2 El efecto comun de la falsa confianza es la inaccion y el amodorramiento. El Espíritu Santo nos amonesta, que aun de los pecados perdonados no hemos de estar sin miedo. Era una de las máximas de sán Ignacio, fundador de la Compañía de Jesús, que en las empresas difíciles debemos abandonarnos en las manos de Dios con tan perfecta confianza, como si todo el suceso hubiera de venir de lo alto por una especie de milagro; pero que al mismo tiempo debemos aplicar todos los medios posibles para su logro, como si este pendiera únicamente de nuestra industria. Toda tu confianza debe estar colocada en la gracia del Señor; mas ten cuidado de acompañar esta confianza con una perfecta obediencia á los divinos preceptos. Comienza siempre por la oracion; persevera en pedir, y ten una viva esperanza de que conseguirás lo que fuere mas conveniente para tu eterna salvacion. ¿Quieres arreglar tu conducta, y enmendar tus costumbres? ¿quieres domar las pasiones, y destruir ese vicio? Pues haz todos los dias á este fin alguna oracion, animado de una grande confianza; pero acompaña esta confianza y esta oracion de alguna mortificacion, de alguna penitencia. *Hoc autem genus dæmoniorum non ejicitur nisi in oratione et jejunio.* Porque este género de demonios no se lanza sino con la oracion y el ayuno. ¿Quieres conseguir esa gracia que tanto tiempo há estás pidiendo al Señor? Pues implora la proteccion de la santísima Vírgen por medio de alguna devocion

particular hecha en honra suya; frecuenta los Sacramentos; visita hoy los enfermos de la parroquia, ó los pobres del hospital; da alguna limosna, y ofrece todas esas buenas obras á este santo fin.

DIA X.

MARTIROLOGIO.

Santa Escolástica, vírgen, en el Monte Casino, hermana de san Benito, abad, el cual vió el alma de esta Santa, cuando se separó del cuerpo, volar al cielo en figura de paloma. *(Véase su vida en las de este dia).*

Los santos mártires Zótico, Ireneo, Jacinto y Amancio, en Roma.

Diez santos Mártires, soldados, en Roma en la via Lavicana.

Santa Sotera, vírgen y mártir, tambien en Roma, en la via Apia, la cual, segun escribe san Ambrosio, siendo de ilustre linaje, menospreció por Cristo los consulados y gobiernos de sus mayores, y rehusando sacrificar á los ídolos como se le habia mandado, fue abofeteada con extraño rigor por largo tiempo; y habiendo vencido otros diferentes tormentos, fue finalmente degollada, volando alegre á su esposo Jesucristo.

San Silvano, obispo y confesor, en Campaña.

San Guillelmo, ermitaño, en Malavales, diócesis de Sena. *(Véase su vida en las de este dia).*

Santa Austreberta, vírgen, en la diócesis de Ruan, esclarecida en milagros.

SAN GUILLELMO, ERMITAÑO Y CONFESOR.

Fue san Guillelmo hijo de los duques de Aquitania y condes de Pictavia, ilustrísimos por sangre, y poderosos en riquezas y Estados. Sucedióles Guillelmo como heredero, y vino á ser duque y conde como sus padres, los cuales le criaron en toda grandeza y regalo, y él de suyo era brioso y mal inclinado. Era muy alto de cuerpo, y tanto, que parecia gigante, y de tantas fuerzas, que no habia quien compitiese con él; y comia tanto, que bastara para ocho mancebos bien dispuestos y robustos. Gustaba mucho de las armas y pendencias; y cuando no habia guerra en que ocuparse desafiaba á los otros á pelear consigo. Fue muy vicioso y tan carnal, que como otro Herodes tomó por fuerza su mujer á un hermano suyo, y la tuvo tres años en su casa, y no sufria que ninguno le reprendiese y tachase lo que hacia. En la cólera era un fuego, en el perdonar de acero, y como una dura piedra para todo lo que era blandura y piedad. Vivia en aquel tiempo en su pobre y santo monasterio de Claraval el glorioso Bernardo, el cual oyendo la mala vida de Guillel-

mo y el escándalo que daba á sus pueblos y á todo el reino de Francia por ser príncipe tan esclarecido y puesto en los ojos de tantos, hizo oracion por él, y deseó mucho hablarle y reducirle al camino de la vida: mas no halló modo de hacer lo que deseaba, porque ni él queria salir de su rincon y santo recogimiento, ni podia enviar á llamar al duque Guillelmo, porque siendo tan libre y desbaratado como era, no se dignaria de venir á Claraval. Pero andando el tiempo Dios Nuestro Señor abrió camino para que san Bernardo hablase al Conde, con la ocasion que aquí diré.

Despues de la muerte de Honorio II, sumo pontífice, fue elegido en su lugar Inocencio II de este nombre: opúsosele un cardenal, caballero romano principal, llamado Pierleon, el cual tomó por nombre Anacleto, y causó un peligroso cisma en toda la Iglesia católica, porque unos seguian y obedecian á Inocencio, que era el verdadero papa, y otros á Anacleto, que era antipapa, y con violencia habia usurpado la Silla apostólica. Hízose en Francia un concilio para averiguar esta verdad, y fue llamado á él por su grande autoridad y opinion de santidad y prudencia el bienaventurado Padre san Bernardo; y todo el concilio puso en sus manos aquel negocio, y por su declaracion y sentencia recibió por papa y vicario de Cristo á Inocencio, sin que hubiese persona en todo aquel concilio que se opusiese á tal declaracion; y así fue obedecido en todo el reino de Francia. Solo Guillelmo, parte por su mala condicion, y parte por persuasion de un mal obispo, tomó las partes de Anacleto, y le favoreció, y persiguió á todos los que tomaron la voz de Inocencio. Por esta ocasion fué el santo Abad á Poitiers; y estando en un convento de su Órden, que allí se habia fundado, envió á rogar á Guillelmo que se dejase hablar, y él vino á san Bernardo; el cual ni con blandura, ni con severidad, ni con ruegos, ni con amenazas de la ira de Dios pudo alcanzar del Duque lo que pretendia, y así se volvió á su recogimiento triste y desconsolado, porque el mal de Guillelmo le atravesaba el corazon, y el verse en su celda le alegraba. Pero no pudo reposar mucho en ella, porque enviando el papa Inocencio por legado suyo á Aquitania á Gaufrido, obispo Carnotense, para remediar los daños que el duque Guillelmo en aquella provincia hacia contra la Iglesia y contra los obispos, prelados y eclesiásticos, llevó á san Bernardo en su compañía, y á otros muchos obispos y religiosos para tratar de comun acuerdo lo que con un hombre tan terrible, fiero y poderoso se habia de hacer. Habló la segunda vez el santo Abad; y aunque le persuadió que daria la obediencia á Ino-

cencio, nunca le pudo persuadir que restituyese los obispos que tenia desterrados, porque decia que le habian ofendido, y que él habia jurado de no perdonarlos jamás. Como el Santo vió tan duro y empedernido al Duque, entróse en la iglesia á hacer oracion por él y á decir misa, y tomó el santísimo Sacramento sobre la patena, y salió á la puerta de la iglesia donde estaba el Duque, porque no podia entrar en la iglesia por estar excomulgado. Allí le habló el santo Abad, teniendo á Jesucristo nuestro Salvador en las manos, con tan grande imperio y espíritu del cielo, que el Duque cayó en el suelo, y postrado á los piés de san Bernardo hizo todo lo que le mandó, como mas largamente lo escribimos en su vida. El Santo se volvió á Claraval dejando asombrado y atónito al Duque, pero mas tratable y blando. Y el Señor, que de gran pecador le queria hacer gran santo, y de Saulo Paulo, le miró desde el cielo con ojos de piedad, y con los rayos amorosos de su divina luz fué penetrando poco á poco el corazon del Duque, despidiendo las tinieblas que le ofuscaban, alumbrándole y encendiéndole á hacer penitencia de sus pecados gravísimos, y convertirse de veras al Señor. Hizo esta resolucion Guillelmo; y para acertar lo que habia de hacer, deseó tomar algun varon espiritual y prudente por maestro que le enseñase, y aun se inclinaba á ponerse en manos de san Bernardo; pero por estar léjos, y parecerle que le habia ofendido mucho, lo dejó, y se fué á otro solitario que moraba allí cerca, y era hombre sin letras y simplicísimo, pero tenido por santo, el cual, cuando vió á Guillelmo que le venia á buscar, sabiendo los males innumerables que habia hecho contra la Iglesia, tuvo temor que no viniese por mal; y así le riñó y reprendió mucho, diciendo que era tirano, cruel y una fiera infernal; que no le tentase, sino que se volviese á Dios é hiciese penitencia de sus pecados; y por mas que Guillelmo le dijo que para esto venia aparejado á seguir su consejo y hacer lo que él le dijese, nunca el solitario quiso aconsejarle, temiendo ser de él engañado; pero remitióle á otro santo viejo, hombre docto y experimentado que vivia allí cerca. No se alteró el Duque, ni se embraveció con el desvío y sequedad del solitario, porque estaba ya herido de Dios; antes se fué á buscar con mucha humildad y paciencia al otro siervo del Señor, el cual le recibió benigna y amorosamente, porque habia tenido revelacion de Dios de la venida del Duque, y á lo que venia: y despues que entendió de él sus buenos propósitos, y le confirmó en ellos haciéndole las caricias que pudo, le dijo que se volviese á su casa, y que no descubriese á nadie sus intentos,

porque el descubrirlos suele ser muy peligroso para los que comienzan y quieren servir al Señor ; y que despues, vestido de sus armas, volviese á él en el mejor caballo que tenia en su caballeriza. Todo lo hizo Guillelmo como el santo viejo se lo mandó : volvió muy bien armado como si fuera á la guerra, y muy bien á caballo, y halló á su maestro y consejero, y con él á un herrero con todos los instrumentos de su arte, que el mismo Santo habia hecho traer. Despues de haber oido á Guillelmo, él con grande severidad y con un espíritu del cielo le puso delante los males gravísimos que habia cometido, las penas del infierno que merecia por ellos, y que Dios le habia guardado por su misericordia para que satisfaciese en esta vida por ellos dignamente, y que para esto era necesario que á la medida de la culpa fuese la penitencia ; porque algunos, dijo, se engañan gravemente pensando que con cualquiera penitencia purgan los pecados abominables y detestables que cometieron ; y no menos los sacerdotes que los dejan con este engaño ir al infierno. Mejor es que pagues lo que debes á Dios en esta vida, que no en la otra con fuego eterno. Pues para esto toma mi consejo, y entiende que el ayuno doma la carne, y la oracion sana el alma, y la limosna vale para todo. Por esto vende todo lo que tienes, y dalo á los pobres, y vístete de esta loriga de hierro que tengo aquí aparejada, y tráela todos los dias de tu vida, y con los piés descalzos vé al Papa, y échate á sus piés para que te perdone y absuelva de la excomunion con que estás encadenado, y quite el escándalo que has dado al mundo. De la oracion no te digo nada ; porque confio en Dios que con el tiempo la uncion del Espíritu Santo te enseñará lo que en ella y en las demás cosas debes hacer.

Bien se vió que no hablaba el viejo, sino Dios por él, que habia inflamado ya á san Guillelmo de tal manera en su amor, que aceptó aquella tan rigurosa penitencia, como si un Ángel por órden del Señor se la hubiera traido del cielo. Allí mismo se desnudó, y por manos del solitario y del herrero se vistió aquella loriga de hierro sobre sus carnes, y se la aferraron con diez cadenas tan fuertemente, que no se pudiese con el tiempo quitar ; y sobre la loriga le echaron un áspero cilicio, y en la cabeza un morrion de hierro ; y con estas armas vestido volvió á su casa, y dió todo lo que pudo á los pobres, y descalzo y á pié se fué en busca del Sumo Pontífice, que á la sazon era Eugenio III, discípulo de san Bernardo, y habia venido de Roma á Francia, y celebrado concilio en Reims, y en él excomulgado de nuevo y anatematizado á Guillelmo como rebelde y pertinaz, no

sabiendo que Dios Nuestro Señor le habia tocado el corazon, y que ya estaba arrepentido. En esta coyuntura se presentó el Duque en aquel hábito de penitente, descalzo, al Papa, y se postró á sus piés, y con los ojos bajos y llorosos, y con el rostro vergonzoso y humilde, comenzó á pedirle perdon, encareciendo sus grandes maldades, y suplicándole que se las perdonase; pues Dios es tan misericordioso, y era su vicario en la tierra. Espantóse el Papa cuando vió un hombre de tan alta estatura á sus piés sin conocerle; y preguntóle quién era. Cuando oyó de él que era Guillelmo, duque de Aquitania, mucho mas se maravilló, temiendo no fuese algun fantasma, ó que el demonio hubiese tomado aquella figura para engañarle, y díjole: Yo no sé quién eres, porque al duque Guillelmo no le conozco de vista; pero si tú no eres el que me dices, y me has querido engañar, mira no caiga sobre tí la maldicion de Dios: y si eres el Duque, como dices, ¿por qué te finges penitente? ó, ¿cómo quieres que crea que estás arrepentido de las maldades y delitos que has cometido contra su Iglesia, sembrando cisma en ella, y escandalizando al mundo, y tomando su propia mujer á tu hermano? Bien sé que Dios es todopoderoso, y que puede convertir las piedras en hijos de Abrahan, y de lobos hacer corderos; pero hasta ahora no sé que lo haya hecho en tí: no lo creeré hasta que vea otras señales de mayor penitencia. Véte de mi presencia, porque yo no sé qué hacerme contigo, ni sé quién eres. No se turbó Guillelmo con esta severa respuesta, antes se humilló mas, y con los ojos bajos y con la voz temblando, dijo: que bien conocia que sus pecados merecian mayor castigo, y que para satisfacer por ellos habia venido á Su Santidad, y que le suplicaba que le echase su bendicion; porque si no la alcanzaba, le protestaba que el sumo pastor Jesucristo, cuyo vicario él era en la tierra, le pediria cuenta de su alma como de oveja perdida. Entonces el Sumo Pontífice le respondió mas blandamente, y le remitió al patriarca de Jerusalen, que era varon santo y prudente, dándole todas sus veces para que hiciese con Guillelmo todo lo que le pareciese ser necesario para bien de su alma. Consolóse con esta respuesta Guillelmo, y besando el pié al Papa, fué á Jerusalen, y dió cuenta al Patriarca de su ida. El Patriarca, además de ser varon perfecto, prudente y de gran consejo, era hijo de un criado antiguo de Guillelmo, á quien él por sus buenos servicios habia hecho grandes mercedes; y el Patriarca, sabiendo esto, como buen hijo deseaba agradecer á san Guillelmo, y servirle por lo que habia hecho por su padre; y así juntándose la piedad y amor de Dios con este recono-

cimiento y gratitud, el Patriarca, despues de haber hecho gracias al Señor por haber alumbrado y trocado el corazon de Guillelmo tan poderosamente, y suplicándole que llevase adelante lo que habia comenzado, y le diese perfeccion, abrazó al Duque con entrañas de verdadero padre, y le acarició y regaló, y quiso tenerle en su casa; pero el Duque no lo consintió, antes le pidió que mandase hacer en una cueva que estaba allí cerca de su casa un aposentillo á manera de choza, en el cual se encerró, y estuvo nueve años con grande aspereza y rigor de vida; porque su casa era aquella pobre celda, su comida un pedazo de pan negro, su bebida un poco de agua, su vestido la loriga y el cilicio, su cama el suelo, su cabezal una piedra, y por cobertor el techo; y con todo esto estaba mas seguro y mas alegre que cuando era señor y poderoso, é iba vestido de oro y seda. Pasaba muchas noches enteras en oracion, y lloraba amargamente sus pecados: heria su pecho, y hacia una vida que parecia mas de un hombre venido del cielo que no de tan gran pecador como él habia sido, ó de hombre mortal; y así el Señor comenzó á regalarle y á enviarle Ángeles que á menudo le visitasen, amonestasen y consolasen.

Mas estando él ocupado en tan santos ejercicios, y olvidado de su tierra, grandeza y Estados, sus deudos, amigos y vasallos no lo estaban de buscarle y saber dónde estaba. Para esto hicieron muchas y grandes diligencias, enviando por muchas provincias, por mar y por tierra, hombres que le buscasen; y, finalmente, sabiendo de algunos peregrinos que volvian de Jerusalen que estaba en aquella santa ciudad, fueron allá muchos de sus deudos y amigos; y hallándole en aquella cueva y traje tan vil y penitente, le quisieron persuadir que en todo caso se volviese á su casa, y dejase aquel desatino, que así le llamaban, y aquella manera de vida tan loca que habia comenzado, pues era sobre sus fuerzas, y no la podia llevar adelante, y tenia edad para poder gozar de sus Estados, y hacer bien á muchos, y librar á sus vasallos de los agravios que sus enemigos les hacian, y remediar á los pobres, consolar á las viudas, amparar á los huérfanos, y reprimir á los insolentes que en su ausencia robaban los pueblos, y destruian las iglesias, y hacian todo lo que querian. Oyó san Guillelmo los silbos de las serpientes, y no los escuchó; porque determinó cerrarles las orejas, y para librarse de ellos salirse secretamente de donde estaba, é irse á otra parte donde le guiase Dios, y así lo hizo; pero permitió Nuestro Señor que el demonio de allí adelante le tentase mas fuertemente, y que las pala-

bras que sus parientes y amigos le habian dicho, y él habia desechado, se le pegasen en el corazon representándosele lo que habia dejado, y lo que al presente tenia; y deteniéndose en estos pensamientos mas de lo que debiera, se comenzó á entibiar y á trocar el corazon, y aficionarse á la vida pasada, y á no estar tan firme en su primer propósito; y esta tentacion permitió Dios para que mas se humillase y mejor entendiese su flaqueza, y que toda su fortaleza le venia de arriba.

Partióse de Jerusalen, y vino á Italia, y pasando por el Estado de Luca halló que los luqueses hacian guerra contra algunos vecinos suyos, y que tenian cercada una fortaleza, y no la podian tomar: y como Guillelmo era tan valeroso y experimentado soldado, y venia ya tibio, como dijimos, en su propósito, se dejó de decir que aquellos capitanes que allí estaban no sabian lo que se hacian, y que si aquel negocio estuviera en su mano, muy presto lo acabara, y con feliz suceso. Entendieron esto los gobernadores de aquella empresa: hablaron con Guillelmo, rogándole que se encargase de ella, y él prometió de hacerlo, y se armó y apresto, y puso en órden. En este punto Dios Nuestro Señor se apiadó de él, y para alumbrar su alma le quitó la vista corporal. Abrió los ojos de la carne, y hallóse ciego: abrió los del alma, y conoció su pecado, y lloróle, y pidió perdon á Nuestro Señor, y suplicóle que le restituyese la vista; porque él le prometia volver al estandarte de la cruz que cási habia dejado, y de militar debajo de él hasta la muerte. «Abrid, dijo, Señor, vues«tros ojos, y mirad mi desconsuelo; y abrid mis ojos para que yo «vea vuestra consolacion.» Luego cobró la vista; y avisando á los gobernadores que le habian hablado que él era un pobre hombre que pretendia servir á Dios, y que no le era lícito tratar las armas, se despidió de ellos, y tomó otra vez el camino para Jerusalen. Entró en el mar, y navegando fue preso de los corsarios sarracenos, los cuales, viéndole sin armas, pobre y desnudo, luego entendieron que debia ser algun cristiano penitente: tentáronle, y descubriéronle la loriga que traia á raíz de las carnes, y se la quisieron quitar, pero no pudieron, por estar aferrada con aquellas cadenas que se dijo arriba, y así le dejaron: y llegando á Jerusalen volvió á su estrecha y antigua morada, donde de nuevo fue asaltado de los enemigos domésticos, parientes y amigos suyos, que con todas las máquinas y artificio que pudieron le pretendieron derribar y hacer volver atrás, para que habiendo salido de Sodoma se volviese en estatua de sal como la mujer de Lot; pero como él estaba ya mas

escarmentado, cerró las orejas como áspid sordo á las voces de los encantadores; y, por librarse de ellos, despues de haber estado allí otros dos años continuos secretamente, sin ser sentido, se fué á una soledad que estaba allí cerca, para vivir como ermitaño sin ser de nadie conocido. En esta soledad estuvo algun tiempo ocupado en oracion y meditacion, en aspereza y penitencia, mortificando su carne con aspereza, y recreando su espíritu con el aliento y favor del cielo. Mas como el santo varon estaba temeroso de sí por lo pasado, y conocia su flaqueza, y juzgaba que tenia necesidad de quien le ayudase y diese la mano; movido del Señor, se determinó á venir á España para visitar el cuerpo del glorioso apóstol Santiago, su patron.

Vino, y fue muy regalado del Señor por intercesion de su santo Apóstol; y habiendo estado algunos dias ocupado en aquella santa devocion, y sido tratado con mucha caridad de algunas personas siervas de Dios que allí estaban, volvió á Italia, y en el territorio de Pisa, en un bosque que se llamaba Liballia, se entró en una cueva espantosa, donde se le llegaron algunos compañeros y edificaron un hospital para recogimiento de los pobres. Pero poco despues los religiosos que se le habian llegado se cansaron de él, porque no les hablaba sino de Dios, y su vida les parecia inimitable, y así comenzaron á maltratarle y perseguirle. Por esto él, encomendando el hospital á uno de ellos que era buen hombre, y se llamaba Pedro, los dejó, y se fué á otro monte llamado de Pruno, y en una selva muy espesa armó una choza para servir apartado al Señor; aunque como la fama de su santidad se esparció por toda aquella tierra, vinieron muchos á buscarle para vivir debajo de su obediencia y ser enderezados por sus santos consejos á la perfeccion: mas tampoco esta vez le faltó que padecer con ellos.

No pudo el demonio disimular mas su ira; y permitiéndolo así Nuestro Señor para mayor merecimiento y corona de su siervo, determinó de hacerle guerra por otro camino, pues los que hasta ahora habia tomado no le habian aprovechado. Estando, pues, una noche solo en su recogimiento, puesto en una fervorosa oracion y contemplacion de Dios, vino una gran multitud de demonios á él con gran ruido y tropel en varias figuras y horribles formas de caballos, de leones, tigres, osos, serpientes y otras bestias fieras dando bramidos, y cada una con su sonido propio queriéndole espantar: parecia que aquellos demonios infernales hundian todo aquel campo: cercaban por todas partes la cabeza del Santo, y comenzaron entre

si á pelear como hombres armados; y uno de ellos, tomando la figura de su mismo padre, con voz clara y serena comenzó á hablarle y exhortarle con muchas y amorosas palabras, que se compadeciese de su vejez, obedeciese, y dejase aquella triste y desventurada vida y se volviese á gozar de la que antes tenia, pues en ella podia servir á Dios, y hacer bien á muchos, y asegurar su salvacion; y como el Santo estuviese fuerte, y los demonios viesen que no se movia ni respondia, juzgando que hacia poco caso de ellos, entraron con gran furia, y le sacaron arrastrando de su choza, dándole muchos golpes, y maltratándole de manera, que le dejaron quebrantado y cási muerto, que apenas podia resollar. Mas el Señor no se olvidó de su soldado, aunque parecia que (como á otro san Antonio abad) le habia dejado á solas pelear con aquellos mónstruos infernales. Luego aparecieron tres doncellas hermosísimas vestidas de inmensa claridad, y entre ellas la que con mayor resplandor y majestad venia habló á Guillelmo muy dulcemente, exhortándole á fortaleza y perseverancia; y esta fue la Reina del cielo y Vírgen María Nuestra Señora, y las otras dos vírgenes encendieron fuego, y le calentaron, y le untaron con los ungüentos preciosos y aromáticos que traian; y con esto y con la vista de la Vírgen quedaron sanas las llagas y el cuerpo de san Guillelmo, y con sus palabras se recreó y refocilló su espíritu y confianza en sus mismas tentaciones y trabajos con esta Señora, teniéndola por su único amparo y refugio. No paró aquí el demonio; antes viendo que por sí mismo no habia podido vencer á san Guillelmo, pretendió derribarle por medio de los hombres, ministros suyos. Comenzó, pues, á tentar los religiosos que con él estaban, y á instigarlos y encenderlos contra él para que anduviesen amargos, descontentos y desabridos, y con palabras y obras, y con agravios é injurias se lo mostrasen; y ellos lo hicieron tan desatinadamente, que obligaron al Santo á dejarlos y volverse á aquel bosque de Liballia, donde antes habia estado y edificó aquel hospital. Pero aquí no menos le persiguieron con baldones y afrentas los otros religiosos; y él, viéndose combatido en todas partes, y hallándose flaco y enfermo, no sabiendo qué camino tomar ni á dónde ir para tener paz y quietud, oyó una voz del cielo que le mandó que fuese á un monte llamado Petricio, cerca de un pueblo llamado Castéllon, donde estuvo algun tiempo en casa de unos casados, personas virtuosas que le recibieron en ella con grande devocion y caridad. Y como un dia se hallase el Santo, por los muchos ayunos, gran calor y récio dolor de su cuerpo, cási consu-

mido y desmayado, y pidiese á su huésped que le aparejase alguna cosa que comiese para que no falleciese, y ella por estar con una fuerte calentura no lo pudiese hacer, el Santo hizo oracion á Dios suplicándole que la sanase; y ella luego sanó, y le aparejó lo que habia menester, y despues le sirvió todos los dias de su vida. Mas con este milagro quedó Guillelmo tan confuso y tan temeroso de la gloria vana y aura popular, que por no ser estimado se fué de allí á un valle que se llamaba *Stabulum Rhodis*, inculto y desierto, y ahora se llama Malavales, y está en el territorio de Sena, como lo notó el cardenal Baronio en las Anotaciones sobre el Martirologio á los 10 de febrero, donde con la limosna y diligencia de algunas personas honradas y devotas se le hizo una habitacion pobre y vil en que estuvo hasta el fin de su vida, la cual fue tan excelente y tan adornada de todas las virtudes, que parecia hombre no humano, sino divino; y las mismas fieras y serpientes le reverenciaban, y se postraban á sus piés y los lamian, y hacian todo lo que les mandaba.

Habiendo, pues, vivido en este lugar un año y medio en su acostumbrada y rigurosa penitencia y santa vida, entendió por la disposicion de su cuerpo, y no menos por los afectos y ansias de su bendita alma, que se llegaba el tiempo en que el Señor le queria llevar para sí; y aunque estaba tan aparejado para aquella hora, recibió los Sacramentos de mano de un sacerdote que para esto vino de Castellon, y dió su espíritu en manos de aquel Señor que para tanta gloria suya le habia criado; y para descubrir mas en Guillelmo el tesoro riquísimo é inestimable de su misericordia y clemencia, fue cosa maravillosa que al tiempo que espiró, su rostro, que por la aspereza y penitencia extremada estaba pálido, mortecino y consumido, súbitamente resplandeció, y con una nueva claridad quedó muy hermoso; y así como en vida parecia muerto, así en muerte parecia vivo. Sepultaron su cuerpo el sacerdote y un discípulo suyo llamado Alberto en un huerto que el mismo Santo solia cultivar por sus manos. Fue su muerte á los 10 de febrero del año del Señor, segun el cardenal Baronio, de 1156, y despues se labró una iglesia y monasterio donde hoy dia está su sepulcro, y estuvo antes su cuerpo, aunque parte de él se trasladó á Castellon, que está como una legua de Malavales, y se colocó en la iglesia de San Juan Bautista. Ilustró Dios á san Guillelmo con muchos milagros en vida, y mas en muerte; porque los que acudian con devocion á su sagrado cuerpo, estando enfermos alcanzaban salud, los ciegos vista, los sordos

oido, los mudos lengua, los cojos piés, los mancos manos, los leprosos limpieza, y, finalmente, todos volvian consolados, haciendo gracias al Señor por las mercedes que les habia hecho, y al Santo por cuyos merecimientos se las habia hecho. Tuvo don de profecía, como lo mostró en la hora de la muerte consolando á Alberto, discípulo suyo, diciéndole que Dios le daria compañía antes que él partiese de esta vida, con la cual pudiese perseverar en aquel lugar, y así fue.

Los cronistas de la Órden del glorioso Padre san Agustin, y otros autores que escriben de la institucion y reformacion de las Religiones, dicen que san Guillelmo, cuya vida acabamos de escribir, fue fraile ermitaño agustino, y que con su santa vida y ejemplo, y con la diligencia y solicitud grande que puso, reformó la misma Órden del glorioso Padre san Agustin en muchas partes, especialmente en el reino de Francia, porque estaba muy caida y relajada en su tiempo; y que la reparó de tal manera, que en aquel reino y en otras partes los ermitaños se comenzaron á llamar los Guillelmistas, tomando el nombre, no de su autor, sino de su reformador; como la Órden del Cister le tomó del glorioso Padre san Bernardo por haber él ilustrado y amplificado la Órden del Cister: y que por la misma razon los mismos Padres ermitaños de san Agustin en Lombardía, y en otras partes de Italia, se llamaron Jambonitas por un santo varon llamado Juan Bueno, mantuano y fraile de su Órden, habiendo hecho en aquellas provincias lo que san Guillelmo habia hecho en Francia, y que en otras partes tenian otros varios nombres y diferentes hábitos, reglas y cabezas, hasta que Alejandro, papa IV, redujo á todos los ermitaños que estaban dispersos á una Órden, á una regla y á un hábito, que es el que ahora traen, y debajo de una cabeza y de un prior generalísimo, que fue superior de todos, como lo vemos ahora.

La vida de san Guillelmo escribió un discípulo suyo llamado Alberto que vivió mucho tiempo con él y se halló á su muerte. Tambien la escribió mas difusamente Teobaldo, obispo, en prosa, y la trae el P. Fr. Lorenzo Surio en el primer tomo de las Vidas de los Santos, y Cornelio Grafeo en verso: y los PP. Fr. Alonso de Orozco y Fr. Jerónimo Roman.

SANTA ESCOLÁSTICA, VÍRGEN.

Santa Escolástica, hermana de san Benito, nació en el territorio de Norcia, del ducado de Espoleto en Umbría, de una de las casas mas nobles de Italia. Así ella como su santo hermano fueron recibidos en el mundo como una especie de milagroso don con que el cielo le regalaba, porque habiendo vivido sus padres muchos años en el matrimonio sin tener hijos, al fin, con sus oraciones y limosnas, alcanzaron estos dos grandes modelos de la perfeccion religiosa.

Criaron á Escolástica con todo aquel desvelo que se podia esperar de una madre tan piadosa como la Condesa de Norcia. Persuadida esta virtuosísima señora que las primeras impresiones de los niños influyen mucho en lo restante de su vida, se aplicó principalmente á inspirar desde luego en su tierna hija aquellos grandes dictámenes de religion, aquel gran menosprecio de todas las vanidades, aquella grande estimacion de las máximas del Evangelio; en cuyo ejercicio halló únicamente todo su gusto y todas sus delicias.

Las santas inclinaciones de Escolástica, su devocion anticipada, su docilidad y su modestia, hicieron conocer presto á su madre que el cielo se la habia prestado no mas que como en depósito, y que ciertamente la tenia el Señor escogida para esposa suya.

Con efecto, declarándose desde luego enemiga de aquellos entretenimientos pueriles, y de aquellas ligeras diversiones que cási nacen con los niños, no habia para Escolástica otro entretenimiento de mas gusto que hacer oracion á Dios, y oir con suma docilidad las prudentes y saludables instrucciones de su virtuosa madre.

Era tenida por una de las damas mas hermosas de su tiempo. Su calidad, y los ricos bienes que habia heredado con el retiro de su hermano y con la muerte de sus padres, la hicieron ser pretendida de los mayores señores de toda Italia; pero mucho antes habia renunciado á las mas lisonjeras esperanzas del mundo, consagrándose á Dios desde su infancia con voto de perpétua castidad.

No obstante ser de un genio vivo, espiritoso y brillante; de un natural dulce, blando y amigo de complacer; de un aire garboso, despejado, capaz de arrebatarse las admiraciones y los aplausos, toda su inclinacion era al retiro. Para ella no tenian las galas particular atractivo: mirábalas con indiferencia, y aun con desprecio. Habíasela impreso altamente en el alma la importante leccion que muchas veces la repetia su buena madre: conviene á saber, que los ador-

nos postizos, por ricos, por brillantes que fuesen, no eran capaces de dar un grado de mérito; que el mayor y mas apreciable elogio de una doncella era el poderse decir de ella con verdad que era modesta y piadosa.

Nacida con tan bellas disposiciones para la virtud, criada con máximas tan cristianas, y nutrida en los mas santos ejercicios de la caridad y de la devocion, hacia Escolástica maravillosos progresos en el camino del cielo, siendo en el mundo el ejemplo y la admiracion de las mas santas doncellas, cuando se supo en la familia el partido que habia abrazado san Benito, y las maravillas que ya se contaban de él en toda la universal Iglesia.

Á nadie edificó mas, ni movió tanto la generosa resolucion de su hermano, como á nuestra piadosísima Escolástica, que despues de la muerte de sus padres vivia aun con mayor recogimiento en el retiro de su casa. Considerando que la perfeccion evangélica que profesaba san Benito igualmente se proponia á todos los Cristianos; que no era ella menos interesada que él en trabajar eficazmente en el negocio importante de su eterna salvacion, y en tomar todas las medidas para ser una gran Santa, distribuyó sus bienes entre los pobres, y, acompañada únicamente de una criada de su confianza, se partió en secreto en busca de su hermano.

Habia algunos años que san Benito, dejando el desierto de Subiaco, despues de echar por tierra los ídolos, y abolir el paganismo en el Monte Casino, habia fundado aquel célebre monasterio que fue como la cuna de la vida monástica en el Occidente, y como el seminario de aquel prodigioso número de Santos que pueblan el cielo, y son brillante inmortal honor de la militante Iglesia.

Teniendo noticia san Benito que ya estaba cerca su santa hermana, salió de la celda; y temiendo que traspasase los límites que habia señalado, fuera de los cuales no habia permiso para entrar mujer alguna de cualquiera condicion que fuese, se adelantó á recibirla, acompañado de algunos monjes, y la habló fuera de la clausura.

Fácil es de imaginar cuál seria la primera conversacion de aquellas dos santas almas, prevenidas desde la cuna con las mas dulces bendiciones del cielo, y abrasadas ambas con el fuego del divino amor. San Benito confió á su hermana parte de las gracias y de las maravillas con que Dios le habia favorecido, y Escolástica le respondió á san Benito declarándole los extraordinarios favores con que el Señor la habia colmado.

Mientras los dos santos hermanos se estaban dulcemente entreteniendo con las misericordias que habian recibido del Señor, es fama que se vieron coronados de una luz resplandeciente, y que se sintieron penetrados de una gracia interior que obró grandes cosas en sus almas, dándoles á conocer los intentos de la divina Providencia, que destinaba á uno y á otro para que trabajasen sin intermision en la salvacion y en la perfeccion de las personas que determinaba confiar á su cuidado. Durante estas celestiales operaciones declaró santa Escolástica á su hermano el ánimo que tenia de pasar lo restante de su vida en una soledad no distante de la suya, suplicándole quisiese ser su padre espiritual, y prescribirla las reglas que habia de observar para el gobierno y aprovechamiento de su alma.

Consintió en ello san Benito, porque el cielo le habia revelado la vocacion de su hermana; y habiendo hecho fabricar una celda, no léjos del monasterio, para ella y para su criada, las dió poco mas ó menos las mismas reglas que habia dispuesto para sus monjes.

La fama de la eminente santidad de esta nueva fundadora atrajo desde luego un gran número de doncellas que, entregándose á su gobierno y al de san Benito, se obligaron como ella á guardar la misma regla.

Puédese hacer juicio de la soledad, del fervor y de la austera vida de esta ilustre colonia de esposas de Jesucristo por el prodigioso número de grandes Santas que dió al cielo este admirable instituto, siendo santa Escolástica y sus compañeras los primeros modelos que tuvieron en la tierra.

Ocupadas únicamente en el cuidado de agradar á Dios, olvidaron bien presto hasta la memoria de las criaturas. Su ordinario ejercicio de dia y de noche era la oracion; el silencio era perpétuo; el ayuno poco interrumpido: celda, muebles, comida y vestido todo respiraba pobreza evangélica y penitencia.

Tal fue el nacimiento y el orígen de aquella célebre Órden tan dichosamente extendida, que llegó á contar hasta catorce mil monasterios de vírgenes propagadas por todo el Occidente, habiéndose visto con admiracion tantas ilustres princesas venir á sepultar en la oscuridad de un velo los mas brillantes resplandores del mundo; y viéndose cada dia tantas nobilísimas doncellas distinguidas por su elevado nacimiento, y por el conjunto de sus singulares prendas, que á ejemplo de santa Escolástica prefieren la cruz de Jesucristo al aparente lustre y engañoso fausto mundano, y á los mas halagüeños tentadores gustos de la vida.

Habiendo recibido santa Escolástica la regla para vivir que la dió su hermano san Benito, todo su pensamiento y toda su ocupacion en adelante fue dar todo el lleno á la alta idea de perfeccion á que era llamada. Aunque su vida habia sido hasta entonces austera y penitente, dobló sus rigores: apenas interrumpia jamás el recogimiento interior, y su oracion era continua. La tierna devocion que desde la cuna habia profesado siempre á la Reina de las Vírgenes creció hasta lo sumo, hallando nuevo aliento en la dulce confianza con esta amabilísima Madre. Encendióse con tanta vehemencia el fuego del amor de Dios, que apenas podia contener los divinos ardores que la abrasaban.

Nunca hizo voto de clausura; y con todo eso la guardó siempre con la mayor estrechez. Solo se reservó el derecho de ir una vez al año á visitar á san Benito, asi para darle cuenta de su comunidad, y de lo particular de su alma, como para recibir sus órdenes, y aprovecharse de sus consejos. No queria permitir san Benito que llegase hasta su monasterio, y así la salia él mismo á recibir, acompañado de algun monje, á un sitio perteneciente al mismo monasterio, y no distante de él. Allí concurrian los dos Santos como dos ciudadanos del cielo forasteros en la tierra, entreteniéndose únicamente en las cosas divinas, y ayudándose recíprocamente á perfeccionarse en los caminos del Señor.

Noticiosa nuestra Santa, segun todas las señas, del dia de su muerte, vino á hacer su última visita anual á su santo hermano. Despues de haber cantado los Salmos, y de haber conversado, como lo acostumbraban, sobre varias materias de piedad, se despidió san Benito para restituirse al monasterio; pero la Santa le rogó la hiciese el gusto de detenerse hasta el dia siguiente, para lograr el consuelo de hablar mas de espacio sobre la bienaventuranza de la vida eterna. Negóselo Benito resueltamente, y entonces bajando un poco la cabeza nuestra Escolástica, y apoyándola sobre las manos, se recogió interiormente, haciendo una breve oracion. Apenas la acabó, cuando el aire, que estaba claro, sereno y despejado, se turbó de repente. Fraguóse una tempestad de relámpagos y truenos, acompañados de una lluvia tan copiosa, que no fue posible ni á Benito, ni á los monjes que le acompañaban, salir para volverse al monasterio. Quejóse el Santo amorosamente á su hermana; pero ella se justificó con lo que hacia el cielo en defensa de su razon y de su causa. San Gregorio, que refiere este suceso, representa una grande idea de la virtud y del mérito de santa Escolástica, resolviendo que la victoria

en aquella piadosa contestacion se declaró por la que tenia un amor de Dios mas perfecto y mas fuerte.

Habiéndose restituido nuestra Santa el dia siguiente por la mañana al lugar de su retiro, murió con la muerte de los justos tres dias despues.

En el instante en que espiró se hallaba solo san Benito en su acostumbrada contemplacion, y levantando los ojos, dice san Gregorio que vió el alma de su santa hermana volar al cielo en figura de una cándida paloma. Inundado de alegría á vista de la dicha que gozaba su amada Escolástica, dió parte á sus discípulos, y todos rindieron al Señor humildes y devotas gracias. Envió despues á algunos monjes para que condujesen el santo cuerpo á Monte Casino; pero fue preciso conceder á sus hijas el justo consuelo de tributar las últimas honras á su buena madre por espacio de tres dias, despues de los cuales se trasladó aquel precioso tesoro á la iglesia del monasterio, y san Benito le hizo enterrar en la sepultura que tenia destinada para sí. Murió santa Escolástica por los años del Señor de 543, cerca de los sesenta de su edad.

Estuvo el cuerpo de la Santa en Monte Casino hasta la mitad del siglo VII, en que, habiendo arruinado los longobardos aquel famoso monasterio, fueron trasladadas á Mans las preciosas reliquias, donde son honradas con extraordinaria devocion. El año de 1562 se apoderaron los Hugonotes de la ciudad de Mans: mataron inhumanamente á los sacerdotes, pusieron fuego á las iglesias, profanaron los vasos sagrados, llevaron las arcas, cajas y relicarios preciosos donde estaban colocadas las reliquias ó depositados los cuerpos santos, despues de sacar estos, y aquellas arrojándolas por el suelo; y cuando iban á ejecutar lo mismo con las de santa Escolástica para quemarlas, se apoderó de ellos un terror pánico que les obligó á huir precipitadamente sin descubrirse el motivo, lo que se atribuyó generalmente á su poderosa y singular proteccion, y no contribuyó poco á aumentar la devocion de los pueblos.

La Misa es en honra de santa Escolástica, y la Oracion es la que se sigue:

Deus, qui animam beatæ virginis tuæ Scholasticæ, ad ostendendam innocentiæ viam, in columbæ specie cœlum penetrare fecisti: da nobis ejus meritis et precibus, ita innocenter vi-

Ó Dios, que para manifestar el camino de la inocencia, hiciste volar al cielo en figura de una cándida paloma el alma de tu vírgen santa Escolástica; concédenos por sus méri-

vere, ut ad æterna mereamur gaudia pervenire. Per Dominum nostrum Jesum...

tos y ruegos, así vivir tan pura é inocentemente, que merezcamos alcanzar los eternos gozos de tu gloria. Por Nuestro Señor Jesucristo...

La Epístola es del capítulo X *y* XI *de la segunda del apóstol san Pablo á los Corintios.*

Fratres: Qui gloriatur in Domino glorietur. Non enim qui seipsum commendat, ille probatus est: sed quem Deus commendat. Utinam sustineretis modicum quid insipientiæ meæ, sed et supportate me. Æmulor enim vos Dei æmulatione. Despondi enim vos uni viro, virginem castam exhibere Christo.

Hermanos: El que se gloria, gloríese en el Señor; porque no es digno de aprobacion el que se recomienda á sí mismo, sino aquel á quien recomienda Dios: ojalá suportárais algun tanto lo que os parezca imprudencia mia. Pero dispensadme, pues estoy lleno de santa emulacion en Dios por vosotros, porque he prometido á Jesucristo presentaros á él santos, como una vírgen casta á su único esposo.

REFLEXIONES.

¿De qué podemos gloriarnos? ¿Qué somos? ¿Qué tenemos nosotros que no nos humille poderosamente? Corrupcion en el corazon, tinieblas en el entendimiento, miserias en el cuerpo. ¿Qué inclinacion mas rápida, mas vehemente á todo lo malo? ¿Qué dificultad en convertirnos á todo lo bueno? ¿Qué manantial inagotable de miserias? ¿De qué puede engreirse el polvo y la ceniza, dice el Sábio? (*Eccli.* x). Habiendo sido criados del abismo de la nada, ¿qué hallamos en nuestro orígen que pueda lisonjear nuestro orgullo? Y si nos miramos mas de cerca, ¿nos encontrarémos por ventura menos contentibles? ¡Buen Dios! ¿qué puede hallar el hombre dentro de sí mismo que le lisonjee? Sus pasiones le tiranizan; su espíritu le atormenta; su amor propio se burla de él: encuentra su suplicio dentro de su mismo corazon. Ni hay que buscar motivos mas reales de gloria vana en la diferencia de las condiciones. El nacimiento y la muerte de los mayores príncipes ¿en qué se distingue de la muerte y del nacimiento del hombre mas vil y mas humilde? Y á la verdad, ¿de qué podemos gloriarnos? ¿Es acaso de ese espíritu, de ese ingenio brillante, de cuya posesion nos hacemos tanta merced? Los demonios tienen mas que nosotros. Fuera de que, ¿fuimos por ventura nosotros los artífices, los que nos fabricamos la delicadeza de nuestros órganos? ¡Ah! que un accidente, una calentura basta para embotar el ingenio mas agudo. ¿Es acaso de esa clase un poco mas

elevada, de ese tren un poco mas magnífico, de ese esplendor que nos rodea, de esos grandes bienes de fortuna que muy presto han de pasar á otras manos? ¡Ah! que todas esas exterioridades que deslumbran, todos esos ostentosos aparatos de la vanidad son títulos postizos que caen muy por defuera, que no producen ni un solo grado de verdadero mérito: de suerte que, hablando en todo rigor, no somos grandes, suntuosos, ricos, sino por via de empréstito. Apacentámonos con la idea de un mérito imaginario que en realidad no es mas que una hermosa ilusion de nuestro amor propio y de nuestro orgullo. Pero quiero suponer que poseamos alguna prenda apacible, algun talento. ¿Seria este legítimo motivo para tenernos por mas, para envanecernos? ¿Qué tienes, dice el Apóstol, que no hayas recibido? Y si lo recibiste, ¿de qué te glorias, como si fuera cosecha tuya, y como si no te lo hubieran dado graciosamente? ¿Qué gloria mas falsa que la que se funda en lo que está fuera de nosotros, y en lo que no ha de ser nuestro por toda la eternidad? Si nos queremos gloriar, gloriémonos en el Señor; no solo atribuyéndole toda la gloria del bien que hacemos por su gracia, sino estando muy persuadidos á que no hay gloria verdadera sino la que nace de la virtud: cualquiera otra, tenga el colorido, tenga la brillantez que quisiere, no es mas que un fantasmon, una apariencia de gloria. Pues el que se gloria, gloríese de ser siervo de Dios. Teme á Dios, dice el Sábio, y guarda sus mandamientos, que esa es la verdadera gloria, ese es el verdadero mérito, eso es todo el hombre. Alabarse uno á sí mismo, vanidad necia, prueba evidente de un cortísimo mérito, y de una pobreza de entendimiento aun mucho mas corta. Aun las alabanzas que otros nos dan no son menos vanas: la lisonja acompaña al interés, y la simulacion á la lisonja, fuera de que este incienso no produce mas que humo. Desengañémonos, que ni tenemos otro mérito, ni somos dignos de otra alabanza, sino en cuanto somos agradables á los ojos del Señor.

El Evangelio es del capítulo XXV *de san Mateo, pág.* 132.

MEDITACION.

De la pureza.

PUNTO PRIMERO.—Considera que el reino de los cielos se compara á las vírgenes, para darnos á entender la indispensable necesidad que tiene todo cristiano de vivir una vida pura. No se ha de creer

que la pureza es una virtud de mero consejo, es de riguroso precepto; y se puede añadir que es como la basa, como el cimiento de todas las demás virtudes. La caridad se apaga, la humildad desaparece, la devocion se evapora; hasta la misma fe titubea cuando falta la pureza. Ella da un bello y nuevo lustre á todas las virtudes, como al contrario, todas las desluce, todas las tizna la menor mancha que admita el alma en esta materia. Comprende por aquí la necesidad y el mérito de esta inestimable virtud.

Aunque hubieras amontonado tesoros infinitos de gracias y de merecimientos; aunque poseyeras el don de hacer milagros, la pérdida de la pureza arrastra tras sí la pérdida de todas estas gracias: todo cae con esta hermosísima flor. No se complace Dios sino con las almas puras: la menor mancha ofende su vista. Bienaventurados los limpios de corazon, dicè el Salvador del mundo, porque ellos verán á Dios.

No todos pueden dar limosna ni hacer grandes penitencias; pero todos, sean lo que fueren, pueden y deben ser castos. No se ha concedido á todos los cristianos el don de la virginidad; pero la castidad ha de ser indispensablemente la virtud favorecida, la mas amada de todos los cristianos. Nuestro divino Salvador, que sufrió se vomitasen contra su sagrada persona las mas feas calumnias, que le tratasen de embustero, de impío, de blasfemo, fue tan celoso del honor de su pureza, que en este punto no permitió á sus enemigos que ni aun levemente le tocasen. Mira Dios con extraordinaria ternura á las almas castas: á ellas solas se comunica, y se puede decir que de ordinario la medida de las gracias se proporciona á la perfeccion de la pureza. San Juan es puro, ¿es vírgen? Pues goza el privilegio de recostarse, de descansar en el pecho, en el corazon de Jesucristo.

¡Oh mi Dios! ¿conócese el dia de hoy el precio de una virtud tan necesaria y tan rara? ¿Y por ventura se ignora que ninguna cosa manchada entrará jamás en el reino de los cielos?

¿No sabes, dice el Apóstol, que tu cuerpo es templo del Espíritu Santo que habita en tí? Pues si alguno tiene atrevimiento para profanar el templo de Dios, Dios le hará perecer, porque el templo de Dios es santo, y tú mismo eres ese templo. ¡Ah Señor! ¿entiéndese, créese el dia de hoy esta doctrina? ¿Practícase esta moral? ¿Es la pureza la que caracteriza las costumbres y la vida de los Cristianos? ¡Mi Dios! ¡y cuántas reflexiones nacen de estas reflexiones! No permitais, Señor, que sean para mayor confusion mia.

PUNTO SEGUNDO.—Considera que esta inestimable virtud es tan delicada como preciosa; y que si merece nuestro aprecio, no pide menos toda nuestra atencion.

Es la pureza un tesoro que, como dice san Pablo, le llevamos en vasos frágiles y quebradizos. Basta un tropiezo para caer, para hacer pedazos estos vasos, y para perder este tesoro. ¿Con qué tiento caminaria un hombre que se viese obligado á conducir un rico tesoro en vasos de vidrio por precipicios, por despeñaderos, por caminos peligrosos y resbaladizos? ¿Y deberémos nosotros caminar con menos tiento?

No hay virtud tan delicada, ninguna mas expuesta, ninguna tiene tantos enemigos. Pocos objetos se presentan, pocas conversaciones se oyen que no sean otros tantos lazos que el demonio nos arma. Si no velamos continuamente sobre nosotros mismos; si no observamos todos nuestros movimientos, darémos tantas caidas como pasos. Nuestros sentidos están de inteligencia con el enemigo; nuestro propio corazon nos hace traicion; nuestro espíritu cada instante mueve una sedicion y se amotina. El aire del mundo agosta la pureza, como el viento fuerte y seco marchita las flores. Ni el retiro solo sirve de abrigo, ni aun el desierto es asilo seguro. Siempre llevamos con nosotros mismos al enemigo que quiere perdernos. Si no velamos eternamente, y si no oramos sin cesar; si no se está siempre alerta y sobre aviso contra tantos atractivos; si no se debilitan las fuerzas del enemigo con la mortificacion de los sentidos y con las penitencias corporales; si no se cobra nuevo vigor y no se afilan las armas con la frecuencia de Sacramentos; si no se huye cuidadosamente de los escollos y de los peligros; si no se vive con retiro, con modestia y con circunspeccion cristiana, no podrémos menos de ser vencidos. Pues ¿qué esperan los que no se valen de estas precauciones y no se sirven de estas armas?

Esas personas mundanas eternamente expuestas sin el menor preservativo al aire mas contagioso; esas personas inmortificadas, que no saben negar el mas mínimo gusto á sus sentidos; esos hombres, esas mujeres del gran mundo, que pasan sus dias en una delicada ociosidad, que hacen profesion de ser poco devotas, y por consiguiente poco cristianas; esas gentes que se desvian de los Sacramentos, ¿tienen una vida muy inocente y muy pura? Si eso es así, no es menor milagro que el de Daniel metido toda una noche en el lago de los leones sin ser despedazado; no es menor maravilla que la de los tres mancebos israelitas en medio de las llamas del horno, sin

que les tocasen en un pelo. ¡Ah Señor! este voluntario atolondramiento en el peligro, ¿no será acaso para perecer en él con menos susto, con menos remordimiento?

No permitais, divino Salvador mio, que me suceda esta desdicha. Conozco el mérito y la importancia de esta delicada virtud: no ignoro los peligros, y estoy resuelto á tomar todas las precauciones para no caer en los lazos. Pero despues de todo esto solo cuento con vuestra gracia, la que pido con confianza y la espero de vuestra infinita bondad.

JACULATORIAS.—Criad, Dios mio, en mí un corazon limpio y puro; renovad en mis entrañas un espíritu recto, sin el cual es imposible agradaros. (*Psalm.* L).

Bienaventurados los limpios y castos de corazon, porque ellos verán á Dios. (*Matth.* V).

PROPÓSITOS.

1 Es la pureza una virtud tan delicada, que no puede estar expuesta por mucho tiempo sin peligro. El retiro la guarda, la modestia la conserva, y la frugalidad la nutre. Es aquel lirio que solo crece en los valles; es aquella rosa á quien defienden las espinas; es aquella preciosa tierna flor que con un leve soplo se marchita. ¿Qué cuidados no merece? ¿Qué precauciones no son menester tomar? ¿Quieres conservar este tesoro? Pues no le expongas demasiado. Los grandes concursos del mundo, las diversiones, los espectáculos profanos son los famosos escollos de la inocencia y de la castidad. Esta virtud nunca cria canas en el bullicio del mundo, ni aun se deja ver en él sino para perecer. El pudor y la circunspeccion son como las murallas de la pureza. La menor brecha que se abra en ellas arruina la plaza. ¿Quieres, pues, guardar esta preciosa y delicada virtud? Pues observa inviolablemente las leyes siguientes: Primera: sé modesto escrupulosamente, y jamás te dispenses en esta ley con cualquier pretexto que sea: solo ó acompañado, en particular ó en público, guarda todas las reglas de la mas exacta modestia. Del bienaventurado san Luis Gonzaga se refiere, que aun desde niño fue tan extremadamente delicado en esta virtud, especialmente cuando se vestia ó desnudaba, que asistiéndole siempre gran número de criados, ninguno de ellos le vió jamás ni aun la punta del pié desnudo. Segunda: aunque la extravagancia de las modas tenga el dia de hoy tanto imperio sobre el espíritu y sobre el corazon de los mun-

danos, guárdate bien de seguir las que pueden vulnerar la modestia cristiana. Rara vez dejará de ser escandalosa en una mujer la estudiada desnudez de pechos. Nunca sufras en tu familia esta licencia. Es inconsideracion nada disculpable permitirla aun en las niñas, con pretexto de que lo son. Eso es acostumbrarlas á la inmodestia desde la cuna. Tercera: la desnudez de las pinturas es un veneno sutil, que entra por los ojos, y penetra hasta el corazon. No toleres en tu casa pintura alguna indecente. Examina bien todos los retratos, registra hoy mismo cuidadosamente todos los cuadros; y aunque sean del mayor precio, aunque sean originales, ó arrójalos al fuego, ó haz cubrir prontamente todo lo que pueda ofender á la modestia. De otra manera, ni tú puedes lícitamente retenerlos, ni dárselos á otro sin pecar. Cuarta: todo libro que trata de galanteos es pernicioso. Todas esas novelas, todos esos cuentos, todas esas cartas, todas esas poesías, todos esos romances amorosos son enemigos mortales de la inocencia y de la castidad. Mira con todo cuidado si se hallan algunos en tu casa, y ora sean tuyos, ora sean ajenos, entrégalos al fuego antes que se pase este dia. ¡Qué crueldad tan impía es dejar que pase á manos de otros lo que puede perderlos y condenarlos!

2 No basta desviar de tí, ni apartarte tú de todo lo que puede lastimar la pureza; es menester cultivar con cuidado todo lo que la nutre, todo lo que la perfecciona. Primero: el vicio contrario á esta virtud es el vicio ordinario de las almas orgullosas y soberbias: sé manso, sé apacible, sé humilde, y conservarás puro el corazon. Segundo: la castidad es una virtud tan preciosa, tan necesaria á todo género de personas, que incesantemente se debe estar pidiendo á Dios nos la conceda. Haz todos los dias alguna oracion particular para conseguirla, como por ejemplo la siguiente:

«Dadme, ó Dios de la pureza, dadme gracia para conservar toda «mi vida esta preciosa virtud. Haced que arregle de suerte mi ima«ginacion, que tenga tan á raya mis sentidos, que me desvie con «tanto cuidado de todas las ocasiones, que mire con tanto horror «todo cuanto pueda manchar mi cuerpo y mi alma, en fin, que en «este punto tenga una conciencia tan delicada, que nada, nada pue«da tiznar en mí esta virtud inestimable.»

3 Profesa una particular devocion á la Reina de las Vírgenes. María es madre de la pureza, y consigue infaliblemente esta virtud á los que la aman con ternura, y la sirven con fidelidad.

DIA XI.

MARTIROLOGIO.

El triunfo de los santos mártires Saturnino, presbítero, Dativo, Félix, Ampelio y compañeros, en África, los cuales habiéndose congregado como lo tenian de costumbre á celebrar los santos misterios en la iglesia, fueron presos por los soldados en la persecucion de Diocleciano, y martirizados por órden del procónsul Anolino. *(Véase su vida en las de este dia).*

La Conmemoracion de una gran multitud de santos Mártires, en la Numidia, que habiendo sido presos durante la misma persecucion de Diocleciano, porque no quisieron entregar las santas Escrituras, conforme al edicto imperial, fueron cruelmente martirizados y finalmente muertos.

Los santos mártires Lucio, obispo, y sus compañeros, en Andrinópoli: san Lucio habiendo padecido muchos trabajos de parte de los Arrianos, en tiempo de Constancio, consumó su martirio en la prision: sus compañeros, que eran de la nobleza de la ciudad, no queriendo comunicar con los Arrianos, recientemente condenados en el concilio Sardicense, fueron degollados por órden del gobernador Filagrio.

San Desiderio, obispo de Viena y mártir, en Leon de Francia.

San Calocero, obispo y confesor, en Ravena.

San Lázaro, obispo, en Milan.

San Castrense, obispo, en Capua.

San Severino, abad del monasterio de San Mauricio, en Chateau-Landon, en Francia, por cuyas oraciones el piadoso rey Clodoveo sanó de una larga enfermedad.

San Jonás, monje, en Egipto, esclarecido en virtudes.

SAN SATURNINO Y COMPAÑEROS, MÁRTIRES.

En la terrible persecucion que suscitaron contra la Iglesia los emperadores Diocleciano y Maximiano, no satisfecho su encono con las innumerables crueldades que ejecutaban cada dia con los Cristianos, se extendió su perversidad á prohibir con rigurosísimas penas todas las funciones, ritos y sacrificios de la Religion, llegando su furor al extremo de mandar arrojar á las llamas las santas Escrituras, con el fin de extinguir todos los medios que pudiesen contribuir á conservar el sagrado depósito de la fe. Por temor de tan impíos decretos se vieron en precision los Cristianos de celebrar los oficios divinos en los cementerios, catacumbas, cenáculos y lugares mas ocultos; en cuyos congresos santos participaban del cuerpo y sangre de Jesucristo, y se esforzaban mútuamente á padecer por su amor.

Supieron los magistrados de Abilinia, ciudad de la provincia pro-

consular de África, que en casa de un ciudadano principal, llamado Octavio Félix, se congregaban varios cristianos á celebrar los oficios divinos con la cautela observada en aquellas calamitosas edades, y que Saturnino, como sacerdote, ejercia las funciones propias de su ministerio; y queriendo dar pruebas de su celo sobre el cumplimiento de los edictos imperiales, le mandaron prender con los fieles asistentes á aquellos congresos sagrados, que lo fueron sus cuatro hijos, Saturnino y Félix, lectores, María, vírgen consagrada á Dios, é Hilariano, infante de pequeña edad, Dativo, senador de la ciudad, Félix, Emerito, Ampelio, Rogaciano, Rogato, Genaro, Casiano, Victoriano, Vicinio, Ceciliano, Restituta, Primeva, Givalio, Pomponia, Segunda, Genara, Saturnina, Martino, Margarita, Honorata, Matrona, Cecilia, Victoria y otros, hasta cincuenta confesores de Jesucristo, todos los cuales, creyéndose obligados á dar un firme testimonio de su constancia en la Religion, nada inferior en la defensa de la palabra y espíritu de Dios contenido en las santas Escrituras, lo ejecutaron así valerosamente, sirviendo solo el rigor con que se condujeron los perseguidores para despertar mas el ardor de aquellos fieles, que se hallaban llenos del Espíritu Santo, dispuestos á sostener generosamente los combates que les hacian las potestades de la tierra, incitadas del infierno, y á dar la sangre para sellar con ella las verdades eternas encerradas en los libros canónicos, que de todos modos solicitaban extinguir los enemigos de la fe.

Esta primera confesion les hizo conseguir el primer triunfo en el mismo lugar donde Fundano, obispo de aquella ciudad, tuvo la flaqueza de poner los sagrados Libros en manos de los gentiles, y donde la justicia divina habia ostentado su poder por medio de una lluvia imprevista que, cayendo estrepitosamente, cuando el cielo parecia estar mas sereno, apagó la hoguera encendida por los paganos para abrasar los santos Códigos, acompañada de un furioso granizo que arruinó todo el país, haciendo ver se armaban todos los elementos para la defensa del atentado sacrílego. Sin embargo de tan raro portento, que intimidó aquellos implacables jueces, para que la causa de tan ilustres prisioneros hiciese aun mas gran ruido, y pareciese en mas público teatro á los ojos del universo, no queriendo por sí resolver sobre la condenacion de ellos, los hicieron conducir entre cadenas á la capital de Cartago, donde presentados al procónsul Anolino con el proceso instructivo, trató ante todas cosas de averiguar la verdad de aquella causa, valiéndose de cuantos medios pudo sugerirle el enemigo de la salvacion; pero conociendo ineficaces todos

sus esfuerzos para rendir á la santa comitiva, le pareció conveniente atormentar á sus individuos con separacion.

Deseoso el Procónsul de saber si con efecto era Saturnino el autor principal que reunia á los fieles en los congresos sagrados, que fueron la causa de su prision, despues de haber hecho atormentar á Atelico y Dativo, preguntándole sobre este particular, aunque Emerito, lector, dijo en alta voz: yo soy el que debe llamarse autor de las asambleas, porque siempre he franqueado mi casa para que las celebren los Cristianos; disimulando la cólera el tirano por entonces, por no interrumpir el interrogatorio de Saturnino, exigió de él la contestacion; y confesándolo así ingénuamente con expresiones sentenciosas, dignas de la sabiduría y del valor de un sacerdote que tenia el honor de estar por su carácter á la frente de los otros mártires, á quienes debia dar ejemplo en la confesion y fortaleza, el soberbio Procónsul, en tono bastantemente airado, principió á reprenderle diciéndole: Pues ¿cómo te atreves á obrar así contra los decretos imperiales? Porque mi ley me lo manda, respondió el Santo, y es funcion propia de mi carácter. Concibió tal ira Anolino al oir estar palabras, que fueron las únicas satisfacciones á las muchas reconvenciones que le hizo sobre la criminalidad de semejantes procedimientos, que mandó azotarle con la mayor crueldad. Arrojáronse los verdugos al venerable anciano con tanta rabia, que no contentos con los instrumentos regulares en la ejecucion de aquel castigo, despedazaron su cuerpo, dislocaron sus miembros hasta el extremo de aparecer sus entrañas, con horror hasta de los mismos paganos, sin que se le oyesen otras quejas en brutalidad tan bárbara, que clamar al cielo con las expresiones propias de un espíritu abrasado en el amor divino, diciendo: *Señor mio Jesucristo, yo te ruego me oigas; ten de mí misericordia, Dios mio, yo te doy gracias, asísteme por tu infinita bondad.*

Hizo en seguida el tirano comparecer á Saturnino, hijo del antecedente, y ponerle á la vista de su padre: persuadióse que intimidaria su espíritu con tan horroroso espectáculo; pero fue tan al contrario, que concibió mayor brio y deseo de ser participante de los triunfos que miraba: reconvenido por el Procónsul sobre si era cierta su asistencia á los congresos sagrados, y la retencion en su poder de las santas Escrituras, como lector de los Cristianos, respondió con valentía, por lo que respecta á estas, que las tenia escritas en su corazon; y en cuanto á aquellos, que no podia faltar siendo cristiano. La repeticion de estos hechos, única satisfaccion á las muchas réplicas que le hacia Anolino, irritó en tales términos su ánimo, que

mandó atormentarle cruelmente en el mismo potro donde se hallaba el padre, y bañándose en la sangre del que le dió el ser, confesaba públicamente le servia de la mayor recreacion.

Cansados los verdugos, y no menos el tirano, quiso explorar á los demás fieles á la vista de los mártires, discurriendo que el horror de aquel estrago seria capaz de acobardarles; pero ansiosos todos de padecer por amor de Jesucristo, y de ser compañeros en la gloria con los que lo fueron en las funciones sagradas, respondieron á una voz que eran cristianos, dispuestos á sufrir gustosamente todas las clases de tormentos que pudiera discurrir en la defensa de los sagrados congresos y santas Escrituras.

No se intimidó el sexo femenino de las ilustres matronas, comprendidas en la santa comitiva, antes bien con valor excesivo á su fragilidad toleraron alegres las mas exquisitas penas de que se valió el Procónsul para rendirlas, brillando el poder divino en todos y en cada uno de aquellos célebres indivíduos contra todo el abismo, lleno de confusion á vista de su constancia.

Á Victoria, una de la ilustre sociedad, flor de las vírgenes, santísima por su religiosidad, recomendable por sus costumbres, hermosa en extremo, pero mas brillante por su eminente virtud, distinguió el Procónsul como hermana del senador Fortunato, y convidándola con la libertad en el caso de querer vivir en compañía de su hermano, la Santa despreció su oferta, respondiéndole que, siendo como era cristiana, solo eran hermanos suyos los que guardaban los preceptos del Dios verdadero, no de los falsos; en vista de lo cual la condenó á morir con los demás mártires.

Lo que mas llenó de asombro á los circunstantes fue la generosa resolucion del infante Hilariano, hijo de Saturnino, presbítero, á quien discurrió el tirano pervertir por sus pocos años; pues preguntado sobre la misma causa, deseoso de ser participante de los triunfos de su padre y hermanos, confesó con valor excesivo á su edad que era cristiano, y por tal debia seguir la práctica laudable de su religion. Amenazóle el tirano con que le mandaria degollar y cortar las orejas y narices en señal de infame; pero despreciando semejantes amenazas, sufrió con no menor brio que los adultos los exquisitos tormentos á que le condenó el bárbaro, olvidado de la natural compasion á que mueve la ternura de la infancia, logrando todos los dichos la corona del martirio por el año 303, en la prision á que fueron destinados despues de atormentados, donde murieron en diferentes tiempos, unos de las heridas, otros por la inmundicia é in-

feccion del calabozo, y la mayor parte del hambre y miseria; á lo que dieron lugar los urgentes negocios ocurridos al Procónsul, tocantes á su ministerio, los cuales le impidieron concluir prontamente el sacrificio que habia principiado.

LOS SIETE SIERVOS DE MARÍA, FUNDADORES DEL ÓRDEN DE SERVITAS.

En todos tiempos ha manifestado María santísima, nuestra piadosa Madre, lo mucho que ha hecho en obsequio de sus hijos. Defenderlos contra los ataques del mundo, demonio y carne, sostenerlos en sus combates, fortalecerlos en sus tentaciones, aliviarlos en sus penas, protegerlos en sus peligros, y socorrer todas sus necesidades; estos son los oficios que ha hecho con todos los hombres, y que hace aun continuamente ahora con nosotros. Su generosa liberalidad se extiende á todos, pero principalmente se muestra mas compasiva y tierna con sus amados hijos, esto es, con los que hacen profesion de ser sus fieles imitadores, con los que se glorian de ser verdaderos siervos suyos, y con los que se emplean en meditar sus acerbos dolores. Á estos hace ostentacion y alarde de abrir el inmenso tesoro de sus gracias; á estos les ofrece gustosa el piélago inagotable de sus beneficios; á estos les comunica el raudal copioso de sus riquezas; á estos busca, solicita, ampara, protege y asiste muy particularmente; á estos, en fin, ofrece el lleno de un amor sin medida y sin límites, y les dispensa el singular favor de llamarlos sus hijos. ¡Qué dicha! ¡qué honor! De este modo fueron honrados aquellos siete célebres y afortunados caballeros naturales de Florencia, llamados Buenhijo, Amadeo, Bonajunta, Maneto, Sosteno, Ugon y Alejos. La Vírgen quiso premiar su generosa resolucion de emplearse en su servicio, llamándolos para sí, y adornándolos con el lleno de tantas virtudes, á fin de ponerlos al frente de la Religion que queria fundar con el título de *Siervos de María*. Así fue.

Deseosa la Madre de Dios de manifestarnos que tambien lo es nuestra, nos quiso dar el testimonio mas auténtico y la prueba mas irrefragable del ilimitado amor que tiene á sus hijos, y de que queria ejercer con estos las augustas funciones de una madre la mas compasiva, fundando la Religion de los Servitas, cuyo instituto principal fuese meditar sus penas vehementísimas y sus acerbos dolores. Nada mas grato para la Vírgen, y nada mas útil para nosotros. Las maravillas, los portentos se suceden unos á otros en el establecimiento de esta

Religion, y esto es una señal evidente de lo agradable que la es.

Escogidos los siete ya referidos Santos por el Altísimo para llenar los designios de su providencia, prevenidos con singulares gracias para que como astros luminosos brillasen á la faz de todo el mundo, se dedicaron desde luego á los ejercicios de la mas sólida piedad.

Para poderlo hacer con mas facilidad se alistaron en una congregacion erigida en la ciudad de Florencia, titulada de los LAUDENSES, ó de los que alaban á la Vírgen, en donde se reunian los mas ilustres personajes de la nobleza. Emplearse en alabar á María santísima, ejercitar con los menesterosos, enfermos y encarcelados, todos los oficios de la misericordia, inspirar la union y ejercer la caridad con todo género de personas, estos eran los nobles sentimientos, esta la conducta de los indivíduos de esta célebre y piadosa Congregacion. Sobre estos cimientos se habia de construir el suntuoso y magnífico edificio de la Religion de los Servitas, que con el tiempo habia de ser otro de los baluartes de la Iglesia y el asilo de la Religion. Entre estos se distinguian por su fervor, por su devocion y por su caridad nuestros Santos.

Se reunieron los indicados congregantes en su capilla el dia 15 de agosto del año de 1233, como lo tenian de costumbre, para celebrar el misterio de la Asuncion y Coronacion de la Vírgen. Se prepararon con la confesion y comunion, y despues tuvieron sus acostumbrados ejercicios de meditacion. Esta fue sobre su felicísimo tránsito. Al considerar la pompa y magnificencia con que subió al cielo la Hija del Altísimo, la Madre del Salvador y tambien nuestra, y la Esposa del Espíritu Santo; al meditar el aparato con que la Reina de los Ángeles fue recibida por la Trinidad beatísima, los transportes de júbilo de su amado Hijo al ver á su querida Madre mas hermosa que la luna, mas resplandeciente que el sol y mas brillante que las estrellas, y los raptos de amor de tantas legiones de Ángeles y bienaventurados que con afectos de respeto y veneracion la salieron al encuentro, entonando los mas armoniosos cánticos de júbilo y complacencia, de alegría y regocijo, por ver coronada ya en el cielo á su reina, á su medianera, á su abogada y á su corredentora; al considerar, repito, á María santísima en la Jerusalen triunfante sentada al lado de su Hijo, en el trono mas inmediato á la Divinidad; cuando engolfados nuestros Santos con esta consideracion, y embriagados con el delicioso néctar de la contemplacion, sentian atónitos y enajenados las dulzuras inefables del triunfo de su amantísima Madre, y su gloria inexplicable; hé aquí cuando quiso corresponderles de un modo admirable

y prodigioso. «Vosotros sois, hablándoles en lo interior de su alma, «á quien he escogido entre tantos fieles siervos para que seais los «primeros fundadores de la Religion que pienso lleve mi nombre, y «los que han de vestir el hábito que les designaré, y daré como en «prenda de mi predileccion particular con vosotros. Esta honra tan «singular os la quiero hacer por el esmero con que procurais exten- «der la devocion de mis dolores, y por la caridad que teneis con el «prójimo.» Luego que les dijo esto con un aspecto majestuoso, y con un tono alegre, placentero y afable, se retiró.

Atónitos estaban los siete afortunados varones al considerar el favor tan grande que les dispensaba la Vírgen, y su dignacion tan particular en manifestarles sus designios, considerándose ellos en menos que el polvo de la tierra, é indignos de esta merced. Se miraban unos á otros, porque ninguno se atrevia á manifestar lo que habia entendido. Su profunda humildad les inspiraba aquellos sentimientos que son propios de los que detestan el abominable vicio de la soberbia. En estas dudas y perplejidades cristianas, en esta santa confusion y timidez religiosa, ninguno se atrevia á hablar. Rompe al fin el silencio Buenhijo Monaldi, que era el que tenia sobre los demás cierto ascendiente y superioridad por su mayor edad, por lo ilustre de su nacimiento y familia, por su fina educacion, por su prudencia y demás prendas que le adornaban, y les habló de esta manera: «Ya habeis visto, hermanos mios muy amados, las gran- «dezas de las misericordias de Dios. Sin mérito alguno nuestro se «ha dignado la Reina de cielos y tierra manifestarnos su voluntad. «Por lo que advierto en vuestro semblante, por todas las señas que «observo en vosotros creo que la misma revelacion que me ha he- «cho á mí ha sido extensiva tambien á vosotros.» Todos contestaron que efectivamente habia sido así.

Con este prodigio se encendieron mas sus ánimos en el servicio de la Vírgen María, hicieron una generosa resolucion de ser fieles á tan gran beneficio, determinaron renunciar á todos los placeres del mundo y á todos sus honores, repartieron sus bienes y haciendas á los pobres, y despues de arreglar todos los negocios de sus casas se retiraron á un pequeño oratorio no muy apartado de los muros de la ciudad. En él permanecieron por algun tiempo entregados á todo ejercicio de virtudes bajo la direccion de Buenhijo Monaldi, á quien eligieron por su superior. Su ocupacion unas veces era meditar en la pasion y muerte de Nuestro Señor Jesucristo, en los dolores de su santísima Madre, y en alabar continuamente á la que ellos llamaban

su fundadora, y otras en ejercitarse en obras de caridad. Su conducta era ejemplar é irreprensible. Jamás se les vió adustos, taciturnos y agrestes con los demás. Eran benignos, afables, amorosos, corteses y obsequiosos en su trato y comunicacion con las gentes: solamente para ellos eran austeros y mortificados.

Como deseaban frecuentar los Sacramentos, invitaron á un sacerdote para que les dijese misa y les acompañase. Este les dió la primera investidura de penitentes el dia de Navidad de la Vírgen en el mismo oratorio, y en sus manos hicieron el voto de obediencia á Buenhijo, todo con arreglo á la instruccion de su obispo, llamado Arduigo. No hay expresiones para ponderar bastantemente el júbilo y la alegría de sus corazones al verse vestidos con un tosco hábito, y al contemplarse pobres y necesitados por Jesucristo. Sus mayores delicias eran el haberse desprendido de sus riquezas en obsequio de los menesterosos. Llegó á tal extremo, que siendo tan ricos, tuvieron necesidad de pedir lo necesario para su alimento. Un desprendimiento tan grande de lo terreno no podia menos de ser recompensado. Así se verificó. Determinaron salir á pedir limosna por la ciudad: al intento impetraron la licencia de su obispo, quien gustoso accedió á su solicitud.

Deseando corresponder á los beneficios que con tanta liberalidad les dispensaba su prelado, fueron todos siete á felicitarle las Pascuas del mismo año, y á manifestarle su gratitud y reconocimiento á tantos favores como habian recibido de su generosidad. Formáronse de dos en dos, y fueron via recta á su habitacion. Verlos las gentes, y admirarse, todo fue una misma cosa. Su traje penitente, su majestuosa gravedad, su edificante compostura, su circunspeccion sin ficcion, y sus semblantes tan alegres, afables y benignos, mostraban bien claramente la tranquilidad de su alma y el fondo singular de virtud. No se les podia mirar sin formar la mas alta idea y el concepto mas elevado de sus personas. Sus rostros despedian unos rayos de luz celestial que admiraban á todos. Las gentes concurrian presurosas á ver á estos hombres prodigiosos. El jóven como el anciano, el pobre como el rico, las mujeres como los niños, á porfía se agolpaban para verlos. Al punto resonaron por toda la ciudad aquellos ecos prodigiosos, *estos son los siervos de María*. Hasta los tiernecitos infantes de menos de cinco meses pronunciaron estas voces, y alternaban con los demás en las alabanzas debidas á los que eran siervos de la Madre de Dios. Uno de ellos fue san Felipe Benicio, que tanto lustre dió despues á esta misma Religion, y que fué su astro mas luminoso.

Así premia Dios muy anticipadamente aun en esta vida á los que le sirven, así remunera sus servicios, así ensalza á los humildes.

Llenos, pues, de confusion suya, y no sin gran dificultad, llegaron á la habitacion de su obispo, quien ya sabia cuanto ocurria. Su corazon se inundó de un gozo inexplicable al verlos. Sus ojos dieron testimonio con sus lágrimas cuál habia sido su placer. Los saluda afectuosamente, y cual padre amoroso cariñosamente los recibe en sus brazos, y les habla con una ternura la mas expresiva. «Hijos mios muy amados, les dice, veo en vosotros las misericor-«dias del Altísimo; veo tambien cuánto se complace con vosotros la «Reina de los cielos. Tantas maravillas, tantos portentos no pueden «ser sino obra del Excelso: no seais ingratos á tan visibles favores, «adornad vuestra alma con el esmalte precioso de todas las virtudes: «honrad con ellas el nombre que llevais; él es el compendio de todas «las gracias.» De este modo les habló aquel celoso obispo, y despues de haberles dado su bendicion se despidieron.

El pueblo todo estaba conmovido; impaciente esperaba que volviesen á salir. Apenas se presentaron otra vez en las calles, cuando se repitieron de nuevo las aclamaciones y las alabanzas, acompañándoles hasta su oratorio: todos decian, *estos son los siervos de María*. De este modo corresponde esta cariñosa Madre á sus fieles siervos. No solo quiso hacer ostentacion de lo mucho que le agradaban aquellos siete varones con este suceso tan ruidoso y extraordinario, sino que pidiendo limosna dichos Padres el dia de Reyes del año siguiente de 1234 se oyeron las mismas aclamaciones, y desatándose igualmente las balbucientes lenguas de los niños, decian á sus madres señalando á los santos varones: *Haced limosna á estos siervos de María por el amor de Dios y de la bendita Madre.*

Mas como la diestra del Excelso los tenia reservados para elevarlos á la cumbre de la perfeccion, y valerse de ellos para hacer ostentacion de su amor, quiso separarlos aun mas del mundo; quiso que saliesen del todo de Egipto, para que fuesen á adorarle en espíritu y verdad al monte Senario. Veamos cómo fue esto.

Los repetidos prodigios que obraba la Virgen por medio de nuestros Santos movió á muchos á frecuentar el oratorio ya referido. La concurrencia demasiada, los aplausos que recibian de las gentes, los deseos de ser desconocidos del mundo, de hacer mayores penitencias, de adelantar en su propia santificacion, y de entregarse enteramente á la contemplacion de los inefables misterios de la Pasion de Jesucristo y de los Dolores de su santísima Madre les hizo formar la re-

solucion de buscar un asilo del todo retirado del comercio del mundo. Se proponian por modelo á su Redentor, que se retiró al desierto para nuestro ejemplo; proponíanse tambien las penitencias de los primeros solitarios de la cristiandad: alentábales la confianza sin límites que tenian en su protectora María santísima. Consultan su pensamiento con su obispo, y tuvieron el placer inexplicable de que le aprobase. Obtenida su licencia, determinan retirarse al monte Senario, distante de Florencia tres leguas: salen con efecto de su oratorio, y se encaminan al desierto. El estar rodeado de otras seis montañas muy elevadas, á cuyos hondos valles apenas podian llegar á iluminar los refulgentes rayos del sol, sus erizadas cumbres cási siempre coronadas de nieve, y lo fragoso de estas y su soledad, al paso que presentaba á sus ojos un objeto de horror, y un aspecto capaz de causar terror y espanto al mas alentado, producia en ellos una interior aceptacion y aprecio. Escogieron aquel sitio por mas acomodado á sus ideas, y le destinaron para teatro de la vida celestial que habian resuelto emprender. Se deja discurrir cuál seria el tenor de vida de estos siervos. Su ayuno era continuo, sin permitirse otro alimento que las yerbas silvestres, ni otra bebida que el agua que frecuentemente mezclaban con sus lágrimas. Sus habitaciones eran unas pequeñas cuevecitas ó grutas que hicieron con unas piedras, que mas parecian sepulcros de muertos que habitaciones de vivos: se acostaban siempre en el duro suelo, y de almohada servian las piedras. Á estas mortificaciones añadian las del silencio y disciplina; y cuando el sueño debia reparar sus debilitadas fuerzas con algun alivio, entonces se mantenian en vigilia, enviando suspiros al cielo para desarmar la ira de Dios. Su oracion era continua, y sus alabanzas á María santísima jamás se interrumpian. Para hacerlo con mas devocion edificaron un pequeño oratorio muy devoto, aunque pobre: sus corazones se inflamaban con los fervores de la contemplacion; frecuentaban los Sacramentos que recibian del sacerdote que les acompañó. Así continuaron en esta vida toda angelical hasta el año 1239, en que á repetidas instancias del obispo se vieron precisados á admitir á otros en su compañía. Les exponia las utilidades tan grandes y los frutos tan indecibles que reportaria la Religion con esto, y fue necesario que María santísima les diese á entender cuán gustosa le seria esta admision con el siguiente prodigio:

Habiendo salido nuestros Santos de sus grutas el domingo tercero de Cuaresma, que ocurrió en 27 de febrero en el expresado año de 1239, se reunieron en su oratorio para hacer sus acostumbra-

dos ejercicios de oir misa, confesar y comulgar. Con asombro suyo observaron que la viña que habian plantado el año anterior al rededor de su oratorio estaba vestida de hojas y retoños: advirtieron tambien que todos los montes y valles contiguos estaban matizados con flores muy hermosas. Admiráronse infinito al ver este prodigio, y dieron muchas gracias á Dios, pero no acertaban á comprenderle. Consultáronle con su obispo; oye este con admiracion este suceso, y puesto en oracion suplicaba á Dios con mucho fervor le diese á entender la significacion de este misterioso acontecimiento. El Señor le manifestó el monte Senario, y en la cumbre de él una vid frondosísima que, dilatándose, con los siete sarmientos lo abrazaba todo. Eran estos tan robustos, lozanos y hermosos, y estaban tan cargados de fruto que, oprimidos del peso, parecia desgajarse: cada uno de ellos producia innumerables renuevos. Estos siete vástagos representaban los siete siervos de María que, cargados con los preciosos frutos de sus virtudes, debian abrazar en el seno de su Religion, figurada en el monte, á cuantos quisieren acudir á ella. El obispo subió al monte Senario á otro dia, y vió por sí mismo el prodigio. Manifestó á los siete Santos lo que le habia sido revelado por Dios sobre la significacion de este suceso: todos se conformaron gustosos con su parecer, y redoblaron sus ayunos, penitencias y oraciones para conocer mejor la voluntad de Dios.

Hiciéronlo así efectivamente: todo el resto de la Cuaresma fue para ellos un continuo ejercicio de virtudes. Ocurrió el Viernes Santo aquel año en el dia 25 de marzo, en que celebra tambien la Iglesia el misterio de la Encarnacion del Hijo de Dios. La consideracion de su bondad incomprensible en haber querido bajar desde lo mas encumbrado del empíreo para vestirse de nuestra carne, y del misterio inefable de la crucifixion del mismo Señor, que celebraba la Iglesia aquel mismo dia, embargó sus potencias, enajenó sus sentidos, y causó en sus ánimos un tan vivo y penetrante dolor, que hubieran muerto al impulso de la vehemencia de sus penas, si la Vírgen no los hubiera sostenido. Condolida de ellos esta piadosa Madre, para consolarlos, se les apareció en una nube resplandeciente que le servia de trono majestuoso, á la que acompañaban innumerables Ángeles, de los cuales unos traian las insignias de la pasion, y otros un hábito negro; este llevaba en la mano un libro que era la regla de san Agustin, y aquel una verde palma y un rótulo escrito con letras de oro, que decia así: *Estos son los siervos de María*. La Vírgen llena de agrado y con ternura de madre amantísima les dice: «Aquí

«estoy yo que soy Madre de Dios obligada de vuestros ruegos: vengo «á daros muestra de mi amor, ya que os acogí en primicia de mis «siervos, para que cultiveis la viña de mi Hijo: os agradezco mu- «cho lo que me habeis servido; por tanto quiero que de hoy en ade- «lante vistais este hábito negro en memoria de mis dolores, soledad «y viudez que padecí en la pasion y muerte de mi Hijo, para que «con él hagais memoria á los hombres de mis penas.» Despues desapareció.

Se deja discurrir la turbacion que produciria esta vision en el ánimo de aquellos bienaventurados solitarios. Su humildad profundísima les inspiraba la idea de que se contemplaban indignos de tantos y tan extraordinarios favores. Enajenados con tan repetidas gracias, llena su alma de aquellas celestiales emociones que solo las puede sentir el que las experimenta, volvieron de nuevo á renovar sus votos de ser siervos de María. Las lágrimas corrian por sus mejillas, pegados á la tierra se derretia su corazon en amar tiernamente á su bienhechora y darla gracias. ¿Quién será capaz de explicar en este momento su fervor, su santa efusion, su agradecimiento á la Vírgen? ¿Qué gracias tan expresivas no la darian? Faltan expresiones, no se hallan conceptos para manifestar bastantemente su gratitud y reconocimiento al verse honrados de la Madre de Dios con el hábito negro en memoria de sus acerbísimos dolores y de su soledad.

Fué luego el superior de estos, Buenhijo, á dar cuenta á su obispo Arduigo de esta vision tan extraordinaria, quien la oyó lleno de admiracion y pasmo. Mandó que inmediatamente se hiciesen siete hábitos negros, que eran túnica, capilla, escapulario y manto. Al dia siguiente subió al monte Senario, acompañado de la nobleza y de las personas mas distinguidas de la ciudad: llegaron al oratorio donde se hallaban los devotos siervos de María postrados á sus soberanos piés, despidiendo de sus rostros un celestial resplandor. Celebró el obispo, les dió la comunion, y acabada la misa les vistió el santo hábito, haciéndoles al mismo tiempo una alocucion la mas tierna y expresiva: «Cesen ya, carísimos hermanos, les dijo, vuestros temores, ya no «teneis que dudar. Tantos prodigios, tan señalados favores como os «dispensa la mano benéfica de la Vírgen, manifiestan bien clara- «mente ser ella la fundadora de esta nueva Religion. Ella os ha dado «el glorioso título de siervos suyos, no solo para vosotros, sino para «los demás. No resistais á su voluntad, dad rendidas gracias porque «entre millones os ha escogido para que seais las cabezas de los mu- «chos que se acogerán bajo el manto prodigioso de su proteccion;

«de este manto admirable que representa su viudez y su luto por la «muerte de su amado Hijo, y que llevó despues todo el discurso de «su vida. La Vírgen es quien os viste y os adorna con este miste- «rioso ropaje. Yo solo soy instrumento para ejecutar su voluntad. «Observad puntualmente esta Órden de san Agustin, que tambien es «don de la Vírgen: ella os servirá de escala para subir al cielo.» En seguida hicieron la profesion pública y los votos solemnes de pobreza, obediencia y castidad; y confirmó en el oficio de prior á Buenhijo, siendo este el primer prior general de esta Religion.

Este fue el nacimiento de esta célebre Religion aprobada por varios Sumos Pontífices con el nombre de Servitas ó Siervos de María, los que despues de cerca de seis siglos conservan aun el mismo espíritu de sus fundadores y la misma religiosidad. Desde aquí se ha de contar propiamente la verdadera época de esta célebre fundacion apoyada con tantos testimonios nada sospechosos, autorizada con tantos milagros, honrada con tantos privilegios, y favorecida continuamente con las abundantes bendiciones que derrama Dios sobre los siervos que saben aprovecharse de los infinitos tesoros que están como vinculados en ella. ¡Oh! ¿cuántas gracias no debemos dar á Jesucristo y á su Madre porque se ha dignado manifestarnos sus bondades por medio de esta Religion! Ella es aquella estirpe santa de los ilustres hijos del monte Senario; ella aquel Órden afortunado en el que de edad en edad se ha visto perpetuarse la humildad mas profunda, la penitencia mas austera, el celo mas acendrado, el menosprecio del mundo mas sincero, el odio de sí mas perfecto, el amor á Dios y á su Madre mas ardiente y mas tierno; ella es el Órden en que una constante sucesion de Santos expone á nuestra vida los ejemplos mas brillantes de virtudes, y en el que sus hijos, herederos del espíritu de los primeros fundadores, conservan todavía en nuestros tiempos la hermosura de su instituto y el mismo espíritu que aquellos, transmitiéndose de siglo en siglo, como depositarios, los frutos de su piedad y de sus virtudes.

SAN MARTIN DE LEON.

San Martin, decoroso ornamento de los Canónigos regulares, segun la regla de san Agustin, tan célebre en el siglo XII por su prodigiosa vida, como por su ciencia infusa, nació en la ciudad de Leon de España ó en su territorio de una de las ilustres familias oriundas de aquella capital. Pidieron al Señor sus padres Juan y Eugenia con

fervorosos ruegos que les diese sucesion para su consuelo; y oidas sus reverentes súplicas, les concedió á Martin para que aumentase la gloria de sus ascendientes, y diese honor inmortal á su patria. Aplicáronse sus padres con el mayor desvelo á dar al niño una educacion tan propia de su piedad como de su nacimiento, animados no tanto para que fuese heredero de sus bienes temporales, cuanto de sus virtudes y de sus ejemplos; pero presto conocieron que á los eficaces medios de que se valian para su buena crianza hacia grandes ventajas otro maestro interior que ilustraba su entendimiento, y formaba los rectísimos dictámenes de su inocente corazon, dejándose ver en sus mas tiernos años como si estuviese perfectamente instruido en los caminos de la perfeccion. En efecto, previnole el Señor desde la cuna con las mas bellas disposiciones para la virtud, enriqueció á su dichosa alma con los tesoros del cielo, y, venciendo con estos dones los desordenados movimientos de las pasiones, fue su infancia un preludio de su santidad futura, sin que en ella fuesen otras sus diversiones que las obras de piedad, de amor de Dios y de caridad para con el prójimo.

Murió la madre del Santo en su edad tierna, y deseoso su padre de dedicarse enteramente al servicio del Señor separado de los tumultos del siglo, se retiró al claustro de San Marcial de Leon, en cuyos canónigos florecia por entonces la regla del Padre san Agustin. Llevó consigo á Martin, que como niño se quedó en el monasterio en hábito secular, ocupándose en ayudar á misa y en los demás ejercicios de devocion acostumbrados en aquella ilustre casa. Observaron los canónigos en el inocente niño una gran prudencia en toda su conducta, un entendimiento juicioso, una mansedumbre suma, una docilidad sin semejante, libre de todas aquellas imperfecciones que eran regulares en su edad, y añadiéndose á esto el fervor que notaron en sus oraciones, las rigorosas mortificaciones con que castigaba su inocente cuerpo, y sobre todo ser el primero que asistia á los oficios divinos por el dia y por la noche, admirados de su extraordinario porte, hicieron cuanto pudieron para no perder aquel tesoro.

Recibió el órden de subdiácono luego que tuvo edad competente, y creyéndose obligado en el nuevo estado á domar con mas rigor los movimientos carnales, para conservar el candor y la pureza tan debida á los ministros del santuario, resolvió hacerlo por medio de los trabajos de la peregrinacion. Murió su padre por aquel tiempo, y habiendo distribuido entre los pobres su cuantioso patrimonio, partió á la expedicion premeditada, proponiéndose el objeto de visitar las reliquias

de los Santos. Ejecutólo así en Oviedo primeramente, desde allí se condujo á Santiago de Galicia á rendir sus obsequios al ilustre Apóstol patrono de la nacion, y habiendo practicado iguales diligencias en los más célebres santuarios de España, se dirigió á Roma á visitar aquellos santos lugares regados con la sangre de tantos mártires, y enriquecidos con el tesoro de sus reliquias: hízolo con tal piedad y con tal respeto que, edificados de su fervorosa devocion los porteros de la iglesia de San Pedro, le concedieron permiso para que entrase en ella en el tiempo y en la hora que quisiese, bien fuese por el dia ó por la noche. Deseaba Martin con vivas ansias la bendicion del Vicario de Jesucristo; y concediéndosela el papa Urbano III, partió á Jerusalen á satisfacer su piadoso designio. Visitó de camino el templo de San Miguel en el monte Gargano, con el de San Nicolás de Bari; y habiendo llegado á la capital de Palestina, se sintió mas que nunca encendido en los mas vivos deseos de imprimir en su corazon la memoria de la dolorosa pasion de Jesucristo, que era la materia mas frecuente de sus meditaciones. No es posible explicar la devocion, la ternura y las lágrimas con que veneró Martin aquellos santos monumentos donde se obraron los misterios de nuestra reparacion, cuya vista renovó en su corazon los mas fervorosos afectos para con el Redentor del mundo. Mantúvose dos años en Jerusalen, reiterando aquellas visitas, y, para ejercitarse á un mismo tiempo en obras de piedad, se estableció en el hospital donde se curaban los pobres peregrinos, á quienes servia con una humildad profunda, asistiéndolos con una caridad sin límites.

No satisfecha la devocion de Martin con haber visitado los sagrados monumentos de Jerusalen y otros muchos de la Tierra Santa, partió á Constantinopla con el mismo designio. Compró una casulla que se vendia á la sazon, para darla á la iglesia de San Marcial de Leon; pero habiendo llegado con ella á Civitavecchia, creyendo los guardas del registro que traia hurtada aquella alhaja, dando al juez parte, mandó ponerle en la cárcel por sospecha. Imploró el Santo en la prision el auxilio divino, y repitiendo el Señor aquel prodigio que en otro tiempo obró con el Príncipe de los Apóstoles, bajó del cielo un Ángel que le puso en entera libertad. Conseguido este favor, por el que dió á Dios las correspondientes gracias, pasó á Francia á venerar las reliquias de san Dionisio y de san Martin de Tours; y de allí se dirigió á Inglaterra y á Hibernia á practicar la misma diligencia con las de santo Tomás, apóstol, y las de san Patricio. No es fácil explicar los trabajos, los peligros, las injurias, el hambre y la sed

que padeció Martin en tan penosas como dilatadas peregrinaciones: las que hizo á pié descalzo en clase de pobre mendigo, sin indultarse nunca del mas riguroso ayuno ni de otras voluntarias mortificaciones; y concluidos estos penosísimos viajes, volvió á Leon enriquecido con los relevantes méritos que contrajo en semejantes expediciones. Hallábase á la sazon obispo de Leon el Ilmo. Manrique; y considerando este insigne Prelado el grande bien que resultaria á la Iglesia, si un sujeto de aquella virtud fuese elevado al sacerdocio, le ordenó de diácono y presbítero bajo el seguro de crear uno de los mas dignos ministros para el altar. En la nueva dignidad se sintió el Santo encendido en nuevo celo de su propia santificacion; y aunque el estado que acababa de abrazar era tan santo, como le llamaba Dios á un grado de perfeccion eminente, le inspiró ardentísimos deseos de vida mas retirada. Puso los ojos en el monasterio de San Marcial, que habia sido la escuela donde aprendió en sus primeros años á ejercitarse en los oficios divinos; y admitido entre los canónigos que profesaban en aquella ilustre casa la regla de san Agustin, se distinguió desde luego por el grande estudio con que se dedicó al servicio del Señor, distribuyendo todo el tiempo con una sábia economía en la oracion y en piadosos ejercicios, de suerte que, acabándose de perfeccionar su inocente corazon con la contemplacion y con la penitencia, llegó á ser el ejemplo y la admiracion de todos por la justificacion de su conducta.

Ocurrió por aquel tiempo una reñida controversia entre el obispo de Leon y los canónigos de San Marcial, cuyas resultas fueron expelerlos de aquella iglesia, y establecer en ella clérigos seculares. Fue Martin uno de los expulsos; pero como sus deseos eran continuar en la observancia del estado que abrazó, se pasó al monasterio de San Isidoro, donde se profesaba la misma regla. La vida ejemplar, la inocencia de sus costumbres, su puntual asistencia al coro, su grande amor al retiro, y sobre todo la rígida asistencia que observó el Santo en esta casa, cuando parecia que habian de granjearle el cariño y aun la veneracion de sus compañeros, le hicieron odioso á muchos que, mirándole como á un reformador incómodo y molesto, reputaban su observancia regular por censura y por una reprension tácita de su vida menos ajustada: en fin, pasó á tanto la aversion, que queriendo Martin quitar toda ocasion de escándalo se volvió á la iglesia de San Marcial.

En seguida de este hecho se apareció san Isidoro á los canónigos de su monasterio; y reprendiéndolos severamente les dijo: *¿Por qué*

habeis expelido al siervo de Dios Martin? Volved á recibirlo en vuestra compañía, pues debeis alegraros de tener entre vosotros uno que siga el camino de la perfeccion : ved que sus obras mas son de edificacion que de escándalo. Aterrados los canónigos con la vision y reprension de san Isidoro, pasaron en comunidad á la iglesia de San Marcial; y habiendo pedido perdon al Santo postrados á sus piés, le suplicaron que volviese al monasterio, bajo el seguro de que no le impedirian seguir el tenor de vida que eligiese. Resistióse Martin á los principios; pero rendido en fin á los ruegos de aquella arrepentida comunidad, regresó al de San Isidoro, donde eligió para su habitacion un lugar retirado de todo el comercio del monasterio; y formando en él un altar de la santísima Cruz, pasaba en fervorosa oracion los dias y las noches, teniendo á la vista la insignia representativa de los misterios de la pasion de Jesucristo, tan altamente impresos en su corazon. Allí se entregó á una mortificacion sin límites, renovando en su persona aquellas espantosas imágenes de penitencia hasta entonces oidas en los desiertos del Oriente, observando una abstinencia tan suma, que parecia vivir de milagro. No por esto tenia ociosa su ardiente caridad para con los prójimos: cuidaba con esmero de los pobres, y con especialidad de los enfermos, á quienes consolaba con palabras dulcísimas; y si advertia entre sus compañeros la mas mínima discordia, corria inmediatamente como ángel de paz á purificarlos. En suma, estaba el siervo de Dios tan lleno de gracia, que todos deseaban verle, experimentando el que le buscaba triste y atribulado tanto consuelo en su trato, que volvia libre de la pena que le afligia.

Esparcióse la fama de la eminente virtud de Martin por todo el reino de Leon; y atraidos del buen olor de su santidad muchos obispos y grandes, concurrian á disfrutar su santa conversacion, admitiendo con profunda sumision sus saludables consejos; pero distinguiéndose entre todos el rey D. Alonso el IX, lo visitaba con frecuencia, y no pocas veces venia de rodillas para el Santo en prueba de la suma veneracion que le profesaba.

Carecia el siervo de Dios de inteligencia en las santas Escrituras, porque ocupado en su juventud en las peregrinaciones dichas, no tuvo tiempo para aplicarse al estudio de las sagradas Letras, en las que apetecia tener un perfecto conocimiento. Recurrió al cielo con fervorosas oraciones y con frecuentes súplicas, á fin de que el Señor se dignase concederle la inteligencia de la doctrina revelada para ser mas útil; y queriendo Dios satisfacer sus deseos, le llenó de cien-

cia infusa por uno de aquellos maravillosos portentos de su adorable providencia. Estaba una noche en oracion Martin reiterando sus ruegos, y quedándose dormido se le apareció en sueños el Padre san Isidoro con un libro en las manos, y le dijo: *Toma este volúmen, cómelo, y te dará el Señor la inteligencia que apeteces de las santas Escrituras: viértela con facilidad, para que se instruyan por ti los fieles.* Excusóse el siervo de Dios, porque ayunaba aquel dia, pero le instó el santo Doctor diciendo: *Entiende que no defraudarás el mérito del ayuno; esto te conviene para saber lo que apeteces: cumple la voluntad de Dios, para que no te prives de la ciencia tan deseada por ti.*

Obedeció Martin inmediatamente, y comiéndose el libro que le entregó san Isidoro, quedó tan lleno de sabiduría, que excedió considerablemente á todos los teólogos de su siglo, brillando entre los mas doctos como el sol entre los demás planetas. Dió el Santo á Dios repetidísimas gracias por un favor tan singular; y creyéndose obligado á convertir la ciencia en utilidad pública, ilustró con ella maravillosamente á la Iglesia, confundió á los herejes, desterró los errores, y redujo al camino de la salvacion á no pocos extraviados. Quiso dejar á la posteridad algunos monumentos instructivos: y aun cuando se hallaba en una edad avanzada, y enteramente debilitada, escribió con un trabajo sumo dos volúmenes con el título de Concordia del Antiguo y Nuevo Testamento, y además recopiló en otro tratado varias sentencias de los santos Padres: de cuyos escritos dice con particular elogio D. Lucas de Tuy, que por ellos se aclaran las cosas oscuras de la santa Escritura, se fortalece la fe católica, se confunde la perfidia de los Judíos, se destruyen las herejías, se manifiesta todo lo que es bueno y honesto, y se nos induce á ello por testimonio de las sagradas Letras, y por razones suaves y benignas; por lo que con justa razon debe ser contado san Martin entre los Doctores de la Iglesia: todo lo cual comprueban las citadas obras en dos tomos en fólio impresas en Segovia en el año 1782 á expensas del Emo. Sr. D. Francisco Antonio Lorenzana, arzobispo de Toledo.

Quiso Dios manifestar lo agradables que le eran estas útiles tareas de su fidelísimo siervo con uno de sus maravillosos prodigios. Tenia Martin al tiempo que las escribia siete clérigos amanuenses; y recibiendo solamente la racion que le daba el monasterio, multiplicándola con su bendicion se mantenian todos, y aun sobraba para dar á los pobres. No fue este solo prodigio el que obró el Señor por los méritos del Santo; hizo otros muchos que sirvieron para recomendar su eminente santidad.

Quebrantada la salud del siervo de Dios á fuerza de sus continuos trabajos, y al rigor de sus asombrosas penitencias, cayó en la última enfermedad; y como el Señor le habia revelado mucho antes la hora de su muerte, la que manifestó á sus compañeros con extraordinario júbilo, redobló en el corto resto de su vida su fervor, é hizo esfuerzos extraordinarios para purificar su inocencia: finalmente, habiendo recibido los santos Sacramentos, espiró tranquilamente en el dia 11 de febrero del año 1203, bien que otros señalan su feliz tránsito en el 12 de enero. Súpose luego en Leon la muerte del Santo, y fue general la pena y el sentimiento por haber perdido un padre tan piadoso, un doctor tan científico, y un oráculo celestial en quien todos tenian los mas saludables consejos y la resolucion de sus dudas; que solo pudieron consolarse con la firme seguridad de tener en el cielo un nuevo protector y abogado que intercediese por ellos. Celebráronse los funerales con la pompa y con la solemnidad que exigia el mérito del Santo, venerado por tal en vida y despues de muerto; y fue depositado su cadáver en el mismo monasterio. Quiso el Señor hacer su sepulcro célebre con repetidísimos milagros, los cuales movieron la devocion de los leoneses á que concurrieran á visitarle y á ofrecerle sus votos y sus promesas.

LA CONMEMORACION DE LOS FIELES DIFUNTOS.

La caridad que se observa en la Iglesia con los muertos siempre es provechosa á los vivos, no solo porque nos granjea amigos en el cielo, cuya proteccion no puede menos de sernos muy ventajosa; sino porque sirve maravillosamente para desprendernos de este mundo, cuya vanidad y figura transitoria nunca mejor la vemos que cuando hacemos oracion por los difuntos.

La triste memoria de aquellas personas que ya no son, y que tiernamente amamos en otro tiempo; de aquellos amigos de confianza, que eran todas nuestras delicias; de aquellos poderosos apoyos en que se fundaba la fortuna que comenzaba á asomársenos: esta triste memoria, vuelvo á decir, es un gran remedio para curarnos de las falaces ilusiones que engañan al corazon y al espíritu.

Cuando se considera que aquel padre, aquella madre, que afanaron toda la vida, y la gastaron en amontonar bienes de fortuna para nosotros ya no existen, y que los sufragios que ofrecemos son por el descanso de sus almas; cuando se considera que aquel esposo,

aquella esposa, que era todo nuestro consuelo, acabó ya sus dias, y que sepultada en los horrores de la muerte, y sumergida en las terribles llamas, destinadas para purificar las almas, pide el socorro de nuestras oraciones; cuando se nos representan tantos fieles que vivieron como nosotros, y que como nosotros ocuparon los primeros puestos, poseyeron los empleos lustrosos, edificaron esas soberbias casas, y brillaron en todas las ocasiones; cuando se considera todo esto, ¿podrá dejar de pensarse que algun dia tendrémos nosotros la misma suerte que ellos; que como ellos nos hemos de ver reducidos al asqueroso rincon de una sepultura; que como ellos hemos de ser despojados de todos esos ricos muebles, de todos esos pomposos equipajes, de todas esas grandes herencias, y que como ellos dentro de pocos dias tendrémos extrema necesidad de las oraciones de los fieles? ¡Dichosos nosotros, si nos halláremos como ellos en lugar donde estas oraciones puedan aprovecharnos!

Parece que no es posible rogar á Dios por los muertos sin acordarse de la muerte. Y esta memoria, este pensamiento tan propio para desengañarnos de tantas aparentes brillanteces como nos deslumbran, de tantos falaces atractivos como nos encantan; este pensamiento tan propio para quitar todo gusto á los placeres de esta vida ¿podrá ofrecerse á la memoria con frecuencia sin producir algun efecto?

Es la muerte el sepulcro de las pasiones, y su recuerdo es el gran remedio de ellas. Pierden toda su fuerza cuando se consideran como orígen de tantas pesadumbres y de tantos amargos arrepentimientos. En la muerte se las mira á otras luces, y ni aun se puede comprender cómo se las pudo mirar de otra manera.

¿Quedan por ventura en la muerte algunos vestigios de aquellas ideas quiméricas que se tuvieron en el mundo, ni de aquella mentida felicidad con que entretiene engañosamente á sus secuaces? Esos caprichosos devaneos de la propia excelencia, ese furioso hipo de sobresalir, esos deseos inmensos de enriquecerse, ¿subsisten por ventura entre los tristes despojos de nuestros cuerpos? ¿Perseveran acaso en medio del universal espolio de todas las cosas? ¿Resta por lo menos alguna memoria que nos consuele mucho de todo lo que lisonjeó tanto nuestro orgullo? ¿de todo lo que sació nuestro apetito? ¿de todo lo que constituyó nuestra soñada felicidad en la tierra?

¿Se piensa, se reflexiona, se medita cuando se está á punto de entrar en la espantosa eternidad? Pero ¿es tiempo de disponerse para morir cuando ya se está muriendo?

En aquel último momento cási se pierde de vista el puñado de dias que se vivió; y si el moribundo conserva alguna memoria de lo que fue, solo es para sentir mayor amargura en lo que va á ser, y en lo que ya es.

Yo era poderoso; yo poseia grandes bienes; yo gozaba elevados empleos; yo tenia incontestables derechos; yo disfrutaba gruesas rentas; yo estaba en posesion de pingües beneficios: *et solum mihi superest sepulchrum;* y ya todo esto se desvaneció: nada me ha quedado sino una hedionda sepultura.

Aquellas casas magníficas, aquellos soberbios palacios, mudas, pero elocuentes, reprensiones de la vanidad de los mortales, donde habia amontonado lo mas fino, lo mas exquisito que puede producir el arte, lo mas precioso, lo mas raro que se encuentra en los países mas remotos; aquellas quintas en que pasé tantos y tan divertidos dias; aquellos muebles, aquellas alhajas de tan delicado gusto; aquel magnífico almacen de adornos artificiosos, aquel rico tocador tan atestado de joyas y de diamantes; aquel numeroso séquito de cortejantes, de adoradores y de lisonjeros; aquel ostentoso tren, aquel soberbio equipaje con que me presentaba en la calle, y que me hacia tanto honor á lo del mundo; todo esto ¿dónde está? Ya nada de esto para mí. Apoderáronse de ello mis herederos; hiciéronse dueños absolutos de todo: á mí solo me ha quedado una negra, una horrible sepultura: *et solum mihi superest sepulchrum.* ¡Oh qué reflexiones! ¡oh qué objeto! ¡oh qué verdades tan eficaces para reprimir las pasiones, para amortiguar su fuego! ¡Dichoso aquel que no espera á la muerte para aprovecharse de tan poderoso remedio!

En aquella hora no hay reflexion que no aflija; no hay objeto que no espante; hácia ninguna parte se pueden volver los ojos que no sea con amargura: *In amaritudinibus moratur oculus meus.* Lo pasado aflige, lo presente asusta, lo futuro causa terribles espantos. Arrepiéntese el moribundo de lo que fue; pero por lo comun ¡qué arrepentimiento tan estéril! Desespérase de no haber sido el que debia; pero de ordinario ¡qué remordimiento tan inútil! Gime, llora, siente un cruel dolor de no haber prevenido con frecuentes reflexiones y con una vida mas arreglada el deplorable estado en que se mira; pero ¡qué arrepentimiento tan tardío! ¡qué lágrimas tan amargas como infecundas!

¿De qué sirve en el estado presente á aquella persona haber sido en vida tan distinguida por su ingenio, por su dignidad, por sus ri-

quezas, por su clase, por sus empleos? Viene la muerte á adocenarla con los mas viles de todos los mortales.

¿De qué sirven al presente á aquella mujer que acaba de espirar todos sus ricos adornos, todo su pomposo fausto? Espiraron con ella su soberbia, su ambicion y su delicadeza: la podre y los gusanos son la única herencia que la ha quedado: *Cum morietur homo, hæreditabit vermes.* ¡Buen Dios, cuántas ilusiones derriba la muerte!

Pero ¿qué es lo que se hace cuando en vida se trae á la memoria el pensamiento de la muerte? Anticípase, por decirlo así, aquel postrero dia, aquel último momento, aquellas luces vivas y penetrantes; y sin aguardar á que la catástrofe y el fin de los enredados lances del mundo nos descubran á nuestro pesar estos misterios de vanidad, nosotros nos los descubrimos á nosotros mismos por medio de santas reflexiones.

Cuando se pone á la vista el retrato de la muerte, se miran desde luego todas las cosas del mundo á aquellas mismas luces á que la muerte nos las ha de hacer mirar. ¿Se conocen y se juzga de ellas ahora como se ha de juzgar entonces? Vese claramente que son frívolas, engañosas, despreciables: avergüénzase el corazon de haberse pegado á ellas: llora uno su ceguedad, como la lloraria en aquella última hora. Hallándose el entendimiento y la voluntad en tan cristiana disposicion, la pasion mas violenta se resfria, la concupiscencia no está tan viva, ni el apetito tan hambriento. Grandezas humanas, bienes caducos, placeres superficiales, todo se representa con un resplandor tibio y maligno, con un atractivo lánguido y zonzo, con un gusto insípido, mirado por entre los oscuros celajes de la muerte.

Acuérdate de la muerte, dice el Sábio, y te conservarás inocente: *Memorare novissima tua, et in æternum non peccabis.* Acuérdate de la muerte, y dejarás de estar tan infatuado de ti mismo: no serás tan vivo ni tan ardiente en defender tus derechos; no serás tan celoso de tu autoridad, tan delicado en tus intereses, tan codicioso de tus ganancias, tan feroz en tus cóleras, tan duro con los demás, tan indulgente contigo mismo, y tan poco cristiano en toda tu conducta. Acuérdate de la muerte, y desde luego tendrás apacibilidad, dulzura, circunspeccion, modestia, paciencia, moderacion. La imágen de la muerte hace llamada, por decirlo así, á todas las virtudes.

Pero mientras tanto se huye de pensar en la muerte. Mas ¿por qué? ¿Acaso se pone en duda si se ha de morir? ¿acaso se tiene seguridad

de morir bien? ¿Es obra tan fácil, ó á lo menos indiferente, una buena muerte? ¿Es de tan poca consecuencia que no merece se piense en ella? De la muerte pende la salvacion eterna: son pocos los que mueren bien. Pero ¿puede suceder otra cosa, siendo tan pocos los que piensan en la muerte?

El pensamiento de la muerte asusta, turba los gustos, altera el contento de los alegres dias de la vida; por eso se huye de él. Pues ¿por qué no hacemos lo mismo con todo aquello que nos inquieta y turba nuestro reposo?

Está pendiente un pleito criminal: trátase no menos que de conservar ó perder toda la hacienda, de la honra de la familia, de la vida misma. Si llega el caso de perderla, ¡qué pesadumbre! ¡qué desgracia! Solo en pensarlo nos estremece. Pues ¿por qué no se desvia de la imaginacion este triste, este molesto pensamiento? ¿Por qué, al contrario se le abriga, se le fomenta, y á todas partes nos acompaña? No se piensa en otra cosa que en el pleito; no se habla de otra cosa que del pleito; no hay dia, no hay hora, no hay instante que no se llame á la imaginacion este pensamiento: en todas las acciones se le hace lugar; en la mesa, en la conversacion, en el juego, en el paseo; ningun objeto le distrae, todos ceden á él. Á la verdad, aunque incomoda, no es inútil. Se agencia, se informa, se solicita, se consulta, se toman las medidas que sugiere la prudencia; este solo negocio ocupa el pensamiento, porque este solo negocio ocupa el corazon. Y ¿qué se diria de un hombre que, teniendo un pleito de esta entidad, no quisiera ni aun oir hablar de él, que hiciera todo lo posible por desviarle de la memoria, solo porque le espanta y le molesta?

No discurro que sea menester hacer la aplicacion, ni señalar con el dedo la imprudencia, mejor diré la locura de los que no quieren pensar en la muerte, porque este triste objeto los aterra y los melancoliza. Pero ¿se ignora por ventura que en nuestra mano está, con el auxilio de la divina gracia, que la muerte nos llene de consuelo, nos sea dulce, nos sea preciosa en los ojos del Señor? ¿y que uno de los medios mas eficaces para esto es pensar continuamente en la muerte? ¿Se puede racionalmente esperar una muerte dichosa, cuando no se ha dignado de pensar en ella en vida? Es tentacion conocida el horror que se tiene á tan saludable pensamiento. ¡Pobre de aquel que se dejare vencer de ella! Á menos que se ponga en duda el morir, es locura el desechar el pensamiento de la muerte. Ciertamente que si en todas nuestras resoluciones, en todas nuestras ideas, en

todos nuestros negocios, en todo el comercio con el mundo tuviéramos presente que nos habíamos de morir, ahorraríamos mil motivos de arrepentimiento. Se teme el pensamiento de la muerte, porque se temen los efectos que necesariamente ha de producir este saludable pensamiento. Si se pensara muchas veces en la muerte, no se viviria con tanta libertad, con tanta alegría, con tanto esparcimiento, con tanto desahogo. Si se pensara muchas veces en la muerte, no se frecuentara tanto el juego, no se aspiraria con tanta ansia á los empleos, no se viviria con tanto encaprichamiento en las vanidades del mundo. Si se pensara muchas veces en la muerte, no se asistiria mas al baile, no se concurriria mas á todas las partidas de diversion; se abandonarian para siempre ciertos cortejos y ciertas conversaciones; perderian todo el gusto para nosotros los teatros, las plazas y los espectáculos. Si se pensara muchas veces en la muerte, presto se tomaria el partido del retiro, de la soledad, de la reforma; y esto es justamente lo que no estamos de humor de abrazar. El pensamiento de la muerte obliga al hombre á ser mas prudente cuando no tiene gana de ser mejor.

Pensar en la muerte sin enmendarse es locura; no pensar en ella por no verse obligado á corregirse es impiedad. ¡Qué desgracia, mi Dios, morirse un hombre sin haber cási jamás pensado en la muerte!

La Misa es la que se dice cotidianamente por los difuntos, y la Oracion es la que se sigue:

Fidelium Deus omnium Conditor et Redemptor, animabus famulorum famularumque tuarum, remissionem cunctorum tribue peccatorum: ut indulgentiam, quam semper optaverunt, piis supplicationibus consequantur: Qui vivis et regnas, etc.

Ó Dios Criador y Redentor de todos los fieles, concede á las almas de tus siervos y de tus siervas la remision de sus pecados, para que por las piadosas oraciones de la Iglesia consigan el perdon que desearon. Tú que vives y reinas, etc.

La Epistola es del capítulo XIV *del Apocalipsis.*

In diebus illis: Audivi vocem de cœlo, dicentem mihi: Scribe: Beati mortui, qui in Domino moriuntur. Amodo jam dicit Spiritus, ut requiescant à laboribus suis: opera enim illorum sequuntur illos.

San Juan en su Apocalipsis expresa: Oí una voz del cielo que me decia: Escribe: Bienaventurados los que mueren en el Señor. Por cierto, dice el Espíritu Santo, ya es tiempo que descansen de sus trabajos, siguiéndoles sus obras para la recompensa.

REFLEXIONES.

Vívase como se quisiere entre la opulencia, entre el esplendor y el regalo. Ni la nobleza, ni las riquezas, ni los honores, nada puede eximirnos de las miserias de esta vida. Todos vivimos en la region del llanto: no nace en ella la risa sino á fuerza de artificio. El decreto que condena los hombres al trabajo es universal: ninguno se exime de él. Ni las condiciones, ni los estados, ni aun las mismas edades dispensan á nadie en esta ley. Antes que se pueda, por decirlo así, derramar sangre, ya se entra en el mundo derramando lágrimas. Nacen con nosotros los dolores y las pesadumbres. No siempre el trabajo corporal es el que mas fatiga : el alma y el corazon tienen sus penas tanto mas duras, cuanto menos visibles. Las cruces interiores son las mas pesadas. Nunca mas amargamente se gime que cuando se gime en secreto. Comienzan á correr las lágrimas desde la cuna, y no se seca el manantial ni aun con los rayos del trono. Es menos incompatible la alegria con los trabajos del cuerpo que con los del espíritu. Aquellos tienen sus intervalos; pero los cuidados, las pesadumbres, las amarguras que causan las pasiones atormentan sin intermision. Esta es la suerte de todos los hombres del mundo : ó trabajos del cuerpo, ó cuidados del ánimo, y muchas veces unos y otros. No hay que esperar calma ni reposo hasta que se acabe la vida. Dichoso aquel á quien el Espíritu dice que descanse despues de sus trabajos. La alegria llena, la tranquilidad fija, el descanso dulce solo reinan en la patria celestial. Pero advierte que este descanso es premio de las buenas obras, y que solamente á los muertos que mueren en el Señor se les dice que descansen de sus trabajos. ¡Qué suerte tan diferente! igualmente mueren el justo y el pecador: la vida de los dos fue igualmente trabajosa. Pero á los trabajos del justo se sigue un descanso eterno; y á las fatigas, á los sudores, á los cuidados del pecador se sigue un eterno suplicio. Llanto en este mundo, y en el otro fuego eterno, y con el fuego rabia, desesperacion, crujir de dientes sin fin. ¡Oh mil veces felices los que mueren en el Señor! ¡Oh mi Dios, qué tranquila, qué envidiable es la muerte de los buenos! Hablando con propiedad, ella es el fin de los trabajos y el principio de una felicidad pura, eterna y sobreabundante. Todos los mortales corren su carrera, sin que los mas piensen en el término. El curso es laborioso; pero ¿al cabo nos dirá el Espíritu que descansemos de nuestros trabajos? Consultemos nuestras obras. ¡Dichoso el que trabajó por el cielo; dichoso el que vivió en el reti-

ro, dedicado todo á devotos ejercicios; dichoso el que se desterró para siempre de los concursos llenos de peligro; dichoso el que pasó los dias de su vida en el servicio de Dios y en santos ejercicios de mortificacion y de penitencia! Trabajemos en nuestra salvacion durante esta breve vida, que ya bastará la duracion de la eternidad para recompensar nuestros trabajos.

El Evangelio es del capítulo VI *de san Juan.*

In illo tempore dixit Jesus turbis Judæorum: Ego sum panis vivus, qui de cœlo descendi. Si quis manducaverit ex hoc pane, vivet in æternum: et panis quem ego dabo, caro mea est pro mundi vita. Litigabant ergo Judæi ad invicem, dicentes: Quomodo potest hic nobis carnem suam dare ad manducandum? Dixit ergo eis Jesus: Amen, amen dico vobis: nisi manducaveritis carnem Filii hominis, et biberitis ejus sanguinem, non habebitis vitam in vobis: qui manducat meam carnem, et bibit meum sanguinem, habet vitam æternam, et ego resuscitabo eum in novissimo die.

En tiempo de la predicacion de Jesucristo dijo al pueblo de los judíos: Yo soy el pan de vida, que descendí del cielo. Si alguno comiere de este pan, vivirá eternamente; porque el pan que yo daré es mi carne entregada por la vida del mundo. Disputaban entre sí los judíos, diciendo: ¿Cómo puede este darnos á comer su carne? Á que les satisfizo Jesús: En verdad, en verdad os aseguro: que si no comiéreis la carne del Hijo del Hombre, y bebiéreis su sangre, no tendréis vida en vosotros: pues aquel que come mi carne y bebe mi sangre habrá la vida eterna. Y yo le resucitaré en el último dia.

MEDITACION.

De la incertidumbre de la hora de la muerte.

Punto primero.—Considera que es cierto que hemos de morir. Pero ¿cuándo? ¿Será presto? ¿será tarde? No sabemos ni una palabra. Lo que hay de cierto en la materia es, que el dia de hoy puede ser el último de nuestra vida; que siempre se muere antes de lo que se piensa, y que el Hijo del hombre ha de venir cuando menos se le aguarda. Por mas prevenido que estés, siempre te cogerá de repente. ¿Qué será si no haces alguna prevencion?

Pocas muertes hay que no sean repentinas; y todas son súbitas respecto del que muere. Todo parece que conspira á engañar á un moribundo, y hasta él mismo se pone de acuerdo con los que le engañan. ¿Qué hombre has visto morir que no se prometiese vivir por lo menos hasta el dia siguiente?

¡Gran manía! sábese que la muerte es inevitable; pero siempre se la considera allá al fin de una carrera muy dilatada; allá unos

grandes léjos en una edad muy avanzada. Llega esta avanzada edad, y nunca lo es tanto, que nos quite la esperanza de vivir por lo menos otro año mas. Por robusta que sea nuestra salud, desde la vida á la muerte no hay mas que un solo paso. ¿Dónde se hallará un hombre prudente que quiera asegurarnos un año mas de vida, poniendo en peligro la suya? Sin embargo, yo expongo á peligro mi salvacion por dilatar hasta el año que viene el convertirme.

Ignora el hombre el fin de sus dias, dice el Sábio. Como el pez que juguetea en las aguas y como el pajarillo que revolotea en los aires, se hallan presos de repente, aquel en el anzuelo, y este en el lazo; así los hombres se dejan prender infelizmente de la muerte, cuando pensaban gozar los mas alegres dias de la vida.

De todos aquellos que sabemos haber muerto el año pasado ¿habia siquiera uno que pensase morir en aquel año? Y de todos los que viven en el año presente ¿habrá siquiera uno que juzgue sériamente que no ha de vivir mas que este año solo?

¿Quién podrá asegurarme hoy que tengo de vivir mañana? Luego es cierto que me puedo morir hoy. Y este dia decisivo de mi suerte ¿seria principio de una dichosa eternidad, si el dia de hoy fuese el postrero de mi vida? Estremézcome al oir esta proposicion: basta este solo pensamiento para asustar mi conciencia. ¡Ah! si dentro de dos horas hubiera de parecer ante el tribunal de Dios; si fuera preciso dar cuenta al supremo Juez del tiempo que he perdido, de los auxilios, de las gracias que he malogrado; ¡qué seria de mí tan cargado de pecados, sin haber dado principio á hacer penitencia, si dentro de pocas horas hubiera de oir mi última sentencia sin apelacion! El caso puede suceder. ¿Quién me asegura que no sucederá?

Punto segundo. — Considera qué locura seria la de un caminante que en la víspera de un largo viaje, en lugar de hacer las prevenciones necesarias para la jornada, solo pensase en fabricar casas que no habia de habitar, en adquirir haciendas que no habia de gozar, en contraer nuevas amistades, en estrecharse con conocimientos que el dia siguiente habia de romper. ¿Y tenemos nosotros mas juicio cuando procedemos como si hubiéramos de vivir eternamente? ¿Qué hacemos cuando no pensamos en la muerte?

Si supiera que habia de morir mañana, me dispondria hoy para morir. Pero ¡ah! que quizá será antes de mañana; puedo morir esta noche, puedo morir en este mismo momento. Si me sucediera

esto, ¿me cogeria la muerte prevenido? ¿Y me cogerá mas, si muero sin pensar en ella?

Uno que estuviese condenado á muerte por sentencia irrevocable ¿podria alegrarse, y no pensar mas que en vivir, sin haber perdido el juicio? *Statutum est hominibus semel mori.* Pronunciada está la sentencia de muerte contra todos los hombres. Condenados están á morir, y á morir no mas que una vez. Un Dios es el que nos ha condenado á muerte, y de esta muerte depende nuestra felicidad ó nuestra infelicidad eterna. No se muere mas que una vez; y mientras tanto ninguno piensa en morir. ¿Es cosa tan fácil morir bien? ¿Es cosa indiferente morir mal?

¡Qué cosa tan terrible es morir sin estar prevenido! Y ¿cuánto tiempo nos parecerá necesario para estarlo? ¿Bastaria un mes para ponernos en estado de comparecer ante el espantoso tribunal del soberano Juez? Los negocios de la conciencia; treinta, cuarenta años de una vida estragada; ese confuso cáos de iniquidad, ¿podrá aclararse en pocas semanas? Pues ¿cuánto tiempo pensamos dedicar á esto? ¿Y estamos asegurados siquiera de un solo dia?

Qué ¡mi Dios! aun los que mas hubieren pensado en la muerte, se hallarán todavía sorprendidos. Pues ¿qué será de los que nunca pensaron en ella? ¿de los que ni aun quieren que otros piensen?

¡Cosa extraña! solo no se piensa en la incertidumbre de la muerte por lo que toca á la salvacion; pero en atravesándose algun interés temporal no se piensa en otra cosa. Compañías de comercio, contratos matrimoniales, escrituras públicas, convenciones particulares, todas están llenas de prudentes precauciones contra esta fatal incertidumbre. No sabemos, se dice, lo que puede suceder: somos mortales; es prudencia prevenir los accidentes de la vida. Bien dicho. Pero por la salvacion, por los negocios de la conciencia, por asegurarnos una eterna felicidad, ¿qué prevenciones se hacen? ¿qué precauciones se toman?

Señor, y despues de todas estas reflexiones ¿incurriré yo en la misma falta? No, dulce Jesús mio, no quiero yo mas arriesgar mi salvacion. De hoy en adelante miraré el dia presente como si fuese el postrero de mi vida; viviré, mediante vuestra divina gracia, como si en aquel dia hubiera de morir.

JACULATORIAS.—Haced, Señor, que siempre tenga presente la brevedad de la vida y la incertidumbre de la hora de la muerte. (*Psalm.* CI).

No me corteis, mi Dios, en medio de la carrera. (*Ibid.*).

PROPÓSITOS.

1 Pudiendo ser cada dia el último de la vida, ¿no será la mayor de todas las locuras que se pase un solo dia sin pensar en la muerte? ¿Y has pensado mucho en ella? Cada dia puede darse la sentencia en el proceso de que pende tu felicidad ó tu infelicidad eterna. Piensa todas las mañanas si están los autos bien preparados; si serán ó no serán menester nuevas luces, nuevos documentos; si te resta algo que hacer, para ponerlos en buen estado. Todo cuanto se presenta á la vista es imágen, ó á lo menos recuerdo de la muerte. Ruinas de edificios antiguos, magnificencia de los nuevos, revolucion de las estaciones, sucesion regular de las horas y de los dias, rapidez del tiempo, cursos de los astros; todo nos está predicando la muerte con lengua muda. Las modas que ya no se usan, los muebles que se gastan, las historias, las pinturas, todo es recuerdo de la muerte. Pues no seas tú solo el que eches de tí este pensamiento: da oidos á todo lo que te esté clamando que tambien tú has de morir. Fuera del Crucifijo que debes tener destinado para que te ayuden á bien morir con él en la hora de la muerte, y el que has de tener siempre á la vista mientras vivas, usa de ciertos pensamientos prácticos, que son muy propios para disponerte á buena muerte. Primero: algunos tienen escrita al pié del Crucifijo sobre la mesa ó en el estudio esta sentencia: *Está siempre prevenido, porque en la hora que no piensas vendrá el Hijo del Hombre.* Segundo: otros tienen una calavera, ó junto á la cama, ó á lo menos en el oratorio, y nunca ponen los ojos en ella sin hacer algunas reflexiones sobre la muerte. Tercero: ha habido muchas piadosas señoras que, teniendo prevenida la mortaja con que han de ser enterradas, la guardan entre sus galas para que siempre que van á buscar estas se acuerden de la que han de llevar á la sepultura. Cuarto: algunos leen una vez cada mes su testamento, no solo para examinar si están bien arregladas todas sus disposiciones, y si hay alguna cosa que mudar, sino particularmente para traer á la memoria la sepultura que escogieron y la casa donde han de vivir hasta el dia de la resurreccion. Aprovéchate de estas piadosas industrias.

2 Puesto que la hora de la muerte es incierta, y que ciertamente, por mas vigilante que estés, siempre te ha de coger de improviso; guárdate bien de dilatar para la hora de la muerte lo que tú mismo puedes hacer en vida: v. gr. confesiones generales ó extraordinarias, reconciliaciones con los enemigos, y restituciones. Desengáña-

te, que la última enfermedad solo es oportuna para ejercitar la paciencia. No nos manda el Salvador que nos dispongamos entonces, sino que estemos ya dispuestos. Examina si te resta algo que hacer, y desciende á cosas particulares. Mira bien qué regla, qué buena obra, qué devocion has omitido. Ofrece hoy alguna oracion ó alguna limosna por las ánimas del purgatorio. Estas que parecen piadosas menudencias, esa reforma de costumbres y de conducta te colmarán de alegría en aquella última hora, y te librarán de muchos amargos remordimientos. No te contentes con que te parezcan bien estos consejos; pasa á ponerlos en práctica. La vista de la sepultura es una medicina muy eficaz para curar las dolencias del alma. No hay pasion que no se modere cuando se piensa en la muerte.

DIA XII.

MARTIROLOGIO.

Santa Eulalia, vírgen, en Barcelona en España, la cual en tiempo del emperador Diocleciano pasó por los tormentos del caballete, de los garfios de hierro y de las llamas; y finalmente, clavada en una cruz, recibió la gloriosa corona del martirio. *(Véase su vida en las de este dia).*

San Damian, soldado y mártir, en África.

Los santos mártires Modesto y Juliano, en Cartago.

San Modesto, diácono y mártir, en Benevento.

Los santos niños Modesto y Ammonio, mártires, en Alejandría.

San Melecio, obispo, en Antioquía, el cual fue muchas veces desterrado por defender la fe católica, y últimamente murió en Constantinopla: sus virtudes las publicaron con grandes elogios san Juan Crisóstomo y san Gregorio Niseno. *(Véase su vida en las de este dia).*

San Antonio, obispo, en Constantinopla, en tiempo del emperador Leon VI.

San Gaudencio, obispo y confesor, en Verona.

LA TRASLACION DE SAN EUGENIO, ARZOBISPO DE TOLEDO Y MÁRTIR.

Entre las muchas reliquias preciosísimas que posee la santa iglesia de Toledo es una el brazo de su arzobispo y mártir san Eugenio, cuya traslacion celebra este dia; y sucedió del modo siguiente: El arzobispo D. Ramon Francés, que de arcediano de Toledo y obispo de Osma sucedió al gran prelado D. Bernardo, tuvo que asistir al concilio de Ruan convocado por Eugenio III. Detúvose en París con el objeto de visitar los templos de esta ciudad y adorar las reliquias que en ella se guardaban; y llegando á la iglesia de San Dio-

nisio, dió con el sepulcro en que se veneraba el cuerpo de san Eugenio. Vuelto á Toledo refirió al emperador D. Alfonso VII el gozo que tuvo con el hallazgo de este tesoro. Poco despues, cuando don Luis VII rey de Francia pasó á Toledo, el Emperador, que era suegro suyo, le pidió alguna reliquia del santo Prelado, y el rey Luis, agradecido á la buena acogida que los españoles le hicieron, envió en una arca muy rica el brazo derecho de este Santo, escogiendo por guarda y embajador para que lo trajese al abad del monasterio de San Dionisio, persona de grandes prendas.

Cuando la reliquia llegó á Toledo era ya muerto el arzobispo don Ramon, y le habia sucedido D. Juan, obispo de Segovia, el cual, con el Emperador y sus hijos, y el clero, y toda la corte y el pueblo, le salieron á recibir; y el Emperador con sus dos hijos y un grande del reino llevaron en sus hombros el arca hasta colocarla en la santa iglesia, en un trono que estaba destinado para este fin.

Esta primera traslacion fue el año 1156, á los doce dias del mes de febrero. De la segunda hablarémos en noviembre.

SAN MELECIO, OBISPO Y CONFESOR.

San Melecio, de quien san Juan Crisóstomo y san Gregorio Niseno hacen tan magnífico elogio, nació en Melitene, ciudad de la menor Armenia, hácia el principio del siglo IV. Su familia era de las mas nobles del país; y fue de un natural tan dulce, tan apacible, tan amigo de dar gusto á todos, y de una inclinacion tan naturalmente propensa á todo lo bueno, que parecia en él innata la virtud. Desde la niñez fue su vida irreprensible. Su modestia, su apacibilidad, la inocencia de sus costumbres y sus graciosísimos modales le ganaron el cariño y el amor de cuantos le conocian; pero su piedad, su excelente ingenio y su sabiduría, además del amor y del cariño, le granjearon la estimacion y el respeto.

Desolaba la Iglesia de Oriente la herejía arriana, apoyada con la autoridad del emperador Constancio. Ensoberbecida con sus conquistas y con el crédito en que estaba, habia encendido una cruel guerra entre los Católicos y los Arrianos: el odio entre los dos partidos era mútuo; ardia todo el Oriente, y no se veia en él sino cisma y division. La eminente virtud de nuestro Santo brillaba con resplandor tan sobresaliente, que le habia hecho superior aun á la misma envidia, y, lo que se ve muy raras veces, igualmente le habia merecido la estimacion de los Arrianos que de los Católicos. La repu-

tacion de hombre prudente, recto, sincero, irreprensible en sus costumbres y piadoso, resonaba en todas partes; y cási se puede decir que esta misma general reputacion, el haber sido su mérito tan indisputable y tan universalmente reconocido de todos, en cierta manera hubo de perjudicar al concepto de la pureza de su fe en la aprehension vulgar de aquellos que no creen pueda uno merecer la estimacion de los enemigos de la Religion y ser católico.

En esta general estimacion se hallaba Melecio cuando vacó la silla episcopal de Sebaste en Armenia por la deposicion de su obispo Eustatio. No hubo mucho que deliberar en la eleccion de sucesor. Por unánime consentimiento fue nombrado Melecio, siendo lo mas singular de su promocion, que hasta los Arrianos de la faccion de Acacio, que eran los mas poderosos, concurrieron voluntariamente con sus votos; lo que hizo dudar por algun tiempo de la pureza de su fe, pero presto disipó estas sombras la rectitud de su conducta. Apenas se vió obispo, cuando se aplicó á desempeñar todas sus obligaciones. Su celo y su caridad episcopal, sazonadas siempre con aquella cristiana dulzura que era en parte su carácter, le hacian proceder en todo como verdadero pastor. Pero este pastor celoso tuvo la desgracia de encontrarse con un rebaño tan indócil que, habiendo experimentado inútiles cuantos esfuerzos hizo para reducirle á su deber, dejó el obispado, y se retiró á la soledad, para vacar á la contemplacion, y gozar en ella el sosiego de una vida privada. Creciendo el amor al retiro con el gusto y con el dulce reposo que en él experimentaba, y viendo que ya comenzaban á honrar su virtud mas de lo que quisiera, turbando su amada soledad el concurso de las gentes, resolvió pasar á Borea en Siria, para vivir allí desconocido, haciéndose invisible, si pudiese ser, á todos los mortales.

Pero eran muy otros los intentos de la divina Providencia. No queria que tan grande antorcha estuviese escondida, pues destinaba á Melecio para una vida mas laboriosa. Treinta años habia que la Iglesia de Antioquía estaba gimiendo bajo la tiranía de los Arrianos. Habiendo sido arrojado de ella Eudoxio, que por los artificios de la faccion arriana la habia usurpado, los Católicos y los herejes trabajaban con el mayor empeño en colocar en aquella silla un patriarca que fuese de su partido. Compadecido Dios de aquella afligida Iglesia, dispuso con amorosa providencia que en lo mas fuerte de la disputa unos y otros pusiesen los ojos en Melecio. Los Católicos estaban bien persuadidos de la solidez de su virtud; y los Arrianos, sabiendo que los de su faccion habian dado su consentimiento para

que fuese obispo de Sebaste, no desconfiaban de él. Y, en fin, conociéndole todos por un hombre muy elocuente, de un natural dulce, amigo de hacer bien, muy propio para conciliar los ánimos y unir los corazones, irreprensible en sus costumbres, y generalmente estimado de todo el mundo, esperaron hallar en él un digno prelado. De esta manera los Arrianos, que manejaban la corte, suplicaron al emperador Constancio, que se hallaba á la sazon en Antioquía, diese su imperial consentimiento para que Melecio fuese colocado en la silla patriarcal, y los Católicos consintieron con toda el alma en esta eleccion, no estando menos asegurados de la pureza de su fe que de la santidad de su vida.

Cuando llegó al Santo la noticia de haber sido nombrado patriarca de Antioquía, estuvo inconsolable. Haciale insufrible esta pesada carga el amor que tenia á la soledad. No perdonó á medio alguno para echarla de sus hombros, y resolvió buscar la seguridad en la fuga; pero como se tenia bien prevista su repugnancia, se habian tomado eficaces providencias para precaverla. Al fin se vió precisado á rendirse á las órdenes del Emperador y á la eleccion de los Obispos. Fue conducido desde Borea á Antioquía. Fue tan universal el gozo por su eleccion, que no solo le salieron á recibir los Obispos, que en gran número estaban juntos en la ciudad, el clero y todo el pueblo; sino que hasta los judíos, hasta los mismos paganos concurrieron de todas partes, atraidos de su reputacion, para verle y para tener parte en la alegría pública. Su entrada parecia un verdadero triunfo, semejante en alguna manera á la de Cristo en Jerusalen, pues fue recibido con públicas aclamaciones en una ciudad, de donde bien presto habia de ser arrojado con insolencia.

Luego que se sentó en la silla patriarcal conoció que los partidos estaban impacientes hasta saber si se declararia por los Arrianos ó por los Católicos. Pero como era en extremo prudente y detenido, se aplicó ante todas cosas á ganar los corazones, persuadido á que presto conseguiria unir en una misma fe todos los espíritus, como lograse la confianza de todos. Contentóse á los principios únicamente con predicar la reformacion de las costumbres y el ejercicio de las virtudes cristianas. Iban sus ejemplos delante de sus sermones, y se conoció presto su eficacia, porque predicaba mas su modestia, su regularidad, su caridad y su porte edificativo que sus palabras. Nunca bajó del púlpito sin alguna insigne conversion: no solo cautivaba la singular gracia que el Señor comunicaba á las verdades mas fuertes en su boca, sino aquella humildad profunda, aquel olor de san-

tidad que exhalaba en todas sus acciones. Admiraba la inmensa caridad con que su corazon abrazaba á todo género de personas: los pobres publicaban en todas partes su liberalidad; cada cual elogiaba aquella afabilidad, aquella dulzura; y la feliz junta de prendas tan nobles y tan sobresalientes le hacian amable á todo el mundo.

No pasó mucho tiempo sin que se experimentase que esta apacibilidad y este sufrimiento no eran especie de indolencia natural, ó efecto puro de un temperamento blando, sino que sabia acompañarlas de una fortaleza invencible, cuando se atravesaban los intereses de la Religion y de la Iglesia.

Deseando saber los Arrianos si podrian contar con su nuevo Patriarca, suplicaron al emperador Constancio que procurase sondearle, estrechándole á que se explicase en órden á lo que creia. Consintió en ello el Emperador, y para hacerlo con mayor seguridad, fuera de Melecio escogió á otros dos prelados tenidos por mas hábiles, y quiso que en plena asamblea, celebrada en su presencia, explicasen aquellas palabras de la Escritura de que abusaban los Arrianos para autorizar sus errores, y para destruir la consustancialidad del Verbo: *El Señor me crió en el principio de sus caminos*. Jorge, obispo de Laodicea, hombre político y poco arreglado, habló el primero, y habló como verdadero arriano: Acacio, obispo de Cesarea, hombre ambicioso, que solo tiraba á lisonjear al Emperador, le siguió, y explicó dichas palabras como verdadero hereje. Habló el tercero Melecio, y las explicó en un sentido tan católico, con tanta elocuencia y con tanta dignidad; probó la consustancialidad del Verbo con unas razones tan claras, tan enérgicas; demostró tan visiblemente los errores de los Arrianos, y puso tan patente la impiedad de sus dogmas, que desesperados de verse como engañados, allí mismo dieron á entender con estrépito furioso su indignacion y sù cólera. Un diácono tuvo la insolencia de taparle la boca con la mano; pero el santo Patriarca explicaba por señas lo que no podia con la lengua; y desembarazado de aquel atrevido, declaró al pueblo y á todo el clero la igualdad de las tres divinas Personas de la santísima Trinidad en una misma esencia divina, con tanta precision, con tanta limpieza, que no parecia hombre, sino un Ángel, el que hablaba por la boca de Melecio.

Furiosos los Arrianos á vista de una profesion tan pública, tan católica y tan ruidosa de la fe del Patriarca, persuadieron al Emperador que le arrojase de su silla. Vino en ello aquel mal aconsejado Príncipe, y el mismo dia le desterró á Armenia. Pero no se atrevie-

ron á sacarle de la ciudad de dia ; porque el amor, el respeto y la estimacion del pueblo á su santo Pastor habian subido tan de punto en el corto espacio de un mes, y no cabal, dice san Crisóstomo, que ponian su nombre á sus hijos, y los Católicos se llamaban Melecianos. Viendo san Eusebio de Samosata la indignidad con que se trataba al santo Prelado, se salió de la asamblea, y se retiró á su obispado. Llevaba consigo el acta de la eleccion del patriarca Melecio, y los Arrianos despacharon tras de él á un criado del Emperador para pedírsela de parte de este Príncipe. Resistiéndose Eusebio á entregarla, se le despachó segundo correo con órden de que la entregase al instante, y cuando no, que se le cortaria la mano derecha. Apenas leyó el Santo la órden del Emperador, cuando presentó al portador entrambas manos para que se las cortase ; firmeza de ánimo que no pudo dejar de admirar el mismo Emperador, elogiándola públicamente. Habiendo quedado solo en el trono imperial Juliano Apóstata, por muerte de Constancio, llamó del destierro á todos los que estaban condenados á él por su predecesor. En virtud de este edicto se restituyó á su iglesia san Melecio, hácia el fin del año 362, y tuvo el disgusto de hallar introducido el cisma y la division aun entre los mismos Católicos. Trabajó mucho, pero en vano, el santo Pastor en unir á su rebaño. Estaban los ánimos tan enconados, y tan irritados los corazones, que no surtieron efecto sus solicitudes y sus fatigas. Para colmo de la afliccion el emperador Juliano Apóstata, enemigo mortal de los Cristianos, habia escogido á la ciudad de Antioquía por silla del paganismo. Fácilmente se deja discurrir cuánto tendria que padecer el santo Prelado, así de los herejes como de los gentiles. No por eso aflojó nada en su celo, en su piedad, en su vigor, á pesar de las amenazas del príncipe idólatra. Irritó muy presto al apóstata Emperador su solicitud pastoral, y le envió desterrado ; de suerte, que en menos de tres años se vió el Santo dos veces arrojado de su silla. Muerto poco despues Juliano Apóstata, su sucesor Joviano, príncipe piadoso, llamó del destierro á san Melecio. Entonces se conoció visiblemente que el interés y la ambicion son los que reglan la conducta de los herejes, y que no tienen mas religion que la que domina en la corte. Aquel mismo Acacio, que habia sido jefe ó cabeza de los semiarrianos, viendo al Emperador altamente declarado por la fe del concilio de Nicea, asistió á un sínodo convocado por san Melecio, y suscribió con los demás una profesion enteramente católica. Pero no habiendo reinado mas que ocho meses el piadoso emperador Joviano, Valente, su su-

cesor, turbó luego la paz de la Iglesia, favoreciendo descubiertamente á los herejes. Durante estas revoluciones fue siempre igual el celo de san Melecio, sin desmentirse jamás su virtud y su vigilancia, y tuvo el consuelo de educar debajo de su mano por espacio de tres años al grande san Juan Crisóstomo.

Habiendo venido á Antioquía el emperador Valente hácia el fin del año de 371, hizo cuanto pudo por ganar para su partido al santo Patriarca; pero hallándole incontrastable, le desterró á lo último de la Armenia. Amotinóse el pueblo resuelto á embarazarlo; pero el Santo le apaciguó, y él mismo se puso delante del oficial que le conducia para estorbar que le matasen á pedradas. Muerto desastradamente el emperador Valente, su sucesor Graciano, príncipe católico, llamó del destierro á san Melecio. La gloria de haber padecido tres destierros en defensa de la fe le hizo mas amable y mas venerable á su pueblo. Con su dulzura y con sus bellos modales venció en fin la obstinacion de su competidor el obispo Paulino; y aunque su avanzada edad, y los grandes trabajos que habia padecido, parece que le inhabilitaban para nuevas fatigas corporales, con todo eso quiso visitar todo su obispado. Hizo en esta visita infinitos bienes, convirtió á muchos arrianos, y reformó las costumbres de los Católicos. Celebró en Antioquía los mas ilustres concilios que se tuvieron en Oriente por el número de santos y sábios prelados que concurrieron á ellos, en los cuales se confirmó la fe del concilio de Nicea, fueron confundidos los herejes, y quedó la paz de la Iglesia dichosamente restablecida.

Queriendo Graciano vengar la muerte de su tio el emperador Valente, envió contra los godos al general Teodosio. Habiéndolos este derrotado, la noche siguiente tuvo una vision, en que se le representó un venerable anciano en traje de obispo, que le revestia la púrpura imperial. Poco tiempo despues fue asociado al imperio por Graciano, que le cedió todo el Oriente. Resuelto á procurar la paz de la Iglesia, desolada con tantas parcialidades, dispuso se convocase en Constantinopla un concilio compuesto de mas de ciento y cincuenta obispos católicos. Concurrió á él san Melecio para presidirle, y apenas le vió Teodosio, cuando conoció ser aquel mismo prelado que se le habia aparecido en sueños antes de ascender al imperio, figurándosele que le revestia el manto y la diadema imperial. Levantóse al punto de su trono, corrió exhalado á él, y le rindió todas las honras y todos los respetos que pedian la gratitud y la veneracion. Presidió nuestro Santo en el concilio, como patriarca de

Antioquía, dando en él ilustres testimonios de su profunda sabiduría, de su cristiana elocuencia, de la pureza de su fe, y de su eminente santidad. Durante este concilio quiso Dios premiar los trabajos y las heróicas virtudes de este gran Santo, poniendo dichoso fin á su gloriosa carrera el dia 12 de febrero del año 381, lleno de dias y de merecimientos.

No se han visto funerales mas parecidos á un triunfo que los que se hicieron á nuestro Santo. Asistieron á ellos todos los Padres del concilio, todo el clero y el mismo Emperador. Pronunció la oracion fúnebre, ó, por mejor decir, su panegírico, san Anfiloquio, obispo de Iconia. El dia de las honras, que se celebraron en la catedral, asistiendo tambien á ellas el Emperador, pronunció otra elocuentísima oracion san Gregorio Niseno, y quiso Dios confirmar la opinion que se tenia de la santidad de nuestro Santo con muchos milagros. Fue conducido su cadáver á Antioquía con toda la pompa correspondiente á la veneracion que los pueblos le profesaban; y cinco años despues pronunció san Juan Crisóstomo en honor de su venerable memoria aquella bella oracion que se conserva entre sus obras.

SANTA EULALIA, VÍRGEN Y MÁRTIR.

Santa Eulalia, gloria inmortal del principado de Cataluña, blason el mas honorífico de su patria, celebérrima por su magnanimidad en los tormentos mas terribles, uno de los prodigios del valor que dieron los Cristianos en tiempo de las persecuciones gentílicas, tan distinguida por su heróica intrepidez que, siendo su memoria la admiracion de los siglos futuros, fue entonces su constancia el asombro de los mismos paganos, nació en la ciudad de Barcelona, de padres mas distinguidos por su religiosidad que por la nobleza de su sangre; los cuales vivian en un pueblo propio inmediato á la capital, sirviendo de ejemplo á los naturales. Tuvieron gran cuidado en dar á la niña una educacion cristiana; pero su bello natural é inclinacion á lo bueno facilitaron mas que todo el efecto de sus deseos, amándola en extremo por su humildad y extraordinaria sabiduría. Persuadida la madre que las primeras impresiones en los niños contribuyen no poco al resto de la vida, se aplicó desde luego á imprimir en su corazon los grandes dictámenes de la religion cristiana, y conociendo por su anticipada devocion, docilidad y candor que el Señor la eligió para sí, interesándose en fomentar sus piadosas in-

clinaciones, procuraba que en las labores de manos bordase imágenes de los Santos, y con especialidad de la Vírgen santísima, haciéndola que en todas diese principio con la señal de la cruz, á fin de extender su afecto por este medio para con aquel Señor que en un sacrosanto leño nos redimió del pecado y de la muerte eterna. De este ejercicio resultó en Eulalia una devocion singularísima á la Reina de los Ángeles, y nada inferior á los misterios de nuestra reparacion, en los cuales meditando cierto dia, tuvo el honor de que un Ángel la certificase como Jesucristo la habia elegido por esposa suya, prometiéndola en dote el triunfo de la cruz. Recreada con favor semejante, abrasada desde aquel momento en la llama del amor divino, olvidada enteramente de los entretenimientos pueriles, reducia sus diversiones á congregar las niñas de su edad para que rezasen y cantasen en su compañía alabanzas á su Esposo amado.

Hacia cada dia Eulalia progresos admirables en la virtud, cuando los emperadores Diocleciano y Maximiano movieron contra la Iglesia una de las mas terribles persecuciones. Enviaron á España por su lugarteniente á Daciano, hombre bárbaro é inhumano, encaprichado como ninguno en las supersticiones gentílicas, muy á propósito para la ejecucion de sus perversos intentos, el que queriendo de un golpe aterrar á los Cristianos, cuyo nombre tenia órden de extinguir juntamente con la Religion, al llegar á Barcelona hizo fijar sus edictos, mandando prestasen todos los fieles adoracion á los dioses del imperio, so pena de padecer los mas terribles tormentos. Puso en consternacion á toda la ciudad semejante providencia; pero entendida de Eulalia, la tuvo por señal del combate para que era llamada, á fin de dar pruebas de su fe y fortaleza cristiana, y aunque á la sazon no contaba mas de trece años, se sintió abrasada en vivísimos deseos de padecer martirio. No pudo disimular el extraordinario regocijo que causó en su corazon nueva tan agradable; y sin manifestar el motivo á persona alguna, dió á Jesucristo repetidas gracias, porque le preparaba ocasion de padecer por su amor.

Sin noticia de sus padres salió á media noche de su casa, acompañada solo del espíritu que la animaba, caminando para la ciudad á pié descalzo: llegó á ella en la siguiente mañana, y, sin detenerse en parte alguna, se dirigió á la plaza donde estaba sentado Daciano en su tribunal, á quien habló en alta voz con generosa resolucion las siguientes palabras: *¿Cómo te sientas, juez inicuo, en lugar tan eminente sin temor del Altísimo, que es superior á tus Príncipes, á tí y á todos los hombres que crió á su imágen y semejanza, para que á solo*

él sirvan y reverencien? ¿Por qué solicitas, inspirado del demonio, que se tributen á este los cultos debidos al Dios verdadero, obligando á los Cristianos á fuerza de crueldades que así lo ejecuten contra razon y justicia? Quedó sorprendido el bárbaro al ver la intrepidez de la santa doncella, que en el aire y modales mostraba ser persona de calidad; y vuelto á ella con semblante airado la preguntó: *¿Quién eres tú, que te atreves no solo á venir á mi tribunal sin ser llamada, sino á proferir injurias contra los Emperadores á presencia de su lugarteniente?— Yo soy Eulalia*, respondió la Santa con el mayor espíritu, *sierva de Jesucristo, Rey y Señor de los reyes y señores del mundo, que confiada en su proteccion, he venido voluntariamente á reprender tus brutales é injustos procedimientos, pues posponiendo al verdadero Dios, de quien son el cielo y la tierra, mar y todas las criaturas, quieres obligar á los Cristianos con inhumanos tormentos á que sacrifiquen á unos dioses que no son sino demonios, con los cuales todos vosotros, que les dais culto, seréis abrasados en el fuego eterno del infierno.*

No es fácil explicar la ira que concibió Daciano al oir tan valerosa reconvencion; y montado en cólera mandó al momento que los verdugos la atormentasen en un potro con la fiereza posible, hasta derrotar sus carnes; y puesta en el suplicio Eulalia, decia con alegre semblante: *Señor mio Jesucristo, oye á tu sierva, que solo pecó contra tí: perdona mis culpas, y confórtame en los tormentos que padezco por tu santo nombre, para que el demonio con sus ministros queden confundidos.— ¿Dónde está el que clamas?* la dijo el tirano: *óyeme, necia niña, sacrifica á los dioses si quieres tener vida, pues de lo contrario no habrá quien te libre de la muerte.— Jamás prestaré oidos á tus palabras*, respondió llena de placer la Santa, *sacrílego, perdido y endemoniado, dirigidas á separarme de la fe que profeso: sabe que mi Señor, á quien clamo, es el que me asiste, al que tú no mereces ver ni conocer por la inmundicia de tu alma y ceguedad de tu entendimiento; él es el que me conforta, y por cuya virtud desprecio cuantos tormentos pueda inventar tu barbarie.*

Bramaba Daciano como un fiero leon al verse vencido por una tierna doncella; y sin embargo de que en las primeras pruebas pudo muy bien conocer que aquel por quien padecia la asistia con fuerzas sobrenaturales, con todo, deseoso de vengarse, mandó que teniéndola colgada en una especie de cruz le aplicasen hachas encendidas á sus costados para que la abrasasen las llamas. Pero burlándose Eulalia de invencion tan inhumana, decia con David: *Mi Dios me ayuda y mi Señor me sostiene. Yo, Señor, te ofrezco volun-*

tariamente mi vida en sacrificio, y jamás dejaré de confesar tu santo nombre, porque me libraste de toda tribulacion haciendo viesen mis ojos los triunfos que conseguí de mis enemigos. Sucedió así con efecto, pues al instante se convirtieron contra los mismos verdugos las llamas. En vista de lo cual, mirando al cielo la Santa oró en los siguientes términos: *Señor mio Jesucristo, perfecciona en mí tu misericordia, recíbeme en la gloria entre tus escogidos, haz conmigo uno de tus admirables prodigios, para que los que en tí creen, vean y alaben tu infinito poder.* Finalizada esta deprecacion, se apagaron al momento las hachas, cayeron en tierra turbados los ministros ejecutores, y entregó Eulalia su espíritu en manos del Criador; pero apenas espiró, se vió salir de su boca una paloma de extraordinaria blancura tomando vuelo hácia el cielo, de cuyo prodigio fueron testigos los mismos paganos, y nadie dudó fuese símbolo de su alma, que iba á recibir la corona en la patria celestial.

Burladas todas las invenciones de Daciano, se quiso vengar con mandar quedase el venerable cuerpo en la cruz para que fuese pasto de las fieras; pero aquel Señor que libró á su sierva de mayores crueldades, hizo que descendiese del cielo una copiosa nieve, capaz de impedir el atentado y de aterrar á los guardas puestos para su custodia, con cuyo motivo pudieron los Cristianos recoger su cadáver y darle sepultura.

La ejecucion de este martirio fue á los 12 de febrero por los años 303 ó 304; y se discurre que por el temor de la persecucion sepultaron entonces el cuerpo de la Santa en algun domicilio privado ó casa de un particular; bien que, despues que cesó la tempestad, se depositó con magnificencia en la iglesia de Nuestra Señora del Mar, extramuros de la ciudad, donde le ocultaron los fieles en la irrupcion de los árabes, temerosos de que cayese en sus manos sacrílegas tan precioso tesoro. Allí permaneció oculto hasta el año de 878, que hizo en su busca Frondoino, obispo de Barcelona, las mas exquisitas diligencias, interesando para su descubrimiento á los naturales con un ayuno general de tres dias en honor de la santísima Trinidad: é ilustrado por un himno antiguo de la Santa, pasó al templo dicho á celebrar de pontifical y hacer fervorosa oracion para el efecto. Concluido el sacrificio, tocando con el báculo pastoral en un lado del altar, se halló el venerable cuerpo, el cual despedia un olor y fragancia singular que llenó de consuelo á todos los concurrentes.

Conducido con la mayor pompa y solemnidad procesionalmente á la ciudad, al tiempo de entrar por sus puertas sucedió el prodigio

de hacerse inmóvil hasta que el prelado y principales del clero le tomaron sobre sus hombros, llevándole así hasta la catedral de Santa Cruz. En el dia octavo siguiente á la invencion, que celebra la iglesia de Barcelona el 23 de octubre, se dispuso trasladar tambien el arca de plomo donde estuvo depositado el cadáver, la cual no se pudo mover por fuerza alguna hasta que confesó un sacerdote haber robado de ella para reliquia un dedo de la Santa. Quiso el Obispo probar su identidad, y poniéndole en el fuego, salió de él sin la menor lesion. En el altar mayor de Santa Cruz permaneció el tesoro hasta el año 1334, en el que, con motivo de ampliar aquella iglesia el obispo Abella, fue depositado en la sacristía del mismo templo, desde donde con régio aparato, magnificencia y acompañamiento del rey D. Jaime, reina, príncipes, abades, nobles y concurso de todo el Principado, se trasladó á la capilla erigida en honor suyo, donde se conserva en una urna de mármol sostenida de ocho columnas de la misma especie con la siguiente inscripcion: *Aquí yace el cuerpo de santa Eulalia, vírgen y mártir de Jesucristo, puesta en este vaso á los 15 de julio de 1309.*

La Misa es en reverencia de santa Eulalia, y la Oracion la que se sigue:

Deus, qui nos martyrii beatæ Eulaliæ virginis et martyris tuæ solemnitate lætificas: concede propitius; ut gloriosissimis ejusdem meritis, et terrena nobis proficiant, et cœlestia desiderata proveniant: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Ó Dios, que nos alegrais con la solemnidad del martirio de tu bienaventurada vírgen y mártir Eulalia, concedednos piadoso que por sus gloriosos méritos é intercesion usemos bien de las cosas terrenas, y lleguemos á gozar de las celestiales que deseamos. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola es del capítulo LI *del Eclesiástico, pág.* 130.

REFLEXIONES.

Está vestida de fortaleza y de hermosura. No hay cosa mas superficial ni menos sólida que la hermosura del cuerpo. Es mucha pobreza de entendimiento y aun de corazon hacer vanidad, y mucho mas hacer mérito de ella, porque mas tiene de imaginaria que de real. No hay cosa mas dependiente de las extravagancias del gusto: si no la animan el espíritu y la virtud, á lo mas es una bella estatua, salvo que no tiene su duracion ni su firmeza. Basta una calenturilla, una enfermedad de pocos dias, y aun de pocas horas, para marchitar aquella flor pasajera; y cuando falten estas, no es me-

nester mas que la edad para ir abultando, descomponiendo y desconcertando aquellas delicadas líneas en que consistia toda la hermosura de la bella imágen. Sin embargo, este es aquel idolillo de todas las personas del otro sexo. Ya siquiera nos contentaríamos con que no llamasen por auxiliar al arte, para suplir lo que falta á la naturaleza. Mas ¿de qué artificios no se vale una mujer para parecer lo que no es? ¿De qué estudio para brillar, para deslumbrar y para agradar? ¿Si pondrá tanto en edificar y en parecer buena cristiana? Pero ¿quién no sabe que la hermosura sin la virtud es una máscara que se gasta ó se cae? Y en cayéndose la máscara, ¿quién puede ver sin horror lo que se escondia detrás de ella? Hay pocos hombres de juicio que conozcan la máscara y que no la desprecien. No hay cosa que parezca peor que la afectacion de parecer bien. ¿Qué mérito darán á la persona las modas, las galas, los vestidos ricos, ni aquel desden, aquel orgullo, aquella afectada fiereza en las preciadas de lindas? Solo sirven para que se conozca mejor lo mucho que les falta, y sobre todo su corta capacidad y el desórden de sus costumbres. La profanidad de los vestidos es una lastimosa vanidad, pero es vanidad de moda. ¿Qué importa que la condene el espíritu de la religion cristiana, si el espíritu del mundo la aprueba y la autoriza? Hasta nuestros tiempos habia sido la modestia una de las prendas mas estimables en una mujer cristiana; pero ya parece que esta virtud se ha desterrado de aquellas que se llaman señoras y mujeres de distincion. *Elevatæ sunt filiæ Sion, et ambulaverunt extento collo:* Las hijas de Sion, dice el Profeta haciendo una pintura de las mujeres de nuestros tiempos; las hijas de Sion han tomado un bello aire, andan con mucha fiereza, muy levantadas de cabeza, muy cuellierguidas, mostrando el orgullo y la presuncion en todos sus movimientos: sus gestos, sus acciones, sus meneos, su modo de mirar y su gusto en el vestir, todo está publicando la mas ridícula y la mas lastimosa vanidad. Observa, dice el Profeta, con qué afectacion van moviendo los pasos y estudiando los meneos: *Et composito gradu.* ¡Válgame Dios! ¿cuándo hemos de acabar de creer que todo el mérito de una mujer consiste en la virtud? ¿Cuándo hemos de convencernos á que su mayor, su único y su verdadero elogio lo han de hacer su recato, su modestia, su retiro, su devocion y la constante aplicacion á las labores del sexo y al cumplimiento de sus obligaciones? Brilla, es verdad, una mujer mundana con su profanidad, con sus galas, con su vanidad, con su ostentacion; pero esta brillantez ¿dura hasta la sepultura? ¿Se zumba con la

muerte manteniendo aquel buen humor, aquel desembarazo, aquella libertad con que en sana salud se burlaba de las verdades mas terribles de la Religion? Imagínate un conjunto de todas las perfecciones, añade á él todas las riquezas, junta á este cúmulo el tren mas ostentoso, los mas magníficos equipajes: todo se acaba, todo se desvanece en la postrera hora. Solo la virtud es respetable: ella sola es la que brilla despues de la muerte.

El Evangelio es del capítulo XXV *de san Mateo, pág.* 132.

MEDITACION.

Del pecado de impureza.

Punto primero.—Considera que no hay pecado mas universal, pero tampoco le hay cuyas heridas sean mas profundas ni mas mortales que el pecado de la impureza. Vióse Dios como obligado á anegar á todo el universo en las aguas del diluvio, porque todo él se habia manchado y corrompido con este pecado. Solo diez justos pedia el Señor en Sodoma para detener el fuego que habia de reducir á cenizas todos sus habitadores; y no se hallaron en cinco grandes ciudades diez solas personas que no estuviesen manchadas con esta culpa. Pregunto: ¿Está el mundo mas exento de ella el dia de hoy? ¿Reina hoy mas en el mundo la virtud de la pureza? ¿Qué edad se halla á cubierto de este abominable pecado? ¿Qué estado, qué condicion, qué sitio ni qué desierto donde no se deba estar en vela contra él? Es un enemigo doméstico contra el cual siempre es menester estar con las armas en la mano, porque no da golpe, no hace herida que no sea mortal. Todo pecado de impureza es grave; por eso ningun otro condena tantos hombres cada dia: ella es la causa mas universal de la condenacion de los hombres. La impureza, por lo comun, no como quiera es señal de la reprobacion; en cierta manera es como principio de ella. ¡Qué tinieblas, qué ceguedad causa en el alma! ¡qué insensibilidad en todo lo que toca á la Religion! ¡qué dureza en el corazon! Embrutece al alma, y no hay cosa que mas desfigure aun al hombre de mayor entendimiento que este pecado. Parece que apaga el espíritu, que oscurece la razon, que estraga el mejor genio, que muda el corazon, y que transforma todo el hombre. Con efecto, el espíritu mas brillante, el mas noble corazon, el genio mas apacible, el alma mas racional, la mas despejada, la mas atenta, la mas culta, en menos de nada bastardea, se per-

vierte y se entorpece por la impureza. El que se entrega á este vicio luego muda de aire, de modales, de máximas, de principios: el ánimo se afemina, piérdese la sinceridad, desvanécense todas las buenas prendas, y sobre todo visiblemente se va apagando la fe, porque no hay pecado mas enemigo de la Religion. Recórranse todas las sectas de los herejes, ninguna se hallará que no deba á este vicio su nacimiento, ó por lo menos sus progresos: estragado el corazon por la impureza, fácilmente se apodera el error de la razon. Concíbese tanto horror á la ley de Jesucristo, que no se puede sufrir la doctrina de su Iglesia; y se querria que fuese falsa una religion tan pura. No hay hereje á quien no parezca precepto imposible el de la castidad. ¡Qué horror, buen Dios, se debe tener á este pecado!

Punto segundo.—Considera que no hay vicio cuyos efectos sean mas funestos; no hay pecado que precipite al hombre en mas profunda ceguedad, ni le despeñe en mas fatales desórdenes. El descaro, inseparable de este vicio, no tiene otro principio que la ceguera, y esta es tanta, que el lujurioso ni ve la ruina de sus intereses, ni la de su honra, ni la de su familia. Ninguna pasion hace al hombre mas esclavo, mas brutal, ni hay otra cosa que le envilezca mas: el hombre sensual no se conoce á sí mismo, y apenas se diferencia de un animal. (*P. Bourdal.*). Asombra verdaderamente hasta qué punto llega á embrutecer este pecado: no hay interés que no desprecie, no hay honra que no sacrifique, no hay dignidad que no profane, no hay fortuna que no arriesgue, no hay amistad que no atropelle, no hay reputacion que no exponga, no hay ministerio que no manche, no hay obligaciones que no posponga al gusto de su pasion. ¿Qué caso se puede hacer de la religion de un impúdico? ó, por mejor decir, un impúdico ¿puede tener mucha religion? No es el ateismo el que guia á la deshonestidad; la deshonestidad es la que precipita en el ateismo. No hay hombre desordenado en esta materia que no tenga el ánimo estragado y disoluto, que no haga vanidad de dudar de todo y de no creer nada. No se verá mujer profana y divertida que no se precie de lo que se llama espíritu fuerte, y de disputar sobre las verdades del Cristianismo; porque á fuerza de disputar se quisiera persuadir á sí misma que no hay Dios, segun aquella bella sentencia de san Agustin, que solamente dudan de que le haya aquellos que verdaderamente quisieran que no le hubiese. En los demás pecados el espíritu de tinieblas nos ataca como enemigo,

nos solicita como tentador, nos sorprende como engañoso; pero en este nos domina como tirano. Tantos esclavos hay cuantos se cuentan rendidos á este desdichado vicio. Y ¿se hallan muchos que vuelvan á cobrar su libertad? ¿Qué pecado mas distante, al parecer, del arrepentimiento; y por consiguiente cuál otro será mayor señal ó uno como principio de la reprobacion? Con todo eso ninguno es mas comun: funesto principio, fatal origen de todos los azotes con que el Señor justamente irritado castiga los reinos y las familias. ¡Qué horror se debe tener, y con qué vigilancia se debe vivir contra enemigo tan cruel y tan falaz! ¡Qué precauciones se deben usar, qué desvelo! ¡Qué exactitud se requiere para conservar la inocencia! ¡Con qué cuidado se deben huir las mas mínimas ocasiones! ¡Qué mortificacion de sentidos! ¿Podrá uno vivir entre el regalo, entre la ociosidad, entre los placeres, y ser casto?

¡Oh gran Dios de la pureza! infúndeme tanto horror á este vicio, que antes lo sacrifique todo, antes muera mil veces, que tener la desdicha de caer en tal pecado. Acobárdame verdaderamente mi flaqueza, pero me alienta vuestra infinita misericordia. Confio únicamente en vuestra gracia, y espero que, aplicando todos los medios para conservar mi preciosa inocencia, no permitiréis que jamás manche mi alma con tan fea culpa.

Jaculatorias. — Hice pacto con mis ojos de que se habian de abstener de objetos peligrosos para librarme de pensamientos deshonestos. (*Job*, XXXI).

Apartad, Señor, de mi imaginacion todo torpe pensamiento. (*Eccli.* XXIII).

PROPÓSITOS.

1 Es la impureza un horrible mónstruo con quien parece que el mundo se ha domesticado, á pesar de los estragos, de las heridas que abre en el alma. Los lazos que arma son tan ocultos, y los prepara tan disimulados, que pocos desconfian de ellos. Este enemigo cruel tiene secretas inteligencias con nuestro corazon: sus saetas están doradas, mas no por eso son menos penetrantes; todas están envenenadas, y aunque sea dulce el veneno, siempre es mortal; y lo mas extraño es que todos los sentidos contribuyen á introducir en el alma este veneno. Con verdad se puede decir que todos ellos concurren á engañar al corazon, para que el pecado reine en él. Una voz dulce lleva consigo el veneno: el canto y la armonía ablandan

el alma y la van disponiendo para que se la pegue el contagio: los ojos son las ventanas por donde entra la muerte: para un corazon ya preparado todo es tentacion. Por eso se ha dicho tantas veces que el remedio mas eficaz contra este mal es la fuga. Aun los desiertos mas espantosos no son asilo seguro: ¿qué será entre el tumulto del mundo? Aplica todo tu cuidado, todo tu desvelo á ocupar y cerrar las entradas á este enemigo. Está perpétuamente alerta contra las sorpresas de los sentidos: tenlos en continua esclavitud, si no quieres ser esclavo de ellos. Huye las frecuentes conversaciones con persona de diferente sexo: en ellas se procura que brille la discrecion y la gracia; esta no brilla sin el fuego, y donde hay fuego hay humo. Vela sobre tus hijos y tus criados, porque los peligros son comunes á todos: no te concedas libertad alguna desordenada por mínima que sea. La delicadeza de conciencia conserva la virtud: en este particular no te perdones ni aun el mas mínimo descuido, y hasta la sombra del pecado te debe causar temor.

2 Cuida mucho de no tolerar en tu casa pinturas indecentes, libros lascivos, historias de galanteos ni novelas. No hay cosa mas nociva que estos instrumentos de que se vale el demonio para manchar el alma, despertando en ella la concupiscencia. Las imágenes desnudas que se representan en los cuadros abren mortales heridas en el corazon: quema hoy mismo todas esas obras del espíritu lascivo, y no te excuses con que son de mucho valor, salvo que las estimes mas que á tu alma. En una casa cristiana todo ha de respirar piedad. Sobre todo, ten siempre un sumo horror á todo traje provocativo, á toda moda inhonesta, desterrándola de tu casa y no sufriéndola en tu familia. Basta que la Religion la desapruebe para que no la toleres tú. Ninguna cosa prueba tanto la desenfrenada licencia de nuestro siglo como esas modas escandalosas. Introdúcenlas por lo comun las comediantas; y esto solo debiera bastar para que las mirase con horror toda doncella cristiana y de vergüenza.

DIA XIII.

MARTIROLOGIO.

La muerte de san Ágabo, profeta, en Antioquía, del cual habla san Lucas en los Hechos de los Apóstoles.

Santa Fusca, vírgen, y santa Maura, su madre de leche, en Ravena, las cuales en el imperio de Decio, siendo presidente Quinciano, padecieron muchos tormentos, y últimamente consumaron el martirio, muertas á estocadas.

San Polieucto, mártir, en Melitina en Armenia, que en la persecucion del mismo Decio, habiendo padecido muchos tormentos, alcanzó la corona del martirio.

San Julian, mártir, en Leon de Francia.

San Benigno, mártir, en Todes. *(Véase su vida en las de este dia).*

San Gregorio II, papa, en Roma, que resistió con gran denuedo á la impiedad del emperador Leon Isáurico, y envió á san Bonifacio á Alemania á predicar el Evangelio.

El triunfo de san Lucinio, obispo, en Angers, varon de admirable santidad.

San Estéban, obispo y confesor, en Leon de Francia.

San Estéban, abad, en Rieti, varon de maravillosa paciencia, á cuya muerte se hallaron presentes visiblemente los Ángeles, segun refiere san Gregorio.

Santa Catalina de Ricci, vírgen florentina, y del Órden de Predicadores, en Prati en la Toscana: esclarecida por la abundancia de dones celestiales, fue canonizada por el papa Benedicto XIV; murió llena de méritos y virtudes el dia 2 de febrero, pero su fiesta se celebra hoy. *(Véase su vida en las de este dia).*

SAN BENIGNO, MÁRTIR.

En Todes, una de las ciudades antiquísimas de Hungria, donde segun tradicion inmemorial resonó la voz del Evangelio en los principios de su promulgacion, vivió á fines del siglo III san Benigno, uno de los mas esclarecidos defensores de la religion cristiana en tiempo de la hostilidad de los gentiles. Educado en la fe de Jesucristo desde su infancia, hacia en ella maravillosos progresos segun crecia en edad. Dedicado al servicio de la Iglesia desde sus tiernos años, conociendo san Pociano, obispo de aquella catedral, y despues ilustre mártir de Cristo, la utilidad que resultaria á los fieles de un ministro tan celoso como Benigno, por el órden prescrito en los sagrados Cánones le ascendió á la dignidad sacerdotal: no salieron frustradas las esperanzas del santo Prelado, pues apenas se vió revestido con aquel carácter que infunde gracia para ejercer las funciones mas sagradas, además de darle honor con su inculpable vida, se portó como fidelísimo ministro de Jesucristo en promover y defender nuestra santa fe contra el poder del abismo.

Suscitaron en vida de nuestro Santo los emperadores Diocleciano y Maximiano una de las mas crueles persecuciones que padeció la Iglesia en tiempo de los gentiles, que fue, por decirlo así, como un diluvio que llenó de sangre el Oriente y Occidente; llegando á tal extremo la preocupacion de estos Príncipes, que los ministros y oficiales no podian hacerles mayor servicio que discurrir muchos gé-

neros de suplicios para atormentar á los Mártires de Jesucristo. Uno de los teatros donde derramaron los paganos con inhumanidad la inocente sangre de los fieles que rehusaban ofrecer sacrificio á los falsos dioses del imperio fue Todes; y conociendo Benigno ser esta la ocasion mas á propósito de manifestar el espíritu de un valeroso soldado de Cristo, se declaró acérrimo defensor de su Religion, sin temor de los bandos terribles ni de las tiranías con que los gentiles atormentaban á los Cristianos. No satisfecho con socorrer á los gloriosos confesores de que estaban llenos los calabozos y cárceles, con alentar á muchos que titubeaban en los tormentos, con esforzar á no pocos que desfallecian á vista de los suplicios, y de exponer su vida cada dia acompañándoles á los cadalsos, sin perdonar trabajos ni fatigas que pudiesen contribuir á dar valor á los perseguidos, principió á predicar públicamente contra la impiedad de los paganos y necios delirios de la idolatría, manifestándoles que solo en la religion de Jesucristo podian los hombres conseguir su salvacion. Tuvieron los gentiles por enorme atentado tan generosa resolucion; prendiéronle al momento, y procuraron amilanar su espíritu con diferentes géneros de castigos; pero viendo frustradas todas sus tentativas, las que solo sirvieron para aumentar sus triunfos, y de que diese mayor testimonio de su constancia, continuando en la necia porfía de querer rendirle, mereció la gloria del martirio en el dia 13 de febrero, por los años 303; y aunque no nos consta las clases de tormentos que padeció, podemos discurrir fueron de los mas crueles, mediante el furor que concibieron los paganos al ver despreciados á sus dioses y edictos de sus príncipes por un esforzado militar de Jesucristo.

Su cuerpo fue sepultado en el lugar, donde luego que se sosegó la tempestad edificaron los fieles una iglesia dedicada á su nombre, de la que restan algunos vestigios. Pero destruida despues, se trasladó con pompa célebre al templo de las religiosas Benedictinas, sito en la misma ciudad, llamado de las Milicias, en el que sucedió el siguiente prodigio: Habia robado un monje la cabeza del Santo de la urna de plata en que se custodiaba, y no pudiendo salir de la iglesia, ni encontrar sus puertas por mas exquisitas diligencias que para ello hizo, reconociendo su yerro, volvió á su lugar la preciosa reliquia.

SANTA CATALINA DE RICCI.

En el año de 1522, á 23 de abril, nació en la ciudad de Florencia, capital de Toscana, santa Catalina, de la noble familia de Ricci, á la cual en el bautismo se puso el nombre de Alejandra, que despues mudó en el de Catalina cuando se hizo religiosa. Su padre fue Francisco de Ricci, y su madre Catalina de Ricasoli, señores de Panzano. Habiendo fallecido Catalina poco despues de haber dado á luz á esta hija, Francisco pasó á desposarse con otra dama. Mas este suceso no causó el mas mínimo perjuicio á la buena educacion de la niña; pues así el padre como la madrastra tuvieron el posible cuidado para que fuese criada en el santo temor de Dios, aunque en esto poco tuvieron que trabajar; porque prevenida Catalina de la gracia del Señor, y llena desde sus mas tiernos años de favores y beneficios celestiales, se mostró siempre ajena de los juegos pueriles y de la vanidad del mundo, y muy inclinada á la piedad y devocion. Así que llegó á la edad de diez años la puso su padre en el monasterio de San Pedro de Monticili, situado en los arrabales de Florencia, para que se educase bajo la direccion de una tia suya paterna, nombrada Luisa, religiosa de aquel monasterio. Aquí empezó Catalina á dar muestras de aquella eminente santidad á que Dios desde la eternidad la habia predestinado; porque era obedientísima á todo lo que se le mandaba, y cási siempre aplicada á la oracion: de manera que aun en el tiempo en que las otras niñas, que estaban en educacion en el mismo monasterio, iban á recrearse, Catalina hallaba todo su placer y contento en estarse arrodillada, orando delante de una imágen de un Crucifijo, á la cual tenia una especial devocion. Desde aquel tiempo el Señor la inspiró el deseo de meditar frecuentemente en su sagrada pasion, discurriendo sobre cada uno de los misterios de ella, y acompañando la meditacion con la oracion vocal, rezando cinco veces el *Padre nuestro* á cada misterio, con gran gusto y contento de su alma, que todos los dias se iba inflamando mas en el amor del Señor y en ardientes deseos de participar del amargo cáliz de su pasion, y de ser su sierva y querida esposa.

Á fin de poner en ejecucion estos sus piadosos deseos, resolvió volver las espaldas al mundo, y vestir el hábito de religiosa en algun monasterio, donde la observancia regular floreciese en todo su vigor y sin alguna mitigacion ó dispensacion. Su padre, que la ha-

bia sacado del sobredicho monasterio y la habia restituido á su casa, la propuso el deseo que tenia de colocarla en matrimonio en alguna de las nobles familias de aquella ciudad : mas Catalina le respondió con toda resolucion, que no queria otro esposo que Jesucristo, su Señor y Redentor. Hallándose despues nuestra Catalina en el campo, en una quinta cercana á la ciudad de Prato, se puso á discurrir con dos religiosas legas de la tercera Órden de santo Domingo, del convento de San Vicente de Prato, las cuales, por ser el convento muy pobre y sin clausura, iban buscando limosna para remediar las necesidades de aquella comunidad. Estas dos legas la informaron de la vida austera, penitente, pobre y mortificada que llevaban las religiosas de aquel convento, por lo que resolvió hacerse monja en él; y á fuerza de ruegos y reiteradas instancias consiguió de sus padres la licencia y bendicion. En el año, pues, de 1535, teniendo Catalina solos trece años, vistió el hábito religioso de santo Domingo en el monasterio de San Vicente de Prato con tan grande contento de su alma, que en el mismo dia de vestir dicho hábito fue favorecida de Dios con un dulcísimo éxtasis, en que le pareció que Jesucristo y María santísima la introducian en un ameno jardin adornado de hermosas flores y de toda suerte de delicias.

Como el Señor habia elegido por su esposa á esta tierna doncella, se dignó visitarla poco despues de haber entrado en la Religion con una larga y molesta enfermedad, con la cual tuviese ocasion de purificar su corazon en el fuego de la tribulacion, y de ejercitar la humildad, la paciencia y las demás virtudes que la hiciesen semejante á su Esposo crucificado. Refiere, pues, el Ilmo. Sr. Catani, obispo de Fiésole, que fue el primero que escribió é imprimió la vida de esta santa vírgen, dos años despues de su muerte, esto es, en el año de 1592, que en los principios de marzo del año 1538 fue acometida de una gravísima enfermedad, con calentura cotidiana y con agudos dolores que padecia en todo el cuerpo, la cual enfermedad degeneró despues en una hidropesía y en mal de piedra, acompañado de asma. Este conjunto de males la duró por espacio de dos años, nada aprovechando los remedios y medicinas que se la recetaban; de modo que los médicos no sabiendo ya qué hacer, abandonaron su curacion, y dejaron de darla remedio alguno, viendo que no le servian de ningun provecho, sino que, al contrario, la causaban mayor pena y tormento. Sufrió la Santa con admirable paciencia y perfecta resignacion en la divina voluntad todos estos males, consolándose con la vista de su Salvador crucificado, y con la me-

moria de las penas y dolores que él sufrió por nuestros pecados, muriendo por ellos sobre una cruz. En el mes de mayo de 1540 se acrecentaron de tal modo los males de la Santa, que estuvo muchas semanas sin poder dormir un solo momento, velándola continuamente dos monjas que la asistian. En este estado, á 22 del dicho mes de mayo, que en aquel año era vigilia de la santísima Trinidad, se la apareció un Santo de la Órden de santo Domingo (no se dice el Santo que fuese) todo resplandeciente, el cual, llamándola por su nombre, la hizo la señal de la cruz sobre el estómago, y la dejó al instante sana y curada perfectamente de todos sus males, con admiracion y pasmo de todas las monjas y de los médicos que vinieron despues á visitarla. De este milagro dió Catalina humildísimas gracias al Señor, y desde este dia se enfervorizó mas en su servicio, é hizo aun mayores progresos en las virtudes cristianas y religiosas.

Estas virtudes resplandecieron en la santa vírgen de un modo muy particular; pero nosotros, deseosos de la brevedad, nos contentarémos con indicarlas con las mismas palabras del autor de su vida, sacada de los procesos hechos para su canonizacion. «Amaba la Santa, «dice, tan tiernamente á su Dios, que tenia su mente siempre unida «con él, tomando de cualquier cosa motivo para alabarle y bende«cirle. La caridad que tenia hácia su prójimo era de tal manera sin«gular, que por este motivo se empleaba en los oficios mas bajos del «monasterio, y de mayor trabajo. Cuando enfermaba alguna de sus «monjas, la asistia continuamente en todas sus necesidades, priván«dose del sueño para que las otras descansasen, y perseverando fir«me en su asistencia, hasta que las enfermas ó sanaban ó fallecian. «Su paciencia era invencible en las adversidades, en las tribulacio«nes y en las enfermedades que padeció, que fueron muchas y pe«nosísimas, algunas de las cuales las habia pedido al Señor por la «salvacion de los pecadores, y en descuento de las penas que mere«cia por sus pecados. Eran muchísimas las penitencias que hacia, «llevando siempre una cadena de hierro y un áspero cilicio sobre sus «desnudas carnes; ayunaba frecuentemente á pan y agua, y por el «espacio de cuarenta y ocho años no comió carne ni huevos. Fue «siempre obedientísima á sus superiores, venciendo cualquiera re«pugnancia que tuviese en cumplir prontamente cuanto la ordena«ban. Aborrecia muchísimo el ser estimada y tenida en buen con«cepto, por lo que cuando oia hablar con honor de sus acciones pa«decia mucho dolor, procurando huir y esconderse cuando venia «gente á visitarla. Entre las virtudes de Catalina subió á la mayor

«perfeccion su pureza virginal, que se puede decir que fue como «angélica; por lo que no es maravilla que mereciese tantas gracias «de aquel Señor que se apacienta entre las azucenas, con el cual «ella dulcemente se recreaba; repitiéndole frecuentemente aquellas «palabras de la esposa de los Cantares: *Dilectus meus mihi, et ego «illi; qui pascitur inter lilia.* Mi amado para mí, y yo para mi ama«do, que se apacienta entre las azucenas.» Hasta aquí el sobredicho escritor de la vida de santa Catalina.

Á mas de esto, fue esta amada sierva del Señor favorecida de muchas visiones celestiales y de éxtasis y raptos tan estupendos, que á veces quedaba totalmente elevada de la tierra y suspendida en el aire por largo tiempo. Gozaba la Santa con tal frecuencia de estos favores celestiales, que se puede decir que su vida fue una continua série de estos dones extraordinarios y sobrenaturales. Fue tambien enriquecida del don de profecía, del de penetrar los secretos del corazon, y del de obrar cosas prodigiosas: por lo que su nombre y su santidad fue conocida y celebrada con universal aplauso, no solo en la Toscana donde vivia, sino tambien en toda la Italia y en otras regiones mas remotas. Por fin, estando Catalina ya madura para el cielo, y anhelando á las bodas eternas del paraiso, despues de haber padecido una penosa enfermedad, con la cual siempre mas se purificó su alma, y habiendo recibido con extraordinaria devocion los últimos Sacramentos de la Iglesia, espiró plácidamente á 2 de febrero, dia en que se celebra la fiesta de la Purificacion de la Vírgen santísima, del año 1590, siendo de edad de sesenta y ocho años, cuarenta y dos de los cuales habia empleado en el gobierno de su monasterio como priora ó subpriora de él, con mucho provecho espiritual y temporal de sus religiosas. Beatificó á la sierva de Dios Clemente XII, á 29 de octubre de 1732, habiendo antes aprobado para este efecto dos de los muchos milagros que despues de su muerte obró Dios por su intercesion.

El primero, el de la instantánea curacion de sor Catalina Alejandra de Bonsi, de un aneurisma.

El segundo, el de la instantánea curacion de sor Elisabet Cherubina Casani, de una enfermedad de ciática.

Despues Benedicto XIV la puso en el catálogo de las santas vírgenes, habiendo primero aprobado dos de los muchos milagros que ha obrado Dios por su intercesion, despues de haber sido solemnemente beatificada, que son los siguientes:

El primero sucedió en la ciudad de Augusta con sor María Mag-

dalena Fabri, religiosa del monasterio de Santa Catalina de Sena, de la Órden de Predicadores: tres años habia que padecia esta religiosa una grave enfermedad en las junturas ó artejos de las rodillas, que la comprimia tambien los nervios de las piernas, tanto, que no podia de modo alguno moverse, padeciendo al mismo tiempo muchos dolores, y los varios remedios que se habia aplicado nada la habian aprovechado. Llevaronla las religiosas al coro al tiempo que se cantaba el *Te Deum laudamus*, en accion de gracias por la beatificacion de la sierva de Dios, á la cual se encomendó la enferma con mucho fervor, y al instante allí mismo se sintió enteramente sana, y vió que habia recobrado sus fuerzas como si nada hubiese padecido; de suerte que se arrodilló, y anduvo por el monasterio como las otras monjas.

El segundo sucedió con María Clemencia, natural de Florencia, la cual por espacio de ocho años continuos habia padecido un cáncer en el pecho, del cual salia gran copia de gusanos. Al principio dicho cáncer le habia causado siete valvas ó cavidades, que despues se redujeron á dos muy profundas; y habiéndola reducido este mal al extremo de la vida, recibió el santísimo Sacramento por viático; mas habiéndose encomendado despues con fervorosa oracion á santa Catalina de Ricci, quedó libre y curada por su intercesion de esta mortal enfermedad.

SAN POLICETO, MÁRTIR.

Por un himno antiquísimo del Breviario del monasterio de San Naborio de Lotaringia sabemos que san Policeto fue uno de aquellos célebres varones apostólicos que ilustraron á España con la luz del Evangelio en los principios de su promulgacion. Tambien nos consta por el mismo documento que fue este héroe de nacion francés, profesor de la religion cristiana, instruido en ella sin duda por aquellos celosos misioneros apostólicos que se condujeron á las Galias con el noble objeto de dilatar el reino de Jesucristo en el primer siglo de la Iglesia.

Quiso Policeto ser participante de las gloriosas empresas que hacian los discípulos de los Apóstoles en la conquista del mundo: pasó de Francia á España poco despues que el apóstol Santiago sembró en la nacion la semilla evangélica para que rindiese abundantes frutos al divino Labrador, y deseando continuar el proyecto de aquel celosísimo operario del Padre de familias, comenzó á predicar la pa-

labra de Dios en los pueblos iberos. Eran aquellos naturales feroces de condicion, tenaces como ningunos en la observancia de las supersticiones del paganismo; y creyendo Policeto que para tratar á unas gentes de aquel carácter era preciso valerse de la dulzura y de la suavidad, les manifestó con ella los crasos errores en que se hallaban sumergidos tributando culto á los ídolos, y ofreciendo sus horrendos sacrificios á unos vanos simulacros bajo el velo de quiméricas deidades. Hízoles ver asimismo la verdad y la justificacion de nuestra santa Religion, confirmó su doctrina con repetidos milagros, y convencidos, á fuerza de la eficacia de su predicacion y de sus portentosas maravillas muchos paganos, de la ceguedad y de la miserable condicion en que vivian, cedieron su cerviz al yugo de Jesucristo.

Llegó Policeto con sus conquistas á la ciudad de Zaragoza en tiempo que tenia aquella silla episcopal san Atanasio, uno de los mas famosos discípulos del apóstol Santiago; y deseando instruirse en los ápices mas mínimos de la doctrina revelada bajo la enseñanza de tan célebre maestro, se mantuvo algun tiempo en su compañía. Conoció el santo Prelado la pureza de la fe y el infatigable celo de Policeto; y persuadiéndose que seria de mucha utilidad para la Iglesia un ministro de aquel carácter, le confirió el órden de levita.

Condecorado el ilustre jóven con las órdenes sagradas, se creyó mas obligado que nunca á continuar las funciones de su ministerio; y revestido del mismo espíritu y del mismo fuego con que salieron los Apóstoles de Jerusalen para la conquista del mundo idólatra, corrió por todos los pueblos de aquella region, extendiéndose hasta la provincia Carpentana, haciendo en todos ellos admirables conversiones de no pocos infieles.

Ofendidos los paganos de las conquistas que cada dia hacia Policeto para Jesucristo con la ilustracion de sus celosas predicaciones; no pudiendo sufrir que desertasen tanta multitud de infieles de las supersticiones del gentilismo, procedieron contra su vida en la cruel persecucion que movió contra la Iglesia el emperador Neron, enemigo capital del nombre cristiano. Hallábase el varon apostólico ejerciendo las funciones de su ministerio en Caravi, pueblo sito antiguamente cerca de Zaragoza, y destruido despues por los árabes, segun se cree: acometiéronle los infieles con un furor extraordinario, lo pusieron en un oscuro calabozo cargado de prisiones, con ánimo de hacerle padecer cuantos tormentos pudiese discurrir la barbaridad mas inhumana; pero como la hediondez de aquel inmundo lugar, la os-

curidad, la hambre, la sed y otras incomodidades no fuesen capaces á rendir la valerosa constancia del esforzado militar de Jesucristo á que prestase adoracion á los dioses romanos; no pudiendo contener los paganos la indignacion que concibieron á vista de su fortaleza, despues de los exquisitos tormentos con que probaron su constancia, lo aserraron por medio del cuerpo en el dia 13 de febrero, en la fatal época que ocurrió la persecucion del impío Neron.

LOS SANTOS MÁRTIRES DEL JAPON PABLO MIKI, JUAN DE GOTO, Y DIEGO QUISAI, DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS.

Con verdad se puede decir que quiso Dios en estos postreros tiempos renovar en la Iglesia del Japon todas las maravillas que obró su poder en los primeros siglos de la primitiva Iglesia; los mismos milagros de la gracia en la pronta conversion de los pueblos y de los reyes; la misma piedad y el mismo fervor en los nuevos cristianos; los mismos prodigios obrados por san Javier, que fue el apóstol de aquella nueva porcion del rebaño de Jesucristo; y, en fin, la misma persecucion que, así en el número de las personas, como en el horror de los tormentos, excedió á las mas crueles persecuciones de los reyes de Persia y de los emperadores romanos; pero tambien se vió en los nuevos cristianos el mismo valor, la misma magnanimidad y la misma constancia.

Siete años despues que los portugueses aportaron al Japon la primera vez, entró en él san Francisco Javier para predicar la fe de Jesucristo. Era el año de 1549, y su predicacion hizo tantos progresos, así por el inmenso celo y portentosos prodigios de este nuevo apóstol, como por el que, á su imitacion, mostraron los muchos de la Compañía que le sucedieron en sus apostólicas empresas, que se vió como renacer la primitiva Iglesia en el Japon, y en pocos años se contaron en aquellas islas muchos millares de cristianos.

En el año de 1587, treinta y ocho despues que san Francisco Javier habia sembrado el primer grano del Evangelio en aquella inculta gentilidad, se contaban ya mas de doscientos mil cristianos en el Japon; entre los cuales habia muchos reyes, muchos príncipes, muchos generales, los primeros señores de la corte, y la flor de la nobleza japona. Aumentábase cada dia la cristiandad, por la particular estimacion que hacia de la religion cristiana el emperador Cambacundo, que despues tomó el nombre de Taycosama, que significa

el muy alto y soberano señor. Pero envidioso el infierno del triunfo de Jesucristo, y asustado con sus conquistas, excitó una persecucion tan deshecha y tan tenaz, que todavía dura en nuestros tiempos, habiendo convertido en víctimas de la fe aquel prodigioso número de cristianos.

Habiendo resuelto Taycosama (el tirano mas cruel que acaso ha visto hasta hoy la Iglesia de Jesucristo) exterminar el Cristianismo de todo el imperio del Japon, comenzó por el destierro de los misioneros. Pero así los Jesuitas, como otros religiosos que se hallaban en aquel imperio, quisieron mas exponer su vida que abandonar aquella afligida cristiandad, teniéndose por dichosos en derramar la sangre por la fe, y en merecer por su celo la palma del martirio. Como el fuego de la persecucion se habia extendido por todo el vasto imperio del Japon, ellos se repartieron tambien por todas las provincias, no solo para conservar, sino para aumentar tambien, si pudiesen, el rebaño de Jesucristo durante aquella furiosa tormenta. De tal manera bendijo Dios sus apostólicos trabajos, que desde el principio de la persecucion hasta el año de 1597, que quiere decir en menos de dos años, bautizaron mas de setenta mil personas.

Hácia el fin del año de 1596 llegó órden del Emperador al gobernador de Osaka para que prendiese á todos los religiosos de san Francisco y de la Compañía que se hallasen en aquella ciudad. No se encontraron en ella mas que seis frailes de san Francisco y tres jesuitas, porque los demás se habian repartido por los lugares y aldeas de la provincia para animar á los Cristianos, y para disponerlos á padecer aquella persecucion. Los jesuitas eran Pablo Miki, Juan Soan, y Diego Quisai: los dos últimos estaban todavía en el noviciado, pero su fervor y su celo no era inferior al de los mas antiguos.

Era Pablo Miki natural del reino de Ava, el mas oriental de los cuatro en que se divide la isla de Licoco. Su padre Fandaidono, uno de los capitanes de Nubanangua mas estimados y mas favorecidos del Emperador, habia recibido el Bautismo el año de 1568 juntamente con sus hijos, siendo nuestro Pablo el menor de todos, y teniendo á la sazon solo cinco años; pero ya desde esta edad mostraba tanta inclinacion á la virtud, que todos se prometian una santidad eminente, y por eso se dedicó su piadoso padre con particular desvelo al cuidado de su educacion. Y descubriéndose en el niño un natural feliz, un ingenio vivo y penetrante, con una piedad, que aunque tierna, parecia muy superior á su edad, le envió al seminario de Anzuquiama, que estaba á cargo de los Padres de la Compañía, donde en bre-

visimo tiempo hizo admirables progresos, así en el estudio de las letras, como en la verdadera ciencia de los Santos. La inocencia de costumbres, junta á una devocion ardiente y fervorosa, encendió luego en aquel pequeñito corazon un celo tan abrasado de la salvacion de sus paisanos, tanto, que apenas supo Pablo el Catecismo cuando comenzó á enseñárselo á los otros; y supo ya hacer catecúmenos en una edad en que hacia mucho en saber lo que era ser cristiano.

Una virtud tan anticipada y tan pura le inspiró luego un gran disgusto del mundo; y su ardiente amor á Jesucristo no le permitió dedicarse á servir á otro dueño. Apenas conoció á los Jesuitas, cuando pidió con instancia ser admitido en la Compañía; siendo los principales motivos que le determinaron á esta eleccion la particular profesion que hace la Compañía de honrar singularmente á la Madre de Dios, de quien el niño Pablo Miki era devotísimo; y despues de esto le movió el dedicarse por instituto á trabajar sin treguas ni intermision en la salvacion de los prójimos. Fue recibido en ella, y desde luego dió las señales menos equívocas de lo mucho que habia de honrarla con el tiempo en el extraordinario fervor con que hizo su noviciado. Concluido este, y acabados los estudios, le aplicaron los superiores enteramente al ministerio de la predicacion, para el cual descubrió tan singular talento, que se hacia dueño de los corazones de todos con admirable facilidad. Solo con dejarse ver en el púlpito no habia pecador tan obstinado que no se le rindiese; no habia idólatra tan ciego que pudiese resistir á la eficacia de sus discursos y á la invencible fuerza de su elocuencia siempre victoriosa. Los primeros años predicó en el reino de Arima, y en el principado de Omara con tan prodigiosos concursos y con tan asombrosas conversiones, que no habia memoria de haberse visto jamás semejante conmocion. Noticiosos los superiores del fruto que hacia nuestro predicador, pusieron en él los ojos para que fuese á ayudar al P. Organtino, que cultivaba la cristiandad de Osaka y de Meaco con trabajos inauditos. El mismo Miki se dejó admirar en el centro del imperio, que habia sido el asombro de los dilatados reinos de Ximo. Concurrian á oirle de las partes mas distantes, y era especie de milagro que se viese un solo sermon suyo sin alguna conversion de mucho ruido. En vano se coligaron los bonzos contra el portentoso predicador del Evangelio: ninguno los combatió, ninguno los confundió mas felizmente, ni triunfó de ellos como quiso, ya fuese de viva voz en sermones y en disputas, ya por escrito en los nerviosos tratados de controversias que publicó.

Á la verdad la eminente virtud del siervo de Dios, aquella tierna devocion, aquella humildad profunda, aquella natural modestia, y aquella vida penitente se apoderaban de los corazones de tal manera, que ninguno podia resistirse á la impresion que hacian en ellos sus dulcísimas palabras. Solo con verle en el púlpito cautivaba; pero en comenzando á hablar derretia, convencia y conquistaba. Justamente le merecieron el nombre de apóstol estas evangélicas conquistas; y como entre ellas se contaban muchas conversiones portentosas, le veneraban todos como á hombre extraordinario. Sin temeridad se puede creer, y aun afirmar, que su inocencia de vida, su piedad tan edificativa y sus grandes trabajos apostólicos le merecieron la dicha y la gloriosa corona del martirio.

Juan Soan, llamado Juan de Goto, porque era natural de este reino, nació en el año de 1518, reinando Luis I, uno de los mas cristianos y mas celosos príncipes de aquellas islas. Eran sus padres cristianos, y luego que nació el niño fue bañado con las saludables aguas del Bautismo. Pero como no solo eran cristianos, sino tambien muy piadosos, no contentos con haberle hecho bautizar, le criaron en toda virtud con el mayor cuidado; y recayendo esta vigilante educacion en una alma prevenida ya con la divina gracia, formó en Juan un mozo con todas las señas de verdaderamente predestinado. Habiendo muerto Luis I, un hermano suyo usurpó la corona á Luis II, hijo del difunto monarca; y muchos cristianos, por evitar la persecucion que se siguió inmediatamente á la usurpacion de la corona, se refugiaron al reino de Ximo, entre los cuales fueron el padre y la madre de nuestro Juan, quien, hallándose trasplantado á un país donde ninguno le conocia, comenzó á serlo desde entonces con el nombre de Juan de Goto; y con este nombre se le apellida tambien en las actas de su martirio. Viéndole sus padres tan niño, y temiendo no se manchase su inocencia, y se perdiese el fruto de su educacion con el contagioso comercio de otros niños de su edad, le metieron en el seminario de los Padres de la Compañía. Estaba Juan dotado de un excelente ingenio y de un corazon verdaderamente dócil; con que en poco tiempo se habilitó en las letras humanas, y se hizo recomendable en la ciencia de los Santos. Por sus costumbres angélicas mereció ser propuesto como modelo á la juventud del Japon; y habiendo pasado algunos años en la isla de Xequi, le enviaron los Padres de la Compañía á que sirviese de catequista en Osaka al P. Morejon, que cultivaba con feliz suceso aquella nueva viña. No era fácil encontrar otro mozo de mas bello natu-

ral, ni de una virtud á toda prueba, que nuestro jóven catequista.

Toda su ansia era dar su vida por la fe, y solo aspiraban sus deseos á la corona del martirio. Habia pretendido muchos años antes ser recibido en la Compañía; pero como era de tan tierna edad, y el Padre provincial estaba muy distante, no habia podido lograr sus fervorosos deseos. Luego que llegó la noticia de haberse encendido la persecucion, y de que el Emperador estaba resuelto á quitar la vida á todos los Cristianos, no es explicable el gozo que le causó la esperanza de ser mártir, y el ansia con que instó para que le diesen la ropa, muy persuadido á que la persecucion habia de comenzar por los Jesuitas. Fueron finalmente oidos sus deseos, y no bien habia sido recibido en la Compañía, cuando llegó el gobernador de Osaka á poner guardas á la casa, que es el modo con que se hacen las prisiones en el Japon. Bien pudo Juan libertarse; pero estaba muy léjos de malograr tan bella ocasion el que con tan ardientes ansias suspiraba por la corona del martirio.

El tercero de la Compañía que fue preso se llamaba Diego Quisai. Era natural del reino de Bigen, y habiendo recibido el Bautismo en su juventud, se habia siempre distinguido por su celo, por su fe, por sus arregladas costumbres, y por una vida ejemplar. Aunque era un pobre oficial de oscuro y humilde nacimiento, tenia un corazon noble y generoso para con Dios, sin ceder á nadie en fervor, en celo y en virtud. Habia sido casado, y mientras lo fue vivió con tanta inocencia y con tanta piedad, que era dechado de todos y confusion de muchos. No así su mujer, cuyas desarregladas costumbres la precipitaron, no se sabe con qué ocasion, en la apostasía de la fe. Dejóla Diego, y llevándose consigo un hijo único que habia tenido de ella, le colocó en lugar seguro, donde pudiese ser educado en la religion cristiana. Despues de dar órden en sus negocios, se retiró á la casa de los Padres de Osaka, donde hacia oficio de portero, sin dejar de ayudar al hermano Juan de Goto en el ministerio de catequizar á los que deseaban recibir el santo Bautismo. El grande amor á la penitencia le hacia atormentar su cuerpo con las mas dolorosas mortificaciones, y su devocion sobresaliente era la tierna que profesaba á la santísima Vírgen María. Todo el tiempo que tenia libre le empleaba en oracion, y en meditar la pasion de Jesucristo, que leia infaliblemente toda entera cada dia, trayendo siempre consigo para este fin un libro de la pasion. Ya habia tiempo que era pretendiente de la Compañía, deseando ser admitido por hermano coadjutor; y luego que supo la órden que habia llegado de prender á los Jesuitas

de Osaka, reiteró sus instancias con tanto fervor, que logró en fin sus deseos, y fue contado en el número de los novicios. El gozo de verse ya en la Compañía fue mayor cuando se halló preso por amor de Jesucristo, y no cesaba de dar gracias á Dios en compañía de sus nuevos hermanos por este singular favor que les dispensaba á todos.

Fueron conducidos á Meaco por órden del Emperador estos tres héroes de la fe, y en aquella ciudad se encontraron con otros quince cristianos condenados á ser sus compañeros en la corona del martirio. Eran los mas criados ó domésticos de los religiosos de san Francisco, y cási todos de la tercera Órden del santo Patriarca. Entre ellos habia tres niños, cuya constancia llenó de admiracion á los mismos gentiles, y dió mucho honor á nuestra Religion. Llamábanse Luis, Antonio y Tomé; el primero de doce años, los otros dos no pasaban de quince, y todos tres estaban dedicados á servir en la iglesia y sacristía del convento. El niño Luis al principio no estaba puesto en la lista; pero sabiéndolo él, fue tanto lo que lloró, lo que se afligió, y daba tales gritos, que para acallarle fue preciso escribirle en ella con todos los demás. Hallándose un dia en el convento donde estaba preso el santo niño cierto caballero gentil, y diciéndole que si queria él tenia modo seguro para librarle, al punto le respondió el fervoroso Luis: *Mejor harias tú en recibir el santo Bautismo, sin el cual serás infeliz por toda la eternidad; y en esto sí que estaria bien empleada tu industria.*

Á los 3 de enero de 1597 sacaron de la prision á los veinte y cuatro confesores de Jesucristo, llevándolos á pié con las manos atadas á las espaldas por las calles de Meaco, y conducidos á la plaza: allí les cortaron á todos la parte superior de la oreja siniestra, cuyas preciosas reliquias, arrojadas al suelo por los verdugos, recogieron los cristianos con tierna devocion. El secretario del gobernador de Osaka, que se llamaba Víctor, tuvo cuidado de recoger las de los tres Jesuitas, y se las regaló allí mismo al P. Organdino, provincial del Japon. Cuando las tuvo en sus manos aquel venerable anciano, se las ofreció á Dios derramando dulces lágrimas y diciéndole: *Estos son, Señor, los primeros frutos, estas las primicias de esta nueva Iglesia vuestra, que consagro á vuestra majestad. La sangre de estos vuestros fieles siervos, que riega esta inculta tierra, sea como semilla de otros innumerables que en este último ángulo del mundo os honren con sus ejemplos, con sus virtudes, con sus tormentos, con su vida y con su muerte.* Concluida esta primera ejecucion hicieron subir los ministros á los santos Mártires de tres en tres en unas carretas que estaban preve-

nidas, y de calle en calle los fueron paseando por toda la ciudad de Meaco. Fue innumerable el gentío que concurrió á este espectáculo; y pareciéndole al santo Pablo Miki que no debia malograr tan bella ocasion, convirtió en púlpito la carreta, y comenzó á predicar con gran fervor, exhortando á los Cristianos á la constancia en la fe, y persuadiendo á los gentiles que se hiciesen cristianos, sin lo cual no podia haber salvacion.

Al dia siguiente los condujeron en las mismas carretas desde Meaco á Osaka, desde Osaka á Sacay, y desde allí á Nangasaqui, paseándolos en todas partes por las calles, como se habia hecho en Meaco, predicando en todas nuestro Pablo con el mismo celo, con la misma intrepidez y con el mismo feliz suceso. No hay voces para explicar lo mucho que padecieron los santos Mártires en viaje tan penoso, en estacion tan rígida, y en frios tan crueles como los del Japon. Pero la risueña alegría que se dejaba ver en sus semblantes mostraba bien la dulzura interior con que acompañaba el cielo sus tormentos. Parecia que los llevaban en triunfo, segun el gozo con que derramaban su sangre, y daban sus vidas por la fe de Jesucristo. El gobernador de Nangasaqui, Fazemburo, no pudo reprimir las lágrimas, viendo entre los presos á su antiguo amigo Pablo Miki. Rogóle el Santo que no llorase su dicha, y le pidió dos favores: el primero, que le permitiese recibir la sagrada Comunion; y el segundo, que dispusiese fuesen ajusticiados en viernes. Esta última circunstancia era la única que faltaba á la muerte de nuestro Santo para ser en todo semejante á la de nuestro Salvador. *Yo*, repetia Pablo muchas veces inundado de alegría, *yo tengo ahora la misma edad en que Jesucristo murió: yo estoy tambien sentenciado á morir en una cruz; pues solo me falta la fortuna de morir en el mismo dia en que murió mi divino Maestro*. Oyó el cielo sus piadosos deseos; porque todos lograron el consuelo de morir en viernes, y crucificados tambien, si no en el monte Calvario, en un montecillo ó montañuela que se elevaba á doscientos ó trescientos pasos de la ciudad de Nangasaqui, que se llamó desde entonces *el monte de los Mártires*. Habiendo llegado nuestros ilustres confesores de la fe á una pequeña capilla, se les permitió el dulce consuelo de reconciliarse con el P. Pasio, que les esperaba en ella; y en sus manos hicieron allí los votos de la Compañía los dos hermanos Juan de Goto y Diego Quisai. Apenas se habia acabado esta devota funcion, cuando llegó aviso de que Fazemburo los estaba aguardando en la colina donde se habia de consumar el sacrificio: al punto se pusieron en camino los santos Mártires, segui-

dos de un infinito gentío, marchando con tanta velocidad, que apenas los podian alcanzar los que les seguian.

Luego que descubrieron las cruces desde bastante distancia, corrió cada cual á abrazar la suya con tanto gozo y con tanta presteza, que la ternura hizo derramar muchas lágrimas á los Cristianos, y la admiracion dejó como suspensos y atónitos á los gentiles. Tendiéronlos en ellas, y los aseguraron por brazos, piernas y cintura con fuertes bandas, añadiendo un collar de hierro por el pescuezo, que sin estorbarles la respiracion les apretaba la garganta, obligándoles á mantener las cabezas rectas con dolor y con violencia. Elevaron despues las cruces, y dejándolas caer en unos profundos hoyos abiertos en la roca viva para asegurarlas, el estremecimiento del golpe les causó por precision agudísimos dolores.

Íbase á dar principio á la ejecucion, y ya los verdugos habian empuñado las lanzas para sacrificar al Señor aquellas valerosas víctimas de la fe, cuando descubriendo el santo Juan de Goto á su piadoso padre, que venciendo heróicamente los tiernos impulsos de la naturaleza habia venido á decir el último adios á su querido hijo, le dijo con animosa generosidad: *Bien veis, padre y señor, que no hay en el mundo cosa tan amable que no se deba sacrificar por asegurar la salvacion eterna. Yo tengo la dicha de dar la vida por la fe de Jesucristo: rendid mil gracias al cielo por este gran beneficio que á vos y á mí nos ha hecho. Tienes razon, hijo mio,* respondió el animoso padre, *yo se las rindo al Señor por gracia tan singular, y humildemente le ruego te asista con la suya, para que lleves adelante hasta el último suspiro esos nobles sentimientos, tan dignos de tu profesion y de tu estado. Puedes morir con el consuelo de que tu madre y yo estamos resueltos á seguirte en el combate, si somos tan dichosos que la ocasion se nos presente.* Tuvo valor el esforzado padre para mantenerse inmoble á sus piés, hasta que vino volando la lanza á pasar de parte á parte el corazon del felicísimo hijo; y aun se dice que se mantuvo al pié de la cruz, hasta que bien empapado el vestido en aquella noble sangre, se retiró aun mas bañado el corazon de gozo, que de púrpura el vestido, rindiendo al cielo mil gracias por haberle hecho padre de un mártir, ilustrando con ese inmortal honor á su familia.

Pablo Miki predicaba desde la cruz con elocuencia divina, y habiendo dado principio á una devota oracion por los verdugos que le crucificaban, vino la lanza por el aire, y abrió puerta para que volase su dichosa alma á concluir la caritativa súplica en el cielo. Á los sesenta y cuatro años de su edad el santo Diego Quisai estaba inti-

mamente penetrado de los mas vivos sentimientos de admiracion, de devocion y de ternura, fijo el pensamiento en la pasion dolorosa de Jesús, dulce y perpétuo empleo de su meditacion y de su memoria desde sus mas tiernos años; y cuando se vió ya tendido y amarrado en una cruz, no le cabian en el pecho los amorosos ímpetus del gozo, considerando que iba ya á espirar en ella por el amor, y á ejemplo de su divino Maestro.

Luego que se elevaron las cruces, levantaron todos los Mártires los ojos al cielo, y ofreciendo á Dios el sacrificio de sus vidas, pronunciaron todos el dulcísimo nombre de Jesús, que aun tenian en los labios, cuando llegaron las lanzas á introducirseles por el corazon, consumando todos cási á un mismo tiempo la gloria de su martirio.

Dícese en las actas que el santo niño Luis no cesó de rezar en alta voz el *Padre nuestro* y el *Ave María* todo el tiempo que se conservó vivo en la cruz, y que el tiernecito Antonio convidaba á los asistentes á que le ayudasen á cantar el salmo *Laudate pueri Dominum*, correspondiendo todos, no con voces que ahogaba dentro del pecho el dolor y la ternura, sino con lágrimas que á torrentes brotaban dulcemente por los ojos. Viernes 5 de febrero del año 1597 fue el dichoso dia en que esta generosa tropa, primicias de la sangre cristiana del Japon, aumentó el cási infinito número de Mártires que registra la Iglesia en sus anales.

No tardó el cielo en mostrar con señales sensibles y brillantes la gloria con que habia premiado el valor de aquellos invictos campeones de Jesucristo. Conservâronse sus cuerpos por espacio de cuarenta dias, que se mantuvieron en las cruces, frescos, incorruptos y aun hermosos. Las aves de rapiña los miraron con respeto, no solo sin maltratarlos, pero huyendo reverentes de acercarse á ellos; y exhalaban todos tal fragancia, que hasta los gentiles confesaban el milagro, porque se les entraba por los sentidos. Con otras muchas maravillas testificó el cielo la gloria de nuestros Mártires, autorizadas todas con multitud de testigos que judicialmente se examinaron en los procesos. Habiéndose mezclado entre los santos Mártires dos famosos cristianos para asistirles en el camino, les acompañaron tambien en el del cielo, porque tuvieron parte en la misma corona, digno premio de su caridad ardiente. Treinta años despues de su martirio, precediendo las informaciones necesarias, decretó el papa Urbano VIII á los veinte y seis confesores de Jesucristo los honores debidos á los Mártires, dando licencia para que en todas las iglesias de

la Compañía, por lo que toca á los tres Jesuitas, y en toda la Religion seráfica, por lo que toca á los demás, se pudiese rezar de ellos y celebrar misa en su memoria, por cuantos quisiesen concurrir á rendirles este culto; todo provisionalmente hasta que se procediese á su solemne canonizacion, sin dejar por eso el mismo Sumo Pontífice de apellidarlos con el glorioso título de Mártires. Esta canonizacion acaba de tener lugar en la capital del orbe cristiano en el dia 8 de junio del corriente año de 1862, por nuestro santísimo padre reinante el papa Pio IX; la cual se ha celebrado con una solemnidad y magnificencia extraordinarias, y con la asistencia de muchísimos obispos y prelados católicos de todas las naciones, á quienes Su Santidad habia invitado oportunamente para que tomasen parte, y con su presencia diesen mayor lustre á una ceremonia tan augusta. Las reliquias de los tres de la Compañía están expuestas á la pública veneracion en el colegio de Macao.

La Misa es en honra de los santos Pablo, Juan y Diego, mártires del Japon, y la Oracion es la que se sigue:

Deus, qui nos annua sanctorum martyrum tuorum Pauli, Joannis et Jacobi solemnitate lætificas: concede propitius; ut quorum gaudemus meritis, accendamur exemplis: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Ó Dios, que cada año nos regocijas con la solemnidad de tus santos mártires Pablo, Juan y Diego; concédenos que, así como nos llenan de gozo sus merecimientos, así tambien nos encienda á la imitacion el fervor de sus ejemplos. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola es del capítulo x *de la de san Pablo á los Hebreos.*

Fratres: Rememoramini pristinos dies in quibus illuminati magnum certamen sustinuistis passionum; et in altero quidem opprobriis et tribulationibus spectaculum facti: in altero autem socii taliter conversantium effecti. Nam et vinctis compassi estis, et rapinam bonorum vestrorum cum gaudio suscepistis, cognoscentes vos habere meliorem, et manentem substantiam. Nolite itaque amittere confidentiam vestram, quæ magnam habet remunerationem. Patientia enim vobis necessaria est: ut voluntatem Dei facientes, reportetis promissionem. Adhuc enim modicum aliquantulum, qui venturus est, veniet,

Hermanos: Traed á la memoria aquellos dias antiguos en que, ya iluminados, sufristeis una grande contienda de persecuciones: en unos hechos espectáculos de oprobios y tribulaciones, y en otros estábais unidos como socios con los que padecian; pues os mostrábais compadecidos de los encarcelados, y recibísteis con gozo el robo de vuestros bienes, conociendo que teníais mejor y mas permanente patrimonio (en el cielo). No perdais vuestra confianza, que espera grande remuneracion; pero para conseguirla os es necesaria la paciencia, á fin de que, haciendo la voluntad de Dios, consi-

et non tardabit. Justus autem meus ex fide vivit.

gais su promesa, entendidos que dentro de breve tiempo vendrá el que ha de venir sin tardanza (á coronar á los vencedores): por cuya fe vive el justo.

REFLEXIONES.

Adhuc enim modicum aliquantulum. Lo que resta de tiempo es breve, y muy breve. ¡Qué impresion tan viva como saludable no debiera hacer en el corazon de un cristiano una verdad de tanto desengaño! Esta brevedad de vida, esta cortedad de dias que nos restan, fueron los que hicieron mirar con tanto hastío cuanto puede lisonjear los sentidos en el mundo á los que compararon el fugaz tiempo de la vida con la duracion de la eternidad. Á estas reflexiones debieron tantos generosos Mártires aquel mas que humano aliento con que no solo menospreciaron los deleites de la vida, sino la vida misma, á vista de aquel bien infinito, de aquella dichosa eternidad que nos espera en el cielo, y merèce bien el corto sacrificio que se la hace de unos dias tristes, cási nunca serenos, cási siempre turbados, y llenos siempre de inquietud, de turbacion, de congoja, de sobresaltos y de perpétuos arrepentimientos. *El tiempo es breve.* ¿Cuántos que leen esto no llegarán al fin del año en que lo leen? *El tiempo es breve.* Y en este breve tiempo hay un largo y peligroso viaje que emprender; hay el negocio de mayor importancia que tratar; hay un sinnúmero de obligaciones que cumplir; hay mil enredadas cuentas que ajustar; hay la mayor de todas las fortunas que pretender. *El tiempo es breve.* Luego es menester no perder tiempo: luego es menester darse prisa: luego es forzoso no perdonar á diligencia para aprovecharle bien. Esta consecuencia es naturalísima; ni puede sacar otra un hombre cristiano, un hombre de juicio. Sin embargo, son otras, muy otras, las consecuencias que se sacan comunmente. *El tiempo es breve.* Luego es preciso malograrle, desperdiciarle, perderle en diversiones poco cristianas, en frívolos pasatiempos, en vanidades, en naderías. *El tiempo es breve.* Y con todo eso muchos le emplean en una ociosidad inútil ó regalona, sin saber en qué gastarle; y aun los que están menos ociosos no por eso lo ocupan mejor. Dedícase todo el tiempo á correr tras de un humo que se disipa, tras de una sombra que se desvanece, tras de una fantasma que no tiene cuerpo. Empléase el tiempo en amontonar grandes riquezas, sin saber por qué ni para qué; en fabricarse una fortuna elevada, de donde ha de ser precipitado el mismo que la fabrica; en dejar de sí un grande nom-

bre, del cual solo queda memoria en unos pergaminos viejos, ó en unos registros cubiertos de polvo y roidos de ratones. *El tiempo es breve,* dice el Apóstol; pues los que logran abundancia de bienes temporales traten de no ser ricos, sino para socorrer con ellos á los pobres; los que nacieron entre la púrpura y el oro suspiren únicamente por el cielo; los que viven llenos de aflicciones y de adversidades claven fijamente los ojos en el premio que les aguarda; aquellos á quienes en todo se les muestra risueña la fortuna considérense como desterrados, y respondan á los mundanos lo que respondieron los israelitas á los de Babilonia: ¿Cómo puede alegrarse en tierra extraña un cristiano verdadero? Siendo criado para el cielo, ¿qué cosa le puede divertir en este triste destierro? No le pueden gustar, sino causarle mucho tédio, los gustos y las diversiones con que el mundo le brinda. Quien está altamente persuadido á que certísimamente dentro de pocos meses, y quizá dentro de pocas horas, ha de ser despojado de cuantos bienes, de cuantas riquezas, de cuantas dignidades posee, ¿cómo puede poner su corazon en ellas? Ser rico, y no saber si lo serás por poco ó por mucho tiempo, es propiamente no serlo. ¡Oh cuántas y cuán poderosas razones para usar de las cosas de este mundo como si no se usase de ellas! Porque la figura de este mundo es fugaz y transitoria. Hablando en propiedad, el mundo no es mas que una figura sin solidez y sin sustancia; un sueño que divierte, una sombra que engaña, una fantasma que alucina y despues hace llorar. De real no tiene mas que las amarguras y las pesadumbres. Los trajes que brillan, las honras que deslumbran, y todas esas diversiones de borboton y de tumulto, en suma, no son mas que unas pinturas sin cuerpo, unas perspectivas aparentes: bellas exterioridades, apariencias risueñas, bastidores que á cada paso se corren, escenas que se mudan; y aquí no hay mas. ¡Necedad de necedades, correr tras de una sombra, y dedicarse á servir á una figura que pasa y se desvanece!

El Evangelio es del capítulo XXI *de san Lucas.*

In illo tempore dixit Jesus discipulis suis: Cum audieritis prœlia, et seditiones, nolite terreri, oportet primum hæc fieri, sed nondum statim finis. Tunc dicebat illis: Surget gens contra gentem, et regnum adversus regnum. Et terræmotus magni erunt per loca, et pestilentiæ, et fames, terroresque de

En tiempo que Jesucristo pronosticaba á sus discípulos la consumacion del mundo, les dijo: Cuando oyéreis hablar de guerras y sediciones, no temais, pues conviene sucedan primero estas cosas, que llegue el fin. Entonces, les añadió, se conmoverán una nacion contra otra, un reino contra otro reino,

cælo, et signa magna erunt. Sed ante hæc omnia injicient vobis manus suas, et persequentur, tradentes in synagogas, et custodias, trahentes ad reges et præsides propter nomen meum: continget autem vobis in testimonium. Ponite ergo in cordibus vestris non præmeditari quemadmodum respondeatis; ego enim dabo vobis os, et sapientiam, cui non poterunt resistere, et contradicere omnes adversarii vestri. Trademini autem à parentibus, et fratribus, et cognatis, et amicis, et morte afficient ex vobis: et eritis odio omnibus hominibus propter nomem meum: et capillus de capite vestro non peribit. In patientia vestra possidebitis animas vestras.

y habrá grandes temblores de tierra por diferentes partes, pestes, hambres, y señales grandes y espantosas en el cielo. Pero ante todo esto os prenderán, perseguirán, y entregarán á las sinagogas y cárceles, presentándoos ante los reyes y gobernadores por causa de mi nombre, lo que os sucederá en testimonio (de la fe.) Grabad en vuestros corazones la máxima de no pensar el cómo habeis de responder, pues yo os daré palabras y sabiduría á que no podrán resistir ni contradecir todos vuestros enemigos. Sabed que seréis entregados por vuestros padres, hermanos, parientes y amigos, que os causarán la muerte. Tambien seréis aborrecidos de todos los hombres por mi nombre; pero no perecerá un solo cabello de vuestra cabeza. Y por lo mismo con paciencia poseeréis (ó salvaréis) vuestras almas.

MEDITACION.

De los tres santos mártires Pablo, Juan y Diego.

Punto primero.—Considera la fidelidad con que estos santos Mártires correspondieron al beneficio que Dios les hizo disponiendo que naciesen de padres cristianos en medio de una nacion de gentiles. ¡Qué pureza de costumbres aun en un país tan estragado! ¡Qué vigilancia, qué cuidado en preservase de la impresion que podian temer del mal ejemplo que les daban los paganos! ¡Qué atencion en libertarse de los lazos y de los tropiezos! Conservaron la inocencia en una edad en que las pasiones hacen de ordinario tanto estrago; en un clima en que el amor á los deleites y la inclinacion al vicio suele anticiparse á las fuerzas de la edad; en un país en que reinaba la infidelidad y el paganismo. Cási estaban en la cuna, y ya se habia apoderado de su corazon una devocion fervorosa que los derretia en ternuras: su perseverancia constante en el ejercicio de la virtud les mereció la gloria y la dicha del martirio. Nosotros, por decirlo así, cási nacimos cristianos desde el vientre de nuestras madres; salimos á luz en un país donde florece la religion cristiana; en un tiempo en que el ejemplo de tantos buenos, el ejercicio público y notorio de la Religion, la piedad sensible dominante nos solicita con

tanto empeño, ya por la voz de celosos predicadores, ya por el auxilio de los Sacramentos, ya por la copia de tantos libros espirituales, ya por la muda, pero eficaz, elocuencia de tantos buenos ejemplos; y con todo eso padece triste naufragio la inocencia en medio de la mayor calma. ¿Qué digo? No pocas veces se estrella contra la playa cási antes de salir del puerto. A todas las edades se atreve el dia de hoy la corrupcion de costumbres, la licencia y la disolucion. Parece que el Señor, para mayor confusion nuestra, nos quiere proponer tres brillantes modelos de virtud en los tres ilustres Mártires que hoy celebramos, todos tres de edades diferentes, y tambien de clases muy diversas. Pablo Miki, de padres tan calificados por su nobleza como por sus empleos; Juan de Goto, de casa rica y opulenta; Diego Quisai, un pobre oficial de humilde nacimiento: Goto en la flor de su juventud, Miki en lo mas vigoroso de la edad viril, Quisai con mas de sesenta años, pasando ya los límites de la venerable ancianidad. Con todo eso todos tres, y cada cual en su edad, en su condicion, en su estado, haciendo una vida cristiana, fervorosa y santa. ¡Y á vista de esto quedarán bien disculpados delante de Dios nuestros desórdenes, nuestra cobardía, nuestra disolucion con los pocos ni con los muchos años, con la humildad, ó con la elevacion de nacimiento! ¡Ah mi Dios! que el ejemplo de la inocencia, el valor, la virtud fervorosa de los Santos condenará sin réplica á los cristianos cobardes; confundirálos y convencerálos haciéndoles inexcusables.

Punto segundo.—Considera que ninguna cosa condena tanto nuestra delicadeza y nuestra cobardía como la mortificacion y la magnanimidad de los santos Mártires. Aquellos héroes del Cristianismo fueron hombres como nosotros, sujetos á las mismas pasiones que nosotros, expuestos á los mismos y aun á mayores peligros que nosotros, padeciendo las mismas miserias que nosotros, tropezando con los mismos estorbos que nosotros. Ellos profesaban la misma religion que nosotros, y nosotros no creemos en Evangelio diferente del que creian ellos. Ni hay que excusar nuestra falta de valor con la falta de auxilios y de gracias: muchos de nosotros puede ser que hayamos tenido y que tengamos muchas mas que tuvieron ellos; pero lo que no admite duda es, que todos tenemos las que nos bastan para ser santos, si queremos. Y si es cierto que ellos tuvieron con preferencia de nosotros aquellas gracias, aquellos auxilios extraordinarios que era menester para ser mártires, fue porque cooperaron con fidelidad á las ordinarias y comunes. Y ¿quién nos quita á nosotros

el corresponder á ellas como ellos correspondieron? Si no lográremos la dicha de morir por la fe, en nuestra mano está vivir arreglados á las máximas del Evangelio. Los tres Mártires fueron religiosos; pero Juan de Goto y Diego Quisai aun no habian salido del estado de novicios. Pero la observancia de la ley, la humildad y la devocion obliga en todos los estados y en todas las edades. Pablo Miki predicaba la fe con elocuencia, con fruto, haciendo su celo maravillosas conversiones. Todos podemos ser predicadores, todos podemos convertirnos en apóstoles. Estén llenos de Dios nuestros corazones y nuestras palabras, nuestras conversaciones harán conquistas á Jesucristo. Bien puede alguno no tener talento para hablar; bien puede no tener ocasion de exhortar ó de persuadir; pero ninguno hay que no pueda predicar eficazmente con el ejemplo. Ya se viva en comunidad, ya en casa particular, ¿qué bienes no produce en los que viven bajo de un mismo techo, y obligados á una misma regla, la vida ejemplar de los fervorosos y de los perfectos? ¿Qué bien no hace en toda su casa un padre, una madre de familia, cuya virtud, cuya vida ordenada y cristiana es una exhortacion, es una mision perpétua? El grande arte de la virtud se aprende mejor con los ojos que con los oidos. Pierden toda su fuerza los mejores consejos cuando el que los da practica lo contrario de lo que aconseja. Grita mucho al alma la vida ejemplar mas muda, y siempre grita con fruto. La cruz no era menos cruz para los santos Mártires del Japon que para todos los demás fieles. Con todo eso suspiran por ella, la abrazan tiernamente, aunque saben que en ella han de acabar su vida. Nosotros profesamos la misma religion, creemos las mismas verdades, seguimos el mismo Evangelio. Pero ¡qué diferencia tan monstruosa hay entre nuestra vida y la suya! Y ¿esperarémos no obstante la misma suerte y la propia recompensa?

Vos, Señor, que sois tan Salvador nuestro como lo fuisteis de los santos Mártires, no permitais que se pierdan en nosotros estas reflexiones. Aumentad nuestra fe, encended nuestro corazon con la misma caridad, alumbrad nuestras almas con las mismas luces, y haced por vuestra misericordia que, siendo fieles á vuestra gracia, trabajemos eficazmente de hoy en adelante en el único negocio de nuestra salvacion.

JACULATORIAS. — ¡Qué preciosa es, Señor, en vuestros ojos la muerte de vuestros Santos! (*Psalm.* CXV).

Nada bastará, Dios mio, á separarme de vuestro amor: ni tribu-

laciones, ni trabajos, ni hambre, ni desnudez, ni peligros, ni persecuciones, ni la misma muerte. (*Rom.* VIII).

PROPÓSITOS.

1 El ejemplo de los Santos nos confunde, y hace frívolas nuestras excusas. No hay que alegar nuestra flaqueza para disculpar nuestra cobardía: la verdadera flaqueza está en nuestra mala voluntad. Este es el recurso de los herejes para acallar sus remordimientos y para autorizar sus desórdenes: fingen voluntariamente una impotencia invencible á causa de nuestra flaqueza. Es verdad que de nuestra propia cosecha no somos mas que la misma miseria; pero esta impotencia natural se suple ventajosamente con la gracia, que solo falta á quien no quiere tenerla. No hay Santo en el cielo que no debiese su salvacion y su dicha á la gracia del Redentor: no hay condenado en el infierno que no esté plenamente convencido de que él fue únicamente el artífice de su reprobacion eterna. Desengañémonos, que los Santos tuvieron tan fuertes estorbos que vencer, tan violentas pasiones que domar, tan grande flaqueza que esforzar; y nosotros tenemos, además de eso, lo que ellos no tuvieron (á lo menos los primeros), que es el aliento y la virtud de sus ejemplos. Ellos fueron Santos con la gracia del Señor; ¿por qué no lo podrémos ser nosotros con los auxilios de la misma gracia? Ríndete desde hoy á esta importante verdad, y haz estas reflexiones llenas de consuelo en las fiestas de todos los Santos; porque ninguno hay que no nos reprenda nuestra flaqueza voluntaria. Aprovéchate del ejemplo que te dan, y aprende bien la gran leccion que te enseñan.

2 Ama la cruz, y sentirás poco tu flaqueza: sé mortificado, y serás fiel y generoso. Asústanse los sentidos solo con la memoria de los preceptos y de las máximas del Evangelio. Á solo el nombre de mortificacion se sobresaltan, se estremecen las pasiones: el amor propio, siempre de inteligencia con estos enemigos de nuestra salvacion, reclama, se amotina contra las leyes de la vida cristiana. No dés oidos á sus gritos, ríete de sus esfuerzos, desprecia sus amenazas. Ama la cruz, ejercítate en la mortificacion; no se pase dia alguno sin adorar á Cristo crucificado, sin besar sus llagas muchas veces, sin pedirle el espíritu de mortificacion y de penitencia. Sirve mucho, aprovecha mucho la tierna devocion con la santa cruz, para que seamos menos delicados, menos sensibles y mas mortificados.

DIA XIV.

MARTIROLOGIO.

El tránsito de san Valentin, presbítero y mártir, en Roma en la via Flaminia, esclarecido en doctrina y gracia de curar enfermedades; fue azotado y degollado en tiempo de Claudio, emperador. *(Véase su vida en las de este dia).*

Los santos mártires Vidal, Felícula, y Zenon, en Roma. *(Véase acerca de estos santos Mártires la nota que sigue al martirologio de este dia).*

San Valentin, obispo y mártir, en Terni (en Hungría), que despues de haber sido largamente azotado, lo pusieron en una cárcel, y viendo que no lo podian vencer, lo sacaron de ella á media noche, y lo degollaron por mandato de Plácido, prefecto de la ciudad. *(El cuerpo de este Santo fue llevado despues de mucho tiempo al monasterio de San Benito de Bages, cerca de la ciudad de Manresa, en el obispado de Vich, en Cataluña, donde es tenido en grande veneracion; y por todo aquel territorio se celebra su fiesta á 14 de febrero).*

Los santos mártires Próculo, Efebo, y Apolonio, en la misma ciudad, los cuales, estando velando una noche el cuerpo de san Valentin, fueron presos y degollados por órden del cónsul Leoncio.

Los santos mártires Baso, Antonio, y Protólico, que fueron ahogados en el mar.

Los santos mártires Cirion, presbítero, Basiano, lector, Agaton, exorcista, y Moisés, en Alejandría, los cuales todos juntos fueron quemados, y así volaron al Señor.

San Dionisio y san Ammonio, mártires, fueron degollados tambien por la fe en Alejandría.

San Eleucadio, obispo y confesor, en Ravena.

San Auxencio, abad, en Bitinia.

San Antonino, abad, en Sorrento: habiendo los longobardos destruido el monasterio de Monte Casino, se retiró á un yermo junto á la misma ciudad, y siendo allí célebre por su santidad, murió en el Señor. Su cuerpo es tenido en gran veneracion por los continuos milagros que obra, especialmente en sanar á los energúmenos.

En este dia se celebra en el monasterio de Nuestra Señora de Serrateix, del Órden de san Benito, en el obispado de Solsona, la fiesta de los ilustres mártires de Jesucristo san Vidal, san Zenon y santa Felícula, vírgen; de quienes hacen conmemoracion muchos Martirologios, con la expresion que padecieron en Roma, bien que no nos consta con certeza las actas de sus gloriosos martirios, como ni la época, ó por quién fueron trasladados á aquel monasterio los cuerpos de estos santos Mártires, donde se tienen en grande veneracion.

SAN VALENTIN, PRESBÍTERO Y MÁRTIR.

San Valentin, presbítero, se hallaba en Roma en el reinado del emperador Claudio II, hácia el año del Señor de 270. El universal elevado crédito de su virtud y de su sabiduría le habian granjeado la veneracion, no solo de los Cristianos, sino aun de los mismos gentiles. Mereció el renombre de padre de pobres por su grande caridad; y su celo por la Religion era tanto mas eficaz, cuanto se mostraba mas puro y mas desinteresado. La humildad, la dulzura, la solidez de su conversacion y cierto aire de santidad que se derramaba en todos sus modales hechizaba á cuantos le trataban: ganaba primero los corazones para sí, y despues los ganaba para Jesucristo.

No podia ser desconocido en la corte un hombre como Valentin, tan venerado del pueblo y tan estimado de los grandes. Hablaron de él al Emperador, informándole ser un hombre de un mérito superior y de una sabiduría extraordinaria. Quiso verle, y el distinguido modo con que le recibió acreditó bien la grande estimacion que hacia de su persona. Preguntóle desde luego: *Por qué no queria ser su amigo, puesto que el mismo Emperador deseaba serlo suyo.* Añadiéndole, *que por lo mismo que le estimaba tanto, no podia llevar en paciencia que profesase una religion enemiga de los dioses del imperio, y consiguientemente de los Emperadores.*

Valentin, que por su compostura, por su grato semblante y por su modestia habia ya cautivado al Emperador, le respondió poco mas ó menos en estos términos: *Si conocierais, señor, el don de Dios, y quién es aquel á quien yo adoro y á quien sirvo, os tendriais por feliz en reconocer á tan soberano Dueño, y detestando el culto que ciegamente rendis á los demonios, adorariais como yo al solo Dios verdadero, Criador del cielo, de la tierra y de todo cuanto se contiene en este vasto universo, juntamente con su único Hijo Jesucristo, Redentor de todos los mortales, igual en todo á su Padre. Gran señor, á la benignidad de este único supremo Númen debeis el ser que teneis y el imperio que gozais: él solo os puede hacer feliz á vos y á todos vuestros vasallos.*

Al oir esto cierto doctor idólatra, que tenia oficio en palacio, y se hallaba á la sazon en el cuarto del Emperador, le preguntó: *Pues ¿y qué juicio haces de nuestros grandes dioses Júpiter y Mercurio?—El juicio que yo hago,* respondió el Santo, *es el mismo que tú propio debes*

hacer; quiero decir, que no hubo en el mundo hombres mas malvados que esos á quienes vosotros dais el título de dioses. Hasta vuestros mismos poetas tuvieron gran cuidado de instruiros de sus infamias y de sus disoluciones. Á mano teneis sus historias: mostradme únicamente su genealogía, con una breve noticia de su vida, y os haré confesar que acaso no ha habido jamás hombres mas perversos.

Aturdió á todos una respuesta tan animosa como verdadera, y mirándose atónitos los unos á los otros, quedaron por algun tiempo como embargados y mudos. Pero volviendo en sí, se dejó oir una confusa gritería de los que clamaban en tono descompuesto, *blasfemia, blasfemia.* Mas el Emperador, ó porque estuviese interiormente convencido de lo que acababa de escuchar, ó porque á lo menos le hubiese hecho alguna fuerza, sin hacer aprecio del desentono de los cortesanos, quiso oir á Valentin mas en particular. Hízole varias preguntas con mucha bondad acerca de diferentes artículos de nuestra Religion. *Si Jesucristo es Dios,* le preguntó, *¿por qué no se deja ver? Y ¿por qué tú mismo no me haces evidencia de una verdad en que voy á interesar tanto?*

Señor, le respondió el Santo, *por lo que toca á mí, no dejaréis de lograr esta dicha;* y despues de haberle explicado con la mayor viveza y claridad los puntos mas esenciales de nuestra santa fe, concluye diciendo: *¿Quereis, señor, ser feliz? ¿quereis que vuestro imperio florezca, que vuestros enemigos sean destruidos? ¿quereis hacer felices á vuestros pueblos y aseguraros á vos mismo una eterna felicidad? Pues creed en Jesucristo: sujetad vuestro imperio á sus leyes, y recibid el Bautismo. Así como no hay otro Dios que el Dios de los Cristianos, así tampoco hay que esperar salvacion fuera de la religion que los Cristianos profesan. No, señor, fuera de la religion cristiana no hay salvacion.*

Habló el Santo con tanta energía y con tanto peso, que el Emperador pareció verdaderamente movido; y aun es fama que vuelto á sus cortesanos les dijo: *Es preciso confesar que este hombre nos dice muy bellas cosas, y que la doctrina que enseña tiene un aire de verdad que no es fácil resistirse á ella.* Al oir estas palabras el prefecto de la ciudad, llamado Calpurnio, comenzó á gritar: *¿No veis cómo este encantador ha engañado á nuestro príncipe? Y ¡qué! ¿abandonarémos la religion de nuestros padres, la que mamamos con la leche, y en la que nos criamos desde la cuna, por abrazar una secta oscura, incomprensible y desconocida?*

Al oir esta sediciosa exclamacion del Prefecto temió el Emperador

algun tumulto: pudo mas este desdichado miedo que la gracia interior que le solicitaba fuertemente á convertirse; y sacrificando su eterna salvacion á un vil humano respeto, ahogó los saludables movimientos de su corazon; y remitió la causa del santo presbítero al prefecto Calpurnio, para que la sustanciase y sentenciase segun las leyes.

Mandó Calpurnio que le metiesen en la cárcel, y encargó al juez Asterio que le hiciese la causa como cristiano, y como uno de los mayores enemigos de los dioses del imperio.

Asterio habia sido testigo de la grande impresion que habian hecho en el Emperador las palabras de Valentin, y celebró mucho que se le ofreciese esta ocasion de hablarle despacio, resuelto á emplear cuantos artificios pudiese para derribarle de la fe, no dudando que haria bien la corte al Prefecto, si lograba persuadir á Valentin que renunciase el Cristianismo.

Con esta idea le llevó á su casa. Apenas entró en ella nuestro Santo, cuando levantando las manos y los ojos al cielo, rogó fervorosamente al Señor que, pues habia dado su sangre y su vida por la salvacion de todos los hombres, se dignase alumbrar con las luces de la fe á todos los habitadores de aquella casa que estaban sepultados en las tinieblas de la idolatría, haciéndoles la gracia de conocer á Jesucristo, verdadera luz del mundo.

Oyó Asterio esta oracion, y le dijo: *Admírome que un hombre de tan noble, de tan claro entendimiento tenga á Jesucristo por verdadera luz: gran lástima me da verte encaprichado en esos errores.—Sábete, Asterio,* respondió el Santo, *que no es error el que me supones. No hay verdad mas innegable que el que Jesucristo, mi Salvador y mi Dios, que se dignó hacerse hombre por nosotros, es verdadera luz que alumbra á todos los que vienen al mundo.—Si eso es cierto,* replicó Asterio en tono de burla, *quiero hacer la prueba. Ahí tengo una hija á quien amo tiernamente, que está ciega muchos años há: si Jesucristo la restituye la vista, te empeño mi palabra de hacerme cristiano con toda mi familia.*

Animado Valentin de una viva fe, hizo traer á la doncella; y haciendo sobre sus ojos la señal de la cruz, dirigió al cielo esta oracion fervorosa: *Señor mio Jesucristo, verdadero Dios y verdadero Hombre, que disteis vista á un ciego desde su nacimiento, y que quereis la salvacion de todos los hombres, dignaos oir la oracion de este pobre pecador, y de curar á esta pobre doncellita.* A estas palabras recobró su vista la niña. Asterio y su mujer se arrojaron á los piés de Valentin, pidiéndole el Bautismo. Catequizólos el Santo por algunos dias,

y los bautizó con toda su familia en número de cuarenta y cuatro personas, cuya mayor parte tuvo la dicha de recibir á pocos dias despues la corona del martirio.

Habiendo llegado á noticia del Emperador todo lo que habia pasado, admiró la virtud divina, tan visiblemente ostentada en todas estas maravillas. Gran deseo tenia este Príncipe de librar á san Valentin; pero temiendo alguna sedicion del pueblo, que ya le sospechaba cristiano, no se atrevió á embarazar que los jueces le juzgasen y le condenasen segun las leyes. Estuvo algunos dias en la cárcel cargado de cadenas y apaleado muchas veces, hasta que al fin fue degollado fuera de la ciudad en la via Flaminia, que va á Umbría, el año del Señor de 270. Los Cristianos tomaron su sagrado cuerpo, y le enterraron cerca de la misma puerta Flaminia, que despues se llamó la puerta de San Valentin, y hoy se llama la del Pópulo hácia Ponte Mole. Dícese que el papa Julio mandó edificar una iglesia sobre la sepultura de nuestro Santo, la que reparó el año de 645 el papa Teodoro, y fue despues muy célebre por la mucha devocion que siempre ha tenido el pueblo á este gran siervo de Dios. La mayor parte de sus reliquias están en Roma, aunque se veneran algunas en muchas ciudades de Italia y de Francia, especialmente en Melun sobre el Sena, y en la abadía de San Pedro.

BEATO JUAN BAUTISTA DE LA CONCEPCION, FUNDADOR DE LA REFORMA DE LOS DESCALZOS DE LA SANTÍSIMA TRINIDAD.

El siglo XVI, fecundo en mónstruos que turbaron la paz de la Iglesia, lo fue tambien en héroes de la cristiandad. Entre estos floreció Juan Bautista García, hijo de Marcos y de Isabel Lopez, familia noble de Almodóvar del Campo, en donde nació el 10 de julio de 1561. Sus padres educaron á él desde niño, á sus dos hermanos y cuatro hermanas en el santo temor de Dios y en el ejercicio de la virtud. Á los desvelos de sus padres correspondió Juan con su docilidad; pues como sello en blanda cera, así se imprimian en su corazon sus preceptos y ejemplos. De aquí nació el rigor con que á los seis años maceró su cuerpo con récias disciplinas por haber oido á su padre decir que así lo hacian los Santos. Dormia con el cilicio sobre un corcho ó sobre sarmientos. Su ayuno era cási continuo, frecuentemente á pan y agua, y no probaba la carne: tal fue su tenor de vida hasta los doce años que, á ruegos de sus padres, templó el rigor

de su penitencia por haber esta debilitado notablemente su salud.

En su niñez nada habia pueril. Sus compañeros eran los libros devotos, se ocupaba en la oracion, y por lo comun en la iglesia. En la de los Carmelitas descalzos tuvo ocasion de tratar á estos religiosos, de quienes aprendió la perfecta abnegacion de sí mismo y á practicar debidamente la virtud. Sus palabras eran pocas y discretas, su modestia admirable, y su recato era tal, que nunca miraba á las mujeres aunque fuesen parientas. Á los nueve años hizo voto de castidad por haber leido que una santa niña habia consagrado á Dios su virginidad. Era devoto en los templos, afable con todos, y caritativo con los necesitados. Á los siete años podia ya comulgar, á juicio de su confesor, pero este se lo dilató hasta los once. Unido con Dios por este sublime acto, era tal la vida que llevaba, que todos le apellidaban, con mucho sentimiento suyo, el Santo. Razon tuvo santa Teresa de Jesús cuando hospedada en casa de sus padres les dijo, sin duda con espíritu profético, que lo seria muy grande.

Concluida la filosofía, pidió el hábito á los Carmelitas descalzos; pero no habiéndose realizado sus deseos, ignorándose la causa, fué á estudiar teología á Baeza, y despues á Toledo, en donde vistió el de los Trinitarios el dia de san Pedro del año 1580, y á los diez y nueve de su edad. La vocacion era de Dios, y así fue luego un dechado de virtud; pues los ejercicios religiosos eran su consuelo, el retiro su delicia, la obediencia le era suave, la mortificacion familiar, y la humildad natural. Concluido el noviciado, hizo su profesion en el mismo dia de san Pedro. Siguió sus estudios con grande aplicacion, siendo su catedrático el beato Simon de Rojas; de modo que con ella y con tal maestro salió consumado en teología mística y moral.

Concluidos los estudios, Dios le probó con tan aguda enfermedad, que le dejó muy delicado por toda su vida. Esto no obstante se aplicó á leer los santos Padres para poder distribuir á los fieles el pan de la divina palabra. Procurando la santificacion de los otros, no olvidaba la propia, y siempre aspiraba á mayor perfeccion. La descalcez era su objeto predilecto, y Dios le colmó sus deseos del modo siguiente: En 1594 á 8 de mayo se juntó en Valladolid Capítulo general en el que, con otras cosas, se decretó que en cada provincia de la Órden hubiese dos ó tres conventos en que se viviese segun la regla primitiva. Á este fin el Padre ministro de Marcilla fue destinado para fundar en Valdepeñas, y llevó consigo á Juan, que al consuelo de decir allí la primera misa juntó despues el de ser el

primer Padre de aquel convento, aunque por entonces le enviaron á Sevilla. El 9 de noviembre de 1598 se colocó el santísimo Sacramento en la iglesia, que lo fue la ermita de San Nicasio. Como todas las obras de Dios tienen por lo comun sus contradicciones de parte de los hombres, así las tuvo esta en Valdepeñas, aunque pasajeras.

Durante ellas, Juan predicó en Sevilla un sermon en que dijo cosas que tenian mucha relacion con lo que pasaba en Valdepeñas. Con esto y otras ilustraciones del Señor se avivaban mas sus deseos de abrazar la descalcez. Obligóse á ello con motivo de una récia tempestad que se levantó en el camino desde Sevilla á Andújar, á donde iba á ver al Padre comisario general. Este queria llevarle consigo á Madrid, y los Padres de Andújar le querian por superior; pero él alcanzó de Dios que estos desistiesen de su empeño y que aquel mandase al Padre ministro de Valdepeñas que le vistiese el hábito de recoleto, y que en todo obrase con Juan de comun acuerdo.

Vencidas con trabajo las dificultades que le opuso el comun enemigo, llegó á Valdepeñas, y cuatro dias despues se le dió el hábito con satisfaccion igual á los deseos que tenia de recibirlo. Esta se aumentó con una vision que mereció tener la primera noche, en que le pareció que, á la vista de Jesús crucificado, le clavaban en una cruz. A pesar de su quebrantada salud fué á Sevilla á celebrar Capítulo general, y en él fue elegido ministro de Valdepeñas. Allí estableció un modo de vivir segun la reforma, y era el primero en dar ejemplo. A los súbditos ordenó que subrogasen al nombre de su familia el de un Santo de su devocion, el de algun misterio de Jesucristo ó de su santísima Madre, ó que lo sacasen por suerte. Por ella cupo á Juan el de la Concepcion, que le dió este nombre.

Luego se le juntaron trece compañeros, entre ellos algunos prelados de otros conventos que, no pudiendo acomodarse con tanta penitencia, humildad y pobreza, se volvieron con mengua y perjuicio de la reforma; porque el Padre general, dando fácilmente oido á sus quejas, formó un concepto menos ventajoso de Juan: hasta el mismo comisario general, á quien fué á ver á Madrid para promover la reforma, estaba prevenido contra él. Pensó, pues, ir á solicitar del Papa lo que no podia conseguir de sus superiores; pero el demonio le opuso grandes obstáculos, espantando con formas y aullidos horrendos á sus religiosos, y presentando á su imaginacion grandes dudas y motivos de desaliento. En tal conflicto Juan acudió á la oracion, y en ella mereció oir de Dios estas palabras: *No temas; prosigue,*

que yo te ayudaré. Alentado con ellas, emprendió el viaje á Roma con un lego, llevando cincuenta escudos, sin alforjas ni equipaje. Por Manzanares fué á Alicante, donde se embarcó para Génova; pero se levantó una fuerte tempestad en la que, arreciando los vientos, pensaron naufragar. Juan, en un rapto, vió á Jesús en ademan de ir á socorrer la nave, alentó á todos, y todos se salvaron. Vueltos á tierra, Juan se fué otra vez con el lego á Valdepeñas.

El 4 de octubre de 1597 emprendió de nuevo el viaje con otro lego. En Alicante se presentó al Duque de Maguera, que iba de virey á Sicilia, que tomándole bajo su proteccion le llevó consigo en su galera. Pasaron por Barcelona á Coblliure, en donde padecieron mucho de parte de los elementos. Á los que estos perdonaban consumia una enfermedad contagiosa. Las que Juan padecia cási habitualmente no le impidieron de ejercitar su caridad con el prójimo, acudiendo á todas partes á hacerse todo para todos. Disipadas en Coblliure por un varon sábio las dudas con que de nuevo le molestaba el demonio para que desistiese de su piadoso intento, pasaron á Génova. Allí Juan se despidió de su bienhechor, y, siguiendo su viaje, llegó á Roma el 21 de marzo de 1598.

Al principio pareció que los ánimos de varias personas distinguidas estaban dispuestos á favorecerle; mas sus contrarios de España le hicieron tan cruda guerra, que en poco tiempo se vió abandonado de todos, menos del P. Pedro de la Madre de Dios, carmelita descalzo, predicador de Su Santidad. En este abandono suplicó particularmente á Jesús que fuese su compañero, y varias veces tuvo el consuelo de verle á su lado. Por estas y otras visiones conoció el feliz éxito que tendria su empresa, y lo tuvo en efecto, despues de grandes dificultades, por el breve de institucion, expedido por Clemente VIII en 20 de agosto de 1599. Aunque en él no se hace mencion expresa de Juan, es cierto que fue el primero en solicitarlo, y el que mas trabajó para obtenerlo.

Vuelto á España, y vencidos los obstáculos que sus contrarios pusieron á la ejecucion del breve, fué á tomar posesion del convento de Valdepeñas. Tambien los hubo allí de parte del Padre ministro, que se le opuso obstinadamente, hasta que el gobernador de la villa interpuso su autoridad para que se cumpliese el mandato del visitador apostólico para la ejecucion del breve. Los religiosos se fueron; pero bien pronto se le reunieron otros hasta el número de diez y seis. Esto y la fundacion sucesiva de ocho conventos fue una compensacion de sus trabajos continuos. Con anuencia del nuncio apostólico

juntó Capítulo general en el que, contra su voluntad, fue elegido provincial.

En esta nueva dignidad pareció excederse á sí mismo. Su celo era grande, su vigilancia admirable, su solicitud paternal. En la visita que hizo á sus conventos, sus palabras y sus obras llevaban el sello de la caridad, inculcando la mas estrecha observancia de su regla. Esta tarea no le distraia de su intento principal de extender la reforma; pero no siempre halló buena disposicion en los pueblos. Cumplido el trienio de su provincialato, se retiró al convento de la Solana; despues el provincial le envió á Valladolid, y posteriormente, elegido en difinitorio, pasó de ministro al convento de Córdoba. Á los pocos meses renunció para ir á fundar á Toledo, lo que consiguió, convirtiendo, con su caritativa paciencia y constancia, los ánimos que se le mostraron mas hostiles, y trocando en protectores los que habian sido mas contrarios de la fundacion.

Tantos trabajos y molestias, ocasionados muchas veces por aquellos de quienes menos debia esperarlo, causaron un quebranto notable en su salud ya delicada. Era de ver su paciencia y santa resignacion entre los mas agudos dolores. Médicos, medicinas, asistencia esmerada, todo fue en vano, porque habia llegado el tiempo de recoger el premio de sus méritos y constancia. Al darle esta noticia, contestó con David: *Heme alegrado en lo que se me ha dicho, iremos á la casa del Señor.* Se le administró el santísimo Viático, que recibió con viva fe y abrasado en caridad. Recibida, á peticion suya, la santa Uncion, murió en el Señor el 14 de febrero de 1613. Mucho podria añadirse sobre sus virtudes, que declaradas en grado heróico por Clemente XIII, fue beatificado por Pio VI, teniendo en nuestros dias la satisfaccion de verle colocado en los altares.

La Misa es propia en honor del beato Juan Bautista de la Concepcion, y la Oracion es la siguiente:

Deus, qui ad majorem sanctissimæ Trinitatis gloriam propagandam, beatum Joannem Baptistam confessorem tuum admirabili spiritus fortitudine, et invicta patientia roborasti; concede nobis famulis tuis, ut ejus imitationi jugiter inhærentes, gloriam assequamur æternam. Per Dominum...

Ó Dios, que para dilatar la mayor gloria de la santísima Trinidad robusteciste al bienaventurado Juan Bautista tu confesor con una admirable fortaleza de espíritu é invencible paciencia en sus trabajos; concédenos á tus siervos que, insistiendo continuamente en su imitacion, consigamos la gloria eterna. Por Nuestro Señor Jesucristo...

La Epístola es tomada del capítulo VI *de la segunda carta del apóstol san Pablo á los Corintios.*

Fratres: Exhibeamus nosmetipsos sicut Dei ministros, in multa patientia, in tribulationibus, in necessitatibus, in angustiis, in plagis, in carceribus, in seditionibus, in laboribus, in vigiliis, in jejuniis, in castitate, in scientia, in longanimitate, in suavitate, in Spiritu Sancto, in charitate non ficta, in verbo veritatis, in virtute Dei: per arma justitiæ à dextris et à sinistris, per gloriam et ignobilitatem, per infamiam et bonam famam: ut seductores et veraces, sicut qui ignoti, et cogniti: quasi morientes, et ecce vivimus: ut castigati, et non mortificati: quasi tristes, semper autem gaudentes: sicut egentes, multos autem locupletantes: tamquam nihil habentes, et omnia possidentes.

Hermanos mios: Mostrémonos en todo como ministros de Dios, manifestando mucha paciencia en las tribulaciones, en las miserias, en las angustias, en las llagas, en las prisiones, en medio de las sediciones, entre los trabajos, por las vigilias, por los ayunos, por la castidad, por la ciencia, por la constancia en sufrirlo todo, por la dulzura, por la virtud del Espíritu Santo, por una caridad sincera, por la palabra de verdad, por el poder que viene de Dios, por las armas de la justicia á derecha é izquierda: ya estemos tratados con honor, ó con abyeccion; ya seamos difamados ó tengamos buena reputacion; como si fuésemos tenidos por seductores, por mas veraces que seamos; como si fuésemos desconocidos, aunque todos nos conozcan: como prontos á morir, no dejando de vivir; como gentes á quienes se castiga, pero no se mata; como tristes, pero siempre alegres; como pobres, pero enriqueciendo á muchos; como quien no tiene nada, y todo lo posee.

REFLEXIONES.

Exhibeamus nosmetipsos sicut Dei ministros: *mostrémonos en todo como ministros de Dios.* La rectitud de corazon y de entendimiento son dos de las mas bellas pinceladas que siempre se descubren en el retrato del justo. El pecador siempre va por camino torcido, así como el justo marcha á Dios por el mas derecho. ¿De qué sirven todos esos giros oblícuos, todos esos artificios del amor propio? ¿Será acaso porque Dios no sabrá correr la cortina á todos esos misterios de iniquidad, ni desenmarañar todos esos enredos espirituales? Atolóndranse los hombres en sus mismos descaminos, hallándose atrapados, ¿y qué se gana al fin? Los disolutos se descaminan á ojos abiertos y á la mitad del dia; los falsos devotos á favor de una niebla voluntaria. Muchas personas, que hacen profesion de virtuosas, vi-

ven con mil groseros errores prácticos por falta de esta rectitud. Todo sirve de pretextos y de alimento al amor propio, hasta la misma religion. Lisonjéase vanamente el corazon de que ama á Dios, y se ama á sí mismo. El pretexto de la mayor gloria de Dios sirve no pocas veces maravillosamente para nutrir nuestro orgullo. Es la rectitud una pureza de intencion y de motivo que encamina al alma hácia el bien, por amor del mismo. Aun cuando la rectitud no se hallase en un grado de perfeccion tan elevado, todavía seria muy provechosa. ¡Buen Dios, y qué prueba mas sensible de los pocos que sinceramente os aman, que tanta delicadeza en la devocion, tanta condescendencia consigo, tanta flojedad, tanta tibieza en vuestro servicio! La ciencia de los Santos es la ciencia de la salvacion, la ciencia de la salvacion es la ciencia práctica del Evangelio; porque en cuanto á mera especulacion, al puro conocimiento de lo que se debe obrar, esa es una ciencia que la pueden poseer las almas réprobas. Saber lo que se debe hacer, y hacer lo que se sabe, esa es la verdadera ciencia de los Santos. ¡Qué buen amo es Dios! ¡qué ventajosa, qué dulce cosa es servirle! No solo premia lo que se hace, sino lo que se quisiera hacer por él. Tomamos en cuenta nuestra buena voluntad. En servicio de este amo tan liberal y tan agradecido siempre se coge el fruto de los trabajos. Tanto reciben los que vienen tarde como los que vienen temprano, si el fervor de aquellos excede al celo de estos. Añade el Apóstol: *Sicut qui ignoti, et cogniti:* el Señor hace al justo respetable. ¡Cosa extraña! ¡que sean tantos los que aman la distincion y la honra, y sean tan pocos los que la buscan donde verdaderamente se halla! Solamente la virtud es la madre de la verdadera gloria. Consultemos á los mas imperfectos, á los mas relajados; sienten no sé qué estimacion, no sé qué respeto hácia las personas virtuosas. Es este un tributo que se paga á la virtud, de que ninguno se exime.

El Evangelio es del capítulo XII *de san Lucas.*

In illo tempore dixit Jesus discipulis suis: Nolite timere, pusillus grex, quia complacuit Patri vestro dare vobis regnum. Vendite quæ possidetis, et date eleemosynam. Facite vobis sacculos, qui non veterascunt, thesaurum non deficientem in cœlis: quo fur non appropiat, neque tinea corrumpit. Ubi enim thesaurus vester est, ibi et cor vestrum erit.

En aquel tiempo dijo Jesús á sus discípulos: No temais, pequeña grey, porque vuestro Padre ha tenido á bien daros el reino. Vended lo que teneis, y dad limosna. Haceos bolsillos que no envejecen, un tesoro en los cielos que no mengua, á donde no llega el ladron, ni la polilla le roe. Porque donde está vuestro tesoro, allí estará tambien vuestro corazon.

MEDITACION.

De la necesidad de la penitencia.

Punto primero.—Considera que no hay mas que dos caminos para ir al cielo, ó la inocencia, ó la penitencia. No hay medio. Ó nunca has pecado, ó fuiste pecador. ¡Buen Dios! ¿quién podrá presumir de conservarse en aquella primera inocencia? Pues ¿quién podrá dispensarse de los rigores de la penitencia? Busca otra senda, si la hallas; pero advierte que Jesucristo la ignoró. Fíngete el sistema que quisieres; forja la moral que se te antojare; pretextos de salud, vanos títulos de la edad ó del estado; figúrate privilegios y razones para eximirte de una ley tan indispensable. No hay otro partido que tomar: ó llorar en tiempo, ó arder por toda la eternidad; ó infierno, ó penitencia.

Esta vida es el tiempo de la misericordia; es el fruto de la muerte del Redentor. Pero la justicia no por eso ha de quedar frustrada de sus derechos. Estos son los que corren á cuenta de la penitencia. Ella, por decirlo así, es como sustituta, ó como apoderada de la divina justicia. Sí: Dios quiere fiarse de tu buena fe para castigar tus pecados; quiere que tú mismo seas el vengador de tus delitos, que te impongas el castigo. ¿Pudieran estar tus intereses en manos mas favorables ni mas amigas? Desengañémonos: todo pecado ha de ser castigado, ó por un Dios vengador, ó por el hombre penitente.

¡Qué penitencia no hizo el mismo Jesucristo, solo por haber tomado la apariencia de pecador! Las almas mas puras, los Santos mas inocentes pasaron la vida entre espantosas penitencias, y en la mayor amargura de corazon. ¡Cuánto tiempo por las culpas mas leves mojaron el pan en sus dolorosas lágrimas! Nosotros, gracias al Señor, somos de la misma religion; hemos pecado. ¡Ah! que ninguno de nosotros hay que no pueda decir con el Profeta: *Iniquitates meæ supergressæ sunt caput meum.* (*Psalm.* xxxvii). Rebosan mis maldades por encima de la cabeza. ¿Y cuál es nuestra penitencia? Mientras tanto ninguno hay que no espere gozar la misma gloria que gozan los Santos; ninguno que no pretenda la misma corona. Pero ¿en qué se funda esta confianza? ¿En los méritos de Jesucristo? Sin duda que á estos méritos deberémos nuestra salvacion. Pero ¿será sin hacer penitencia? Oigamos al mismo Jesucristo: *Nisi pœnitentiam egeritis, omnes similiter peribitis.* (*Luc.* xiii). Si no hiciéreis penitencia, todos pereceréis sin remedio. No ignoraba él

mismo el precio de su sangre; conocia perfectamente el valor y la virtud de sus merecimientos. Sin embargo de eso, con toda la redencion superabundante, con todo el fruto de mi pasion y de mi muerte, dice el Salvador, ninguno se salvará, si no hace penitencia: *Omnes:* todos pereceréis: igualmente el rey que el vasallo, tanto el amo, como el criado: *Omnes:* la dama delicada y noble, como la mujer mas zafia y mas plebeya, la señora de la casa, y la moza de la cocina: *Omnes:* el sábio, el ignorante, el caballero, el mercader, el mozo y el viejo, el seglar y el religioso, todos pereceréis de la misma manera, si no hiciéreis penitencia: *Omnes similiter peribitis.* Este solo oráculo vale una meditacion, vale un libro entero.

¡Ah, mi Dios! ¡qué latidos no me está dando ahora mi conciencia! ¡qué remordimientos, qué justos espantos, qué sobresaltos, qué sustos! ¿Y será todo esto sin provecho?

Punto segundo.—Considera que es grande error querer salvarte sin hacer penitencia. Á menos que renuncies mi Evangelio, dice el Salvador del mundo, debes inferir que el que pecó, si no hace penitencia, no se salvará. ¿Se cree, ó por lo menos se sigue el dia de hoy esta máxima evangélica?

Pero ¿no será bastante penitencia confesar uno sus pecados, y no bastará por satisfaccion aquellas oraciones vocales, aquellas ligeras obras de virtud que se imponen en penitencia? Á esta pregunta respondo yo con otra. ¿Y será posible que la doctrina de Jesucristo en órden á la necesidad de la penitencia se ha de entender por esto solo, y no ha de tener otro sentido?

Los Santos, que no practicaron otra teología moral que la que les enseñó Jesucristo, ¿dieron á estas palabras una interpretacion tan benigna? Y nosotros mismos, por poca tintura que tengamos de nuestra religion, ¿nos persuadirémos fácilmente á que todo el castigo que la divina justicia exige por nuestras graves culpas se reduce á una satisfaccion tan corta, tan ligera y tan superficial? Despues de los mas enormes pecados ¿será esta toda la penitencia de un cristiano?

¡Qué! aquellos disolutos, aquellos insignes pecadores, aquellas mujeres mundanas, cuya confesion apenas interrumpe por algunas horas, una ó dos veces al año, el juego, el fausto, la profanidad, los convites, los saraos, y acaso otros pecados mas feos; esas personas que se disponen para la confesion de la Pascua con las mas refinadas diversiones del Carnaval, y que aun quizá se dispensarán

del ayuno y de la abstinencia de carne en la Cuaresma; ¿todas estas hacen verdadera y suficiente penitencia?

¡Qué! aquellas otras personas tan inmortificadas, que bajo una exterior apariencia de virtud, en traje y profesion de penitencia buscan acaso todas sus conveniencias, todas sus comodidades; que á los ojos de Dios puede ser no tengan de penitentes mas que la indispensable obligacion de serlo; esas personas que no reconocen otra regla que la del amor propio, ¿habrán hecho verdadera penitencia? Y si no tratan de entablar una vida mas penitente, ¿en qué principios, contra la palabra expresa del mismo Jesucristo, fundarán la esperanza de su salvacion?

Pero ¿no me hallaré yo por ventura en el caso? Estoy seguro de que he pecado; mas ¿estoy igualmente seguro de que he hecho penitencia? ¿Siguióse á esa verdadera contricion la fuga de las ocasiones, la reformacion de las costumbres, la modestia en el vestido, en fin, los frutos dignos de penitencia?

¡Mi Dios, cuánto tengo de que reprenderme! ¿Y cómo sufriré algun dia los cargos que Vos me haréis, si desde hoy no comienzo á hacer penitencia? Veo la precision, conozco la necesidad indispensable; todo lo arriesgo, si la difiero. Mas, aunque supiera que habia de morir dentro de veinte y cuatro horas, quiero tener el consuelo de haber comenzado.

JACULATORIAS.—Señor, de hoy en adelante repasaré delante de tí mi mala vida en la amargura de mi corazon. (*Isai.* XXXVIII).

¿Quién dará, Señor, á mis ojos una fuente de lágrimas, para llorar dia y noche mis maldades? (*Jerem.* IX).

PROPÓSITOS.

1 Pocos hay que no digan, y menos son los que no tienen mil razones para decir, que son grandes pecadores. Pero ¿dónde está la penitencia? Esa confesion estéril solo sirve para aumentar el cargo. ¿De qué sirve confesarse uno pecador, si no se hace penitente? Ni hay que disculparse con la poca edad, con la delicadeza de la complexion, ni mucho menos con los empleos, con el estado, con la calidad. ¿Pecaste? Pues sin penitencia no hay para tí salvacion. Fuera de la penitencia interior, que se pasa en la amargura del corazon, es necesaria otra penitencia exterior, que mortifique el cuerpo y que le humille. Comienza por las penitencias que son de precepto:

abstinencias de obligacion, ayunos de la Iglesia, que son leyes de que no te puedes dispensar con vanos pretextos. ¡Qué desórden no se ve el dia de hoy en este particular! Parece que estos preceptos solamente se hicieron para los claustros, ó para la gente pobre. ¿Es una persona noble? ¿es rica? Pues nunca tiene bastante salud para comer de vigilia, ó para ayunar: es preciso que se la dispense. Pero ¿aprobará Dios todas estas dispensaciones? Examina lo que has faltado en este punto. Guárdate bien de permitir que los que están á tu cargo se dispensen sin grave y sin notorio motivo, porque te harás reo de su pecado.

2 No te contentes con las penitencias comunes, de que ningun cristiano puede lícitamente dispensarse, no ocurriendo grave causa para ello: hay otras particulares, que quizá no te serán menos necesarias, respecto de tus necesidades espirituales. La vista sola, solo el nombre de instrumentos de penitencia, aterra frecuentemente á muchas personas, á quienes no aterran las mayores maldades. Bien se les pudiera preguntar á muchos si el número y la enorme gravedad de las culpas dispensa de este género de penitencias. Porque es cosa que llama la admiracion la novedad que les causa, cuando un confesor celoso, al oir sus enormísimas culpas, tiene valor para imponérselas. ¡Cosa asombrosa! un jóven, una doncellita tierna dejan el mundo aun antes de haberlo conocido, y van á conservar su primera inocencia entre los rigores de la penitencia mas austera, mientras aquel otro hermano suyo disoluto, aquella otra hermana desenvuelta, viven entregados al desórden, sin querer ni aun oir hablar de penitencia ni de mortificacion. ¿Será semejante la suerte eterna de unos y de otros? Consulta cuanto antes con tu director lo que debes observar en este punto. No dés oidos á tu delicadeza, sino á tu religion, á tu conciencia y á tu necesidad. Si te conservas todavía en la inocencia bautismal, la penitencia es como la sal que preserva de la corrupcion; si pecaste, no hay otro contraveneno que la penitencia.

DIA XV.

MARTIROLOGIO.

El tránsito de los santos mártires Faustino, y Jovita, en Brescia, los cuales despues de padecer por Jesucristo muchas persecuciones en tiempo del emperador Adriano, recibieron como vencedores la gloriosa corona del martirio. *(Véase su vida en las de este dia).*

San Craton, mártir, en Roma, que juntamente con su mujer y toda su familia fue bautizado por san Valentin, obispo, y poco despues con todos ellos fue martirizado.

Santa Ágape, vírgen y mártir, en Terni (en Hungría).

El triunfo de los santos mártires Saturnino, Cástulo, Magno y Lucio, tambien en Terni (en Hungría).

San Quinidio, obispo, en Vaison en Francia, cuyos continuos milagros testifican que su muerte fue preciosa delante del Señor.

San Decoroso, obispo y confesor, en Capua.

San Severo, presbítero, en la provincia Valeriana de Italia, de quien escribe san Gregorio que con sus lágrimas resucitó un muerto.

San José, diácono, en Antioquía.

Santa Georgia, vírgen, en Clermont en Alvernia de Francia.

SAN FAUSTINO Y SAN JOVITA, HERMANOS, MÁRTIRES.

San Faustino y Jovita, hermanos, nacieron de una ilustre familia en Brescia, ciudad de Lombardía. Es probable que sus padres fueron cristianos; lo cierto es que los dos santos hermanos desde su juventud eran muy venerados de los fieles, así por su vida ejemplar, como por el celo que mostraban por la Religion. Pocos hermanos se han visto mas unidos en dictámenes y en inclinaciones; sus corazones miraban á un mismo objeto, porque sus entendimientos se gobernaban por unos mismos principios. El espíritu de Dios que les animaba les quitaba el gusto á todo, menos á ejercitarse perpétuamente en santas obras: esta era toda su diversion y todo su consuelo. Ocupábanse en visitar á los fieles que estaban ocultos por miedo de la persecucion; alentaban á unos, consolaban á otros, y hacian bien á todos.

Llegó á noticia de Apolonio, obispo de Brescia, que estaba escondido en un desierto vecino durante aquella terrible tempestad, el valor y el celo con que los dos santos hermanos se empleaban en las referidas obras de caridad. Quiso verlos, y habiendo hallado en ellos aun mas virtud y mas mérito que el que publicaba la fama, creyó que no podia hacer á su iglesia mayor servicio que elevarlos al ministerio de los altares, confiriéndoles los órdenes sagrados. Dispusiéronse para recibirlos con aquel fervor que merecen las gracias y los dones que acompañan al sacerdocio, en cuyo digno espíritu se imbuyeron. Faustino, que era el mayor, fue ordenado de presbítero, y Jovita de diácono. Salieron de su retiro los dos nuevos ministros de Jesucristo, como los Apóstoles salieron del cenáculo llenos del Espíritu Santo, y animados de aquel fervoroso celo, que en po-

co tiempo hizo maravillosas conquistas, convirtiendo gran número de gentiles.

La mayor autoridad que les daba el nuevo carácter aumentó tambien su fervor. Predicaban con tanto mayor aliento, cuanta era mas grande su reputacion, adelantándose esta á ganarles las voluntades y á rendirles los entendimientos; de manera que apenas habia quien pudiese resistirse á su celo.

Al eco de las maravillas que obraban los dos nuevos Apóstoles concurrian los pueblos vecinos, acudiendo en tropas á oir á estos oráculos. Los gentiles detestaban la supersticion, y hacian pedazos los ídolos. Vióse mudado el semblante de la ciudad, siendo cristianos cási todos sus habitadores.

Á vista de tantas conversiones no podia dejar de irritarse el enemigo comun. Armáronse todas las furias del infierno para detener el rápido curso de tan gloriosas conquistas: ni era posible que un celo tan ardiente y tan eficaz dejase de encender el fuego de la persecucion.

Con efecto, el conde Itálico, grande enemigo del nombre cristiano, sabiendo que habia llegado á Liguria el emperador Adriano, fué á echarse á sus piés. Representóle, *que mirase por su seguridad y por la de todo el imperio, pues una y otra peligraba, amenazándola inevitable ruina por la malignidad de dos hombres los mas perversos del mundo, puesto que eran los mas fieros enemigos de los dioses inmortales.* Sobresaltado extrañamente el Emperador al oir una proposicion tan preñada, le preguntó: *quiénes eran los tales hombres, y por qué medios ó con qué artificios pretendian conseguir un intento tan vasto como depravado.*

Son dos ciudadanos de Brescia, respondió el Conde: *uno se llama Faustino, y otro Jovita: habilísimos ambos para engañar al pueblo, tan poderosos en palabras y en artificios, que apenas abren la boca cuando todos los que los oyen dejan el culto de los dioses, arrojan al suelo los ídolos, pisanlos, hácenlos pedazos, y adoran á no sé qué judío, llamado Jesucristo, que dicen murió en una cruz. Ya han trastornado la cabeza á mucha gente honrada: los templos están desiertos, y la religion de nuestros padres va infaliblemente á ser exterminada, si vos, señor, no aplicais pronto y eficaz remedio. Salid á la defensa de los dioses, á quienes debeis la vida y el imperio: dad incesantemente vuestras órdenes para que sean exterminados los Cristianos.*

Movido el Emperador de este sedicioso discurso, creyó que no podia remediar mas eficazmente el soñado mal que amenazaba, que

encomendando el remedio, con todos sus plenos poderes, al mismo que conocia tan bien las consecuencias. Esto era lo que pretendia el enfurecido Conde; y así desempeñó la comision con la mayor crueldad.

Partió á Brescia sin detenerse: apoderóse de los dos santos hermanos Faustino y Jovita; mandóles que al punto ofreciesen incienso á los dioses, ó que se dispusiesen para padecer los mas crueles tormentos. Pero la valerosa y firme respuesta de los dos generosos hermanos le quitó desde luego toda esperanza de vencerlos. Mas como estaba para venir muy presto el Emperador á la misma ciudad de Brescia, tuvo por conveniente esperar á que llegase, para consultar con él qué suplicios y qué muerte se habia de dar á unos hombres de aquella calidad y de aquella reputacion.

Informado el Emperador del estado de la causa, ordenó que fuesen en su compañía al templo del sol, para asistir al sacrificio. Luego que los Santos entraron en el templo, la estatua, que era de oro bruñido, y muy resplandeciente, se puso mas negra que un carbon. Sorprendido el Emperador, mandó que la lavasen; pero cuando iban los sacerdotes á limpiarla, cayó á los piés de los Santos hecha polvo. Atribuyó el milagro á hechicería, y temiendo la cólera de los dioses, mandó que los dos hermanos fuesen echados á las fieras. Apenas entraron en el circo cuando soltaron cuatro leones para que los despedazasen; pero todos cuatro se postraron mansamente á los piés de nuestros Santos, halagándolos blandamente con las colas. A los leones se siguieron osos y leopardos; pero aunque los gentiles procuraban irritarlos, aplicándoles hachas encendidas, no fueron menos atentos que los leones. La funesta suerte del conde Itálico y de algunos otros cortesanos, que bajándose á irritar á las fieras fueron devorados por ellas, acreditó con prueba visible y dolorosa el poder del Dios que adoraban los dos santos hermanos. Lo mas admirable que hubo en este suceso fue que, atemorizados los gentiles, y huyendo todos atropelladamente á sus casas, en la confusion se dejaron abierta la puerta del circo; pero los Santos mandaron á las fieras que se fuesen derechas á los bosques sin hacer daño á persona alguna, lo que ellas ejecutaron al instante.

Atemorizado tambien el mismo Emperador, y temiendo alguna sedicion, salió de la ciudad; pero encaprichado siempre en el dictámen de que las maravillas que obraban nuestros Santos eran efectos del arte mágica, creyó neciamente que podia ser medio para hacer inútil su arte el irles conduciendo por varias ciudades de Ita-

lia. Con esta extravagante aprehension mandó que fuesen llevados á Milan en compañía de uno de sus oficiales, llamado Calocero, el cual se habia convertido á la fe á vista de tantos prodigios. No es fácil expresar cuántos y cuán varios géneros de tormentos tuvieron que padecer, ni cuántas y cuán gloriosas victorias consiguieron. Llenáronles la boca de plomo derretido; moliéronles los huesos; abrasáronles los costados con láminas ardiendo. En este suplicio exclamó Calocero: *Rogad á Dios por mí, ó santos Mártires, y pedidle me dé fortaleza para sufrir el rigor del fuego que me atormenta.* Habiendo hecho oracion los dos hermanos, no sintió Calocero mas dolor, y pocos dias despues consiguió la corona del martirio.

Pasó el Emperador desde Milan á Roma y á Nápoles, y ordenó que los dos santos hermanos le siguiesen en todas estas jornadas, sin advertir que era soberana disposicion del cielo, para que por este medio hiciesen nuevas conquistas en las tres mas famosas ciudades de Italia. En todas partes padecieron crueles tormentos por Jesucristo, y en todas su invicta paciencia, y las maravillas que continuamente obraban, convertian á la fe innumerables gentiles. En fin, volviéndolos á conducir á Brescia cargados de palmas y de laureles, despues de tan repetidos triunfos, consumaron su glorioso martirio, habiéndoles cortado la cabeza fuera de la ciudad, en el camino que va á Cremona, hácia el año de Jesucristo de 122. Desde entonces los venera la ciudad de Brescia por patronos suyos, conservando sus preciosas reliquias en una urna de mármol, sostenida de seis columnas de la misma materia, en la misma iglesia que es titular de su nombre.

La Misa es en honra de los Santos, y la Oracion es la que se sigue:

Deus, qui nos annua sanctorum martyrum tuorum Faustini et Jovitæ solemnitate lætificas: concede propitius, ut quorum gaudemus meritis, accendamur exemplis: Per Dominum nostrum Jesum Christum Filium tuum...

O Dios, que cada año nos das nuevo motivo de alegría con la festividad de tus bienaventurados mártires Faustino y Jovita, concédenos que, así como nos llenan de gozo sus merecimientos, así tambien nos inflame en la imitacion el fuego de sus ejemplos. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola es del capítulo x *de la de san Pablo á los Hebreos, página* 222.

REFLEXIONES.

Rememoramini pristinos dies, in quibus illuminati magnum certamen sustinuistis passionum. Pocas almas hay en cuya série de vida no se

puedan encontrar algunas felices temporadas con que confundir su presente tibieza ó cobardía, y á quienes no se las pueda decir: acuérdate de aquellos primeros años de tu inocencia, de aquellos dichosos dias tan serenos, tan llenos de dulce calma: trae á la memoria aquellos primeros tiempos, en que los claros resplandores de la gracia te hacian ver las verdades eternas á tan bella luz; aquel tiempo en que, á favor de aquella penetracion que causa siempre en el alma la pureza de la conciencia, descubrias tan visiblemente la falsa brillantez, los mentidos trampantojos con que el mundo deslumbra siempre á sus parciales; aquel tiempo en que con tanto gusto tuyo experimentabas qué dulce es el yugo del Señor, y qué ligera su carga; aquel tiempo, en fin, en que persuadido de la vanidad, de la caducidad, de la falsedad, de todo cuanto el mundo estima, en que tocando con la mano sus artificiosos lazos, sus apariencias tan floridas como risueñas, renunciaste tan generosamente las lisonjeras ventajas con que te convidaba, ó á lo menos te declaraste por el partido de la virtud, entablando desde entonces una vida tan regular y tan cristiana. Este rasgo, este recuerdo de la historia de nuestra vida pasada, ¿podrá acaso servirnos de algun consuelo cotejado con la presente? ¿Darános por ventura motivo de algun sensible placer? ¡Ah! que por el contrario, quizá podrémos decir con mucha razon con el Profeta: *Quomodo obscuratum est aurum!* (*Thren.* IV). ¿Á dónde se han ido aquellos hermosos dictámenes, aquellas sólidas máximas que respiraban desengaño, que solo alentaban virtud? ¿Á dónde se ha ido aquel primitivo fervor, aquella delicadeza de conciencia, aquella circunspeccion, aquella cristiana modestia? *Obscuratum est aurum.* Perdió su estimacion el oro, porque perdió su resplandor: *Mutatus est color optimus.* La enfermedad mudó del todo el color: múdase de librea siempre que se muda de amo. ¡Qué diferencia de costumbres! ¡qué máximas tan distintas! ¡qué lenguaje tan diverso! Con todo eso la Religion es la misma, ella no se ha mudado. ¡Qué confusion, qué vergüenza nos debe causar esta relajacion! Todavía se conserva en tí, dice Dios en el Apocalipsi (*c.* II), todavía se conserva en tí alguna centella de religion, no se ha apagado del todo la fe; pero tengo contra tí, que has perdido tu primera caridad. Pues trae á la memoria el estado de donde caiste; haz penitencia, y vuelve á tus primeras obras, porque si no, mira que vengo á tí, y derribaré ese candelero de su lugar: *Nolite itaque amittere confidentiam vestram,* añade el Apóstol en nuestra epístola, *quæ magnam habet remunerationem.* No pierdas esa confianza, ese aliento con que al presente te

hallas; mira que será seguido de una grande recompensa. Causa admiracion que haya quien desmaye, quien se desaliente, sirviendo á la vista de un amo tan poderoso como benéfico. Aunque se desencadenara contra nosotros todo el poder de las tinieblas, ¿qué podria contra la fuerza de su gracia, que no nos falta jamás? La confianza en Dios es un fuerte invencible contra todos nuestros enemigos. La vista del premio que nos espera conduce para vencer nuestra pusilanimidad, y la brevedad del tiempo que nos resta debiera servir para alentar nuestro fervor, y para esforzar nuestro aliento.

El Evangelio es del capítulo XXIV *de san Mateo.*

In illo tempore: Sedente Jesu super montem Oliveti, accesserunt ad eum discipuli secreto, dicentes: Dic nobis, quando hæc erunt? et quod signum adventus tui, et consummationis seculi? Et respondens Jesus, dixit eis: Videte ne quis vos seducat. Multi enim venient in nomine meo, dicentes: Ego sum Christus: et multos seducent. Audituri enim estis prælia, et opiniones prœliorum. Videte ne turbemini: oportet enim hæc fieri, sed nondum est finis: consurget enim gens in gentem, et regnum in regnum, et erunt pestilentiæ, et fames, et terræmotus per loca. Hæc autem omnia initia sunt dolorum. Tunc tradent vos in tribulationem, et occident vos, et eritis odio omnibus gentibus propter nomen meum. Et tunc scandalizabuntur multi, et invicem tradent, et odio habebunt invicem. Et multi pseudoprophetæ surgent, et seducent multos. Et quoniam abundabit iniquitas, refrigescet charitas multorum. Qui autem perseveraverit usque in finem, hic salvus erit.

En tiempo que Jesucristo anunciaba la destruccion de Jerusalen (figura del juicio universal) sentado sobre el monte de las Olivas, se llegaron á él en secreto sus discípulos, preguntándole: ¿Dínos cuándo sucederán estos hechos? ¿y qué señales precederán á tu advenimiento y consumacion del siglo? Ved no os engañe alguno, les respondió Jesús, pues vendrán muchos en mi nombre, diciendo: Yo soy Cristo, y seducirán á muchos. Cuando oyéreis rumores de guerras y contiendas, no os turbeis, pues conviene sucedan estas cosas antes que llegue el fin. Se sublevarán unas gentes contra otras, un reino contra otro reino, y sucederán pestes, hambres y terremotos por varios lugares: pero todos estos acontecimientos son principios de los dolores. Entonces os entregarán á las tribulaciones, y os darán muerte, y seréis á todas las naciones odiosos por causa de mi nombre. Entonces se escandalizarán muchos, se entregarán, y aborrecerán mútuamente; se levantarán muchos falsos profetas, y pervertirán á muchos: y porque abundará la iniquidad, se resfriará la caridad de no pocos; pero el que perseverare hasta el fin, este será salvo.

MEDITACION.

De los frutos de la penitencia.

Punto primero. — Considera con cuánta razon nos recomienda tanto el Salvador que nos guardemos bien de que nos engañen: *Videte ne quis vos seducat.* Con verdad se puede decir que en materia de salvacion es muy ordinario caer en ilusion. Es muy ingenioso nuestro amor propio para alucinarnos: ¿y qué diligencias hacemos para que no nos engañe?

Hácense algunos ejercicios espirituales; practícanse algunas obras de virtud como para aturdirse, como para tranquilizarse sobre muchos puntos sustanciales, que piden necesariamente una absoluta reforma. Se ha pecado, y todos imaginan haber hecho penitencia; pero ¿dónde están sus frutos? Toda penitencia infructuosa es nula. En vano se lisonjea el hombre de una penitencia exterior, si no está convertido el corazon.

Por frutos de penitencia no se entiende precisamente la maceracion del cuerpo, sino principalmente la mortificacion de las pasiones y la reforma de las costumbres: estos son propiamente los frutos que espera Dios de nuestra penitencia.

La frecuencia de Sacramentos, la oracion, las buenas obras son sin duda grandes medios para arribar á la perfeccion; pero si con tantos y tan poderosos medios nos conservamos siempre imperfectos, siempre orgullosos, siempre impacientes, siempre envidiosos, siempre inmortificados, siempre coléricos, ¿podrémos contar mucho sobre el uso de estos medios?

Las mortificaciones corporales son ejercicio de la penitencia; pero el fruto de esa penitencia exterior debe ser el vencimiento de las pasiones, la reforma de las malas inclinaciones del alma. ¿De qué sirve un exterior humilde, reformado, si el corazon está lleno de hiel, y si el orgullo es la pasion dominante?

Pero no basta llevar frutos de penitencia como quiera. Son tan ordinarias las adversidades de esta vida, son tan comunes las cruces, que se pueden llevar muchos frutos de estos, y con todo eso ser árboles estériles; es menester que sean frutos dignos: *Facite fructus dignos pœnitentiæ.* Es decir, frutos que puedan presentarse al Señor, que sean gratos á sus ojos, que sean de su gusto. ¿Tienen esas calidades, son de esta especie los frutos que he llevado hasta aquí?

Esos ayunos tan mal observados, esas mortificaciones tan ligeras

y de tan corta duracion, esa mera apariencia, esa pura exterioridad de arrepentido y de penitente, ¿son otra cosa que unos frutos fuera de sazon, que nunca llegan á madurar?

¡Mi Dios! ¡y cuán de temer es que en llegando el tiempo de la cosecha, en que pedís una cuenta tan exacta, en que el Padre de familias examina tan escrupulosamente el producto de sus rentas, cuán de temer es que en muchísimas cosas nos hallemos alcanzados!

PUNTO SEGUNDO.—Considera que la penitencia sin fruto es penitencia sin mérito. ¿Cuántos son los que padecen mucho, sin que Dios tenga que agradecerles sus trabajos? Hay innumerables afligidos, y hay rarísimos penitentes.

La vida religiosa es un ejercicio continuo de penitencia. ¿Y no será gran desdicha que se haya tenido una vida austera y penitente, sin fruto y sin provecho? Pero ¿qué provecho, qué fruto sacará de su vida el religioso tibio y relajado; el religioso que vivió en la religion embriagado enteramente con el espíritu del mundo? Llevará cuestas por precision una pesada cruz, y llevarla sin provecho, sin gustar los frutos que produce, ¡gran desgracia! No por eso se padeceria mas, antes se padeceria mucho menos, puesto que estos frutos, por amargos que parezcan, son en realidad muy dulces, de un gusto muy exquisito. Si no se toma el gusto á esta dulzura, es porque se busca el regalo en otra parte que en la cruz.

Ninguno hay que no tenga mucho que padecer en este mundo. En todos los estados se hallan cruces. No están mas exentos de ellas los que viven con mayores conveniencias. Son unas plantas que en todas partes nacen. ¿Por qué dejarémos perder sus preciosos frutos? Sufrámos por lo menos con paciencia, ya que no tengamos generosidad ni virtud para sufrir con alegría. Unamos nuestros trabajos con los de Jesucristo. Aceptémoslos como penas debidas á nuestras culpas: esta conformidad no los ha de hacer mayores; y de esa manera serán meritorios y harán parte de nuestra penitencia.

¡Cuánto dolor tendrémos, si al cabo de la vida nos hallamos con los amarguísimos frutos de nuestras pasiones, de nuestras malas inclinaciones, de nuestras maldades, viendo entonces con cuánta facilidad podíamos coger los dignos frutos de nuestra penitencia! Mientras tanto el dia va bajando, el tiempo de la cuenta se acerca, cási estamos ya tocando con la mano la sepultura. ¿Quién puede asegurarnos de lo contrario?

¿Qué frutos ha dado nuestra penitencia? Frutos secos y amargos, porque ni los ha sazonado, ni los ha hecho jugosos el riego de la gracia. Frutos medio podridos, porque los avinagró el mal humor y el desabrimiento con que acompañamos la misma penitencia. Frutos inútiles por verdes, porque la inconstancia y la reincidencia no les dió tiempo para madurar. Esta es toda la provision que llevamos; esta toda la carga con que salimos de este mundo para emprender el largo viaje de la eternidad, y para comparecer ante el tribunal de Dios.

Señor, por vuestra infinita misericordia todavía estoy en paraje de hacer menos infructuosa mi penitencia. Confieso que por áspera, por rigurosa, por prolongada que fuese, nunca corresponderia á mis maldades; pero con el auxilio de vuestra divina gracia espero hacer de hoy en adelante frutos dignos de penitencia, y tales, que por vuestra infinita piedad os digneis de aceptarlos.

Jaculatorias. — Bien sabeis, Señor, cuántas lágrimas me han costado ya mis culpas; mas no por eso dejaré de llorarlas amargamente todo el tiempo que me durare la vida. Dedicaré al llanto aun el tiempo destinado al reposo, y regaré con él el lecho del descanso. (*Psalm.* VI).

Patente os está, Dios mio, lo único por que suspira mi afligido corazon, y testigo sois de mis ocultos gemidos, de mis reconcentradas lágrimas. (*Psalm.* XXXVII).

PROPÓSITOS.

1 Asombro es que los que están mas indispensablemente obligados á hacer mayor penitencia sean por lo comun los que hacen menos. ¿Qué quiméricos imposibles, qué dificultades insuperables no se figuran, ó se alegan, cuando se trata de admitir una ligera penitencia por gravísimos pecados? Apenas se encuentra mujer del mundo, hombre disoluto, que tenga fuerza para ayunar: ¿qué digo ayunar? Aun menos se hallan que no pretendan tener justísimos motivos para ser dispensados aun de sola la abstinencia. ¿Se habla de hacer algunas limosnas? Entonces salen las deudas, hay mucha familia, son excesivos los gastos de la casa. ¿Se propone el visitar siquiera algunas iglesias? Luego se alegan las ocupaciones, se ofrecen visitas indispensables; de suerte que el dia de hoy los mayores pecadores parece se juzgan cási absolutamente dispensados de hacer penitencia. Y siendo esto así, ¿cómo se pueden lisonjear de ser pe-

nitentes? Examina si has estado hasta ahora en este error. Guárdate bien, especialmente en el sagrado tribunal de la confesion, de dar oidos á tu flojedad, á tu amor propio, á tu delicadeza. Considérate á los piés del confesor como á los piés de Jesucristo. Él es tu médico: no te toca á tí recetar los remedios. Él es tu juez: no te toca á tí dar la sentencia en tu causa. ¿Qué señal de dolor son esas puntillosas dificultades, esas vanas excusas? Acepta con humildad y con sumision las penitencias que te fueren impuestas. ¡Qué proporcion hay, buen Dios, entre la pena y la culpa! Pero si te juzgas obligado á representar alguna cosa, hazlo con tanto rendimiento, con tanta indiferencia, que aun en eso mismo se deje conocer puede mas en tí la Religion que la razon y aun la necesidad.

2 No te has de persuadir á que la penitencia que te impone el confesor te excusa de hacer otra penitencia. Aquella solo es como prenda de esta; porque toda la vida del cristiano, especialmente del pecador, debe abundar en frutos de penitencia. Si no todos pueden macerarse con largas abstinencias ó con otras rigurosas penitencias exteriores, á lo menos todos pueden mortificarse. Hay muchas especies de frutos de penitencia. Apenas hay cosa que no te ofrezca ocasion de mortificar tus inclinaciones naturales. Los humores, el genio, las mismas pasiones, hasta el mismo amor propio pueden contribuir á esta dichosa fertilidad. No hay tiempo, no hay lugar que no pueda dar ejercicio á la paciencia. ¿Tienes gran gana de ver ó de hablar en ciertas ocasiones? ¡Qué cosa tan bella bajar entonces los ojos y callar! Un dicho agudo, una zumba discreta pudiera acreditarte mucho en una conversacion; pero tambien puede ser materia de un bello sacrificio. Los verdaderos frutos de la penitencia son la conversion del corazon y reformacion de las costumbres: con que debes hacer que se conozcan estos frutos en tu modestia, en tu circunspeccion, en toda tu conducta. Donde no hay reforma, ni hay conversion, ni hay frutos de penitencia.

DIA XVI.

MARTIROLOGIO.

El tránsito de san Onésimo, de quien escribió el apóstol san Pablo á Filemon, y despues de san Timoteo consagró el mismo Apóstol obispo de Éfeso, encomendándole la predicacion del Evangelio. Llevároniо preso á Roma, en donde murió apedreado por la fe de Cristo; su cuerpo le enterraron en esta ciudad, y despues lo trasladaron á la ciudad donde habia sido obispo.

La traslacion de santa Juliana, vírgen y mártir, en Cumes de Campania, la cual en tiempo del emperador Maximiano fue primeramente atormentada en Nicomedia por su padre llamado Africano; y despues el prefecto Evilasio, con quien ella no se quiso casar, la atormentó tambien con diversos tormentos, y luego la encerró en una cárcel, donde combatió visiblemente con el demonio. Finalmente, habiendo salido viva de una hoguera, y de una caldera hirviendo, la degollaron, y así consumó su martirio. *(Véase su vida en las de este dia).*

San Julian, mártir, con otros cinco mil, en Egipto. *(Véase su historia en las de este dia).*

Los santos mártires de Egipto, Elías, Jeremías, Isaías, Samuel, y Daniel, en Cesarea de Palestina: los cuales habiendo servido voluntariamente á los santos confesores sentenciados á las minas de Cilicia, á su vuelta los prendieron por órden del presidente Firmiliano, fueron cruelmente atormentados, y por último les cortaron la cabeza. Aconteció esto en tiempo del emperador Galerio Maximiano. Despues de estos, san Porfirio, criado de san Pánfilo, mártir, y san Seleuco de Capadocia; habiendo antes salido vencedores de muchos tormentos, martirizados de nuevo, alcanzaron la corona del martirio, el uno quemado, y el otro degollado.

San Gregorio X, plasentino, en Arezo de Toscana, el cual de arcediano de Lieja, promovido al sumo pontificado, celebró el Concilio segundo de Leon de Francia, y habiendo admitido á los griegos al gremio de la Iglesia, y compuesto las desavenencias suscitadas entre los Cristianos, y entablado la conquista de la Tierra Santa, gobernó santamente la Iglesia.

San Faustino, obispo y confesor, en Brescia.

SAN JULIAN Y CINCO MIL COMPAÑEROS, MÁRTIRES.

En este dia hace conmemoracion el Martirologio romano de san Julian y cinco mil compañeros, mártires, sin especificarnos los géneros de tormentos que padecieron. Baronio escribe que fue Julian, obispo de Alejandría, elevado á aquella cátedra en el año de 180, primero del emperador Cómmodo; y Eusebio afirma que fue jefe de un considerable número de mártires; pero segun nos instruyen los menologios griegos, en la cruel persecucion que suscitaron contra la Iglesia los emperadores Diocleciano y Maximiano, en la que, por decirlo así, corrian por el Oriente arroyos de la sangre inocente de los Cristianos, que derramaba el furor de los gentiles, fue tal la carnicería que hizo en ellos Marciano, presidente de Egipto, hombre bárbaro é inhumano, inconciliable enemigo de los Cristianos, cuyo nombre y religion solicitaba extinguir, que por temor de tempestad tan deshecha se refugió san Julian con gran número de fieles de su rebaño, y otros muchos obispos y sacerdotes, al grande monasterio de Andrinópoli, discurriendo estar seguros en aquel retiro; pero sabiendo los paganos la concurrencia de los fieles á aquel asi-

lo, acometieron con indecible saña al monasterio. Animado Julian de aquel valor y espíritu que constituye el carácter de los jefes apostólicos, saliendo á ellos, se declaró defensor de la santa comitiva; hízoles cargo de la injusticia con que se perseguia la inocencia de los Cristianos, reconvínoles sobre el sacrilegio que cometian en el insulto de aquel sagrado lugar, y no omitió medio ni expresion alguna que pudiera contribuir á manifestarles el ningun motivo que tenian para proceder con semejantes violencias contra los que resistian los decretos infundados de los príncipes del mundo, opuestos diametralmente á los preceptos del Dios verdadero, Criador del cielo y tierra, dirigidos á que prestasen los hombres adoraciones sacrílegas á los demonios, deidades quiméricas, representadas en los simulacros de los ídolos. No cabe en ponderacion las diferentes clases de tormentos de que se valieron los gentiles para rendir la fortaleza de aquel héroe que, sin temor de sus tiranías, se presentó á rostro firme á impugnar sus delirios, perseverando en la defensa de la religion de Jesucristo con el mismo valor y brio que principió su combate, hasta los últimos alientos de su vida. Por lo que enfurecidos los paganos, dieron muerte á cinco mil personas que se hallaban en su compañía, las cuales se mantuvieron constantes en la fe, siguiendo el ejemplo de su caudillo. San Juan Crisóstomo escribe un elogio muy singular de san Julian en la homilía que tradujo en latin del idioma griego Fronton Duceo en el tomo 3.° de sus obras. Cuya noticia debe tenerse presente para no confundir á este Santo, como algunos escritores lo ejecutan, con san Julian, esposo de santa Basilisa, de quien hace memoria el Martirologio romano en el dia 9 de enero.

SAN HONESTO, PRESBÍTERO Y MÁRTIR.

En la ciudad de Pamplona, capital del reino de Navarra, es y ha sido siempre célebre la memoria de san Honesto, en atencion al honroso título de haber sido maestro de san Fermin, uno de los mas dignos prelados que han florecido en las Iglesias de España y de Francia. No nos consta de la patria ni padres de san Honesto; pero sí de las funciones apostólicas que eternizan su mérito. Conducianse un dia los padres de san Fermin, que tenian la desgracia de ser infieles, á ofrecer sacrificio al dios Júpiter segun los ritos paganos, y por una de aquellas sábias disposiciones de la divina Providencia vieron á Honesto que estaba predicando al pueblo las verdades infalibles

del Evangelio, y manifestándole al mismo tiempo los crasos errores de la idolatría. Asombrado Firmo, padre de san Fermin, de la generosa libertad con que declamaba aquel sacerdote de Jesucristo contra las necias y ridículas supersticiones del paganismo, siendo el primero en el órden y dignidad del senado de Pamplona, le dijo: *Si son nuestros dioses, como afirmas, unas vanas estatuas revestidas de una cualidad quimérica, dinos cuál es el Dios verdadero á quien debemos dar culto.* —*Este es el Criador del cielo y de la tierra*, respondió Honesto, *que dió el ser á todas las criaturas, sin el cual no puede subsistir alguna de ellas, pues es Señor de la vida y de la muerte. No así los dioses que adora vuestra profana religion y ciega gentilidad, los que en realidad son demonios incapaces de tener divinidad.*

Quedó atónito Firmo al oir al misionero apostólico, y llevándole toda la atencion los ecos de una doctrina que arrebata aun á primera vista á todo el que se deje conducir sin preocupacion por lo que dicta la razon, siguió preguntando á Honesto: ¿De qué secta ó religion eres tú para atreverte á proferir contra nuestros dioses semejantes desprecios?—Yo soy, le respondió el Santo, profesor de la religion de Jesucristo, discípulo del insigne obispo de Tolosa, Saturnino, por quien he sido bautizado é instruido desde mis primeros años en las verdades infalibles contenidas en las santas Escrituras, por las que consta que el verdadero Dios que os predico es el que crió de la nada todas las cosas visibles é invisibles, el cual es uno en esencia y trino en personas, llamadas Padre, Hijo y Espíritu Santo, cuyo misterio puedo enseñar á todo aquel que desee sériamente saber tan inefable arcano, aunque es verdad que sin la gracia del mismo Espíritu Santo no puede alguno comprenderlo; pero los dioses quiméricos que adora la ciega gentilidad son unos simulacros sordos y mudos hechos de piedra, de leño ó de metal á semejanza de sus artífices, los cuales tienen ojos pero no ven, oidos pero no oyen, manos pero no palpan, piés pero no andan; en sustancia vanas estatuas como aquellos que en ellos confian.

Tambien es artículo de nuestra santa Religion, siguió Honesto, que Jesucristo, Hijo unigénito del Dios que os predico, nació en el tiempo predefinido de una vírgen purísima llamada María, quien redimió al mundo de sus pecados á costa de su preciosa sangre, y triunfando de la muerte, del pecado y del demonio, sacó de su infame cautiverio á todo el género humano, que gemia bajo de él desde el delito que cometió el primer hombre. Este Señor es el verdadero Mesías prometido en la Ley y en los Profetas del pueblo escogi-

do, á quien Dios Padre dió todo el poder sobre el cielo y la tierra, el cual vendrá al fin del mundo á juzgar á todos los mortales para castigarles ó premiarles segun sus obras. Esta es la religion verdadera y la doctrina infalible que me ha enseñado Saturnino, discípulo de los mismos Apóstoles, y me ha mandado que la predique á los gentiles, para que, creyendo en ella, y recibiendo el Bautismo en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo, puedan conseguir la eterna salvacion á que todo hombre aspira, la que les es imposible siguiendo en los necios delirios de la idolatría.

Admirados Firmo, Faustino y Fortunato, compañeros de aquel en el senado, de la generosa libertad con que hablaba Honesto, efecto sin la menor duda de la verdad de sus proposiciones, haciendo reflexion sobre la nueva doctrina que oian, no teniendo razones con que rebatirla, le dijeron: Si Saturnino tu maestro, de quien hemos oido que obra maravillosos prodigios, nos asegurase lo mismo que tú predicas, acaso abrazaríamos tu doctrina.—Pronto está Saturnino, les respondió Honesto, á predicaros lo mismo, y á ilustrar las tinieblas de vuestros entendimientos siempre que esteis prontos á reconocer la verdad. Manifestaron los senadores que querian oir aquel celestial oráculo: y avisado por Honesto, se presentó en Pamplona, donde con la eficacia de su predicacion, con la multitud de sus milagros y con la santidad de su vida convirtió á cuarenta mil personas. Mantúvose en aquella capital dos años, obrando en ella tantos prodigios, que millones de idólatras abrieron los ojos á la luz del Evangelio; pero siéndole preciso retirarse á Tolosa, dejó en Pamplona á Honesto para que cuidase del cultivo de aquella viña recien plantada, á fin de que rindiese abundantes frutos al Padre de familias, cuyo encargo desempeñó el santo Presbítero con tanta vigilancia y con tanto acierto, que parecia no dejar mas que apetecer á su celo.

Tenia Firmo un hijo llamado Fermin, á quien Honesto habia administrado el Bautismo; y conociendo que educado por este haria grandes progresos, le entregó á su direccion para que le instruyese así en las ciencias como en la religion. Tomó á su cargo el santo y sábio Presbítero la enseñanza de Fermin: dedicóse con extremo á cultivar aquella noble planta que ofrecia desde luego indicios nada equívocos de lo que habia de ser en lo futuro; y aprovechándose del excelente ingenio, del bello natural, y sobre todo de la inclinacion del ilustre jóven á la virtud, tuvo el consuelo de ver en Fermin adelantamientos excesivos á su edad, de suerte que á los diez y ocho años ya predicaba la palabra de Dios con admiracion del pueblo,

cuando la avanzada edad de Honesto no le permitia ejercer esta funcion apostólica.

Considerando el santo Presbítero que cada dia crecia Fermin en la gracia especial de la predicacion, lo envió á Honorato, obispo de Tolosa, que habia sucedido á san Saturnino, para que le consagrase obispo, asegurándole que con el nuevo carácter seria un vaso de eleccion destinado por Dios para la conversion de muchas gentes, como lo tenia acreditado por su ardiente celo en dilatar el reino de Jesucristo. No necesitó Honorato otro informe que el de Honesto para conferir la plenitud del sacerdocio á su ilustre discípulo: y quedando edificado de su humildad, de su modestia y de sus raras prendas, le dijo, al tiempo de despedirle, cási las mismas expresiones que dió en su informe su insigne maestro.

Acreditó Fermin en toda su conducta y en sus gloriosas expediciones la celestial doctrina y la piedad que habia aprendido en la escuela de Honesto, testificando, en fin, con su misma sangre aquella pureza de fe que imprimió en su corazon el santo preceptor, quien no menos dichoso que su discípulo, terminó su carrera con la corona del martirio en el dia 16 de febrero, de la que se hizo acreedor por el infatigable celo, y por la invencible fortaleza con que sostuvo la fe hasta la edad mas avanzada. No nos consta el año puntual de su preciosa muerte, aunque se infiere que fue por los tiempos que padecieron martirio san Saturnino y san Fermin, maestro y discípulo de este ilustre Presbítero, cuya cabeza se tiene en grande veneracion en la iglesia de San Saturnino de Tolosa, y varias de sus reliquias se conservan en otras diferentes de Francia, donde es célebre su memoria.

SANTA JULIANA, VÍRGEN Y MÁRTIR.

Hácia el fin del tercer siglo, durante la cruel persecucion de Maximiano, un senador jóven, llamado Eluzo, pretendió casarse con una doncella de Nicomedia, por nombre Juliana, ilustre por su nacimiento, pero mucho mas ilustre por su mérito personal y por sus singulares prendas.

El padre de Juliana era gentil, y uno de los mas ardientes perseguidores de los Cristianos que habia en Nicomedia. La madre, naturalmente enemiga de las supersticiones, ninguna religion profesaba. La hija, mas prudente y mas entendida que los padres, no ha-

llando en la idolatría cosa alguna que no chocase á una razon sana y despejada, se habia instruido secretamente en nuestra Religion, y era cristiana; pero no contenta con esto, desengañada de la vanidad y de las falsas brillanteces del mundo, habia resuelto no tener jamás otro esposo que á Jesucristo, ni aspirar á otros bienes ni á otras honras que á las del cielo.

En esta resolucion estaba cuando sus padres, creyendo que no podia ofrecérsela partido mas ventajoso, la prometieron á Eluzo. Quedó extrañamente sorprendida cuando oyó de boca de su mismo padre que todo estaba ya concluido, y que aquel mismo dia habia de venir á visitarla el que estaba destinado para esposo suyo.

Alentada interiormente con una nueva gracia sobrenatural, y encendida en mayor deseo de ser fiel á Jesucristo, recibió á Eluzo con mucha cortesanía, pero con mucha mayor modestia. Mas como solo buscaba algun arbitrio para salir bien del empeño en que la habian puesto, sin consultar su inclinacion ni su gusto, le dió á entender que no podria consentir en aquella boda mientras no le viese juez y prefecto de la ciudad.

Parecióla este medio tanto mas feliz, cuanto era mas plausible; y no se hacia verosímil que Eluzo pudiese obtener jamás este empleo. Pero como, no obstante sus pocos años, el Emperador lo estimaba mucho, y su pasion por Juliana era extrema, fácilmente consiguió á fuerza de empeños y de dinero el cargo que pretendia, aunque era el supremo en la judicatura. Tomó posesion de él, y despues de haber asistido á algunas audiencias, envió un recado cortesano á Juliana, ofreciendo á su disposicion la prefectura.

No pudiendo ya disimular mas nuestra Santa, le envió á decir *que celebraba mucho verle colocado en un empleo de tanta honra, pero que todavia le faltaba dar otro paso, sin el cual seria tan grande la desproporcion entre los dos, que no podian prometerse ni gusto ni felicidad. Que era menester se hiciese cristiano, como ella lo era, y que renunciando la supersticion de los gentiles, abrazase una religion fuera de la cual no hay dicha ni salvacion.*

Fácilmente se puede discurrir qué sorprendido quedaria el nuevo Prefecto al oir este no esperado mensaje. Sin perder tiempo, partió al punto en busca del padre de Juliana, y le dió cuenta de lo que su hija le habia respondido. Arrebatado este de cólera, respondió al Prefecto con voz desentonada, y arrojando centellas por los ojos: *Pues yo te juro que si es verdad lo que me acabas de decir, yo mismo he de ser el fiscal de mi mala hija, y tú has de ser el juez.* Dicien-

do y haciendo, le volvió las espaldas lleno de furor; entró en el cuarto de Juliana, y disimulando su enojo, la dijo en tono de padre, pero de padre admirado y aturdido: *¿Qué es esto, hija? ¿Acaso has perdido el juicio? ¿Ignoras, por ventura, cuánta honra es ser mujer del prefecto de Nicomedia?*

Bien sé, señor, respondió la Santa, *que para la vanidad de una mujer no puede haber mayor atractivo que ser la primera dama de la ciudad. Sé tambien que el señor Eluzo es un caballero de grandes prendas, de conocido mérito, pero no es cristiano, y sin esta ilustre cualidad todas las demás las estimo en nada.* Abandonado el padre á su furor al oir estas palabras, exclamó lleno de saña: *Pues yo te juro por los dioses Apolo y Diana que si prosigues en hablar de esa manera, yo mismo iré á ponerte entre las garras de las fieras, porque mas quiero verte despedazada y convertida en pasto de leones que verte cristiana.*

Haréis, Señor, lo que fuere de vuestro agrado, respondió la Santa; *pero el respeto que os profeso, y el cariño con que os amo, como á mi querido padre, nunca podrán hacerme desobediente á mi Dios. Vos, si gustais, podréis exponerme á los tigres y á los leones, podréis hacer que me quemen viva en una hoguera; pero yo soy cristiana, y toda mi dicha y toda mi gloria la tengo colocada en vivir y en morir por Jesucristo.*

Movido, ó á lo menos suavizado el padre de Juliana al oir unas palabras tan prudentes y tan respetuosas, mudando de tono, la dijo con lágrimas en los ojos: *Ruégote, hija mia, que eches de tí un capricho tan insensato, que solo puede ser efecto de algun maligno hechizo. No quieras perder la fortuna que se te entra por las puertas: mira que hay yerros que no se pueden enmendar, cuyo arrepentimiento es eterno y sin remedio. En suma, yo te tengo ya concedida al Prefecto; ya no es tiempo de deliberar; está empeñada mi palabra, y es menester que te cases con él.*

Parece, padre y señor, replicó la generosa doncella, *parece que no acerté á explicarme bien, puesto que todavía esperais que yo soy capaz de mudarme. Ya os tengo declarado que no hay tormento alguno que me haga titubear en la fe ni en la perseverancia. Vuelvo á decir que soy cristiana, y que ninguna cosa del mundo podrá hacerme perder esta ilustre cualidad.*

Ofendido é irritado el padre al oir una determinacion tan resuelta, pasó de colérico á furioso, y perdiendo todo sentimiento de humanidad, trató con bárbara crueldad á la santa hija. Hubiera espi-

rado entre sus manos á violencia de una espesa lluvia de palos que descargó sobre ella, si no se la hubieran arrancado de entre las garras; pero con la expresa condicion de que judicialmente seria entregada al Prefecto para que la juzgase y sentenciase segun los edictos de los Emperadores tocantes á la Religion.

Al verla comparecer el Prefecto en su tribunal toda acardenalada, toda abollada por los crueles golpes que habia recibido, sintió que se volvia á encender el fuego de su pasion; y olvidado de que era juez, acordándose solo de que era amante, la dijo entre tierno y compadecido: *¿Qué encantos, señora, qué hechizos pueden haber inducido á una dama de vuestra calidad y de vuestro mérito á impresionaros en las extravagancias ridículas de los Cristianos? ¿Ignorais por ventura las desdichas en que os precipitaria vuestra terquedad, si no deponeis cuanto antes esas vanísimas ideas? Pero sin entrar por ahora en materia de religion, ¿os habeis olvidado, Juliana, de la esperanza que me hicísteis concebir y de los pasos que me obligásteis á dar? Deseábais verme colocado en empleo mas distinguido que el de mero senador; ya me veis aquí prefecto. ¿Por qué deméritos he incurrido vuestra indignacion desde que me veo en esta primera plaza? Creedme, señora, creedme, mudad de parecer, sacrificad á los dioses, y poniendo en seguridad vuestra vida y vuestra honra, sed como podeis la primera señora de Nicomedia.* —*Á quien tiene la dicha de ser cristiana,* replicó la Santa, *hacen muy poca impresion todos esos vanos honores. No suspiraba mi corazon por vuestro cargo, sino por vuestra salvacion. Deseaba apasionadamente veros renunciar el culto de esas quiméricas divinidades; y si es que os debo todavía alguna inclinacion, no adoreis mas que al verdadero Dios, haciéndoos cristiano.*

No dejó de hacer alguna fuerza á Eluzo la súplica de Juliana, y se traslucian bien, así por el aire, como por lo trémulo de la voz, las dudas que le agitaban. *Bien quisiera,* la respondió, *condescender con vuestros deseos; pero ya veis que arriesgo los bienes, el empleo, la vida, todo lo arriesgo. Si me hago cristiano, incurro en la desgracia del Emperador, y nunca me perdonará este delito.* —*¡Pues qué, señor!* dijo ella, *¿vos temeis tanto á un príncipe mortal, y al mismo tiempo quereis que yo irrite la cólera del cielo por el mayor de todos los pecados?*

Conociendo el Prefecto que ya se comenzaba á sospechar que era cristiano, entró en una extraña cólera; y convertido el amor en furor, mandó despedazar el cuerpo de la Santa con azotes tan crueles, de un modo tan horrible, que se fatigaron las fuerzas de seis verdu-

gos, quedando cansados y rendidos. Despues la mandó suspender por los cabellos; y en seis horas que duró este suplicio, se la hinchó tanto el semblante, que quedó enteramente desfigurada y desconocida. Durante estos tormentos no alentó mas que estas palabras: *Señor mio Jesucristo, Hijo único de Dios vivo, venid á socorrerme.* Y ofreciéndola el juez que la haria curar de sus heridas, si queria sacrificar á los dioses: —*No tengo necesidad,* le respondió, *de semejantes remedios. Mi Salvador Jesucristo, en quien tengo colocada toda mi confianza, es bastante poderoso para hacerme triunfar de todos tus suplicios con vergonzosa confusion de los demonios, que son los principales autores de ellos.* Mas irritado el tirano, hizo destilar sobre todo su cuerpo estaño derretido, y que al mismo tiempo la abrasasen con hachas encendidas; pero viendo que todo era inútil, la mandó llevar á la cárcel.

Al entrar Juliana en un espantoso lóbrego calabozo suplicó al Señor la diese fuerzas para tan duro combate. *No me abandoneis, Dios mio,* le decia, *en los tormentos que padezco por vuestra gloria: favorecedme como favorecísteis á los tres niños en medio del horno, y á Daniel en el lago de los leones: en Vos tengo puesta mi confianza, no seré confundida eternamente.*

Avergonzado el demonio al verse vencido por una doncellita de diez y ocho años, no perdonó medio alguno para hacerla caer en sus lazos. Apareciósela en figura de Ángel; pero la misma gracia que la habia hecho triunfar de toda la malicia de los hombres, la sacó fácilmente victoriosa de todo el artificio de los demonios.

Mientras tanto, esperando el Prefecto que los dolores y el tiempo podrian haber debilitado la constancia de nuestra Santa, mandó que la trajesen á su presencia: la aduló, la rogó, la amenazó, la instó para que á lo menos quisiera salvar aquel poco de vida que la restaba, sacrificando á los dioses. Pero hallándola cada instante mas firme, despues de haberla hecho padecer la tortura y el fuego, de que la libró Dios milagrosamente, la sentenció, por órden del emperador Maximiano, á que la cortasen la cabeza, juntamente con ciento y treinta soldados que la misma Santa habia convertido. Sucedió el glorioso triunfo de santa Juliana el dia 16 de febrero por los años del Señor de 308.

Habiendo sido restituida la paz á la Iglesia por el grande emperador Constantino, pasando por Nicomedia para Roma una piadosa señora llamada Sofronia, obtuvo el cuerpo de santa Juliana; pero habiéndose embarcado, la obligó una furiosa tempestad á saltar en tierra cerca de la ciudad de Puzoli, donde la virtuosa matrona edi-

ficó un suntuoso templo en honor de nuestra Santa, y colocó en él sus preciosas reliquias. Allí estuvieron hasta que los lombardos destruyeron todo el país, con cuya ocasion fueron trasladadas primero á Cumes, y despues á Nápoles, donde al presente son veneradas con mucha devocion.

La Misa es del comun de las Vírgenes y Mártires, y la Oracion es la que se sigue:

Indulgentiam nobis, quæsumus, Domine, beata Juliana virgo et martyr imploret: quæ tibi semper grata extitit, et merito castitatis, et tuæ professione virtutis: Per Dominum nostrum Jesum Christum Filium tuum...

Suplicámoste, Señor, nos concedas el perdon de nuestros pecados, por intercesion de la bienaventurada Juliana, vírgen y mártir, que siempre te fue tan agradable, así por el mérito de su pureza, como por la gloriosa confesion de tu poder. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola es del capítulo IV *de la primera del apóstol san Pedro.*

Charissimi: Nolite peregrinari in fervore, qui ad tentationem vobis fit, quasi novi aliquid vobis contingat: sed communicantes Christi passionibus gaudete, ut et in revelatione gloriæ ejus gaudeatis exultantes. Si exprobramini in nomine Christi, beati eritis: quoniam quod est honoris, gloriæ, et virtutis Dei, et qui est ejus Spiritus, super vos requiescit. Nemo autem vestrum patiatur ut homicida, aut fur, aut maledicus, aut alienorum appetitor: si autem ut christianus, non erubescat: glorificet autem Deum in isto nomine.

Carísimos: No os sorprendais en el fuego de la tribulacion que os suscitan para prueba de vuestra constancia, juzgando que os acontece en esto alguna cosa nueva, antes bien alegraos de ser participantes de las penas de Cristo, para que en la revelacion de su gloria os regocijeis festivos. Si sois despreciados por el nombre de Cristo, seréis bienaventurados; por cuanto todo el honor, gloria, y virtud de Dios, y hasta el Espíritu Santo descansa sobre vosotros. Ninguno padezca por homicida, ladron, maldiciente, ó codicioso de ajenos bienes; pero no se avergüence de padecer por cristiano, glorificando á Dios en este nombre.

REFLEXIONES.

Nolite peregrinari in fervore, qui ad tentationem vobis fit, quasi novi aliquid vobis contingat. Tiene mucha razon el apóstol san Pedro en prevenir á aquellos fervorosos fieles que no extrañasen, como cosa nueva, el que se encendiese contra ellos el fuego de la persecucion. Antes, por el contrario, seria muy extraño que, siendo tan fervorosos y tan santos como eran, dejasen de ser perseguidos. Las contradicciones son el carácter de las obras del Señor, y las persecuciones lo

son de sus verdaderos siervos. ¿Qué santo no pasó por esta prueba? No es mas el siervo que su señor, dice el mismo Jesucristo. (*Joan.* xv). Si yo fuí perseguido, tambien vosotros lo seréis. Mala señal es si el mundo nos perdonara. Choca á la razon el ver cómo son tratados comunmente los buenos. Aquellos hombres llenos del espíritu de Dios, de una caridad pura y sobrenatural, de una intencion recta, que solo estudian en cumplir con su obligacion, que solo se ocupan en hacer el bien que pueden, estos son verdaderamente respetables por su virtud, son dignos de la estimacion pública por sus buenos ejemplos. Con todo eso, estos son aquellos amigos de Dios de que no es merecedor el mundo; estos los que el mundo no puede sufrir; estos aquellos héroes cristianos contra quienes labra la murmuracion, á quienes la emulacion persigue, y cuyo resplandor se esfuerza á oscurecer la calumnia. ¡Qué burla no se hace de su reforma! ¡Qué satíricas, qué mordaces chanzonetas de su circunspecto porte! ¡Qué interpretaciones malignas de sus ejemplares acciones! ¡Qué persecuciones sangrientas contra sus celosos intentos! Mientras que los mundanos, los disolutos son celebrados y aplaudidos; mientras que disfrutan todas las honras, todas las dulzuras de la sociedad civil: *Sed communicantes Christi passionibus gaudete; ut et in revelatione gloriæ ejus gaudeatis exultantes.* Pero no importa: bendecid, almas justas, mil veces al Señor, porque se digna haceros participantes de su cruz y de sus trabajos. Alegraos, regocijaos, y rectifique vuestra fe á vuestra razon. Ese fuego solamente se ha encendido para purificar vuestra virtud. Acordaos que no hay mayor honra que cuando se padece alguna afrenta, algun oprobio en nombre de Jesucristo; esto es, por seguir su santa ley, sus máximas y sus consejos. *Si exprobramini in nomine Christi, beati eritis.* Desengañémonos, que los honores, la gloria con que el mundo nos brinda nada tienen de sólido: son á lo mas unas ideas que á la verdad nos lisonjean, pero que dependen de tantas causas, todas á cual mas caducas, á cual mas perecederas, que no pueden subsistir largo tiempo. No hay gloria verdadera sino la que se funda en la virtud cristiana. Mas que los hombres rehusen cuanto quisieren el honor que se debe á la virtud, no por eso pierde nada su mérito. Tiempo vendrá en que estos mismos hombres la hagan justicia; en que la restituyan lo que la deben; en que confiesen que fueron necios, que fueron insensatos en buscar en otra parte su gloria y su felicidad. ¡Qué gozo, mi Dios, para los buenos cuando se acabe la comedia que se representa en este gran teatro del mundo, cuando se desvanezcan las erradas aprehensiones

de que estamos preocupados, cuando unidas todas las ideas se conformarán á la regla de la buena razon! ¡Qué asombrados quedarán entonces muchos! ¡Cuántos exclamarán: *O insensati!* ¡Oh extravagantes! ¡oh locos! ¡oh insensatos! Nosotros perseguimos al justo; y ves aquí que solo él merecia propiamente nuestra estimacion, nuestra veneracion, nuestro respeto.

El Evangelio es del capítulo XIII *de san Marcos.*

In illo tempore dixit Jesus discipulis suis: Videte autem vosmetipsos. Tradent enim vos in conciliis, et in synagogis vapulabitis, et ante præsides, et reges stabitis propter me, in testimonium illis. Et in omnes gentes primum oportet prædicari Evangelium. Et cum duxerint vos tradentes, nolite præcogitare quid loquamini: sed quod datum vobis fuerit in illa hora, id loquimini, non enim vos estis loquentes, sed Spiritus Sanctus. Tradet autem frater fratrem in mortem, et pater filium: et consurgent filii in parentes, et morte afficient eos. Et eritis odio omnibus propter nomen meum. Qui autem sustinuerit in finem, hic salvus erit.

En tiempo que anunciaba Jesucristo á sus discípulos lo que habian de padecer por su amor, les dijo: Consideraos á vosotros mismos, porque os llevarán á los tribunales enemigos, os azotarán en las sinagogas, y compareceréis (como reos) por mi causa ante los presidentes y reyes, para que deis testimonio de mi fe; pero antes conviene que se predique el Evangelio en todas las naciones. Cuando os prendan y entreguen (á estos juicios), no premediteis lo que habeis de decir, sino es hablad lo que se os inspire en aquel momento; porque no sois vosotros los que hablais (entonces) sino el Espíritu Santo. El hermano entregará al hermano, el padre al hijo á la muerte; y sublevándose los hijos contra los padres, les quitarán la vida. Finalmente, de todos seréis aborrecidos por profesar mi nombre; mas el que perseverare hasta el fin, ese será salvo.

MEDITACION.

De la perseverancia.

PUNTO PRIMERO.—Considera que no basta haber comenzado bien, ni aun haber corrido felizmente una parte de la carrera, es menester perseverar hasta el fin para salvarse. En el combate se admira el valor, pero solo al que vence se le ciñe la corona. El que echa mano al arado, dice el Salvador, y mira hácia atrás, no es á propósito para el reino de los cielos.

¿Cuántos réprobos, á quienes muchos dias de inocencia y aun muchos años de fervor y de regularidad prometian asegurar la vida

eterna, gimen al presente en el infierno y lloran su falta de perseverancia?

En los predestinados no se busca el principio, sino el fin. Judas acabó mal y comenzó bien. Pablo acabó bien y comenzó mal. Por eso Judas es reprobado, y Pablo es elevado á la gloria. ¡Mi Dios, qué objeto mas digno de nuestra atencion y de nuestro temor! Del fin pende la suerte y la diferencia de los hombres en la otra vida. En vano habrémos pasado siglos enteros en el ejercicio de todas las virtudes: un solo pecado mortal y morir en este pecado basta para que Dios nos repruebe, para estar eternamente en su desgracia.

Bienaventurado el hombre, exclama el Sábio, que está siempre asustado con un santo temor: *Beatus vir qui semper est pavidus.* (*Prov.* XXVIII). ¡Con cuánta razon nos aconseja el Apóstol que trabajemos en nuestra salvacion con temor y temblor! ¡Y qué prudentes fueron los Santos, no solo en desviarse de toda ocasion de caer, sino en renovar cada dia su fervor como si entonces comenzasen, y en no volver los ojos á lo que habian andado, sino á lo que les restaba que andar! Aun de todos aquellos que viven virtuosamente, que hacen estas reflexiones, que siguen con mayor perfeccion los consejos del Evangelio, solamente se salvarán los que perseveraren hasta el fin. Y despues de esto ¿se mirará muy á sangre fria la inconstancia en la virtud, la perpétua variedad en el fervor, la indevocion, y aun quizá las frecuentes recaidas? ¡Ah, Señor, y qué justo, pero qué triste motivo de dolor me está ofreciendo la poca perseverancia que he tenido hasta aquí en vuestro santo servicio!

Punto segundo. — Considera que aunque el don de la perseverancia es pura gracia del Señor, siempre es culpa nuestra si no perseveramos. No ignoraba el Salvador la flaqueza del corazon humano, ni la violencia de las tentaciones, ni la multitud de los peligros; antes acababa de hacer una viva pintura de esto á sus discípulos. Vuestros parientes mas cercanos os perseguirán, el mundo os mirará con horror, perpétuamente os estará armando lazos y tendiendo redes. Pero tambien sabia este amable Salvador que á ninguno faltaria su gracia; por eso añade inmediatamente que ninguno se salvará, ni aun de aquellos mismos que habian confesado su santo nombre, sino el que perseverase hasta el fin. *Qui autem sustinuerit in finem, hic salvus erit.* Pues ¿qué deberán pensar de su eterno destino aquellos cuyas conversiones están interrumpidas con tantas reincidencias?

El camino que nos conduce al reino de los cielos es la perseverancia en los ejercicios de una vida cristiana. Á la verdad que este reino solo se concede á la perseverancia final, que siempre es pura gracia; pero ¿cómo se perseverará hasta la muerte, si no se persevera durante la vida? Esos descaminos tan frecuentes ¿no nos desvian del término? ¿Y encontrarémos este término cuando le busquemos, si al fin de la vida nos hallamos muy distantes de él?

¡Oh insensatos gálatas! gritaba el Apóstol, ¿quién os fascinó, quién os pervirtió con una especie de encanto, para que tan cobarde y tan vergonzosamente abandonáseis el partido de la virtud? ¿Con cuánta razon se podria hacer á muchos la misma pregunta? ¿Qué se hicieron aquellos santos propósitos, aquellas grandes trazas, aquel plan de conversion y de reforma? Tú hiciste á Dios mil protestas al pié de los altares; tú has dado tantas palabras expresas á los confesores en el santo tribunal de la Penitencia; tú debieras ser ahora muy regular y muy edificativo; pero ¿eres acaso mejor cristiano? ¿No has vuelto á ver á aquella persona, escollo fatal de tu firmeza y de tu constancia? ¿No te has vuelto á meter en aquellas ocasiones de tanto peligro para tí? ¿Te has enmendado del todo en esos discursos libres, en esas conversaciones desahogadas, ó por lo menos atestadas de murmuracion y de faltas de caridad?

Habias echado ya los fundamentos de una vida cristiana, y aun espiritual: ¿quién te quitó que levantases ese santo edificio? Esperábase mucho de unos principios tan felices, y en un momento se desvanecieron todas esas esperanzas. Si al fin se habia de parar en esto, ¿para qué fue meter tanto ruido y adelantar tantos pasos? ¿Para qué acercarte tanto á la fuente de las gracias? Los motivos de tu primera conversion todavía subsisten; los mismos son hoy que entonces eran: *Christus heri, et hodie, et ipse in sæcula.* Cuando dí palabra á Dios de mirar siempre con horror este pecado, de huir la ocasion de cometerle, de entablar una vida regular y fervorosa, creí firmemente que así me lo dictaban mi religion y mi conciencia. ¿Engañéme acaso en eso? ¿No era el Espíritu de Dios el que me hacia pensar y obrar de aquella manera? ¡Mi Dios, qué motivos tan poderosos, y aun qué auxilios tan eficaces para perseverar son estas mismas reflexiones! Pues ¿por qué no las haré, y por qué no me aprovecharé de ellas? Hágolas, Señor, y por vuestra gracia las hago; no permitais que sean inútiles. Yo os pido esta constancia, esta firmeza, esta perseverancia durante la vida, esperando me concedais la gracia de que continúe hasta la muerte.

JACULATORIAS. — Perficionad, Señor, asegurad los pasos que he comenzado á dar en el camino de vuestro servicio, de tal manera, que ninguna cosa del mundo sea capaz de hacerme volver piés atrás. (*Psalm.* XVI).

Nadie será capaz de apartarme, de entibiarme en el amor de mi Señor Jesucristo. (*Rom.* VIII).

PROPÓSITOS.

1 Aunque parece cierto, así por la vocacion que nos previene, como por la perseverancia final que nos corona, que la bondad que nos salva es totalmente gratuita, con todo eso es fuera de toda controversia que la reprobacion siempre es obra de nuestras manos, y que no hay réprobo alguno que si hubiera querido no pudiese perseverar en gracia. Mira ahora cuánto te importa no perder un don sin el cual todos los demás te son inútiles. El Señor te ha hecho la singular gracia de volverte á poner en carrera de salvacion: corre de suerte que merezcas el premio y la corona. El medio eficaz es ser toda la vida sumamente fiel en las mas menudas observancias de la ley. Quien fuere fiel en cosas pequeñas, dice Jesucristo, lo será tambien en las grandes. (*Luc.* XVI). El que despreciare las menudencias, añade el Sábio, caerá poco á poco. (*Eccli.* XIX). Una gotera no es mas que una gotera, pero con la continuacion pudre la madera, y poco á poco pudre toda la casa. ¿Quieres evitar el naufragio, dice san Buenaventura? Pues no te contentes con evitar los escollos: una rendija mal calafateada por donde pueda entrar el agua imperceptiblemente basta y sobra para colar á fondo el navío. ¿Quieres estar léjos de las culpas graves? Pues aplica cada dia mayor atencion; haz mas firme resolucion de no incurrir aun en las mas ligeras. Teme en cierta manera, por decirlo así con san Gregorio el Grande, teme mas en cierta manera á estas como mas peligrosas, que á aquellas como mas funestas. No darás grandes caidas mientras tuvieres mucho cuidado de evitar aun los tropiezos. Si te hallas en el estado religioso, no hay peligro de que quebrantes los votos, mientras guardares con la mayor exactitud las menores reglas. Si estás en el siglo observarás religiosamente los mandamientos, mientras te esforzares á seguir con fidelidad los consejos. Haz hoy un nuevo propósito de no dispensarte jamás, ni aun en el mas mínimo ejercicio espiritual. La confesion al tiempo señalado por el director, la visita del santísimo Sacramento, la leccion espiritual, ciertas piadosas devociones con la santísima Vírgen y con

el santo Ángel de la guarda, ciertas observancias de la Religion, una pureza de conciencia que llegue á ser delicadeza: todo esto, por decirlo así, juntamente con la virtud, nutre la perseverancia. Son estos actos de supererogacion como las fortificaciones exteriores, ó como las obras avanzadas que tienen entretenido al enemigo léjos de la plaza. En destruyéndose el cercado, dice la Escritura, entra la serpiente y muerde. (*Eccli.* XXX).

2 Es la perseverancia un don de Dios tan precioso y tan necesario, que se le debe estar pidiendo continuamente á su Majestad. Por eso es una devocion muy santa y muy importante la de hacer todos los dias en la misa alguna oracion particular pidiendo al Señor el don de la perseverancia, y singularmente la gracia final, que es la que decide de nuestra eterna suerte. Algunos se sirven de la misma oracion que hacia el profeta David, cuando decia á Dios: *Illumina oculos meos, ne unquam obdormiam in morte: ne quando dicat inimicus meus: Prævalui adversus eum.* Abridme, Señor, los ojos para que viva toda la vida tan despierto y tan atento á los lazos que me arma mi enemigo, que evitándolos no muera en desgracia vuestra, ni él tenga la maligna satisfaccion de gloriarse de que me ha vencido. Otros, no contentos con hacer esta oracion particular en la misa, repiten muchas veces entre dia estas ó semejantes palabras: *Divino Salvador mio, dadme gracia para no descaecer jamás en vuestro santo servicio, y para perseverar hasta el fin en vuestro divino amor.*

DIA XVII.

MARTIROLOGIO.

El martirio de san Faustino, en Roma, á quien siguieron en el martirio otros cuarenta y cuatro.

El triunfo de san Policronio, obispo de Babilonia, en Persia, el cual en la persecucion de Decio habiéndole molido con piedras el rostro, extendiendo los brazos, y levantando los ojos al cielo, entregó su alma al Criador.

Los santos mártires Donato, Secundiano y Rómulo, con otros ochenta y seis, en Concordia, ciudad de Italia, que recibieron tambien la corona del martirio.

San Teodulo, el Viejo, de la familia del presidente Firmiliano, en Cesarea de Palestina, el cual movido con el ejemplo de los Mártires, confesó constantemente á Jesucristo, y clavado en una cruz mereció la palma del martirio con un noble triunfo.

San Julian, de Capadocia, en la misma ciudad, quien andando besando

los cuerpos de los santos mártires que acababan de morir, lo denunciaron por cristiano, y llevado ante el presidente, fue condenado á ser quemado vivo á fuego lento. *(Véase su vida en las de este dia).*

San Silvino, obispo de Tolosa, en una aldea de Terovana. *(Véase su vida en las de este dia).*

San Fintano, presbítero y confesor, en Escocia.

San Alejo Falconieri, confesor, en Florencia; uno de los siete fundadores del Órden de los Siervos de la Vírgen María, el cual á los ciento y diez años de su edad, recreado con la presencia de Jesucristo y de los Ángeles, murió santamente.

SAN PEDRO TOMÁS, OBISPO Y MÁRTIR.

Nació san Pedro Tomás en Sales, aldea del Perigord, á principios del siglo XIV. Llamado por el Señor al estado eclesiástico, recibió en Condom el hábito de carmelita; y tan aventajado salió en los estudios, que en breve regentó cátedras de filosofía y teología en Burdeos y otras ciudades de Francia. Habiéndose transferido la Sede apostólica á Aviñon, tuvieron lugar de apreciar sucesivamente las prendas de Pedro los papas Clemente VI é Inocencio VI, los cuales le confiaron comisiones espinosísimas que desempeñó siempre con el mayor acierto. La de mas importancia y la que mas le honró fue la embajada de Constantinopla, consiguiendo que el emperador Juan Paleólogo abjurase el cisma y se sometiese á la Iglesia romana. En la isla de Chipre, despues de consagrar por rey á Pedro de Lusiñan, se empeñó en restablecer la religion católica á su pureza; y de tal suerte procedió, que el primado de los griegos con todos los obispos y sacerdotes cismáticos se sometieron á la Iglesia católica, empresa ardua en la cual habian sido inútiles cuantos esfuerzos se habian hecho hasta entonces. Luego proyectó y activó, hecho ya arzobispo de Candía, la cruzada que partió de Rodas á fines de setiembre de 1365. Apoderáronse los Cristianos de Alejandría, llevando Pedro Tomás el estandarte de la cruz en medio del ejército, y fue herido gravemente. Pero no atreviéndose los cruzados á proseguir, abandonaron la ciudad para regresar á Chipre, donde acometido de una ardiente calentura murió nuestro Santo á 6 de enero de 1366. La santidad de su vida y los milagros que obró durante su vida y despues de muerto le granjearon el dictado y veneracion de Santo con que le honra la Iglesia, y juntamente con el de Mártir.

SAN JULIAN DE CAPADOCIA, MÁRTIR.

Por los años 308, cuando el emperador Galerio Máximo se obstinó en continuar su horrorosa persecucion contra los Cristianos, á quienes llamaba adoradores del Crucificado, siguiendo sus impías intenciones Firmiliano, gobernador de Cesarea de Palestina, uno de los mas violentos enemigos de los inocentes fieles, deleitándose en tenerles en duras prisiones para que su martirio fuese mayor y mas prolongado, lo que no ejecutó en dos años continuos de su gobierno, hizo estimulado del infierno con el siguiente motivo:

Llegaron á Cesarea cinco cristianos de Egipto llamados Elías, Jeremías, Isaías, Samuel y Daniel, con el fin de visitar á los ilustres confesores de Jesucristo que se hallaban en prision, despues de haber satisfecho igual oficio de caridad con los que habian sido condenados á las minas de Cilicia á sufrir este penoso trabajo por la fe de Jesucristo; pero cuando entraban por las puertas de la ciudad, detenidos por los guardas, viéndoles extranjeros, les preguntaron quiénes eran y la causa de su venida. Respondieron los Santos ingénuamente que eran cristianos, que venian á Cesarea á visitar á sus hermanos presos por Jesucristo. Y oida esta respuesta les asieron inmediatamente, y les presentaron al Gobernador, bajo el supuesto de ser aquel uno de los mayores servicios que podian hacerle, quien informado de la causa, ordenó les pusiesen en la cárcel hasta que deliberase otros procedimientos. Despertó con este motivo el encono que tenia aquel tirano contra los fieles; y mandó en el dia 17 de febrero se presentasen en su tribunal con Anfilo, sacerdote; Valente, diácono; Porfirio, Seleuco, Paulo y Teodulo, venerable anciano, familiar del mismo Gobernador, respetable por sus canas y virtud; y despues de un molesto interrogatorio que les hizo sobre religion, sufriendo en el interin indecibles tormentos, hallándoles constantes en la confesion de la fe de Jesucristo, les sentenció á degüello.

San Julian, dicho de Capadocia, porque era de aquella provincia, de quien en este dia hace conmemoracion el Martirologio romano, fue uno de aquella ilustre comitiva, aunque no se halló en aquel juicio en compañía de los dichos Mártires. No sabemos cosa alguna de sus padres, nacimiento, educacion ni progresos, porque en este particular nada refieren las actas antiguas. Solo dice Eusebio que era un varon santísimo, sumamente ingénuo, fidelísimo, admirable en todas sus acciones y lleno del Espíritu Santo. Era recien venido

á Cesarea cuando se publicó la expresada sentencia ; é inspirado del mismo espíritu quiso ver en su ejecucion la constancia de los Mártires, por cuya gloria suspiraba cada dia, ansioso de derramar su sangre por sellar con ella las verdades eternas de nuestra Religion ; pero habiendo llegado tarde al suplicio, viendo tirados los cuerpos de los Santos por el suelo, se arrojó sobre los venerables cadáveres sin temor de los paganos, y les fué besando y abrazando á cada uno, para suplir los piadosos oficios que deseaba haberles hecho en vida, celebrando lleno de gozo los triunfos que consiguieron del infierno.

Los soldados, á quienes estaba encargada la custodia de aquellos cuerpos hasta que se cumpliese la providencia que dirémos, viendo este hecho nada equívoco de la religion que profesaba, le amarraron al momento, y despues de maltratarle furiosamente le presentaron á Firmiliano, noticiándole el suceso. No satisfecho este tirano con la inocente sangre que acababa de derramar, emprendió el interrogatorio de este nuevo prisionero, y hallándole tan constante en la confesion de la fe, y tan dispuesto á sufrir los tormentos como los Mártires precedentes, hizo encender una grande hoguera, y que arrojado en ella precipitadamente, ardiese hasta quedar reducido en cenizas. Oyó Julian la sentencia con imponderable gozo, y aprovechándose de los instantes que le restaban hasta la ejecucion, reiteraba varios cánticos de alabanzas al Señor, dándole repetidas gracias por la merced que le hacia de que padeciese por su amor. Expresando: yo os ruego que querais recibir en holocausto el sacrificio que os hago de mi vida voluntariamente ; ¡ cuándo se consumará para que mi alma se junte con la de vuestros justos en la eternidad ! Así clamaba Julian manteniendo en una extática admiracion á los ejecutores del suplicio por el júbilo que manifestaba en padecer aquella terrible combustion, capaz de intimidar á los espíritus mas animosos. Últimamente, entregado á las llamas, abrasaron la víctima y completaron el sacrificio.

Quiso vengarse el Gobernador, ya que en vida no pudo reducir á los Mártires á que apostatasen de la religion de Jesucristo, con mandar que sus cadáveres quedasen en el lugar del suplicio por espacio de cuatro dias, con el fin de que las fieras los devorasen ; pero no atreviéndose estas á tocarles, por disposicion divina, pudieron recogerles íntegros los cristianos para darles sepultura. No quedó impune el tirano, que con tanta soberbia y petulancia procedió contra los Santos, como ni los cómplices en la injusticia, pues todos murieron infelizmente por causa de sus delitos.

SAN SILVINO, OBISPO.

Nació san Silvino en Tolosa hácia el fin del siglo VII; y como era de una familia ilustrísima del Languedoc se vió precisado á pasar los primeros años de su juventud en la corte de Childerico II y de Thierry III. Era muy peligroso el puesto para un jóven de buena disposicion, de mucho despejo, y que lograba el favor del Príncipe; ni hubiera sido fácil conservarse en la inocencia, si su bello natural y la cristiana educacion que habia recibido de sus padres no fuesen sostenidas con especiales auxilios del cielo, á los cuales correspondió siempre Silvino con mucha fidelidad.

Por estas bellas prendas que le habian granjeado la estimacion del Rey y de toda la corte, por la pureza de sus costumbres, por su conocido ingenio y por su raro mérito, era tenido en toda la provincia por el señor mas cabal y mas cumplido de su tiempo. Pensaban sus padres en darle estado, y las mas nobles casas del Languedoc solicitaban con ansia el honor de su alianza; pero eran muy distintos los designios del Señor que le habia prevenido con tan particulares bendiciones de dulzura.

Propusiéronle sus padres una boda con cierta señorita de las mas nobles y de las prendas mas escogidas de todo el pais: Silvino, aunque estaba muy ajeno de pensar en un estado tan poco conveniente á las grandes ideas de perfeccion que siempre meditaba, juzgó que despues de representar modestamente repugnancia debia rendirse á la voluntad de sus padres, esperando que el Señor, á quien estaban patentes las mas ocultas intenciones de su corazon y su perfecto rendimiento á sus soberanas disposiciones, conduciria todas las cosas á sus fines. Celebráronse los desposorios con magnificencia y con alegría. Pero Dios, que de tiempo en tiempo se complace en dar á su Iglesia dechados insignes de un perfecto desasimiento y de una magnanimidad verdaderamente cristiana para confundir á los cobardes y á los imperfectos, hizo conocer tambien á nuestro Santo la vanidad y el caduco ser de todas estas que se llaman conveniencias perecederas, juntamente con el ventajoso partido que se saca en no admitir otros lazos que los que nos unen mas estrechamente con nuestro Dios, que resolvió romper los que acababa de formar, y todavía estaban en tiempo de deshacerse, por ser unos meros esponsales de futuro, determinándose á seguir el estado eclesiástico.

Libre ya de unos grillos que esclavizan, se aplicó únicamente á agradar al soberano Dueño á quien servia, y habiéndose dispuesto para el sacerdocio con el ejercicio de todas las virtudes, recibió los órdenes sagrados.

Para poder seguir á Jesucristo con menos embarazo se desterró voluntariamente de su patria y de sus parientes; pero antes de fijar el sitio donde habia de retirarse emprendió diferentes peregrinaciones á varios santuarios para conseguir de Dios, por intercesion de los Santos cuyos sepulcros visitaba, la gracia que habia menester para lograr la perfeccion á que aspiraba.

Despues de haber visitado los principales santuarios de Europa, dejando en todas partes grandes monumentos de su piedad y de su celo, emprendió la peregrinacion de la Tierra Santa en Palestina para imprimir mas vivamente en su alma la memoria de la dolorosa pasion de Nuestro Redentor con la vista de aquella tierra regada con su preciosísima sangre. Hizo todos estos viajes con mucha pobreza y con grandes trabajos, predicando humildad y penitencia con su traje, con su pobre alimento y con todo lo que representaba.

Tiénese por cierto que al volver de Palestina pasó segunda vez por Roma, y que con esta ocasion conociendo el Papa la eminente virtud de san Silvino, sus raros talentos y su ardiente celo por la salvacion de las almas, le consagró obispo. Los dos hermanos de Santa Marta (célebres críticos de Francia) aseguran que fue obispo de Tolosa, y sucesor de san Eremberto, el año de 690: otros creen que lo fue de Teruana, donde es cierto que trabajó mucho y muy gloriosamente; pero no pocos son de parecer que no estuvo aligado á iglesia alguna particular, y que solo fue obispo apostólico, por otro nombre regionario, y que recibió del Papa así la consagracion como la mision apostólica para dedicarse á la conversion de los gentiles en cualquiera diócesi donde se hallase.

Habiendo vuelto á pasar los Alpes entró en Aquitania, donde se puede decir que estaba cási por desmontar la viña del Señor. Trabajó con tanto fervor y con tanta felicidad, que en poco tiempo reflorecio la Religion, estableciéndose la piedad en todas partes, de manera que parecia no dejar mas que desear á su celo.

Resolvió, pues, ir á buscar nueva miés en los Países Bajos, y allí se detuvo largo tiempo, especialmente en la diócesi de Teruana, donde halló un campo muy dilatado para su cultivo, no solo por la multitud de gentiles que se encontraban todavía, especialmente en las aldeas y lugares pequeños, sino en los mismos cristianos, que co-

mo mezclados con los infieles, vivian en mil groseros errores y en una espantosa corruptela de costumbres.

Sirvió maravillosamente para dar mayor eficacia á su celo la fama que se habia anticipado de la santidad del nuevo Apóstol, y mucho mas la experiencia de que en nada era inferior á la fama. Encantaba á todos su paciencia y su humildad: admiraban su desinterés y su penitencia; su afabilidad y su dulzura conquistaba los corazones, y, en fin, haciéndose todo á todos, ganaba á todos para Jesucristo.

Por espacio de cuarenta años no se sustentó mas que con yerbas y con raíces, prohibiéndose enteramente el uso del pan. Además de un áspero cilicio, de que no se desnudó hasta la muerte, rodeaba sus carnes con varios cintos de hierro, sembrados de puntas tan agudas y tan apiñadas, que todo el cuerpo era una sola llaga. Dormia, ó en el duro suelo, ó en una tabla desnuda para tomar menos descanso: y en medio de tan asombrosa penitencia todavía juzgaba que tenia una vida muy regalona; pero lo mas admirable era que, siendo para sí tan áspero y tan austero, era la misma dulzura para con los pecadores.

Su casa fue siempre la casa de los pobres, y siempre tenia que darles, porque su misma abstinencia se lo ofrecia. Predicaba todos los dias, y al dia predicaba muchas veces. Lo restante lo empleaba en instruir, en confesar y en visitar á los enfermos. Su celo hizo mudar presto de semblante á todo el país; y en medio de aquellos pueblos hasta entonces medio gentiles, se vió revivir el fervor de los primitivos cristianos.

Sobre todo tenia muy impreso en el alma que el oficio divino se celebrase con majestad; que las iglesias estuviesen ricamente adornadas; que todo lo que sirviese al altar y á los sagrados misterios fuese precioso, y que se cantase todos los dias la misa con pompa y con solemnidad. Inspiró á todos aquellos pueblos un singular respeto y una suma veneracion á los templos del Señor, disponiendo que siempre estuviese alguno en oracion, pudiéndose decir de nuestro Santo que fue el inventor de la piadosísima devocion de la oracion continua. Exhausto de fuerzas con tantos trabajos, parecia que se le aumentaba el celo á proporcion que las fuerzas del cuerpo se disminuian. En fin, despues de haber trabajado con asombroso fruto en Teruana, en Bolonia, en Calés, y en todas aquellas cercanías, habiendo perdido la esperanza de conseguir la corona del martirio con derramamiento de su sangre como ardientemente lo habia deseado, y no permitiéndole sus achaques corporales retirarse á un desierto

para acabar en él sus dias, como toda la vida lo habia apetecido, se retiró á Auchy en el condado de Artois, lugar pequeño de la diócesi de Teruana, á la orilla del poco caudaloso rio Ternois, cerca de Hesdin. Allí cayó enfermo y tuvo revelacion del dia de su muerte. Todos los dias que le duró la enfermedad oyó misa y recibió la sagrada Comunion. La noche de un sábado, dia consagrado á la santísima Vírgen, de quien toda la vida habia sido tiernísimamente devoto, vió una tropa de espíritus angélicos que venian como á convidarle á que fuese á tomar posesion de la gloria que el Señor le tenia preparada. Sintióse tan excesivamente transportado de alegría, que comenzó á exclamar sin poderse contener: *Mirad, mirad á los santos Ángeles que se nos acercan y nos convidan á que les sigamos.* Diciendo estas palabras acompañadas de un ardentísimo amor de Dios y de una tierna confianza en su Majestad, espiró el dia 15 de febrero del año 718. El conde Adalscar y la condesa Aneglia su mujer, señores de Auchy, hicieron enterrar el cuerpo de nuestro Santo con una magnificencia y con una pompa que tenia mucho de triunfo. El dia 18 del mismo mes de febrero fue conducido á la nueva iglesia del monasterio de religiosas que los Condes acababan de fundar para su hija Sicilda, primera abadesa del mismo monasterio, la cual adornó con preciosas láminas de oro y con ricas coronas el sepulcro de nuestro Santo que en poco tiempo se hizo célebre en toda Francia por los muchos milagros que obró Dios por su intercesion.

El año de 880 entraron los normandos en el país destruyéndole y talándole, con cuya ocasion fueron trasladadas á Herstal, cerca de Lieja, las reliquias de san Silvino, y desde allí fueron llevadas á la abadía de Besa, donde estuvieron como en depósito hasta el año 951, en que el conde de Flandes, Arnoldo I, las hizo transportar á San-Omer, en la abadía de San Bertin, donde se veneran al presente, á excepcion de una parte de ellas que se concedió á los monjes de Auchy.

La Misa es del comun de Confesor pontífice, y la Oracion es la que se sigue:

Exaudi, quæsumus, Domine, preces nostras, quas in beati Sylvini, confessoris tui atque pontificis, solemnitate deferimus: et qui tibi digne meruit famulari, ejus intercedentibus meritis, ab omnibus nos absolve peccatis: Per

Oye, Señor, benignamente las súplicas que te hacemos en la festividad de tu bienaventurado confesor y pontífice Silvino; y así como él te sirvió dignamente, así tambien esperamos que por su intercesion nos libres

Dominum nostrum Jesum Christum... de todos nuestros pecados. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epistola es del capítulo XIII *del apóstol san Pablo á los Hebreos.*

Fratres : Mementote præpositorum vestrorum, qui vobis locuti sunt verbum Dei : quorum intuentes exitum conversationis, imitamini fidem. Jesus Christus heri, et hodie, ipse, et in secula. Doctrinis variis, et peregrinis nolite abduci. Optimum est enim gratia stabilire cor, non escis, quæ non profuerunt ambulantibus in eis. Habemus altare, de quo edere non habent potestatem, qui tabernaculo deserviunt. Quorum enim animalium infertur sanguis pro peccato in Sancta per pontificem, horum corpora cremantur extra castra. Propter quod et Jesus, ut sanctificaret per suum sanguinem populum, extra portam passus est. Exeamus igitur ad eum extra castra : improperium ejus portantes. Non enim habemus hic manentem civitatem, sed futuram inquirimus. Per ipsum ergo offeramus hostiam laudis semper Deo : id est, fructum labiorum confitentium nomini ejus. Beneficentiæ autem, et communionis nolite oblivisci : talibus enim hostiis promeretur Deus. Obedite præpositis vestris, et subjacete eis. Ipsi enim pervigilant quasi rationem pro animabus vestris reddituri.

Hermanos: Tened presentes á vuestros prelados, que os han predicado la palabra de Dios, poniendo los ojos en la santidad de su vida para imitar su fe. Jesucristo es el mismo que ayer, hoy, y hasta el fin de los siglos. No os dejeis llevar de otras doctrinas diferentes y extrañas, pues la gracia es el mejor sustento del corazon, y no los manjares carnales, que de nada aprovecharon á los que se mantenian de ellos. Nosotros tenemos un altar, del que no pueden comer los ministros del tabernáculo antiguo, en el cual los cuerpos de los animales, cuya sangre se derramaba en el santuario por el pontífice para la expiacion de los pecados, se quemaban fuera de los campamentos. Por lo que Jesucristo tambien, para santificar al pueblo con su sangre, padeció fuera de las puertas de Jerusalen. Salgamos, pues, á buscarle fuera de los campamentos (mundanos) llevando su humillacion. Mediante á que no tenemos en la tierra ciudad permanente, si es que solicitamos la futura (Jerusalen) ofrezcamos siempre á Dios por el mismo Cristo hostia de alabanza, esto es, el fruto de los labios, que confiesan su nombre. Pero no os olvideis de ejercer la beneficencia y comunion, porque con estas hostias nos hacemos beneméritos para con Dios. Obedeced, y vivid sujetos á vuestros superiores, pues ellos velan sobre vosotros, como obligados á dar cuenta de vuestras almas.

REFLEXIONES.

Mementote præpositorum vestrorum, qui vobis locuti sunt verbum Dei: quorum intuentes exitum conversationis, imitamini fidem. Podemos decir que no solo somos discípulos, sino hijos de los Santos. Pero ¿nos honramos acaso de tener tales maestros? Y ¿no degeneramos de la santidad de nuestro orígen? ¿Somos muy semejantes á

estos grandes dechados de virtud? ¿Imitamos su fe? ¿Nos conformamos con sus máximas? ¿Seguimos sus ejemplos? ¿Cuánta diferencia hay de sus costumbres á las nuestras? Pues la misma habrá tambien en nuestra eterna suerte y en la suya: *Jesus Christus heri, et hodie, ipse, et in sæcula.* El mismo Cristo, las mismas verdades, la misma doctrina, las mismas máximas tenemos que ellos. La fe y la Iglesia de nuestro tiempo es la misma que la de los Apóstoles. No tenemos diferente Evangelio que el que tuvieron los primeros cristianos. Todos tenemos una misma regla para las costumbres, una misma regla para el amor, una misma regla para la esperanza. Como no hay otro camino para ir al cielo que el que Jesucristo nos abrió, es indispensablemente necesario que sigamos sus pisadas. Jesucristo es el mismo hoy que era ayer: ni su doctrina puede padecer mudanza, ni su moral alteracion. ¡Qué manantial de reflexiones, y qué justísimo motivo de mil temerosos espantos en este doloroso cotejo de costumbres, de máximas y de conducta! ¿Es posible que nada vamos á arriesgar en parecernos tan poco á los primeros cristianos? Y ¿será título suficiente para autorizar nuestra estragada vida la corrupcion y el desórden del siglo en que vivimos? *Doctrinis variis, et peregrinis nolite abduci.* Guardaos bien, añade el Apóstol, de dejaros llevar de la variedad de opiniones, y de tomar gusto á doctrinas nuevas y peregrinas. Y ciertamente ¿qué mayor error, qué mayor locura que preferir las fantásticas, las temerarias ideas de algunos vanos ingenios á la pura doctrina de Jesucristo, cuya única depositaria es la santa Iglesia católica? Ningun hereje ha habido que no se haya jactado de enseñar el Evangelio puro. Aquella afectada apariencia de modestia y de severidad, aquel vano aparato de reforma, que ha sido siempre comun á todos los enemigos de la Iglesia, su fin se tiene; por este medio, dice san Pablo, han engañado á los sencillos y á los simples. Pero los que se han dejado deslumbrar de estas vanas exterioridades ¿serán excusables de haber caido en semejantes lazos? ¿No es de fe que no hay salvacion fuera de la santa Iglesia, que el que se aparta de ella se descamina, y necesariamente se precipita en el error? Se suscita variedad de opiniones, acudamos al oráculo, pues ya proveyó Jesucristo de remedio infalible para curar estos achaques y para sosegar estas inquietudes del espíritu humano, dejando su santo Espíritu en la Iglesia. ¿Habla esta? Pues calle y enmudezca todo espíritu. *Obedite præpositis vestris, et subjacete eis:* Obedeced, continúa el Apóstol, á los que están destinados para gobernar. Nunca se conoce mejor el espíritu del error que en

la falta de sumision, que es inseparable de la terquedad y de la sedicion. Muy digno de compasion es aquel en quien el espíritu y el corazon se ponen de acuerdo para perseverar en el engaño.

El Evangelio es del capítulo XI *de san Lucas.*

In illo tempore dixit Jesus discipulis suis: Nemo lucernam accendit, et in abscondito ponit, neque sub modio: sed super candelabrum, ut qui ingrediuntur, lumen videant. Lucerna corporis tui est oculus tuus. Si oculus tuus fuerit simplex, totum corpus tuum lucidum erit: si autem nequam fuerit, etiam corpus tuum tenebrosum erit. Vide ergo ne lumen, quod in te est, tenebræ sint. Si ergo corpus tuum totum lucidum fuerit, non habens aliquam partem tenebrarum, erit lucidum totum, et sicut lucerna fulgoris illuminabit te.

En tiempo que Jesucristo instruia á sus discípulos en su celestial doctrina, les dijo: Ninguno enciende la candela para ponerla en lugar oculto, ó bajo una medida, sino sobre el candelero, para que los que entran vean la luz. Tu ojo es la candela de tu cuerpo, y si este fuere simple, todo tu cuerpo será claro; pero si estuviese malo, tambien todo tu cuerpo será oscuro. Cuida, pues, que la luz, que hay en tí, no sean tinieblas. Si finalmente todo tu cuerpo estuviere claro, sin tener alguna parte tenebrosa, todo será claridad, y te iluminará como una candela resplandeciente.

MEDITACION.

De la pureza de intencion.

Punto primero.—Considera que Dios no es menos necesariamente nuestro último fin que nuestro primer principio, y que así como nada hay en nosotros que no provenga de Dios, así tampoco nada debe haber que no se refiera al mismo Dios. Deseos, intentos, máximas, empresas: Dios debe ser el primer móvil, el principal motivo, el único objeto de todo. Las obras que no están selladas con este sello son de ningun valor. Sentado este principio, pregunto: ¿somos ricos de buenas obras?

La intencion es la que las caracteriza. Las mejores acciones no solo pierden su precio por la falta de recta intencion, sino que son frutos podridos luego que se hacen con intencion viciosa. Las limosnas y las penitencias farisáicas son penitencias y limosnas perdidas. Todo su fruto y todo su mérito es una vana ostentacion que no pocas veces solo produce el menosprecio. Esta es aquella vista pura, aquella vista clara, por cuyo medio se deriva la luz á todo el cuerpo. *Si oculus tuus fuerit simplex, totum corpus tuum lucidum erit.* ¡Mi Dios! ¡qué compasion no trabajar únicamente por Vos!

Aunque no nos obligara tan estrechamente la misma justicia á re-

ferir todas nuestras acciones á Dios, debiera empeñarnos en eso nuestro propio interés. No hay accion buena que la buena intencion no la haga mejor: no hay accion, por baja que parezca, que no eleve esta recta intencion. Aquellas dos dracmas que ofreció la pobre viuda no valian mas que la cuarta parte de un sueldo romano; y, no obstante, por declaracion del mismo Salvador esta pobre viuda ofreció mas que todos los otros juntos. No tiene Dios necesidad de nuestros bienes; para nada ha menester nuestros servicios ruidosos ni aun nuestros sacrificios: solo quiere nuestro corazon; solo atiende al motivo de nuestras operaciones, y, rigurosamente hablando, solo examina y solo premia nuestras intenciones. ¡Buen Dios, qué secreto tan admirable para enriquecerse en poco tiempo y con facilidad! ¿Mereceremos bien de nuestra pobreza y de nuestra miseria, si pudiendo salir de ella á tan poca costa y con tanta ganancia despreciamos un medio tan útil y tan fácil?

Comprendamos bien el mérito de este admirable secreto. ¿No es grande ventaja poder arribar á una santidad extraordinaria sin hacer mas que una vida muy comun, juntar grandes tesoros para el cielo sin especial fatiga, hacer grandes méritos sin ser necesario hacer grandes acciones? Pues todo esto es efecto de la pureza de intencion: estos maravillosos efectos produce la pureza del motivo; el mirar á Dios en todas las acciones, el deseo puro y perfecto de agradarle.

¡Qué pérdidas no he hecho, mi Dios, por haberos perdido de vista en la mayor parte de mis acciones! Dadme gracia para que me aproveche de las que me restan que hacer.

Punto segundo.—Considera qué digno de compasion es quien trabaja, y no trabaja por Dios. Padézcase lo que se padeciere, afánese lo que se afanare, háganse las cosas grandes que se hicieren, todo se olvida; todo se sepulta con nosotros; nada se toma en cuenta en la otra vida, sino lo que se hizo por Dios. Mi Dios, ¡y qué de trabajos perdidos en esta! Se afana, se suda, se sacrifica el descanso, se gasta la salud; ¿y por quién, cuando no es por Dios? ¿Qué se gana cuando se trabaja tanto por otro? Un instante despues de la muerte ¿qué consuelo, qué gusto se hallará en lo que se ha trabajado por los hombres hasta aquella hora?

¡Oh qué sudor tan perdido el que se gasta en servicio del mundo! ¿Hay amo mas duro, mas intratable ni mas ingrato? Pero ¿le hay tampoco mejor servido? ¿Qué cosas no pide á los que le sirven?

Sudores, puntualidad, dependencia, esclavitud. Y despues de todo ¿con qué los premia, con qué los recompensa? Muchas veces, aunque se hayan tenido los mejores deseos, aunque se hayan aplicado los medios mas laboriosos, si no corresponde el suceso, nada de lo que has hecho te se agradece. Pasarás años enteros en hacer méritos, y ni aun siquiera se repara en lo que haces; pero descúidate en alguna cosilla, aunque sea la mas leve, aunque sea por inadvertencia; se te desprecia, se te despide, se te arroja, no se hace caso de tí. Ni hay que alegar la buena voluntad, porque esa moneda no pasa en el mundo. En él solo se juzga del mérito de las acciones por el suceso malo ó bueno. Y despues de todo, cuando el suceso es bueno, ¿con qué le premia?

¡Ah, que es mucho mas fácil dar gusto á Dios! No es menester tanto estudio, ni tanta violencia, ni tanto artificio. Cierto estoy que le doy gusto solo con querer sinceramente dárselo. Agradece todo cuanto hago por su gloria, y recibe en cuenta no solo lo que hago, sino aun lo que no puedo hacer cuando quisiera hacerlo por su amor: atiende mas á la intencion y al deseo que á la misma accion. ¡Oh qué cosa tan dulce el servir á tan buen amo! Mas ¡oh, y qué desconsuelo haberle conocido tan poco, y haberle servido tan mal!

¿Qué es lo que yo busco en mis acciones, Dios mio, cuando no os busco á Vos? ¿La estimacion de los hombres? ¡Qué cosa mas vana! ¿Algun aplauso? ¡Qué cosa mas hueca! ¿Mi propia satisfaccion, mi propio gusto? ¡Qué cosa mas superficial y menos duradera! Pero ¿será posible que yo conozca todas estas verdades, y que no por eso deje de ser ni mas imperfecto ni menos imprudente? Todo lo espero, Señor, de vuestra misericordia, y lleno de una dulce confianza me atrevo á proponer que de hoy en adelante seréis Vos el único objeto, el único motivo y el fin principal de todas mis acciones.

JACULATORIAS. —Siempre tendré fijos mis ojos en el Señor. (*Psalmo* XXIV).

Tú eres mi Dios, y en todas mis acciones te rendiré vasallaje: tú eres mi Dios, y en todo cuanto hiciere atenderé siempre á tu gloria. (*Psalm.* CXVII).

PROPÓSITOS.

1 Dice el Sábio que el justo en cortos dias de duracion corre largos años de vida, porque son dias llenos todos los que vive. Este secreto se debe á la pureza de intencion: ella hace virtuosas las acciones

mas comunes y mas indiferentes; ella cuida de que nada se pierda, y por esta piadosa industria se enriquece el alma en poco tiempo. Ni hay que pensar que esta sea una pura piadosa devocion; es una obligacion esencial de nuestra Religion, que nos manda poner todas nuestras acciones á ganancias para la otra vida. Gran pérdida y gran falta será descuidarnos en nuestro deber. Toma una fuerte resolucion de evitar de aquí adelante este doble motivo de arrepentimiento. Propon firmemente no hacer cosa por mera inclinacion, por genio, por humor, por capricho, ni mucho menos por pasion. No te contentes con la intencion general que debes hacer por la mañana al tiempo de ofrecer las obras, de dirigir á Dios todas las acciones del dia; ten cuidado de purificar la intencion al principio de cada obra en particular. Era costumbre de los mayores Santos no emprender cosa alguna sin levantar los ojos al cielo, y decir: Señor, por vuestro amor voy á hacer esta obra. San Ignacio queria que aun durante la misma obra se renovase muchas veces la misma pureza de intencion. El que está bien persuadido á que todo lo que no se hace con buen fin es obra perdida conoce la necesidad que hay de reflexionar frecuentemente el motivo por que se trabaja. Ten presente en tu memoria, pero ten mucho mas altamente grabada en tu corazon, esta leccion importantísima del Apóstol: *Ahora comais, ahora bebais, ahora hagais cualquiera otra cosa, hacedlo todo á mayor gloria de Dios.* Muchos, como dice el profeta Aggeo, llevan el dinero del jornal en saco roto; siembran mucho, y cogen poco por falta de pureza de intencion. Mira siempre esta como una de las obligaciones mas importantes del cristiano. ¿Vas á comer, vas á descansar? ¿Vuelves á los ejercicios de tu empleo, á los ministerios de tu ocupacion? ¿Tomas alguna diversion honesta, algun desahogo, algun decente recreo? Procura que sea siempre Dios el principio y fin de todo, y díle: Señor, en nada de esto busco, ni mi satisfaccion, ni mi interés, ni mi gloria: deseo hacerlo todo únicamente por agradaros á Vos. Ten presente que la mejor intencion nunca puede hacer buena una mala accion; pero la mejor accion puede viciarse, y se vicia cuando es mala la intencion. Esto te hará comprender el mérito y la importancia de la pureza de intencion.

2 El amor propio es muy ingenioso para engañarnos, y nosotros muy fáciles en dejarnos engañar. No pocas veces nos movemos únicamente por su impulso, y estamos muy persuadidos á que nos gobernamos por la impresion de la gracia. Parécenos que trabajamos por la gloria de Dios, y en realidad solo trabajamos por nuestra pro-

pia gloria. Hácenos traicion el corazon. ¿Quieres conocer si Dios es el verdadero motivo y el fin de todas tus acciones? Pues atiende con cuidado á las señas siguientes. Primera, si en los buenos sucesos ó en las buenas obras no te complaces en lo que haces tú, sino en hacer lo que Dios quiere. Nuestro orgullo siempre busca algun fruto de su gusto en todo lo que puede granjear estimacion delante de los hombres. Desconfiemos mucho de todo deseo muy vivo de salir bien en lo que emprendemos. Dediquémonos á hacer todo lo que manda y quiere Dios; pero coloquemos el buen suceso en hacer perfectamente lo que quiere. Segunda, si haces con tanto gusto lo que te manda la obediencia como lo que ejecutas por tu eleccion. Tercera, si estás pronto á dejar á la primera órden de la obediencia la ocupacion que llenas con tanto aplauso, y el lugar donde ejercitas los ministerios con tanto fruto, estando tan contento en irte como en quedarte. Toda devocion por propia voluntad, toda predileccion ó amor particular á ocupacion, á lugar, á ministerios, se hacen muy sospechosas. Cuando solo se pretende agradar á Dios, solo se quiere lo que á su Majestad le agrada.

DIA XVIII.

MARTIROLOGIO.

El tránsito de san Simeon, obispo y mártir, en Jerusalen, de quien se escribe que fue hijo de Cleofás, y pariente cercano del Salvador en cuanto hombre, siendo ordenado obispo de Jerusalen, despues de Santiago el Menor, en la persecucion de Trajano fue maltratado con diferentes tormentos; y al fin dió su vida con glorioso martirio, admirándose todos los circunstantes y aun el mismo juez de ver un viejo de ciento y veinte años sufrir con tanta fortaleza y constancia el suplicio de la cruz. *(Véase su vida en las de este dia).*

Los santos mártires Máximo, y Claudio, hermanos, y Prepedigna, mujer de Claudio, con dos hijos Alejandro y Cucias, en la ciudad de Ostia; los cuales siendo de ilustre linaje, por mandato de Diocleciano fueron presos y desterrados, y despues quemados, ofreciendo á Dios el odorífero sacrificio del martirio. Sus reliquias fueron echadas en el rio; mas habiéndolas recogido los Cristianos, las sepultaron junto á la misma ciudad.

Los santos mártires Lucio, Silvano, Rútulo, Clásico, Secundino, Eructulo, y Máximo, en África.

San Flaviano, obispo, en Constantinopla, el cual defendiendo la fe católica en Éfeso fue abofeteado y pisoteado por los de la faccion del impío Dióscoro; y habiéndolo desterrado murió allí al cabo de tres dias.

San Eladio, obispo y confesor, en Toledo. *(Véase su vida en las de este dia).*

SAN ELADIO, ARZOBISPO DE TOLEDO.

San Eladio, uno de los mas brillantes ornamentos del órden episcopal, uno de los modelos mas perfectos de los prelados eclesiásticos, nació en la ciudad de Toledo de la nobilísima prosapia de los reyes godos. Su padre, llamado tambien Eladio, condecorado con los mas honoríficos cargos de palacio, distinguidísimo por su piedad, y agradecido del favor que le hizo el cielo en concederle un hijo dotado con todas las disposiciones de naturaleza y gracia, aplicó su vigilante cuidado en darle una educacion conforme á su religion y nacimiento; pero su bello natural é inclinacion á lo bueno facilitaron mas que todo el deseado efecto de su educacion, y aunque tuvo esta en la corte, sitio muy peligroso para conservar un jóven, que lograba el favor del príncipe, la inocencia; con todo no le tocó el aire de sus máximas, pues le previno Dios con sus dulces bendiciones: dióle un corazon como nacido para la virtud y una intencion tan recta, que no fueron capaces á pervertirle las vanidades del siglo. Como juntaba una singular circunspeccion y gravedad de costumbres á su gran madurez de juicio y solidez de entendimiento, era tenido en la corte por uno de los jóvenes mas cabales de su tiempo; pero sobresaliendo principalmente en el manejo de los negocios, fió el Rey á su cuidado el empleo de gobernador de las cosas públicas, cargo de mucha importancia entre los godos, atendiendo mas á su mérito que á su calidad.

No se entibiaron sus piadosos dictámenes con esta primera dignidad del reino: hicieron poca impresion en su espíritu los atractivos de una brillante fortuna y adelantamiento con el que le esperaba su propio mérito. Inútilmente puso su virtud en la mayor prueba todo aquello que pudiera tentar á cualesquiera otro corazon menos desengañado y menos sólido: nunca le deslumbraron las aparentes grandezas de que tanto se paga el mundo. Inspiróle su virtud dictámenes y máximas mas conformes á la religion que profesaba; y así en medio de la corte vivia con el arreglo y devocion que pudiera un solitario. En prueba de lo cual, escribe san Ildefonso, que bajo el hábito secular cumplia los ejercicios monásticos con tanto amor al retiro, que el tiempo sobrante al cumplimiento de sus obligaciones pasaba en el monasterio Agaliense, contiguo á la ciudad de Toledo, floreciente por entonces en la observancia regular, donde reunido

con los monjes se ocupaba en las funciones del instituto y oficios mas humildes de la comunidad.

Cuando todos aplaudian y aun veneraban á Eladio como maravilla de la corte, le inspiró el Señor la resolucion de dejar el mundo para atender únicamente al importante negocio de su salvacion. Y siguiendo tan acertado impulso renunció el empleo, todos los honores y esperanzas con que le lisonjeaba el siglo, vistió el hábito de monje en el monasterio dicho, donde fueron tan conocidos los progresos que hizo en la virtud, y tan notoria su consumada prudencia, que muerto el abad de aquella casa, por aclamacion comun los religiosos le eligieron por padre muy contra su voluntad. Pero si bien se esmeró en enriquecer con bienes temporales el monasterio, mucho mas en aumentar los espirituales en sus súbditos con el fervor de sus sábios consejos, siempre acompañados con el ejemplo para hacer mas eficaces sus instrucciones.

Vacó por aquel tiempo la cátedra episcopal de Toledo por muerte de Aurasio, y todos pusieron los ojos en Eladio para sucesor de aquel Prelado, digno del mayor elogio. Mas aunque se hallaba cargado de años, su prudencia, santidad y sabiduría le fortalecian con el valor necesario para gobernar diestramente tan vasta diócesis. No fue tan fácil rendir su voluntad como lo fue la eleccion; pero sujetándose al yugo por obediencia, principió á ejercer las funciones de su ministerio como sábio y santo pastor. Todos sus desvelos tenian por objeto la perfeccion del estado eclesiástico, la reforma de las costumbres del secular, y el lustre del culto divino. Y esmerándose en el socorro de los necesitados, mereció el renombre de padre de los pobres. Basta para acreditar lo inagotable de su caridad el testimonio de san Ildefonso. *Las misericordias y limosnas que hacia Eladio*, dice el Santo, *eran tan copiosas, como si entendiese que de su estómago estaban asidos como miembros los necesitados, y de él se sustentaban sus entrañas:* observando para no defraudarles una frugalidad admirable en su mesa. El mismo san Ildefonso añade que rehusó escribir, porque sus acciones laudables eran un continuo testimonio de cuanto podia imprimir en el papel para pública enseñanza.

Entre otros muchos hechos de este celebérrimo Prelado, dignos de eterna memoria, fueron las vivas y eficaces instancias con que persuadió al rey Sisebuto para que expeliese á los judíos de los dominios de España, que la inficionaban con su ceguedad, y alborotaban con sus genios inquietos, experimentándose muy luego las conocidas ventajas de aquel destierro. Tambien se debió á su piedad la

construccion del templo de Santa Leocadia, donde fue sepultado con un epitafio expresivo de su nobleza, nacimiento y admirables acciones, escrito por san Ildefonso, á quien ordenó de diácono, y le sucedió en los empleos de abad y arzobispo en la primera cátedra.

En fin, despues de haber gobernado su obispado como un verdadero sucesor de los Apóstoles por espacio de diez y ocho años en los tiempos de Sisebuto, Chintila, y principios de Sisenando, cargado de merecimientos falleció en el dia 18 de febrero del año 632; cuya muerte se cree muy verosímil ocasionó el sentimiento que concibió su corazon por los disturbios y males que ocurrieron en España con motivo del violento despojo del rey Chintila por Sisenando, sujeto de grande ánimo y destreza en el arte militar, pero lleno de ambicion por reinar, el que pasando á Francia consiguió de Dogoberto auxiliase con sus tropas sus intentos. La opinion de santidad de este excelente Prelado fue entre los godos celebérrima, y en prueba de su veneracion pública escribe Pisa en la Historia de Toledo que le pintaban antiguamente con diadema, insignia de santidad conocida.

SAN TEOTONIO, PRIOR DE COIMBRA.

San Teotonio, honor del estado eclesiástico, y decoroso ornamento de los Canónigos reglares de san Agustin, nació en la provincia de Galicia por los años 1080. Fueron sus padres Obeco y Eugenia, ambos descendientes de las familias mas nobles del país, á la que añadieron la distincion de sus sobresalientes virtudes; y en fuerza de ellas no omitieron medio alguno de cuantos pudieran contribuir á dar al niño una educacion tan propia de su piedad como de su ilustre nacimiento; pero su bello natural y su inclinacion á todo lo bueno facilitaron mas que todo el efecto de sus sanas intenciones. Habíalo prevenido Dios con sus mas dulces bendiciones, y correspondiendo á ellas fielmente Teotonio, se dejó admirar desde sus mas tiernos años por sus santísimas costumbres verdaderamente inmaculadas.

Dedicáronle sus padres á la carrera de las letras, y encargándose en sus adelantamientos su tio Crescencio, obispo de Coimbra, le dió por maestro á su arcediano Tello, hombre ejemplar y doctísimo, bajo cuya enseñanza hizo el ilustre jóven grandes progresos así en las ciencias como en la virtud. Murió Crescencio cuando se hallaba ya Teotonio instruido perfectamente, y pasando de Coimbra á la ciudad de Viseo, incorporado en el clero de la iglesia de Santa María, ascendió por sus méritos á la dignidad del sacerdocio. Luego que se

vió revestido con el sagrado carácter solo pensó en hacer una vida mas perfecta; y no teniendo ocioso el ministerio que habia recibido, trabajó sin cesar en la salvacion de las almas, siendo siempre eficaces sus tareas, porque siempre iban acompañadas de sus edificantes ejemplos.

Precisóle Gonzalo, obispo de Coimbra, sucesor de su tio, á que admitiese el priorato ó curato de la misma iglesia de Santa María, sin dar oidos á su humilde resistencia; y creyéndose Teotonio mas obligado por el nuevo empleo á ser un modelo perfecto del estado eclesiástico, lo consiguió á expensas de una conducta irreprensible; pero no satisfecho con velar de continuo sobre sus súbditos para que desempeñasen el carácter de su profesion, siempre solícito y siempre ansioso de que se celebrasen los divinos oficios con la mayor decencia, dió á su iglesia preciosísimas alhajas de su propio patrimonio.

Quiso visitar personalmente los Santos Lugares de Jerusalen; y habiendo dejado en el priorato á un compañero suyo llamado Honorio, partió á satisfacer su devocion en traje de peregrino, haciendo este viaje con mucha pobreza, y predicando humildad y penitencia en su vestido y en su porte. Con la vista de aquellos monumentos de nuestra dicha, y con la consideracion de los misterios que en ellos obró nuestro Redentor, se renovaron en el corazon de Teotonio los afectos de la mas tierna piedad, á que fueron consiguientes el tédio y el disgusto de todas las cosas de la tierra. De aquí provino que, habiendo vuelto de su laboriosa expedicion, por mas que le rogó y le suplicó Honorio sobre que tomase el priorato, siempre se mantuvo inflexible en no admitirle, por no verse en la precision de ejercer los oficios de superior: bien que no por esto dejó de predicar la palabra de Dios á su pueblo, de socorrer á los pobres, de visitar á los enfermos; en sustancia, satisfizo todas las funciones de su ministerio eclesiástico sin aceptacion de personas.

Tenia Teotonio muy presente la memoria de los venerables Lugares de la capital de Palestina; y no pudiendo olvidar aquellos tiernos afectos de devocion que concibió con su vista, volvió segunda vez á visitarles, á fin de imprimir nuevamente en su corazon la dolorosa pasion y muerte de Jesucristo, que era la materia mas frecuente de sus meditaciones. La misma diligencia practicó en todos los lugares memorables de la Tierra Santa; y volviéndose á Jerusalen, se mantuvo algun tiempo en la iglesia del Santo Sepulcro, propia de los Canónigos reglares que en ella estableció Godefrido cuando recuperó la ciudad santa, ocupándose en fervorosas oraciones y en

la mas alta contemplacion de las eternas verdades. Edificados aquellos canónigos de la conducta y de la devocion del Santo, le suplicaron encarecidamente que se quedase en su compañía; pero aunque sus deseos no eran otros, con todo les respondió que por entonces no podia condescender con sus ruegos, hasta dejar dispuestas todas las cosas de su casa.

Partió á este fin á España, y llegó á Coimbra en tiempo que su maestro el arcediano Tello con otros varones piadosos habia dado principio al monasterio de Santa Cruz, con anuencia del rey Alonso I y del obispo de la ciudad, con el noble objeto de dedicarse al servicio del Señor bajo la regla de san Agustin; y conociendo todos los interesados en el establecimiento que podia Teotonio dar mucho lustre á aquella nueva casa, le persuadieron que desistiese de su propósito sobre el volver á Jerusalen, cuando podia ser útil á muchos en su misma patria. Cedió el Santo á las súplicas de sus amigos; y habiendo distribuido sus bienes parte en la iglesia de Viseo, parte en los pobres, y parte en la fábrica de Santa Cruz, se unió á la ilustre colonia que entró á poblar aquel célebre monasterio. Tratóse de la eleccion de prior, y recayó esta por consentimiento comun de todos en la persona de Teotonio, muy contra su voluntad. En vano solicitó excusarse por cuantos medios le sugirió su profunda humildad, confesando ingénuamente su inaptitud y su debilidad para el desempeño del empleo, porque como á todos constaba su eminente virtud y su consumada prudencia, insistiendo en la eleccion, le fue preciso obedecer.

Luego que el Santo se vió á la frente de aquella ilustre comunidad, todo su pensamiento y todo su conato fue dar todo el lleno á la alta idea de perfeccion á que conspiraba la regla que habia abrazado. Creyóse obligado por su empleo á promover en sus súbditos la vida comun, que era el punto principal del establecimiento; y aplicando todas sus atenciones á la consecucion de este fin, lo consiguió con sus sábias y prudentes exhortaciones, tanto mas eficaces, cuanto acompañadas siempre de sus grandes ejemplos. En efecto, la justificada conducta del nuevo Prior, la inocencia de sus costumbres, la puntual asistencia á los oficios divinos, el particular amor que profesaba al retiro, su evangélica pobreza, y sobre todo aquel ardiente celo que manifestaba por la disciplina regular, pero siempre templado con una suma prudencia y con una santa suavidad, hicieron amables sus preceptos, al mismo tiempo que dieron á conocer cuánto puede en una comunidad el ejemplo de un superior prudente y santo.

Aunque en todo género de virtudes se hizo el ilustre Prior digno de la admiracion de todos, en la que brilló incomparablemente fue en amorosa caridad para con los pobres y en la compasion para con los miserables. Hizo el rey Alfonso de Portugal, hijo del grande Enrique, varias expediciones contra los moros de Andalucía; y volviendo victorioso, trajo entre los cautivos africanos muchos cristianos mozárabes, esto es, de los que vivian mezclados con los árabes. Súpolo el santo Prior, y aunque nunca se dejó ver fuera de la puerta de su monasterio, saliendo en esta ocasion al Rey, le ponderó de tal suerte el grande pecado que cometia un monarca católico en traer cautivos á los cristianos, que compungido Alfonso al oir tan justa reprension, dió libertad á mas de mil hombres, sin contar los niños ni las mujeres; pero no satisfecho el Santo con esta accion verdaderamente heróica, les dió sitio para que habitasen cerca del monasterio, y les mantuvo muchos años como si fuese padre de todos.

Mucho contribuyó para dar mas realce á la eminente virtud de Teotonio la multitud de prodigios que hacia diariamente, sanando maravillosamente á innumerables enfermos, expeliendo á los demonios de los cuerpos humanos que atormentaban, y librando á no pocos cautivos cristianos del poder de los agarenos: no siendo el menor de todos sus portentos la inalterable tranquilidad que conservaba en medio de una multitud de gentes de toda clase, que concurria al monasterio á ver al siervo de Dios para aprovecharse de las singulares gracias que le concedió el cielo, y de sus saludables instrucciones, pareciendo á todos en las dulces palabras con que les hablaba, y en los amorosos afectos con que atendia al socorro de sus necesidades, que trataba no con un hombre, sino con un ángel en carne humana. Por este alto concepto se granjeó la estimacion de todo el reino de Portugal y de Galicia, donde era venerado como oráculo celestial; pero distinguiéndose sobre todos en el aprecio el rey Alfonso I, no intentaba empresa alguna que no fuese con aprobacion del ilustre Prior, en cuyos méritos tenia colocada su confianza. Sitió este religioso Príncipe la fortaleza de Santarem ocupada por los moros, y manifestando al Santo que determinaba dar el peligroso avance, despues de largo tiempo que la tuvo cercada, para que le ayudase con sus poderosas oraciones; hechas estas con toda su comunidad á pié descalzo en el mismo dia del asalto, entró triunfante el Rey en aquella importantísima plaza. No fue esta gloriosa empresa la sola que consiguió Alfonso con la proteccion de Teotonio: coligáronse cinco reyes moros para detener los progresos del vale-

roso Príncipe ; y recurriendo este á las poderosas armas de la oracion del Santo, consiguió de todos una completa victoria, llegando á ser el terror de las lunas agarenas.

Deseaba Teotonio descargarse del cargo de superior para dedicarse únicamente al servicio del Señor : rogó, suplicó y pidió á su amada comunidad que le concediese este consuelo ; y admitida su renuncia, despues que disfrutó su sábio y prudente gobierno en el dilatado tiempo de veinte años, hizo que se eligiese en su lugar á su discípulo Juan Teotonio, varon verdaderamente digno de sucederle en el empleo. Libre ya del peso que tanto le afligia, se entregó á los excesos de su fervor y una mortificacion sin límites, pasando en oracion los dias y las noches, gozando por medio de su íntima comunicacion con Dios aquellos destellos de la bienaventuranza con que el Señor endulza los rigores y los trabajos de sus fidelísimos siervos. De aquí provenian aquellos frecuentes raptos y aquellos admirables éxtasis que padecia de continuo el Santo, indicios nada equívocos del encendido amor con que se hallaba abrasado, prorumpiendo muy de ordinario en aquellas expresiones del real Profeta : *Me he alegrado en las cosas que se me han dicho, irémos á la casa del Señor.*

Cuando el siervo de Dios estaba tan distraido de todo lo terreno, tuvo una vision en la que le pareció que se hallaba en una torre eminente, desde donde veia venir hácia sí un varon respetable, que por las señas conoció ser el apóstol san Pedro, el que le decia con dulcísimas palabras : *Ten buen ánimo, Teotonio, que en breve tendrán fin tus trabajos, pasando á gozar la vida eterna ; y da á Dios gracias por los beneficios que te ha concedido.* Conoció el Santo por esta vision que se acercaba el tiempo de pagar el tributo impuesto á los mortales ; y redoblando su fervor, hizo nuevos esfuerzos para purificar su inocencia. No es fácil amor de Dios mas encendido, mas generoso ni mas tierno que el que manifestó esta dichosa criatura en el último período de su vida. Recibió los últimos Sacramentos ; y habiendo dado á su comunidad los mas saludables consejos, puesto sobre ceniza en saco de penitencia, segun la piadosa costumbre de aquellos tiempos, entregó su alma en manos del Criador en el dia 18 de febrero del año 1142.

Quiso Dios acreditar la gloria de su siervo con estupendos prodigios : poco antes de espirar Teotonio se vió descender del cielo un globo de estrellas en medio del claustro del monasterio de Santa Cruz, tan resplandeciente, que llenó de admiracion á todos cuantos lo vie-

ron ; y luego que murió el Santo quedó su rostro con tanta serenidad y con tanta hermosura, que no dejó duda á los asistentes de la felicidad que gozaba su alma ; lo que contestó el mismo enemigo de la salvacion con señales nada equívocas de no haber tenido la mas mínima parte en aquella alma dichosísima. Tuvieron los canónigos dos dias enteros el venerable cuerpo para satisfacer la devocion de la multitud de gentes que concurrió á tributarle los últimos obsequios ; y hechos los oficios funerales con la mas solemne pompa, le dieron sepultura bajo la concavidad del altar del Capítulo de la misma casa. Allí se mantuvo en grande veneracion hasta el año 1630, en el que le trasladaron los Canónigos reglares á un magnífico sepulcro de jaspe primorosamente trabajado, excepto un brazo, que se dió á la iglesia de Viseo, donde habia sido cura.

SAN SIMEON, OBISPO DE JERUSALEN Y MÁRTIR.

San Simeon, ó san Simon, tuvo estrecha conexion con Jesucristo, y era consiguiente que tuviese mucha parte en sus singulares favores y en sus particulares gracias. Fue hijo de Cleofás, hermano de san José, y por consiguiente reputado por primo hermano del Salvador. Su madre se llamó María, aquella misma de quien dice el Evangelio que era cuñada de la santísima Vírgen (por serlo de su esposo san José), y la acompañó hasta el monte Calvario, asistiendo á la muerte del Salvador del mundo, á quien miraba como á sobrino suyo.

Supuesta una correlacion tan estrecha entre el hijo y los padres con el mismo Hijo de Dios, es fácil discurrir la liberalidad con que á manos llenas colmaria de gracias á toda la familia. Era Simeon de sangre real, como sobrino de san José, legítimo descendiente de la casa de David. Pero su mayor y mas ilustre distintivo fue haber sido discípulo de Cristo, obispo santo y mártir glorioso.

Escogióle el Salvador por uno de sus primeros discípulos, y le instruyó por sí mismo: con que saliendo de mano de tal Maestro, ¿qué progreso no haria en la ciencia de la salvacion? Fue testigo de la mayor parte de los milagros que obró el Hijo de Dios: de su resurreccion, de su ascension á los cielos; y como era uno de los miembros que componian entonces toda la Iglesia, se halló en el cenáculo con los demás, y recibió el Espíritu Santo el dia de Pentecostes en compañía de la santísima Vírgen, á quien reverenciaba como á tia, y de

los sagrados Apóstoles, muchos de los cuales eran sus parientes.

Despues de la separacion de estos y de los otros discípulos, destinados para llevar la luz del Evangelio á las provincias, parece que san Simeon se quedó en Judea, aplicado por el Señor á trabajar en la conversion de los de su misma nacion, de quienes siempre fue muy estimado y muy querido. Estuvo muchos años dentro de la misma Jerusalen en compañía de su primer obispo, y tambien pariente suyo, Santiago el Menor, ayudándole á trabajar en la santificacion de aquella gran ciudad que Jesucristo acababa de regar con su preciosísima sangre.

Fue su mision tanto mas trabajosa, cuanto tenia que lidiar con un pueblo, cuyo corazon y cuyo espíritu humeaba todavía cólera y furor contra Jesucristo, á quien acababa de quitar la vida en un afrentoso madero. Con todo eso, á su apostólico sudor y laboriosas fatigas correspondió una miés muy abundante. Cada dia se aumentaba el número de los fieles, y estas frecuentes conversiones excitaron aquella cruel persecucion que hizo tantos mártires en Jerusalen.

El año 62 del nacimiento del Señor, y el veinte y nueve de su gloriosa resurreccion, quitaron inhumanamente la vida los judíos á Santiago el Menor. Dícese que Simeon se halló presente á su martirio, y que tuvo valor para reprender agriamente á los homicidas, acriminándoles la enormidad de su delito, sin que ellos se atreviesen á vengarse, lo que acreditó el respeto y la veneracion que profesaban á nuestro Santo.

Por razon de la persecucion se pasaron algunos meses despues de la muerte del Apóstol hasta que nombraron quien le sucediese. Sosegada algun tanto la tempestad, luego que se pudo respirar, se juntaron en Jerusalen los Apóstoles, que no estaban muy distantes, los discípulos que vivian el año de 62, y lo restante de los fieles; y todos de unánime consentimiento eligieron á Simeon, como el mas digno y el mas propio para llenar el gran vacío del apóstol Santiago.

La eminente santidad, la gran sabiduría del nuevo Obispo contribuyó mucho, no solo para nutrir, sino para encender admirablemente la piedad y el fervor de aquellos primeros cristianos que por las persecuciones de los judíos cada dia se hacian mas ilustres y mas recomendables en la Iglesia.

Habiéndose amotinado en este tiempo los Judíos contra los romanos, el santo Pastor aconsejó á los Cristianos que se retirasen de Jerusalen, para que no fuesen envueltos en las ruinas de aquella infeliz ciudad. Salieron, pues, los fieles de Jerusalen bajo la conducta

de su santo Obispo, como en otro tiempo habia salido Lot y su familia de Sodoma bajo la conducta del santo Ángel, y se retiraron á un lugar de la otra parte del Jordan, llamado Pella, el año 69; es decir, poco antes que Vespasiano, enviado por Neron contra los rebeldes, entrase en el país.

Despues de la total ruina de Jerusalen, que sucedió el año 70 del Señor, pasaron los fieles segunda vez el Jordan, y se restituyeron, no á la ciudad, que ya no la habia, sino al lugar que antes ocupaba, no habiendo quedado en ella piedra sobre piedra, segun la palabra del mismo Jesucristo. Sobre estas miserables ruinas edificaron otra nueva ciudad menos soberbia en edificios, pero mas rica de virtudes; porque animados con un nuevo fervor por la solicitud, por la piedad, por el celo de su Obispo, presto refloreció la Iglesia mas que nunca en la nueva Jerusalen, compitiéndose las raras virtudes de los que la componian con el resplandor de sus prodigios y con el ruido de sus milagros.

Tuvo siempre gran cuidado Simeon de velar sobre su pequeño rebaño, y sobre todo de conservarle en su primitiva pureza, ya previniéndole contra las herejías que el infierno comenzaba á suscitar, ya distribuyendo continuamente á su pueblo el pan de la divina palabra, y explicándole sin cesar con un celo y con una bondad admirable las grandes verdades de la Religion, como las habia aprendido de boca del mismo Jesucristo.

Esta vigilancia del santo Pastor, este celo infatigable por la gloria de Jesucristo y por la salvacion de sus ovejas, esta constancia, este valor heróico en los mayores peligros le merecieron en fin la corona del martirio.

Habíale conservado la divina Providencia por un espacio de tiempo muy considerable, durante el cual habia gobernado siempre á sus ovejas con mucha prudencia y con grande tranquilidad. Era muy necesario á la Iglesia mientras duraban aquellos tiempos duros y calamitosos, por lo cual permitió ó dispuso soberanamente el Señor, que no se acordasen de él en las diligentes pesquisas que hicieron Vespasiano y Domiciano de todos los descendientes de David para quitarles la vida. Pero habiéndose renovado estas pesquisas por órden del emperador Trajano, fue delatado Simeon, no solo como descendiente de aquella real casa, sino como la columna y el héroe del Cristianismo.

Á los ochenta años de su venerable edad fue presentado ante el gobernador de Siria, llamado Ático, varon consular, que se hallaba

á la sazon en Judea, cuya provincia pertenecia á su gobierno. Movióse este á compasion luego que vió delante de sí á un anciano tan respetable, y procuró persuadirle que renunciase su religion, sacrificando á los dioses del imperio. Pero quedó sumamente sorprendido cuando oyó la generosidad y la fortaleza con que le hizo demostracion nuestro Santo, de que ni habia ni podia haber mas que un solo Dios verdadero; que Jesucristo era este verdadero Dios, y que los que él llamaba dioses habian sido unos insignes facinerosos, afrenta del linaje humano, é indignos de ser contados aun en el número de los hombres.

Vuelto Ático en sí de su primer asombro, advirtiendo la grande impresion que hacian en los circunstantes las palabras del santo viejo, le mandó azotar cruelmente, y por muchos dias le hizo padecer los mas atroces suplicios. Admiró á todos su constancia, sin acertar á comprender de dónde podia venir aquel vigor y aquella fortaleza á un cuerpo debilitado por una edad tan avanzada. Todos gritaban que aquello era milagro; lo que irritó tanto al juez, que le sentenció á que perdiese la vida en una cruz, logrando Simeon el consuelo de verse tratado como su divino Maestro. No pudo contener dentro del pecho la alegría, y murió lleno de gozo, dando mil gracias al Señor por el favor que le hacia de imitar á Jesucristo en el género de muerte que iba á padecer por su amor. Fue su glorioso martirio el año del Señor 107, despues de haber gobernado la iglesia de Jerusalen por espacio de mas de cuarenta años. Algunas iglesias de Occidente, como las de Brindis y Bolonia en Italia, la de Bruselas en los Países Bajos, y la de Torrelaguna en España, se tienen por felices en poseer reliquias de este gran Santo, y las veneran con mucha devocion, y con no menor confianza.

La Misa es del comun de Mártir y Pontífice, y la Oracion es la que se sigue:

Infirmitatem nostram respice, omnipotens Deus: et quia pondus propriæ actionis gravat, beati Simeonis martyris tui atque pontificis intercessio gloriosa nos protegat: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Dignaos, ó Dios mio omnipotente, de atender á nuestra flaqueza, y pues nos oprime el peso de nuestros pecados, libradnos de él por la poderosa intercesion de vuestro bienaventurado mártir y pontífice Simeon. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola es del capítulo 1 *del apóstol Santiago.*

Carissimi: Beatus vir, qui suffert tentationem: quoniam cum probatus

Carísimos: Bienaventurado el varon que sufre la tentacion, porque cuando

fuerit, accipiet coronam vitæ, quam repromisit Deus diligentibus se. Nemo, cum tentatur, dicat, quoniam à Deo tentatur. Deus enim intentator malorum est: ipse autem neminem tentat. Unusquisque vero tentatur à concupiscentia sua abstractus et illectus. Deinde concupiscentia cum conceperit, parit peccatum: peccatum vero cum consummatum fuerit, generat mortem. Nolite itaque errare, fratres mei dilectissimi. Omne datum optimum et omne donum perfectum, desursum est, descendens à Patre luminum, apud quem non est transmutatio, nec vicissitudinis obumbratio. Voluntarie enim genuit nos verbo veritatis, ut simus initium aliquod creaturæ ejus.

fuere por ella probado, recibirá la corona de vida eterna, que Dios tiene prometida á los que le aman. Ninguno diga cuando es tentado, que lo es por Dios. Dios á la verdad, aunque permite los males, á ninguno tienta para el mal. Cada uno ciertamente es tentado por su concupiscencia, que le arrebata y atrae (á lo malo). De aquí es, que cuando la concupiscencia concibe, pare al pecado: y este, siendo consumado, engendra la muerte. Y así no querais errar, hermanos mios dilectísimos. Toda gracia excelente, y todo don perfecto viene de lo alto, y desciende del Padre de las luces, en quien no hay transmutacion, ni sombra de vicisitud. Él es el que voluntariamente nos ha engendrado por la palabra de la verdad, á fin de que seamos como las primicias de sus criaturas.

REFLEXIONES.

Beatus vir, qui suffert tentationem: quoniam cum probatus fuerit, accipiet coronam vitæ. Mucho prueba el mundo á los que le sirven. ¿Cuánto hay que sufrir del capricho y de la tiranía del amo mas duro y mas imperioso de todos los amos? Alteraciones en las prosperidades, inconstancias en la fortuna, desórden en los negocios, envidia, artificios, engaños, pasiones, todo concurre á ejercitar la paciencia de los mundanos. Pero ¿qué fruto, qué felicidad encuentran en este duro ejercicio? No, mi Dios, no sucede lo mismo con las mas rígidas pruebas en que tal vez poneis á vuestros mas fieles siervos; porque fuera de que no pocas veces todo su rigor se queda solamente en la corteza, porque vuestra gracia embota sus puntas y endulza su amargura, ¿dónde hay fruto mas exquisito, dónde hay recompensa mas preciosa ni mas segura que el mismo haber sido fiel en todas estas pruebas? El combate dura por pocos momentos, la tentacion es de breves horas; pero el fruto de la victoria compite con la misma eternidad. Haz cotejo entre el padecer de los unos y el padecer de los otros, y sentencia despues quiénes de ellos son mas dignos de compasion. *Nemo, cum tentatur, dicat, quoniam à Deo tentatur. Deus enim intentator malorum est, ipse autem neminem tentat:* Ni diga alguno cuando se halla tentado, que Dios es el que le tienta;

porque Dios no es capaz de tentar para el mal. El intento de Dios, cuando pone á sus siervos en algun género de pruebas, es purificar su virtud, experimentar su fidelidad, aumentar su recompensa. Siempre debe acompañar al fervor un temor santo, segun el consejo del Apóstol: mucho mas necesario es este santo temor en tiempo de sequedad y en tiempo de prueba; pero al mismo tiempo la confianza en el Señor ha de sostener, ha de aumentar el aliento en medio de las mas fuertes tentaciones. Porque *fiel es Dios, que no permitirá seas tentado mas de lo que pudieren llevar tus fuerzas, y hasta en la misma tentacion te auxiliará con abundantes medios para que puedas vencerla.* Pero cuando nosotros mismos nos exponemos temerariamente á la tentacion, cuando amamos, cuando buscamos el peligro, cuando provocamos al enemigo contra las órdenes del Señor, ¿no nos precipitamos en un conocido riesgo de perdernos? ¿Estarémos bien seguros apoyándonos únicamente en nuestra temeraria confianza? Hasta los mayores Santos no se tenian por seguros en el desierto: los mismos sagrados Apóstoles se juzgaban obligados á juntar una continua oracion con una continua perpétua vigilancia: los héroes de la Religion no hallaban otra seguridad que en la fuga del peligro: ¡y unos hombres, por decirlo así, llagados de piés á cabeza, debilitados, ya medio vencidos á fuerza de tantas recaidas, se meten á sangre fria y con plena deliberacion en las mas peligrosas ocasiones! ¿Ignoramos por ventura que llevamos en nosotros mismos el tentador mas halagüeño, y por lo mismo el mas peligroso? ¡Oh! que no ha de menester mas incentivo el cebo natural de nuestra concupiscencia. Á la verdad, en vano se valdria el demonio de este enemigo doméstico, con el cual está siempre de diligencia para engañarnos, si nosotros no nos pusiéramos tambien de su parte para nuestra ruina: ni uno ni otro nos haria daño si no quisiéramos nosotros: su victoria depende de nuestro consentimiento, y este consentimiento en nuestra mano está negarle ó concederle. No hay que ponderar inútilmente nuestra propension á lo malo, nuestra natural flaqueza: la gracia del Redentor, que nunca nos falta, siempre nos da bastantes fuerzas para vencer. En esta guerra ninguno es vencido sino por culpa suya. Quien se mete voluntariamente en el peligro ¿será maravilla que quede vencido? ¿Y no seria milagro que no lo quedase? ¡Qué error! ¡qué locura! no ver, no conocer que toda nuestra virtud, toda nuestra fuerza, todo nuestro aliento, y todo otro cualquiera don viene únicamente de nuestro Salvador, de nuestro amoroso Padre. Pero ¡qué consuelo! ¡qué perenne, qué inago-

table manantial de confianza saber que este dulce Salvador, que este buen Padre no está sujeto á mudanza, que su ternura no padece menguantes, que su amor está exento de vicisitudes! *Apud quem non est transmutatio, nec vicissitudinis obumbratio.* Jesucristo ayer y hoy siempre benéfico, siempre lleno de misericordia. Y si Dios tiene tanta bondad para conmigo, dice san Bernardo, al mismo tiempo que huyo de él, al mismo tiempo que le ofendo, ¿qué hará cuando le busco, cuando hago todo lo que puedo por agradarle, cuando le sirvo con fidelidad?

El Evangelio es del capítulo XIV *de san Lucas.*

In illo tempore dixit Jesus turbis: Si quis venit ad me, et non odit patrem suum, et matrem, et uxorem, et filios, et fratres, et sorores, adhuc autem et animam suam, non potest meus esse discipulus. Et qui non bajulat crucem suam, et venit post me, non potest meus esse discipulus. Quis enim ex vobis volens turrim ædificare, non prius sedens computat sumptus qui necessarii sunt, si habeat ad perficiendum: ne postea quam posuerit fundamentum, et non potuerit perficere, omnes qui vident, incipiant illudere ei, dicentes: Quia hic homo cœpit ædificare, et non potuit consummare? Aut quis rex iturus committere bellum adversus alium regem, non sedens prius cogitat, si possit cum decem millibus occurrere ei, qui cum viginti millibus venit ad se? Alioquin, adhuc illo longe agente, legationem mittens rogat ea, quæ pacis sunt. Sic ergo omnis ex vobis, qui non renuntiat omnibus quæ possidet, non potest meus esse discipulus.

En aquel tiempo dijo Jesús á las turbas: Si alguno viene á mí, y no aborrece á su padre, madre, mujer, hijos, hermanos y hermanas, y aun su propia vida (esto es, segun los afectos carnales) no puede ser mi discípulo; ni tampoco el que no toma su cruz y me sigue. Quien, pues, de vosotros, queriendo edificar una torre, no piensa primero con sosiego los gastos que son necesarios, para ver si tiene con que acabarla, no sea que despues de haber puesto los cimientos y no pudiendo concluirla, todos los que vieren (el edificio imperfecto) principien á burlarse de él, diciendo: ¿Este hombre comenzó á construir y no ha podido acabar? ¿O qué rey habiendo de hacer la guerra á otro rey no consulta antes de espacio si podrá oponerse con diez mil hombres al enemigo que viene con veinte mil? Porque en otros términos, se verá en la precision, aun estando distante aquel, de enviarle embajadores pidiéndole la paz. A este modo, pues, cualesquiera de vosotros, que no renuncia cuanto posee, no puede ser mi discípulo.

MEDITACION.

Del fin del hombre.

PUNTO PRIMERO.—Considera que no estamos en el mundo por casualidad: algun fin se propuso Dios cuando nos crió, y este fin

no fue otro que para conocerle, para amarle y para servirle. Glorificamos á Dios conociéndole y amándole; damos testimonio de nuestro amor sirviéndole, y le servimos guardando sus mandamientos. Bien pudo Dios no criarnos, pero no pudo criarnos para otro mayor fin.

El desórden de las costumbres puede hacernos olvidar nuestro deber, pero nunca podrá mudar nuestro último fin. Por muy desarreglados que seamos, siempre será verdad que no estamos en el mundo para amontonar riquezas, para adquirir honras, para gozar de los placeres, para hacer una gran fortuna: solo estamos en él para servir á Dios, para amarle y para glorificarle con nuestro amor.

Los reyes y los vasallos, los ricos y los pobres, los mozos y los viejos no están en este mundo para otro fin. Que los hombres sean de diferente condicion; que haya subordinacion entre ellos; que unos nazcan para mandar, y otros para servir; todos nacieron para un propio fin: todos convienen en este punto capital, es á saber, que todos fueron criados para conocer á Dios, para amarle y para servirle.

Que se pase la vida sin considerar para qué fin se ha vivido en este mundo; que se muera uno sin haber pensado jamás en eso, siempre subsiste esta verdad en todos sus principios y en todas sus consecuencias. Siempre es verdad que aquel libertino, aquel disoluto que vive como si no estuviera en el mundo mas que para dar todo gusto á su apetito; aquella persona mundana, aquel impío, á quien apenas se le reconoce religion alguna; aquel hombre del siglo, empleado únicamente en hacer su fortuna; siempre es invariablemente verdad que todos estos no están en la tierra sino para amar á Dios, para servirle y para agradarle. No fue mas criado el fuego para calentar, ni el sol para alumbrar, que lo fue el hombre para servir á Dios y para glorificarle. ¡Qué de reflexiones nacen de esta verdad! Pero ¡qué de remordimientos, qué de justos sobresaltos nacen de estas reflexiones!

Mas esta verdad fundamental de nuestra Religion, esta basa, sobre la cual se levanta toda ella, ¿subsiste del mismo modo en tiempo de Carnaval que en cualquier otro tiempo del año? ¿Será posible que en estos dias de alegría y de libertad, en esta risueña estacion de unas diversiones tan poco cristianas, no hay cristiano alguno que no esté severamente obligado á amar á Dios, á servir á Dios, á glorificar á Dios, ni mas ni menos que en tiempo de penitencia? Pero si esto es asi, ¿qué será de aquellos cristianos que declaman tan furiosamente contra esta evangélica doctrina? ¿Viven estos segun

el fin para el cual están en este mundo? ¿Y cuál será el término de una carrera que se desvia tanto de nuestro último fin?

Punto segundo.—Considera que no hay verdad en el Cristianismo que mas presto se aprenda; pero tampoco la hay en que menos se piense, ni que haga menos impresion aun cuando se piensa en ella. Puede ser que acaso no hayamos jamás penetrado bien su sentido, ni mucho menos sus consecuencias. Porque si es verdad que no estoy en este mundo sino para servir á Dios, no debiera haber ni una accion en mi vida que no se refiriese á Dios; y acaso no se encontrará en toda ella una sola hecha únicamente por Dios.

Al consultar precisamente nuestras costumbres, nuestras máximas, nuestra conducta, ¿se diria que era Dios nuestro último fin? Cada cual tiene sus fines; así es, pero si Dios no es este fin, ¿cuál será nuestro término? Cada uno mira á sus fines; pero ¿á qué fines? Á tal conveniencia, á tal empleo, á tal ganancia, á tal diversion, y muchas veces á tal pecado. Al objeto de mi concupiscencia, de mi ambicion, de mi pasion dominante. Ves ahí el que por lo comun suele ser el fin de aquellas negociaciones, de aquellos desvelos, de tantos pasos, de aquella vida penosa, laboriosa, inquieta, tumultuante, de tantas personas. Y en esos trabajos, en esa aplicacion, en ese estudio ingrato y lleno de afan, ¿se mira muchas veces al Señor? ¿Se consulta su divina ley? ¿Se toman medidas justas para no desviarse del fin último? Ciertamente en la mayor parte de las empresas de los grandes negocios del mundo á Dios se le cuenta por nada, no se hace caso alguno de su Majestad.

¿Búscase por ventura á Dios en esas profanas diversiones, en ese juego continuo, en esas juntas, en esas concurrencias, donde la vanidad echa el resto de toda su pomposa ostentacion? ¿Búscase á Dios en esos proyectos ambiciosos, en esos soberbios equipajes, en esos espléndidos convites? ¿Búscase á Dios en esas devociones de ruido, de aparato, y tal vez mas de capricho que de verdadera devocion? Cuando la vanidad, cuando el amor propio se aplica á sí mismo, por decirlo así, todo lo que les tiene cuenta en sus operaciones, ¿encontrará Dios indemnes sus derechos en lo demás que resta de ellas?

¿Es posible que llegue á tanto punto nuestro atolondramiento que estemos viendo á sangre fria nuestros descaminos, y que nos estemos complaciendo en ellos? No estoy en este mundo sino para conocer, amar y servir á Dios. Pero ¿conozco bien á ese gran Dios,

cuya santa ley estoy violando, y cuyas sagradas máximas tanto tiempo há que desprecio? ¿Amo á ese gran Dios, á quien estoy ofendiendo sin reparo, á quien estoy desagradando sin remordimiento, y á quien mi mala conducta está continuamente deshonrando? ¿Sirvo á ese gran Dios, cuando no reconozco otro amo ni otro dueño que al mundo y á sus pasiones?

Hombres ingratos, exclama el Profeta, *¿no sois harto felices en que os haya tocado la suerte de servir á Dios, y de tenerle por vuestro último fin? Pues ¿por qué os quereis repartir entre Dios y el mundo?* Concluid de este discurso: ¿y cuál será el efecto de las terribles acusaciones que me está haciendo mi conciencia?

¡Qué, mi Dios! no estoy en este mundo mas que para amaros y para serviros: ¿y he pasado, he perdido la mas bella parte de mi vida sin que acaso os haya amado, ni os haya servido ocho dias, ni un solo dia en toda ella?

Pero al hacer esta reflexion no tengo aliento para hablar palabra: callo, Dios mio, callo cubierto de confusion, y apelo únicamente á las voces de mi corazon. He vivido, he envejecido perpétuamente descaminado; pero Vos, Señor, que os dignásteis ir en busca de la oveja perdida y descarriada, no desecharéis á la que por vuestra gracia viene á gemir á vuestros piés, y protesta que ya no quiere servir á otro sino á Vos.

Jaculatorias. — Dadme, Señor, á conocer mi último fin, para que en adelante trabaje por él, mejor que lo he hecho hasta aquí. (*Psalm.* xxxviii).

Vuestro soy, Dios mio, por tantos títulos y motivos: y no quiero vivir para otro que para Vos. (*Psalm.* cxviii).

PROPÓSITOS.

1 El fruto del árbol pertenece á su dueño. Nosotros somos de Dios por muchos títulos; con que ninguna accion nuestra debe dejar de ser suya. Todas las que se hacen con otro fin son sin mérito: pues ¿cuántas acciones debo contar por perdidas para la eternidad? Interésanos mucho el evitar esta pérdida. No hagas cosa que no sea con intencion de agradar á Dios: busca en todo su mayor gloria, y encontrarás la tuya sin buscarla, porque nuestros intereses son inseparables de los suyos. Mas por cuanto en esta concurrencia de motivos es muy fácil engañarnos, pues no pocas veces nos buscamos á nosotros mismos, cuando vanamente nos lisonjeamos de buscar única-

mente la mayor gloria de Dios; fuera de las advertencias que se hicieron sobre este punto el dia precedente, convendrá mucho tener presentes las reglas que se siguen:

2 La caridad, dice el Apóstol, es paciente; está llena de bondad, y no es celosa. Todo celo inquieto, agrio y amargo; todo celo acompañado de una secreta envidia es falso, ó á lo menos muy sospechoso. El carácter del verdadero celo, es decir, del que tiene á Dios por primer móvil, es curar las llagas con aceite y con vino, como aquel caritativo samaritano; es corregir las faltas con suavidad, esperando el efecto de los remedios con paciencia; es alegrarse verdaderamente del fruto y del aplauso que logran los trabajos de los otros: esa maligna tristeza que se siente cuando se ve que otros trabajan con mas aplauso y con mas fruto que nosotros es señal clara de que en nuestras buenas obras buscamos alguna otra cosa que no es Dios. Si tienes una emulacion amarga y un genio contencioso, dice el apóstol Santiago (*c.* III), no creas que estás muy adelantado; porque ese género de prudencia no viene de lo alto: es una prudencia terrestre, animal y diabólica. Donde hay emulacion, donde hay envidia, hay desórden, y todas las acciones perversas. ¿Tienes hijos que corregir, súbditos ó criados que reprender? Pues guárdate bien de hacerlo con altivez, con arrebatamiento, con cólera ni con acrimonia: la caridad es dulce, y jamás se encoleriza. Tambien es señal de que el fin es derecho, y la intencion recta, cuando se trabaja sin inquietud, sin turbacion, sin atropellamiento: cuando con igual aplicacion, con igual celo se trabaja en secreto, como en público, en la ocupacion humilde, como en la lustrosa, en una triste aldea, como en las mayores ciudades, en favor de los pobres, como en el de los ricos, á los ojos del mundo, como sin testigos: si se trabaja como si no hubiera en el mundo mas que Dios y el que trabaja; y si se complace uno en que los demás trabajen aun mucho mas que él: si no nos inquietamos cuando nos interrumpen el trabajo; y si se procuran desempeñar las menores obligaciones con tanto cuidado y con tanto ardor como las mayores. Sobre todo, aquellas personas religiosas que desprecian la observancia de las reglas menudas, con pretexto de que son menudencias, estén ciertas que no buscan puramente á Dios en el cumplimiento de las de mayor importancia. Cuando solo se desea dar gusto al amo á quien se sirve, se hace igualmente bien todo lo que quiere.

DIA XIX.

MARTIROLOGIO.

El tránsito de san Gabino, presbítero y mártir, hermano de san Cayo, papa, en Roma, el cual despues de haber sido atormentado mucho tiempo en la cárcel, por órden de Diocleciano, con una preciosa muerte adquirió los eternos gozos del paraiso. *(Véase su vida en las de este dia).*

Los santos mártires Publio, Juliano, Marcelo y otros, en África.

La conmemoracion de los santos monjes y otros mártires, en Palestina, los cuales defendiendo la fe católica fueron cruelmente muertos por los sarracenos, siendo su caudillo Alemundaro.

San Zamdas, obispo, en Jerusalen.

San Auxibio, obispo, en la ciudad de Soles.

San Barbato, obispo, en Benevento, célebre en santidad, el cual convirtió á la fe católica á los longobardos con su capitan.

San Mansuerto, obispo y confesor, en Milan.

SAN BEATO, PRESBÍTERO.

Dios, que elige las cosas necias y humildes al parecer del mundo para confundir á los sábios y soberbios de él, eligió á san Beato, humilde presbítero, bien que insigne en doctrina y en santidad, para abatir el orgullo de Elipando, arzobispo de Toledo, protector del error que perturbó en su tiempo la tranquilidad de la Iglesia de España. Habia tenido este Prelado por maestro en su juventud á Félix, natural de Francia, hombre de un ingenio perspicaz y de una vasta erudicion; pero dejándose llevar despues que ascendió á la dignidad de obispo de Urgel del fanatismo, que por lo comun preocupa el entendimiento de los herejes, tuvo la fragilidad de sostener con un empeño indiscreto, y con un teson irregular, que Jesucristo era hijo adoptivo del eterno Padre, contra lo que expresamente enseñan las sagradas Escrituras. Persuadió este error á su discípulo Elipando; y como se hallaba colocado en la cátedra principal de España, abusando de su autoridad, procedió por escrito primeramente, y despues con anatemas contra todos los obispos y presbíteros de la nacion que impugnaban su pestífera doctrina.

Afeada la hermosura de la Iglesia de España por el prelado mas principal y poderoso de ella, así como en otro tiempo previno Dios á un David contra el soberbio Goliat, sacó de las selvas á san Beato para que pelease gloriosamente contra el jactancioso arzobispo que,

lleno de una vana presuncion, quiso avasallar á los defensores de la fe ortodoxa. Nació este héroe en las ásperas montañas de Liébana de las nobles familias de los mas antiguos asturianos; educóse en la religion cristiana, y aplicado á los estudios, hizo en las ciencias grandes progresos, y con especialidad en las santas Escrituras, de las que adquirió una perfecta inteligencia. Eligió el estado eclesiástico con el laudable objeto de dedicarse enteramente al servicio del Señor, habiendo ascendido por sus relevantes méritos á la dignidad del sacerdocio. Luego que recibió el sagrado carácter, solo pensó en hacer una vida mas perfecta; y no teniendo ocioso el ministerio, trabajó infatigablemente por conservar el sagrado depósito de la fe en la misma pureza que la habian predicado los Apóstoles. Oyó la errónea doctrina que queria introducir en España el arzobispo de Toledo, y revestido de aquel santo celo y de aquel valor que constituye el carácter de los varones apostólicos, comenzó á predicar el dogma católico por toda aquella region, declamando con el mayor ardor contra la herética novedad.

Conservaba Beato una íntima amistad con san Eterio, obispo á la sazon de Osma, fundado este estrecho vínculo en la unidad de religion, en la conformidad de costumbres, y en la uniformidad de sentimientos; y reuniéndose ambos héroes en la gloriosa empresa de proceder acordes por palabras y por escritos contra Elipando y contra Félix, protectores del error, predicaron y enseñaron por todos los pueblos la doctrina católica con tanto celo y con tanta actividad, que á sus eficacísimas diligencias se debió el que regresasen muchos al gremio de la Iglesia, arrepentidos de haberse dejado seducir de maestros de perdicion.

Sintió Elipando en el alma la oposicion de los dos ilustres héroes, por lo que lleno de soberbia y de elacion, se quejó agriamente de ellos como despreciadores de su alto carácter y de su suprema autoridad en una carta que escribió á cierto abad de Asturias llamado Félix, á quien dió comision para que les notificase su determinacion. Decia en la carta el vano Arzobispo, hablando de Beato: ¿Quién oyó jamás que un hombre asturiano vagante por esas montañas se atreva á corregir y á enseñar á los toledanos? Bien podia tomar ejemplo del obispo Atearico, que habiendo oido las expresiones de los impugnadores de opinion, recurrió á nuestra cátedra, rogándonos con humildad que le manifestásemos qué era lo que debia creer; pero confiamos en Dios que hemos de extirpar de esas montañas la herejía beaticana, sostenida tambien por Eterio, que como

jóven se dejó engañar de Beato, hombre silvestre y hablador; y así (prevenia al Abad) amonéstales que desistan de su terquedad, pues de lo contrario les heriremos con la formidable espada del anatema.

Notificó Félix la carta del orgulloso Elipando á Beato y á Eterio, creyendo que respetarian la autoridad de un arzobispo como el de Toledo; pero estuvieron tan léjos de acobardarse con las amenazas de aquel soberbio Goliat, que, animados de un nuevo celo, le respondieron de comun acuerdo con una especie de símbolo arreglado á las santas Escrituras, á las definiciones de los Concilios, y á los sentimientos de los santos Padres. Y no satisfechos con este documento digno de eterna memoria, escribieron ambos una apología en defensa del dogma católico, que era el asunto de la controversia; y esparciéndole por toda la nacion, desengañaron á muchos que, preocupados con los paralogismos de los herejes, habian seguido el partido de la novedad.

Quisieron sin embargo sostener con pertinacia Félix y Elipando su perversa doctrina; pero declamando incesantemente contra ellos los dos ilustres defensores de la doctrina ortodoxa, fueron condenados aquellos poderosos jefes en el concilio que se celebró en Francfort de órden del emperador Carlomagno, al que asistieron como legados de la Santa Sede Teofilacto y Estéban, y como nuncios de la Iglesia de España Eterio y Beato. Manifestaron estos á los Padres de aquella eclesiástica asamblea los vicios y las enmiendas que Elipando y Félix habian introducido en los códigos eclesiásticos y en los escritos de los santos Padres españoles para sostener su error, acreditando por los originales que exhibieron que jamás hubo en héroes de tan conocida santidad y de tan eminente sabiduría la mas mínima expresion que favoreciese á la execrable novedad; y no satisfechos con esta manifestacion, contribuyeron á que se les impusiese por el Concilio el merecido anatema en justo castigo de su obstinada pertinacia: cuya pena aprobó el papa Adriano con todas las actas de aquel célebre sínodo, mandando que se admitiesen en todas las iglesias.

Supo Elipando cuanto se determinó en Francfort, y queriendo dar á todo el orbe cristiano un testimonio público de su reconocimiento, habiendo convocado un concilio en Toledo, ofreció á los Padres una confesion de fe católica, en la que protestaba creer que Jesucristo era hijo natural del Padre, y no adoptivo, como sostuvo hasta entonces lleno de preocupacion, corroborando el artículo con las ex-

presiones del símbolo de san Atanasio; en virtud de lo cual, y de la sinceridad de su arrepentimiento, fue reconciliado con la Iglesia. De este hecho resultó el que conociendo el mismo Arzobispo que Beato y Eterio habian sido los mas acérrimos defensores de la doctrina católica, les pidió humildemente perdon, y contrajo con ellos una estrechísima amistad, que conservaron hasta la muerte.

Serenadas las disensiones cismáticas que perturbaron la paz de la Iglesia de España, se aplicaron los dos ilustres héroes de la Religion á extinguir del todo algunas dispersas y mal apagadas chispas que habian quedado en la nacion, no obstante la solemne abjuracion del principal jefe de la herética novedad. Hiciéronlo con tanta vigilancia y con tanta actividad, que á expensas de su infatigable celo y de sus sábias é ingeniosas exhortaciones consiguieron desarraigar del todo el contagio del nocivo veneno. Lograda esta apetecida felicidad se retiró Beato á Baldecaba ó Balcabado, lugar sito á la raya de las montañas de Liébana, en el obispado de Leon, cerca de un pueblo llamado Saldaña, donde soltando las riendas á su fervor se ocupó en fervorosas oraciones, en rigurosos ayunos y en asombrosas penitencias; pero sin perder jamás de vista el estudio de las santas Escrituras, que fue siempre el objeto de todas sus atenciones, cuya meditacion le hizo escribir un libro sobre los misterios del Apocalipsis con admirable órden, obra verdaderamente digna del mayor aprecio. Siguió algunos años con este tenor de vida mas angélica que humana, hasta que queriendo el Señor premiar sus grandes merecimientos, le llevó para sí en el dia 19 de febrero á fines del siglo VIII. Su cuerpo fue sepultado en Baldecaba, y dignándose Dios hacer célebre el sepulcro de su fidelísimo siervo con portentosos milagros, fue elevado despues de tres años del primer depósito á un magnífico sepulcro de mármol donde se conserva en grande veneracion en la iglesia de su nombre; excepto un brazo que, engastado preciosamente, se guarda separado para darle á adorar á los enfermos que concurren á implorar el patrocinio del Santo, venerado por los naturales con el nombre de san Vieco.

SAN ÁLVARO DE CÓRDOBA, CONFESOR.

Uno de los varones ilustres que florecieron en España en el siglo XIV fue san Álvaro, decoroso ornamento del Órden dominicano, tan célebre por su santa vida como por sus hechos portentosos. Nació este héroe, verdaderamente digno de los mas altos elogios, en la

ciudad de Córdoba, de la excelentísima casa de los duques de este título, tan distinguida por su calificada nobleza como por los méritos personales de sus descendientes. Fueron sus padres D. Martin Lopez de Córdoba, primer maestre del Órden de Alcántara, y D.ª Sancha Alonso Carrillo, á quien dan algunos el apellido de Valenzuela, los cuales pusieron al niño en la pila bautismal el nombre de Álvaro; si no en memoria de alguno de sus ascendientes, acaso con respeto á otro Álvaro, íntimo amigo y condiscípulo de san Eulogio, cuya veneracion movió á muchas personas de España á tomar su nombre. Criaron á nuestro Santo sus nobilísimos padres con aquel cuidado que les inspiró su amor y su piedad; pero como en él notaron desde luego aquellas disposiciones de naturaleza y gracia que no solo allanaron, sino que facilitaron el camino de la virtud, costóles poco trabajo conseguir el efecto de su educacion. Habíale dotado Dios de un corazon dócil, noble y generoso, de una inclinacion como natural al retiro, de unos modales gratos, apacibles y cultos, y reuniendo á todas estas gracias un horror sumo al pecado, no tuvo de niño otra cosa que la inocencia, ni en él se notaron aquellos pueriles entretenimientos que son regulares en la tierna edad, pues todo su gusto y toda su complacencia la tenia en frecuentar los templos y casas de religion, y en asistir con una devocion extraordinaria á los divinos oficios.

Admirados sus padres de las excelentes inclinaciones de Álvaro, no omitieron medio alguno de cuantos pudieran contribuir á perfeccionar sus nobilísimas ideas. Buscáronle los mas sábios y religiosos maestros para que le enseñasen las letras y las virtudes; y como se hallaba dotado de unos talentos extraordinarios, y de una piedad singularísima, hizo en muy breve tiempo grandes progresos así en aquellas como en la ciencia de los Santos. Al amor que el ilustre jóven profesaba á la virtud se siguió naturalmente el tédio de las cosas del mundo: hicieron poca impresion en el corazon de Álvaro las esperanzas de los mas altos empleos con que le tentó la fortuna, lisonjeándole con que eran debidos á su distinguido nacimiento; pues el deseo de trabajar únicamente en el negocio importante de su eterna salvacion tuvo para él mas atractivo que todos los bienes terrenos.

Como Álvaro juntaba con la pureza de sus costumbres una grande solidez de entendimiento, descubrió sin dificultad los lazos que el mundo pudiera armarle para que siguiese sus vanidades: observó las licenciosidades de los jóvenes de su calidad y de su tiempo; y cono-

ciendo por ellas los peligros á que está expuesta la salvacion en el siglo, resolvió buscar asilo á su inocencia en el retiro de algun claustro religioso. Puso los ojos en el convento de San Pablo de Córdoba, del Órden dominicano, floreciente por entonces en el primitivo fervor con que fundó el instituto su querúbico Patriarca; pidió el santo hábito con humildes ruegos, y como constaban á toda la comunidad las excelentes virtudes del ilustre jóven, fue admitido con universal gozo de todos los religiosos, persuadidos que con el tiempo daria á la Religion mucho honor y mucho lustre un sujeto que, si bien distinguido por su nacimiento, lo era mucho mas por sus personales prendas. Ningun novicio entró en la Religion con vocacion mas verdadera, ni ninguno le excedió en la exactitud de la observancia regular. En efecto, su profunda humildad, su pureza angélica, su ciega obediencia, su silencio, su modestia, su puntual asistencia á los oficios divinos, y sobre todo las extraordinarias mortificaciones con que castigaba su inocente cuerpo, eran miradas como prodigios de la gracia por los mas ancianos religiosos, á quienes servia de ejemplo y de admiracion su devocion y su fervor. Hizo su solemne profesion, manifestando con las mas claras y mas expresivas voces el eficacísimo deseo que ardia en su corazon de satisfacer los votos esenciales que prometia al Señor en aquel acto, los que cumplió sin el menor defecto en el discurso de su religiosa carrera.

No se contentaba el siervo de Dios con los oficios y con los santos ejercicios de la comunidad, añadió otros muchos de devocion con el deseo de santificarse mas y mas cada dia. Concluidos los Maitines pasaba el resto de la noche en fervorosa oracion, en visitar los altares del templo y en satisfacer sus amorosos afectos para con la santísima Virgen ante una efigie de la Señora que con el título de las Angustias se venera en la capilla del Consuelo, cuyo doloroso espectáculo le servia del mas expresivo objeto para fomentar en su corazon las impresiones mas vivas de los misterios de la pasion y muerte de nuestro Redentor, que era la materia mas frecuente de sus piadosas meditaciones; hermoseando su alma con la série alternativa de estos santos ejercicios, al paso que ilustraba su entendimiento con el estudio de las facultades de la filosofía, de la teología y de las sagradas Letras, dejándose ver á un mismo tiempo docto y santo, sábio y perfecto.

Mandáronle los superiores que recibiese el órden sacerdotal, y aunque toda su vida fue una continua preparacion para el ministerio, con todo quiso disponerse con un nuevo fervor, conociendo la

alta dignidad á que se eleva el hombre por el sagrado carácter. La conducta ejemplar que observó en este tiempo facilitó la gracia con que el Espíritu Santo concluyó en él la imágen del hombre perfecto, llenándole de sus dones por la imposicion de las manos del obispo que le confirió los órdenes, cuya plenitud acreditó en todas las ocasiones que celebraba el santo sacrificio, manifestándose en el altar como un abrasado serafin en el amor para con la víctima inmaculada que ofrecia al eterno Padre.

Quisieron los religiosos aprovecharse de los extraordinarios talentos del Santo, y le destinaron á que leyese artes y teología en el convento de San Pablo de Córdoba. Hízolo Álvaro con tanto acierto en ambas facultades, que le obligaron á que enseñase en público la sagrada Escritura, de la que tenia una superior inteligencia. Sabia muy bien el Santo cuán importante era esta ciencia para desempeñar el objeto principal del instituto de los religiosos Predicadores, y por lo mismo se esmeró en semejante enseñanza; teniendo el consuelo de que saliesen de su escuela muchos célebres discípulos que hicieron grande fruto en la Iglesia, al paso que dieron mucho honor á su maestro.

No llenaban el corazon de Álvaro tan laudables tareas, puesto que el principal objeto de todas sus atenciones era la conversion de las almas. Con esta mira se dedicó al ministerio apostólico de la predicacion en unos tiempos que era necesario nada menos, para predicar con fruto, que unos hombres de los talentos, de la virtud y de la reputacion que el Santo. Hallábase Europa, y por consiguiente España, hecha un lastimoso teatro donde se dejaban ver estragadas las costumbres, introducidos los vicios, y aun aplaudidos los errores, efectos todos del dilatado cisma de los tres antipapas, que con los nombres de Benedicto XIII, Gregorio XII y Juan XXIII, pretendian la cátedra apostólica, tres mónstruos que perturbaron la tranquilidad de la Iglesia, sin otros muchos que nacieron de sus respectivas parcialidades: á esto se agregaban en España las sangrientas guerras que ocurrieron en ella, resonando por todas partes el estruendo de las armas, sin que la autoridad del legado apostólico Guidon, destinado por el Papa para establecer la paz entre las coronas de Castilla, de Aragon y de Portugal, hubiese podido ajustar cosa alguna, aun habiéndose valido de la asistencia de Fr. Lorenzo Ripauda, religioso respetable del Órden de santo Domingo, hombre de singular instruccion y de un manejo extraordinario en las materias del Estado.

En esta lamentable época quiso Dios que se presentasen en público san Álvaro de Córdoba y san Vicente Ferrer, hijos del patriarca santo Domingo, para el remedio de tanto daño, dejándose ver ambos en el candelero de la Iglesia como dos antorchas luminosas capaces de desterrar las tinieblas de la ignorancia y de las preocupaciones. Dedicáronse á un mismo tiempo al ministerio apostólico de la predicacion con el noble objeto de combatir desde el baluarte de la cátedra del Espíritu Santo un desórden tan general que amenazaba la destruccion de cási toda la Europa, siendo el asunto mas frecuente de sus sermones la terribilidad del juicio particular y del universal para despertar á los hombres del profundo letargo en que se hallaban dormidos.

Como á los extraordinarios talentos y á la gran sabiduría de Álvaro se agregaba el concepto general que todos tenian de su eminente virtud, luego que se presentába en el púlpito, y que comenzaba á comunicar á los concursos el ardiente fuego de amor divino que ardia en su pecho, se sentian los oyentes movidos á compuncion, y acompañada siempre la divina gracia de su apostólico celo, lograba en cada uno de sus sermones admirables conversiones de pecadores arrepentidos, sin que hubiese alguno tan obstinado que pudiese resistirse á su triunfante elocuencia. Córdoba y los pueblos de su comarca fueron el primer teatro donde sembró Álvaro la semilla de la palabra de Dios, á quien rindió los frutos abundantísimos que podian esperarse de la actividad de semejante operario; pero como su celo infatigable no podia limitarse á los cortos espacios de aquel territorio, extendió sus conquistas á las provincias de Andalucía, de Castilla, de Toledo, de Extremadura, de Portugal, y aun de Italia; haciendo todas estas penosas expediciones á pié descalzo, sin otra prevencion que la de su báculo, su Breviario y su Biblia, contribuyendo no poco al logro de la copiosa cosecha que en todas partes hizo para el divino Labrador, su modestia, su humildad, su mansedumbre y su desinterés verdaderamente apostólico.

Estando Álvaro en Italia ocupado en las funciones de su mision, quiso visitar personalmente los Santos Lugares de Jerusalen, donde se obraron los misterios de nuestra reparacion; emprendió la peregrinacion de la Tierra Santa, la que hizo con mucha pobreza y con grandes trabajos, predicando penitencia con su porte y con su humilde traje. Empleó mas de un año en la veneracion de aquellos adorables monumentos regados con la sangre de Jesucristo; y habiendo quedado mas vivamente impresa en su corazon la memoria

de la dolorosa pasion y muerte del Señor con la vista de aquellos Santos Lugares, que se conservaban entre los infieles por una particularísima providencia, lleno todo en amorosos afectos para con el Redentor del mundo, volvió á Italia á continuar su apostólico ministerio. Tres años gastó fuera de España en tan laudables expediciones, y volviendo á la nacion sin cesar de predicar en todos los pueblos por donde hizo tránsito, llegó al principado de Cataluña con el mismo designio, donde hasta hoy se conserva la memoria de la predicacion y de la santidad de Álvaro.

No es fácil explicar los trabajos y las penalidades que padeció el Santo en semejantes expediciones; pero lo mas de maravillar fue, que ni en sus dilatados viajes, ni en sus mayores fatigas, ni en sus continuas misiones jamás se dispensó un punto de la observancia religiosa: ni aun las enfermedades fueron bastantes para que mitigase el rigor de sus ayunos y de sus asombrosas penitencias.

Ya establecido en España, se hallaba en Valladolid la reina doña Catalina, mujer de Enrique III, fatigada de tan gravísimos negocios, que cada uno era bastante para rendir el ánimo menos generoso que el de esta Soberana. Deseaba tener cerca de su persona un sujeto de conocida virtud, de consumada prudencia, y de gran sabiduría para que la dirigiese. No ignoraba que todas estas prendas concurrian en Álvaro; y aunque le constaba que su corazon se hallaba muy distante de apetecer honoríficos empleos, como lo tenia acreditado la experiencia en las generosas renuncias de las mayores dignidades eclesiásticas á que quiso promoverle, con todo le ordenó que pasase á Valladolid para encargarse de la direccion de su conciencia. Excusóse el siervo de Dios representando á la Reina su insuficiencia y la falta de instruccion para desempeñar tan arduo empleo; pero creciendo en D.ª Catalina los deseos, al paso de la humilde resistencia de Álvaro, le mandó con firme resolucion que aceptase el encargo.

El estado en que se hallaban las cosas de Castilla cuando se le obligó al Santo á que admitiese el confesonario era el mas crítico y mas delicado; á la soledad de la Reina viuda se agregaban las solicitudes de algunos grandes, y con especialidad del condestable Ruy Lopez de Ábalos, sobre querer dar el reino de Castilla al infante don Fernando, hermano del rey difunto, quitándolo injustamente á su hijo D. Juan II, legítimo sucesor á la corona: añadiase á esto las dificultades que habia que vencer para que criase D.ª Catalina al Príncipe, pues en virtud de lo dispuesto en el testamento de su pa-

dre tenian ó pretendian tener derecho á esta educacion D. Diego Lopez de Zúñiga, justicia mayor de Castilla, y D. Juan de Velasco; á lo que se aumentaba la division de gobiernos en las provincias, fiadas unas al de la Reina, y otras al del infante D. Fernando, mientras durase la menor edad de D. Juan, con total independencia el uno del otro, en fuerza de la última voluntad del difunto, que no quiso que se gobernasen á una vez por ambos tutores. Á estos gravísimos cuidados que tenian á la Reina en un continuo sobresalto se agregaban otros de mayor momento, nacido el uno de las turbaciones que se suscitaron en Aragon sobre la sucesion á aquella corona, y el otro del dilatado cisma que tenia á la Iglesia en una continua inquietud. Fácil es de creer la impresion que haria en el corazon de Álvaro la idea que ofrece el plan de este lastimoso estado; pero como no confiaba en sus propias fuerzas, sino en Dios, cuya asistencia imploraba de continuo con fervorosas oraciones, con rigorosos ayunos y con asombrosas penitencias; portándose como diestro piloto en el océano de tantos escollos, supo con su gran sabiduría, con su consumada prudencia y con su eminente virtud providenciar los medios mas oportunos que exigian tan críticas circunstancias, logrando, á expensas de su infatigable actividad, el sosiego de la Reina y la tranquilidad de tan fatales perturbaciones; para lo cual llamó en su ayuda á san Vicente Ferrer, quien contribuyó con no menor celo al fin deseado, oyéndose el dictámen decisivo de ambos, como de dos oráculos del cielo.

Murió la reina D.ª Catalina, á quien asistió san Álvaro hasta los últimos alientos; y como habia impreso el Santo en el tierno corazon de su hijo D. Juan II desde sus primeros años todas las ideas de justificacion que son capaces de formar á un príncipe cristiano, quiso este que se encargase de la direccion de su conciencia, bien entendido de los efectos que produjo en su madre todo el tiempo que la confesó. Molestaban mucho al siervo de Dios las inquietudes que sobrevinieron en el reinado de D. Juan; y como todas sus ansias eran por el retiro de la corte para disfrutar los dulces consuelos que el Señor comunica á sus siervos en la soledad, conociendo la repugnancia del Rey en concederle este permiso, se valió del prudente arbitrio de ir disponiendo su real ánimo para el logro de su fin.

Luego que se celebró el concilio de Constancia, y se extinguió en él el lastimoso cisma con la legítima eleccion de papa hecha en la persona de Martino V, persuadió Álvaro al rey D. Juan que pidiese á su nombre bula á Su Santidad para fundar seis conventos de

Predicadores en Castilla, en los que viviesen en la mas rígida observancia regular, á fin de ir desterrando por este medio la relajacion y los abusos que se habian introducido en las Religiones en el dilatado tiempo que duró el cisma de los tres antipapas. A la concesion de este breve apostólico se siguió el Capítulo general que celebró en Florencia la Órden de santo Domingo en el año 1421, en el cual se resolvió: que en cada una de las provincias se erigiese de nuevo al menos un convento de recoleccion donde se guardase la mas estrecha religiosidad, la que observasen cuantos tomasen en ellos el hábito, ó los que se retirasen á semejantes casas á vivir con mas rigor. Luego que Álvaro tuvo noticia de esta determinacion, le pareció conveniente suplicar al Rey que le concediese licencia para ser uno de los primeros que pusiese en ejecucion la determinacion del Capítulo. Pidió este favor á D. Juan II postrado á sus piés, bañado en tierno llanto, por premio del afecto que le profesaba, y de los trabajos que habia padecido en el tiempo de su educacion. No pudo contener las lágrimas el piadoso Monarca á la vista de aquel humilde rendimiento; pero no queriendo impedir los nobles designios del siervo de Dios, levantándole del suelo entre sus brazos, le concedió, á pesar de su entrañable sentimiento, la licencia que apetecia con una suma cuantiosa para la fundacion de un convento segun sus ideas.

No cabe en explicacion el gozo que concibió Álvaro luego que tuvo tan deseado permiso; y pareciéndole dilatado tiempo todos los instantes que se detenia en la corte, partió á Córdoba inmediatamente á poner en ejecucion su proyecto. La primera diligencia que hizo fue inspeccionar el sitio donde habia de fundar, puesto que sus deseos no eran otros que erigir el convento en un lugar retirado de todo el comercio humano, proporcionado para el silencio y para la contemplacion; pero no tan distante de Córdoba, que no pudiesen los religiosos concurrir á la ciudad sin incomodidad á predicar la palabra de Dios, que era el objeto principal de su instituto. Con esta mira hizo eleccion de un sitio en la sierra como una legua distante de Córdoba, en la heredad llamada por entonces la torre de Berlanga, la que compró á sus dueños á nombre de la Religion; y en el dia siguiente al otorgamiento de la escritura, que fue en el 13 de junio de 1423, dió principio á la fábrica del convento que intituló Santo Domingo de Scala cœli. Consumió en muy breve tiempo la suma que le dió el Rey en la compra del terreno y en el coste crecido de los materiales; pero como el Santo tenia colocada su esperanza en

Dios, no le faltó la divina Providencia, ya moviendo á muchas personas piadosas para que le diesen cuantiosas limosnas, y ya suministrándole por ministerio de los Ángeles los materiales precisos, como sucedió repetidas veces cuando careció de ellos.

Tenia determinado Álvaro formar el convento en disposicion que imitase en lo posible la situacion de Jerusalen, y de los Santos Lugares que se veneran en ella, altamente impresos en su corazon cuando los visitó personalmente; y obrando con esta idea hizo varios oratorios contiguos al monasterio, que representasen los sagrados monumentos de la capital de Palestina, para que los religiosos en tiempo y horas cómodas pudiesen dedicarse en ellos al santo ejercicio del *Via Crucis;* lo que sirvió para que no solo en Córdoba, sino en otras muchas partes, lo ejecutasen los fieles, conociendo la utilidad espiritual de tan piadosa institucion.

Concluida la fábrica material del convento, entró en él san Álvaro con algunos compañeros poseidos de sus mismos sentimientos á observar la mas exacta religiosidad sin frívolas interpretaciones, sin violentas glosas ni relajados abusos, que á pretexto de costumbres suelen introducirse en las Religiones; para lo cual dispuso que se guardase en la comunidad un profundo silencio, una abstinencia total de carnes, un ayuno rigoroso, una asistencia puntual al coro, y una suma distraccion de todo el comercio humano. Añadió á esto otras muchas constituciones, que sobre los votos esenciales del instituto contribuian al logro de sus intenciones; y siendo Álvaro como el alma de toda aquella ilustre colonia, hizo que en muy breve tiempo se pudiese llamar con toda propiedad su convento Scala cœli, ó subida para el cielo.

Quiso que los religiosos de su ilustre casa fuesen modelos de la pobreza evangélica, para lo cual dispuso que despues de decir misa fuesen diariamente á la ciudad á pedir limosna de puerta en puerta, con la indispensable precision de volver por la noche al monasterio; y no dispensándose el Santo de esta obligacion ni por su calidad, ni por sus títulos honoríficos, practicaba la misma diligencia cuando le tocaba por su turno en esta forma: presentábase en la plaza de San Salvador, ó en cualesquiera otro sitio del mayor concurso, y despues de haber hecho una plática espiritual al pueblo, decia en alta voz, puestos los ojos en tierra: *Cristianos, los religiosos de santo Domingo de Scala cœli no tienen que comer;* cuyas expresiones movian de tal suerte á los fieles, que muchas veces sucedió que al volver al convento ya le hallaba abastecido con tan copiosas limosnas,

que tenia con ellas la comunidad para mantenerse dilatado tiempo.

No satisfecho Álvaro con los santos ejercicios que se hacian en su observante comunidad, se retiraba á una cueva que está como dos tiros de bala del convento, entre la cual y este hay un arroyo que el Santo llamaba de los Cedros, con alusion al que media entre Jerusalen y el monte Olivete: allí, separado de sus hermanos, soltaba las riendas á su fervor, renovando con sus crueles mortificaciones aquellas espantosas imágenes de penitencia, oidas hasta entonces en los mas famosos solitarios del Oriente, las que por lo regular comenzaba de esta suerte: en llegando al arroyo se desnudaba las espaldas, y subiendo de rodillas la penosa cuesta que hay hasta la cueva, se iba azotando con una cadena de hierro. Luego que entraba en la gruta se postraba delante de una imágen de Nuestra Señora de las Angustias, en todo semejante á la del convento de San Pablo, que fue en los primeros años de religioso el iman atractivo de todas sus atenciones, y en esta disposicion continuaba la disciplina con tanto rigor, que quedaban bañados con la copiosa sangre que derramaba el suelo y paredes de la gruta; y penetrando el cielo los afectuosos suspiros arrancados de lo íntimo del corazon, desahogaba con abundantes lágrimas el volcan de amor divino en que se hallaba abrasado su pecho. Despues continuaba su fervorosa oracion, y arrebatado en las mas altas contemplaciones, percibia en su interior los celestiales consuelos con que endulzaba el Señor sus rigores, á que eran consiguientes los raptos y transportes en Dios, como los de otra Magdalena en la cueva de Marsella, y como los del patriarca santo Domingo en la de Segovia.

Parece imposible que las fuerzas humanas, por mas robustas que fuesen, pudiesen sufrir la continuacion de estas asombrosas mortificaciones, hechas unas veces antes de Maitines para volver á ellas con mas fervor, y otras despues de ellos hasta la hora de Prima, en la que volvia al coro como un abrasado Serafin. Solo el subir de rodillas desde el arroyo á la cueva por una agria cuesta, lo mas de ella sembrada de puntas penetrantes de la misma piedra, era insuperable; pero queriendo el Señor aliviar á su siervo, le sostenian muchas veces los Ángeles de los brazos, alumbrándole con hachas encendidas, y separando del camino las piedras para que no lo lastimasen.

El obrador de todas estas maravillosas acciones era el ardiente amor que profesaba á Jesucristo, no siendo fácil que alguno otro le excediese en el fervor y en la ternura con que amaba al Redentor

del mundo. Este era el iman que le atraia con una violencia tan eficaz, que ningun objeto criado variaba su movimiento, disminuia su impulso, ni era capaz de separarlo de su centro. De esta raíz provenia aquella ardiente caridad con que se interesaba en el socorro de los pobres, esmerándose sobre todo con los enfermos, mirando en cada uno de ellos la imágen de Jesucristo. Quiso este Señor manifestarle lo agradable que le eran estos oficios de piedad con repetidos portentos, entre los cuales merece referirse el siguiente: Pasaba en cierta ocasion san Álvaro de su convento á Córdoba, y viendo en el camino á un pobre enfermo tan desnudo y tan lastimoso, que moveria á compasion al corazon menos pio, no necesitando el suyo semejantes aspectos para enternecerse, se sentó junto á él, y comenzó á consolarlo con las amorosas expresiones que le dictó su ardiente caridad. Esperaba que pasase alguno para que lo llevase al hospital de Córdoba; pero viendo que se hacia tarde, y que el enfermo necesitaba de pronto remedio, cargándolo sobre sus hombros, partió con él al convento, que estaba mas cerca que la ciudad. Entró en la portería con la piadosa carga, y acudiendo los religiosos á bajar de los hombros del Santo al enfermo, luego que le descubrieron, hallaron una imágen de Cristo crucificado. Quedaron pasmados á la vista de aquel soberano espectáculo; pero mas que todos Álvaro, tocando con sus sentidos la milagrosa transformacion del pobre en la efigie del Redentor; y puesto de rodillas ante el Crucifijo, bañado en tiernas lágrimas, prorumpió en las expresiones amorosas, que son fáciles de creer en un espíritu como el suyo, todo abrasado en divinos incendios.

Llegó el Santo á la edad de setenta años, y aunque la robustez de su complexion, y principalmente la asistencia de la divina gracia, le habian dado fuerzas para tan penosas mortificaciones; con todo conoció por la debilidad de su naturaleza que se acercaba el fin. Obligóle una calentura ardiente á postrarse en la cama, que le previnieron los religiosos por no haberla tenido nunca conocida; y creciendo de dia en dia la indisposicion, hizo confesion general con Fr. Juan de Valencia, prior del mismo convento. Recibió en seguida los últimos Sacramentos con tal ternura y con tanta devocion, que movió á un copioso llanto á todos los asistentes, á quienes dijo lleno de extraordinaria alegría, porque se llegaba el tiempo de disolverse de los vínculos carnales para unirse con Cristo: *Ya insta la hora en que he de comparecer ante el Juez supremo, y aunque atendiendo á su justicia es mucho lo que podia acobardarme la gravedad de mis*

culpas, muero con la confianza de que ha de usar conmigo de su acostumbrada benignidad por su infinita misericordia. Pidiéronle los religiosos la última bendicion, y dándola con aquel amor y con aquella dulzura que era propia á su carácter, quedándose en una agradable suspension, fijos los ojos en un Crucifijo que tenia en las manos, entregó su dichosa alma en manos del Criador en el dia 19 de febrero del año 1430.

No tardó Dios en acreditar con señales prodigiosas la gloria de su fidelísimo siervo: apenas espiró se bañó el convento y sus montes circunvecinos de una claridad tan superior, que desterró de aquel ámbito las tinieblas de la noche: tambien se tocaron por sí las campanas del monasterio en tono de fiesta y de alegría, indicio nada equívoco de la que debia ocupar el corazon de los fieles por el dichoso tránsito del difunto, cuyo venerable cadáver despedia de sí una fragancia exquisita que consoló á todos los circunstantes. Celebráronse los funerales del Santo con aquella solemnidad que exigia su opinion, á los que asistieron todas las personas mas condecoradas de Córdoba; y despues de haber tenido algun tiempo el cuerpo en el féretro para satisfacer la devocion de la multitud de gentes que concurrian á tributarle los últimos obsequios, se depositó en una pequeña capilla á mano derecha de la entrada de la iglesia de Scala cœli, donde hoy está un altar del Santo. Quiso Dios recomendar el sepulcro de su siervo con repetidos milagros, los cuales movieron á los religiosos á que elevasen las santas reliquias á lugar mas decente, que fue á los sesenta años despues de su muerte, colocándole en una concavidad en forma de arco bajo el altar mayor, de donde las trasladó despues D. Martin de Mendoza, siendo obispo de Córdoba, á la capilla que en honor del Santo labró á sus expensas al lado siniestro del mismo altar mayor.

La opinion de santidad que tuvo el siervo de Dios, confirmada con muchos milagros en vida y despues de muerto, movió á los religiosos y á los naturales de Córdoba á que le tributasen el culto correspondiente con anuencia y aprobacion de los Ordinarios, en virtud de lo cual se estableció una cofradía bajo su advocacion, que constaba de cuatro mil individuos en el año 1603; pero disminuida con el tiempo, la renovaron varios caballeros cordobeses en el de 1655, alistándose en ella muchas personas de la primera nobleza del reino; y teniendo esta por objeto principal el culto del Santo, celebraba su fiesta en el dia de la Cruz de mayo, por ser estacion mas cómoda para subir al monte donde está el convento que el dia 19 de febrero,

que fue el del natalicio del siervo de Dios, cuya imágen se lleva en procesion en aquel dia al lugar donde, viviendo el Santo, acostumbraba hacer oracion delante de la Cruz que llaman de Mayo.

Aunque era innegable el culto inmemorial que se tributaba á san Álvaro, faltábale la aprobacion apostólica, para lo cual se hicieron en Roma las correspondientes preces por parte de la Religion y de otras muchas personas condecoradas de España, en virtud de lo cual se despacharon por la sagrada Congregacion de Ritos las letras remisoriales con anuencia de Su Santidad cometidas á D. Alonso Salizanas, obispo de Córdoba, á fin de que justificase si el culto inmemorial dado á san Álvaro era de los exceptuados de los decretos del papa Urbano VIII; y resultando así en el proceso que se formó por aquel Prelado, declaró y sentenció definitivamente serlo de esta clase, con aprobacion de los Ordinarios, exceptuado de los decretos de Urbano. En vista de estas diligencias se aprobó por el papa Benedicto XIV, quien concedió en el año 1741 que se celebrase la fiesta del Santo en Córdoba y en todo el Órden de Predicadores.

SAN CONRADO PLASENTINO, CONFESOR.

Como es Dios admirable en todos sus Santos, lo fue mucho en la conversion y vida de san Conrado, confesor, el cual nació en la ciudad de Plasencia en Italia, de padres nobles, y en la misma ciudad se casó, y vivió mucho tiempo, como los demás ciudadanos. Era dado grandemente á la caza, gustando de ejercitarse en el campo y seguir y matar las fieras. Una vez se habian escondido algunas entre espinos y zarzas, y mandó Conrado pegar fuego á aquella espesura, para que con esto saliesen fuera, y él pudiera perseguirlas y gozar de su caza; pero levantóse un viento tan récio, que encendió el fuego de manera, que hizo un estrago grandísimo. Cuando Conrado vió el daño que habia hecho, y que no se podia remediar el fuego, se encubrió luego, y volvió secretamente á la ciudad, sin echarse de ver que él habia sido causa del incendio. Hizo la justicia grandes diligencias para coger al autor de tan grandes daños; y enviando alguaciles á que le prendiesen, cogieron á un pobre hombre, y trajéronle preso, y pusiéronle á cuestion de tormento: el cual, no pudiendo sufrir la violencia de ellos, confesó que él lo habia hecho; queriendo antes morir que sufrir mas tiempo la fuerza de aquellos dolores, levantando á sí mismo aquel falso testimonio por librarse de

aquella afliccion: al fin fue condenado á muerte y le sacaron á ajusticiar. Cuando supo lo que pasaba san Conrado, fue grande el sentimiento que tuvo y el remordimiento de su conciencia, viendo que por su causa moria inocente; y no pudiendo sufrirlo, se fué luego con grande ánimo á donde estaba el hombre en poder del verdugo, y quitósele de las manos, diciendo que él era el que fue causa de aquel fuego, y no aquel hombre, el cual por la fuerza de los tormentos habia confesado lo que no habia hecho; y así, que lo dejase libre, que allí quedaba él, que queria pagar de su hacienda todo el daño hecho, aunque quedase pobre. Así lo hizo; porque vendiendo toda su hacienda, pagó todos los daños. Con esta ocasion entró mas dentro de sí, y viéndose ya sin los bienes de la tierra, dió muchas gracias á Dios porque le habia desembarazado para buscar de allí adelante los del cielo; y así, dando de mano á todas las cosas del mundo, se determinaron él y su mujer á servir con perfeccion á solo Dios, y seguir á Jesucristo, abrazándose muy estrechamente con su cruz. Recogióse su mujer á un monasterio de Plasencia, dedicándose toda al celestial Esposo.

San Conrado se fué léjos de su patria, no queriendo ser conocido de los hombres; hízose de la tercera Órden de san Francisco, y fué á Roma con mucha devocion á visitar los santuarios é iglesias de aquella santa ciudad. De allí se partió para Sicilia, donde estuvo en un hospital algun tiempo con grande humildad y caridad; pero llevándole el espíritu de Dios á la soledad, por estar mas léjos del mundo, se retiró á un desierto donde soltó las riendas á la devocion, entregándose todo á la oracion y penitencia, en la cual vida duró cuarenta años. Dormia en el suelo; comia solamente pan, y otras veces con solas yerbas se contentaba. Ilustróle Dios con el don de profecía, y muchos milagros que con su siervo hacia; pero para tenerle humillado, que no se desvaneciese con alguna gloria vana, permitió el Señor que fuese combatido del demonio con grandísimas tentaciones de la carne, de que el Santo salia siempre victorioso, valiéndose de la oracion y ayuno. Fue cosa maravillosa como venció el apetito de la gula: las cosas de comer, que le daban de limosna, no las comia luego, sino guardábalas hasta que se pudriesen y estuviesen llenas de gusanos; y entonces, cuando causaba horror el verlas y olerlas, se las comia, venciendo en esto, no á la gula solamente, sino á todos sus sentidos. Cuando sentia en sí apetito de comer alguna cosa, se desnudaba todo, y echándose en carnes sobre espinas y zarzas, se revolvia entre ellas de manera, que con la mucha san-

gre que derramaba se le quitaba la gana de comer, y se olvidaba del sustento del cuerpo.

Venia san Conrado todos los viernes á visitar devotamente un muy devoto Crucifijo que habia en la ciudad de Netina: quisieron unos hombres perdidos hacer burla del Santo y hallar ocasion de calumniarle, y poner mancha en su santidad y rigor de su abstinencia: para esto le convidaron á comer de unos peces; pero en lugar de peces le dieron carne, y ellos no comieron otra cosa. Comenzaron luego unos á burlarse de él, porque le habian engañado, teniéndole por hombre muy simple: otros á calumniarle que muy bien le sabia la carne, y que era fingida su abstinencia y rigor. El Santo con grande humildad y paciencia dijo: que no habia comido carne, sino solamente peces, mostrándoles luego las espinas y escamas de ellos; de lo cual quedaron todos confusos y maravillados.

Con tales maravillas y rigor de vida se extendió la fama de la santidad de Conrado, deseando muchas personas verle y edificarse con su vista y trato. Una de ellas fue el obispo de Siracusa de Sicilia, el cual fué á visitar al Santo, y le convidó á cenar. El siervo de Dios sacó de su celdilla cuatro tortas de pan caliente y reciente, que por milagro Dios le deparó. Quiso despues pagar la visita á su Prelado, para lo cual se partió á la dicha ciudad de Siracusa. Cuando salió á recibirle el obispo vinieron innumerables avecitas que le rodearon, y revoloteando y gorjeando, daban muestras del contento que podia recibir la ciudad por haber llegado á ella el siervo de Dios, y como dando el parabien de su venida. Continuó el Señor en hacer semejantes demostraciones por la santidad de su siervo san Conrado, el cual, lleno de merecimientos, murió en paz el año de 1351; en el cual año fueron muchos mas los milagros que hizo, sanando muchos enfermos, así naturales como extranjeros; por los cuales dió licencia que se dijera misa de él en la ciudad de Netina el papa Leon X, y el papa Paulo III la extendió para otras partes. Está su cuerpo en la dicha ciudad de Netina, en una arca de plata, con gran veneracion de todos, y hace el Señor por su intercesion grandes maravillas.

SAN GABINO, PRESBÍTERO Y MÁRTIR.

El Martirologio romano anuncia en este dia el glorioso nacimiento al cielo de san Gabino, presbítero y mártir, hermano de san Cayo,

papa. Despues de haber estado largo tiempo en la cárcel y con duras prisiones este generoso confesor de Cristo, por órden del emperador Diocleciano, adquirió los gozos del paraíso por medio de una muerte muy preciosa.

Fue san Gabino originario de Dalmacia, pariente del emperador Diocleciano, hermano del papa san Cayo, y padre de santa Susana, aquella que fue inmortal honor de las vírgenes romanas, pues prefirió la dicha de ser esposa de Jesucristo á la gloria de ser emperatriz de todo el mundo, derramando su sangre, y dando su vida por la fe. No se sabe con qué ocasion vinieron á vivir á Roma san Gabino y san Cayo. Puede ser que la fortuna de Diocleciano, que habia ascendido por todos los grados de la milicia hasta el supremo empleo del ejército, trajese á su parentela á la capital del universo, corte ordinaria de los Emperadores; pero es mas probable que los dos héroes cristianos pasasen á Roma puramente por motivo de religion, para vivir en una ciudad que era el centro de la fe, y donde triunfaba la Iglesia en medio de las mas crueles persecuciones por la santidad de las costumbres, y por la vida ejemplar y fervorosa de todos los fieles.

Tiénese por cierto que san Gabino nació de padres cristianos hácia la mitad del siglo III. La bella educacion que logró, la inocencia de su vida, la tierna devocion, que parecia habia mamado con la leche, sus piadosas inclinaciones desde su mas tierna infancia, todo esto prueba verosímilmente la Religion de los que le habian educado. No se descuidaron en enseñarle con tiempo las bellas letras; y como tenia un excelente ingenio nacido para el estudio, en poco tiempo adelantó mucho en letras humanas; pero se dedicó con mucha mayor aplicacion á la inteligencia de la sagrada Escritura y de las ciencias divinas.

Era casado Gabino, pero no tuvo mas que una hija llamada Susana, á cuya crianza se aplicó con el mas vigilante desvelo, imbuyéndola desde la cuna en el temor santo de Dios, inspirándola un grande amor á la virginidad, y un sumo horror á todo lo que podia manchar el alma. Era Susana de una vivacidad y de un espíritu extraordinario. A los seis años de su edad mostraba un despejo, una penetracion y una brillantez tan superior, que todos la admiraban por esto, aun mas que por aquella singularísima belleza que con el tiempo fue aplaudida por una de las mayores hermosuras de toda Italia. Faltóla su madre siendo todavía muy niña; y su padre Gabino se dedicó enteramente á cultivar aquel nobilísimo terreno que

mostraba las mas bellas disposiciones para la virtud y para ser algun dia, como lo fue, una ilustrísima mártir.

Apenas se vió nuestro Santo desembarazado de los lazos del matrimonio por la muerte de su virtuosa mujer, cuando se aplicó enteramente á estudiar la ciencia de la Religion, en un tiempo en que el paganismo estaba mas encarnizado en perseguir con furor á los Cristianos. Libre de los empeños del siglo, quiso ser admitido en el clero, y en poco tiempo fue uno de sus mas brillantes ornamentos. Correspondiendo su profunda erudicion y su grande sabiduría á su eminente virtud, no es fácil explicar el inmenso bien que hizo en Roma este gran siervo de Dios. Elevado á la dignidad del sacerdocio, á pesar de la oposicion de su profunda humildad, corria las casas, las cabañas, los lugares subterráneos, y hasta las cavernas y grutas de los montes, bosques y peñascos, donde estaban refugiados los tímidos cristianos, para animarles, instruirles, administrarles los Sacramentos, y para asistirles en todo. No cedia su celo al mas generoso, al mas infatigable, al mas industrioso ni al mas eficaz. Veíase con admiracion á este santo Presbítero pasar las noches enteras en las lóbregas concavidades de las rocas, para celebrar el santo sacrificio de la misa, y para alimentar con el divino pan, que hace fuertes, á los que estaban en vísperas de ser sacrificados hostias inocentes al Dios vivo en las aras del martirio.

No se contenia el celo de san Gabino precisamente dentro de los límites de estas grandes obras de caridad. Como era sábio, compuso un excelente tratado contra los idólatras, en el cual, exponiendo las impías y monstruosas supersticiones de los paganos, hacia visibles aun á los entendimientos mas limitados y á los ojos menos perspicaces el horror, la extravagancia y aun la locura de sus dogmas; demostrando al mismo tiempo con tanta precision, con tanta limpieza y con un modo tan plausible la verdad y la palpable santidad de la religion cristiana, que no se puede dudar que con esta obra hiciese gran número de conversiones, confirmando en la fe á muchos á quienes tenia acobardados el miedo de los tormentos.

Habiendo sucedido san Cayo en el pontificado al papa Eutichiano el año de 282, vió nuestro Gabino abrirse un nuevo dilatado campo á su infatigable celo. Se puede en cierta manera decir que nuestro Santo cargó con parte de la solicitud pastoral del santo pontífice Cayo, y que Cayo encontró en su santo hermano un compañero fiel con quien repartió todos sus trabajos, sin exceptuar el de sus mismas cadenas.

Pero mientras Gabino trabajaba con tanto fruto en la viña del Señor, no por eso olvidaba el cuidado de su querida hija. Al mismo tiempo que cultivaba su entendimiento con las luces mas sublimes de nuestros mas elevados misterios, iba labrando su corazon con el ejercicio de las mas heróicas virtudes. Sobre todo, imprimió en ella un concepto, una idea tan superior de la virginidad, que despreciando generosamente los mas halagüeños tentadores atractivos del mundo, que podia prometerse por su claro entendimiento, por su elevada cuna, por su hermosura incomparable y por su extraordinario mérito, hizo voto de no admitir otro esposo que á Jesucristo, previendo bien que su fe y este amor á la virginidad pondrian algun dia en sus manos la gloriosa palma del martirio.

No ignoraba el emperador Diocleciano que Cayo y Gabino, sus parientes, eran cristianos, ni dudaba tampoco que Susana, mas distinguida por su raro mérito que por su singular belleza, profesase tambien la misma religion que profesaba su padre; pero como este Príncipe los primeros años de su reinado se mostró muy favorable á los Cristianos, los dejó vivir en paz, y aun su familia estaba llena de ellos. Susana en la escuela de su padre Gabino hacia maravillosos progresos en la ciencia de los Santos. Era la admiracion de los buenos, y el ejemplar de perfeccion que de ordinario se proponia á las doncellas cristianas. No podia dejar de tener glorioso fin una virtud tan singular, y parecia debida la corona del martirio á su virginal pureza, siendo esta, en cierto modo, como la herencia rica de su casa.

Habiendo el emperador Diocleciano creado césar á Maximiano Galerio, quiso tambien hacerle yerno suyo, dándole por mujer á su única hija la princesa Valeria. Muerta esta, el Emperador, que no queria que la púrpura saliese de su familia, y que estaba bien informado de las eminentes prendas de Susana, resolvió darla por esposa al nuevo César, y ordenó á un caballero pariente suyo, llamado Claudio, que buscase á Gabino, y que en su nombre le propusiese esta boda. Gabino, que conocia bien la virtud de su hija, y que antes perderia la vida que la virginidad que tenia consagrada á Dios, se persuadió desde luego á que el empeño del Emperador, y la constancia de Susana, á uno y á otro les conseguiria la corona del martirio. Recibió al caballero con la mayor urbanidad, y despues de manifestarle lo agradecido que quedaba á la honra que el Emperador queria dispensarle, pidió por favor se le concediese algun tiempo para proponérsela á su hija, y para dar parte de ella á su hermano Cayo.

Llamó despues separadamente á Susana, y con voz dulce, con semblante sereno y tranquilo la dijo: *¿Conoces bien, hija mia, la grande dicha que gozas en tener por esposo á Jesucristo? ¿Te haces cargo de lo que vale tu estado? ¿Comprendes perfectamente su mérito y su valor?*—*Conózcole tan bien*, respondió Susana, *que en su comparacion me parecen menos que nada todas las coronas del mundo: no hago mas caso de ellas que de un poco de humo, el cual solo se eleva para disiparse, solo sube para desvanecerse.*—*Eso es, hija mia, estimar las cosas en su justo precio, discurrir y hablar como se debe. Pero demos caso que el Emperador quisiese hacerte su nuera; ¿parécete que la augusta dignidad de emperatriz no te daria en los ojos, y no te tentaria el corazon? Sobre todo, si te dieran á escoger, ó la corona imperial, ó la corona del martirio, ¿cuál de las dos escogerias?*—*¡Ay padre y señor*, exclamó la Santa, *y qué dichosa seria yo si me viera en ese paraje! ¡Qué presto tomaria mi partido! No, no seria capaz de deslumbrarme el resplandor de la púrpura imperial. Esposa soy de Jesucristo, y esposa suya moriré. Ninguna cosa del mundo es bastante para hacerme titubear en la fe, ni para que padezca el menor vaiven mi fidelidad. Toda mi confianza la tengo colocada en aquel Salvador omnipotente, que es el único dueño de mi corazon. No, no me espantan los tormentos, y sino á la prueba me remito.*

No pudo contener las lágrimas el virtuosísimo padre, enternecido con la cristiana magnanimidad de su querida hija. *Ea, pues, Susana*, la dijo, *viendo estoy que presto te hallarás en esta prueba. El Emperador quiere casarte con el césar Maximiano, y Claudio tu pariente vendrá á hacerte la proposicion de su parte.* Apenas habian acabado esta conversacion cuando llamó Claudio á la puerta: despues de los primeros cumplimientos, declaró la voluntad y la órden que traia del Emperador, dilatándose mucho en ponderar el esplendor y las ventajosas conveniencias de tan ilustre alianza. Oyó Susana la proposicion con el mas profundo respeto; pero cuando llegó el caso de hablar, revistiéndose de un aire resuelto y determinado, pero al mismo tiempo modestísimo y atento: *Admirada estoy*, respondió á Claudio, *que si el Emperador sabe, como no lo puede ignorar, que soy cristiana, piense casarme con un príncipe pagano, y príncipe que sobradamente se ha declarado ya enemigo mortal de los que profesan mi religion; pero si acaso lo ignora, yo os suplico que se lo digais de mi parte. Añadidle que estoy muy agradecida á la honra que me hace su Majestad imperial; pero al mismo tiempo aseguradle que ningun hombre mortal me tendrá jamás por esposa suya.*

No dijo mas por entonces, y despidiéndose cortesanamente de aquel caballero, fué derecha á buscar á su tio el papa Cayo, y le refirió todo lo que habia pasado, ratificándose en la resolucion de conservar su virginidad, aunque fuese á costa de su sangre y de su vida. Confirmóla el santo Pontífice en su generosa resolucion, animándola al martirio. Las circunstancias de su gloriosa victoria se pueden ver en la vida de este Santo el dia 22 de abril, y en la de la Santa el dia 11 de agosto. Por ahora nos contentarémos con decir que, teniendo Gabino bien previstas todas las resultas de la generosa resistencia de su hija á la boda con Maximiano, no perdió punto de tiempo en confirmar la magnanimidad de aquella cristiana heroina. Empleó todos los motivos de amor que le podia inspirar su ternura, y todas las razones de persuasion y de eficacia que le supo sugerir su elocuencia, para sostener aquella grande alma en las fuertes pruebas que le estaban esperando. A la verdad, pocas veces campeó mas la fuerza de la divina gracia que en la série de este combate. Fortalecida Susana con la virtud del Altísimo, triunfó de todo el infierno; y Gabino tuvo el consuelo de ver triunfar la fe de Jesucristo en su propia familia.

Convirtiéronse á la fe Claudio, su mujer Prepedigna, con dos hijos suyos, acompañándolos en la misma dicha su hermano Máximo, uno de los caballeros mozos mas distinguidos en la corte; los cuales todos habiendo sido instruidos por Gabino recibieron el Bautismo de mano del santo papa Cayo, gloriosas conquistas que le llenaron de gozo, y mas cuando tuvo el dulce consuelo de verlos á todos coronados del martirio.

Nuestro Santo fue el testigo del combate y de la victoria de su querida hija, que sufrió los mas crueles tormentos con tan heróica constancia, que admiró hasta á los mismos paganos; no dudando san Gabino que su poderosa intercesion le alcanzaria del cielo la suspirada gracia de derramar tambien su sangre por Jesucristo.

Mucho tiempo habia que ansiaba por este insigne favor como recompensa de sus trabajos, de su eminente virtud y de su celo. Con efecto, apenas triunfó Susana de los tormentos, coronando su virginidad con el generoso sacrificio de su vida, cuando fue arrestado san Gabino. Encerráronle en un oscuro espantoso calabozo, que fue para él lugar apacible de delicias. Resuelto el tirano á vencer la constancia de su fe, ó por el tédio, ó por las incomodidades de la prision, ó dejándole morir en ella de hambre y de miseria, le hicieron padecer cuantos tormentos puede inventar la mas cruel barbarie. La

hediondez intolerable del calabozo, la eterna oscuridad en que estaba sepultado, la hambre, la sed y todas las incomodidades del temporal pusieron su firmeza en las mas terribles pruebas. Sufrió el Santo todos estos suplicios, no solo con una constancia inalterable, sino con tanta alegría como si pasara la vida mas divertida y mas regalada del mundo. Es verdad que aquel Señor, que cuida con tanta especialidad de los que fielmente le sirven, templó bien las amarguras de su prision con la abundancia de los interiores consuelos con que dia y noche inundaba á aquella bendita alma. Seis meses pasó san Gabino en estos tormentos despues de la preciosa muerte de su hija santa Susana, hasta que, queriendo el Señor coronar su paciencia premiando sus trabajos, permitió que le cortasen la cabeza. Terminó nuestro Santo la carrera de su vida por un glorioso martirio el dia 19 de febrero del año 296, dos meses antes que lograse la misma suerte su hermano el santo pontífice Cayo, y fue enterrado por los Cristianos el cuerpo de san Gabino en el cementerio llamado de San Sebastian.

En el año de 1608, Cárlos de Neufville, marqués de Alincourt, señor de Villeroy, gobernador de la ciudad de Leon y del Leonesado, y embajador en Roma, estando para restituirse á Francia, deseó traer un cuerpo santo con que enriquecer su patria. Madama Jaquelina de Harlay, su esposa, se le pidió al papa Paulo V, quien la dió el cuerpo de san Gabino, y esta señora se le presentó á la iglesia de la Santísima Trinidad, del colegio de la Compañía de Jesús de dicha ciudad de Leon, donde se guarda con mucha veneracion en una rica urna de plata, conservándose en el archivo del colegio las letras auténticas originales de esta preciosa reliquia.

La Misa en honor de san Gabino es del comun de los Mártires no pontífices, y la Oracion es la que se sigue:

Præsta, quæsumus, omnipotens Deus: ut qui beati Gabini martyris tui natalitia colimus; intercessione ejus in tui nominis amore roboremur. Per Dominum nostrum Jesum...

Suplicámoste, Señor, que nos fortifiques en el amor de tu santo nombre, por la intercesion de tu mártir san Gabino, cuyo dichoso nacimiento al cielo celebramos en este dia. Por Nuestro Señor Jesucristo...

La Epístola es del capítulo x *del libro de la Sabiduría:*

Justum deduxit Dominus per vias rectas, et ostendit illi regnum Dei, et dedit illi scientiam sanctorum: hones-

El Señor trajo al justo por caminos rectos, mostróle el reino de Dios, y le dió la ciencia de los santos: le enrique-

tavit illum in laboribus, et complevit labores illius. In fraude circumvenientium illum, adfuit illi, et honestum fecit illum. Custodivit illum ab inimicis, et à seductoribus tutavit illum, et certamen forte dedit illi ut vinceret, et sciret quoniam omnium potentior est sapientia. Hæc venditum justum non dereliquit, sed à peccatoribus liberavit eum: descenditque cum illo in foveam, et in vinculis non dereliquit illum, donec afferret illi sceptrum regni, et potentiam adversus eos, qui eum deprimebant: et mendaces ostendit, qui maculaverunt illum, et dedit illi claritatem æternam, Dominus Deus noster.

ció en sus trabajos, é hizo coger el fruto de ellos. Le asistió contra los que querian sorprenderle con engaños, y le colmó de bienes. Le guardó de sus enemigos, defendióle de los seductores, y le empeñó en un fuerte combate para que venciese, y supiese que la sabiduría es mas poderosa que todo. Esta no abandonó al justo cuando fue vendido; sino es que le libró de los pecadores: descendió con él á las prisiones, y no le desamparó en las cadenas hasta poner en sus manos el cetro y poder régio contra los que le oprimian; y descubrió por falsarios á los que le calumniaron: y el Señor nuestro Dios le dió una gloria eterna.

REFLEXIONES.

Et mendaces ostendit qui maculaverunt eum. Descubrió el embuste de los que mancharon su reputacion. Este enemigo maligno que con sus calumnias y con sus artificios procura denigrar el crédito de los buenos, hablando propiamente no es otro que ese que se llama mundo. Pero la verdadera sabiduría pone de manifiesto sus artificiosos enredos, hace visible la iniquidad de sus leyes y de sus máximas, y tambien hace culpable el poco espíritu y la bajeza de corazon de los que voluntariamente se sujetan á su yugo.

Verdaderamente causa admiracion, que hablándose tanto del mundo; que teniéndose tantos respetos y tantas atenciones por el mundo; que no pensándose en otra cosa que en agradar al mundo; que temiéndose tanto como se teme disgustar al mundo, no se hayan dedicado los hombres á desentrañar qué cosa es ese mundo; á ver si acaso se discurre en este punto sobre verdaderas ó sobre falsas aprehensiones; á examinar si nuestros temores están bien ó mal fundados; á descubrir si quizá ese ídolo no es mas que un vano fantasmon, y finalmente, á averiguar si eso que se llama mundo es una cosa que merezca temerse tanto, y que en su obsequio se deban sacrificar los bienes, la quietud, la honra y hasta el alma misma; una cosa, en fin, que sea acreedora á tantos miramientos, y aun contemporizar eternamente con ella.

¡Cosa extraña! ninguna verdad de la Religion se propone, ninguna máxima del Evangelio se presenta, que para admitirla ó para desecharla no se consulte primero al espíritu del mundo: apélase á

su tribunal, y todo cuanto Jesucristo nos enseña ha de pasar por este juzgado. Grite ó no grite la conciencia; mande ó no mande; amenace ó no amenace el mismo Dios; todo está suspenso hasta que el oráculo de los mundanos pronuncie la sentencia definitiva; todo se arregla por sus interpretaciones; todo cede á sus costumbres y á sus leyes; todo se ha de ajustar á sus máximas. El mundo aprueba, el mundo condena, el mundo no permite, esto no es segun el gusto del mundo. ¡Mi Dios! ¡qué lenguaje es este en medio del Cristianismo! ¡Y qué mala vergüenza que los Cristianos se sirvan de este lenguaje!

El mundo quiere ó no quiere. ¿Y quién es ese mundo, cuyo imperio está tan extendido, cuyo poder es tan universal, y cuyas decisiones se han de tener por oráculos? ¿Quién es ese mundo á quien se ama con tanta locura, á quien se teme con tanto exceso, á quien se sirve con tanto cuidado, á quien se le trata con tan escrupuloso, con tan ridículo miramiento? Es puntualmente aquel mundo de quien todos están quejosos; que á ninguno hace justicia; que no atiende al mérito; que tiene lleno de descontentos y de desgraciados al universo; que ninguno le puede servir sin que sea esclavo suyo. Es aquel mundo, cuyas extravagantes máximas son otras tantas leyes, muchas veces contrarias á la buena razon, y siempre opuestas á las máximas del Evangelio. Es aquel mundo, en fin, juez del mérito, árbitro de las atenciones, autor de las modas, tirano de las familias, ídolo universal, á quien tributan incienso tantas gentes.

Pero si este mundo moral es un fantasma, sin mas subsistencia que la que finge la imaginacion, ¿no somos locos, no somos insensatos en formarnos un amo, un dueño tan incómodo, puramente de las fantasías de otro, y en fabricarnos un ídolo formidable de nuestras propias ideas? Mas si es alguna cosa real, ¿qué derecho tiene para imponernos tan duras leyes? ¿Quién le dió esa autoridad? ¿Por qué fatal destino nos imaginamos nacidos para ser esclavos suyos?

Ciertamente, cuando se discurre sin pasion y sin preocupacion; cuando se mira de cerca lo que viene á ser este mundo, se indigna uno contra sí mismo por haber deferido tanto á sus antojos, viéndose hecho la burla de sus caprichos.

El Evangelio es del capítulo X *de san Mateo.*

In illo tempore dixit Jesus discipulis suis: Nolite arbitrari, quia pacem venerim mittere in terram: non veni pa-

En tiempo que Jesucristo instruia á sus discípulos, les dijo: No juzgueis que vine á traer la paz sobre la tier-

cem mittere, sed gladium. Veni enim separare hominem adversus patrem suum, et filiam adversus matrem suam, et nurum adversus socrum suam, et inimici hominis, domestici ejus. Qui amat patrem, aut matrem plusquam me, non est me dignus; et qui amat filium, aut filiam super me, non est me dignus. Et qui non accipit crucem suam, et sequitur me, non est me dignus. Qui invenit animam suam, perdet illam; et qui perdiderit animam suam propter me, inveniet eam. Qui recipit vos, me recipit; et qui recipit me, recipit eum qui me misit. Qui recipit prophetam in nomine prophetæ, mercedem prophetæ accipiet; et qui recipit justum in nomine justi, mercedem justi accipiet. Et quicumque potum dederit uni ex minimis istis calicem aquæ frigidæ tantum in nomine discipuli, amen dico vobis, non perdet mercedem suam.

ra: no vine á traer la paz, sino es la espada, pues vine á separar al hombre de con el padre (esto es, segun los afectos carnales), la hija de con la madre, y á la nuera de con la suegra; porque los enemigos del hombre son sus domésticos. El que ama á su padre, ó madre, á su hijo, ó hija mas que á mí, no es digno de mí; como tampoco el que no toma su cruz, y me sigue. El que conserva la vida segun las delicias del siglo, la perderá; y el que la perdiere por mí, la encontrará (en la eternidad): el que os recibe, me recibe; y el que á mí recibe, recibe al que me envió. Quien recibe al profeta en cualidad de profeta, del profeta tendrá el premio; y el que recibe al justo en cualidad de justo, recibirá la recompensa del justo. Así el que diere á beber un solo vaso de agua fria á cualquiera de estos pobres con atencion á ser mi discípulo, en verdad os aseguro que no perderá su remuneracion.

MEDITACION.

Del menosprecio que debemos hacer del mundo.

Punto primero.—Considera que aun en medio de los Cristianos hay un mundo enemigo del Cristianismo, al cual le desconoce Jesucristo. Este es aquel mundo que aborrece al Hijo de Dios, como el mismo Hijo de Dios se queja sentidamente; aquel mundo compuesto de réprobos y enemigos del Salvador; aquel mundo, en fin, contra quien todos los Santos se declararon, y que él persiguió á todos los Santos.

Es constante que ser de este mundo, y ser del número de los réprobos; amar á este mundo, y declararse enemigo de Jesucristo, es una misma cosa. Á la verdad, no todos los que son de este mundo son lascivos, ni voluptuosos, ni murmuradores, ni disolutos, ni impíos; pero es cierto que todos los que mas se entregan á estos vicios son muy bien recibidos en el tal mundo, son alabados, son aplaudidos en él; y que el impedimento mas exclusivo de la secta de los mundanos es ser devoto.

El demonio, que hablando propiamente es el príncipe de este

mundo, tiene gran cuidado de amontonar en él todo aquello que es á propósito para inspirar el vicio: las riquezas, la inmodestia de los trajes, la magnificencia de las galas, la bizarría de las modas, el refinamiento de la profanidad, las conversaciones libres, el halago de la música, el desahogo de los bailes, la licencia del teatro, en una palabra, todo lo que puede irritar las pasiones, introduciéndolas por los sentidos. ¿Es otra cosa eso que se llama el gran mundo, el bello mundo?

Hasta el aire, hasta el modo, hasta el artificio en el hablar, hasta la misma policía del mundo no carece de ponzoña el dia de hoy. En él todo es escollos, todo tentacion. Y ¿qué lugar se da á la Religion en el mundo? ¿Mantiénese en él la ley cristiana en todo su vigor? El espíritu del mundo ¿puede por ventura tolerar á otro espíritu? ¿Reina en él Jesucristo? ¿Danse siquiera gratos oidos á sus máximas? Y mientras tanto el mundo campa, el mundo brilla, el mundo florece. Y ¿cuántos hacen gran vanidad de ser de ese bello mundo, que se avergonzarian de que los tuviesen por devotos?

Si las personas de este carácter perdieron la fe, harto infelices son en ser infieles. Confundidos dentro de muy poco tiempo en los infiernos entre tantos desdichados apóstatas, ¡qué rabia, qué furor, qué desesperacion será la suya! Pero si todavía creen las verdades terribles de nuestra Religion, ¡qué señal mas segura de su reprobacion eterna que la horrible contradiccion que se encuentra entre sus costumbres y su fe! Tiénese por cierto que es necesario morir; créese indubitablemente que es preciso comparecer algun dia ante el tribunal de Dios, ¡y todavía se vive segun el espíritu y segun las perversas máximas del mundo!

Veis aquí verdaderamente un gran motivo de admiracion y de pasmo; pero veis aquí tambien, Señor, un motivo para mí del mayor dolor, del mas amargo arrepentimiento. Yo, mi Dios, os abandoné siendo el mejor y el mas amable de todos los amos, por hacerme voluntariamente esclavo del mas implacable, del mas cruel de todos los tiranos. Sea, Señor, esta la dichosa hora en que con vuestra gracia haga pedazos mis cadenas.

Punto segundo.—Considera qué gran desdicha es vivir segun el espíritu y segun las máximas del mundo. ¿Dónde hay sujecion mas servil, dónde esclavitud mas oprimida que la de los mundanos? Es menester aguantar á unos, disimular á otros, y depender del capricho de todos. Está el mundo lleno de quejosos y de descontentos.

Cada dia amanecen nuevos enfados y nuevas pesadumbres: brotan las cruces al doloroso riego de lágrimas amargas. Y despues de tanto contratiempo y de tanto disgusto, despues de una vida toda llena de hiel y de amargura, ¿qué es lo que se sigue? Una eternidad de suplicios en un infierno eterno. Este es el triste destino de los mundanos; esta la fortuna de los que se llaman hombres del gran mundo.

¡Mi Dios, y será posible que hombres, por otra parte de razon, sujetos de capacidad, de penetracion, de honra, de espíritu, dén, tropiecen, hociquen en un desbarro tan grosero; que habiendo nacido libres, y por el Bautismo hijos de Dios, se hagan voluntariamente esclavos, que se fabriquen una deidad de una vana fantasma, que sigan servilmente sus leyes y sus máximas, seguros de ser, por toda recompensa, eternamente infelices y condenados!

¡Ah! ¡qué discretos, qué prudentes fueron aquellos héroes cristianos, aquellos ilustres enemigos del mundo, que le volvieron las espaldas, y dejaron con él grandes bienes, grandes honras, grandes esperanzas, y nunca lo miraron sino con un altísimo desprecio! ¡Qué cuerdas son esas personas tan respetables por su virtud en tratarle con tanto menosprecio, y en tener tanto horror á sus vanas, á sus perniciosas máximas! Pero esos hombres vanos y cási sin religion, esos jóvenes encaprichados en sus locas fantasías, esas mujeres del mundo, ¿son cuerdas, son prudentes en no tener otro Evangelio que su mundanidad, ni otra religion que el mundo mismo? ¿Es acaso necesario meter tanto ruido para advertir á todo el universo que quieren condenarse? Pero ¡qué furor! ¡qué locura hacer vanidad, hacer punto de honra de ser del número de los réprobos! ¿Será por ventura envidiable la infeliz condicion de semejantes personas?

Es menester resolverse á una de dos: ó á renunciar las máximas y el espíritu del mundo, ó á renunciar las máximas del Evangelio y el espíritu de Jesucristo. No hay medio entre estos dos extremos. En vano se pretende conciliar á estos dos señores: necesariamente se renuncia al uno cuando se sigue al otro. ¿Se gusta del mundo, se ama al mundo, se siguen las máximas del mundo? Pues mas que uno se llame cristiano cuanto quisiere, mas que frecuente los Sacramentos, mas que asista á los divinos misterios, en siguiendo al mundo, no puede ser discípulo de Cristo.

¡Mi Dios! ¿y no es este mi retrato? Por mi librea se puede conocer bien á qué amo sirvo. ¡Ah, Señor! mi dolor y mi arrepentimiento me reprenden muy sensiblemente mi impiedad y mi locura. Despues de haber renunciado tan solemnemente en el Bautismo las máximas

del mundo, he amado á este mundo, le he servido, me he entregado á él hasta la hora presente: reconozco mi culpa y la detesto. Dignaos, Señor, recibirme en vuestro servicio, que yo prometo, mediante vuestra divina gracia, seros mas fiel, y vivir únicamente para amaros y para serviros.

JACULATORIAS.—Todo lo que no es serviros, mi Dios, es vanidad de vanidades, y todo vanidad. ¿Qué otra cosa saca el hombre de cuanto trabaja, de cuanto afana en el servicio del mundo? (*Eccles.* 1).

Teme á Dios, y guarda sus mandamientos, que esto solo es ser verdaderamente hombre. (*Idem* XII).

PROPÓSITOS.

1 Puesto que el mundo es enemigo de Cristo, declárate tú por enemigo del mundo. Detesta sus costumbres, mira con horror sus máximas, sofoca en tí su espíritu. No te contentes con gritar contra la injusticia, contra la mala fe, contra la corrupcion del mundo; porque á esto se reducen por lo comun todas las reflexiones que se hacen sobre la malignidad del mundo. Da en este dia á tu Señor, á tu único dueño, dale, vuelvo á decir, algo mas que palabras, algo mas que unos movimientos estériles, y unos dictámenes especulativos de indignacion. No seas ya de esa cofradía, de esa secta de gente que Cristo ha reprobado. No seas ya ni de sus diversiones ni de sus peligrosas concurrencias. Desde hoy en adelante arregle la modestia cristiana, así el gasto de tu casa, como el porte de tu persona: la modestia no confunde las condiciones, antes las ordena. Guárdate bien de hacerte esclavo de las modas. Al Evangelio de Cristo toca reformar las modas mundanas, no al ridículo capricho de las modas derogar las leyes, ni el Evangelio de Jesucristo.

2 ¿Tienes la dicha de estar fuera del mundo? Pues mira que no apruebes jamás, por una indigna complacencia y por una pusilánime cobardía, ni los usos, ni las máximas poco cristianas. ¿Estás metido dentro del mundo por la condicion de tu estado? Pues no te contentes con aborrecer, huye tambien el comercio de los que le aman, porque su comunicacion es contagiosa. Como todo lo que el mundo presenta á la vista es tan brillante, son pocos los ojos fuertes que tienen vigor para no dejarse deslumbrar de sus resplandores, cuando el trato, cuando las conversaciones son frecuentes. Si los Santos, que solo tratan con el mundo solo para santificarle, corren gran riesgo de pervertirse ellos mismos, no obstante tantos preservativos,

¿cómo se pueden tener por seguros los que le tratan por gusto, por diversion, por desahogo, no mas que por tratarle, estando tan distantes de la virtud de los otros? Aun aquellos que nunca ven al mundo sino en la iglesia y en el sagrado tribunal de la Penitencia tienen justo motivo de temerle, ¿qué será los que de propósito van á buscar al mundo dentro del mismo mundo, á los teatros de la profanidad, á donde despliega todo lo que el demonio ha inventado para engañar los sentidos y para envenenar el corazon? Juzga tú mismo si esto será posible. Huye, huye de esos escollos; y si la obligacion ó la atenta correspondencia te precisan á exponerte á ellos, sea siempre previniéndote con una visita al santísimo Sacramento, ó con alguna breve oracion, y haz lo mismo luego que vuelvas á casa.

DIA XX.

MARTIROLOGIO.

La conmemoracion de los santos Mártires, cuyo número solo Dios lo sabe, en Tiro en Fenicia; estos son á quienes hizo martirizar con diverso género de tormentos el mariscal de campo Veturio, en tiempo del emperador Diocleciano: primeramente mandó que con crueles azotes despedazasen sus carnes, despues fueron echados á bestias de diversas especies; pero mitigada la ferocidad de estas por virtud divina, salieron sin recibir de ellas lesion, y por último, añadiendo el tirano la fiereza á la crueldad, consumaron el martirio, unos quemados, y otros degollados. Exhortaban á esta gloriosa multitud para alcanzar victoria los obispos Tirannio, Silvano, Péleo y Nilo, y el presbítero Zenobio, quienes tambien con una dichosa pelea consiguieron juntamente la palma del martirio.

Los santos mártires Potamio y Nemesio, en la isla de Chipre.

San Eleuterio, obispo y mártir, en Constantinopla.

El tránsito de san Sadoth, obispo, y de otros ciento veinte y ocho, en Persia, los cuales porque rehusaron adorar al sol, con muerte cruel alcanzaron la corona del martirio en tiempo de Sapor, rey de Persia.

San Leon, obispo, en Catania de Sicilia, esclarecido en virtudes y milagros. *(Véase su vida en las de este dia).*

San Euquerio, obispo de Orleans, en el mismo dia, al cual tanto mas honró el Señor con la gracia de los milagros, cuanto mas calumniado era de sus émulos. *(Vease su vida en las de este dia).*

San Eleuterio, obispo y confesor, en Tournay de Francia.

SAN LEON, OBISPO.

San Leon, uno de los prelados mas célebres de la Iglesia, que por la multitud de sus milagros mereció el renombre de Taumaturgo, na-

ció en el territorio de Ravena, de padres cristianos, los cuales esmeraron sus desvelos en la educacion del niño, que desde sus tiernos años ya se hallaba prevenido con las dulces bendiciones del cielo. Movido en su juventud de la fama de santidad con que se distinguia por aquel tiempo el obispo de Ravena, sin noticia de sus padres rogó á aquel Prelado se dignase recibirle bajo su direccion y magisterio; por quien admitido benignamente, luego que experimentó por su trato la inocencia de su vida, la pureza de costumbres y el celo ardiente por la Religion, conociendo la utilidad que resultaria á la Iglesia de un ministro adornado con tan brillantes cualidades, por la série prescrita en los Cánones sagrados le ascendió al órden sacerdotal, en cuyo ministerio se portó con tanta justificacion y edificacion del pueblo, que por su virtud, integridad y consumada prudencia se fió á su cuidado la administracion de las cosas eclesiásticas.

Ocupado Leon en tan importante comision, satisfecha con aplauso de todo el clero y pueblo, que le publicaban digno de mayores empleos, ocurrió la muerte de Sabino, obispo de Catania en Sicilia; é interesados los electores en las preces acostumbradas para que el Señor se dignase concederles un prelado benemérito, por impulso superior hicieron la eleccion en nuestro Santo, muy distante de apetecer honoríficos empleos. Entendido de la promocion, la resistió por cuantos medios caben en humana repugnancia, confesando ingénuamente su insuficiencia para el desempeño de tan grave peso. Pero no admitidas sus humildes excusas por los electores, tenaces en el empeño, le llevaron por fuerza con aparato régio á la silla de Catania, en la cual se sentó por los años 770.

Conociendo Leon por tan visibles pruebas que era voluntad de Dios cargase sobre sus hombros el peso gravísimo del ministerio episcopal, confiado en la gracia de aquel Señor que le eligió para el empleo, no omitió medio alguno que pudiera contribuir al desempeño de sus obligaciones. No es fácil explicar el porte de este varon apostólico, cuyo principal objeto no fue otro que el hacer brillar la disciplina eclesiástica en todo su clero y reformar las costumbres del pueblo, animando siempre sus instrucciones con el ejemplo, esmerándose tanto en el cuidado de los pobres, viudas, pupilos y huérfanos, que abrazándoles como padre, repetia con frecuencia: Ten, Señor, abiertos tus ojos y atentos los oidos á los clamores de los necesitados que á tí vienen.

Aunque su celo apostólico, la singularidad de su vida ejemplar, el ardor por la Religion, la instruccion particular en las sagradas

Letras, y las repetidas victorias que consiguió de los herejes en las frecuentes disputas que tuvo con ellos hicieron tan célebre á este excelente Prelado, lo que mas recomendó su eminente santidad fueron sus asombrosos prodigios.

Vivia en Catania en su tiempo un celebérrimo mago llamado Diodoro ó Lindoro, hijo de cierta mujer dicha Bárbara Patricia, el cual aunque en sus primeros años habia sido cristiano, descendiente de cristianos, abandonando despues la Religion y entregado al arte mágica con deseos ambiciosos, valiéndose de la cooperacion de los demonios, hacia admirables transformaciones de las cosas criadas: se transferia de repente en términos dilatados, y fingiéndose con poder divino, persuadia al vulgo necio que le tributase culto con error sacrílego. Pero no satisfecho con tan enorme delito, perturbaba á Catania y á toda Sicilia, causando á sus naturales considerables daños y perjuicios. Delatado á Lucio, presidente de la provincia, le pareció conveniente informar á los Emperadores con justificacion de los perversos hechos de aquel hombre maligno, asegurándoles en la relacion que en nada cedia á Simon Mago. Apenas leyeron los emperadores Leon y Constantino tan infausta noticia, enviaron á Catania á Heráclides, su caballerizo mayor, con órden expresa de conducir á Lindoro dentro del término de treinta dias á Constantinopla, encargándole muy particularmente que no omitiera diligencia alguna capaz á satisfacer en un todo la comision. Partió Heráclides al momento, y habiendo llegado á Sicilia, se le presentó inmediatamente el Mago diciéndole que no se molestase en su busca, porque aunque podia huir de todas sus diligencias con la mayor facilidad, con todo, elegia mas bien morir gustoso á los piés del Emperador que vivir en su desgracia.

Admirado el caballerizo de tan inopinada invencion, y dudando si en realidad era Lindoro, le ofreció este que, prometiéndole la correspondiente seguridad, haria que arribasen en un dia á Constantinopla. Amenazóle Heráclides sumergirle en el mar cuando así no lo cumpliese; y con efecto, entrando en unas lanchas todos los de la tripulacion, previniéndoles el Mago que de modo alguno nombrasen á Jesucristo, introduciendo en el agua sus cabezas, se hallaron de improviso en Constantinopla. El caballerizo refirió el suceso á los Emperadores, lleno de asombro, los cuales condenaron á Lindoro á pena capital. Pidió en el suplicio que le diesen agua para beber, rogando que lo hiciesen en una bacía, porque de otro modo no podia saciar la sed; y franqueándole esta, saltando en ella, desapa-

reció diciendo: Salve, Emperador, búscame en Catania. Burladas las majestades imperiales, volvieron segunda vez con mas empeño á remitir á Heráclides á Catania, y ejecutando Lindoro lo mismo que en la primera ocasion, conducido á Constantinopla, con su mágia se libertó de la muerte segunda vez, provocando al Emperador á que le buscase en Catania.

Hemos referido esta historia para que mas brille la virtud de san Leon, pues lo que no pudo conseguir todo el poder humano, logró su santidad. Entendido el santo Prelado del miserable estado de aquel hombre infeliz, deseoso de su salvacion, le aconsejó como padre repetidas veces que se reconociese, manifestándole los funestos fines de semejantes engaños; pero ignorando el desgraciado el poder de la gracia, y el que concede á sus siervos el Señor, estuvo tan léjos de arrepentirse, que convirtió sus malas artes contra Leon. En cierta ocasion estando celebrando el santo sacrificio del altar, entró Lindoro en la iglesia, y principió á patear á todos los concurrentes, moviendo á unos á risa y á otros á indignacion, y aun se gloriaba que haria saltar en el coro al obispo con su clero. Sintió Leon, como debia, el insulto en el templo de Dios, y habiendo hecho fervorosa oracion, lleno de confianza en el Señor, se arrojó al Mago con generosa intrepidez, y asiéndole con la estola por el cuello, le dijo: Por mi Señor Jesucristo te aseguro que de nada te han de aprovechar tus mágias; y quedando preso sin arbitrio, le condujo asido con la misma estola á la hoguera que se encendió para quemarle, entre cuyas llamas mantuvo el Santo la mano con la estola sin la mas mínima lesion, hasta que quedó reducido á cenizas aquel infeliz.

Tambien se acreditó el poder de nuestro Santo en la destruccion de dos simulacros colocados con primoroso artificio en la eminencia de un templo profano, donde el impío Decio tributaba culto á estos famosos ídolos, los cuales no pudiendo demoler sus predecesores por mas exquisitas diligencias que hicieron para ello, consiguió Leon que cayesen en tierra, reducidos á menudos pedazos, apenas oró al Señor, convirtiendo aquel templo, despues de purificado, en iglesia dedicada á los cuatro Mártires, poniendo en el mismo lugar de las estatuas el estandarte de la santa Cruz.

La multitud de prodigios que cada dia obraba el Señor por los méritos de su siervo hizo que volase la fama de su santidad por todo el orbe cristiano. Movidos de estos ecos los Emperadores, deseosos de verle, le mandaron venir á Constantinopla; donde postrados á sus piés le rindieron las veneraciones correspondientes, y encomen-

daron sus personas, su real familia é imperio á sus poderosas oraciones para con Dios.

Finalmente, despues de haber satisfecho todas las obligaciones de su ministerio por espacio de diez y seis años como un verdadero sucesor de los Apóstoles, lleno de merecimientos murió en el Señor por los años 716. Su falta se lloró por su pueblo como la de un padre y pastor tan digno. Su cuerpo fue sepultado en el monasterio que el mismo Santo fundó cerca de los muros de Catania, y su sepulcro fue muy célebre antes que los árabes ocupasen á Sicilia, por el prodigio de manar de él un aceite de singular virtud para curar toda clase de accidentes.

SANTA BARBADA, VÍRGEN.

Santa Paula, cuya memoria es y ha sido célebre en la ciudad de Ávila con el título de santa Barbada á causa del maravilloso prodigio que se dirá despues, nació en Cardeñosa, pueblo del obispado de Ávila, de padres labradores. Imprimieron estos en el corazon de la ilustre vírgen desde sus mas tiernos años las piadosas máximas de nuestra santa Religion; y como entre las mismas se recomienda la devocion para con aquellos héroes que regaron con su sangre el ameno jardin de la Iglesia, siendo de esta clase san Segundo, primer obispo de Ávila, á quien reconoce la nacion por uno de los siete varones apostólicos que enviaron á España desde Roma los príncipes del colegio apostólico san Pedro y san Pablo, con el objeto de que la ilustrasen con la luz del Evangelio, en tiempo que se hallaba la Península envuelta en las miserables sombras de la muerte, encendida Paula en vivísimos deseos de tributar el obsequio y la veneracion que eran debidos al primer Padre espiritual que reengendró en Jesucristo á los naturales de aquella region, venia muchas veces de Cardeñosa á Ávila á visitar el sepulcro del ilustre Mártir, ante el cual se ejercitaba en fervorosas oraciones, y ofrecia al Señor sus religiosos votos.

Vióla en una de estas ocasiones uno de aquellos jóvenes lascivos que no perdonan el sagrado de la mas recatada honestidad, y quedó tan ciegamente enamorado de la extraordinaria hermosura de Paula, que no perdonó medio alguno de cuantos pudieran contribuir al logro de sus torpes intenciones. El desprecio con que la casta doncella rebatió la osada pretension no produjo otro efecto en el libertino que el de aumentar sus impuros deseos, para lo cual puso en

ejecucion todo cuanto pudo sugerirle una pasion ciega, vehemente y persuasiva; pero todos sus ruegos, todas sus promesas, y aun las amenazas de que se valió, solo sirvieron para desengañarlo de la ineficacia de sus mayores esfuerzos, pues animada Paula de un espíritu y de una fortaleza superior á la fragilidad de su sexo, le hizo ver que se cansaba inútilmente en querer manchar la mas preciosa joya de su virginidad que tenia consagrada á Jesucristo, que tanto se complace en la pureza de las almas que se dedican á su santo servicio.

Una resolucion tan generosa y una respuesta tan desengañada llenó al jóven deshonesto de desesperacion; y como esta precipita al hombre á las mas violentas temeridades, determinó quitar la vida á la ilustre vírgen en una de las ocasiones que viniese á satisfacer sus acostumbradas devociones. Conducíase Paula una mañana muy temprano desde su pueblo á Ávila; y viendo al explorador, temerosa de los insultos que pudiera causarla, se entró precipitadamente en el oratorio ó ermita de San Lorenzo que estaba antes de llegar á la ciudad. Postrada allí á los piés de un Crucifijo, rogó al Señor, bañada en tierno llanto, que le afease su hermosura de suerte, que por este medio pudiese conservar intacta su virginidad; y oyendo Dios con agrado las reverentes súplicas de su fidelísima sierva, apareció de improviso su rostro tan poblado de barba, que apenas pudo conocerse que tuviera aspecto de mujer.

Entró en la ermita el lascivo lleno de un furor extraordinario resuelto á ejecutar el mas enorme atentado en caso de resistirse Paula como lo hizo hasta entonces; pero quedó sorprendido cuando vió la deformidad del hermosísimo rostro que habia sido el iman atractivo de su pasion ciega. Desconocida la casta doncella con semejante mutacion, preguntándola el libertino, lleno de turbacion, si habia visto entrar en el oratorio á otra alguna persona, y respondiéndole que no, quedaron frustradas sus temerarias diligencias por aquel medio verdaderamente maravilloso.

Dió Paula á Dios las gracias correspondientes por un favor tan particular; y queriendo acreditar con pruebas prácticas su agradecimiento, fijó su residencia cerca del sepulcro de san Segundo con el noble objeto de dedicarse enteramente al servicio del Señor. Así lo hizo, ocupándose en santas vigilias, en fervorosas oraciones y en el ejercicio de las demás virtudes que recomienda nuestra santa Religion, llegando á ser por lo mismo el objeto de la admiracion y de los mas altos elogios de toda aquella region. Continuó algunos años con el tenor de una vida mas angélica que humana; pero queriendo

el Señor premiar sus grandes merecimientos, la llevó para sí en el dia 20 de febrero, en el que antiguamente fue solemne su festividad, y aunque no nos consta el año puntual de la preciosa muerte de la Santa, conjeturan algunos que fue á mediados del siglo VI. Su cuerpo fue sepultado cerca del arca en que están las reliquias de san Segundo, donde se tuvo en grande veneracion por todos los pueblos de la comarca, y despues fue elevado al sepulcro que en honor de la Santa mandó labrar D.ª Isabel de Ribera en la expresada iglesia de San Segundo, en el cual y en el retablo que la misma fundadora puso en la capilla con la advocacion de santa Barbada se leen varios versos expresivos del memorable suceso referido, que se pintó tambien en el retablo antiguo de la iglesia de San Lorenzo, apoyado además de estos monumentos con una tradicion constante, aunque despues inconsideradamente se puso sobre el sepulcro de la ilustre virgen otro de santa Águeda.

SAN EUQUERIO, OBISPO.

San Euquerio, uno de los mas santos prelados de la Iglesia de Francia, florecia en el siglo VIII, así por el resplandor de su eminente virtud, como por su fervoroso celo en promover la disciplina eclesiástica. Nació en Orleans, hácia el año de 690, de una de las familias mas nobles de aquella ciudad. Su madre era una señora de singular virtud y de costumbres tan arregladas, que tenia pocas imitadoras. Volviendo una noche de la iglesia, donde habia asistido á Maitines, se retiró á su cuarto, y tuvo un sueño que la consoló mucho. Apareciósela un Ángel, y despues de haberla alabado la devocion y la frecuencia con que asistia á los divinos oficios, la anunció que el hijo de que estaba preñada seria hijo de bendicion, y con el tiempo un santo obispo. El nacimiento de aquel querido hijo regocijó extraordinariamente á toda la familia. Noticiosos todos de la vision de la madre, se preguntaban unos á otros: *Quis putas puer iste erit?* ¿Qué cosa será este niño con el tiempo? El deseo de no perdonar á medio alguno que contribuyese á proporcionar las grandes esperanzas que se habian concebido de él movió á sus padres á suplicar á san Ansberto, obispo de Autun, cuya fama de santidad volaba entonces por toda la Francia, que se dignase hacerles la honra de bautizarle. Informado el santo Prelado del misterioso sueño que habia precedido á su nacimiento, tuvo singular consuelo

en administrar el sacramento del Bautismo á un niño por quien el mismo cielo parecia interesarse. Llevároule sus padres á Autun, y el santo Obispo le recibió con aquellos movimientos de gozo espiritual que inspiran á los Santos los indicios ó pronósticos de la futura santidad, exhortando á los virtuosos padres á que doblasen el cuidado en la vigilante educacion de aquel hijo que algun dia habia de honrarlos tanto.

No se pasó mucho tiempo sin que se descubriesen en el santo niño presagios poco dudosos de lo que habia de ser. La dulzura de su natural, su docilidad y su modestia, le hicieron amable desde la cuna. Parecia que habia nacido con él la devocion; á lo menos se anticipó al uso de la razon, y se dejó ver en sus acciones antes que se la hubiesen enseñado. Ninguna cosa consolaba mas á sus piadosos padres que ver la ansia y gusto con que el niño Euquerio se dedicaba á la oracion. No se le podia dar mayor contento que decirle le habian de llevar á la iglesia, donde estaba el niño con tanta compostura, con tanto respeto, que parecia cosa sobrenatural.

A la edad de siete años le aplicaron al estudio. Como tenia mucho ingenio, y era de un natural dócil y blando, en poco tiempo hizo admirables progresos. Distinguióse en las letras humanas y en las artes, saliendo muy aprovechado en la filosofía; pero entre todas las facultades á que le aplicaron con tan feliz suceso, á ninguna se dedicó con igual gusto que á las que tratan de la Religion. Estudió con ansia la teología, los sagrados cánones y santos Padres de la Iglesia, de manera que en poco tiempo fue correspondiente á su virtud su sabiduría. En la edad de diez y siete ó diez y ocho años era ya tenido por un pequeño prodigio de ciencia y de santidad. Nunca fue muchacho sino en los pocos años, y jamás se observó en él la menor puerilidad ni ligereza.

Siendo inseparable de la verdadera piedad cristiana la devocion con la santísima Vírgen, fue ternísima y afectuosísima la que toda la vida profesó Euquerio á esta Señora, sin nombrarla por lo comun con otro nombre que con el de su querida Madre. Al paso de la edad iba creciendo su virtud; y como la oracion habia sido todo el entretenimiento de su niñez, tampoco tuvo otra diversion en su juventud que la lectura de buenos libros y los ejercicios de la mas sólida piedad.

Una virtud tan eminente y tan anticipada no podia quedarse en el siglo, ni el mundo parecia terreno á propósito para un corazon tan puro y tan recto. Al principio abrazó el estado eclesiástico, sien-

do obispo Leodoberdo, y en pocos dias era el ejemplar que se proponia para la imitacion á todos los clérigos; pero este estado, aunque tan santo, todavía le pareció muy peligroso; y como anhelaba á la mas alta perfeccion, todos sus suspiros eran por la soledad. Puso los ojos en el monasterio de Jumieges, situado á la orilla del rio Sena, en la diócesi de Ruan, donde reinaba la disciplina monástica con tanta regularidad, que comunmente era tenida por una de las casas religiosas de mas estrecha observancia. Fue recibido en ella nuestro Santo como venido del cielo, porque la fama de su singular virtud no solo habia prevenido los ánimos en su favor, sino que ya le aclamaba como un modelo cabal de la perfeccion cristiana. Á pocos dias hizo conocer su trato que la fama no habia hecho merced á su mérito. En el noviciado fue la admiracion de los mas ancianos y asombro aun de los mas perfectos: juntaba una profunda humildad y una austerísima mortificacion, con una inocencia, con un fervor que era el pasmo y aun la confusion de todos.

Siete años pasó san Euquerio en una vida tan penitente, que renovaba en Jumieges aquellos espantosos ejemplos de penitencia que hasta entonces solo se habian visto en los desiertos de Oriente. Su ayuno era continuo y austerísima su abstinencia. Ingenioso en mortificar aquellos sentidos que hasta allí se habian conservado inocentes, todo su estudio era crucificar su carne y macerar su cuerpo, de manera que el rigor de la penitencia parecia le dejaba vivir como por milagro. Era tan exacto en la observancia de las mas menudas obligaciones de su instituto, que jamás se le notó la menor falta de regla, ni aun por inadvertencia. Habia recibido un don de contemplacion tan elevado, que pudiera decirse estaba continuamente en oracion, y que su oracion era un perpétuo éxtasis. Sublimado á la dignidad del sacerdocio, no se puede explicar con qué religion, con qué devocion, con qué fervor se llegaba á celebrar el santo sacrificio; su encendido corazon, inflamado en un purísimo amor, se exhalaba en suspiros, y se derretia en lágrimas por los ojos.

Habiendo muerto en este tiempo Severo, obispo de Orleans, y tio de nuestro Santo, así el pueblo como el clero á una voz pidió á Euquerio por obispo; pero como todos tenian tan conocida su sincera y profunda humildad, correspondiente en todo á las demás eminentes virtudes que le acompañaban, se tuvo muy prevista su invencible repugnancia á toda suerte de dignidad eclesiástica, y que se resistiria obstinadamente al obispado, ó le pondrian en precision de eludir sus deseos con la fuga. Para prevenir este inconveniente,

el primer paso fue acudir á Cárlos Martel, que con el título de *Maire*, ó mayordomo de palacio, gobernaba absolutamente todo el reino; despachóle el clero de Orleans una diputacion, pidiéndole diese su permiso para elegir á Euquerio por obispo, y suplicándole al mismo tiempo se dignase apoyar con su autoridad esta eleccion. Condescendió sin dificultad aquel Príncipe con una súplica tan justa, y aun les dió uno de sus primeros oficiales para que fuese con ellos, y de su parte sacase á Euquerio de Jumieges, y le condujese á Orleans.

Luego que los diputados y el oficial llegaron al monasterio, declararon al Santo como el clero y el pueblo de Orleans unánimemente le habian elegido por obispo. Al oir Euquerio esta noticia, quedó tan fuera de sí, como si le hubiera sucedido la mayor desgracia del mundo; pero viendo que no se hacia caso ni de sus ruegos, ni de sus razones, ni de sus lágrimas, vueltos los ojos inundados en ellas á sus queridos hermanos, les suplicó con el modo mas tierno, mas enérgico, mas expresivo, que no permitiesen le arrancasen de su amable compañía para volverle á enredar en los peligrosos lazos del siglo, confesando con ingenuidad que á las mas sagradas dignidades las miraba con horror, considerándolas como unas plazas fronterizas expuestas á mayores peligros de la salvacion. Los monjes por su parte, sensiblemente penetrados de dolor por aquella tierna separacion, mezclaban sus lágrimas con las del afligido Euquerio, sin hallar otro consuelo en la pérdida de tan envidiable compañero, sino la consideracion del mayor bien que resultaba á toda la santa Iglesia. Fue, en fin, necesario dejar la amada soledad y marchar á Orleans. Allí encontró ya juntos á todos los obispos de las cercanías para la ceremonia de su consagracion, la que se celebró en medio de una numerosa clerecía y de cási inmenso concurso de infinito pueblo, que no se hartaba de dar gracias á Dios por haberle concedido á tan santo Obispo.

Luego que se vió á cuestas con el formidable peso de la dignidad episcopal, cuyas gravísimas obligaciones tenia bien comprendidas, dió toda su aplicacion á desempeñarlas. Entregóse enteramente al cuidado que pedia el gobierno de su iglesia. Comenzó haciendo reflorecer la disciplina eclesiástica, y persuadido á que ninguna cosa contribuye tanto á la reformacion de las costumbres del pueblo como la vida ejemplar de los eclesiásticos, se aplicó singularmente á la reforma del clero. Fue su ejemplo la primera leccion que le dió, teniendo el consuelo de recoger muy presto abundantes frutos de su laborioso celo. Mudáronse las costumbres populares, y se vieron

desterrados los abusos. La religion, la piedad, el culto divino reinaron en la diócesi de Orleans, comunicándose á las provincias vecinas la luz de su resplandor brillante. Portábase con todos el santo Prelado con tanta dulzura, con tanto amor, con tanta benevolencia, que hecho dueño de sus corazones, todos le veneraban como pastor, y todos le amaban como padre. Cuando andaba en la visita de su obispado, que era frecuentemente, le salian al camino las villas, las ciudades enteras, correspondiendo al rendimiento con que recibian sus órdenes al amoroso espíritu con que él las dispensaba.

Seria especie de prodigio que una virtud tan eminente y tan ilustre estuviese largo tiempo sin la prueba de la persecucion. Aquella admirable union que reinaba entre el pastor y el rebaño se turbó en fin por el artificio del infierno, en cuyos dominios hacia cada dia nuevas conquistas el infatigable celo de nuestro Santo. Desagradaban mucho al enemigo comun, así la solicitud pastoral, como los grandes frutos que hacia el santo Prelado, y, enfurecido con la rabia, desplegó todos sus artificios para manchar la reputacion de Euquerio por medio de la calumnia. Gozaba de una dulce paz en medio de su querido pueblo, continuada por cási diez y seis años, cuando trabajaron en hacerlo sospechoso al Príncipe, que hasta entonces habia profesado singular estimacion y veneracion al santo Obispo. Desencadenóse la envidia contra su severidad, que calificaba de aparente; pero sobre todo contra el celoso teson con que se oponia á que los legos usurpasen los bienes de la Iglesia. Esto era puntualmente atacar á Cárlos Martel por el lado flaco, y tocarle en el punto mas sensible. Como este Príncipe se hallaba empeñado en tantas guerras, ya en defensa propia, ya contra los sarracenos, se habia apoderado de gruesas cantidades en las rentas eclesiásticas para mantenerlas. Diéronle á entender que san Euquerio condenaba ardientemente su conducta; creyólo, y, sin examinar las circunstancias de aquellas acusaciones, resolvió castigar severamente al santo Prelado. A su vuelta de Aquitania, donde habia derrotado felizmente á los sarracenos, pasó por Orleans, y dió órden á san Euquerio que le siguiese á París, y desde allí al palacio de Verneuil, que era una de las casas reales. Apenas llegó á ella, cuando le desterró á Colonia, juntamente con todos sus parientes, sin querer dar oidos á su defensa.

Hizo en Euquerio poca impresion la desgracia. El gusto de hallar la soledad y el retiro que apetecia le hizo mirar con complacencia el lugar de su destierro; pero solo le trataron como á desterrado el

tiempo que tardaron en conocerle. Su eminente virtud fue, por decirlo así, una especie de hechizo que luego le ganó el amor y el respeto de todo el mundo. El pueblo y el clero le trató con mucha honra, y los principales de la ciudad contribuian tan liberalmente á cuanto habia menester, que causó celos al Príncipe, de suerte que envió órden al duque de Aspengau para que hiciese salir de Colonia al santo Obispo, y le transfiriesen á una de las plazas fuertes de Hasbain, en el país de Lieja; pero Dios le dió tambien tanta gracia en los ojos de este señor que, muy léjos de tratarle como prisionero, le respetó sumamente, y aun le hizo limosnero suyo. Habiendo obtenido del Duque libre facultad para elegir el lugar que quisiese dentro de la provincia de Hasbain, escogió la abadía de Tron, que fue su último retiro.

Luego que se vió dentro de ella, solo pensó en santificarse mas y mas con el ejercicio de las mayores virtudes. Seis años pasó en una vida enteramente celestial. Redobló sus penitencias, y era continua su oracion y sus vigilias. Hizo tanta impresion en todos los monjes el ejemplo del santo Prelado, que se reformó el monasterio. Parecia que en su vida habia salido Euquerio del desierto, segun el total olvido que tenia de sus parientes y del mundo. Finalmente, queriendo el Señor premiar los trabajos de su fiel siervo, le llamó del destierro á la feliz estancia de los bienaventurados por una muerte preciosa. Fue su dichoso tránsito el dia 20 de febrero del año 743, y en poco tiempo ilustró el Señor la gloria de su sepulcro con muchos milagros. Enterráronle en la iglesia de San Tron, y cási desde entonces se comenzó á celebrar su fiesta: ciento treinta y siete años estuvo el santo cuerpo en la sepultura, hasta que en el año de 880 fue elevado de la tierra juntamente con el de san Tron, y expuesto en lugar eminente á la pública veneracion. La incursion de los normandos, que sucedió el año siguiente, obligó al obispo Francon á ocultar los dos cuerpos santos en la gruta donde hoy dia son reverenciados. Venérase en una rica urna todo el cuerpo de san Euquerio, á excepcion de un hueso principal que el año de 1606 se cedió á la santa iglesia de Orleans.

La Misa es del comun de Confesor y pontífice, y la Oracion la que se sigue:

Da quæsumus, omnipotens Deus, ut beati Eucherii, confessoris tui atque pontificis, veneranda solemnitas, et

Concédenos, ó Dios omnipotente; que la venerable solemnidad de tu bienaventurado confesor y pontífice

devotionem nobis augeat, et salutem. Per Dominum nostrum, etc.

san Euquerio nos aumente la piedad y el deseo de nuestra eterna salvacion. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epistola es del capítulo XLIV *y* XLV *del Eclesiástico, pág.* 62.

REFLEXIONES.

Non est inventus similis illi, qui conservavit legem Excelsi: No se halló quien fuese semejante á él en observar la ley del Altísimo. Asombro es que esta ley no sea mas generalmente observada. Es ley del Altísimo; pues ¿quién puede resistirse á obedecerla? De la observancia ó de la infraccion de esta ley pende nuestra felicidad ó infelicidad eterna; pues ¿quién se atreverá á violarla? Con todo eso hay pocos que la observen con fervor y con puntualidad. ¿De dónde nacerá la inobservancia de la divina ley en muchas personas que por otra parte son piadosas y tienen una vida bastantemente arreglada? No de otro principio que de los respetos humanos. Este es el fantasmon imaginario, este es el grande escollo figurado en que se estrellan tantos proyectos y que hace infieles á tantas almas. Y en suma, esos respetos humanos ¿qué vienen á ser? Un vano espantajo forjado por la fantasía, abultado por el amor propio, en quien el mundo subdelega toda su autoridad, y de quien se vale el enemigo comun para intimidar, para acobardar á las almas pusilánimes; es un temor pánico, imprudente y necio de cumplir con su deber en punto de religion, de parecer cuerdo y virtuoso á los ojos de los que no lo son, y de tener una vida arreglada á la fe que se profesa.

¡Cuántas personas tocadas de la gracia de Dios, espantadas á la vista de sus desórdenes se rendirian á los fuertes impulsos de la gracia, si la vana aprehension de los juicios del mundo, si los respetos humanos no sufocaran en ellas las mas santas resoluciones, y si no hicieran inútiles los esfuerzos de estas luces!

Remordimientos agudos, sobresaltos saludables, proyectos de conversion, deseos virtuosos, plan de nueva vida, todo da al través en este infeliz escollo. Quiérese mas pasar los dias de la vida entre las amarguras de un corazon agitado, entre las turbaciones de una conciencia cruelmente atormentada; quiérese mas vivir en desgracia de Dios; quiérese mas arriesgarlo todo que exponerse á la zumba, á la risa, á la censura de un monton de mentecatos á quienes siempre pone de mal humor el mérito de otros, y no pueden tolerar sean mas prudentes que ellos los que en otro tiempo no fueron mejores.

¿Vióse jamás en el mundo temor mas mal fundado, mas mal empleada condescendencia, ni diferencia mas irracional ni mas injusta? Estáse en la firme persuasion de que el camino va errado; conócese claramente el riesgo y el precipicio; pálpase, confiésase la grande necesidad que hay de una pronta reforma. La gracia solicita, el tiempo vuela, el ejemplo, la experiencia, la fe, la razon, todo conspira á sacarnos del peligro, todo nos inclina al partido mejor, todo grita que es menester reformarnos. Conviénese en eso; pero un terror pánico nos hace tan cobardes, que se nos caen las armas de las manos; el vano fantasmon de los respetos humanos turba, desconcierta; para el movimiento á los primeros pasos en tan gloriosa carrera. ¿Son acaso las dificultades las que nos acobardan? ¿Es acaso la devocion la que nos espanta? ¿Faltan por ventura atractivos á la virtud? No por cierto.

Aquel hombre del gran mundo, aquel ingenio conocido, aquel jóven tan entendido y tan discreto, aquella dama, aquella hermosura llena de vanidad y de presuncion, desengañados ya de las fantásticas ideas que deslumbran y encaprichan, hallaban no sé qué nuevo gusto en el ejercicio de la virtud. Á vista de la gracia habia desaparecido una prodigiosa multitud de fantasmas que los espantaban, y la misma gracia, por decirlo así, habia allanado ya todos los caminos. Ya el semblante de la penitencia no les parecia tan feo, tan horroroso, ni encontraban ya tanta dulzura, tanto gusto en los placeres del mundo; si comprendian ya, y aun lo palpaban, que una vida inocente, una virtud pura y sólida es copioso manantial de una alegría verdadera, de una tranquilidad que no se halla en otra parte. La vida de los Santos que florecieron en todos los estados no les parecia ya prodigios tan raros que fuesen inaccesibles á la imitacion. La virtud no solo se les figuraba amable, sino fácil, ó á lo menos no difícil. El horror de los desórdenes pasados, las máximas y los dictámenes presentes, todo prometia una dichosa conversion futura, una reforma pronta, total, de grande ejemplo, y que hiciese mucho ruido. Ya estaban, por decirlo así, con un pié en la tierra de promision, cuando el temor de unos mónstruos fingidos, fabricados puramente por un terror pánico, por una imaginacion desconcertada, los detiene, los desalienta, los hace volver atrás. ¡Buen Dios! ¿será posible que nuestra imaginacion únicamente ha de ser fecunda en obstáculos, en dificultades, en mónstruos, cuando se trata de entrar en vuestro servicio?

El Evangelio es del capítulo XXV *de san Mateo, pág.* 64.

MEDITACION.

De los respetos humanos.

Punto primero.— Considera que los respetos humanos son una injusta preferencia de los juicios de los hombres sobre los juicios del mismo Dios. ¿Qué cosa mas irracional ni mas indigna de un hombre de bien y de un hombre cristiano?

Témese disgustar á quien nada importa darle gusto, ni dejar de dársele; y no se teme desagradar á Dios, siendo esta la mayor de todas las desdichas; y es lo peor, que se quiere desagradar á Dios por no desagradar á los hombres.

Tiénese vergüenza, témese mucho el ser tenido por devoto; es decir, por siervo fiel de Dios, por discípulo de Jesucristo, por religioso observador de su ley y de sus preceptos. Si esto sucediese en medio del gentilismo, llorariamos la desgracia de aquellos cristianos cobardes, de aquellos semiapóstatas; ¡pero que esto suceda entre los cristianos! ¡Que en medio del Cristianismo se tenga vergüenza del Evangelio! ¿Pueden subir mas de punto la irreligion, la impiedad y la malicia?

Hónrase uno de estar en servicio de los grandes del mundo, ¡y se avergüenza de estar en servicio de Jesucristo! ¿De cuándo acá es cosa vergonzosa ser hombre de bien, ser virtuoso, ser fiel?

Los disolutos, los mundanos hacen vanidad de las diversiones gentílicas, de las acciones mas afrentosas; ¡y los cristianos se han de correr de las acciones mas santas! Ha de alabarse uno de pasar los dias enteros en el juego, de entrar en todas las partidas de diversion, de brillar, de sobresalir en las concurrencias del mundo; ¡y le han de salir los colores al rostro porque se le vea en el tribunal de la Penitencia, al pié de los altares, en el templo santo de Dios con modestia y con respeto! ¡No ha de tener valor para decir, y aun se ha de enfadar de que se sepa que acaba de salir de unos dias de retiro, de hacer unos santos ejercicios! ¡Con qué viveza, con qué empeño se niega ó se oculta que se ha visitado á los pobres del hospital, que ya se ha dejado el juego, que ya no se concurre al baile, que se ha desterrado para siempre de los espectáculos, que se hace profesion descubierta de ser cristiano, y que se cree al oráculo, que dice: *El que negare á Jesucristo delante de los hombres, será negado de Jesucristo delante de su Padre!* Esta conducta ¿es extravagancia ó es impiedad? ¿es irreligion ó es locura? Todo lo es ciertamente.

¡Ah, mi Dios! ¡qué confusion, qué dolor siento de haber tenido hasta aquí mas atencion á los hombres que á mi soberano Dueño! ¡Qué vivamente detesto tan vergonzosa, tan impía preferencia! Vos, Señor, á quien está patente mi corazon, estais viendo lo que siento y lo que pienso.

PUNTO SEGUNDO.—Considera que si un discípulo de Cristo se hubiera mezclado entre el pueblo de los judios y hubiera gritado con ellos: *¡Viva Barrabás y muera Jesús!* ¡qué indignacion, qué horror no se tendria aun en el dia de hoy contra aquel impío apóstata, y con qué execracion no se escucharia su nombre hasta el fin de los siglos en toda la Iglesia!

Pues digo, y el preferir el mundo á Jesucristo por un vil respeto humano, ¿es menos injurioso á Jesús? ¿es menos escandaloso? ¿es menos horrible? ¿Queda acaso por este cobarde, por este ingrato discípulo, que la ley de Dios no perezca? ¿Qué dirán si me reformo? ¿si no asisto ya á los saraos, á los convites, á las funciones del Carnaval, á las fiestas licenciosas? Pero dime, ¿y qué dirá Dios si asistes á ellas? Mas no importa, con Dios no se cuenta, se hace poco ó ningun caso de que diga lo que dijere; puede mas una necia vergüenza, un loco respeto humano. ¡Oh mi Dios! Y á vista de esto ¿quién negará ya que es muy necesario un juicio universal, que es indispensable la severidad de la divina justicia?

Si haces esa buena obra, si enmiendas tus costumbres, si frecuentas los Sacramentos, si entablas una vida regular y mas cristiana, los hombres de juicio y virtud te alabarán, Dios lo aprobará, y tú te alegrarás eternamente. Á la verdad, algunos libertinos, algunas mujeres mundanas sin honra y sin cabeza te zumbarán por algun tiempo. Pero qué, ¿has de hacer tú caso de lo que dice semejante gentecilla? ¿Has de hacer aprecio de sus insulsas, de sus impías necedades, y las has de temer hasta sacrificar tu paz, tu salvacion y tu alma?

¡Qué! un necio, un impío desaprueba la ley de Dios, ¿y yo sacrifico mi deber, mi religion, mi conciencia á la impiedad, al capricho de ese necio? ¿Puede haber mas odiosa extravagancia? Los Mártires siguieron esta ley, defendieron esta ley á costa de su vida: en buena fe, ¿estarán prontos á defender la misma ley hasta derramar su sangre por ella esos corazones dominados por los respetos humanos?

Bien sé, Señor, que jamás seré siervo vuestro si quiero agradar

á los hombres; pero esto es hecho, Señor, ya no mas cobardía, ya no mas humanos respetos cuando se trata de serviros. Mas que desagrade á todo el universo, como os dé gusto á Vos, Dios mio, nada me importa; desde este mismo punto pongo toda mi gloria en serviros á Vos, en agradaros á Vos, cuidando poco de agradar ni desagradar á otro.

JACULATORIAS.—Rompamos ya las cadenas del respeto humano, sacudamos ya de nuestras cervices la tiranía de su yugo. (*Psalm.* II).

Complácese Dios en despreciar tambien á los que no hacen caso de su majestad por complacer á los hombres, y tiene gran gusto de llenarlos de confusion. (*Psalm.* LII).

PROPÓSITOS.

1 No se pase el dia sin dar alguna prueba del desprecio que haces de los respetos humanos, y muestra en toda ocasion que no te avergüenzas del Evangelio. Cúmplase con estas dos obligaciones de palabra y de obra. Has hecho resolucion y se lo has ofrecido á Dios de no jugar esta Pascua, de no concurrir mas al baile, de desterrarte para siempre de los espectáculos; pues dí públicamente, y dílo con toda resolucion, que no quieres jugar hasta tal tiempo; que has renunciado eficazmente y para siempre todo concurso, toda diversion peligrosa; que quieres servir á Dios con mayor edificacion y con mas fidelidad que lo has hecho hasta aquí: levanta la voz, y dí con toda claridad que quieres pensar sériamente en el negocio de tu eterna salvacion, y que estás resuelto á no perdonar medio alguno para conseguirle; dí que no quieres tener otra regla para tu conducta que las máximas de Jesucristo y los dictámenes del Evangelio. Todo pende de decirlo con brio y con resolucion; si muestras timidez, date por vencido. En materia de costumbres, una vigorosa determinacion vale una victoria; pero no te contentes con declarar el partido que has tomado, haz que tus obras prueben tu resolucion. El mundo solo persigue con sus zumbas, con sus frias bufonadas á los virtuosos tímidos y cobardes, á los que se avergüenzan de parecer lo que son; pero á los que públicamente hacen resuelta profesion de serlo los mira con respeto y con veneracion. Si temes responder franca y descubiertamente con aire libre y resuelto que vas á encomendarte á Dios, que vienes de la iglesia, esa necia cobardía, ese contemporizar fuera de tiempo, prueban que la intencion no es la mas pura, que tu fe está muy tierna, que tu devocion es muy du-

dosa. Mírase esa media devocion como una especie de escena cómica con que quieres divertir al público ; y eso es lo que hace reir á unos y pone de mal humor á otros. Y con efecto, si estás resuelto á servir á Dios sinceramente, ¿á qué propósito avergonzarte de una cosa que á todo el mundo honra tanto?

2 Es error persuadirse uno que seria vanidad declararse tan presto y tan descubiertamente por el partido de la virtud. Este es el maligno artificio de que ordinariamente se sirve el demonio para engañar á las personas que se convierten ; pero acuérdate que es un excelente medio para perseverar en la virtud, profesarla desde luego á cara descubierta. Este generoso, este ruidoso principio, hace que las mismas armas del enemigo sirvan para combatirle una vez que se abrazó públicamente el partido de la virtud : la honra, la razon y hasta los mismos respetos humanos sirven de barrera para defenderse de la inconstancia ; tarde ó temprano se conoce el buen efecto de aquellos primeros pasos : despues de haber metido tanto ruido seria mucha vergüenza volver atrás. ¡Dichosa necesidad! ¡dichoso fruto de aquella animosa declaracion!

3 ¿Quieres, pues, librarte desde luego de los importunos sobresaltos del amor propio y de los artificiosos lazos del enemigo? Pues afecta, por decirlo así, dejarte ver en público con un vestido modesto, con una compostura, con unos modales que ellos mismos estén publicando tu mudanza ; muéstrate resuelto y determinado por todas tus respuestas prontas y precisas en punto de la virtud. Una de las mas piadosas y de las mas útiles declaraciones es ir á oir misa con modestia y con devocion ejemplar en aquellas mismas horas y á aquellas mismas iglesias donde antes te dejabas ver con tan poco respeto y con tan ninguna reverencia. Algunos cristianos hay tan generosos y tan santamente intrépidos, que de propósito comulgan algunas veces en la misa de los indevotos, de los perezosos ; es decir, en la misa de once ó doce, á que suelen concurrir los pisaverdes. Ciertamente que son muy debidos al público estos buenos ejemplos. Guárdate bien de detenerte un punto en confesar que vas á visitar el santísimo Sacramento, que vienes de hacer lo mismo con los pobres, etc. Pues ¿que se ha de hacer vanidad en el mundo de decir que se va ó se viene de la comedia, y se habia de tener vergüenza de decir que se va á la iglesia ó que se viene del hospital? Ten horror toda la vida de una timidez, de una cobardía tan indigna.

DIA XXI.

MARTIROLOGIO.

El tránsito de los setenta y nueve santos Mártires, en Sicilia, que en tiempo de Diocleciano por diferentes tormentos merecieron recibir la corona de su confesion.

Los santos mártires Verulo, Secundino, Siricio, Félix, Sérvulo, Saturnino, Fortunato, y otros diez y seis, en Adrumeto de África, que en la persecucion de los vándalos por confesar la fe católica fueron coronados con el martirio.

San Severiano, obispo y mártir, en Escitópolis en la Palestina.

San Pedro Mavimeno, en Damasco, el cual habiendo dicho á unos árabes que le fueron á visitar estando enfermo: «Todo aquel que no abraza la fe cristiana y católica se condena como vuestro falso profeta Mahoma se condenó;» fue muerto por ellos.

San Maximiano, obispo y confesor, en Ravena. *(Fue consagrado por el papa Vigilio en 546, y murió el 22 de febrero del año 556. Era muy estimado del emperador Justiniano y de toda su corte por su piedad y por el acierto con que dirigia los negocios de su iglesia, distinguiéndose muy particularmente en la devocion de la santísima Virgen).*

San Félix, obispo, en Metz. *(Véase una noticia de su vida en las de este dia).*

San Paterio, obispo, en Brescia.

LA MILAGROSA Y SANTA LUZ, EN MANRESA.

Corria ya el séptimo año desde que la muy noble, muy leal y ahora ilustrísima ciudad de Manresa (en Cataluña) yacia sujeta al entredicho eclesiástico fulminado contra ella por el Ilmo. Sr. Galcerando obispo de Vich, á cuya diócesis pertenecia ya entonces. Este entredicho fue en razon de litigio suscitado entre S. Ilma. y la ciudad, sobre el pasaje de las aguas del canal llamado *La acequia* que se estaba construyendo por el término de Sallent, del que el ilustrísimo Diocesano de Vich era señor. La causa parece que fue el considerar S. Ilma. que los habitantes de Manresa se hallaban en el caso que previenen los concilios tarraconenses respecto de los invasores de los bienes y cosas eclesiásticas. Los ciudadanos de Manresa apelaron inmediatamente de la sentencia de entredicho y otros procesos ante el señor dean ó vicario foráneo de la misma; avocando al mismo tiempo la causa al Palacio pontificio: en cuyo intermedio murió el Ilmo. Galcerando, sucediéndole en el obispado el Ilmo. Miguel. Con el nuevo Obispo continuó el entredicho; y la larga duracion de tan

aflictivo estado tenia sumida á la religiosa ciudad de Manresa en el mas acerbo dolor y consternacion. Apesadumbrados sus devotos hijos viéndose privados del goce de las solemnidades religiosas, y excluidos de la participacion del pasto espiritual [1], elevaban fervientes súplicas al Altísimo para que se compadeciese de su adversa suerte, y pusiese fin á su lamentable desgracia.

No fueron inútiles sus devotas y humildes plegarias, porque el Todopoderoso, que penetra en lo mas íntimo de nuestros corazones y pensamientos, por su bondad inagotable las acogió benévolo, y tendiéndoles su protectora mano, les manifestó del modo mas sorprendente el distinguido aprecio que le merecian los fieles manresanos. Era, pues, el dia 21 de febrero del año 1345, y sobre las nueve de la mañana, ocasion en la que todos los habitantes de Manresa hallábanse ocupados en sus respectivas diurnas tareas, los artesanos en sus talleres, los labradores en los campos, y aquellos que por sus negocios les conviniera circulando por la ciudad, cuando vióse venir con asombro por la parte del célebre santuario de Monserrate una maravillosa *Luz*, cuyos centelleantes fulgores sufocaban los muy relucientes del sol. Sorprendidos y sobresaltados todos los moradores de ella con el vivísimo resplandor que despedia, dejan inmediatamente sus labores, y saliendo unos por las ventanas y otros por las calles, dirigen todos sus ojos al cielo, y la ven venir, demostrando en su lento y majestuoso paso que era extraordinaria y de órden superior. Atraviesa por medio de la ciudad entre dos aires, y se dirige al templo de Nuestra Señora del Cármen: penetra en él por una grande ventana, que habia en una pared de tapia [2], y se coloca en la clave del altar mayor ó presbiterio.

Fija la divina luz en esta clave, que sujeta los ocho arcos de que consta la iglesia, se dividió en dos partes enteramente iguales, conservando las dos el mismo espesor y brillo que tenia la primera antes de su separacion. Inmóvil la una en la misma clave, se dirigió á paso grave la otra á la capilla de la Santísima Trinidad, que es la misma que Fr. Saclosa iba á dedicar á los santos apóstoles san Simon y san Judas. Luego de colocada esta parte de dicha luz en la mencionada capilla, la otra de la clave volvió á dividirse en otras

[1] Los templos se hallaban cerrados, y si moria algun habitante, tenian que darle sepultura en la parroquia de San Juan de Vilatorrada ó en la de Viladordis.

[2] Esta pared cubria interinamente el lugar que debia ocupar la fachada de la iglesia, en razon de no ser todavía concluida.

iguales dos partes, sin menguar tampoco ni su brillantez ni su intensidad, colocándose la una tambien á tardo paso en la capilla de San Salvador [1], en tanto que la otra guardaba su primitiva posicion.

Estando colocadas de este modo las tres partes de la misteriosa luz, la que ocupaba la clave con movimiento lento y majestuoso fué á unirse con la de la capilla de la Santísima Trinidad, y unida á esta, la otra luz de la capilla de San Salvador con igual gravedad fué á juntarse con ellas, sin aumentar por esto su brillo ni espesor. Á poco rato se separaron las dos luces, que se habian unido á la de la capilla de la Santísima Trinidad, de la misma manera que se habian unido, y se volvieron la una á la clave, y la otra á la capilla de San Salvador. Segunda vez se repitió la union y separacion de la celestial luz, colocándose igualmente que la primera, sin que todavía los religiosos, que celebraban los divinos oficios en una capilla interior llamada de San Mauro, se hubiesen apercibido, si bien les admiraba que tocase la campana del convento.

Los labradores y demás manresanos, que por sus ocupaciones ú oficio se hallaban fuera de la ciudad, así que oyeron la campana creyeron que el ilustrísimo señor Obispo de Vich habia levantado el anatema; mas los que se encontraban en ella enajenados con la admiracion que les causó la admirable luz, sin reparar en el sonido de la campana, continuaban dirigiéndose con grande afluencia al sagrado templo donde se obraba tan extraordinario misterio.

Observando algunos que los religiosos nada habian apercibido, fueron con los conselleres al convento para advertirles el sorprendente misterio que se obraba en su iglesia; y así que les vieron exclamaron: ¡Oh Padre prior! ¡oh santos religiosos! ¿cómo no observais el divino misterio que Dios omnipotente obra ahora en vuestro santo templo? ¿Cómo no oís vuestra campana, que toca por sí sola sin necesitar el impulso humano? Atónito el buen prior y lleno de alegría responde: Pero, cielos santos, ¿qué es eso? ¿qué misterio?

Contestan los conselleres: Venid, venid, pues, á ver el majestuoso

1 En esta capilla, llamada San Salvador, hay todavía un Crucifijo de remota antigüedad, al que los manresanos profesan grande devocion. Antes de la invasion de los sarracenos, en el lugar que ocupa esta capilla habia otra dedicada á la santa Cruz. En el año 1314, habiendo el P. Fr. Pedro Vidal, prior de Carmelitas, mandado vaciar un pozo lleno de tierra que habia en este mismo lugar, se hallaron dentro las imágenes de san Salvador y la de Nuestra Señora del Cármen, que hoy se halla en el altar mayor de la mencionada iglesia.

y profundo misterio con que la divina Providencia honra esta feliz ciudad : sí, no lo dudeis, el Altísimo compadecido de nuestro grande infortunio acaba de darnos su santa absolucion. Mientras estaban en este grato coloquio apresuraban todos el paso para entrar cuanto antes en el mencionado santuario. Penetran en este lugar sagrado, y al ver el Padre prior y religiosos el brillante resplandor que arrojaba la milagrosa luz, prorumpen en loores al Eterno por tan singular beneficio. Dirígense á la sacristía, donde el Padre prior se reviste la capa pluvial, y luego despues sale con los religiosos delante, precedidos de la cruz en alto y los ciriales á su lado, entonando cánticos sagrados hasta la capilla de la Santísima Trinidad. Así que llegan á ella vuelve á separarse en tres partes la luz, como las dos veces anteriores, uniéndose igualmente poco despues las tres en la capilla de la Santísima Trinidad del modo que se ha manifestado.

En vista de ello los venerables religiosos empiezan el cántico de aquel verso de Daniel, capítulo III : *Benedicamus Patrem et Filium cum Sancto Spiritu*, y concluido, rezan la Salve Regina : todavía la rezaban, que agregadas ya las tres luces, y formando una sola, sale con suavísimo movimiento por donde habia entrado, y tomando la misma direccion de Monserrate, por do habia venido ; y así que estuvo un poco distante de la religiosa Manresa desapareció de la vista de los religiosos y numerosos espectadores que la seguian ; cesando al instante el particular tañido de la campana de dicha iglesia.

¡Oh dia feliz ! ¡oh bienaventurado dia ! Lo fuera ciertamente para vosotros, afortunados hijos de Manresa, que alcanzásteis el envidiable placer de gozar del dulce y sorprendente espectáculo que os manifestaba patentemente el inexplicable y augustísimo misterio de la santísima Trinidad, pues tal fue el que os ofrecia la brillantísima luz que vísteis en el mencionado templo.

Esta luz, como habríais observado, era trina y una, y siendo trina y una era verdadero emblema de las Personas de la santísima Trinidad, que no obstante de ser trina en personas, no tienen mas que una sola naturaleza divina.

Este fiel cuadro de tan sublime misterio llenó y debia llenar de tierno consuelo, á la par que de alegría, á los devotos habitantes de Manresa, porque veian claramente que Dios, soberano Señor y Criador de todo lo existente, se compadecia de su larga relegacion

religiosa, abriéndoles él mismo las puertas de los templos por medio de esta prodigiosa luz.

Animados con este elocuente testimonio de la misericordia divina, nombran y mandan luego mensajeros al ilustrísimo señor Obispo de Vich, que se hallaba en un lugar llamado San Pons, muy cerca de San Pedor, porque en razon del entredicho se abstenia de acercarse á dicha ciudad. Preséntanse ante S. Ilma., y al narrarle el insigne misterio que el Excelso habia obrado en la ciudad de Manresa, asoma un torrente de lágrimas en sus ojos, y levantando sus manos juntas al cielo pónese de rodillas, y lleno de ternura con vehemencia exclama: ¡No plazca á Dios omnipotente que tenga por mas tiempo lanzado el anatema sobre esta noble ciudad! y ya que el Altísimo tan singular misterio obró en ella, quiero absolverla, como lo hago desde ahora, devolviéndola en mi gracia, así como el Señor se dignó recibirla en la suya de un modo tan portentoso. Grábanse estas tiernas palabras en los corazones de los mensajeros, que regresan inmediatamente á Manresa para anunciar tan fausta nueva, donde junto con sus conciudadanos elevan ardientes votos de gracias al Todopoderoso, que les habia otorgado tan inmenso beneficio.

SAN DOSITEO, CONFESOR.

Ninguna cosa enseña mejor, ni aun tan bien, como los ejemplos. Por eso ha querido el Señor proponérnoslos en todas edades, en todas condiciones, en todos estados, atajando por este medio los falsos pretextos de que pudiera servirse nuestro amor propio para desviarnos de la virtud. Quiso confundir nuestra cobardía, poniéndonos á la vista la santidad de aquellos que, siendo mas jóvenes, mas débiles, mas delicados, menos sábios que nosotros, no por eso dejaron de arribar á un eminente grado de virtud, aun ceñidos siempre dentro de los límites de los empleos menos lustrosos y de las acciones mas comunes y ordinarias.

Fue Dositeo un jóven noble, hijo de un prefecto, ministro de la guerra ó tribuno, oficial que mandaba un cuerpo de tropas, y corresponde ahora al grado de maestre de campo, ó de teniente general. Como estaba en la flor de su edad, y era de bella disposicion, airoso y bien proporcionado, era tambien las delicias de toda su familia, y el ídolo de su padre, que le crió con la mayor delicadeza y con el mayor regalo. Aunque eran cristianos sus padres, le dieron

una lastimosa educacion, manteniéndole en una total ignorancia de la religion cristiana; y por miedo de no atarearle ni de quitarle la libertad, no le aplicaron á los estudios, dejándole vivir sin darle la mas leve tintura de letras ni de facultades. Si Dositeo no se precipitó en las mas funestas licencias de la juventud, debiólo á la buena inclinacion de su bella índole, ó, por mejor decir, á la especial gracia con que el cielo le preservó de los mayores escollos. Era Dositeo de un natural dulce, gracioso y apacible; á que añadiéndose la hermosura de su semblante, la proporcion airosa de su talle, la delicadeza y blancura de su tez, con unos modales desembarazados, modestos y llenos de una noble ingenuidad, junto todo con una rara inocencia de costumbres, le hacian universalmente amado de todo el mundo. Sobre todo el padre estaba tan hechizado con su hijo, que no sabia negarle gusto alguno; y esta excesiva condescendencia fue la causa de su grosera ignorancia.

En esta regalona ociosidad vivia Dositeo cuando oyó hablar del viaje de la Tierra Santa. El Señor, que tenia particulares designios sobre aquella alma privilegiada de su gracia, le inspiró el deseo de hacer este viaje. Apenas dió á entender á su padre la curiosidad que se le habia excitado, cuando al instante providenció todo lo necesario para complacerle. Estaban algunos oficiales para hacer aquella jornada por devocion, y el tribuno les pidió que llevasen consigo á su hijo Dositeo, haciéndole el gusto de cuidar de su comodidad y de su regalo. Apenas llegaron á Jerusalen cuando todas las cosas grandes y santas que veia en aquellos sagrados lugares le tenian como embelesado, haciéndole especialmente grande impresion todo lo que oia decir de nuestros sacrosantos misterios. Condújole un dia la divina Providencia á cierta iglesia cerca de Getsemaní, que es un valle al pié del monte de las Olivas, distante algunos centenares de pasos de Jerusalen, y vió en ella una pintura que le dió gran golpe. Era un vivísimo retrato de los tormentos que los condenados padecen en el infierno; y como nuestro jóven ignoraba enteramente lo que la fe nos enseña en este punto, quedó como suspenso y atónito. Consideraba inmoble aquel horroroso lienzo, fijos los ojos en todas las tristes figuras que en él se representaban, cuando se llegó á él una señora vestida de púrpura, respetable por su majestuosa gravedad y por todo su aire celestial, la cual le explicó lo que significaba aquella pintura, declarándole todos sus misterios. Aturdido Dositeo con lo que estaba oyendo, escuchaba á la señora con un profundo silencio; pero volviendo en sí del asombro, la preguntó cortesanamente

qué haria para evitar la desgracia de caer en aquellos horrendos suplicios. *Hijo mio*, le respondió la matrona, *si quieres no ser del número de los condenados ayuna, no comas carne, y ora sin cesar*; y diciendo esto desapareció. Nunca dudó nuestro Santo que esta señora habia sido la santísima Vírgen, y así la profesó siempre una tiernísima devocion, que cada dia fué creciendo hasta la muerte.

Luego que Dositeo volvió á la posada, comenzó á poner en práctica el consejo de aquella celestial Señora. Su ayuno, su abstinencia, su oracion continua y su perpétuo recogimiento admiraron á los oficiales en cuya compañía habia venido. No perdonaron á diligencia alguna para divertirle, para hacerle comer y para distraerle; pero no fue posible hacerle mudar de método. Viendo su constante perseverancia le dijeron: que aquella vida no era correspondiente á un hombre del mundo, y que si pensaba conservarla hasta la muerte estaria mejor en un monasterio. Dositeo, que jamás habia oido hablar del estado religioso, preguntó qué cosa era monasterio. Respondiéronle que monasterio era una casa santa y recogida, donde se encerraban los que querian vivir únicamente para el cielo, pasando la vida bajo la obediencia de un prelado, en ejercicios de penitencia y de oracion, sin comunicacion de los seglares. Agradóle tanto esta descripcion de la vida religiosa, que no dejó en paz á aquellos caballeros hasta que le llevasen á un monasterio. Uno de ellos le condujo al de san Serido, antiguo amigo suyo. Luego que le vió el santo Abad, quedó prendado. Preguntóle qué queria. Y él solo respondió: *Salvarme*. Con todo eso, conociendo el prudente Abad por su vestido, por su delicadeza, por su aire y por todos sus modales que era jóven de muy distinguida calidad, y sospechando que quizá habria hecho alguna travesura, por la cual se habria escapado de su casa huyendo del castigo, temió que si le recibia tendria acaso que padecer el monasterio. Con estos temores llamó á san Doroteo, que era su principal discípulo, y declarándole lo que recelaba, le encargó que examinase la vocacion de aquel mozo. Doroteo, que tenia conocidamente el don de discrecion de espíritus, le examinó muy despacio; mas no pudo sacar de él otra cosa sino que queria salvarse, y pedia por gracia que le recibiesen en el monasterio. Cuando Doroteo dió cuenta al Abad de su comision, le dijo: *Que habia descubierto en aquel jóven un natural tan bello, tan buen fondo, tanto candor y tanta sinceridad, que no podia dudar ser muy legítima y muy castiza su vocacion, y que no habia que temer*. Asegurado san Serido con este dictámen, le recibió al punto, y se le en-

cargó al mismo Doroteo, que era enfermero, y al mismo tiempo maestro de nuestro novicio.

Viendo el prudente director, con aquella grande discrecion de espíritus de que el Señor le habia dotado, que su nuevo discípulo era jóven, tierno, delicado y criado con todo regalo, no quiso sujetarle desde luego á todas las austeridades y mortificaciones que los demás monjes practicaban. Contentóse por entonces con enseñarle á obedecer con alegría y con puntualidad, á no tener voluntad propia, á mortificar sus inclinaciones, y á desprender su corazon aun de las cosas mas menudas. Aplicóse á hacerle amar la humildad, las humillaciones, y poco á poco le enseñó á ser sóbrio. Al principio le dijo que comiese todo el pan que á su parecer hubiese menester para contentar su apetito, mandándole solamente le diese cuenta de la cantidad de pan que comia cada vez. Obedeció á la letra Dositeo, dando cuenta puntual á su maestro del pan que comia. Pasados algunos dias le aconsejó que hiciese experiencia si cercenando alguna corta porcion de aquella cantidad sentia novedad en la salud. Hízolo así el santo mancebo, y diciendo á su maestro que no experimentaba la menor novedad: *Pues hijo mio,* le replicó el prudente Doroteo, *prueba por quince dias, si dejando en cada uno de ellos media onza de pan, por amor de Dios, te sientes menos robusto.* Echó Dios la bendicion á la industria del maestro y á la docilidad del discípulo; porque Dositeo, á quien no bastaban al dia cuatro libras de pan en los principios de su conversion, se redujo insensiblemente á contentarse con solas ocho onzas, sin haber enflaquecido, ni experimentar en sus fuerzas decadencia.

Muerto el santo abad Serido, fue colocado en su lugar san Doroteo. El nuevo Abad, que conocia bien, así la delicada complexion como la débil salud de su querido discípulo Dositeo, tenia gran cuidado de moderar su fervor, que iba creciendo cada dia, atemperando prudentemente los empleos á sus fuerzas. Dejóle en el oficio de enfermero, limitándosele á que tuviese aseada la enfermería, y á que cuidase del regalo de los enfermos y que nada les faltase. Exhortábale á estar continuamente en la presencia de Dios; á corregirse cada dia de algun siniestro; á no dejar sin dolor y sin castigo las menores faltas; á no dejar hacer cosa alguna por su propia voluntad; á no tener apego á persona, ni á cosa alguna de esta vida; á no ejecutar aun las acciones mas menudas y mas ordinarias sino puramente por motivo de agradar á Dios, y á no temer nada tanto como desagradarle.

Puso en ejecucion el santo mancebo con la mayor exactitud estos saludables consejos, cuya puntual fidelidad en observarlos le hizo arribar en menos de cinco años á una eminente santidad, por el continuo ejercicio de las acciones mas comunes y de menos ruido. Jamás se desmentian su dulzura, su modestia y su profunda humildad, siempre igual, siempre oficioso, siempre alegre; de manera que solo con ver aquel risueño y aquel angelical semblante se consolaban los enfermos. Todo su estudio era hacer perfectamente todas las acciones; ninguna falta se perdonaba, y si le sucedia alguna vez, ó levantar algo mas la voz, ó escapársele algun repentino ímpetu del natural, estaba inconsolable.

Habiendo hablado en cierta ocasion con alguna mayor viveza á uno de los hermanos que asistian á los enfermos, se retiró á la celda, y postrado en tierra con la boca en el suelo, no cesaba de llorar y de gemir. Vióle un monje, fué á dar cuenta al Abad, que hallándole en este estado, bañado con sus propias lágrimas: *Hijo*, le preguntó, *¿qué significa ese llanto, y por qué lloras? Padre*, respondió Dositeo, *porque siempre soy imperfecto, y acabo de ofender á Dios, hablando ásperamente á mi hermano. Dios te ha perdonado esa falta*, replicó el Abad, *levántate y vuelve á tu oficio.* Obedeció, levantóse al punto, y volviendo á su serenidad y á su alegría ordinaria, prosiguió cumpliendo con su empleo con mas fervor que nunca.

No podia subir mas de punto el candor y la ingenuidad. Descubria á su padre espiritual hasta los mas mínimos pensamientos que se le ofrecian. Acababa un dia de hacer las camas á los enfermos, y pareciéndole que las habia hecho con algun aseo, tuvo cierta secreta complacencia. Casualmente apareció entonces por allí san Doroteo, y el sincerísimo discípulo le dijo: *Padre, me viene vanidad, porque me parece que he hecho bien las camas. Hijo*, le respondió al punto el prudente maestro, *eso á lo sumo probará que eres buen enfermero, mas no prueba que eres buen religioso.*

El miedo que tenia Doroteo de que á un corazon tan puro no se le atreviese el mas mínimo apego, le obligaba á criarle con un total desasimiento. Dióle un dia paño para que se hiciese un hábito nuevo: trabajó en él Dositeo muchos dias, y le costó mucha fatiga coserle. Llevóselo al fin al Abad, y el Abad le mandó que se lo diese á otro monje, y que él hiciese otro hábito nuevo para sí. Ejecutólo el santo mozo, y se repitió con el segundo hábito lo mismo que se habia hecho con el primero. Muchas veces le hizo repetir estos sacrificios en semejantes actos de desasimiento; y Dositeo los hacia

no solo sin quejarse, no solo sin repugnancia, sino cada vez con mayor alegría.

Dióle un dia el mayordomo de la casa un cuchillo muy lindo para que se sirviese de él en su oficio, y llevándoselo luego al Abad, le pidió licencia para guardar aquella alhajita tan curiosa, y usar de ella en servicio de los enfermos. Conoció luego el sagaz prelado la inclinacioncilla que mostraba su querido discípulo á aquel mueble, y como todo su estudio era desprender aquel inocente corazon del mas mínimo asimiento: *¿Pues qué*, le dijo, *Dositeo, quieres ser esclavo de un cuchillo despreciable, en perjuicio del perfecto desasimiento que Dios te pide? Ese afectillo á un vil instrumento reparte el corazon, que debe ser todo de Dios, y que su Majestad quiere poseer solo como su único y soberano dueño. Así, pues, doy enhorabuena licencia para que ese cuchillo sirva á los enfermos; pero ordeno al hermano Dositeo que no lo toque.* Observó inviolablemente la órden del superior; porque el cuchillo se aplicó luego á la enfermería para uso de los enfermos, pero nuestro santo enfermero en cuatro años que estuvo en el oficio jamás le tocó, ni aun por descuido.

Llegó en él hasta donde pudo llegar la perfeccion de la obediencia ciega, pues se le vieron hacer actos heróicos de esta gran virtud con aquella santa simplicidad que autoriza Dios muchas veces con prodigios y califica con milagros. La menor señal de la voluntad del superior era para él un precepto expreso: tanto que era menester anduviese con gran cuidado el Abad para no dar el mas leve indicio de ella. Y no era esto falta de advertencia ó de capacidad, pues era Dositeo de un entendimiento sólido, vivo, brillante y despejado: nacia únicamente de una obediencia tan ciega y tan perfecta, que se duda con razon si se ha visto jamás en el mundo religioso mas obediente.

Complácese Dios en comunicarse á las almas puras y humildes; y así, aunque Dositeo no tenia ni la mas leve tintura de letras, ni de doctrina, poseia un conocimiento tan comprensivo y una inteligencia tan clara, tan limpia de los mas elevados, de los mas profundos misterios de la Religion, que algunas veces hablaba de ellos como hombre divinamente inspirado. Su maestro Doroteo, que no perdia ocasion de ejercitarle en la humildad, la lograba siempre que se tocaban estas materias, y hablaba en ellas Dositeo con su acostumbrado acierto, porque entonces le humillaba grandemente; pero con tanta complacencia del humildísimo jóven, que nunca sentia mayor gozo que cuando le daban en cara con su ignorancia.

Cinco años pasó nuestro Santo en estos ejercicios de obediencia, de exactitud, de humildad, de una continua union con Dios y otros actos pequeños á la verdad, pero propios de una devocion tiernísima. De noche solo asistia á la última parte de Maitines, segun se le habia ordenado, en atencion á su poca salud. De dia cuidaba de los enfermos, y comia un poco de pescado á las horas señaladas. Adolecia del pecho, arrojando sangre por la boca, y esta fue la enfermedad que al cabo le quitó la vida. La inquietud y dolores que le causaba nunca le pudieron arrancar ni una leve señal de impaciencia: su ordinaria oracion era esta: *Señor, tened misericordia de mí. Dulce Jesús mio, asistidme. Vírgen santísima, mi querida Madre, no me negueis vuestro favor.* Díjole un hermano que podian aliviarle unos huevos frescos: mostró algun deseo de tomarlos; pero cayendo despues en cuenta, y pareciéndole que esta era inclinacion sensual, la detestó, y se acusó al Abad como de una tentacion á que habia dado oidos.

Al paso que crecian sus dolores crecia tambien su resignacion y su paciencia. Redújole la debilidad á no poder moverse; y preguntado por san Doroteo si hacia siempre su acostumbrada oracion: *¡Ay, Padre,* respondió al punto, *y como que la hago! por señas que no puedo hacer otra cosa.* Sintiendo que ya le iban faltando las fuerzas, pidió con grande humildad á su santo director le diese licencia para acabar los dolores con la vida. *Ten un poco de paciencia, hijo mio, que cerca está la misericordia del Señor,* le respondió Doroteo. Habiendo pasado algunas horas en una íntima union con Dios, al acercarse la noche se volvió dulcemente á su santo Abad y le dijo: *Padre, permíteme acabar en paz mi destierro.* Respondióle Doroteo lleno de ternura con lágrimas en los ojos: *Véte en paz, hijo mio, y ponte con mucha confianza en la presencia de tu Dios, que quiere hacerte participante de su gloria; ruega á su Majestad por nosotros.* Al mismo tiempo el obedientísimo jóven espiró dulcemente, como que tampoco habia querido morir sino por la santa obediencia.

Haciales grande armonía á algunos monjes ancianos la extraordinaria opinion que el santo Abad tenia de la eminente santidad de su amado discípulo. *Dositeo,* decian entre sí, *no ayunaba: dispensábasele en los ejercicios mas penosos de la Religion: tratábasele con una demasiada indulgencia: pues ¿en qué consistia su extraordinaria virtud?* Pero Dios les quiso dar á entender á qué grado tan sublime de virtud se puede llegar en poco tiempo por el ejercicio de una perfecta obediencia. Apenas murió Dositeo, cuando Doroteo tuvo revelacion

del elevado grado de gloria que habia merecido su querido discípulo: y otro santo viejo, que pedia á Dios con grande instancia le hiciese conocer los monjes de aquel monasterio que ocupaban mas eminente lugar en el cielo, vió á Dositeo en medio de una multitud de Santos, brillando con resplandor sobresaliente al de todos ellos.

SAN FÉLIX, OBISPO.

En este dia hace conmemoracion el Martirologio romano de san Félix, obispo de Metz, ciudad de la Galia Bélgica, la que mereció desde el tiempo apostólico recibir la luz del Evangelio, y tuvo el honor de tener por su primer prelado á san Clemente mártir, discípulo de san Pedro; segundo á san Celestino ó Celeste, y tercero á san Félix, varon digno de los mayores elogios por la exactitud en el cumplimiento de su ministerio, siendo un modelo de todas las virtudes episcopales, amantísimo de las santas vigilias; el cual, despues de haber gobernado aquella iglesia por espacio de cuarenta ó cuarenta y dos años como un verdadero sucesor de los Apóstoles, debiéndose á su infatigable celo el aumento de la ley de Jesucristo, murió lleno de merecimientos por los años 128. Su cuerpo fue sepultado cerca de los de san Clemente y Celestino, sus predecesores, y trasladado despues á Sajonia por el emperador Enrique. El Señor se ha dignado hacer su memoria célebre con la multitud de milagros que ha obrado por la intercesion de su siervo.

SAN TITO, OBISPO Y CONFESOR, DISCÍPULO DE SAN PABLO, APÓSTOL.

(Trasladado del dia 4 de enero).

San Tito habia nacido gentil, y parece haber sido convertido por san Pablo, pues le llama su hijo en Cristo. Su extraordinaria virtud y su mérito le granjearon la estimacion particular y el afecto de este Apóstol; pues le hallamos empleado de intérprete y secretario suyo, y aquel le llama su hermano y compañero en los trabajos: elogia excesivamente su solicitud y su celo por la salvacion de sus hermanos, y expresa en el modo mas tierno el consuelo y el alivio que halla en él; en tal grado, que en cierta ocasion dijo no tenia su espíritu tranquilidad porque no habia encontrado á Tito en Troas. En el año de 51 acompañó á san Pablo al concilio celebrado en Jerusalen con

ocasion y sobre el asunto de los ritos mosáicos. Aunque el Apóstol habia consentido en la circuncision de Timoteo para hacer á este ministro aceptable á los judíos, no quiso sin embargo condescender en lo mismo con Tito, temeroso de dar de este modo alguna especie de aprobacion al error de ciertos falsos hermanos, que defendian no haber sido abolidos por la ley de gracia los institutos ceremoniales de la de Moisés. Á fines del año de 56 envió san Pablo á Tito desde Éfeso á Corinto con plena facultad y comision de remediar algunos escándalos, y de apaciguar tambien las disensiones de aquella iglesia. El Santo fue recibido en ella con grandes muestras de respeto y plenamente satisfecho en órden á la penitencia y sumision de los delincuentes; pero no pudieron vencerle á que aceptase presente alguno aun en el gasto de su escaso sustento. Su amor á esta iglesia fue muy considerable, y á solicitud de ellos intercedió con san Pablo para que perdonase á los que habian sido incestuosos. En el mismo año fue enviado segunda vez por el Apóstol á Corinto á disponer las limosnas que señalaba la Iglesia para los pobres cristianos de Jerusalen. Todas estas particularidades nos las enseña el mismo san Pablo en sus dos Epístolas á los de Corinto.

Volviendo el Apóstol de Roma al Oriente, despues de su primera prision, hizo alto en la isla de Creta para predicar en ella la fe de Jesucristo; pero clamando por su presencia las necesidades de otras iglesias, ordenó obispo de aquella isla á su muy caro discípulo Tito, y le dejó acabar la obra que habia el Apóstol principiado con tan buen suceso. «Podemos formar juicio, dice san Crisóstomo, por la «importancia del cargo, cuán grande seria la estimacion que san «Pablo hacia de su discípulo.» Pero viendo que era de mucha consecuencia la pérdida de un compañero tal, á su vuelta á Europa, en el siguiente año, le ordenó el Apóstol que fuese á encontrarse con él á Nicópolis en Epiro, donde pensaba san Pablo pasar el invierno, y salir para aquel lugar luego que llegase á Creta Tiquico, ó Artemas, á quienes enviaba á suplir la ausencia en su encargo. Estas instrucciones las envió san Pablo á Tito en la Epístola canónica dirigida á él durante su jornada á Nicópolis en el otoño del año de 64. Ordenóle que estableciese *sacerdotes*, esto es, obispos, como interpretan san Jerónimo, san Crisóstomo y Teodoreto, en todas las ciudades de la isla. Recopila las principales cualidades que son necesarias en un obispo, y le da un particular consejo tocante á su propia conducta para con su rebaño, exhortándole á sostener el rigor de la disciplina, pero sazonado con la dulzura y la suavidad.

Contiene esta carta las reglas de la vida episcopal; y la misma que podemos ver copiada con la mayor fidelidad en la vida de este discípulo. Hallamos á Tito en el año de 65 enviado por san Pablo á predicar á Dalmacia. Volvió segunda vez á Creta, y estableció la fe católica en ella y en las pequeñas islas adyacentes. Últimamente debe concluirse diciendo que este Santo acabó una laboriosa y santa vida con una dichosa muerte en Creta, en una edad muy avanzada, que algunos afirman haber sido el año 94. El cuerpo de san Tito fue custodiado con gran veneracion en la catedral de Gortina, de cuya ciudad, metrópoli antigua de aquella isla, situada seis millas del monte Ida, se advierten todavía las ruinas. Habiendo sido destruida esta ciudad por los sarracenos en el año de 823, jamás volvieron á descubrirse estas reliquias; á excepcion de su cabeza, que fue conducida á Venecia, y que actualmente se venera en la basílica ducal de San Marcos. San Tito ha sido reputado en Creta por primer arzobispo de Gortina, cuya silla metropolitana está establecida en Candía, desde que esta nueva metrópoli fue fundada por los sarracenos. La catedral de la ciudad de Candía, que ahora da este nombre á toda la isla, tiene por titular el de nuestro Santo. Los turcos dejaron esta iglesia en poder de los Cristianos, y la ciudad de Candía fue fundada en el siglo IX, diez y siete millas distante de la antigua Gortyn, ó Gortina; y bajo el metropolitano de Candía hay al presente en esta isla siete obispos sufragáneos de la comunion griega.

Cuando san Pablo eligió para el ministerio á Tito, ya era santo este discípulo, y el Apóstol halló en él todas las condiciones que con tanta severidad le encargó que exigiese en cuantos hubiese de honrar con el cargo de pastor. Es ilusion de un celo falso, y una tentacion del enemigo para los jóvenes, novicios en la virtud, principiar á enseñar antes de haber aprendido ellos mismos á practicarla. Seguro es el perecer á un pájaro que deja el nido antes de saber volar. Los árboles que arrojan sus botones antes de la sazon regular no dan el fruto, ó porque la flor cede á los rigores del hielo, ó porque queda marchita con los ardores del sol. Así aquellos que se entregan al ministerio exterior antes de que su espíritu esté enteramente lleno de las máximas del Evangelio arrojan su interior virtud cuando es aun muy tierna, y producen solamente un fruto impuro, y aun vicioso. Todo el que emprende el cargo pastoral, además de una perfecta instruccion en la divina ley, máximas y espíritu del Evangelio, de una experiencia, discrecion, y de un conocimiento grande del corazon del hombre, es necesario haber sériamente procurado morir

para sí mismo, por medio de una práctica habitual de la negacion de sí propio, y de una profunda y radicada humildad; y es forzoso estar tan ejercitado en la santa contemplacion, que pueda retener esta disposicion habitual de alma en medio de las exteriores ocupaciones, y pueda en ellas decir: *Yo duermo, pero vela mi corazon;* esto es: Yo duermo para todas las cosas terrenas, y estoy despierto solamente para mi amigo y mi Esposo celestial; abismado en las ideas y en los deseos del mas ardiente amor.

La Misa es en honor de san Tito, y la Oracion es la siguiente:

Deus, qui beatum Titum confessorem tuum atque pontificem apostolicis virtutibus decorasti; ejus meritis et intercessione concede: ut juste et pie viventes in hoc seculo, ad cœlestem patriam pervenire valeamus. Per Dominum nostrum Jesum...

Ó Dios que decoraste con las virtudes apostólicas á tu confesor y pontífice san Tito; concédenos por sus méritos é intercesion, que vivamos en este siglo con toda justicia y piedad, para que merezcamos llegar á la patria celestial. Por Nuestro Señor Jesucristo...

La Epístola es de los capítulos XLIV *y* XLV *del Eclesiástico, pág.* 62.

REFLEXIONES.

No hay almas mas dignas de compasion que aquellas que, pudiendo fácilmente instruirse del camino que llevan, y pudiendo informarse con facilidad si van descaminadas ó derechas, voluntariamente yerran el camino en la mitad del dia. Á la verdad no ignoran su religion: saben bien cuáles son las máximas del Evangelio; pero caso que estén menos instruidas, ¿cuántos pastores celosos, cuántos predicadores sábios, cuántos confesores santos y doctos hallarán que las enseñen cuál es el camino que lleva á la perdicion, y cuál el que conduce á la vida? El dia de hoy en punto de salvacion ninguno se descamina por ignorancia. Descamínanse sí muchos en una vida entregada á los deleites, en una vida regalona y licenciosa; pero se descaminan porque quieren.

Nada asombra mas que el ansia con que en el mundo tiran todos á divertirse; esto profesando una religion que nada predica tanto como la cruz y la mortificacion de las pasiones. Ya las diversiones se han hecho moda en todos tiempos y en todas edades. No se pregunta ya si conviene ó no conviene á un cristiano darse á una vida holgazana, divertida y deliciosa: los que no pueden entregarse á este género de vida son reputados por unos hombres infelices, dignos de

lástima y de compasion. Con todo eso, estos cristianos que viven de esta manera creen en nuestro Evangelio; es decir, que al mismo tiempo que viven entregados á los placeres, están prontos á derramar su sangre para defender que aquella no es vida cristiana; y que no puede ser discípulo de Cristo el que cada dia no toma su cruz, el que no se mortifica cada dia. ¿Encontrarás, imaginarás acaso contradiccion mas monstruosa? Sin embargo, esta contradiccion nos representa la conducta de la mayor parte de los hombres del mundo. ¿Qué se puede inferir de estos antecedentes? Pero ¿qué fin se puede esperar de estas consecuencias?

Divertímonos, es cierto, dicen los mundanos; pero ¿qué pecado hay en estas diversiones? Es lo mismo que decir que á un cristiano, en opinion de los hijos del siglo, le es lícito pasar los dias de su vida en un eterno olvido de Dios. Ya se sabe que las primeras horas del dia se emplean en vestirse, en componerse, en salir á la calle con todo lucimiento; las restantes se las llevan las visitas, los cortejos, la caza, la comedia, los paseos, el juego, el baile ú otros empleos nada inocentes. Si este plan de vida se presentase á un gentil, ¿haria juicio que era el plan de una vida cristiana?

No hacemos ningun mal. ¿Quién te lo dice? ¿No es harto mal el no hacer ningun bien, cuando estás obligado á hacerle á todas horas, y has de ser irremisiblemente reprobado por el que dejaste de hacer?

No hacemos ningun mal. Pues qué, una vida consumida en mil inutilidades, una vida embriagada, por decirlo así, de ociosidad, de delicadeza y de pasatiempos, ¿es una vida cristiana? ¿Y puede hacerse mayor mal que no vivir cristianamente?

Una alma sin gracia es como tierra seca sin agua, incapaz de producir fruto bueno. Gracias sin correspondencia y sin buenas obras son talentos enterrados, de los cuales se ha de dar una espantosa cuenta. Y una vida estragada, toda repartida sucesivamente entre los negocios y las diversiones del mundo, ¿será muy propia para beneficiar estos talentos de que el mundo hace tan poco caso, aunque son de tanto valor?

Esa vicisitud, y no pocas veces esa mezcla, esa concurrencia de negociaciones, de citas, de convites, de juntas, de conversaciones, de funciones, de espectáculos, ¿dejan aquella paz interior, aquel sosiego, aquella vigilancia, que es tan necesaria para estar alerta contra las tentaciones, para dar oidos á la voz de Dios, para corresponder al llamamiento de su gracia? Los corrillos ¿son lugares opor-

tunos para negociar con este tesoro? ¡Mi Dios, qué de gracias perdidas! ¿Y será pequeño mal esta irreparable pérdida?

No hacemos ningun mal. ¿Y se podrá oir esta proposicion, sin que el espíritu y aun la misma razon natural se levanten contra ella? ¿Qué hombre del mundo hay cuya conciencia no desmienta altamente una falsedad tan atrevida? Por poco conocimiento que se tenga del mundo, ¿con qué cara se atreverá nadie á afirmar que esos espectáculos públicos, famosa escuela de todas las pasiones, ó si es lícito explicarme así, cuartel general de todos los vicios, son sencillos, son inocentes? Con qué ¿no se hace ningun mal en esas visitas frecuentes, tiernas, familiares, amorosas? Con qué ¿no se hace ningun mal en esas conversaciones, donde no pocas veces el menor crímen es la murmuracion mas delicada y mas fina; en esos juegos, en que frecuentemente lo menos que se pierde es el dinero; en esas partidas de diversion, en que la licencia parece haber adquirido derecho para desterrar la vergüenza y el pudor; en esa entretenida ociosidad, donde se pasan horas enteras en beber veneno por los ojos en libros emponzoñados; en esos descompuestos convitones, donde reinan la intemperancia, la libertad y el atolondramiento? Finalmente, ¿hay valor para decir que no se hace ningun mal donde todo es tentacion, donde todo es lazos, donde todo es precipicios?

No hacemos ningun mal. Pase. Pero ¿qué bien, qué buenas obras se hacen para merecer el cielo? ¿Y quién de nosotros ignora que una vida ociosa y sin buenas obras es una vida reprobada? La higuera con hojas y sin fruto fue condenada al fuego. Las vírgenes desprevenidas fueron condenadas. El siervo poco industrioso perdió la gracia de su amo. En materia de salvacion la misma inaccion es delito. ¡Ah, y cuánta verdad es que un engaño popular en favor del amor propio alucina y amodorra!

El Evangelio es del capítulo x *de san Lucas.*

In illo tempore designavit Dominus et alios septuaginta duos, et misit illos binos ante faciem suam in omnem civitatem et locum, quo erat ipse venturus, et dicebat illis : Messis quidem multa, operarii autem pauci. Rogate ergo Dominum messis ut mittat operarios in messem suam. Ite : ecce ego mitto vos sicut agnos inter lupos. Nolite portare sacculum, neque peram, neque calceamenta, et neminem per

En aquel tiempo eligió el Señor otros setenta y dos, y los envió de dos en dos delante de sí á todas las ciudades y lugares á donde él habia de ir; y les decia: La mies es grande, y pocos los operarios. Rogad, pues, al Señor de la mies que envie operarios á su hacienda. Id: hé aquí que os envio como corderos entre lobos. No llevéis bolsa ni zurron, ni sandalias, y no saludeis á nadie en el camino. En

viam salutaveritis. In quamcumque domum intraveritis, primum dicite: Pax huic domui: et si ibi fuerit filius pacis, requiescet super illum pax vestra; sin autem ad vos revertetur. In eadem autem domo manete edentes et bibentes quæ apud illos sunt; dignus est enim operarius mercede sua. Nolite transire de domo in domum. Et in quamcumque civitatem intraveritis, et susceperint vos, manducate quæ apponuntur vobis: et curate infirmos, qui in illa sunt, et dicite illis: Appropinquavit in vos regnum Dei.

cualquiera casa que entráreis, decid primero: Paz sea en esta casa: y si allí hubiese hijo de paz, descansará sobre él la paz vuestra; pero si no, se tornará á vosotros. Permaneced, pues, en la misma casa comiendo y bebiendo de lo que tienen; porque el operario es digno de su premio. No paseis de una casa á otra. Y en cualquiera ciudad que entráreis, y os recibieren, comed lo que os pongan delante: y curad los enfermos que hay en ella, y decidles: Se acercó á vosotros el reino de Dios.

MEDITACION.

De los peligros de la salvacion.

Punto primero.—Considera que mientras se vive en este mundo todo es peligro para la salvacion. No hay estado tan perfecto, no hay profesion tan santa, no hay empleo tan sagrado, en que no se deba estar continuamente muy sobre aviso contra la malignidad del propio corazon. En todo hay peligros: ¿y cuándo faltarán en los estados? ¿Qué edad hay en la vida que no dé mucho que temer?

¡Qué peligros en la juventud, cuando las pasiones lozanas á todo se atreven, todo lo atropellan! ¡Qué estragos no hacen en un corazon tierno, bisoño, sin defensivos y sin experiencia! ¡Qué lazos en la edad mas avanzada, en la varonil! ¡Qué raro es el que no se desliza en un paso tan resbaladizo, donde todo conspira contra la inocencia! La vanidad solicita, el amor á los deleites encanta, el torrente del mal ejemplo todo lo lleva tras sí. ¿Será fácil abrirse camino libre por medio de tantos enemigos?

La postrera edad no está mas exenta de los peligros por estar mas vecina al término. Rara vez se ven en la ancianidad grandes conversiones: cuanto mas se envejece el vicio mas fuerzas cobra; las pasiones se hacen mas dominantes y menos dóciles. ¡Qué estragos no causan los malos hábitos en los corazones ya podridos y gastados!

Toda la vida está llena de peligros de la salvacion; el mismo mundo es todo peligro. Vivimos en país enemigo. Los caminos están llenos de malos pasos. El aire que se respira es poco sano: todo es lazos, todo riesgos. Los objetos tientan; los ejemplos arrastran; nuestra propia inclinacion á lo malo vale por todos los peligros juntos.

Es el mundo un mar tempestuoso, agitado por las pasiones: todo está lleno de escollos; los mas visibles no son los mas peligrosos. No es menos temible la calma que la tempestad: no siempre navegan los piratas á cara descubierta con pabellon enemigo. Es menester guardarse de todo y no fiarse de nada. En medio del agua se puede temer un incendio. Se puede padecer naufragio, ó por no encontrar bastante fondo, ó por estar muy cerca de la playa. La demasiada carga causa el naufragio muchas veces. Si se pierde de vista al cielo, se pierde el rumbo, y es descaminado el derrotero: y ¿cuántos se van á pique á vista del mismo puerto? La buena fortuna embriaga; la mala desalienta: una y otra exponen la salvacion á grandes peligros. Pero ¡mi Dios! en este tropel de riesgos ¿qué vigilancia, qué atencion, qué preservativos, qué providencias se toman para evitarlos? ¿Tómanse bastantes en esas concurrencias mundanas, donde todo es riesgos y lazos? ¿en esas partidas de diversion, en esos juegos, en esas visitas, en esas conversaciones, donde se bebe el veneno por los ojos y por los oidos? ¡Ah Señor! no nos quejemos, no, del enemigo que nos tienta: poco ó nada le dejamos que hacer á él. Nosotros mismos buscamos, nosotros mismos amamos, nosotros mismos nos metemos en la tentacion.

Punto segundo.—Considera que mientras somos mortales nunca debemos darnos por seguros de los peligros. No hay lugar tan santo, no hay estado tan perfecto, no hay vocacion tan segura ni tan sobrenatural que nos dispense de aquel santo y saludable temor con que debemos trabajar en el negocio de nuestra salvacion. El Ángel en el cielo se precipitó. Adan en el paraíso delinquió. Judas se perdió á los ojos del mismo Salvador. Pervirtióse Salomon despues de haber recibido el don de la sabiduría. Estos grandes cedros dieron en tierra; fueron derribados estos soberbios colosos al leve impulso de una piedrecilla. Pues ¿por qué no temerán los vasos de barro, las cañas flacas, que un soplo de viento las blandea y las troncha; la paja seca, que una chispa la reduce en ceniza?

Peligros en el poblado, decia el Apóstol, peligros en la soledad, peligros en el mar, peligros en la tierra, peligros de los falsos hermanos; en todo lazos, en todo estorbos, en todo precipicios, en todo tentaciones, en todo riesgos.

¿Á cuántos ha emponzoñado la lectura de libros sospechosos? ¿Cuánto hay que temer en esas conversaciones con personas de diferente sexo? No hay pretexto tan especioso, no hay motivo tan cris-

tiano que libre del peligro. Con todo eso, ¿quién es el que desconfia de sí? Y si desconfia, ¿por qué se expone? ¿Y hay por ventura mayor seguridad en esos profanos concursos? Espectáculos, tertulias de ociosidad, juegos públicos, compañías contagiosas, casas de sospecha, diversiones licenciosas, regalo, entretenimientos poco cristianos, todo es peligro de la salvacion. Pero ¿qué importa? Nos domesticamos, nos familiarizamos con los peligros.

Convenimos en que en todo hay que temer. Precipicios por todas partes: apenas se da paso que no sea un despeñadero. ¿Y qué precauciones observamos en medio de tantos riesgos? Caminar con los ojos cerrados. ¡Qué extravagancia! Pero en punto de salvacion, ¿es mas prudente la conducta de la mayor parte de los Cristianos?

¡Mi Dios! y á vista de esto ¿nos debemos espantar ya de tantas y tan lastimosas caidas? ¿Nos debemos admirar de que sean tan pocos los que se salvan? ¿Debe causarnos admiracion que el vicio todo lo inunde, si se rompen los diques al torrente, si se buscan los escollos, si se duerme profundamente sobre el mismo borde del precipicio? Sabemos que el mundo nos aborrece, y con todo eso nos exhalamos por el mundo. No ignoramos que es enemigo mortal de Jesucristo, y con todo eso queremos ser sus amigos. Apenas hay quien se espante de sus peligros. Es la vida del hombre una continua tentacion, una guerra continua, y no se hace la centinela, y se vive en suma paz, y se está sin las armas en la mano. Pues ¿de qué nos admiramos si somos vencidos?

¡Ah, Señor, qué lastimosa nuestra conducta! ¡qué funesta! ¿Cuándo, amable Salvador mio, cuándo abriré yo los ojos á mi desgracia? Será, Señor, desde este mismo punto, mediante vuestra divina gracia: mi cuidado en evitar los peligros de mi salvacion, mis precauciones, mi temor probarán de aquí adelante la sinceridad de mi arrepentimiento y de mis propósitos.

JACULATORIAS.—Mi Dios, mi Salvador y mi alegría, líbrame de tantos peligros como por todas partes me rodean. (*Psalm.* XXXI).

No permitais, Señor, que yo me atolle en el cieno, y libradme de tanto enemigo como conspira contra mi eterna salvacion. (*Psalmo* LXVIII).

PROPÓSITOS.

1 Quien ama el peligro perecerá en él, dice el Espíritu Santo. El mundo está lleno de lazos: no pocas veces caen en ellos aun los

mas vigilantes; ¿qué será los mas dormidos? Á poca reflexion que hagas sobre tu vida pasada, un poco no mas que quieras acordarte de tus mismas tristes experiencias, conocerás si basta para no caer la mas resuelta voluntad cuando no se huye del peligro. Vivir con tibieza, ó con excesivo regalo, no perdonar á ninguna diversion, amar el juego, tener conversaciones alegres, hablar en el idioma de los mundanos, seguir sus máximas, dispensarse de observar una circunspeccion grave y modesta, por no ofender á las gentes; asistir al baile, á los saraos, á las fiestas públicas; en una palabra, creer todo cuanto enseña nuestra Religion, así en los artículos como en los mandamientos, y vivir por otra parte una vida tan contraria á sus respetables máximas y á sus sacrosantas leyes, ¿no es en suma hacer solemne burla de ella? Mira bien si te remuerde la conciencia en alguno ó algunos de estos asuntos. No se te pase el dia de hoy sin apartarte del peligro en que te hallas. ¿Eres muy aficionado al juego? ¿Asistes á esas casas de diversion que Dios aborrece tanto, y acarrean tantas maldiciones del cielo sobre las familias? Pues una de dos, ó suscribe tú mismo la sentencia de tu condenacion eterna, ó destiérrate para siempre de esas desventuradas casas, de esas funestas tertulias, aunque te condenes á podrirte solo en un rincon, aunque pierdas esos infelices intereses que, dígase lo que se quisiere, siempre se mezclan como fin principal en la diversion que se solicita. Reforma desde hoy mismo tu conducta, y no dés oidos á los que quieren mantenerse en el peligro, suponiendo que para ti es lícito ese juego.

2 Confiesas que el mundo es un terreno que solo produce arrepentimientos, y que en él todo es peligros de la salvacion. Hasta las mismas flores punzan, y las espinas penetran. Lo mismo se puede decir con corta diferencia de la vida tibia, floja y mundana de muchos en todo género de estados. Pues ¿qué se ha de inferir de aquí? Que aunque se tenga la mas firme voluntad, aunque se haya tomado la resolucion mas vigorosa, es menester velar, orar incesantemente. La victoria está en la fuga. Para esto ponte en perpétuo entredicho, no solo á todo baile, á todo juego, á todo espectáculo, sino á ciertas compañías, á ciertos paseos, á ciertas diversiones, donde está muy á peligro tu inocencia. Toda festividad, todo desahogo, especialmente con personas de otro sexo, es peligroso: todo libro de amores, de galanteos está lleno de ponzoña: si hay alguno en tu casa, quémalo al instante. Ni le puedes vender, ni le puedes dar á otro sin pecar.

DIA XXII.

MARTIROLOGIO.

La cátedra de san Pedro, en Antioquía, en donde los discípulos se comenzaron á llamar Cristianos. *(Véase su noticia en este dia).*

San Papias, obispo de Hierápolis, en esta misma ciudad, el cual fue discípulo de san Juan, apóstol, y compañero de san Policarpo.

San Aristion, en Salamina de Chipre, el cual, como afirma san Papias, fue uno de los setenta y dos discípulos de Jesucristo.

La conmemoracion de muchos santos Mártires, en la Arabia, los cuales fueron muertos cruelmente, siendo emperador Galerio Maximiano.

San Abilio, obispo, en Alejandría, que fue el segundo prelado de aquella ciudad despues de san Marcos, y desempeñó con solicitud el cargo de su ministerio pastoral.

San Pascasio, obispo de Viena (en las Galias), esclarecido en santidad y doctrina.

Santa Margarita, en Cortona, en la Toscana, de la tercera Órden de san Francisco, cuyo cuerpo incorrupto por mas de cuatro siglos, exhalando un suave olor, y obrando continuos milagros, se venera allí con gran devocion. *(Véase su vida en las del dia 23 siguiente).*

LA CÁTEDRA DE SAN PEDRO EN ANTIOQUÍA.

Despues que el Espíritu Santo bajó visiblemente sobre los sagrados Apóstoles, llenándolos de aquellos dones sobrenaturales con que habian de dar la última perfeccion á la grande obra de la Iglesia que acababa de fundar el Salvador del mundo, solo pensaron los Apóstoles en desempeñar las funciones de su evangélica mision llevando la luz de la fe por todo el ámbito de la tierra.

Repartiendo, pues, entre sí aquellos doce humildes pescadores la gloriosa conquista de todo el universo, á san Pedro, como cabeza de todos, destinó el cielo para la capital del imperio. Pero como en Roma aun no habia cristianos, tampoco podia haber obispo, porque para que haya pastor es menester rebaño; con que era menester dar tiempo para que la luz de la fe, que comenzaba entonces á rayar en los albores de la aurora, fuese poco á poco penetrando las densas tinieblas del gentilismo. Mientras se llegaba este dichoso dia quiso el Príncipe de los Apóstoles echar los primeros fundamentos de su pontificado en la ciudad de Antioquía, la cual, siendo cabeza del Oriente se podia entonces considerar tambien como cabeza del Cristianismo; y parecia puesto en razon, dice san Juan Crisóstomo, que aquella ciudad, en que los fieles habian tomado la primera vez el glorioso

nombre de cristianos, tuviese la gloria de haber merecido por primer maestro y por primer pastor al primero de todos los Apóstoles; y que el Vicario de Jesucristo, cabeza visible de toda la Iglesia, colocase su primera silla en aquella ciudad donde la Religion habia hecho mayores progresos entre los gentiles.

Opinan muchos que san Pedro entró en Antioquía al tercero ó cuarto año despues de la muerte del Salvador; pero es mas probable que no fue hasta despues de la conversion milagrosa de Cornelio centurion. Noticiosos los Apóstoles de los rápidos progresos que hacia el Evangelio en aquella populosa ciudad, enviaron allá á san Bernabé, para que de vuelta de Tarso, en compañía de san Pablo, cultivasen los dos la cristiandad de Antioquía. Un año estuvieron en ella, juntando el rebaño antes que viniese el mayoral de los pastores, quien por consiguiente no estableció su primera silla patriarcal hasta siete ú ocho años despues de la pasion de Cristo, que viene á concurrir con el año de 40.

Siete años gobernó san Pedro la iglesia de Antioquía, hasta que, habiendo penetrado en el Occidente las luces de la fe, pasó á colocar su silla en la capital de todo el universo, y fijó, segun los eternos designios de la divina Providencia, el centro de la unidad y la cátedra de la Religion en Roma, que hasta entonces habia sido la señora del mundo.

Fácilmente se pueden discurrir los maravillosos progresos que haria el Evangelio en Antioquía por el celo del Príncipe de los Apóstoles; mas no son tan fáciles de comprender ni de contar los prodigios que obró por todo el tiempo que duró su residencia en aquella ciudad. Basilio de Seleucia, que floreció en el año de 450, habla de los milagros que obró san Pedro en Antioquía como de cosa notoria, sabida de todo el mundo. Á los patriarcas de Antioquía se les da el título de sucesores en la cátedra de san Pedro, en cuya atencion eran respetados como cabezas de todos los obispos de Oriente, y, despues de la romana, era reputada aquella dignidad por la primera de la Iglesia.

Es tan antigua en ella la fiesta de este dia con el título de la Cátedra de san Pedro, que ya se celebraba en Roma hácia la mitad del siglo IV, como se observa en un calendario dispuesto por el tiempo de Liberio, papa, donde tal dia como hoy se lee: *Natalis Petri de Cathedra;* es decir, el dia aniversario de la Cátedra de san Pedro en Antioquía.

Creen algunos que la costumbre establecida ya en el Testamento

Antiguo, y tan religiosamente observada por la Iglesia católica en todos tiempos, de celebrar cada año la fiesta de la dedicacion de los templos consagrados á Dios, movió á los fieles á celebrar tambien la de la consagracion de los Obispos, templos vivos del Señor, y como el alma de los otros templos materiales; pero especialmente á solemnizar la fiesta anual del obispado del obispo de los Obispos, cabeza de todos los pastores, despues de Jesucristo, su lugarteniente y príncipe de los Apóstoles, el gloriosísimo san Pedro.

Otros, por el contrario, son de opinion que la antigua costumbre que tenian los Obispos de celebrar anualmente el dia de su consagracion dió motivo á la institucion de la fiesta de la Cátedra de san Pedro, así en Antioquía como en Roma. Pero no hallándose ni papa, ni obispo de los que acostumbraron celebrar la fiesta de su consagracion, que no sea posterior á la costumbre que ya se tenia en la Iglesia de celebrar la Cátedra de san Pedro, es mucho mas verosímil que esta fiesta universal dió motivo á solemnizar aquellas otras consagraciones particulares, que el que estas consagraciones particulares fuesen ocasion de instituir aquella otra dedicacion universal.

No se hallan en san Leon sermones propios sobre la fiesta de la Cátedra de san Pedro; pero nos han quedado tres sobre su promocion al pontificado, cuya memoria celebraba todos los años. *La divina misericordia,* dice en el primero de estos sermones, *que sin mérito alguno de mi parte se dignó elevarme á puesto tan eminente, acredita bien en este solo ejemplo los asombrosos efectos de su liberalidad y de su bondad infinita, pues buscando para él al menor y al mas indigno de todos sus siervos, honorabilem mihi hodiernum diem fecit,* hizo este dia acreedor á mi mayor veneracion. *El mismo apóstol san Pedro,* dice en el sermon tercero, *el mismo apóstol san Pedro es el que gobierna hoy la santa Iglesia de Roma; el mismo el que asiste muy particularmente á los que somos sucesores suyos en el trono que en otro tiempo ocupó;* y así á san Pedro se tributan los honores, al santo Apóstol se le honra siempre que los nuevos pontífices celebran la fiesta de su coronacion: *Illi adscribimus hoc festum cujus patrocinio sedis ipsius meruimus esse consortes.*

Aunque el pensamiento de un obispo, dice san Agustin, debe estar perpétuamente ocupado en las gravísimas obligaciones de su elevado ministerio; pero con mucha especialidad debe dedicarse á meditarlas en el dia aniversario de su consagracion, examinando cuidadosamente lo que ha hecho, previniendo diligentemente lo que debe hacer, corrigiendo lo malo, confirmándose en lo bueno, dando

gracias al Señor por los beneficios recibidos de su liberal mano, humillándose y castigándose á sí mismo por los yerros que hubiere cometido, y por el bien que hubiere dejado de hacer, teniendo obligacion á hacerle; pidiendo, finalmente, perdon de sus errores pasados, por medio de un dolor saludable y de una sincera confesion, y renovando con nuevo aliento el fervor desmayado de su espíritu. *Cum dies anniversarius nostræ ordinationis exoritur, tum maxime honor hujus officii tamquam primo imponatur, attenditur*, etc.

En el tercer concilio de Milan, celebrado por san Cárlos Borromeo, se ordena: que se renueve y se ponga en ejecucion el decreto del papa Félix IV, donde se manda á los obispos que cada año celebren el dia de su consagracion. En el concilio IV se renovó este mismo cánon, y se añadió, que se notase en el calendario el dia de la consagracion del obispo, y que se anunciase al pueblo para excitarle á pedir á Dios, especialmente en aquel dia, por su pastor y por su padre; que el obispo tuviese obligacion á predicar en él, implorando la asistencia del Señor por las oraciones de sus ovejas; y que, finalmente, examinase con diligencia la conducta que habia observado hasta allí, para corregir lo que fuere necesario, entablando una vida arreglada y mas ejemplar, y cumpliendo con las obligaciones de su sagrado ministerio con mayor celo y con mas fervorosa devocion.

No se contenta el Concilio con exhortar á solos los obispos á que celebren cada año el dia de su consagracion, quiere tambien que todos los sacerdotes hagan lo mismo el dia aniversario en que se ordenaron y recibieron el sacerdocio. Aconséjales que en este dia rindan duplicadas gracias al Señor, porque se dignó elevarlos á tan sublime dignidad, considerando la santidad de su ministerio, y haciéndose mas cargo que nunca de la espantosa carga de sus obligaciones.

Pero no solamente los obispos, ni solamente los ministros del Altísimo estaban obligados á solemnizar el dia de su órden ó de su consagracion, que se llamaba el *nacimiento episcopal*, como que en él nacian de nuevo á la vida del espíritu; pero en aquella primera edad de la Iglesia, en aquellos tiempos felices, en aquellos dichosos dias del primitivo fervor, cada cristiano se consideraba con estrecha obligacion de festejar solemnemente el dia de su consagracion á Dios por el santo Bautismo. Llamábase este dia en el Oriente y en la Iglesia griega *el dia del renacimiento en Jesucristo;* y en la Iglesia latina de Occidente se le daba el nombre de *Pascha annotinum*, Pascua anual y particular de cada uno. Con mucha razon se celebraba todos los

años el dia de aquel primer felicísimo momento de nuestra santificacion, así para reconocer la gracia que recibimos en él de hijos adoptivos de Dios, como para renovarnos en el espíritu de Jesucristo, ratificándole las promesas que le hicimos en el Bautismo. El mismo san Cárlos renovó tambien esta antigua devotísima costumbre en su concilio VI de Milan. *Religiosi instituti olim fuit diem baptismi quotannis à fidelibus pie celebrari.* Cita á san Gregorio Nazianceno, que da razon de esta costumbre, asegurando que todos los Cristianos celebraban el dia de su nacimiento, dedicándose aquel dia á muchos ejercicios de devocion, y exhorta á los padres de familia á que enseñen á sus hijos esta utilísima costumbre, sobre todo dándoles ejemplo. *Parentum cura sit diem ob eam causam notare, quo filius Christo renatus est.* Es verosímil que estas devociones y estas consagraciones particulares hubiesen derivado su principio de la fiesta que hoy se solemniza.

Muchos son de parecer que el haberse determinado la fiesta de la Cátedra de san Pedro el dia 22 de febrero fue porque quiso la Iglesia oponer la piedad y la devocion de los Cristianos á la supersticion y al desórden con que los gentiles profanaban este dia en el antecedente, convidándose recíprocamente á grandes festines y banquetes sobre las sepulturas de sus parientes. Acaso por esto fue costumbre entre los fieles, cuando solemnizaban el pontificado de san Pedro, renovar entre sí cierta especie de *agapes* ó convites de pura caridad, así en muestras de regocijo, como para desacreditar con su templanza los excesos de los paganos, y aun por eso se llamó este dia *Festum Petri epularum*, la fiesta de la comida de san Pedro.

Pero como es fácil abusar de las costumbres mas santas, especialmente cuando lisonjean la natural inclinacion de los sentidos, se introdujeron con el tiempo tantos excesos, y aun se mezclaron tantas supersticiones por la comunicacion con los gentiles, que el concilio Turonense, celebrado en el año de 567, se vió precisado á desterrar dichas comidas, exhortando á los fieles á que, dejando los banquetes, celebrasen la Cátedra de san Pedro con ejercicios piadosos y con ejemplar devocion.

HIMNO.

Quodcumque in orbe nexibus revinxeris,
Erit revinctum, Petre, in arce siderum:
Et quod resolvit hìc potestas tradita,
Erit solutum cœli in alto vertice:
In fine mundi judicabis sæculum.

Todo cuanto en el mundo fuese atado
Por tí, *Pedro*, en el cielo lo será,
Y lo que desatares, desatado
En el cielo por siempre quedará:
Tu poder, en su fin, al mundo juzgará.

Patri perenne sit per ævum gloria,
Tibique laudes concinamus inclytas,
Æterne Nate; sit, superne Spiritus,
Honor tibi, decusque: sancta jugiter
Laudetur omne Trinitas per sæculum.
Amen.

Al Padre gloria por eternidades,
Gloria al Hijo por siempre duradera,
Al de entrambos Amor por sus bondades
Gloria se le dé imperecedera;
Al Trino y Uno Dios alábele la tierra.
Amen.

La Misa es propia de la fiesta, y la Oracion es la siguiente:

Deus, qui beato Petro apostolo tuo, collatis clavibus regni cœlestis, ligandi atque solvendi pontificium tradidisti: concede, ut intercessionis ejus auxilio à peccatorum nostrorum nexibus liberemur: Qui vivis et regnas...

Dios y Señor, que entregando las llaves del reino celestial á tu apóstol el bienaventurado san Pedro, le diste potestad para atar y desatar los lazos de la culpa; te suplicamos que por su intercesion seamos libres de las ligaduras de nuestros pecados. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola es del capítulo 1 *de la primera del mismo apóstol san Pedro.*

Petrus, apostolus Jesu Christi, electis advenis dispersionis Ponti, Galatiæ, Cappadociæ, Asiæ, et Bithyniæ, secundum præscientiam Dei Patris, in sanctificationem Spiritus, in obedientiam, et aspersionem sanguinis Jesu Christi: Gratia vobis, et pax multiplicetur. Benedictus Deus, et Pater Domini nostri Jesu Christi, qui secundum misericordiam suam magnam regeneravit nos in spem vivam, per resurrectionem Jesu Christi ex mortuis, in hæreditatem incorruptibilem, et incontaminatam, et immarcescibilem, conservatam in cœlis in vobis, qui in virtute Dei custodimini per fidem in salutem, paratam revelari in tempore novissimo. In quo exultabitis, modicum nunc, si oportet contristari in variis tentationibus: ut probatio vestræ fidei multo pretiosior auro (quod per ignem probatur) inveniatur in laudem, et gloriam, et honorem, in revelatione Jesu Christi Domini nostri.

Pedro, apóstol de Jesucristo, á los fieles dispersos en el Ponto, Galacia, Capadocia, Asia y Bitinia, electos segun la predestinacion de Dios Padre para ser santificados por el Espíritu Santo, mediante la obediencia y aspersion de la sangre de Jesucristo: la gracia y paz se os multiplique. Bendito sea Dios, Padre de Nuestro Señor Jesucristo, que segun su grande misericordia nos reengendró por la resurreccion de Jesucristo de entre los muertos en una esperanza viva de gozar una herencia incorruptible, incontaminada, é inmarcesible, como se conserva para vosotros en los cielos, que por la virtud de Dios esperais por su fe la gloria preparada para revelarse al fin de los siglos, en la cual os alegraréis, pero por ahora conviene seais algun tanto contristados con varias tentaciones, para que la prueba de vuestra fe sea mucho mas preciosa que la del oro acrisolado por el fuego, y se encuentre digna de alabanza, gloria y honor al tiempo de manifestarse Nuestro Señor Jesucristo.

REFLEXIONES.

Petrus, Apostolus Jesu Christi. Pedro, apóstol de Jesucristo. ¡Oh qué sentido tan magnífico encierran estas palabras! ¡Oh qué prueba

tan ilustre de nuestra Religion presentan á quien las entiende bien! ¡Oh, y cuántas maravillas contienen! Libertinos, espíritus apocados, hombres de poca fe, ¿quereis un milagro sensible que convenza, que en cierta manera fuerce vuestra razon á reconocer el carácter de la Divinidad, á ver al mismo Dios en el establecimiento de la Iglesia? Pues veis aquí este milagro: *Petrus, Apostolus Jesu Christi.* Pedro, apóstol de Jesucristo. Pedro, aquel idiota, aquel entendimiento tosco y rudo, aquel hombre vulgarísimo y grosero, criado entre las redes, sin mas educacion, sin mas literatura que la del anzuelo, la caña y el cebo para pescar; este Pedro es apóstol, y apóstol de Jesucristo, es decir, enviado, encargado de la comision mas importante que se ha ofrecido en el mundo, del negocio mas delicado, del mas espinoso que es posible imaginar. Pedro, discípulo de Jesucristo, que tuvo comision de predicar el Evangelio. Pero ¿qué Evangelio? Aquel Evangelio lleno de misterios impenetrables á la razon natural, dejada consigo á solas, infinitamente superior á todo humano entendimiento; aquel Evangelio lleno de máximas enemigas de los sentidos, y contrarias al amor propio. Mas ¿á quién tuvo comision de predicarle? Á todo el universo, á todas las naciones de la tierra, unas bárbaras, otras cultivadas, todas supersticiosas y todas enemigas del nombre cristiano. Á los del Ponto, á los de Galacia, á los de Capadocia, á los de Asia menor, á los de Bitinia, á los mismos romanos, aquellos orgullosos señores ó tiranos de todo el mundo. Y este Pedro, este hombrecillo cobarde, este ignorante, este rústico, este miserable pescador ejecutó felizmente tan grande, tan heróico designio; desempeñó su comision con una felicidad indecible, y ni aun imaginable; convirtió á la fe todas las naciones, fundó la Iglesia de Jesucristo en todos los reinos, y esto solo presentándose, hablando y haciendo milagros. Este Pedro, ese pobre pescador, es apóstol de Jesucristo, y es cabeza de todos los Apóstoles. El que despues de esto (exclama san Agustin) pide prodigios para creer, digo que él mismo es un prodigio, es un mónstruo de incredulidad: *Quisquis adhuc prodigia, ut credat inquirit, magnum ipse prodigium est.*

Benedictus Deus, et Pater Domini nostri Jesu Christi, qui secundum misericordiam suam magnam regeneravit nos in spem vivam per resurrectionem Jesu Christi ex mortuis. Bendito sea el gran Dios, Padre de Nuestro Señor Jesucristo, que por su infinita misericordia nos reengendró á una esperanza viva y firme por medio de la resurreccion en el mismo Jesucristo. ¿Qué expresiones mas enérgicas, qué elocuencia mas noble, mas sublime, qué discurso mas sólido, mas ar-

reglado, mas seguido, ni mas concluyente? Toda esta Epístola es maravillosa, y este es el estilo que gasta un ignorante, un rústico, un grosero pescador. La esperanza viva es uno de los primeros frutos de la fe, y hace en parte el carácter de los verdaderos cristianos. ¡Qué aliento no da en los mayores peligros! ¡qué consuelo tan dulce en medio de las tribulaciones! Un volver los ojos hácia el cielo disipa mil espesas nieblas, y alienta maravillosamente á un alma fiel. El pensamiento de aquella celestial herencia que nos ganó Jesucristo con su sangre, y á la que nosotros adquirimos legítimo derecho por medio del Bautismo, es el que debiera ocuparnos perpétuamente. Herencia que no está sujeta á corromperse, ni á disminuirse, ni á deteriorarse, reservándose guardada para nosotros en el cielo. Eterna y dichosa mansion de los bienaventurados, ¿es posible que algun dia has de ser tambien mansion mia? ¿Puede haber objeto que mas dulcemente embelese mi corazon, que anime con mayor viveza mis deseos, que contente mas mi ambicion, que mas me satisfaga ni que mas me llene? Pues ¿qué reveses de fortuna, qué persecuciones ni qué contratiempos pueden consternarte cuando la virtud de Dios te defiende con la fe, cuando tienes á la vista la salvacion pronta á manifestarte en los últimos tiempos? Quien tiene religion, quien tiene fe viva, quien tiene á la vista la salvacion eterna, siente en sí renovarse el fervor con espirituoso aliento. Aquellas almas insulsas, aquellos corazones insensibles á la memoria de la otra vida dan bien á entender que tienen á esta mas amor del que debieran. Cada hora nos vamos acercando á la eternidad; cada dia adelantamos una jornada hácia este dichoso término: los contratiempos de esta vida son, por decirlo así, como unos golpes de viento que nos van echando hácia aquel felicísimo puerto. Pues ¿no habíamos de saltar de alegría siempre que nos vemos afligidos por un poco de tiempo con pruebas diferentes? Nuestra tristeza desacredita nuestra fe, y se conoce bien lo mucho que nos distinguimos de los primeros Cristianos.

El Evangelio es del capítulo XVI *de san Mateo.*

In illo tempore: Venit Jesus in partes Cæsareæ Philippi: et interrogabat discipulos suos dicens: Quem dicunt homines esse Filium hominis? At illi dixerunt: Alii Joannem Baptistam, alii autem Eliam, alii vero Jeremiam, aut unum ex prophetis. Dicit illis Jesus: Vos autem quem me esse dicitis?

En tiempo que Jesucristo pasó al país de Cesarea de Filipo, preguntaba á sus discípulos: ¿Quién dicen los hombres es el Hijo del Hombre? Unos dicen, le respondieron ellos, que Juan Bautista, otros que Elías, otros que Jeremías ó alguno de los profetas. ¿Y vosotros quién decís que soy? replicó

Respondens Simon Petrus, dixit: Tu es Christus, Filius Dei vivi. Respondens autem Jesus, dixit ei: Beatus es, Simon Barjona: quia caro, et sanguis non revelavit tibi, sed Pater meus, qui in cœlis est. Et ego dico tibi, quia tu es Petrus, et super hanc petram ædificabo Ecclesiam meam, et portæ inferi non prævalebunt adversus eam. Et tibi dabo claves regni cœlorum. Et quodcumque ligaveris super terram, erit ligatum et in cœlis: et quodcumque solveris super terram, erit solutum et in cœlis.

el Señor. Tú eres Cristo, Hijo de Dios vivo, respondió Simon Pedro. Bienaventurado eres, le dijo entonces Jesús, Simon Barjona (esto es, hijo de Juan), porque la carne y la sangre no te ha revelado (esta verdad), sino mi Padre que está en los cielos: y yo te aseguro que tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, contra la que no prevalecerán las puertas del infierno. Yo te daré las llaves del reino de los cielos, y cuanto ligares ó absolvieres en la tierra, se tendrá por ligado y absuelto en los cielos.

MEDITACION.

De la contradiccion que se halla en nuestra fe y nuestras costumbres.

Punto primero.—Considera que entre la fe y las costumbres debe haber estrecha union. La fe ha de arreglar las acciones, y las obras descubren siempre la religion que se profesa. En vano pretendemos engañar á los demás, y aun engañarnos á nosotros mismos con máscara de cristianos, porque las obras nos hacen traicion, y nos descubren. Sobre este principio preguntémonos si somos cristianos verdaderamente.

Hay una monstruosa contradiccion entre lo que creemos y lo que obramos. Porque al fin es cierto que, á pesar de la corrupcion del siglo, no se encuentran muchos infieles entre los Cristianos. Generalmente se cree bien, pero se vive mal. El entendimiento está sujeto á la ley, pero la voluntad se amotina contra todos sus preceptos. La Religion es santísima, las costumbres de los que la profesan perversas. La razon llena de verdades terribles; el corazon impío, desarreglado y libre. Créese todo lo que obliga á una vida santa é inocente. Obrase de manera, que se desmiente todo lo que se cree.

Por la mañana á misa; por la noche al sarao y al baile: en ciertos dias comulgar por bien parecer; pocas horas despues al banquete, al paseo, al juego, á los excesos y á la disolucion. El martes de Carnestolendas apostárselas en el desórden á los gentiles; el miércoles de Ceniza competir en la hipocresía á los santones. Si ésta diversidad de escenas teatrales que se representan no se llaman mojiganga ó máscara de devocion, ¿qué cosa merecerá este nombre?

Deplorable es sin duda la suerte de los infieles; pero los desór-

denes de la mayor parte de los cristianos ¿les da motivo para esperar suerte mas feliz? Desgracia es estar fuera del seno de la santa Iglesia, no tener derecho á la gloria eterna; pero ¿será menor desgracia ser hijo de la Iglesia, y hacerse indigno de esta misma gloria, á la cual se tenia legítimo derecho en virtud del llamamiento á su rica herencia? Y á la verdad, ¿cuál será peor, ó no creer cosa alguna de las que se deben creer, ó apenas obrar nada de lo que se debe obrar en virtud de lo que se cree?

De buena fe, ¿no es hacer ridículas las cosas mas sagradas el hacer unas veces papel de cristiano y otras papel de gentil? ¿Se puede hacer menosprecio ni burla mas solemne de Dios que no dudar ser su Majestad el que manda, y vivir como si no se creyera aquello mismo de que no se duda?

Pues este es, Señor, puntualmente el modo con que he vivido hasta aquí. Dignaos, Dios mio, darme tiempo y gracia para acreditar mi fe con mis obras, y perdonadme por vuestra misericordia mis maldades.

Punto segundo.—Considera la extravagancia de una conducta tan irracional y tan contraria al buen juicio.

¡Creer que solo estamos en el mundo para amar y para servir á Dios; y pasar los dias de la vida sin amarle, antes bien dedicarse todos los dias únicamente á ofenderle!

¡Creer que hay infierno, y que este infierno eterno y espantoso puede ser justa pena de un solo pecado mortal; y vivir tranquilamente en pecado, multiplicando todos los dias las culpas! Abismo de llamas inextinguibles, encendidas por todo el poder de Dios para castigar al pecador; infierno, cáos inmenso de tormentos eternos, ¡es posible que seas tú objeto terrible de mi fe, y que puedo vivir impenitente y en pecado!

Y esos hombres perdidos, cuya vida es una perpétua cadena de culpas; esos impíos que se burlan de las mas santas devociones, y hacen chacota del infierno mismo, ¿creen de veras que hay infierno?

Y esas mujeres del mundo, cuya conciencia es un espantoso cáos; esas que idolatran en el mundo, y en quienes el mundo idolatra; esas mujeres ¿creen las verdades del Evangelio y los terribles suplicios del infierno?

Esos hombres de riquezas y de deleites; esos tratantes en gustos, en diversiones y en entretenimientos; esos profesores de la ociosidad, de la delicadeza y del regalo; esos hijos legítimos del siglo que sa-

crifican su alma á su ambicion y á un villano interés; esas personas que tienen engangrenado el entendimiento, porque tienen corrompido el corazon; esas, cuyas costumbres son tan poco cristianas, ¿creen por ventura que hay infierno?

Esas otras personas consagradas al servicio de Dios por los votos mas solemnes; esas que, hallándose en estado tan perfecto, tienen una vida tan poco regular, y muchas veces tan aseglarada; esas personas ¿creen todo el rigor de los formidables juicios de Dios, y aun tendrán valor para hacer ellas mismas al pueblo una vivísima pintura de estos formidables juicios?

Esos otros ministros del Altísimo, consagrados al ministerio de los altares, cuyo porte desdice tanto de su sagrado ministerio; esos sacerdotes del Señor, que se dejan ver con tan poca modestia, con tan poco respeto, y tal vez con tan poca religion en el altar, ¿creen que es real y verdaderamente el mismo Jesucristo el que tienen en sus indignas manos, el que ofrecen en sacrificio á Dios vivo, y que se alimentan de su adorable cuerpo y de su preciosa sangre? Componed sus costumbres con la santidad de la religion que profesan; ajustad lo que practican con lo que creen.

Créese que el Evangelio es la única regla de las costumbres; que cualquiera otro sistema de vida es errado; que el camino del cielo es estrecho; que la vida cristiana es vida de mortificacion y de cruz; que el reino de los cielos se conquista á viva fuerza. Créese que la ley cristiana pide una grande perfeccion: violencia continua, mortificacion perpétua; á cada paso alguna nueva cruz, ninguna nueva cruz sin nueva victoria. Fuera de esto, ¡qué piedad, qué humildad, qué perseverancia! Una modestia ejemplar, una caridad inalterable, un amor de preferencia y de ternura para con Dios, amor sincero y efectivo para con el prójimo, una delicadísima pureza, una equidad, una justicia universal. No hay imperfeccion, por pequeña que sea, que no la condene la ley de Dios. El espíritu del mundo está desterrado por Jesucristo; todas sus máximas están reprobadas. Finalmente, se cree que Jesucristo es Hijo de Dios vivo, y en medio de eso se está con tan poco respeto en su presencia. Considera bien estos rasgos de las costumbres de los Cristianos de este tiempo; y dime si se puede hallar contradiccion mas monstruosa, ni que mas los desacredite.

Pero sin detener mucho los ojos en las deformidades que presenta á la vista el retrato de los otros, ¡qué horrores no descubro yo en el

mio! Tengo fe, creo todas estas verdades; pero mis costumbres, mis máximas, mi conducta ¿corresponden á mi fe?

Señor, pues es mucha verdad que nunca desechas á una pobre alma cubierta de confusion, á un corazon contrito y humillado que implora tu misericordia, aquí estoy alentado con nueva confianza. La enorme contradiccion que se halla entre mis obras y mi fe me asusta y me estremece; pero tu grande clemencia me asegura. Confieso con vivo dolor que he desacreditado con mis obras la santidad de mi estado, la pureza de mi religion, la perfeccion del Evangelio; pero resuelto estoy, con el auxilio de vuestra gracia, á reparar, en cuanto me sea posible, la injuria que os he hecho por medio de una total reforma de mis costumbres.

JACULATORIAS.—Señor, pues me habeis enseñado á creer bien, enseñadme tambien á obrar bien. (*Psalm.* CXVIII).

¿De que aprovecha la fe sin obras? (*Jacob.* II).

PROPÓSITOS.

1 *Dirá alguno,* dice el apóstol Santiago, *tú tienes fe, pero yo tengo obras. Muéstrame sin las obras que tienes fe; porque yo quiero ver la fe por las obras.* Desengañémonos, que todas estas superficiales demostraciones de religion sin realidad no son mas que una fe quimérica y una fantasma de religion. No creer es ciertamente la mayor de todas las locuras; pero creer y no vivir conforme á lo que se cree es hasta donde puede llegar la extravagancia de la impiedad. Toma hoy un cuarto de hora de tiempo, ó á lo menos algunos momentos, para preguntarte á tí mismo, para examinar sinceramente si tu conducta es correspondiente á tu fe. Ese fausto, esas galas, esas modas, ¿corresponden á la modestia, á la fe y á la humildad cristiana? ¿Honran mucho á la Religion esas mujeres adornadas como templos, segun la expresion del Profeta? Mira bien si tienes que reprender y que enmendar en este artículo. El respeto y la devocion en la iglesia ¿dan á entender que estás muy persuadido de la real y verdadera presencia de Jesucristo en los altares? ¿Sabes bien cuánta es la santidad de la religion cristiana? ¿Acreditasla mucho en tu casa, en tu empleo, en tus comidas, en tus diversiones, en tus conversaciones, en tus visitas, en tus concurrencias? ¿Eres á los ojos de Dios lo que profesas ser á los ojos de los hombres? En materia de religion es impío, es vergonzoso todo lo que suena á farsa: solo en el teatro

se puede tolerar que se representen varios papeles de diferentes personajes. Considera bien si tu vida no ha sido hasta aquí una comedia perpétua. ¿Qué testimonio dan tus obras de tu fe? Ves aquí una ámplia materia de exámen.

2 Despues que hayas llorado bien delante de Dios la grande contradiccion que hay entre tus máximas, tus costumbres y tu fe, haz los propósitos siguientes: Primero: déjate ver siempre en la iglesia con tal modestia, con tal circunspeccion y con tanto respeto, que esto mismo sirva de prueba visible de tu fe. Segundo: imponte una ley inviolable de no hablar jamás en la iglesia, y de excusar cuanto sea posible todos aquellos vanos cumplimientos que debieran estar desterrados de ella. ¿Dónde ha de parecer un hombre cristiano sino en la casa y á los piés del mismo Jesucristo? Tercero: en todas las conversaciones, en todas las diversiones, en todos los negocios pregúntate á ti mismo si eres cristiano. Cuarto: ten continuamente en la memoria estas bellas palabras del santo profeta Elías (*III Reg.* XVIII): *¿Hasta cuándo habeis de estar neutrales y titubeantes entre dos partes? Si el Señor es vuestro Dios, seguidle sin dudar ni deteneros; y si Baal es vuestro Dios, seguid á Baal.* Quinto: leed cada dia un capítulo del Evangelio: esta debe ser la única regla de nuestra conducta: mira si te reconoces en este retrato. Por esa ley, y no por otra, hemos de ser juzgados al salir de esta vida. ¿Eres religioso? ¿eres sacerdote? Pues toma una firme resolucion de sostener desde hoy en adelante por tu circunspeccion y por tu porte la santidad de tu estado y la sublime perfeccion de tu elevado carácter. Da todo el lleno á sus obligaciones; asiste en el coro al oficio divino ó rézale en tu casa, y celebra el santo sacrificio de la misa con tanta devocion, con tanto respeto, con tanta modestia, que visiblemente acrediten la viveza de tu fe.

DIA XXIII.

MARTIROLOGIO.

San Sireno, monje y mártir, en Sirmio, al cual encarcelaron por mandato del emperador Maximiano, y confesando que era cristiano, le degollaron.

El triunfo de setenta y dos Mártires, en la misma ciudad, los cuales, habiendo sido martirizados, recibieron el premio de la vida eterna.

San Policarpo, presbítero, en Roma, el cual en compañía de san Sebastian convirtió á muchos infieles á la fe católica, y los exhortó á padecer el martirio.

Santa Marta, vírgen y mártir, en la ciudad de Astorga, en tiempo del emperador Decio y del procónsul Paterno. *(Véase su vida en las de este dia).*

San Lázaro, monje, en Constantinopla, el cual como pintase imágenes sagradas, fue atormentado con atroces castigos por mandato del emperador Teófilo, iconoclasta (esto es, destruidor de las sagradas imágenes); y le quemaron las manos con un hierro encendido; pero habiendo sanado milagrosamente, volvió á pintar las imágenes que le habian destruido, y murió santamente.

San Félix, obispo, en Brescia.

San Florencio, confesor, en Sevilla en España. *(Véase su artículo en este dia).*

Santa Romana, vírgen, en Todi en Italia, que siendo bautizada por el papa san Silvestre, vivió vida celestial en las grutas y en las cuevas, y resplandeció con milagros.

Santa Milburga, vírgen, en Inglaterra, hija del rey de los mercios.

SAN FLORENCIO, CONFESOR.

En este dia se hace conmemoracion en el Martirologio romano de san Florencio, á quien unos dan el título de confesor, y otros el de mártir; pero es de advertir, para evitar toda equivocacion, que los escritores de la nacion distinguen dos Santos con el mismo nombre en Sevilla: uno mártir, cuya memoria se celebra en aquella santa iglesia en el dia 27 de octubre, y otro confesor, que es el que hoy se señala, de quien la injuria del tiempo robó á la posteridad sus actas: nada extraño es en un reino que ha sufrido tantas y tan repetidas invasiones enemigas, en las que perecieron los monumentos justificativos de los prodigiosos hechos de muchos héroes que florecieron en España. Solo sabemos por un epitafio de su sepulcro, que fue un varon santo, que vivió cincuenta y tres años, y que falleció en el dia 23 de febrero del año 485, y que sus venerables reliquias se hallaron en una excavacion que se hizo en los cimientos de la santa iglesia de Sevilla; en la cual se conservan en una arca de plata, y se llevan en solemne procesion en hombros de sacerdotes el dia de su festividad, que se celebra todos los años con rito de segunda clase.

SANTA MARTA, VÍRGEN Y MÁRTIR.

Luego que el impío Decio ascendió tiránicamente al gobierno del imperio romano, habiendo dado alevosa muerte á los dos emperadores Filipos, á uno en Roma, y á otro en Ravena, movió tan cruel persecucion contra la Iglesia, que solo en España se contaron muchos miles de Mártires en pocos meses en el gobierno del procónsul Paterno. Pasó á España este hombre cruel, sumamente adicto á las supersticiones gentílicas, con el perverso intento de aniquilar, si pudiese, el nombre y religion de Jesucristo. Para descubrir á los Cris-

tianos mandó en todas partes, al tiempo de presentarse, que se hiciesen sacrificios públicos á los dioses imperiales, á los cuales debia concurrir el pueblo, so pena de muerte; y teniendo por tales á los que no asistiesen, sin otra averiguacion procedia contra ellos con varios géneros de tormentos. Llegó á la ciudad de Astorga con la misma idea, y habiendo publicado sus acostumbrados edictos, sabiendo que no concurrió á la solemnidad de los ordenados sacrificios Marta, hija de nobilísimos padres y opulenta en riquezas, sospechando de su religion por esta causa, dió órden á sus ministros para que sin dilacion la trajesen á su tribunal. Cuando tuvo la Santa noticias de la providencia del Procónsul, no dudó que el Señor habia aceptado el sacrificio de su vida que ya le tenia hecho, y creyó que era tiempo de cumplirlo. Llena de gozo, con la esperanza de juntar la corona de mártir á la de vírgen, partió animosa á la comparecencia, considerando qué dicha tan grande era la de derramar la sangre por Jesucristo; y alentando su corazon con semejante esperanza, caminaba á la muerte con la alegría que pudiera á un triunfo.

Presentada á Paterno, con tono bastantemente airado la habló en estos términos: *¿Con qué presuncion soberbia, valiéndote de tu noble condicion, te atreves á despreciar á nuestros dioses por medio de una fuga clandestina? ¿Quién eres tú, y cuál es tu nombre? Yo me llamo Marta*, respondió la Santa con valeroso espíritu, *descendiente de la ilustre prosapia de los asturianos, que tengo dado mi nombre y alma á Jesucristo, quien me crió de la nada, y eligió para cosas mayores.*

Conociendo el Procónsul en el aire y animosidad de la doncella la distincion de su calidad, solicitó pervertirla con palabras halagüeñas, aconsejándola desistiese de las necedades que adoptaban los Cristianos en su religion, y persuadiéndola á que sacrificase á los dioses del imperio si deseaba salvar su vida; pero despreciando la Santa con valor excesivo á su sexo las reconvenciones de Paterno, pateando de coraje, mandó: que colgada en un potro desgarrasen los verdugos con garfios de hierro su delicado cuerpo, miembro por miembro; que aplicasen á sus costados hachas encendidas, y echasen sal molida sobre sus heridas. Todo se ejecutó con la mayor crueldad. Pero ¿qué importa el poder humano cuando interviene la divina asistencia? Con esta superó Marta la inhumanidad de aquel suplicio, que causó horror hasta á los mismos gentiles; y en vista de su constancia, lleno de confusion el tirano, mandó encerrarla en un calabozo, donde en la misma noche, apareciéndose Jesucristo en me-

dio de un brillante resplandor, consoló dulcemente y confortó á su sierva.

Viendo el Procónsul que de nada aprovechaban las incomodidades y miserias de la prision para rendir la constancia de aquella vírgen cristiana, despues de algunos dias hizo que compareciese segunda vez á su presencia, y mudando de tono y de modales, quiso con dulzura y afabilidad atraerla á que condescendiese con sus deseos, llegando su porfía á tal extremo, que por tener la gloria de haberla rendido le ofreció por esposo á su propio hijo, y ponderándola las ventajas de semejante colocacion, la decia: No hagas ostentacion de la ceguedad, deja las necias supersticiones de la secta cristiana, sean nuestros dioses desde hoy el único objeto de tus cultos, sean sus máximas la única regla de tus dictámenes y operaciones: reflexiona bien lo que desprecias, y hazte cargo de que si lo abrazas ocuparás uno de los lugares mas distinguidos en el imperio, poseerás grandes riquezas, y serás una de las primeras señoras del mundo, y harás dichosa á tu casa y parentela. Pero despreciando la santa vírgen, con no menos generosidad que en la tentativa primera, las comodidades de la propuesta, le respondió: Yo estoy ya desposada con Jesucristo, esposo incomparable con todos los de la tierra, de cuyo amor no podrá separarme ni la tribulacion, ni la angustia, ni el peligro, ni la persecucion, ni la espada, ni la misma muerte. Bramaba Paterno enfurecido, diciendo entre sí: Muero de pena, viéndome vencido de una mujercilla. Pero temeroso de que se hiciese público el triunfo de Marta en este segundo ataque, como en la ocasion antecedente, tomó el partido de mandarla degollar secretamente; por cuyo medio logró la corona del martirio en el dia 23 de febrero, por los años 254. Vengóse el bárbaro con mandar arrojar su venerable cuerpo á un lugar de inmundicia, del cual le extrajo una matrona, cristiana nobilísima, y dió sepultura decente.

Las reliquias de esta ilustre Mártir española se conservan con grande veneracion en la iglesia de su nombre, sita en el obispado de Astorga, llamada Santa Marta de Terra, que fue en la antigüedad monasterio de religiosos Benedictinos, y hoy abadía entre los títulos de la catedral de aquella iglesia. La prueba de su devocion grande en los primeros siglos son los muchos templos y capillas dedicadas á su honor en Asturias, Galicia, reino de Leon y Castilla la Vieja; valiéndose de su nombre no pocas hijas de aquellas provincias, donde se invoca frecuentemente su intercesion para con Dios.

SANTA MARGARITA DE CORTONA, DE LA ÓRDEN TERCERA DE SAN FRANCISCO.

La bienaventurada santa Margarita, llamada de *Cortona*, por el lugar de su penitencia y de su sepultura, nació en el lugar de Alviano ó Laviano, de la diócesis de Chiusi en Toscana, hácia el año 1249. Faltóla su madre á los siete ú ocho años de su edad, y faltándola el freno y la educacion, se dejó llevar de su natural inclinacion á la libertad y al deleite, precipitándose en todos los desórdenes de que es capaz una doncella jóven, hermosa, despejada, cuando no la contiene ni el temor santo de Dios, ni la autoridad de sus padres, ni los respetos de la honra, ni mucho menos los poderosos motivos de la Religion y de una conciencia timorata.

Nueve años habia vivido licenciosa y escandalosamente amancebada con un caballero de Monte-Pulciano, cuando una noche, al salir el infeliz amante de su casa, le quitaron violentamente la vida, sin que jamás se hubiese podido averiguar el agresor. Tenia Margarita una perrita de falda que estimaba mucho. Este animalillo se fué tras el caballero, y volviendo al cabo de dos dias ladrando y aullando, agarraba á su ama de la ropa, y la tiraba de ella, en ademan de que la queria llevar á alguna parte. Como vió Margarita que su amante no parecia, entrando ya en cuidado por los continuos lastimeros aullidos de la perrilla, resolvió seguirla; y apenas habia salido de la ciudad, cuando vió arrojado en un barranco el cadáver de su galan, ya medio podrido, y que despedia de sí un hedor intolerable.

Quedó atónita á vista del horroroso y no esperado espectáculo, y sirvióse Dios de este desengaño para convertirla. Despues de dar algunas lágrimas á su dolor, dió mucho mas á su profundo arrepentimiento. Causóla horror la vida que traia, y entrando la gracia á obrar en aquel corazon, concibió tanto dolor de sus enormes culpas, que solo pensó en los medios de salir de aquel abismo, y de borrar sus pecados con los rigores de la penitencia.

Penetrada de tan piadosos sentimientos, se fué á echar á los piés de su padre, y, deshaciéndose en lágrimas, le pidió perdon de las pesadumbres que le habia dado, y del menosprecio que habia hecho de su autoridad y de su bondad paternal, suplicándole con las voces mas tiernas, mas respetuosas y mas eficaces, que no la abandonase, que la permitiese vivir en su casa, así para estar retirada del

pecado, como para llorar á su misma vista los desórdenes de su vida pasada. Ya se puede discurrir cuánto la costaria este primer paso. La cólera de un padre justamente irritado, el genio desabrido de una madrastra declarada enemiga suya, la deshonra que habia causado á toda la familia, eran á la verdad dificultades terribles; pero por todo atropelló. El padre, aunque tan indignado por la conducta de su hija, no pudo resistirse á señales tan visibles de un vivo y sincero arrepentimiento, y así la recibió en su casa; pero no estuvo en ella mucho tiempo.

No pudo sufrirla la cruel madrastra, y negado aquel corazon á todos los sentimientos de religion y de humanidad, la arrojó ignominiosamente de la casa paterna, exponiéndola á las mayores tentaciones y á los mas eminentes peligros de la salvacion.

Una mujer jóven, bien dispuesta, solicitada de los mozos lascivos, arrojada de la casa de sus padres, sin rentas, sin socorros, sin amparo, sin recurso alguno humano para mantenerse, estaba reducida á la mayor necesidad y á la mas terrible tentacion en que puede verse una mujer. Hallándose en esta desolacion y desamparo, se sentó debajo de una higuera en la huerta de su padre, con resolucion de dejarse morir de hambre y de miseria antes que volver á precipitarse en los desórdenes pasados. Allí, deshecha en lágrimas y volviendo los ojos al cielo, gemia su triste suerte, exclamando llena de ternura: *¡Es posible, dulcísimo Salvador de las almas, que convirtiendo cada dia tantas, solo á la pérdida de la mia te has de mostrar insensible! Pues es verdad, Señor, que tanto te costó como la de una Magdalena, como la de una Tais pecadora. ¡Oh tú, que me rescataste con el precio infinito de tu sangre, no me abandones en el triste desamparo en que me veo, y ten misericordia de mí!* Así exhalaba su corazon en suspiros y gemidos, cuando se sintió interiormente inspirada con fuerte impulso á ir á Cortona, y á buscar allí un prudente confesor, á cuyos piés desahogase su conciencia, y saber de él lo que debia ejecutar para salvarse.

Ejecutólo al instante, y se fué derecha al convento de San Francisco, donde la deparó Dios un santo confesor que oyó muy despacio su confesion general, instruyéndola con mucho celo, amor y caridad, y la alentó á seguir con fervor los movimientos del Espíritu Santo, siendo fiel á la gracia, y entregándose á ejercicios de penitencia.

Hízolo así, y persuadida á que ya no podia escoger otro género de vida, pidió con humilde instancia la recibiesen en la tercera Ór-

den de san Francisco en el número de las que llaman sorores de la penitencia. Aunque no dudaban aquellos prudentes religiosos de la sinceridad de su conversion, con todo eso no la concedieron lo que pretendia hasta haber probado su vocacion por espacio de tres años, y hasta que hubiese edificado al pueblo con su vida ejemplar y con su perseverancia.

El fuego del divino amor, que se apoderó luego de su corazon, consumió bien presto el ardor que antes tenia por las criaturas. Apenas se ha visto conversion mas pronta ni mas perfecta. El lugar que antes tenia aquella vehementísima ansia de lograr todos los gustos, todos los deleites de la vida, le ocupó una mortal aversion á cuanto podia lisonjear la inclinacion de los sentidos.

Fue su vida un prodigio de mortificacion y de humildad. Pasmaron á los mas fervorosos sus primeros pasos; y parece que no podian subir mas de punto ni el amor á los abatimientos, ni los rigores de la penitencia.

Encerróse en una estrecha celdilla, sin admitir á persona alguna, ni salir jamás de ella sino por órden expresa de su confesor. Miraba con horror á aquella su hermosura, que habia sido tan perniciosa á su alma y á las ajenas; y no contentándose con debilitarla por medio de un perpétuo ayuno desde los primeros dias de su conversion, la ajó y la destruyó con espantosas mortificaciones.

Abollábase el semblante á repetidos golpes de una dura piedra; frotábale despues con piedrezuelas agudas hasta derramar sangre, la que limpiaba con un pedazo de cáñamo ó de estopa gruesa, que enjugaba la sangre, y al mismo tiempo lastimaba de nuevo la cútis; siendo, en fin, tan ingeniosa en desfigurar su belleza, que logró no quedase ni señal de lo que habia sido.

Reducíase su comida y su bebida á un bocado de pan y á unas gotas de agua que tomaba una sola vez al dia: de manera que su abstinencia era tenida por especie de milagro. Dormia en el duro suelo, sin mas cabecera que una piedra. Despedazaba su cuerpo con sangrientas disciplinas que tomaba muchas veces al dia, y pasaba cási toda la noche en oracion.

Oíasela prorumpir frecuentemente en dolorosos sollozos y suspiros con la memoria de sus culpas pasadas; y era tan viva su contricion, especialmente cuando estaba á los piés de su Crucifijo ó del altar, que no pocas veces se temió iba á espirar á violencias del dolor.

El enemigo comun, que á los principios parecia estar acobardado á vista de un fervor tan generoso, mostró despues que no le ami-

lanan del todo ni las mayores penitencias, ni la mas constante perseverancia. Dió principio á la tentacion representándola que tanto retiro era indiscreto, y que era imprudente tanta penitencia; que sin duda seria homicida de sí misma con tanto ayuno, con tanta vigilia y con tanta mortificacion inmoderada; que ya habia hecho bastante, que era tiempo de tomar algun aliento, y que pues Dios la habia dado á entender que se le habian perdonado sus pecados, debia darse por contenta, y vivir mas descansada.

No costó mucho á nuestra dichosa iluminada penitenta descubrir la cara del maligno tentador entre estos mal disimulados rasgos de su engañoso espíritu; y así solo sirvieron sus artificios para obligarla á doblar las penitencias y para hacerla mas humilde. Un dia en que se sintió mas oprimida con la multitud y con la violencia de las tentaciones, se quejaba amorosamente al Señor, postrada á los piés de un Crucifijo, y su Majestad la consoló maravillosamente con estas dulces palabras: *Ten ánimo, hija mia, por mas violentos que sean los esfuerzos del demonio, pues yo estoy contigo en el combate, y siempre saldrás victoriosa: sé fiel en todo á los consejos de tu director: confia cada dia mas y mas en mi bondad, desconfia de tí misma, y con el socorro de mi gracia triunfarás del enemigo.*

Cuanto mas se perfeccionaba la virtud de Margarita, mas crecia en su corazon el amor á los trabajos y el ansia por los abatimientos. Pareciala que era objeto de horror y de abominacion á las gentes, y se admiraba mucho cómo la toleraban en Cortona. El mayor consuelo que la podian dar era mostrar que la despreciaban. Era menester toda la rendida obediencia que profesaba á sus confesores para no dar en imprudentes excesos. Pediales licencia muchas veces para salir por las calles públicas con un dogal al cuello, pidiendo perdon del escándalo que habia dado, ó, en fin, para que la encerrasen en la casa donde estaban recogidas las malas mujeres.

No podia dejar de ganar el corazon y los cariños de Dios una alma tan penitente y tan humilde.

Colmóla el Señor de los mayores favores, y fue dotada de un sublime grado de contemplacion. Favoreciéronla con muchas visitas los espíritus bienaventurados, y especialmente el santo Ángel de su guarda. Su confesor, que escribió su vida, asegura que el Salvador la enseñaba por sí mismo, hablándola en la oracion con modo muy extraordinario. La materia cási continua de su meditacion era la pasion del mismo Salvador, á la que profesaba una devocion tiernísima, y siempre con nuevas ansias de padecer mas y mas por Jesucristo.

Su ternura y su devocion con la santísima Vírgen era amorosísima, considerándola como madre de pecadores. Todos los dias se llegaba á los sacramentos de la Penitencia y de la Eucaristía, y cada dia con nuevo consuelo y con mayor fervor. Autorizóla Dios con el don de los milagros; pero era menester valerse de alguna estratagema para reducirla á que tocase los enfermos, que al instante quedaban sanos; y despues era preciso guardarse bien de atribuirla su milagrosa curacion.

Veinte y tres años habia que esta dichosísima penitenta vivia entregada al continuo ejercicio de las mas heróicas virtudes, especialmente de una excesiva penitencia, cuando el Señor la dió á entender que se acercaba la hora de su muerte, y que en ella vendrian á asistirla todas aquellas almas que con sus oraciones habia librado de las penas del purgatorio. Desde aquel punto toda ella se ocupó únicamente en su Dios y en el ardentísimo deseo de poseerle. En fin, consumida al rigor de las penitencias, y abrasada en fuego del divino amor, habiendo recibido los santos Sacramentos, rindió tranquilamente el alma en manos de su Criador el dia 22 de febrero del año 1297, cási á los cuarenta y ocho años de su edad.

Luego que se divulgó en la ciudad su dichosa muerte, tan preciosa en los ojos del Señor, acudió á su celdilla todo el pueblo, asi para venerar el santo cadáver, como para encomendarse en las oraciones de aquella alma bienaventurada. Enterráronla en la iglesia del convento de San Francisco, y su entierro mas parecia triunfo que pompa funeral. Declaró presto el Señor la santidad de su fidelísima sierva con multitud de milagros, los que jurídicamente comprobados con autoridad de Leon X dió licencia ó permitió su culto en la diócesi de Cortona. El año de 1623 expidió el decreto de su beatificacion el papa Urbano VIII, dando permiso para que se celebrase su oficio en toda la Órden de san Francisco; y finalmente el dia 16 de mayo de 1728 la canonizó solemnemente el papa Benedicto XIII, mandando se celebrase su fiesta por toda la universal Iglesia en este mismo dia, posterior al de su felicísimo tránsito, por estar este ocupado con la fiesta de la Cátedra de san Pedro.

El cuerpo de esta bienaventurada Penitenta se conserva incorrupto hasta el dia de hoy, y todos los años se expone á la veneracion pública de la ciudad de Cortona, en el convento de los Padres Franciscos observantes, cuya iglesia tenia antes la advocacion de San Basilio, y ahora se llama Santa Margarita.

HIMNO.

Jam satis culpis, scelerique diro,
Jam satis cœco dedimus furori,
Ad sacras quisque lacrymas, dolensque
Convolet aras.
Magdala Etruscis rediviva in oris,
Pulchrior rediens ab ipsis
Edocet primæ lacrymis juventæ
Tergere sordes.
Morte dum spectat misera peremptum
Criminis fœdi comitem, repente
Horret, ac deflens maculas vetustas
Altera surgit.
Surgit, et, fuso sine lege crine,
Fœdat antiqui speciem decoris;
Dat latex potum, tenuesque mensas
Suppetit herba.
Sic fame, et ferro, rigidisque flagris
Delet admissas, reparatque culpas,
Cœlitum tandem socianda turmis
Sydera scandit.
Qui creas mundum Genitor superne,
Nate, qui mundi scelus abstulisti,
Spiritus semper par utrique regnans,
Parcite lapsis. Amen.

Baste ya de pecar; sí, baste ya...
Procure cada cual llorar á mares,
Pues es justo que al pié de los altares
Aplaquemos con llanto á Jehová.
En Etruria, cual otra Magdalena,
Margarita, ya limpia, nos demuestra,
Cuál hemos de lavar el alma nuestra,
Si fue su juventud de culpas llena.
Muere el cómplice de sus liviandades,
Y su vista la cambia de repente...
Pasa de pecadora á penitente
Dia y noche llorando sus maldades.
Lleva el pelo sin órden, desgreñado,
Afea cuanto puede su hermosura;
Su bebida es el agua, bien que impura,
La yerba es su alimento mas amado.
Con cilicios, azotes, privaciones,
Sus extravíos purga, los expia;
Llega con esto de su muerte el dia,
Y ora mora en las célicas regiones.
Dios Padre, Criador del orbe entero,
Dios Hijo, Redentor nuestro adorado,
Espíritu de Amor, Dios verdadero,
Perdonadme, Señor, cuanto he pecado.
Amen.

La Misa es propia en honra de santa Margarita, y la Oracion es la siguiente:

Deus, qui famulam tuam Margaritam de perditionis via ad salutis tramitem misericorditer deduxisti: eadem nobis misericordiam concede; ut, quam prius errantem sectari non erubuimus, mox pœnitentem impigre sequi gloriemur: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Ó Dios, que misericordiosamente sacaste á tu sierva Margarita del camino ancho de la perdicion, reduciéndola al estrecho sendero de la salvacion eterna, concédenos por tu misma infinita misericordia que, pues no tuvímos vergüenza de imitarla en sus desaciertos, tengamos la gloria de seguirla en su penitencia. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola es del capítulo III *y* VIII *del libro de los Cánticos.*

Surgam, et circuibo civitatem. Per vicos et plateas quæram quem diligit anima mea: quæsivi illum, et non inveni. Invenerunt me vigiles qui custodiunt civitatem. Num quem diligit anima mea vidistis? Paululum cum pertransissem eos, inveni quem diligit

Me levantaré, y rodearé la ciudad. Por los barrios y plazas buscaré al que ama mi alma: le busqué, y no le hallé. Encontráronme los centinelas que guardan la ciudad. ¿Vísteis por ventura al amado de mi alma? De allí á poco que los dejé, encontré al que ama

anima mea, tenui eum, nec dimittam donec introducam illum in domum matris meæ, et in cubiculum genitricis meæ. Adjuro vos, filiæ Jerusalem, per capreas, cervosque camporum, ne suscitetis, neque evigilare faciatis dilectam donec ipsa velit. Pone me ut signaculum super cor tuum, ut signaculum super brachium tuum: quia fortis est ut mors dilectio. Dura sicut infernus æmulatio, lampades ejus lampades ignis atque flammarum. Aquæ multæ non potuerunt extinguere charitatem, nec flumina obruent illam: si dederit homo omnem substantiam domus suæ pro dilectione, quasi nihil despiciet eam.

mi alma, le cogí, y no le dejaré hasta tanto que le introduzcan en la casa de mi madre, y en el retrete de la que me engendró. Yo os conjuro, ó hijas de Jerusalen, por las cabras y los ciervos de los campos, que no despertéis, ni hagais desvelarse á mi amada hasta tanto que ella quiera. Ponme como un sello sobre tu corazon, como sello sobre tu brazo: porque el amor es fuerte como la muerte, y los celos duros como el infierno: sus lámparas son lámparas de fuego y de llamas. Las muchas aguas no pudieron apagar la caridad, ni la cubrirán los rios: cuando un hombre diese por el amor todas las riquezas de su casa, las despreciaria como si fuesen nada.

REFLEXIONES.

Me levantaré, y daré vuelta á la ciudad. Es cierto que no se encuentra á Dios en la ociosidad, en la poltronería, en la pereza y en la desidiosa inaccion. Las almas perezosas y dejadas, los corazones inmortificados y regalones, los espíritus tibios y haraganes en vano buscan al Esposo celestial en una vida inútil y repantigada; estén ciertos de que jamás le encontrarán. No, no se toma el gusto á Dios entre las delicias de una vida enteramente mundana; solo en medio de las cruces, entre las humillaciones y los abatimientos, en los ejercicios duros y penosos de la penitencia se encuentra aquel consuelo espiritual, aquella interior dulzura que produce en una alma inocente la presencia del divino Esposo; cualquiera otro camino es extravío. No gusta Dios de siervos holgazanes. En vano se le busca en las calles y en las plazas públicas: el bullicio y el tumulto no son de su inclinacion; ama la soledad y el retiro. Una vida bulliciosa nunca fue ni puede ser muy interior; no es posible gustar de Dios en medio de la disipacion. Pide la esposa noticias de su amado á los guardas de la ciudad; esto es, como expone san Bernardo, á los sentidos exteriores. Dirígese mal para adquirirlas, porque estos ni conocen al que busca, ni tienen noticia de sus caminos. Las almas sepultadas en los sentidos continuamente viven en ignorancia y en tinieblas. No se comunica Dios á esas almas terrenas. *El hombre animal,* dice el Apóstol, *no conoce el espíritu de Dios.* De aquí nace el tédio con que los mundanos miran la virtud, y de aquí el desprecio con que tratan las

máximas santas del Evangelio. Si se quiere tomar el gusto á las verdades de mayor consuelo que tiene la Religion; si se quiere experimentar dulce y suave el yugo del Señor; si se quieren gustar anticipadamente aquellos como destellos de la gloria; si se quieren percibir aquellas dulzuras espirituales que el divino Esposo derrama tan liberalmente en las almas puras, es menester elevarse sobre los sentidos; es menester mirar únicamente con los ojos de la fe las brillanteces y las especiosidades del mundo; es menester vivir una vida totalmente espiritual. No hay luz pura, no hay sabiduría verdadera, no hay sólida virtud sin una constante mortificacion de los sentidos. En levantándose el espíritu sobre esas nubes densas y tenebrosas se respira un aire puro, se goza un cielo sereno, se vive en una dulce calma: entonces se halla al amado que se busca, y que es toda nuestra felicidad; una vez encontrado, se procura con el mayor cuidado no volverle á perder. Llórase entonces la triste suerte de aquellos que, embriagados en los falsos gustos, que tarde ó temprano se les vuelven tan amargos, en aquellos bienes aparentes que dejan tan vacío el corazon, y que léjos de satisfacerle le irritan mas la sed, viven cada dia mas y mas hambrientos; entonces apenas se puede comprender cómo hay almas ilustradas con las luces de la fe que giman toda la vida sujetas á la triste tiranía de las pasiones. La mansion del Esposo es la celestial Jerusalen; en ella ha de entrar algun dia para gozar á vista suya la gloria preparada á los que le aman, y para embriagarse en aquel torrente de delicias que el Señor nos tiene prometidas. El alma pura y desprendida de los sentidos por el ejercicio de una vida tan espiritual goza ya desde esta aquellas dulzuras inefables. Esta es la dichosa suerte de los que aman ardientemente á Jesucristo en este mundo. ¡Oh, y qué suavísimos consuelos hace gustar aun en esta vida este amor tierno, constante y generoso!

El Evangelio de la Misa de este dia está tomado del de san Lucas, capítulo XV.

In illo tempore: Erant appropinquantes ad Jesum publicani et peccatores, ut audirent illum. Et murmurabant pharisæi et scribæ, dicentes: Quia hic peccatores recipit, et manducat cum illis. Et ait ad illos parabolam istam, dicens: Quis ex vobis homo, qui habet centum oves, et si perdiderit unam ex illis, nonne dimittet nona-

En aquel tiempo, como los publicanos y los pecadores se acercasen á Jesús para oirle, murmuraban los fariseos y los escribas: Este hombre, decian, recibe á los pecadores, y come con ellos. Inmediatamente el Salvador les dijo esta parábola: ¿Quién hay entre vosotros, dueño de cien ovejas, que si se le pierde una, no deja las noven-

ginta novem in deserto, et vadit ad illam, quæ perierat, donec inveniat eam? Et cum invenerit eam, imponit in humeros suos gaudens : et veniens domum, convocat amicos et vicinos, dicens illis : Congratulamini mihi, quia inveni ovem meam, quæ perierat? Dico vobis quod ita gaudium erit in cœlo super uno peccatore pœnitentiam agente, quam super nonaginta novem justis, qui non indigent pœnitentia. Aut quæ mulier habens drachmas decem, si perdiderit drachmam unam, nonne accendit lucernan, et everrit domum, et quærit diligenter, donec inveniat? Et cum invenerit, convocat amicas et vicinas, dicens : Congratulamini mihi, quia inveni drachmam, quam perdideram? Ita dico vobis : gaudium erit coram Angelis Dei super uno peccatore pœnitentiam agente.

ta y nueve en la pradera, y va á buscar la que se le ha perdido hasta que la encuentra? Habiéndola encontrado, la carga lleno de gozo sobre sus espaldas, y apenas llega á su casa convoca á sus amigos y á sus vecinos, y les dice: Regocijaos conmigo, porque he hallado mi oveja que habia perdido. Digoos, pues, que habrá aun mas gozo en el cielo por un solo pecador que hace penitencia, que por noventa y nueve justos que no tienen necesidad de penitencia. ¿Ó qué mujer hay que teniendo diez monedas, si pierde una, no enciende la antorcha, barre la casa, y la busca con toda diligencia hasta haberla encontrado? Y cuando ya la halló, convoca á sus amigas y vecinas, y les dice: Congratulaos conmigo, porque encontré la moneda que habia perdido. De este mismo modo, yo os lo aseguro, habrá un gran regocijo entre los Ángeles de Dios, por la conversion de un solo pecador que hace penitencia.

MEDITACION.

De la santidad.

Punto primero.—Considera que solo hay una fortuna á que aspirar, que es á ser santos. La santidad es el único objeto digno de un corazon cristiano. Busca algun otro bien mas real, imagina otra gloria mas sólida, discurre otra dicha mas llena ni en que intereses mas. Y sin embargo este es puntualmente el único bien que despreciamos por correr tras de quimeras.

¿De qué le servirá á un hombre un instante despues de su muerte, y aun una hora antes de espirar, haber sido rico, poderoso, honrado, haberse divertido en todo lo que pudo, si pierde su alma? Pero ¿se le tendrá mucha lástima porque hubiese sido pobre, humillado, perseguido, el desprecio y la burla del mundo, si es santo y se salva? Pero ¿será posible que no despierten nuestros deseos, que no se aliente nuestro desmayo en solicitud de esta dulce santidad?

Ser santo es ser siervo de Dios. ¿Puede haber título que mas nos honre? ¿Podemos encontrar amo mejor que mas nos premie? Aun hay mas: ser santo es ser amigo de Dios, hijo de Dios, ser feliz,

ser eternamente dichoso, y no menos que con la felicidad del mismo Dios. El que es santo, no solamente posee todos los bienes juntos, sino el mismo manantial de todos los bienes. Hablando en propiedad, no es la algría del Señor la que entra en el corazon de los Santos, porque seria espacio muy estrecho, y estaria muy apretada: el alma de los bienaventurados es la que se engolfa, la que, por decirlo así, deliciosamente se anega en la alegría del Señor; es decir, en las delicias y en la bienaventuranza de Dios mismo.

Imagina todo cuanto puede contribuir á hacer á un hombre perfectamente feliz en la tierra: junta todos los tesoros del universo, toda la magnificencia de los grandes, todas las honras, todos los gustos del siglo: une todas las coronas del mundo para hacer un solo monarca del universo: aparta de esta idea de felicidad todo cuanto pueda en alguna manera desazonarla, perturbarla, aunque sea inseparable de la miseria de esta vida; nunca podrás separar la memoria de que algun dia es necesario morir, y este solo pensamiento es capaz de llenar de acíbar y de amargura todos los contentos de este mundo. Solamente la santidad incluye, contiene una felicidad pura, eterna, sin miedo de perderla jamás. Esta será mi suerte si me salvo, esta será mi herencia. ¿Puede encontrar objeto mas digno mi ambicion? ¿Puede haber otro placer que mas sea de mi gusto? ¿Es posible que puedo estar con Dios por toda la eternidad, y es posible que puedo aspirar á otra fortuna?

Pero ¿á qué fortuna? Á un empleo, á una dignidad, á una plaza que me levantará un poco mas para precipitarme desde mas alto, y para hacer mas sensible mi caida; á una distincion que me producirá mil envidiosos; á amontonar riquezas con fatigas y sudores, para que las desbarate un heredero ingrato, impío y libertino. Á esto aspiro, y no aspiro á ser santo.

¡Qué vergüenza, Señor, pero al mismo tiempo qué dolor es el mio de haber pensado hasta aquí en otra cosa que en esto! ¿Es posible, dulcísimo Jesús mio, que lo único que he olvidado, y que aun he menospreciado, ha sido vuestra amistad y mi salvacion?

Punto segundo.—Considera que no estás en la tierra sino para lograr la misma dicha que los bienaventurados en el cielo. Su recompensa es grande, y la nuestra puede no ser menor. Ellos son santos, y nosotros solamente hemos nacido para serlo. Pero, mi Dios, ¿pensamos únicamente en conseguirlo? ¿Es ser prudente, es ser ni aun racional dejar perder tan gran fortuna?

Pero ¿acaso nos acobarda lo mucho que cuesta ser santo? Pues qué, ¿por ventura cuesta mas de lo que el cielo vale? ¿Es mas de lo que Dios merece? Las dificultades nos espantan, los trabajos nos aterran. Vanos espantajos, terror pánico, dificultades imaginarias, que se desvanecen luego que se entra con valor en la carrera de la virtud. Pregunto: ¿y no cuesta trabajo, no hay dificultades que vencer para hacerse rico, para lograr el empleo, para ascender á la dignidad? ¿No hay mucho que padecer para fabricarse una quimérica fortuna? ¡Qué fatigas, qué desvelos, qué viajes, qué sustos, qué cortejos, qué desaires! ¡Cuántas amarguras hay que devorar y que tragar! ¿Y qué fortuna hay en el mundo tan brillante que valga los sudores, las congojas, los cuidados, las sofrenadas, las mortificaciones, los vergonzosos abatimientos que es menester sufrir para lograrla? Hácia ninguna carrera del mundo se da paso que no esté llena de espinas, que no sea un despeñadero; y con todo eso á ninguno acobarda este monton de dificultades.

Cuesta trabajo ser santo: es verdad, no lo niego. Es menester mortificar las pasiones, es preciso estar siempre con las armas en la mano, es indispensable entrar en mil batallas, vencer siempre al enemigo, y vencerse á sí mismo. Pero tambien se ha de confesar que Dios comunica por medio de su gracia tal union, tal dulzura al corazon, que hace suavísimo su yugo. Tropiézanse cruces á cada paso; pero es dulcísimo el fruto de esas cruces. ¡Qué consuelo se siente aun entre los rigores de la mas severa penitencia! Mas supongamos que no se percibiese en el cáliz mas que amargura, ni se pisasen mas que espinas en el camino; cuando se trata de ser eternamente feliz, ó de ser eternamente desventurado, ¿habrá que deliberar?

¿Parécete que los Santos compraron muy cara la santidad? ¿Costó demasiado á santa Margarita de Cortona? Fue larga, fue rigurosa su penitencia; pero ¿ahora la parecerá á la Santa que fue excesiva? ¿Pesarála hoy del rigor de sus disciplinas? Todos aspiramos á la misma dicha que gozan los Santos; todos esperamos arribar al mismo término: mas ¿vamos todos por el mismo camino?

¡Oh inestimable felicidad! ¡oh dichosa suerte la de los Santos! ¡Cómo te he podido yo perder de vista ni un solo momento! ¡Qué otra fortuna ha podido ocupar neciamente mi ambicion! Señor, el ardiente deseo que ahora me abrasa de poseer tan grande dicha os ha de hacer olvidar mi pasada insensibilidad. Vos quereis que sea santo, y yo quiero serlo. Esto es hecho, mi Dios, esto es hecho: quiero vivir como los Santos para ser santo.

JACULATORIAS.—Vuelve, alma mia, todo tu pensamiento al descanso eterno que te espera, y para el cual te crió la benéfica misericordia del Señor. (*Psalm.* CXIV).

Si yo me olvidare de tí, ó Jerusalen celestial, mansion feliz de los bienaventurados, que me olvide tambien hasta de mi misma mano derecha. (*Psalm.* CXXXVI).

PROPÓSITOS.

1 No te contentes con amar la santidad, con estimarla, con alabar á los Santos. Este es el único fruto que se suele sacar de las reflexiones que se hacen acerca de la virtud y de sus elogios. Resuélvete eficazmente á imitarlos, y trabaja sin dilacion y sin aflojar en esta grande obra. Da principio á ella, examinando si hay en tí algun estorbo que lo sea de tu salvacion. ¿Has abrazado el estado á que Dios te llama, y en el cual te quiere? ¿No tienes alguna inclinacion, alguna comunicacion, algun amor menos puro ó menos inocente? ¿No te sirven de embarazo tus ocupaciones ordinarias, tu ociosidad, tus amistades, tus costumbres, tus diversiones? No dejes pasar el dia sin reformar todo lo que puede ser perjudicial á tu verdadera fortuna. Consulta con tu confesor cuál es tu pasion dominante. Este es el enemigo mas temible de tu salvacion, con quien es menester no hacer jamás paz ni tregua, y á quien nunca has de dar cuartel.

2 Pero no basta quitar todos los estorbos á la santidad: es necesario aplicar todos los medios oportunos para ser santo, y poner manos á la obra incesantemente. Examínate con especialidad sobre los puntos siguientes: Primero: ¿Eres exacto en tener un dia de retiro cada mes, y en visitar cada dia al santísimo Sacramento? Segundo: ¿Cuánto tiempo empleas cada dia en los ejercicios espirituales y en el de otras buenas obras? Tercero: ¿Qué fruto sacas de la frecuencia de Sacramentos? Cuarto: ¿Cómo cumples con las obligaciones de tu estado? Ten presente que el modo de hacer grandes progresos en la virtud es cumplir exactamente con estas obligaciones. Quinto: ¿Visitas á los pobres, y los socorres cuanto puedes en sus necesidades? Cuando Jesucristo habla de la entrada de los Santos en el gozo del Señor, solo hace memoria de las obras de misericordia. Sexto: La mejor eleccion espiritual para todos son las vidas de los Santos; porque las hay de todas edades, de todas condiciones y de todos estados. Escoge uno por tu protector especial y por tu

modelo. El mejor modo de merecer la proteccion de los Santos es imitarlos: nunca leas sus vidas sin deseo, y aun sin resolucion de imitar alguna de sus virtudes.

DIA XXIII; ó XXIV, SI ES BISIESTO.

MARTIROLOGIO.

LA VIGILIA DE SAN MATÍAS, APÓSTOL.

Y en otras partes otros muchísimos santos Mártires y Confesores, y santas Vírgenes.

Cuando el año es comun, este dia 23 se une con el dia antecedente y forma un solo dia; pero si es bisiesto, queda de por sí, y se dice: dia 24; que á este efecto se ponen los dos números. En los demás dias que siguen hasta fin de mes, hay asimismo dos números en cada dia: el número primero sirve para cuando el año es comun, que tiene veinte y ocho dias, y el segundo para el bisiesto, que cuenta veinte y nueve dias.

Si el dia de la propia vigilia de san Matías apóstol cae en domingo, sea año comun ó sea bisiesto, se hace en el sábado que antecede á dicho domingo.

SAN PEDRO DAMIANO, CARDENAL Y OBISPO DE OSTIA.

Pedro Damiano nació en Ravena de linaje humilde, pero limpio. Hay quienes le juzgan salido de una noble familia, pero se equivocan, por atribuirle lo que corresponde á Pedro Pecador. Despues de la muerte de su madre, su hermano mayor tomó esposa, y estos consortes, fingiendo tomar á su cargo el cuidado del niño, le oprimian tan duramente, que no solo le alimentaban con pan, viandas y vino adulterados y corrompidos, sí que tambien le obligaban á ir con los piés desnudos, le azotaban con frecuencia, y hasta le hicieron guardar cerdos. Volvió entre tanto á Ravena, de la que habia estado ausente algunos años, un hermano suyo llamado Damiano, el cual compadeciéndose de las miserias de su hermano, y tomándole á su cuidado, le trató con amor como de padre, y procuró que se le instruyese en las letras. Habiéndolo hecho algun tiempo en Ravena, y conocida la bella índole del jóven, fue este enviado primeramente á Favencia y despues á Parma para que oyese las lecciones de los hombres mas doctos, conforme lo atestigua Pedro en sus cartas. En breve tiempo hizo tantos progresos en las artes liberales, que pudo explicarlas á los demás con suma utilidad y concurrencia de oyentes, de tal manera que se le reputase por el primero en toda la Italia. Sin embargo, como fuese creciendo de cada

dia en favor y gracia de los príncipes en riquezas y autoridad; increpándose á sí mismo, ¿por qué, decia, he de adherirme perpétuamente á unos bienes caducos y perecederos? ¿por qué despidiéndome de estos no he de ambicionar los celestiales? Repitiendo con frecuencia estas palabras, empezó paulatinamente á dedicarse á los estudios y obsequios divinos.

Así púsose un cilicio bajo su rico vestido, se entregaba continuamente á la abstinencia, á las vigilias y al rezo de los sagrados himnos, y como le molestase el fuego de la sensualidad á causa de sus juveniles años, á fin de remediarlo, levantábase por la noche de su cama, sumergíase en un baño de agua fria, y al salir de él, léjos de volver á su lecho, acostumbraba alabar á Dios con himnos y salmos. No fueron menos admirables su liberalidad y munificencia con los pobres, á quienes recibia benignamente y daba de comer. Pero creciendo cada dia mas su fervor, y habiendo determinado dejar todo lo del mundo y hacerse monje, no queria practicarlo en su país por razon de sus parientes y algunos otros obstáculos, en cuya ocasion llegaron desde la soledad de Santa Cruz de la fuente Avellana, situada en la diócesis Eugubina, dos monjes, y con sus coloquios aumentóse en Pedro el tëdio de las cosas caducas y deleznables del mundo. Y despues de la partida de dichos monjes, reflexionando por su trato si podria soportar el trabajo de su vida, metióse en una celdilla muy estrecha, en la cual por espacio de cuarenta dias llevó una vida conforme á las leyes de los ermitaños de Santa Cruz. Ni se detuvo; robustecido con aquel género de vida, y no temiendo ya sus dificultades y dureza, á escondidas de todos los suyos partió ocultamente á aquella soledad de la montaña de Catria. Recibióle benignamente el abad, y vistiéndole la cogulla entrególe inmediatamente á manera de novicio á la guarda y enseñanza de uno de los monjes. Cuánto aprovechó, no puede fácilmente decirse, porque con mayores abstinencias y vigilias aspiraba continuamente á la cumbre de la santidad y á la consecucion del sumo Bien.

Ciertamente por aquel tiempo dichos monjes se limitaban á vivir únicamente de pan y agua en cuatro dias de la semana, añadiendo los martes y jueves unas pocas legumbres, que tomaba cada uno, cocidas en su aposento. En los dias festivos se les daba mayor cantidad de pan, pero no todo el que quisiesen, sino con cierta medida; en cuanto al vino, solo para los oficios divinos y para los enfermos. Y habiendo en las vigilias la costumbre de que al dar la señal, y concluidas las oraciones de la mañana, todos rezasen los salmos

de David, previniendo Pedro dicha comun señal empleaba en vela lo restante de la noche, por lo que cayó en la enfermedad de no poder dormir los dias ni las noches, de la cual convaleció sin embargo por haber moderado el rigor de sus penitencias. Habiendo crecido en breve la fama de su santidad, por los ruegos de Guidon Strambiato, de Ravena, abad pomposiano, y finalmente del prepósito del monasterio de Santa Cruz, fue enviado al de Pomposia para instruir á aquellos monjes en los preceptos divinos y en las sagradas Letras. Allí pasó dos años, finidos los cuales fue llamado otra vez por dicho prepósito y demás monjes del de Santa Cruz, y fallecido aquel poco despues, fue nombrado prepósito á pesar de su resistencia.

Pasó despues á reformar el monasterio de Camerto, en seguida el de Monte-Regio, que existe en el Perusino, en donde ocupó la celda que se decia haber habitado san Romualdo, y sucesivamente el de Faventino, el de Acereto, el de Ganiunio, que ahora llaman Cavina, el Ariminense y el Murciano.

Hallándose en el de Ganiunio mandó cierto dia á un monje que acostumbraba á servirle le trajese agua de la fuente. Hízolo aquel; pero mudándose el agua en vino, fue enviado otro monje para traer otra porcion de agua, la que trocándose nuevamente en vino, ordenó Pedro que á nadie fuese manifestado este prodigio. Muy largo seria detenerse en referir todos los que obró. De tal manera fué creciendo la fama de su doctrina y santidad, que el sumo pontífice Estéban IX no tanto le llamó, como le obligó á aceptar el capelo cardenalicio, ni creyó haber hecho bastante atendida su virtud y ciencia, pues que tambien le añadió el obispado de Ostia, y le nombró decano del sagrado colegio de Cardenales, desempeñando además nuestro Pedro muchas legacías con suma fidelidad y diligencia. Al propio tiempo, como muchos eclesiásticos llevasen públicamente una vida muy licenciosa, puede apenas decirse con qué vigor é intrepidez los reprendia continuamente, y les exhortaba con todo esfuerzo á vivir recta y santamente. Sin embargo, para entregarse totalmente á Dios y dedicarse de dia y de noche á la meditacion de las cosas divinas, abdicó á un tiempo el capelo y la mitra, en cuya ocasion como el pontífice Nicolás le obligase á tomar de nuevo dichas dignidades y honores, y lo resistiese Pedro con suma constancia, y con mas acaso de la que era debida á la majestad del Pontífice, este por último se dejó vencer de su perseverancia; pero le impuso la pena llamada *centenaria*, la cual consiste en rezar diariamente por

espacio de cien años y cien veces al dia el salmo L, con la añadidura de disciplinas.

Sufrió Pedro con gusto esta pena, y fue tal el ardor de su penitencia, que la evacuó en el espacio de un año. Concluida la pena, dirigió al papa Nicolás elegantes cartas llenas de piedad y religion, con las cuales se justificó; y no menos con razones que con los ejemplos de varones santos demostró la sinceridad de sus procedimientos. Existiendo dichas cartas, no hay necesidad de explicarlas. Fuése despues á esconderse en su amantísima soledad Catriana, en la que tampoco estuvo ocioso, porque primeramente por mandato de Nicolás pasó á la iglesia de Milan, que se habia separado de Roma muchos años hacia, y estaba inficionada con el veneno de la simonía y la herejía de los Nicolaitas, y la reconcilió con la Silla romana purgándola de sus errores. Dirigióse despues á la iglesia de Ravena, y exhortó muchas veces á su arzobispo Giberto para que profesase mejores doctrinas. Enviado despues por el papa Gregorio VII, recorrió toda la Italia, restableciendo la solemnidad de la abstinencia y ayuno de los viernes en honor de la santa Cruz que habia cási caido en desuso, y restableció igualmente el rezo de las oraciones ú oficio con que se tributa diariamente el debido culto á la bienaventurada Vírgen María. Además, en el tiempo que fue obispo, todo cuanto le sobraba lo distribuia á los pobres, lavando los piés de doce de ellos, alimentándolos por su mano, y buscando y auxiliando al propio tiempo por toda la ciudad á los huérfanos y á las viudas.

De la misma manera cuando se hallaba en el monasterio pasaba á veces cuarenta dias sin comer nada que fuese cocido al fuego, sino tan solamente manzanas crudas sin bebida alguna. Finalmente, al marcharse de Ravena para presentarse al Pontífice, á fin de que dicho viaje no fuese inútil, envió sus monjes que habia instituido en Favencia fuera de la puerta de la ciudad en el edificio de Santa María, que ahora vemos edificado dentro de la misma. Aquí fue su feliz tránsito, pues acometido de una calentura, al octavo dia de su enfermedad falleció en la noche anterior al dia octavo de las calendas de marzo, año del nacimiento del Señor 1080, siendo aun pontífice Gregorio VII. El cuerpo del Santo fue depositado en un sepulcro de blanquísimo mármol, cantando todos los concurrentes himnos y salmos, y tributando á Dios las mayores alabanzas. Son tantos los milagros que el Señor obra por su intercesion, que admira la veneracion y frecuencia con que acuden á él los pueblos; y la ciudad de Favencia, habiendo experimentado en diferentes ocasiones

sus extraordinarios favores, le eligió por su particular patron y abogado. El sumo pontífice Leon XII, en vista de que ya se celebraba su fiesta en varias diócesis y en la Órden camaldulense, extendió á toda la Iglesia su oficio y misa de confesor pontífice, añadiéndole la cualidad de doctor, pues fue varon doctísimo, como lo acreditan sus obras que andan impresas; y de él escriben Mosander, Surio, Hareo, Baronio, Leon Ostiense, Tritemio y otros.

La Misa es de la vigilia de san Matías, apóstol, y la Oracion es la que sigue:

Da, quæsumus, omnipotens Deus: ut beati Mathiæ apostoli tui, quam prævenimus, veneranda solemnitas, et devotionem nobis augeat, et salutem. Per Dominum nostrum Jesum...

Haced, omnipotente Dios, que la venerable solemnidad del bienaventurado apóstol san Matías, que hoy anticipamos, nos aumente la devocion y la salud. Por Nuestro Señor Jesucristo...

La Epístola es del capítulo XLIV *y* XLV *del Eclesiástico, que se lee en la Misa de la vigilia de san Matías, apóstol.*

Benedictio Domini super caput justi. Ideo dedit illi Dominus hæreditatem, et divisit illi partem in tribubus duodecim: et invenit gratiam in conspectu omnis carnis. Et magnificavit eum in timore inimicorum: et in verbis suis monstra placavit. Glorificavit illum in conspectu regum, et ostendit illi gloriam suam. In fide et lenitate ipsius sanctum fecit illum; et elegit eum ex omni carne. Et dedit illi coram præcepta, et legem vitæ et disciplinæ: excelsum fecit illum. Statuit illi testamentum æternum, et circumcinxit eum zona justitiæ, et induit eum Dominus coronam gloriæ.

La bendicion de Dios permanece sobre la cabeza del justo. Por lo mismo le dió el Señor su herencia, y le adjudicó parte entre las doce tribus (de Israel), y le hizo agradable para con todas las criaturas. Le engrandeció intimidando á sus enemigos, y amansó á los mónstruos con sus palabras. Ensalzóle á presencia de los reyes, y le manifestó su gloria. Por su fe y mansedumbre le hizo santo, y eligió de entre todos los hombres. Dióle preceptos públicamente: ley de vida y disciplina, y le hizo excelso. Con él celebró el pacto eterno, ciñióle con el cíngulo de justicia, y le puso el Señor la corona de la gloria.

REFLEXIONES.

¡Gran dicha, suprema dicha estar en la gracia del Señor! No hay ni puede haber motivo de alegría mas pura, mas llena, mas cumplida. El favor de los príncipes hace privados, pero no hace dichosos. No excluye el mérito, mas no le supone, ni le da. Por eso no hay cosa mas caduca que su favor, ni la hay mas inconstante que su gracia. Desde el favor de los grandes á su desgracia no siempre hay

la mayor distancia. Con razon se dice, que es como destino comun de los favorecidos no conservar el favor hasta el fin; ó porque los príncipes se cansan de ellos cuando ya no tienen mas que darles, ó porque ellos se cansan de los príncipes cuando no tienen mas que recibir. No sucede lo mismo en la amistad con Dios: la felicidad y el colmo de las dichas es el fruto de su benevolencia. Como superior á la inconstancia, que acompaña á la de los grandes, nunca se puede perder sino por culpa nuestra. La misma amistad comunica el mérito; porque ser amigo de Dios es ser justo. ¿Qué título mas pomposo, qué nombre mayor, qué carácter mas respetable ni mas precioso que ser grato á los ojos de Dios? Es la liberalidad inseparable del amor; por eso derrama Dios sus bendiciones sobre la cabeza del justo: *Benedictio Domini super caput justi.* ¡Con qué luces sobrenaturales no ilumina á las almas puras! ¡Con qué celestial ardor no abrasa los corazones vacíos y limpios de los deseos terrenos! ¡Qué consuelo interior, qué secreta dulzura, qué abundancia de gracias no comunica á los que le sirven con fidelidad! ¡Qué feliz, qué dichosa es su suerte en esta vida y en la otra! Coherederos de Jesucristo y herederos del mismo Dios, será el cielo su eterna mansion, la gloria su rica herencia. Todo cuanto el Sábio dice en este capítulo de los Patriarcas de la ley antigua todo se verifica en los Santos de la nueva. Ninguno hay que por su fiel correspondencia á la gracia, y por su generosa perseverancia en el servicio de Dios, no hubiese sido grande, y no se hubiese hecho temible á los enemigos de su salvacion: *Et magnificavit eum in conspectu inimicorum.* El justo vive de la fe; y la blandura, la mansedumbre y la humildad es en parte el carácter de todos los justos: *In fide et lenitate sanctum fecit illum.* Hácense respetables por su arreglada vida, y es la prudencia su verdadero retrato. Á la verdad no siempre es reconocido el mérito de los justos mientras viven; no siempre se hace justicia á su virtud. El mundo aborrece al Señor, y es necesario que aborrezca á sus siervos. Pero siempre es cierto que, aunque los virtuosos no siempre sean estimados, siempre es respetada la virtud. Hasta en el corazon de los grandes del mundo encuentra la virtud un fondo de estimacion que les hace mirar con cierta especie de envidia la suerte de los Santos, por oscura, por invisible que sea á nuestros ojos. Llénalos de polvo el tumulto del mundo; pero la falsa brillantez que deslumbra á los mundanos no es bastante á tranquilizar su corazon. Conócese bien que este dulce reposo, esta paz, este contento interior es herencia reservada á las almas justas. Todos envidian su

dicha: pues ¿por qué no imitarán la pureza de sus costumbres, su piedad y su inocencia? Es la ciencia de la salvacion una facultad en que todos pueden ser hábiles... ¡Oh, cuánta verdad es que solo hay verdadera sabiduría en el entendimiento y en el corazon de las almas justas!

El Evangelio es del capítulo XV *de san Juan.*

In illo tempore: Dixit Jesus discipulis suis: Hoc est præceptum meum, ut diligatis invicem, sicut dilexi vos. Majorem hac dilectionem nemo habet, ut animam suam ponat quis pro amicis suis. Vos amici mei estis, si feceritis quæ ego præcipio vobis. Jam non dicam vos servos, quia servus nescit quid faciat dominus ejus. Vos autem dixi amicos, quia omnia quæcumque audivi à Patre meo, nota feci vobis. Non vos me elegistis; sed ego elegi vos, et posui vos ut eatis, et fructum afferatis, et fructus vester maneat: ut quodcumque petieritis Patrem in nomine meo, det vobis.

En tiempo que Jesucristo enseñaba á sus discípulos su celestial doctrina, les dijo: Este es mi precepto, que os ameis mútuamente, como yo os he amado. Ninguno tiene caridad mayor que aquel que da la vida por sus amigos. Vosotros lo seréis mios, si hiciéreis lo que yo os mando. Yo no os llamaré siervos, porque el siervo ignor lo que hace su señor. Os he llamado amigos, porque os he manifestado cuanto oí á mi Padre. No sois vosotros los que me elegísteis, sino yo á vosotros, y os he puesto para que vayais *(á predicar mi Evangelio por el mundo)*, y recojais su fruto, y sea el vuestro permanente: para que cuanto pidiéreis al Padre en mi nombre, os lo conceda.

MEDITACION.

Del ayuno y de la abstinencia.

Punto primero.— Considera que la abstinencia y los ayunos de la Iglesia no son de pura devocion, son de riguroso precepto. No se contentó Cristo con mandarnos ayunar, sino que él mismo nos dió tambien el ejemplo. Los sagrados Apóstoles estuvieron muy léjos de excusarse de esta ley universal. Ningun Santo ha habido en la Iglesia de Dios que no la observase con una extrema severidad: ¿y cuántos se dispensan hoy en esta ley? Pero ¿por qué nuevo privilegio hemos adquirido nosotros este nuevo derecho?

La ley de la abstinencia y del ayuno es tan antigua como el mundo, y el quebrantamiento de esta ley fue el fatal orígen de todas las desdichas. Si Adan se hubiera abstenido, si hubiera ayunado, él no hubiera caido del estado de la inocencia, y nosotros seriamos felices. ¡Qué bienes no estaban pendientes de su abstinencia! ¡Y en qué di-

luvio de males no nos precipitó su pecado! ¿Cuánto perdió Esaú por satisfacer su hambre? ¿Cuánto se pierde en la Iglesia de Dios por no guardar los ayunos? Dejar de ayunar cuando lo manda la Iglesia, no como quiera, es una simple desobediencia, es una especie de idolatría, dice san Juan Crisóstomo; porque entre todas las confesiones ó protestas públicas que se hacen de la fe que se profesa, la mas solemne y la mas eficaz es la del ayuno, especialmente el de Cuaresma. Acaso no hay otra prueba mayor de qué somos cristianos. Pero por esta señal, por esta marca ¿se conocerá hoy en el mundo gran número de verdaderos fieles?

No ha habido edad alguna en el mundo en que el ayuno no fuese acto de religion, y uno de los mas solemnes ejercicios de penitencia. ¿Qué hombre justo se hallará ni en el Viejo ni en el Nuevo Testamento que no hubiese procurado domar la concupiscencia, reprimir las pasiones, satisfacer por sus culpas, alcanzar del Señor nuevos favores; en una palabra, que no haya esperado hacerse propicio á Dios por medio del ayuno? ¿Hácese el dia de hoy el mismo concepto de este santo ejercicio? ¿Créese que el ayuno tiene la misma virtud?

Apenas hay religion alguna en la Iglesia de Dios en que el ayuno no sea uno de los capitales puntos de su instituto: hay muchas en que por sus reglas se multiplican las cuaresmas. ¿Y se podrán hacer estas reflexiones viendo al mismo tiempo tan á sangre fria la escandalosa facilidad con que hoy se dispensa en el ayuno y en la abstinencia de la Cuaresma con las personas del mundo? ¿Si será porque se viva con mayor inocencia en el siglo que en los claustros?

No se halló en otro tiempo ni siquiera un solo cristiano, entre la prodigiosa multitud de los que poblaban una de las mayores ciudades del mundo, que en medio de una cruelísima hambre quisiese usar de la dispensa general que se concedió á toda la ciudad en la abstinencia y ayuno de la Cuaresma. ¡Oh siglo dichosísimo! ¡oh felices tiempos! Dios mio, ¿ha quedado en nuestros dias siquiera alguna centella de aquel antiguo fervor? Con todo eso la misma ley subsiste en todo su vigor, la obligacion es la misma, la moral es la propia; pero ¿es tambien la misma aquella obediencia que se profesa á la ley?

¡Mi Dios! ¡qué remordimientos! ¡qué confusion! ¡qué dolor! ¡qué arrepentimiento! No permitais, Señor, que me sean inútiles estas reflexiones.

Punto segundo. — Considera hasta dónde ha llegado hoy en el

mundo la relajacion y aun la irreligion en materia de ayuno y de abstinencia. ¿Cuántos pretextos, cuántas razones frívolas se alegan para eludir la ley, ó á lo menos para enervar, para disminuir su obligacion? Apenas hay persona noble ó rica que no juzgue tiene derecho para que la dispensen. Las damas siempre son muy débiles, siempre son muy delicadas para poder ayunar: los hombres de conveniencias nunca tienen bastante salud para guardar las abstinencias de la Iglesia. Los médicos por la mayor parte se han convertido en abogados del amor propio y en agentes de la relajacion. Nímiamente indulgentes en opinar contra la ley, apenas tienen valor para no votar á favor de la dispensa.

Bueno es que aquel jóven, aquel caballero mozo tiene salud para jugar cuatro ó seis horas á la pelota, para pasar dias enteros en la caza, y para otros ejercicios de diversion que no se pueden hacer sin la mayor robustez; pero ¡no la ha de tener para ayunar y para comer de vigilia!

Bueno es que aquella otra dama, fatigada de su misma ociosidad, tiene salud para estarse las seis y las ocho horas en el juego, y tal vez con una postura violentísima, para pasar noches enteras en los bailes y en las contradanzas mas violentas; ¡y su delicadeza no ha de poder tolerar un dia de pescado, ni su indevocion un dia de ayuno! Porque yo no veo otra razon que pueda dispensar de ayunar á este género de gentes.

¡Buen Dios! ¿con qué licencia, con qué impiedad se violan el dia de hoy, especialmente por la gente moza, las santas leyes del ayuno y de la abstinencia en tiempo de Cuaresma? ¿Con qué facilidad se quebrantan? Aun entre aquellos mismos que hacen profesion de piedad se encuentran muy pocos que no aprendan vanamente ser nocivo el pescado á su salud, y que necesariamente está pidiendo esta que se les dispense; de manera que la santa, la inviolable ley de la Cuaresma en nuestros tiempos está reducida á cási nada, por la extraña relajacion de la mayor parte de los fieles. Aun los pocos que la observan cási pierden todo el mérito, y ya por el regalo, ya por los pontones con que sostienen su abstinencia y sus ayunos. ¡Ah Señor! es cierto que los abusos se multiplican; pero en el dia de vuestra justicia ¿tendréis mucha atencion á esos abusos?

¡Con qué rigor observaban los primeros fieles la Cuaresma! ¡Qué frugalidad, qué abstinencia en las comidas! Pregunto: ¿se cometen hoy menos pecados que entonces? ¿Son mas inocentes los cristianos de estos tiempos que los de aquellos? ¿Son mas puras las costum-

bres? Aun cuando esto fuera así, no por eso debiera observarse la Cuaresma con menos fervor ni con menos religion. Pero ¡ah! ¡que acaso no se habrá visto siglo mas corrompido! ¡Ah! ¡que la maldad todo lo inunda! ¿Puede haber mayor desproporcion que la que se encuentra entre nuestras costumbres y las de los primeros cristianos? Y con todo eso apenas hay quien ayune: la abstinencia incomoda mucho: todos pretenden tener derecho para que se les dispense.

El ayuno incomoda. Pues digo, ¿acaso el ayuno se instituyó para el regalo? El pescado no sabe bien. ¿Y por ventura se ha de buscar la delicadeza y el gusto en la penitencia?

¡Santo Dios! ¡y qué crueles remordimientos causarán en la hora de la muerte todos esos imaginarios achaques, todas esas soñadas necesidades, todos esos vanos pretextos, todas esas frívolas é inválidas dispensaciones! Pero ¿será entonces tiempo de descubrir el error? ¿Serán bien admitidas todas esas excusas? Yo era noble; estaba en empleo en que era muy importante mi vida y mi salud; era de delicada complexion; no me asentaba bien la comida de viernes; el ayuno me causaba pervigilios; no podia acomodarme á ese género de penitencias.

Señor, pues me habeis hecho la gracia de que conozca y deteste el error en que he vivido hasta aquí, no permitais que este conocimiento sirva solo para poner el colmo á mi pasada infidelidad. Todavía tengo tiempo para daros pruebas de la sinceridad de mi arrepentimiento. Esta santa Cuaresma en que vamos á entrar será el tiempo que tomaré para mi sincera penitencia: espero observarla, por vuestra misericordia, con tanta exactitud, con tan escrupulosa puntualidad, que esto mismo acredite bien lo mucho que me he aprovechado de esta meditacion.

JACULATORIAS.—Pues yo mismo conozco mis pecados, yo tomaré á mi cargo hacer penitencia de ellos. (*Job*, XLII).

Pues yo soy el delincuente, pues yo soy el culpado, justo es que tambien sea el penitente. (*II Reg.* XXIV, 17).

PROPÓSITOS.

1 *Apenas puedo tenerme en pié*, decia el santo rey David (*Psalmo* CVIII, 24); *mis rodillas se han debilitado con el ayuno, y la abstinencia me ha extenuado mucho.* ¿Cuántos de estos ilustres penitentes se hallarán hoy entre los grandes del mundo? Pero ¿se encontrarán muchos aun entre el mas ínfimo pueblo? Está desterrado el ayuno de las

casas nobles y ricas : los que tienen mas necesidad y mas comodidad de ayunar son los que con menos escrúpulo se imaginan dispensados. ¡Extraña cosa! deja una tierna doncellita el mundo, y llevando al claustro su inocencia, allí la nutre, allí la conserva con perpétuo ayuno, con una continua abstinencia que solo acaba con la vida; al mismo tiempo que aquella otra hermana suya, metida en medio del gran mundo, no perdiendo diversion, concurso, entretenimiento ni festejo, cada dia menos pura, y cada dia mas abominable á los ojos del Señor, no puede ayunar: su delicadeza, su ociosidad, su melindre no se pueden acomodar con algunos dias de abstinencia, segun el precepto de la santa Iglesia. Esta es una reflexion práctica que comprende á innumerables personas. Examina bien si te remuerde la conciencia en un punto que á tantos y tantas hará llorar. ¿Has ayunado muy regularmente desde que te obliga el ayuno? ¿No has dado demasiados oidos á tu amor propio, á tu delicadeza que siempre está clamando por alivios y por dispensaciones? Y aun cuando has pretendido ayunar, ¿te parece haber cumplido bien y exactamente con el precepto, usando de tantos puntales y de tanta intemperancia en la práctica del mismo ayuno? Mira si acaso algunas colaciones pudieran pasar decentemente por cenas. Esas bebidas que ha introducido la sensualidad, y que la relajacion ha querido que sean necesarias, ¿estás cierto que no quebrantan la ley? ¿Parécese tu ayuno al de los primeros cristianos? ¿Descúbrese en él algun carácter de mortificacion y de penitencia? ¿Pasará en los ojos de Dios por verdadero ayuno? Cuando el ayuno y la abstinencia se sazonan con la devocion y con la oracion, son eficacísimos medios para adelantar en la perfeccion. ¿Tienen este carácter tus ayunos y abstinencias? Obsérvanse algunas veces ciertos ayunos de devocion, y se quebrantan los de precepto: ve aquí una materia muy ámplia de exámen para no pocas personas.

2 Es el ayuno ejercicio de penitencia. Luego no se debe pretender que sea cómodo, que sea regalado, que sea grato al amor propio y á los sentidos. Procura que se deje ver en adelante que son penitencias tus ayunos. Guárdate bien que estos solo se reduzcan á una simple abstinencia de ciertas viandas prohibidas. El ayuno es menester que sea verdadero ayuno, esto es, privacion de todo género de alimentos á ciertas horas. Consiste el verdadero ayuno en hacer una sola comida de veinte y cuatro en veinte y cuatro horas, y solo por indulgencia se permite una colacion, que no debe ser comida. Impone una como ley inviolable de ayunar con la mayor exactitud:

de no probar cosa alguna entre comida y colacion; y de que esta sea muy frugal. No es lícito usar en ella mas que legumbres, frutas, sopas ó manjares semejantes, y aun dentro de las especies permitidas se debe evitar aquella multitud ó diversa variedad de ensaladas y de platos que, cuando no en la calidad, á lo menos en la cantidad exponen la colacion á peligro de convertirse en cena. Toda otra especie de viandas está prohibida; pero ¡cuán de temer es que sean falsos ayunos todos esos ayunos mitigados! Haz propósito de no usar en dia de ayuno ninguna de esas bebidas que se han hecho tan de moda. Unas lo quebrantan, otras por lo menos lo debilitan, y todas ciertamente son contrarias al espíritu y á la perfeccion del ayuno. De hoy en adelante procura ayunar segun el espíritu y la intencion de la Iglesia, y reconocerás quizá que hasta ahora ni un solo dia has ayunado bien. No seas causa de que tu familia y tus criados dejen de ayunar, ó cargándoles con trabajo muy pesado, ó reduciéndoles por tu desgobierno de horas á que en dias de ayuno coman demasiadamente tarde. El órden y el buen ejemplo harán cristiana á tu familia.

DIA XXIV; ó XXV, SI ES BISIESTO.

MARTIROLOGIO.

EL TRÁNSITO DE SAN MATÍAS, APÓSTOL, en Judea, el cual despues de la ascension de Jesucristo eligieron en suerte los Apóstoles en lugar del traidor Judas; y por la predicacion del Evangelio murió mártir. *(Véase su vida en las de este dia).*

SANTA PRIMITIVA, mártir, en Roma.

SAN SERGIO, mártir, en Cesarea de Capadocia, del cual tenemos escritos hechos memorables.

LOS SANTOS MÁRTIRES MONTANO, LUCIO, JULIANO, VICTORICO, FLAVIANO, y sus compañeros, en África, discípulos todos de san Cipriano, los cuales fueron martirizados en tiempo del emperador Valeriano.

SAN PRETEXTATO, obispo y mártir, en Ruan.

SAN MODESTO, obispo y confesor, en Tréveris. *(Véase su vida en las de este dia).*

SAN EDILBERTO, en Inglaterra, rey de Kent (y primer rey inglés), convertido á la fe por san Agustin, obispo de los ingleses.

LA PRIMERA INVENCION DE LA CABEZA DEL PRECURSOR DEL SEÑOR, en Jerusalen.

SAN MODESTO, OBISPO.

Entre los santos obispos de la iglesia de Tréveris floreció en el siglo V san Modesto, de quien hace en este dia conmemoracion el Mar-

tirologio romano. Prelado, á la verdad, de inmortal gloria por su eminente virtud, celo apostólico, trabajos y fatigas en el cultivo de la grey cometida por Dios á su cuidado. Habia padecido la ciudad de Tréveris por los reyes francos Merboco y Quildeberto, profesores del gentilismo, las mas sensibles derrotas, no solo en lo material del pueblo, sino en lo formal de las costumbres de los fieles que, siguiendo la relajacion de los idólatras vencedores, vivian envueltos en mil crasos errores y abominables corruptelas. En estas lamentables circunstancias dispuso la divina Providencia fuese prelado de aquella catedral san Modesto, varon esclarecido en santidad, erudicion y fortaleza, capaz de reparar los daños que padeció el rebaño del Señor con tempestades tan deshechas.

Apenas tomó posesion de su iglesia, se sintió penetrado de dolor al ver el lastimoso estado en que halló su diócesis. No solo reinaba en el pueblo toda clase de relajacion y vicio, sino es que se habia apoderado del lugar santo. La vida desarreglada de los que por su estado debian servir de ejemplo á los demás fieles parecia cerrar la puerta á toda esperanza de remedio. Gemia el santo Prelado en la presencia de Dios, procurando aplacar su justa indignacion con rigurosa penitencia; pasaba los dias y las noches en fervorosa oracion llorando los desórdenes de su pueblo, y no perdonaba ayunos, vigilias, exhortaciones, visitas é instrucciones, para que el Señor abriese los ojos de aquel rebaño ciego, por cuya salvacion deseaba dar la vida, si el mismo Señor se dignase aceptarla.

No podia tardar en dar fruto correspondiente un celo tan puro, tan apostólico y tan desinteresado: echó Dios la bendicion sobre sus trabajos, ganó los corazones de todos con su paciencia, apacibilidad y ejemplo, y en poco tiempo mudó de semblante todo el obispado de Tréveris. No se pueden explicar fácilmente los trabajos que pasó en el cultivo de aquella viña que estaba por desmontar. Los dias enteros pasaba en alimentar con la palabra de Dios á aquel pueblo grosero é ignorante, en instruirle en los misterios de la fe, y desengañarle de los crasos errores en que se habia imbuido con el comercio continuo de los paganos. Él fue liberal para con todos en los oficios de piedad; él asistia á los pobres con los auxilios necesarios; él redujo á los errantes al camino de la verdad, é inflamó á todos para el estudio de la virtud con saludables documentos y admirables ejemplos de santidad, consiguiendo á expensas de sudores y penosas vigilias el regreso de su pueblo al centro de donde fue distraido. Últimamente, colmado de merecimientos, fue preciosa su muerte ante

Dios y los hombres, como la de los Santos, en el dia 24 de febrero de 486. Su cuerpo fue sepultado en la iglesia de San Euquerio, dedicada despues al apóstol san Matías, perteneciente al monasterio de religiosos Benedictinos, los cuales muestran sus reliquias para que los fieles las adoren con las de otros Santos en la Semana Santa y vigilia de Pentecostes.

SAN MATÍAS, APÓSTOL.

San Matías, que fue escogido en lugar del traidor Judas, fue de la tribu de Judá, y nació en Belen de familia ilustre, no menos distinguida por su calidad y por su riqueza, que por el celo que profesaba á la religion de Moisés.

Criáronle sus padres con grande cuidado, instruyéndole en buenas costumbres, y en la ciencia de las Escrituras y de la Religion. La inocencia de vida con que pasó la juventud fue una bella disposicion para que se aplicase á oir la doctrina de Cristo luego que se comenzó á manifestar despues de su sagrado bautismo. Tuvo la dicha de seguirle en compañia de los Apóstoles desde el principio de su predicacion hasta su gloriosa ascension á los cielos, y fue uno de los setenta y dos discípulos.

Judas, uno de los doce Apóstoles que Jesucristo con particular amor habia escogido para favorecidos y confidentes suyos, hizo traicion á su Maestro, y con torpísima ingratitud le vendió á sus enemigos. De apóstol pasó á ser apóstata, y añadiendo la desesperacion á la perfidia, él mismo vengó su delito, y acabó su desdichada vida con muerte horrible y vergonzosa.

Habiendo resucitado Cristo quiso dar pruebas sensibles de la verdad de su resurreccion por espacio de cuarenta dias, y tambien instruir todavía mas particularmente á sus Apóstoles y á sus amados discípulos. Aparecíaseles de cuando en cuando; conversaba familiarmente con ellos, y con maravillosa bondad les explicaba los misterios mas secretos de la Religion, descubriéndoles todo el plan y toda la economía de la santa Iglesia.

Hacia siempre delante de ellos algun milagro, para que advirtiesen que no se habia disminuido con la muerte su poder. No eran continuas ni muy frecuentes sus apariciones, y aun algunas veces dejaba pasar muchos dias sin manifestarse, para irlos poco á poco

desacostumbrando, y que se hiciesen á vivir sin el consuelo de su presencia corporal.

En todas estas visitas les instruia en lo que debian hacer para cumplir con las obligaciones de los cargos y empleos á que los destinaba en su Iglesia. En particular les enseñaba el modo de administrar los Sacramentos, de gobernar á los pueblos, y de portarse entre sí unos con otros. Declarábales una multitud de cosas que en otras ocasiones no habia hecho mas que apuntar, reservando su individual y clara explicacion para aquel tiempo.

En fin, estando ya para volverse á su eterno Padre, entre otras muchas instrucciones les mandó que despues de su ascension á los cielos ellos se retirasen juntos á Jerusalen, sin salir de allí hasta nueva órden; y que esperasen el cumplimiento de la promesa que el mismo Padre eterno les habia hecho por su boca, de que les comunicaria el mayor don de todos los dones, enviándoles el Espíritu Santo.

Luego que el Salvador subió á los cielos desde el monte de las Olivas en presencia de todos ellos, los sagrados Apóstoles se volvieron á Jerusalen con la santísima Vírgen, y se encerraron todos en la casa que habian escogido para su retiro.

Quedó santificada la casa con las continuas oraciones que hacian todos con un mismo espíritu, estando á la frente de aquella apostólica congregacion María, Madre de Jesús, con algunos parientes cercanos suyos, que segun la costumbre de los judíos se llamaban hermanos, añadiéndose tambien algunas devotas mujeres, que ordinariamente acompañaban á la Vírgen. La pieza mas respetable y aun mas santa de aquella dichosa casa era el cenáculo, que fue la primera iglesia de la religion cristiana. Vueltos, pues, del monte Olivete, subieron todos al cenáculo, por ser el lugar donde celebraban sus juntas; y en una de ellas resolvieron llenar la plaza vacante en el colegio apostólico, por la apostasía y funesta muerte del infelicísimo Judas.

Aun no habian recibido visiblemente al Espíritu Santo. Pero Pedro, como príncipe de los Apóstoles, vicario de Jesucristo y visible cabeza de su Iglesia, obraba ya inspirado del mismo Espíritu divino; y como á quien tocaba reglar todas las cosas, y dar providencia en todo, se levantó en medio de los discípulos, en número de cási ciento y veinte, que ya tenian la costumbre de llamarse *hermanos* entre sí por la estrechísima y santísima union de la caridad fraternal que los enlazaba, y les habló de esta manera:

Venerables varones y hermanos mios: Ya llegó el tiempo de cumplirse el oráculo que el Espíritu Santo pronunció en la Escritura por boca del Profeta rey, tocante á Judas que vendió á su Maestro, y nuestro; y no tuvo vergüenza de servir de guia á los que le prendieron, y le quitaron la vida como á un malhechor. Bien sabeis que era apóstol como nosotros, llamado á las mismas funciones que nosotros; pero con todo eso pereció miserable y desgraciadamente. No ignorais que despues de los hurtos y de los sacrilegios que cometió en la administracion de su oficio, y despues de su infame traicion, se ahorcó desesperado; que cayendo en tierra boca abajo el infeliz cadáver reventó por medio, arrojando las entrañas; que de esta manera entregó su alma al demonio, abandonando el campo que se habia comprado por el dinero que se le dió por precio de su delito, despues que él mismo habia restituido desesperadamente este dinero. Toda Jerusalen fue testigo de este lance, habiéndose hecho tan público, que para conservar la memoria se dió al campo el nombre de Haceldama, *que en hebreo significa* tierra de homicidio y campo de sangre. *Esta es aquella tierra maldita, aquella heredad de los malos que desea David se convierta en triste desierto, de manera que ninguno la habite ni la cultive; y que su poseedor, maldito de Dios y de los hombres, pierda el obispado, y deje su lugar á otro. Perdióle Judas, y es menester no tardar en colocar en él un sucesor de conocido mérito, que sea tan capaz de esta dignidad como Judas era indigno; porque el Señor quiere que esté completo el número de sus Apóstoles, y que haya en la Iglesia doce príncipes del pueblo, como ha habido hasta aquí doce cabezas en las doce tribus de Israel.*

Para ejecutar, pues, cuanto antes la voluntad del Señor, es necesario escoger entre los que estamos presentes uno que juntamente con nosotros pueda dar testimonio cierto de la resurreccion de Jesús; y que para ser mejor creido sea uno de los que siempre le acompañaron en sus viajes desde que fue bautizado por Juan, hasta el dia en que nos dejó para subir al cielo; que hubiese oido sus instrucciones, y que hubiese sido testigo de sus milagros.

Deliberóse en la junta sobre quién habia de ser el escogido; y habiendo hecho oracion á Dios, pasaron todos á votar. Repartiéronse los votos entre dos, ambos sujetos muy recomendables entre los discípulos: el primero era José, llamado Barsabas, que por su particular virtud habia merecido el nombre de *Justo;* el segundo era Matías. Pero no habiendo mas que una silla vacante, y no sabiendo á cuál de los dos habian de preferir, porque ambos eran muy dignos y muy beneméritos, volvieron á orar con nuevo fervor, haciendo á Dios

esta oracion: *Vos, Señor, que conoceis los corazones de los hombres, dadnos á entender á cuál de estos dos habeis escogido para que entre en lugar del traidor Judas, sucediéndole en el ministerio y en el apostolado, de que él abusó para irse al infierno que merecia.*

Oyó el Señor benignamente la oracion de los fieles, y segun la costumbre de los judíos se echaron suertes entre los dos concurrentes, poniéndoles delante una caja, ó un vaso cubierto con su tapa, donde estaban las cédulas, y la mano invisible de Dios condujo la suerte de manera, que cayó sobre Matías, y agregado á los otros once Apóstoles completó con ellos el número de doce.

Elevado ya á la dignidad de apóstol, recibió con ellos la plenitud del Espíritu Santo en el dia de Pentecostes; y como era ya tan estimado de toda la nacion, así por la integridad de sus costumbres, como por la nobleza de su sangre, hizo maravilloso fruto con los celestiales dones que habia recibido, convirtiendo á la fe gran número de judíos, y haciendo muchos milagros.

En el repartimiento del mundo que hicieron los Apóstoles para conducir la luz de la fe y del Evangelio á todas las naciones tocó á san Matías el reino de Judea. El abrasado celo que desde luego mostró por la conversion de sus mismos nacionales le obligó á padecer muchos trabajos, y á exponerse á grandes peligros, á sufrir grandes persecuciones, y finalmente á coronar su santa vida con un glorioso martirio.

Corrió cási todas las provincias de Judea, anunciando á Jesucristo, confundiendo á los enemigos de la fe, y haciendo en todas partes conversiones y conquistas. Dice Clemente Alejandrino ser constante tradicion que san Matías fue con particularidad gran predicador de la penitencia, la que enseñaba no menos con el ejemplo de su penitentísima vida, que con los discursos que habia aprendido de su divino Maestro. Decia que era menester mortificarse incesantemente, combatir contra la carne, tratarse con rigor, hacerse eterna violencia, reprimiendo los desordenados deseos de la sensualidad, llevando á cuestas la cruz, y arreglando la vida por las máximas del Evangelio. Añadia que esta mortificacion exterior, aunque tan necesaria, no basta si no está acompañada de una fe viva, de una esperanza superior á toda duda y de una caridad ardiente. Concluia que ninguna persona, de cualquiera edad ó condicion que fuese, estaba dispensada de esta ley, y que no habia otra teología moral. Hizo san Matías gran fruto en toda Judea, teatro de sus trabajos y espacioso campo de su glorioso apostolado.

Muchos años habia que este gran Apóstol no respiraba mas que la gloria de Jesucristo y la salvacion de su nacion, corriendo por toda ella, predicando con valor y con asombroso celo, confundiendo á los judíos, y demostrándoles con testimonios irrefragables de la sagrada Escritura que Jesucristo, á quien ellos habian crucificado, y habia resucitado al tercero dia, era el Mesías prometido, Hijo de Dios, y en todo igual á su Padre.

No pudiendo sufrir las cabezas del pueblo judáico verse tantas veces confundidos, irritados tambien por otra parte de la multitud de conversiones que hacia y de los milagros que obraba, resolvieron acabar con él. Refiere *el libro de los condenados*, esto es, el libro donde se tomaba la razon de todos los que habian sido ajusticiados en Judea desde la resurreccion del Señor, por haber violado la ley de Moisés, como san Estéban, los dos Santiagos, san Matías; refiere dicho libro que nuestro Santo fue preso por órden del pontífice Ananías, y que habiendo confesado á Jesucristo en concilio pleno, demostrando su divinidad, y convenciendo que habia sido Redentor del género humano con lugares claros de la Escritura y con hechos innegables, á que no tuvieron que responder, fue declarado enemigo de la ley, y como tal sentenciado á ser apedreado. Llegando el Santo al lugar del suplicio se hincó de rodillas, y levantando los ojos y las manos al cielo dió gracias al Señor por la merced que le hacia en morir por defender su santa Religion; hizo oracion por todos los presentes y por toda su nacion, la que concluida fue cubierto de una espesa lluvia de piedras. Añade el mismo libro que no pudiendo sufrir este género de suplicio los romanos que gobernaban la provincia, contuvieron el furor de los que le apedreaban, y hallando al Santo medio muerto, por despenarle acabándole de matar, le cortaron la cabeza. Sucedió el martirio de san Matías el dia 24 de febrero, aunque no se sabe precisamente en qué año.

Su sagrado cuerpo, segun la mas constante tradicion, de la que no tenemos motivo sólido, ó á lo menos convincente para separarnos, fue traido á Roma por santa Elena, madre de Constantino; y hasta hoy se venera en la iglesia de Santa María la Mayor la mas considerable parte de sus preciosas reliquias. Asegúrase que la otra parte de ellas se la dió la misma santa Emperatriz á san Agricio, arzobispo de Tréveris, quien las colocó en la iglesia que hasta hoy tiene la advocacion de san Matías.

La Misa es en honra del apóstol san Matías, y la Oracion es la que se sigue:

Deus, qui beatum Mathiam apostolorum tuorum collegio sociasti: tribue, quæsumus, ut ejus interventione tuæ circa nos pietatis semper viscera sentiamus: Per Dominum nostrum...

Ó Dios, que te dignaste agregar al colegio de tus Apóstoles al bienaventurado san Matías; concédenos por su intercesion que experimentemos siempre los efectos de tus misericordiosas entrañas. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola es del capítulo I *de los Hechos de los Apóstoles.*

In diebus illis: Exurgens Petrus in medio fratrum dixit (erat autem turba hominum simul, fere centum viginti): Viri fratres, oportet impleri Scripturam, quam prædixit Spiritus Sanctus per os David de Juda qui fuit dux eorum, qui comprehenderunt Jesum; qui connumeratus erat in nobis, et sortitus est sortem ministerii hujus. Et hic quidem possedit agrum de mercede iniquitatis, et suspensus crepuit medius: et diffusa sunt omnia viscera ejus. Et notum factum est omnibus habitantibus Jerusalem, ita ut appellaretur ager ille, lingua eorum, Haceldama, hoc est, ager sanguinis. Scriptum est enim in libro Psalmorum: Fiat commoratio eorum deserta, et non sit qui inhabitet in ea: et episcopatum ejus accipiat alter. Oportet ergo ex his viris, qui nobiscum sunt congregati in omni tempore, quo intravit et exivit inter nos Dominus Jesus, incipiens à baptismate Joannis usque in diem, qua assumptus est à nobis, testem resurrectionis ejus nobiscum fieri unum ex istis. Et statuerunt duos, Joseph, qui vocabatur Barsabas, qui cognominatus est Justus, et Mathiam. Et orantes dixerunt: Tu, Domine, qui corda nosti omnium, ostende, quem elegeris ex his duobus unum accipere locum ministerii hujus et apostolatus, de quo prævaricatus est Judas, ut abiret in locum suum. Et dederunt sortes eis, et cecidit sors super

En el tiempo apostólico, levantándose Pedro en medio de los hermanos (cuyo número era como ciento y veinte hombres), dijo: Varones, que sois mis hermanos, conviene que se cumpla lo que predijo el Espíritu Santo en la santa Escritura por boca de David, acerca de Judas, caudillo de los que prendieron á Jesús, el cual estaba en el mismo órden que nosotros, y tenia parte en las funciones de nuestro ministerio. Este, pues, adquirió un campo con el precio de su iniquidad, se ahorcó, y reventaron sus entrañas. Notorio ha sido este hecho á todos los habitantes de Jerusalen; de forma, que aquel campo en su lengua ha tomado el nombre de Haceldama, esto es, campo de sangre. Escrito está en el libro de los Salmos: Quede desierta su morada, no haya quien habite en ella, y reciba otro su obispado. Importa, pues, que de estos varones, que han estado en nuestra compañía todo el tiempo que el Señor Jesús vivió entre nosotros, desde el bautismo de Juan hasta que le vimos subir á los cielos, se elija uno de estos con nosotros testigo de su resurreccion. Entonces presentaron dos, José, llamado Barsabas, por sobrenombre el Justo, y Matías; y poniéndose en oracion, dijeron: Tú, Señor, que conoces el corazon de todos, muéstranos á quién de estos dos eliges, para que reciba el lugar de nuestro ministerio y

Mathiam, et annumeratus est cum undecim apostolis.

apostolado, del que prevaricó Judas, para ir á su infeliz destino: les dieron suerte, y cayó sobre Matías, quien fue asociado con los once Apóstoles.

REFLEXIONES.

¡Qué maravilla es ver á san Pedro, aquel hombre pocos dias antes tan grosero, tan ignorante, tan tímido, y que parecia mas á propósito para pescador de peces que para gobernador de hombres; qué maravilla es verle ahora tener valor para hablar de repente en un congreso de ciento y veinte personas, y hablar sobre la eleccion de un sucesor de Judas con tanta precision, con tanta limpieza, citando lugares de la Escritura tan concluyentes, tan inmediatos y tan oportunos para apoyar lo que dice! ¡Qué bien, qué justamente se habla cuando se habla con espíritu de Dios! ¡Qué bellamente caracterizada se descubre en este hecho la verdad de nuestra Religion! *Oportet impleri Scripturam, quam prædixit Spiritus Sanctus per os David, de Juda, qui fuit dux eorum qui comprehenderunt Jesum:* Es menester que se cumpla lo que pronosticó el Espíritu Santo por boca de David acerca de Judas, que capitaneó á los que prendieron á Jesús.

Siendo palabra de Dios la sagrada Escritura, no puede menos de ser infalible. Para Dios no hay futuros: todas las cosas están presentes á sus ojos. ¡Con qué moderacion habla san Pedro de Judas! Conténtase con acordar sencillamente su delito, sin exagerar la culpa y sin insultar la persona; porque el espíritu del Señor á nadie insulta. La verdadera caridad no entiende de términos ofensivos, y parece que ni aun los conoce. *Qui connumeratus erat in nobis, et sortitus est partem ministerii hujus:* Judas, aquel que fue uno de nosotros, y tuvo parte en nuestro ministerio. ¡Quién no se estremecerá al pensar que este apóstata fue uno de los doce Apóstoles! ¡Quién no temblará, quién no desconfiará de sí al considerar que un discípulo de Cristo, formado por su misma mano, colmado de los mayores favores, su confidente, y criado, por decirlo así, á sus mismos pechos, se hace con el tiempo el mas impío, el mas perverso de todos los mortales! Almas privilegiadas, porcion escogida del mejor rebaño, ministros del altar, sacerdotes de Dios vivo, ¿es posible que no tendréis por qué temer? ¿Qué vocacion mas cierta? ¿qué estado mas perfecto? ¿qué ministerio mas santo? ¿Dónde se pudieran hallar mas auxilios ni mas luces que en la escuela del mismo Jesucristo? ¿dónde vivir con mayor seguridad que á sus mismos ojos? ¿Qué gracias no acom-

pañan las funciones del apostolado? ¿En qué compañía se pudieran encontrar mas bellos, mas eficaces ejemplos? ¡Y con todos estos auxilios, con todas estas ventajas, Judas se pierde! ¡Oh, y cuántos dones sobrenaturales sabe hacer inútiles una pasion desordenada! De un apóstol avariento presto se hace un apóstata y un traidor. El que de devoto y de fervoroso se hace malo, nunca lo es á medias. Penetrado Judas con los agudos remordimientos de su conciencia, espantado de la enorme gravedad de su delito, al cabo se ahorcó. Cuando á las mayores gracias suceden los mayores pecados, es de temer que el término sea la desesperacion. Es terrible la muerte de un apóstata, de un devoto pervertido; de temer es que sea tambien funesta. Yo conocí á Dios y le amé, previnome con mil bendiciones de dulzura, experimenté mil consuelos en su servicio. ¡Qué paz interior! ¡qué gozo tan exquisito! ¡qué alegría tan pura! Pero todo esto mientras fuí fiel al Señor, mientras la fe y la ley eran la regla de mi entendimiento y de mi voluntad. Pero me cansé de ser feliz; causóme tédio el estar siempre á vista de tan buen Padre; sacudí el yugo del Señor; descaminéme, y me perdí. Entregado á todo género de vicios y de disoluciones pasé tristemente los últimos dias de una vida muy corta. *Ecce morior*, muero, y muero considerando con qué ingratitud, con qué injusticia me cansé de Dios despues de haberle amado, con qué traicion le vendí, le perseguí; y ahora voy á comparecer ante su tribunal para ser juzgado. *Et annumeratus est cum undecim:* Y Matías fue agregado á los once Apóstoles. Nada pierde nunca Dios por nuestra desercion, por nuestra apostasía. Pero ¡qué pensamiento tan cruel por toda la eternidad! Jamás olvidará Judas, ni podrá olvidar, que perdió el cielo por pura malicia suya; que san Matías entró en su lugar, y se apoderó de su corona.

El Evangelio es del capítulo XI *de san Mateo.*

In illo tempore: respondens Jesus, dixit: Confiteor tibi, Pater, Domine cœli et terræ: quia abscondisti hæc à sapientibus, et prudentibus, et revelasti ea parvulis. Ita, Pater, quoniam sic fuit placitum ante te. Omnia mihi tradita sunt à Patre meo. Et nemo novit Filium, nisi Pater: neque Patrem quis novit nisi Filius, et cui voluerit Filius revelare. Venite ad me omnes qui laboratis, et onerati estis, et ego reficiam

En tiempo que Jesucristo obraba tanto número de prodigios, incrédulos á su vista los judíos, se expresó en estos términos: Yo te confieso (ó alabo) Padre, Señor del cielo y la tierra, porque ocultaste estos hechos á los sábios y prudentes (del siglo), y los revelaste á los humildes. Así lo venero, Padre, porque fue de tu agrado. Sabed que todas las cosas me son entregadas por mi Padre, y ninguno conoce al Hijo

vos. Tollite jugum meum super vos, et discite à me, quia mitis sum et humilis corde : et invenietis requiem animabus vestris. Jugum enim meum suave est, et onus meum leve.

sino el Padre, ni al Padre otro que el Hijo, y á quien quisiere este revelarlo. Venid á mí todos los que trabajais y estais oprimidos, que yo os aliviaré: tomad sobre vosotros mi yugo, y aprended de mí que soy manso y humilde de corazon, y hallaréis descanso para vuestras almas. Entended que mi yugo es suave y mi carga ligera.

MEDITACION.

Del corto número de los que se salvan.

Punto primero. — Considera que no solamente es corto el número de los que se salvan, respecto de aquella multitud cási innumerable de infieles, herejes y cismáticos que perecen miserablemente; eslo tambien respecto de la muchedumbre espantosa de fieles que se condenan dentro del mismo seno de la santa Iglesia. Hay pocas verdades mas terribles que esta verdad, y quizá ninguna hay ni mas clara ni mas sólidamente establecida.

Trabajad en entrar por la puerta angosta, decia el Hijo de Dios, *porque es ancha la puerta, es espacioso el camino que guia á la perdicion, y son muchos los que van por él.* Al contrario, ¡qué angosta es la puerta, qué estrecho es el camino que guia á la vida, y qué pocos van por este camino!

Muchos son los llamados, dice en otra parte, *y aun de los llamados son pocos los escogidos.* (Matth. xx). Repetia tantas veces esta terrible verdad el Salvador á sus discípulos, que uno de ellos le preguntó en una ocasion: *¿Es posible, Señor, que sea tan corto el número de los que se salvan?* (Luc. xiii). Y el Hijo de Dios, por no espantar, por no acobardar á los que le oian, hizo como que eludia la pregunta, y solamente le respondió: *Hijos mios, la puerta del cielo es estrecha; haced cuantos esfuerzos podais para entrar por ella.*

El apóstol san Pablo, lleno del mismo espíritu que su celestial Maestro, compara indiferentemente todos los Cristianos á los que corren en el estadio. *Todos corren*, dice, *pero uno solo es el que lleva el premio y la corona.* (I Cor. x). Y para dar á entender que habla precisamente de los fieles, trae el ejemplo de los israelitas, en cuyo favor habia obrado Dios tantas maravillas. *Todos*, dice, *fueron mística ó figurativamente bautizados por Moisés en la nube y en el mar; pero en mas de seiscientos mil hombres capaces de tomar armas, sin*

contar las mujeres, los viejos y los niños, solos dos entraron en la tierra de promision, Caleb y Josué. ¡Terrible comparacion! Pero ¿será menos terrible lo que significa?

De todos los habitadores del universo sola una familia se escapó de las aguas del diluvio. De cinco populosísimas ciudades que fueron consumidas con fuego del cielo solo cuatro personas se libraron de las llamas. De tantos paralíticos como esperaban al rededor de la piscina solo uno sanaba cada mes. Isaías compara el número de los escogidos al de las pocas aceitunas que quedan en el olivo despues de la cosecha; al de los pocos racimos escondidos en la vid, que se escapan á la diligencia de los vendimiadores. ¡Buen Dios! aun cuando fuese verdad que de diez mil personas una sola habia de condenarse, yo debiera temblar, debiera estremecerme, temiendo ser esa persona infeliz. Puede ser que de diez mil apenas se salve una, ¡y vivo sin susto y estoy sin temor!

¡Ah, dulce Jesús mio, y cuán de temer es esta seguridad tan parecida á un letargo! Voy con la muchedumbre por el camino espacioso, y espero llegar al término del camino estrecho. ¡Qué confianza mas irracional!

Punto segundo.—Considera que aunque esta verdad no estuviera tan fundada en los principios evangélicos, que suponen todos los Cristianos, bastaria la razon sola natural para convencernos que es corto el número de los que se salvan.

Instruidos de las verdades de nuestra Religion, informados de las obligaciones de los Cristianos, convencidos de nuestra propension al mal, y á vista de las costumbres del siglo, ¿se podrá inferir racionalmente que se salvan muchos fieles?

Para salvarse es menester vivir segun las máximas del Evangelio; bien: ¿y es grande el número de los cristianos que viven hoy arreglados á estas máximas?

Para salvarse es necesario hacer descubierta profesion de ser discípulos de Cristo; ¿y cuántos hay el dia de hoy que se avergüenzan de parecerlo? Es necesario renunciar ó efectiva ó afectivamente todo lo que se posee: es necesario cargar con la cruz todos los dias. ¡Qué pureza inalterable! ¡qué delicadeza de conciencia! ¡qué humildad profunda! ¡qué bondad ejemplar! ¡qué sólida piedad! ¡qué caridad! ¡qué rectitud! Por estas señales ¿se conocen en este mundo muchos discípulos de Cristo?

Es el mundo enemigo irreconciliable del Salvador: no es posible

servir á un tiempo á dos señores. Pues juzgad ahora cuál de estos dos amos tiene mas criados que le sirvan.

Para salvarse no basta no vengarse del enemigo, es menester hacer bien á los que nos hacen mal. No basta condenar los pecados de obra, es menester tener horror aun á los mas mínimos malos pensamientos. No basta no retener injustamente los bienes ajenos, es menester socorrer á los pobres con los propios. Reprueba la ley cristiana toda profanidad, todo fausto, toda ambicion: ha de ser la modestia el mas bello ornamento, la mas rica gala de los que la profesan. Segun esta pintura, ¿conoceis por ahí muchos cristianos?

Ya sabes cuál es el primer mandamiento de la ley. *Amarás á tu Dios y Señor con todo tu corazon, con toda tu alma, con todas tus fuerzas, con todo tu espíritu; y al prójimo como á tí mismo.* Este es el primero y máximo mandamiento. Este es el fundamento de todos los demás. Haz reflexion á todas estas palabras: mira si hay muchos que guarden este mandamiento, y concluye si son muchos los que se salvan.

Es el Evangelio la regla de las costumbres. Pero valga la verdad: las costumbres de la mayor parte de los cristianos ¿son arregladas á las máximas del Evangelio? Para entrar en el cielo es menester, ó no haber perdido la gracia, ó haberla recobrado por medio de la penitencia. ¿Y será muy crecido el dia de hoy el número de los inocentes, ó el de los penitentes verdaderos? Segun estas pruebas, fundadas en nuestra misma razon natural, juzguemos serenamente si serán muchos los que se salvan, y concluyamos que, aunque Cristo no se hubiera explicado con tanta claridad sobre su corto número, nuestra misma razon nos está dictando que es muy crecido el de los que infelizmente se condenan.

Dulce Jesús mio, que moriste pendiente en un afrentoso madero por la salvacion de todos los hombres, no permitais que yo sea del número de los que se pierden. Piérdase, mi Dios, el que quisiere; que por lo que á mí toca, aunque supiera que uno solo habia de salvarse, haria, con el auxilio de vuestra gracia, todo lo que pudiese para ser yo ese uno solo.

JACULATORIAS.—Salvad, mi Dios, á este humilde siervo vuestro, que espera únicamente en vuestra misericordia. (*Psalm.* LXXXV).

¡Qué estrecho es el camino que guia á la vida eterna, y qué pocos son los que dan con él! (*Matth.* VII).

PROPÓSITOS.

Parece cierto que serán pocos los que se salvan respecto de la espantosa multitud de los cristianos que se condenan. Pero aunque el número de los primeros fuese mucho mas pequeño de lo que es, es menester, cueste lo que costare, hacer todo lo posible para ser de ese número. Para este fin toma una fuerte resolucion de aplicar todos tus talentos, toda tu industria, y de no perdonar medio alguno para salir con un negocio de tan grande consecuencia. El camino que guia á la vida es estrecho. Clame, grite lo que quisiere el amor propio y las pasiones: ello es que no hay dos caminos para la vida. Desde este punto has de resolverte á hacer todos los esfuerzos imaginables para entrar por la puerta estrecha. Huye de todo director, de todo confesor de manga ancha, porque son muy malas guias. El camino es estrecho, es áspero, es dificultoso, y mas cuando se ha de trepar por él cargado con una pesada cruz; pero es único, no hay otro en que escoger. Ni Cristo nos enseñó otro, ni fué por otro Santo alguno, alma alguna de los que se salvaron. ¿Has tenido tú la dicha de encontrar acaso otro camino? Él es poco frecuentado: no vayas por donde va la muchedumbre, porque el ruido que hay y el polvo que se levanta impiden ver los precipicios. Huye del gran mundo: mira con horror sus máximas, especialmente aquella que dice que es menester vivir y hacer lo que hacen todos. No aparezcas jamás en los espectáculos, ni en el baile, y evita cuanto puedas todas las diversiones, todas las concurrencias mundanas. Imponte una ley, haz como punto y empeño de agregarte al corto número de aquellas almas devotas, humildes, fervorosas, cuyo gusto es cumplir con sus obligaciones, cuya diversion es estarse en su recogimiento, sin que el mundo tenga que notarlas, sino de su modestia, de su circunspeccion, de su piedad. Fuera de esto observa las cosas siguientes:

Primera: visita con frecuencia á Jesucristo en el santísimo Sacramento. Pon toda tu confianza en este divino Salvador, y profesa una tierna y respetuosa devocion á este adorable misterio. Segunda: la frecuente comunion con la disposicion debida asegura en cierta manera la salvacion, y alimenta al alma con el pan de los fuertes. Porque, *¿qué cosa mas buena ni mas excelente tiene el Señor,* dice el profeta Zacarías, *sino el trigo de los escogidos?* (Zach. IX). Tercera: la tierna y constante devocion con la santísima Virgen siempre se ha considerado como señal visible de predestinacion; que aun por eso la llama el Damasceno *prenda de la salvacion eterna.* Los que estu-

vieren en gracia de María, dice san Buenaventura, serán reconocidos por los moradores del cielo como ciudadanos suyos, y los que estuvieren marcados con este sello serán escritos en el libro de la vida (*Psalm.* x): *Qui adquirunt gratiam Mariæ, agnoscentur à civibus paradisi; et qui habuerit hunc characterem, adnotabitur in libro vitæ.* Reza todos los dias una *Salve* para conseguir por la poderosa intercesion de la Vírgen ser del corto número de los que se salvan.

DIA XXV; ó XXVI, SI ES BISIESTO.

MARTIROLOGIO.

La fiesta de los santos mártires Victorino, Víctor, Nicéforo, Claudiano, Dióscoro, Serapion y Papias, en Egipto, en tiempo del emperador Numeriano; de los cuales los dos primeros fueron degollados, habiendo antes sufrido crueles tormentos por confesar la fe católica; Nicéforo, habiéndole puesto en las parrillas, sobre una hoguera, le cortaron luego todo su cuerpo en menudos pedazos; Claudiano y Dióscoro fueron quemados, y Serapion y Papias degollados.

Los santos mártires Donato, Justo, Erena, y sus compañeros, en África.

El triunfo de san Félix III, papa, en Roma, que fue tercer abuelo de san Gregorio el Magno; de quien refiere este que apareciéndose á santa Tarsila, su nieta, la llamó al reino celestial.

San Tarasio, obispo, en Constantinopla, insigne en piedad y doctrina, el cual escribió una carta al papa Adriano I, en defensa de las santas imágenes.

San Cesario, en Nazianzo, hermano de san Gregorio el Teólogo, de quien afirma el mismo san Gregorio haberle visto en el coro de los bienaventurados. *(Véase su vida en las de este dia).*

SAN FÉLIX III, PAPA Y CONFESOR.

Este santo Pontífice, tercero de este nombre, natural de Roma, fue elegido despues de san Simplicio en marzo de 483. Empezó su pontificado por rechazar el edicto de union publicado por el emperador Zenon, y excomulgó á todos los que lo recibian, sin separarse empero del respeto debido á la real majestad. Es Félix el primer papa que ha tratado al Emperador de hijo. Pronunció sentencias de anatema y deposicion contra Acacio de Constantinopla, por no querer obedecer á las órdenes que le habia dado de no comunicar con Pedro Monje, hereje ya excomulgado. Este Papa congregó un concilio en Roma en el año 487 para tratar de la reconciliacion de los que se habian dejado rebautizar en África durante la persecucion. Fue muy respetado de Alarico, rey de los godos, por su virtud y su celo

pastoral, y obtuvo de este mismo Rey, aunque arriano, algunas gracias y muchos actos de justicia. Por fin, despues de un pontificado de unos nueve años y de una vida santa murió tambien santamente en el mes de febrero del año 492. La Iglesia celebra su fiesta á los 25 de febrero.

SAN VALERIO, CONFESOR.

Uno de los muchos Santos que ilustraron con sus prodigiosas vidas la provincia de Vierzo fue san Valerio, tan célebre por sus heróicas virtudes como por la invicta paciencia con que sufrió las mas violentas persecuciones que le ocasionaron sus émulos. Nació Valerio en el territorio de Astorga, y educado desde la cuna en el seno de la religion cristiana, siguió fielmente todas sus piadosas máximas, arreglando sus costumbres con el espíritu de la ley santa de Dios, cuyo santo temor quedó grabado en su pecho desde que se despertó en él la luz de la razon. Conoció en su juventud los peligros á que están expuestos los hombres entre el tumulto de los mundanos; y como sus deseos no eran otros que atender únicamente al importante negocio de su eterna salvacion, resolvió buscar asilo á su inocencia en el retiro de algun claustro religioso. Puso la mira en el monasterio de Compludo, fundado por san Fructuoso, arzobispo que fue de Braga, floreciente por entonces en el mas activo fervor de la observancia religiosa; pero no teniendo efecto su entrada por algunos impedimentos que ocurrieron, resignándose el ilustre jóven con la voluntad de Dios, que así lo disponia para que brillase su inalterable paciencia, se retiró á una ermita contigua al castillo llamado de la Piedra, en el obispado de Astorga, con firme resolucion de seguir en aquel lugar solitario el tenor de vida que observaron los mas rígidos anacoretas. Con efecto, su silencio, su oracion, su ayuno, su abstinencia y sus penitencias asombrosas renovaron las espantosas imágenes de mortificacion oidas hasta entonces á los mas famosos solitarios.

Extendióse la fama del célebre eremita por toda aquella region, y atraidas del buen olor de su eminente virtud las gentes de la comarca, comenzaron á frecuentar su oratorio con el objeto de disfrutar su santa conversacion y sus saludables consejos, en agradecimiento de lo cual le ofrecian abundantes limosnas para que se mantuviese, é invirtiese en socorro de muchos pobres que concurrian á visitarle. Estaba la ermita á cargo de cierto clérigo llamado Flayno, cuya obli-

gacion no le excitó á tener el mas mínimo cuidado de ella hasta que vió la multitud de ofrendas que daban los fieles á Valerio. Quiso apoderarse de estas piadosas contribuciones, y no teniendo título alguno legítimo para apropiárselas, comenzó á perseguir al Santo de tal suerte, que le fue preciso abandonar el oratorio para no dar motivo á la desenfrenada codicia del avaro sacerdote. Retiróse á una espantosa soledad; pero ni allí le dejó quieto Flayno, teniendo la osadía de quitarle los libros que habia escrito por su propia mano, á pretexto de que pertenecian á su iglesia.

Sintieron en el alma las gentes de aquellas montañas la injusta persecucion que causaba al Santo el mal sacerdote, los insultos y los malos tratamientos que le hacian los ladrones que se refugiaban entre las malezas del espeso monte donde se retiró Valerio; y añadiéndose á esto el no poder tolerar la ausencia de aquel á quien veneraban como padre espiritual, en el que tenian todo su consuelo, le obligaron con sus incesantes súplicas á que se estableciese en una heredad llamada Ebronato, en la que le erigieron un oratorio, donde concurrian á visitarle y á oir sus saludables instrucciones. Pareció al siervo de Dios que tendria allí quietud para dedicarse á la oracion y á la lectura sagrada, que eran los principales objetos de todas sus atenciones; pero como el Señor queria acrisolar mas su virtud, permitió que le sobreviniese otra persecucion mas cruel que la antecedente. Incitó el demonio á Racimino, dueño de la heredad de Ebronato, para que despojase del oratorio al Santo, bajo el pretexto de construir en ella una parroquia en la que se celebrasen los oficios divinos; hízolo así, pero antes de ver concluida la fábrica, le castigó el cielo con una muerte desgraciada en pena de su atentado. Nombróse por sacerdote de aquella iglesia un presbítero llamado Justo, que solo tenia de tal el nombre, pero no las obras, el que persiguió al siervo de Dios en términos, que no satisfecho con haberle reducido á la última miseria, ni aun le permitia que tuviese algun lugar donde recogerse. Compadecido un diácono de la desdicha y de la miserable constitucion del Santo, hizo cuanto fue posible para reconciliar á Justo; y aunque este permaneció algun tiempo al parecer amigo, lleno de envidia al ver el afecto y la veneracion que todos profesaban á Valerio, no contento con las muchas injurias y con los malos tratamientos que le hizo padecer, llegó su tenacidad al extremo de ponerle las manos, pero sin que se le oyese al siervo de Dios la mas mínima expresion de queja ni de resentimiento; cuyos insultos cesaron por la confiscacion que se hizo de órden del rey

en la heredad de Ebronato, en virtud de la cual quedó extinguida enteramente la parroquia.

Corrian veinte años de persecucion contra Valerio, y hallándose ya muy anciano y muy débil comenzó de nuevo á buscar algun lugar donde establecerse. Recurrió á Dios con fervorosas oraciones para que se dignase declararle dónde era su voluntad que permaneciese. Oyó el Señor con agrado las humildes súplicas de su siervo, y le inspiró que se retirase al desierto del Vierzo, donde san Fructuoso habia edificado su oratorio bajo la advocacion del apóstol san Pedro. Siguió inmediatamente el santo varon la inspiracion divina, y limpiando las malezas con que se hallaba cubierto y afeado aquel sitio venerable, en que habitó uno de los héroes mas ilustres de la nacion, resolvió pasar el resto de su vida en aquella espantosa soledad. Cuando se vió en lugar tan separado de todo comercio humano, se sintió mucho mas encendido en el amor á los ejercicios eremíticos, y desde aquel punto no tuvo otra ocupacion que dedicarse á la contemplacion de las grandezas de Dios, gastando en oracion los dias y las noches. Causan admiracion los artificios de que se valió el demonio para separarle de su buen propósito; pero de todos le libró su humildad, su frecuente recurso á la oracion y á la penitencia, triunfando con estas armas de todos los mas fuertes combates del infierno y de no pocos hombres malévolos que procuraron inquietarle.

Libre Valerio de tan violentas persecuciones, se entregó á los excesos de su fervor y al rigor de una mortificacion sin límites; pero el Señor endulzaba maravillosamente sus asperezas con exquisitos consuelos. Esparcióse la fama de la eminente virtud del ilustre eremita por toda la region de Galicia y de Asturias; y queriendo Isidoro, obispo de Astorga, que brillase aquella antorcha escondida en una de las mas célebres asambleas del reino, le instó para que le acompañase al concilio que se celebraba en Toledo. Excusóse el humilde solitario mirando con aversion toda gloria vana; pero insistiendo el Obispo con tenacidad en su empeño, quedó libre de él con la muerte que sobrevino á aquel Prelado.

Quiso Valerio no tener ocioso el menor instante del tiempo; y así el que le sobraba de sus santos ejercicios lo dedicaba á las tareas literarias con que recreaba su entendimiento. En estas escribió una carta llena de instruccion y de saludables máximas á los monjes del Vierzo, la vida de san Fructuoso, la de una ilustre religiosa llamada Echeria, la historia del abad Donadeo, los milagros y revelacio-

nes de los monjes Máximo y Bonelo, y de un criado de san Fructuoso; cuyos escritos se conservan en la santa iglesia de Oviedo, y en el monasterio de Carrazedo.

Finalmente quiso el Señor premiar los grandes trabajos de su fidelísimo siervo; y cargado de dias y de merecimientos, le llevó á gozar de su vision beatífica en el dia 25 de febrero á fines del siglo VII. Dióse sepultura á su venerable cuerpo con el honor que era debido á su eminente virtud, y es uno de los que se conservan en las urnas que están colocadas en el altar mayor de la iglesia del monasterio de San Pedro de los Montes, que siempre ha sido del Órden de San Benito[1], cerca de Ponferrada, pueblo de la provincia de Galicia; en cuyos depósitos no acostumbraban los monjes poner otras reliquias sino las de aquellos ilustres varones que morian en opinion de santos, en la que es tenido y venerado san Valerio.

SAN CESARIO, CONFESOR.

Fue médico y hermano de san Gregorio Nazianceno. Cuando el último fué á Cesarea de Palestina, donde florecian los estudios sagrados, Cesario fué á Alejandría, y con un suceso increible paseó el anchuroso círculo de las ciencias: entre las que fijaron especialmente su atencion fueron la oratoria, la filosofía y la medicina; en la última de las cuales fue el Santo el primer hombre de su siglo. Perfeccionóse en esta profesion en Constantinopla, pero se excusó á establecerse en aquella ciudad, aunque toda esta y el emperador Constancio le pidieron encarecidamente que lo hiciese. En adelante fue el Santo llamado otra vez á ella, y honrado de un modo muy singular por Juliano el Apóstata, nombrándole su primer médico, y exceptuándole de varios edictos que habia publicado contra los Cristianos. Resistió Cesario vigorosamente los discursos insinuantes y los artificios con que pretendia aquel Príncipe seducirle; y le vencieron su padre y hermano á que renunciase sus plazas en la corte, y prefiriese á ellas el retiro, por mas solicitudes que para detenerle hizo é interpuso Juliano. Joviano le restituyó honorificamente, y Valente además de esto le hizo tesorero de su privado patrimonio y de Bitinia. El haber librado cási milagrosamente su vida en un terremoto acaecido en Nicea de Bitinia en el año de 368 obró tan poderosamente en su imaginacion, que renunció enteramente del mundo, y murió muy poco

[1] Este monasterio fue de los primeros que se unieron á la reforma de san Benito de Valladolid. *(Nota de los Editores).*

despues á principios del año de 369, dejando por herederos á los pobres. Los griegos honran su memoria en el dia 9 de marzo, segun testifica Nicéforo (*Hist. l.* 11, *c.* 19), y segun la Menea griega; y en 25 de febrero hace su conmemoracion el Martirologio romano.

SAN AVERTANO.

Fue natural de Francia é hijo de padres pobres de fortuna, aunque ricos de virtud, los cuales le educaron en el santo temor de Dios y en las letras. Contaba quince años de edad cuando una vision con que le favoreció el cielo le determinó á tomar el hábito en la Religion de Carmelitas descalzos, en donde resplandeció en las virtudes de humildad, pobreza y caridad. Murió víctima de su caritativo celo asistiendo á los apestados, en Luca, en el siglo XVI.

EL BEATO SEBASTIAN DE APARICIO.

El beato Sebastian de Aparicio, tan celebrado en el nuevo mundo Mejicano por su portentosa vida, nació en el año 1502 en una pequeña aldea de la provincia de Galicia llamada Gudina, perteneciente al obispado de Orense. Fueron sus padres Juan de Aparicio, y Teresa del Prado, que si bien pobres en los bienes de fortuna, eran muy ricos en virtudes. Dedicáronse estos, entre las fatigas de la agricultura de que se mantenian, á dar al niño una educacion cristiana; pero como Dios le habia prevenido con todas aquellas disposiciones de naturaleza y de gracia para los nobles designios que sobre él tenia su adorable Providencia, comenzó desde luego á dar en su infancia señales nada equívocas de las heróicas virtudes á que llegó con el tiempo. Aplicáronle en sus primeros años á que apacentase un pequeño rebaño de ganado que tenia su padre, destino muy acomodado al genio de Sebastian, amante del retiro y de la soledad; pero aunque aquella rústica ocupacion trae consigo la ociosidad, muy distante de esta madre de los vicios el Beato, empleaba todo el tiempo en el estudio de la oracion y en la práctica de las virtudes, dejándose ver con una simplicidad de vida verdaderamente admirable y con una inocencia de costumbres mas angélica que humana.

Quiso Dios probar la eminente virtud de Sebastian en sus mas tiernos años, al paso que acreditar su especial cuidado en la conservacion de aquella dichosa criatura. Formósele un espantoso tumor en

la cabeza, y graduando aquel síntoma extraordinario por señal de la peste que por aquellos tiempos hacia grandes estragos en España, fue preciso sacarle de la poblacion, y llevarlo á un lugar desierto, para que no comunicase á otros el contagio. Quedó el pobre niño solo en una humilde choza debajo la proteccion de la divina Providencia, sin otro auxilio que el escaso alimento que le traia su solícita madre; pero como para mantenerse era preciso buscar el sustento necesario, sucedió un dia que al volver á su miserable habitacion se arrojó á él un lobo hambriento que se habia entrado en ella, el que, haciendo presa del tumor, lo rompió; y saliendo de él el humor melancólico, quedó Sebastian perfectamente sano.

Despues que empleó el Beato algunos años en los ejercicios rústicos, lo llamó interiormente una voz superior (como á otro Abrahan) á que dejase su patria para ir donde le destinase la divina Providencia. Obedeció Sebastian á la inspiracion del cielo, y poniéndose en camino por Castilla, se puso á servir en Salamanca á una señora viuda, jóven, rica y muy graciosa, que le empleó en transportar frutos de unas posesiones para el surtido de su casa. Cumplió el Beato con tanta fidelidad y con tanta exactitud este y otros encargos que fió á su cuidado la señora, que poseida de una ciega pasion puso en una terrible prueba la virtud de su sirviente. Hizole entrar una noche en su aposento á pretexto de encender la luz, y comenzó á provocarle á la impureza hasta el extremo de despojarle de todos sus vestidos; pero luego que advirtió el casto jóven la vehemente tentacion del ama, reprendió severamente su libidinosa licenciosidad. No contento con esto, se partió á la provincia de Extremadura, y en la ciudad de Zafra se puso á servir á un sujeto poderoso llamado D. Pedro Figueroa, que le dió el cargo de transferir los paños que se tundian en un batan propio. Habíase fijado allí el Beato, solo con el objeto de ocurrir á su necesidad: mas queriendo seguir el impulso superior que le impelia á continuar su viaje, pasado algun tiempo se condujo á Sanlúcar de Barrameda, donde entró por criado en casa de una viuda que tenia dos hijas muy sobresalientes. La fidelidad y el porte que observó Sebastian en el servicio de aquellas señoras le granjearon toda su benevolencia; pero como el demonio no podia sufrir tanta virtud en un jóven de tan cortos años, procuró manchar su castidad inflamando el corazon de una de aquellas doncellas con las impuras llamas de un afecto sensual hácia su sirviente; tal, que ciega de una violenta pasion, viendo que no tuvieron efecto los diferentes arbitrios de que se valió para que con-

descendiese con sus impuros designios, llegó á proponerle que se casase con ella. Resistióse siempre con valor el Beato á todas las provocaciones de la ciega doncella, y conociendo que el modo de precaver semejantes peligros era la fuga, resolvió abandonar aquella casa, y reducirse de nuevo á su antiguo ejercicio de labor, mediante á tener experimentado que la vida rústica estaba mas distante de los riesgos á que se vió expuesto en las referidas ciudades.

Ocupóse algunos años en el cultivo de una pequeña heredad, sin separarse jamás de la práctica de las virtudes, especialmente de la oracion, que era el fuerte de todas sus atenciones, sin interrumpir este ejercicio aun en medio de sus viajes; pero queriendo seguir los interiores impulsos que en otro tiempo le habian llamado á obedecer los designios de la divina Providencia, determinó transferirse á las Indias occidentales. Retardó algun tiempo este viaje un suceso bien extraño, que fue el siguiente: Huyóse de casa de sus padres una doncella de aquellos contornos con un mancebo igual en circunstancias, pero desigual en los bienes de fortuna; y para no caer en manos de los padres que los seguian con las mas vivas diligencias, se vieron forzados á transitar por caminos inusitados hasta llegar á la habitacion del Beato; pero como la oscuridad de la noche y el cansancio de la precipitada marcha no permitiesen á la delicada doncella pasar adelante, le pidió el jóven al Beato por amor de Dios que la diese acogida hasta su vuelta. No sabia el siervo de Dios cosa alguna de la fuga; y compadecido de la molestia de la señora, no tuvo reparo en hospedarla, cuidando de ella por mas de cuarenta dias. No volvió en este tiempo á parecer el amante, y repugnando la doncella volver á casa de sus padres, procuró hacerse amar de su huésped, ofreciéndole casarse con él para que la llevase á las Indias á donde estaba dispuesto á pasar en breve. No condescendió Sebastian con tal propuesta: antes bien redobló las cautelas que en defensa de su honestidad habia observado siempre; pero habiendo entendido la fuga de la noble jóven, la restituyó á sus padres, que le dieron repetidas gracias por haberla preservado de todos los peligros á que se vió expuesta.

Libre ya el Beato de tantas y tan molestas intrigas, no quiso retardar por mas tiempo sus resoluciones sostenidas de los impulsos de la Providencia: embarcóse para Nueva-España, y despues de una próspera, aunque dilatada, navegacion, llegó al reino de Méjico, y despues embarcó en el puerto de Veracruz en el año 1533, cuando contaba treinta de edad; pero no pareciéndole oportuno fijar allí su

residencia, se transfirió á la ciudad de los Reyes, donde se aplicó á la agricultura. Dedicóse á domar para el servicio de ella los bueyes silvestres, que habia en gran número dispersos por aquellos bosques, con conocidas ventajas de los pueblos vecinos, los cuales no se atrevieron nunca á semejante empresa, aunque utilísima, porque la tenian por de insuperable dificultad. Salió Sebastian con su intento, y domó tantos pares, que pudo suministrar á otros con abundancia, principalmente á los pobres, para con quienes mantuvo siempre una caridad sin límites; por cuya piadosa conducta se adquirió entre aquellos naturales la benevolencia, el amor y la veneracion de tal manera, que todos le amaban como á bienhechor, y le respetaban como á varon santo.

Pensó el Beato dar mas extension á la utilidad de sus bueyes; y siendo desconocido en aquel país el uso de las carretas, las hizo construir á un amigo suyo carpintero, que habia venido tambien de España; facilitando por este medio el transporte de las labores de las minas de Santa María de Zacatena á Méjico; y para hacer mas activo este tráfico, abrió nuevos caminos por medio de las montañas y de los bosques impenetrables, no solo desde Méjico á Zacatena, sino hasta la ciudad de los Ángeles; empresa ciertamente tan ardua, que hasta entonces no habia podido efectuarse. De aquí resultó verse Sebastian poseedor de muchísimas riquezas, de las cuales se servia para socorrer á toda clase de necesitados; por lo que los chichimecas, hombres feroces y bárbaros, no ejecutaban á su vista los enormes daños que acostumbraban hacer á los pasajeros. Bajo este conocimiento, los que tenian precision de transitar por aquellos parajes se fiaban en la compañía del siervo de Dios, que les defendia de todo insulto.

Despues que empleó el Beato algunos años en esta ocupacion, abandonó á Méjico, y se condujo á una aldea llamada Capultepeque, distante poco mas de media legua de la ciudad, donde se dedicó nuevamente al ejercicio de la labor, pero sin desatender á perfeccionar su espíritu con la práctica de todas las virtudes: por lo mismo vestia con singular modestia, su alimento era muy ordinario y grosero, su descanso escaso y desacomodado, sus conversaciones santas, su oracion muy frecuente, solicitando por ella aquella íntima union con Dios, á que le impelia el agradecimiento de sus grandes beneficios. Mostraba siempre un celo fervoroso por la salvacion de las almas, para cuyo logro daba instrucciones á los ignorantes, y correcciones á los delincuentes, ya suaves, ya sérias, segun lo exigian las circuns-

tancias; siendo siempre eficaces sus exhortaciones, porque siempre iban acompañadas con el ejemplo.

Si fue grande el celo con que se interesó el Beato en el bien espiritual de sus prójimos, no fue menor la ardiente caridad con que atendia al socorro de todas sus necesidades temporales; tanto que solia decir que no tenia placer el dia que no se le ofrecia ocasion de ejercitarse en alguna obra de misericordia. Con esta mira ejecutaba grandes limosnas; hacia empréstitos de toda especie sin el menor interés; pagaba deudas á los pobres para libertarlos de las molestias de sus acreedores; proveia dotes á las doncellas, á quienes la mendicidad exponia á peligro de corromperse; esto sin el diario que alimentaba y suministraba á muchas familias miserables. En suma, su casa era el refugio de todos los necesitados, donde haciéndose todo de todos el siervo de Dios, ofrecia comida á los hambrientos, hospitalidad á los peregrinos, asistencia á los enfermos, confortacion á los afligidos y auxilio á los oprimidos; de suerte que en consideracion de estos oficios piadosos todos y cada uno le miraban como un bienhechor y como un padre comun del pueblo.

Quiso Dios probar la virtud del Beato, á quien hasta entonces habia colmado de prosperidades, por medio de una enfermedad tan peligrosa, que le redujo al extremo de su vida, y resignado como siempre en la voluntad divina, se dispuso á morir con las preparaciones fáciles de creer en un espíritu todo abrasado en las llamas de una ardiente caridad. Recibió los últimos Sacramentos, y multiplicando su fervor con los intensísimos actos de las virtudes teologales, esperaba de momento en momento aquel feliz instante de unirse íntimamante á su Señor; pero como aquella enfermedad no era de muerte sino de prueba, cuando pareció al Altísimo le restituyó á su primitiva salud.

Volvió Sebastian á sus acostumbrados ejercicios, y porque experimentó en la enfermedad que el ser solo le privaba de aquella asistencia tan necesaria en semejantes ocasiones, pensó en el estado del matrimonio, si acaso encontrase una compañera, con quien, á imitacion de san José y la santísima Virgen, viviese en una santa union sin pérdida de la castidad. Sabida la intencion del Beato, le ofreció un hombre tan pobre como honrado á una hija de corta edad, pero de mucha virtud, rogándole que la admitiese por esposa, para que de aquel modo la pusiese á cubierto de los peligros á que estaba expuesta por su mendicidad. Aceptó el Beato el partido, y se desposó con ella, siendo ya de sesenta años: persuadióla á vivir virtuosamen-

te, y se condujo de una manera tan sumamente escrupulosa, que para conservar su inocencia se acostaba sobre una estera tendida en el duro suelo, muy retirado de la cama de la doncella, teniéndola en lugar de hija, igualmente que la misma á él en el de padre, con cuyo nombre le llamaba. Desagradó con el tiempo el porte del Beato á los parientes de su esposa, que solo deseaban asegurar con la sucesion la herencia de sus cuantiosos bienes; y aunque antes habian aprobado sus santas intenciones, atribuyendo á su virtud la continencia, con todo, movidos del vil interés, determinaron denunciarlo á la justicia. No alteró la tranquilidad de Sebastian semejante resolucion, porque persuadido que su casta esposa vivia contenta, y que Dios no habia de permitir que fuese ultrajado su procedimiento, esperaba en el Señor que tomaria providencia. En efecto envió á la esposa una enfermedad incurable, que á breves dias la quitó la vida, no sin grande sentimiento del Beato, quien desentendiéndose de las injurias hechas por los parientes de la difunta, distribuyó entre ellos la porcion dotal que le habia asignado en el contrato matrimonial.

Ya viudo Sebastian, se transfirió de Capultepeque á Tlaneplantla, lugar poco mas de una legua distante de Méjico, donde entre sus acostumbradas obras de piedad fue una colocar á sus expensas en un conservatorio á una pobre doncella que por su indigencia corria gran riesgo de peligrar. Pasado algun tiempo, fué á saber si estaba cuidada y asistida segun sus buenos deseos, y hallándola llena de sentimientos de gratitud, y sobre todo de una suma inocencia, creyó que consentiria sin dificultad en ser compañera suya, y vivir con él en una union santa sin lesion de la virginidad. Manifestó Sebastian su pensamiento al padre de la doncella, y aceptado con grande complacencia por ambos, se celebró el matrimonio, siendo el Beato cerca de la edad de sesenta y tres años. Aquel diligente cuidado y aquel virtuoso comedimiento que observó Sebastian con su primera consorte guardó con la nueva esposa para que no peligrase su castidad, que era la joya que deseaba conservar inviolable hasta la muerte. Cayó en este tiempo en una enfermedad grave, y habiendo hecho su testamento con varias piadosas disposiciones, instituyó heredera á su consorte, declarándola vírgen é intacta conforme la recibió de sus padres. Quiso Dios restituirle á su primera salud, y entendidos los padres de la declaracion que Sebastian habia hecho, llevados del mismo interés que los parientes de la primera esposa, incurrieron en los procedimientos de aquellos; pero asegurado el Beato de las intenciones de su esposa, y de que ella no dió motivo para las quejas de sus

padres, no alteró en nada su correspondencia. En este intermedio ocurrió la muerte de la nueva consorte, y aunque fue grande la pena que le causó esta pérdida, con todo se consoló con haber educado dos cándidas palomas para el cielo; mas no acordándose de los resentimientos que le ocasionaron sus padres, les dió la dote ofrecida, como lo hizo con los deudos de la primera.

La conducta que observó el siervo de Dios con sus dos mujeres pareció á algunos menos virtuosa y menos prudente; pero debe advertirse que para proceder de este modo en el matrimonio fue sin duda movido de impulsos superiores, los que le condujeron en todo el resto de su vida por caminos extraordinarios para mayor gloria de Dios. Así lo advirtieron los doctores de las célebres universidades de la Sorbona, de Salamanca y de Padua que, consultados sobre este punto, respondieron: haber obrado el Beato virtuosamente; cuyas respuestas se imprimieron en Roma en idioma latino en el año 1722.

Luego que Sebastian se vió segunda vez viudo, se dedicó mas que nunca al ejercicio de las virtudes y á la beneficencia para con los prójimos con un desprecio total de sí mismo; tanto, que en su vestido, en el alimento y en el descanso no procuraba otra cosa que el menosprecio, la incomodidad y la mortificacion, pensando únicamente en la resolucion que debia tomar para asegurar su eterna salvacion, y emplear sus haberes en obras que cediesen en mayor gloria de Dios. En este estado se valió el demonio de todos los artificios de su malicia para desvanecer sus nobles ideas; pero de todo se libró Sebastian asistido de la divina gracia, sin otras armas que las de la oracion y las de la penitencia.

Inspiró, en fin, el Señor al Beato el pensamiento de abandonar enteramente al mundo para hacerse religioso; y sin escuchar las razones que en contrario le disuadian, se fué al convento de religiosos Franciscos de Méjico, ó del de Tlaneplantla, y presentándose á su confesor, le manifestó los ardientes deseos que tenia de corresponder á la vocacion á que se sentia llamado eficazmente. Aunque el prudente director tenia un perfecto conocimiento de las grandes virtudes del pretendiente, con todo le aconsejó que encomendase á Dios aquel grave negocio para entender mejor su divina voluntad. Hízolo Sebastian puntualmente; pero no pudiendo sufrir por mas tiempo las dilaciones de su director, fueron tales las instancias que le hizo, que le persuadió que vistiese por entonces el hábito de Oblato, ó de Tercero, distribuyendo sus bienes entre los pobres, de los que diera par-

te á las religiosas de Santa Clara que se hallaban necesitadas, á cuyo servicio seria aplicado despues. Apreció Sebastian aquel dictámen, y habiendo hecho donacion en forma de muchas propiedades en favor del monasterio de Santa Clara, se dedicó al servicio de las mismas religiosas cuando contaba cerca de sesenta y siete años. Mantúvose por espacio de dos años enteros en aquel destino; pero como sus deseos eran llegar al estado de profeso, pidió á los superiores de la Religion seráfica con sumisas súplicas que le concediesen la gracia de religioso lego; y como les constaban las sublimes cualidades del siervo de Dios, le admitieron gustosos en el convento de Méjico, siendo de sesenta y nueve años de edad.

Fáciles son de creer los progresos que haria Sebastian en la religion, cuando antes de abrazar este estado se dejó ver entre los peligros del mundo como un modelo acabado de perfeccion: su humildad, su obediencia, su mortificacion, su devocion, su modestia y su ingenioso estudio en toda clase de virtudes llenaron de admiracion á los mas ancianos religiosos, pues viendo que todas sus acciones y todas sus conversaciones respiraban cierto aire de santidad, se persuadieron que dentro de breve tiempo daria el venerable anciano mucho honor al seráfico Instituto. Al compás que se adelantaba el novicio á grandes pasos en el camino de la perfeccion, continuaba el demonio en conturbarle por todo género de tentaciones: apareciasele especialmente por las noches con visiones espantosas, con fantasmas extraordinarias, dando horribles aullidos y gritos espantosos; pero notando que de nada aprovechaban semejantes invenciones, tomó el partido de descargar sobre él récios golpes hasta dejarle lleno de cardenales, y de transportarle á diversos lugares, todo con el objeto de hacerle abandonar su buen propósito; mas como el Beato tenia en Dios colocada toda su confianza, se burlaba de todos los ridículos esfuerzos del porfiado enemigo, redoblando el rigor de sus penitencias, sin disminuir un punto aquel fervor con que habia comenzado su carrera.

Estaba Sebastian cerca del término de su noviciado, y cuando esperaba el dia de unirse mas estrechamente con su Dios por medio de los votos solemnes, buscó el enemigo cómo impedirlo, incitando á algunos religiosos para que se opusiesen á la profesion á pretexto de su avanzada edad, no obstante de estar abonada con sus singularisimas virtudes. Por esta causa se retardó algunos dias la solemnidad de aquel acto, no sin mérito del siervo de Dios, que le tuvo muy grande en la heróica resignacion con la voluntad divina; pero

habiéndose desvanecido todas las dificultades que ocurrieron, hizo su profesion en el dia 13 de junio del año 1573, que era en el que cumplia setenta y uno de su edad. Quiso Dios consolar las aflicciones de su amado, y apareciéndosele el seráfico Patriarca en las tres noches consecutivas á la profesion, lo alentó á perseverar con constancia en la carrera religiosa, asegurándole que el Señor le tenia preparado un gran galardon en premio de las angustias que habia padecido, y de las tentaciones con que le afligió el demonio.

Hecha su solemne profesion, le destinó el provincial al convento de San Juan de Tecali, donde se mantuvo un año cumpliendo exactamente con todo lo que le mandó la obediencia. De allí fue transferido á la ciudad de los Ángeles con la ocupacion de limosnero; y aunque su edad era avanzada, sujeto á la incomodidad de una hernia que le sobrevino en aquel empleo, jamás dejó este penoso ejercicio ni en los calores insufribles del estío, ni en los rigurosos frios del invierno, ni en las lluvias, ni en las nieves, ni en cualesquiera otra intemperie de las estaciones; pero con la particularidad de ir siempre descalzo, mal cubierto, y sin prevencion alguna, solo confiado en la divina Providencia. Las noches pasaba parte en oracion y parte en un incómodo reposo sobre el desnudo suelo á la inclemencia, sin omitir este género de mortificacion, aun cuando le estrechasen los bienhechores á que se recogiese bajo de cubierto por evitar las lluvias, las nieves y heladísimas escarchas.

Ofendian mucho á la profunda humildad de Sebastian los elogios y la estimacion que todos hacian de su persona; y como sus deseos no eran otros que el que le despreciasen para tener materia en que merecer, se valió del arbitrio de ocultar los grandes dones y los favores singulares con que el Señor le habia enriquecido. Aparentó una grosera rusticidad y una suma estolidez; y engañados algunos de sus hermanos de esta afectada simplicidad, le acusaron á su superior como hombre ignorante, mas apto para vivir con bueyes, con los que se crió siempre, que con personas religiosas. Movido el prelado de estos informes le reprendió severamente, le quitó el oficio de limosnero, y dándole en cara con su fatuidad, le hizo volver al noviciado para que aprendiese á vivir como religioso. No replicó el Beato á esta extraordinaria disposicion; antes bien, humillándose con una entera resignacion, sufrió bajo la disciplina del maestro de novicios muchas indiscretas mortificaciones, confesando merecerlas por graves pecados; pero como observasen los religiosos que no se hallaba cosa alguna reprensible en la conducta, y sí un cumplimiento

exacto de todas sus obligaciones, no pudieron menos de conocer que tanta paciencia, tanta resignacion, tanta obediencia y tanta mansedumbre eran nacidas de una sábia industria del Beato para ejercitar su profunda humildad, que es el fundamento de todo el edificio espiritual. Con este conocimiento fue restituido dentro de poco tiempo en su empleo de limosnero con grande dolor de aquellos mismos hermanos que, dejándose llevar de las apariencias habian sido la causa de que padeciese tantos trabajos; resultando de aquí tenerle en mayor concepto.

Volvió Sebastian á tomar el encargo, así porque se lo impuso la obediencia, como porque en los montes, en los campos y en las selvas hallaba mas proporciones para conversar con Dios por el conducto de la oracion, que era el objeto principal de todas sus atenciones. Continuó el oficio hasta la muerte en unos países tan distantes, tan escabrosos y tan incómodos, sin que estas circunstancias, el cansancio, la intemperie de las estaciones, ni sus habituales enfermedades le dispensasen jamás sus asombrosas mortificaciones, con que renovó aquellas espantosas imágenes de penitencia oidas en los desiertos de Egipto. Hízose por lo mismo el objeto de admiracion de toda aquella region y aun de la compasion de muchas gentes, viéndole varias veces andar á pié descalzo por los hielos corriendo sangre por las heridas; otras cubierto de nieve por su constante costumbre de tomar algun descanso por las noches á la inclemencia; otras arrojarse á estanques de agua helados, y retener el hábito mojado sin hacer diligencia para enjugarlo, sin mantenerse de otra cosa ordinariamente que de un poco de pan y agua. Á esto añadia frecuentes disciplinas de sangre, con las cuales se lastimaba de modo, que siempre estaba lleno de heridas y verdugones. De los fuertes golpes que se daba en el pecho con una piedra se le formó una encallecida llaga, de la que muchas veces le salia abundante sangre; y para que no estuviese un solo momento sin mortificacion, traia de continuo un áspero cilicio tan ceñido á la carne, que cuando murió no se le pudo arrancar sin mucha dificultad.

Seria necesario dilatarnos mas de lo que permite un resúmen á querer referir individualmente todas las virtudes en que se ejercitó el siervo de Dios; pero basta decir que en las teológicas y en las morales llegó á aquel grado de heroicidad que declaró el oráculo de la Iglesia. El obrador de todas las maravillosas acciones de Sebastian era el ardiente amor que profesaba á Jesucristo; no siendo fácil que algun otro bienaventurado le excediese en el afecto ni en la ter-

nura con que amaba al Redentor del mundo. Este era el iman que le atraia con tanta violencia, que ningun objeto criado era capaz de variar sus movimientos, ni separarle de su centro. El ardiente fuego de esta caridad era el que endulzaba todos los trabajos, todas las injurias y todas las contradicciones que padeció en su vida: él era el que le hacia quedarse á la inclemencia por las noches para contemplar en las grandezas de Dios, viendo los cielos y los astros hechuras de la mano omnipotente; él era el que aun en las estaciones mas rígidas le impelia á entrar en los estanques helados, á fin de templar algun tanto el interior ardor en que se abrasaba su pecho; él era el que en medio de su acostumbrado silencio le obligaba á prorumpir en exclamaciones fervorosas; él era el que le dejaba inmóvil, enajenado de los sentidos, á veces todo encendido é inflamado el semblante, y elevado de la tierra se dejaba ver en dulces raptos enteramente embebido en Dios, cuyo honor y gloria procuraba en todas sus acciones y pensamientos. De esta raiz provenia aquella caridad sin límites con que atendia el Beato á beneficiar á los prójimos, con quien despues de haber invertido todos sus bienes se empleó todo él mismo. Son inexplicables las fatigas que sufria gustoso, aun en su edad tan decrépita, por atender al socorro de toda clase de necesitados. La pobreza le infundia una compasion tan tierna, que al ver algun mendigo quedaba tan penetrado su interior, que aparecian en su rostro las señales de su piedad. Asi buscaba él mismo la limosna para alimentarlos, y no pocas veces se privó de su hábito para vestir al desnudo. Sobre todo se manifestaba sensibilísimo de los enfermos, á los que asistia infatigable, exhortándoles á la paciencia y á la resignacion. Si era grande la caridad del siervo de Dios para con las necesidades corporales de sus hermanos, era mayor sin comparacion en órden á su bien espiritual; á cuyo fin suplicaba al Señor de continuo por la conversion de los pecadores y por la perseverancia de los justos: esto sin cesar de promover todos los medios que le eran posibles para la consecucion de tan importante objeto.

Quiso Dios recomendar la eminente santidad de su fidelísimo siervo con exquisitos favores y particulares dones, como fueron el de profecia, el de penetracion de los secretos del corazon, y el de milagros; honrándole con muchas celestiales visiones, ya de la santísima Vírgen, ya de los Ángeles, ya de los Santos sus abogados, especialmente de su seráfico Patriarca, del apóstol Santiago, y de san Diego de Alcalá, á quienes profesaba una particularísima devocion.

Tambien se dignó concederle el conocimiento de los misterios mas sublimes y elevados de nuestra santa Religion, con mas un poder extraordinario sobre las cosas inanimadas, y un dominio prodigioso sobre los animales mas bravos, que á la voz del Beato quedaban al instante mansos y domesticados como si fuesen unos mansos corderos.

Conoció, en fin, Sebastian por la debilidad de su naturaleza, nacida de sus continuos trabajos y del rigor de sus penitencias, que se acercaba el tiempo de pagar el tributo impuesto á los mortales; y aunque toda su vida fue una continua preparacion para la muerte, con todo en los últimos periodos hizo esfuerzos extraordinarios para purificar su inocencia. Agravóse mas su habitual enfermedad de la hernia que padecia; y aumentándose á esta una ardiente calentura junto con inflamacion, fue preciso transferirlo á la enfermería de su convento. No pudo recibir el Viático á causa de sus continuos vómitos, y consiguió que á lo menos le llevasen el Sacramento eucarístico para adorarlo; y fortalecido con la santa uncion, lleno de celestiales consolaciones, fijos los ojos en un Crucifijo que tenia en sus manos, invocando el dulce nombre de Jesús, pasó su dichosa alma á gozar de la vision beatífica en el dia 25 de febrero del año 1600, que era el noventa y ocho de su edad, y el veinte y seis de profesion religiosa.

En la mañana siguiente al feliz tránsito del Beato transfirieron los religiosos á la iglesia el venerable cadáver con la pompa y con el acompañamiento que exigia su mérito para darle sepultura; pero se vieron en la precision de diferirlo, porque habiendo concurrido de repente una innumerable multitud de personas de todas clases, aun de aquellos lugares en que jamás se habian oido las campanas del convento, diciendo recíprocamente sin saber cómo: Vamos á ver el Santo que ha muerto en el convento de San Francisco, les fue preciso dejarlo en el féretro por espacio de cuatro dias enteros, para satisfacer la devocion de las gentes que á todo poder solicitaban tocar el cadáver, besarlo y cortarle algun fragmento del hábito por conservarlo como preciosa reliquia. Mantúvose en este tiempo el cuerpo flexible como si estuviese con su calor natural, despidiendo de sí un olor suavísimo, y aun algunos obtuvieron muchas gracias milagrosas que el Señor obró por intercesion del Beato. Abrióse el venerable cadáver antes de darle sepultura, y salió de él tanta sangre fresca, viva y natural, que además de haber manchado notablemente el vestido del cirujano que hizo la operacion, se empapó en ella un lienzo para conservarlo. Halláronse las entrañas blancas y defendidas de toda corrupcion; las que extraidas y puestas aparte, fue en-

terrado el resto del cuerpo en la capilla mayor de la iglesia del convento de San Francisco de la ciudad de los Ángeles, donde despues se visitó muchas veces el santo depósito: una en la noche del 19 de julio de 1600, otra en el 29 de junio de 1602, otra en el 7 de julio del mismo año, y otra en el 28 de abril de 1632: y en todas se tomaron auténticos testimonios de la incorrupcion y flexibilidad del cuerpo del siervo de Dios. Con esta justificacion se recurrió á la Santa Sede para tratar de su beatificacion, y examinadas por la sagrada Congregacion de Ritos sus virtudes, fueron declaradas en grado heróico por el papa Clemente XIII; y aprobados algunos de los milagros del siervo de Dios por el sumo pontífice Pio VI, decretó finalmente su solemne beatificacion en el dia 17 de mayo de 1789.

La Misa es en honor del beato Sebastian de Aparicio, y la Oracion es la siguiente:

Deus, qui beatum Sebastianum confessorem tuum in simplicitate cordis ambulare fecisti, ac cœlestibus donis cumulasti; concede propitius, ut ejus intercessione, et puris mentibus tibi servire, et gratiæ tuæ munera consequi mereamur. Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Ó Dios, que á tu bienaventurado confesor Sebastian le hiciste andar en la mayor sencillez de corazon, y le colmaste de tantos favores celestiales: concédenos propicio, que por su intercesion le sirvamos con tal pureza de alma, que merezcamos alcanzar los dones de tu santa gracia. Por Nuestro Señor Jesucristo...

La Epístola es del capítulo IV *de la primera que escribió el apóstol san Pablo á los Corintios.*

Fratres: Spectaculum facti sumus mundo, et Angelis, et hominibus. Nos stulti propter Christum, vos autem prudentes in Christo: nos infirmi, vos autem fortes: vos nobiles, nos autem ignobiles. Usque in hanc horam, et esurimus, et sitimus, et nudi sumus, et colaphis cædimur, et instabiles sumus, et laboramus operantes manibus nostris: maledicimur, et benedicimus: persecutionem patimur, et sustinemus: blasphemamur, et obsecramus: tamquam purgamenta hujus mundi facti

Hermanos: Estamos hechos espectáculo para el mundo, para los Ángeles y para los hombres. Nosotros estultos por Cristo, y vosotros prudentes en Cristo: nosotros débiles, y vosotros fuertes: vosotros gloriosos, y nosotros deshonrados. Hasta esta hora tenemos hambre y sed, y estamos desnudos, y somos heridos con bofetadas, y no tenemos dónde estar, y nos fatigamos trabajando con nuestras manos: somos maldecidos, y bendecimos: padecemos persecucion, y tenemos pa-

sumus omnium peripsema usque adhuc. Non ut confundam vos, hæc scribo, sed ut filios meos charissimos moneo : In Christo Jesu Domino nostro.

ciencia : somos blasfemados, y hacemos súplicas : hemos llegado á ser como la basura del mundo y la hez de todos hasta este punto. No os escribo estas cosas para confundiros ; sino que os aviso como á hijos mios muy amados en Cristo Jesús nuestro Señor.

REFLEXIONES.

Es la virtud cristiana como cierto género de espectáculo para el mundo, que no acierta á comprender cómo es dable que la virtud sea plausible ; lo es para los Ángeles, que admiran en ella la fuerza de la gracia, y lo es tambien para los hombres, que la reconocen por único orígen de la verdadera felicidad. Ándase en busca de milagros, y acaso ninguno hay, ni mas estupendo, ni mas universal, ni que deba dar mas golpe, como tanto número de almas santas, de personas religiosas que son el espectáculo de su siglo. No se repara tanto en el milagro, por ser mas frecuente ; pero no porque sea mas frecuente es menos milagro. Enciérranse muchos en los claustros, en la vida retirada, y en las virtudes escondidas de tantas virtuosas almas. Un jóven único heredero de una ilustre casa y opulentos mayorazgos, adornado de cuantas nobles prendas se pueden desear, solicitado de todos los halagüeños atractivos del mundo, en aquella edad que se considera la florida sazon de todas las diversiones ; á la entrada de una carrera donde todo le brinda, todo le halaga, todo se le rie ; este jóven sacrifica sus riquezas, sus prendas, su nobleza, y hasta sus mismas esperanzas, posponiendo por amor de Jesucristo todo el esplendor de que el mundo se alimenta á una vida oscura, pobre, humilde y penitente. Pregunto : ¿tendrán mucha parte en esta maravilla ni la razon natural ni los sentidos?

Una bizarra doncella en la flor de su edad, distinguida por su noble nacimiento, pero mucho mas por su hermosura, por su discrecion y por su despejo ; tan rica como entendida, y tal vez idolatrada de todo un pueblo, prefiere generosamente un grosero velo, un rústico sayal en que se amortaja y entierra, á todo el fausto y aparato de joyas y de galas, que naturalmente idolatraria ella misma. Bien sé que estos milagros de la gracia se suelen atribuir á caprichos del humor, ó á diferencias del genio ; pero examínense mas de cerca, descúbranse los motivos, considérense las consecuencias, com-

párese todo con nuestra natural flaqueza, y se hará patente el milagro mas claro que el mediodía.

Nosotros, dice el apóstol san Pablo, *nos hemos hecho insensatos por amor de Jesucristo*. Lo mismo pueden decir á cada paso tantas personas verdaderamente virtuosas que tienen horror á la prudencia de la carne, y por lo mismo están reputadas en el mundo por unas pobres simples. Pero ¿qué importa? ellas son las verdaderamente sábias. Es cierto que su sabiduría es muy superior á las limitadas luces de la razon natural; no pueden llegar á ella todos los alcances del entendimiento humano; es una sabiduría infalible, porque es la fe, y es el mismo Jesucristo quien la arregla: míresela con reflexion, y se descubrirá el milagro con todos sus efectos.

Padecemos hambre, sed y desnudez, continúa el Apóstol, *nos echan maldiciones, y correspondemos con bendiciones; nos ultrajan de palabra, y hacemos oracion por los que nos ultrajan*. ¿Llegó jamás á tanto la filosofía mas disimulada, la mas ambiciosa ni la mas perfecta? Esos llamados sábios de la Grecia ¿supieron nunca obrar por motivo de pura virtud? Aquella su afectada tranquilidad, aquel desprecio de las injurias, ¿no era efecto de la mas fina venganza? El afectado y grosero menosprecio de las comodidades de la vida ¿no era fruto de un orgullo refinado? Hablando en rigor, no hay virtud maravillosa fuera de la religion cristiana. Solamente los ciegos no conocen el milagro.

El Evangelio es del capítulo XII *de san Lucas, pág.* 239.

MEDITACION.

De la fuga del mundo.

PUNTO PRIMERO.—Considera que hay entre los Cristianos un mundo enemigo del Cristianismo; un mundo que, aunque cristiano en la apariencia, aborrece á Jesucristo y á su ley; un mundo cuyo espíritu es contrario al espíritu de Cristo, y sus máximas diametralmente opuestas á las máximas del Evangelio; un mundo contra el cual todos los Santos se han declarado, y un mundo que persiguió á todos los Santos. Luego ser de este mundo, y ser del número de los réprobos; amar á este mundo, y declararse enemigo de Dios; tener el espíritu, seguir las máximas de este mundo, y no ser discípulo de Cristo, es una misma cosa. *El que quiere ser amigo del siglo*, dice el apóstol Santiago, *por el mismo hecho se hace enemigo de*

Dios. Pues ¿cómo es posible celebrar á este mundo, abandonarse ciegamente á este mundo, obedecer sus leyes, seguir sus caprichos, sin arriesgar la inocencia y la salvacion?

No por eso se pretende que para salvarse sea menester abrazar el estado religioso ó meterse á ermitaño. No todos son llamados á estado tan feliz; pero ninguno hay que no esté obligado á mirar con horror al espíritu del mundo, á renunciar sus perniciosas máximas, á huir de lo que Dios aborrece, y á escapar de aquellas concurrencias que están llenas de enemigos de Jesucristo.

Á una simple sospecha de contagio quedan desiertas las ciudades mas populosas. Todo se deja, todo se abandona, todo el mundo se retira á la campaña, todos se destierran voluntariamente del comercio, y se van á sepultar en una soledad. El aire del mundo es contagioso; demasiadamente se sabe. Para preservarse de este contagio un san Juan y otros tantos Santos poblaron los desiertos, y buscaron entre los montes y las breñas asilo seguro á la inocencia. Pero ¿qué se hace el dia de hoy? Todos corren, todos se exhalan por aumentar el gran número de los esclavos del mundo. Se gime, es verdad, bajo la dura opresion de su intolerable yugo; pero al mismo tiempo se ama: quéjanse muchos de la pesadez de sus grillos; pero al mismo tiempo los multiplican, y se tendrian por infelices, se desesperarian, si los librasen de ellos. Pregunto: ¿tienen juicio los mundanos cuando hablan, cuando proceden asi?

Punto segundo.—Considera que aquella figura del mundo, que consiste en aborrecer su espíritu, en renunciarle y en no seguir sus máximas, no es puramente de consejo, sino de riguroso precepto. Todo cristiano se obligó solemnemente á eso delante de testigos en la sagrada ceremonia del Bautismo. Dijo públicamente que renunciaba la pompa, las vanidades, las máximas, el espíritu del mundo. Y ¿cómo se observa hoy esta sagrada promesa? Pero ello es cierto que con esta condicion entramos á ser cristianos. Ni la Iglesia nos hubiera recibido en el número de sus hijos, ni Cristo en el de sus discípulos, si no nos hubiéramos obligado, si no hubiéramos prometido huir del mundo, renunciar las pompas y las máximas del mundo como incompatibles con las máximas de Jesucristo. Pero ¿se cumple esta promesa? ¿cumplímosla nosotros mismos? ¿es para nosotros como extraño y forastero el espíritu del mundo? ¡Ah, que hierve el Cristianismo en mundanos! mas estos mundanos ¿serán reconocidos por cristianos verdaderos? ¡Qué dolor y qué amargura sentiré

á la hora de la muerte cuando se me represente con viveza lo que he sido y lo que estaba obligado á ser!

Gimo, Señor, cuando reflexiono la tibieza y la frialdad con que os he servido mientras sacrifiqué mi salud, mi vida, y aun mi eterna salvacion al servicio del mundo. Recibid, Padre de las misericordias, la palabra que este dia os doy de huir del mundo y de renunciar sus máximas, y otorgadme la gracia de que la cumpla hasta el postrero aliento de mi vida.

JACULATORIAS. —¿De qué me sirve ser dueño de todo el mundo, si pierdo mi alma? (*Matth.* XVI).

A mí me sirve de cruz el mundo, y yo sirvo al mundo de cruz. (*Galat.* VI).

PROPÓSITOS.

1 El mundo es enemigo de Cristo; luego debe serlo nuestro. ¡Cuántas razones tenemos para considerarle como tal! Húyese de un enemigo de quien se sabe que trama perniciosos designios contra nosotros. Pues ¿con qué cuidado debemos huir del mundo, cuyos artificios tiran á perdernos? Toma hoy la generosa resolucion de declararle contra el espíritu y contra las máximas del mundo, así como él está abiertamente declarado contra las de Jesucristo.

2 No te contentes con una simple resolucion; ponla en práctica desde este mismo dia. No aparezcas mas en esas grandes funciones en que el mundo sale á hacer ostentacion de toda su pompa y vanidad. Ponte un eterno entredicho á toda comedia y á toda ópera, despidiéndote tambien para siempre de todas las otras diversiones que son el escollo ordinario de la inocencia. Sea tu traje conforme á tu condicion y á tu estado; pero ten entendido que la modestia cristiana es la gala mas preciosa. Renueva en la misa despues de la consagracion las promesas que hiciste en el Bautismo. Haz pública profesion de ser cristiano, y haz una santa vanidad de no ser ya mundano.

DIA XXVI; ó XXVII, SI ES BISIESTO.

MARTIROLOGIO.

EL TRÁNSITO DE SAN NESTOR, obispo, en Perga, ciudad de Panfilia, el cual no cesando de hacer oracion dia y noche pidiendo á Dios por la conservacion del rebaño de Jesucristo, durante la persecucion de Decio fue preso; y confe-

sando con fervor y libertad el nombre de Jesucristo, fue cruelmente atormentado en el caballete, por órden del presidente Polion; y por último afirmando que queria estar siempre unido con Cristo, clavado en una cruz, voló victorioso al cielo.

El martirio de los santos Papias, Diodoro, Conon y Claudiano, en la misma ciudad, los cuales fueron martirizados antes de san Nestor.

Los santos mártires Fortunato, Félix, y otros veinte y siete, tambien lo fueron en el mismo dia.

San Alejandro, obispo, en Alejandría, anciano glorioso, el cual gobernando aquella iglesia despues de san Pedro, obispo, echó de ella á Arrio, su presbítero, contaminado con la herejía, y convencido por la verdad divina: y despues lo condenó siendo otro de los trescientos diez y ocho Padres del concilio Niceno. *(Véase su vida en las del dia de hoy).*

San Faustiniano, obispo, en Bolonia, que con la eficacia de su predicacion confirmó y corroboró aquella iglesia oprimida con la persecucion de Diocleciano.

San Porfirio, obispo, en Gaza de Palestina, el cual en tiempo del emperador Arcadio destruyó el ídolo Marna y su templo; y despues de muchos trabajos murió en el Señor.

San Andrés, obispo y confesor, en Florencia.

San Víctor, confesor, en territorio de Arcies, cuyas alabanzas escribió san Bernardo.

FIESTA DE NUESTRA SEÑORA DE GUADALUPE DE MÉJICO.

El papa Benedicto XIV en el año 1757 extendió á toda nuestra Península el oficio propio y la misa de Nuestra Señora con el título de Guadalupe de Méjico, que desde 1754 estaba concedido para esta festividad al reino de Nueva-España. Y porque en alguna de nuestras diócesis se hace en este mes de febrero y en tal dia la dicha fiesta, se advierte que su noticia se deja para el dia 12 de diciembre, en que la celebra la santa iglesia de Méjico.

SAN ALEJANDRO, OBISPO DE ALEJANDRÍA.

San Alejandro, uno de los celebérrimos obispos de Alejandría, esclarecido ornamento de la Iglesia universal, proclamado con innumerables elogios de los Padres, segun escribe san Atanasio, su discípulo, fue un varon magnífico, equitativo, liberal, amable y sumamente caritativo, tan observante del ayuno, que jamás le quebrantó antes de ponerse el sol: con tanta reverencia á las santas Escrituras, que siempre las leia en pié, en señal de respeto al Espíritu Santo que nos enseña por aquellos sagrados códigos. Aunque sus admirables virtudes hicieron recomendable su mérito en todo el orbe

cristiano, su mayor gloria se funda en haber sido el primer capitan de la milicia de Jesucristo, que en guerra viva levantó el estandarte contra Arrio, perversísimo heresiarca, batallando con él hasta los últimos alientos.

Habia recibido á este mónstruo infernal san Pedro, obispo de Alejandría, ilustre mártir de Jesucristo, entre los individuos de su clero, aparentando en los principios mucha religiosidad; pero expelido á breve tiempo de la comunion de los fieles por sus criminalidades, temeroso de la excomunion, estimulado del remordimiento de su conciencia, solicitó con fingido arrepentimiento volver al gremio de la Iglesia. Inflexible san Pedro en concederle la absolucion de la censura, se valió el hereje de Aquila y Alejandro, presbíteros de Alejandría, muy amados del Santo, á fin de que intercediesen con él para que le admitiese. Hicieron la súplica con aquel Prelado estando ya en prision por defensa de la fe, en la persecucion que suscitaron los emperadores Diocleciano y Maximiano contra la Iglesia; y negándoles la gracia, les habló en estos términos: Hermanos mios dilectísimos, tengo entendido que Arrio es muerto para con Dios, y arrojado de su presencia en este siglo y en el futuro, y para que en ningun tiempo podais censurarme de rígido é inhumano, sabed que, estando orando en la noche precedente, he visto á Jesucristo en forma de un niño de doce años, cercado de un resplandor inmenso, con el vestido rasgado en dos partes; y preguntándole, despues de haber vuelto del sobresalto que me causó aquella vision, quién era el autor de la rasgadura, me respondió que Arrio, previniéndome no le admitiese jamás á la comunion de los Santos, encargándome asimismo que os lo dijese, pues me reveló vendríais á este fin hoy movidos de sus instancias.

Muerto san Pedro en la persecucion dicha, en la que consiguió la corona del martirio, le sucedió Aquila en la silla de Alejandría, quien olvidándose de la prevencion hecha por el Santo, dejándose engañar, nimiamente fácil, de las fingidas promesas de Arrio, le admitió á la comunion de los fieles, y fió á su cuidado una de las parroquias de Alejandría. Pero habiendo fallecido Aquila á pocos meses de su elevacion al trono; como Alejandro era comunmente amado y venerado de todo el clero y pueblo por su eminente virtud, fue promovido á aquella cátedra por universal consentimiento. Lleno de envidia el presbítero Arrio de una eleccion tan aplaudida, ya que no pudo calumniar la vida inculpable del Santo, tomó el partido de oponerse á su doctrina católica, predicando que Jesucristo no era hijo

consustancial del eterno Padre: pervirtiendo á no pocos fieles con las sofísticas argumentaciones de que se valia para sostener una impiedad tan execrable, apoyándola con las sentencias de la santa Escritura, que solo hablan de la naturaleza humana unida hipostáticamente con la divina, no de esta; una en las tres divinas Personas de la santísima Trinidad. Luego que entendió Alejandro tan sacrílega blasfemia, que injuriaba nada menos que al dogma mas sacrosanto que cree y confiesa nuestra santa fe en el inefable misterio de la Encarnacion, procuró primeramente como padre atraer al hereje al conocimiento de su error por medio de saludables moniciones, consejos y amorosas instrucciones; pero viendo frustradas todas sus esperanzas, congregó un concilio de los obispos de la provincia, como patriarca de Egipto, en el que se condenó á Arrio por hereje contumaz con los secuaces de la herejía, privándoles de la comunion de la Iglesia.

Resentido el heresiarca de tan justa providencia, determinó vengarse por cuantos medios le fuesen posibles; y con tan perverso intento pasó á Palestina, donde pervirtió con sus cavilosos artificios á no pocos obispos, especialmente á Eusebio de Nicomedia, que se declaró desde luego protector de la impiedad. Unido este partido enemigo de la fe católica con el de los herejes Melecianos, acérrimos contrarios de Alejandro, por haberlo sido de su predecesor san Pedro, quien separó de la comunion á Melecio, obispo Licopolitano (de quien tomaron la denominacion), por sus enormes delitos, y particularmente por su caida en la idolatría, hacian á la Iglesia una guerra mas cruel y sangrienta que la que pudiera padecer por los gentiles. Apenas supo Alejandro la conjuracion de los enemigos de Jesucristo, infatigable como siempre en la defensa de los artículos dogmáticos, escribió á los prelados eclesiásticos de aquella provincia muchas cartas llenas de aquel santo celo que constituye el carácter de los varones apostólicos, manifestándoles con una erudicion vasta la impiedad de la nueva herejía, desengañándoles al mismo tiempo de las ficciones y artificios de aquel mónstruo que vomitó el infierno para rasgar el vestido de Jesucristo, y perturbar la paz de la Iglesia. No satisfecho con estos avisos, dió parte del daño ocasionado al sumo pontífice Silvestre, haciendo lo mismo con el emperador Constantino: tambien imploró el auxilio de todos los obispos ortodoxos recomendables por su ciencia y santidad en el Oriente y Occidente, animándoles á que se armasen contra la sacrílega novedad, indicándoles la notable pérdida que ya se experimentaba en la fe católica por los adelantamien-

los de Arrio, protegido de Eusebio y otros prelados engañados con sus sofismas.

No es posible explicar lo que trabajó Alejandro para sepultar aquel mónstruo del abismo y precaver á los fieles del veneno con el antídoto oportuno. Á su celo y continuas instancias debe la Iglesia el primero de sus concilios ecuménicos ó generales, celebrado en la ciudad de Nicea, al que asistieron trescientos diez y ocho obispos, donde fue condenado Arrio con su herejía y secuaces.

Pero donde mas acreditó este eminentísimo Prelado su fortaleza apostólica fue en la justa resistencia al empeño del emperador Constantino, dirigido á que admitiese á la comunion á Arrio, bajo el concepto de su arrepentimiento, respondiendo á aquel Príncipe, á quien tanto debió la Iglesia, que no podia hacerlo, porque la conversion de un hombre tan protervo era nacida del temor, no de sincero arrepentimiento; y que así no era lícito que los miembros vivos del cuerpo místico de Cristo comunicasen con los podridos é infectos, separados de la Iglesia con la formidable espada del anatema.

Además de tan laudables empresas capaces de eternizar su memoria, se refiere en su elogio la creacion de un héroe como san Atanasio, estimando por pronóstico de su virtud y mérito un suceso bien extraño. Habiendo concluido el Santo la festividad de san Pedro mártir en su iglesia, retirado á su palacio, vió desde él en las orillas del mar una multitud de niños que en sus inocentes juegos imitaban muchas acciones misteriosas ejecutadas en el templo. Lleno de admiracion mandó llamarlos, y examinándolos cuidadosamente, declararon con sencillez que fueron bautizados algunos de ellos por Atanasio, que se hizo obispo en los entretenimientos; y hallando satisfechos todos los ritos de la Iglesia en la administracion de aquel Sacramento, mandó no rebautizarlos.

De este prodigioso hecho tomó ocasion Alejandro para aconsejar á los padres de Atanasio que le dedicasen al servicio de la Iglesia, donde, educado como otro Samuel en el templo, le ordenó de sacerdote, le tuvo por su mayor privado, y fue el ministro mas fiel en sus continuas empresas contra Arrio y sus secuaces, manifestando en la hora de la muerte que convenia fuese su sucesor, por la grande utilidad que resultaria á la Iglesia de un prelado de su carácter, constante en la defensa de la fe católica, como lo acreditó en su vida.

Últimamente, este héroe admirable, lleno de triunfos y merecimientos, falleció por los años 426, á los cinco meses siguientes al concilio Niceno, despues de haber gobernado su iglesia por espa-

cio de diez y seis años como un verdadero sucesor de los Apóstoles, guerreando contra Arrio y secuaces de su impiedad hasta la muerte.

SAN VALERO, OBISPO DE ZARAGOZA.

(Trasladado del dia 28 de enero).

San Valero, uno de los célebres prelados de la Iglesia de España, y uno de los mas ilustres confesores de la fe de Jesucristo, fue natural de Zaragoza, descendiente de la ilustre familia de los Valeros, segun escriben varios autores nacionales, que no nos dicen los hechos de su puericia y juventud, porque nos robó el tiempo los monumentos justificativos. La grande reputacion que ya tenia á fines del siglo III es un testimonio auténtico de su santidad, en que pasó los primeros años de su vida. Elevado por sus méritos á la cátedra episcopal de Zaragoza, se portó en el ministerio episcopal como un verdadero sucesor de los Apóstoles, velando con el mayor celo y exactitud sobre el rebaño cometido por Dios á su cuidado; bien que por el impedimento que padecia en la lengua se valia de su diácono llamado Vicente, sábio y elocuente, para satisfacer el cargo de la predicacion.

Suscitaron en su tiempo los emperadores Diocleciano y Maximiano, enemigos capitales del nombre cristiano, la cruel persecucion que padeció la Iglesia á principios del siglo IV. Enviaron á España por gobernador de la provincia de Tarragona á Daciano, hombre bárbaro é inhumano, encaprichado, mas si cabe que sus principales, en sostener á toda costa las necedades de las supersticiones paganas; y queriendo distinguirse en la actividad sobre el cumplimiento de los decretos imperiales, luego que supo los progresos que Valero y Vicente hacian en la Religion, les mandó prender, dando órden de que fuesen conducidos á la ciudad de Valencia cargados de cadenas, lisonjeándose que con las fatigas del camino y malos tratamientos, que encargó á los conductores, triunfaria de los dos héroes cristianos que por entonces brillaban en la nacion; pero quedó admirado cuando despues de tan penosa marcha é incomodidades de la prision les vió en su presencia tan sanos y robustos, como si jamás hubieran padecido las aflicciones que tanto recomendó.

Pareció á Daciano que para rendir á hombres de aquel carácter y reputacion tendria mas eficacia la urbanidad que el rigor: con cuya

idea habló primero á Valero en tono de humanidad, representándole que de justicia pedia su vejez algun descanso y tranquilidad; lo que lograria siempre que obedeciese los edictos imperiales, dirigidos á que todos los vasallos del imperio rindiesen veneracion á los dioses; extrañando que ya en su ancianidad procediese contra ellos á pretexto de religion. ¿Ignorais, le añadió, que los que obran así se exponen á perder la vida, pues los príncipes del mundo no permiten que se profane el culto antiguo por leyes nuevas é inauditas? Obedece estas superiores órdenes, y mueve con tu ejemplo á que las cumplan los inferiores cuando vean que no las desprecia su pastor.

Oyó Valero con impaciencia este doloso razonamiento, y no pudiendo explicarse con la expedicion que deseaba su ardor, á causa del impedimento dicho, convertido á Vicente, le dijo: Hijo carísimo, responde por los dos en defensa de la religion de Nuestro Señor Jesucristo, por cuyo amor somos dignos de padecer. Hízolo el santo Diácono con tanto espíritu y elocuencia, que ofendido Daciano de su generosa libertad, y especialmente de que en su presencia tuviese valor de declamar contra los delirios de la idolatría, que descargando sobre él su cólera, se contentó con desterrar á Valero, ó ya porque consideraba que no lograba ningun triunfo en vencer á un hombre de su avanzada edad, ó por parecerle que á virtud de sus años seria de pocos momentos la eficacia de su predicacion para sostener y alentar á los Cristianos sin la voz viva de Vicente.

Sintió nuestro Santo en el alma la separacion de su amado Diácono; pero siéndole preciso obedecer la providencia del tirano, se retiró á un pueblo pequeño llamado Enate, distante una legua de Barbastro, donde vivió catorce años ocupado en oracion, ejercicios de penitencia y en santas vigilias en el templo que edificó en honor de san Vicente luego que se verificó su martirio; y así continuó siendo el ejemplo de edificacion de todo el país, hasta que cargado de años y de merecimientos murió en el Señor por los años 315.

Su cuerpo fue sepultado en el castillo de Estrada; pero perdida la memoria de su estancia con motivo de la ocupacion de España por los árabes, y hallado despues de muchos siglos por Arnulfo, obispo de Ribagorza, en virtud de una divina revelacion, se le trasladó al castillo de Roda. Conquistado este y su ciudad por Alonso I, rey de Aragon, en el año 1118, se hizo la traslacion de un brazo del santo Obispo á Zaragoza en el de 1121, la cual se ejecutó con inexplicable gozo de aquella capital, que estimó en la ocasion regresado en hombros de sus súbditos del destierro á su celebérrimo Pastor. En

el de 1170 pidió Alonso II á Guillermo Perez, obispo de Lérida, á cuya diócesi por entonces pertenecia Roda, la cabeza de san Valero, y recibiéndola el Rey en sus propias manos, la entregó á Pedro, obispo de Zaragoza, para su colocacion en aquella iglesia, que con efecto se hizo con toda solemnidad, donde se conserva inclusa en una urna de plata adornada con piedras preciosas, la cual se dice dádiva del cardenal D. Pedro de Luna. Al tiempo de las traslaciones dichas se dignó el Señor obrar muchos prodigios, los mismos que continúan en favor de los naturales, que usan de este tesoro en las necesidades públicas, experimentando repetidos beneficios por la poderosa intercesion del Santo para con Dios.

La Misa es en honor del Santo, y la Oracion la siguiente:

Omnipotens sempiterne Deus, qui sacram beati Valerii confessoris tui atque pontificis solemnitatem hodierna die venerari voluisti; nos famulos tuos ab omni culpa liberos esse concede: ut ejus intercessione ad vitam perveniamus æternam. Per Dominum nostrum Jesum.

Ó Dios eterno y todopoderoso, que has querido que veneremos hoy la festividad sagrada de tu confesor y pontífice san Valero: concédenos á tus siervos que seamos libres de toda culpa, para que por su intercesion lleguemos á la vida eterna. Por Nuestro Señor Jesucristo...

La Epístola es de los capítulos XLIV *y* XLV *del Eclesiástico, pág.* 62.

REFLEXIONES.

Hé aquí un sacerdote grande que mientras vivió fue agradable á su Dios. De nada sirve, segun el lenguaje de las santas Escrituras, el agradar á los hombres. Solo se cuenta en el número de los buenos el que procura agradar á Dios. Si yo pensase en complacer á los hombres, decia el Apóstol, no seria siervo de Jesucristo. El mismo Salvador dice expresamente á sus discípulos que no pueden agradar al mundo, porque no son del mundo; que si lo fueran, el mundo los estimaria. Y si este divino oráculo debe verificarse respecto de cualquiera fiel imitador de Jesucristo, mucho mas se debe comprobar en sus ministros. La conducta de estos debe ser una continua censura de las máximas del mundo. Deben reprender, argüir, corregir y enmendar todo género de delitos á todas horas, en todas ocasiones; y esto es imposible que pueda granjearse la estimacion del mismo mundo. La mayor prueba de la virtud de un sacerdote es el no hacer caso de los aplausos y elogios de los mundanos; an-

tes bien debe despreciarlos y huir de ellos como que son la polilla que roe las buenas obras.

Los mismos medios por donde se busca muchas veces la estimacion del mundo son los que mas desacreditan á los sacerdotes. Aun el seglar mas relajado entiende bastante de virtud y de moral para censurar en su interior la conducta de un eclesiástico. Cualquiera sabe que todo el que pretende un beneficio ó una dignidad eclesiástica se hace indigno de ella por el mismo hecho de pretenderla. Y bajo este principio, ¿qué juicio deberá formar de las bajezas, de las indignas sumisiones, y de los infames artificios con que se solicitan los puestos de la Iglesia? Todos saben que la caridad y el desinterés son las virtudes características de los sacerdotes; y se escandalizan altamente cuando ven que las rentas eclesiásticas tienen un destino muy ajeno de su naturaleza é instituto. Todos conocen que el mérito, la virtud y la ciencia deben ser la única y la mayor recomendacion del ministro de la Iglesia; que debe ser el espejo en que se miren los seglares; que deben recurrir á él para pedirle consuelo en sus trabajos, consejo en sus dudas, y doctrina para el régimen de sus conciencias; pero hallan tal vez un sacerdote distraido, ocupado únicamente en los negocios é intereses del siglo, que no sirve sino de gravámen á la Iglesia, que huye del trabajo á que le obliga su ministerio, y que es mas ignorante en la ciencia de la Religion que ellos mismos. Por eso se queja amargamente san Gregorio del daño que ocasionan á los fieles aquellos sacerdotes que, habiéndolos destinado Dios para la correccion de los demás, son ellos mismos ejemplo de corrupcion; cuando pecan los que debieran contener y refrenar á los pecadores; cuando no buscan el interés de las almas que se les han confiado, sino el suyo propio; cuando, por verse superiores á los demás, se toman la libertad de vivir como se les antoja. Por mas que piensen en agradar al mundo imitando sus modales, manifestando un aire de vanidad que los equivoca con los mismos mundanos, solo pueden conseguir que el mundo los abomine, y que Dios los aborrezca. Un sacerdote ejemplar no puede menos de ser amado de Dios y de los hombres. Estos hacen justicia al mérito de la virtud, aun cuando está en contradiccion con sus relajaciones y costumbres; pero no pueden llevar en paciencia que se les parezcan los que han hecho profesion de no imitarlos.

El Evangelio es del capítulo XXV *de san Mateo, pág.* 64.

MEDITACION.

Que solo se encuentra la verdadera libertad en el servicio de Dios.

Punto primero.—Considera el grosero error con que se vive en el mundo, creyéndose comunmente que la devocion es una intolerable servidumbre que oprime y que encadena, porque es preciso velar y orar continuamente. No aprisiona tanto ni con mucho la vigilancia de las almas justas, como la que indispensablemente han de tener los mundanos. Aquella es dulce, es suave, es tranquila; esta es puramente servil y llena de amarguras.

¡Oh gran Dios! ¡y qué inconsiderados son los hombres! Buscan solícitos la libertad, y se desvian de Vos, que sois la fuente de ella. El que no sirve á Dios, nunca sirve á un amo solo: sirve al mundo, que tiene sus leyes; sirve al amor propio, que tiene sus máximas; sirve á las pasiones, todas de diversísimas inclinaciones; sirve á los respetos humanos, á quienes sacrifica hasta la misma Religion. Servir á cien amos que nunca están acordes entre sí, con la dura necesidad de no contentar á uno sin ser castigado de los otros, ¿es por ventura ser libre?

¡Qué sujecion mas intolerable, qué mayor esclavitud que la que pide el mundo á los que le sirven! Es menester contemplar á unos, sufrir á otros, y depender de todos. ¡Y esto se llama libertad!

Mas ¿dónde se hallará esa amada libertad, que con tanta ansia se busca, huyendo de Dios? Porque es cierto que en ninguna parte del mundo se la encuentra. No en la corte ni en las casas de los grandes; porque en ninguna parte se vive ni con mayor abatimiento, ni con mayor bajeza, ni con mayor indignidad, ni con mas indecente esclavitud. No en las dignidades, no en los empleos, no en el ministerio, no en el manejo de los negocios públicos. ¿Dónde hay cosa que mas oprima, que mas sujete, que mas esclavice? Es responsable de sus acciones á todo el mundo: no tiene tiempo para vivir con los suyos, ni aun consigo; en una palabra, ha de ser todo de otros. ¿Qué condicion mas servil que la de los negociantes? ¿Dónde la hay mas intolerable que la de los que se llaman felices en el siglo? Es la vida civil una especie de comercio, donde, por decirlo así, cada uno vende la libertad y el sosiego propio á precio del sosiego y de la libertad ajena. En fin, tampoco se halla esta libertad

en la vida privada. ¿Cuántos lazos la aprisionan? ¿Cuántos cuidados la oprimen? ¿Cuántas obligaciones la encadenan? ¿Cuántas atenciones la tienen como amarrada y pendiente de innumerables cuidados? ¡Oh hijos del siglo! acabad de conocer que esa imaginaria libertad, de que tanto os gloriais, es una durísima esclavitud.

PUNTO SEGUNDO.—Considera que no hay otra verdadera libertad sino la que gozan los hijos de Dios: *Ubi spiritus Dei est, ibi libertas* (*II Cor.* III): donde hay espíritu del Señor, allí hay libertad verdadera. *Hermanos mios,* dice el apóstol san Pablo, *ya no somos hijos de la esclava, sino de la libre; porque esta es la libertad que nos restituyó Jesucristo.* (Gal. III). Hace Dios la voluntad de los que le temen cuando es recta, dice el Profeta (*Psalm.* CXIV) „y cuando no lo es, la rectifica, conformándola con la suya sin violentarla, sin oprimirla: y como los justos siempre quieren lo que quiere Dios, se puede en cierta manera decir que siempre hacen lo que quieren. Pues ¿qué otra cosa es ser libre, sino hacer uno siempre su propia voluntad? Libre de las caprichosas leyes del mundo y de la tiranía de las pasiones; exenta del violento poder del amor propio, ¿qué mayor libertad que la que goza un alma en el servicio de Dios? ¿Qué mas dulce consuelo que no depender ya del capricho de tantos amos, y no tener que contentar ni que dar gusto mas que á solo Dios?

Los impíos son esclavos en medio de su imaginada libertad; y los Santos están libres entre las cadenas y los grillos. Cuando únicamente se trata de agradar á Dios; cuando se coloca toda la felicidad en servirle, se goza de una libertad cumplida. ¡Ah, y si conocieran esta verdad los que tanto suspiran por ser libres; si se dignaran experimentarla; y cuánto se compadecerian, cuánto llorarian la triste suerte de aquellos infelices esclavos que huyen del servicio de Dios por miedo de no vivir aprisionados!

Conozco, Señor, este error, lamento esta funesta suerte, y lloro con amargo llanto tantos años infelizmente pasados en la miserable esclavitud del servicio del mundo; pero confio en vuestra misericordia que hoy será el primer dia de mi perfecta libertad, porque tambien será el primero de mi perfecta conversion.

JACULATORIAS.—Hombres del mundo, colocad toda vuestra gloria en servir á Dios con alegria. (*Psalm.* XCV).

Mi Dios, vale mas un solo dia en el zaguan de vuestra casa, que mil años en los palacios del mundo. (*Psalm.* LXXXIII).

PROPÓSITOS.

1 Sin método y sin regla en la vida no puede haber devocion verdadera, á lo menos perseverante; porque las devociones inconstantes y ligeras no son á propósito para fomentar la virtud. Este órden de vida, esta especie de exactitud en las distribuciones diarias se representa gravosa á los que no la conocen mas que por noticias, ó por la falsa idea que se forja el amor propio, inclinado siempre á una aparente y mal entendida libertad. No incurras en tan grosero error; y persuádete á que la libertad verdadera es herencia legítima de la vida uniforme y regular. Es menester que el juicio esté trastornado y el corazon corrompido para encontrar gusto en vivir sin órden, y para que se figure amable la confusion. Si quieres vivir piadosa y cristianamente es menester hacer con regla todos los ejercicios y todas las acciones, señalar hora fija para levantarte y para acostarte, para la oracion de la mañana y para las devociones de la noche, para la leccion espiritual, en una palabra, para todas las funciones ordinarias del dia, sin dispensar ni alterar jamás esta regla, no habiendo motivo grave y legítimo. Esta regularidad oprimirá algun tanto al amor propio; pero ¿qué importa, si con ella se conserva y se aumenta la virtud?

2 La noche se hizo para el reposo, y el dia para el trabajo. El padre de las tinieblas es el inventor de aquella moda que lo trastorna todo, haciendo de la noche dia y del dia noche. Por lo mismo que le agrada tanto esta inversion se conoce qué nociva es para el alma. Evita cuanto puedas este desórden. Concede al sueño y al descanso el tiempo necesario; pero madruga por la mañana. Apenas hay cosa que mas veces nos aconseje el Espíritu Santo que esta importante diligencia. Por el Eclesiástico nos dice: *El justo se levantará al amanecer, y ofrecerá su corazon á Dios.* (Eccli. XXXIX). Parece que las oraciones hechas al Señor por la mañanita le son siempre mas gratas y son mas eficaces. *Qui mane vigilant ad me,* dice por el Sábio, *invenient me.* (*Proverb.* VIII). Los que velaren y me buscaren al amanecer, indefectiblemente me hallarán. Dios está siempre pronto para asistir á los que le buscan: *Mane diluculo* (Psalm. XLV), muy de madrugada, dice David. Así lo practicaba el mismo santo Monarca. *Interrumpidme, Señor y Dios mio, el sueño al mismo romper el dia para meditar en vuestras divinas perfecciones.* Apenas desabroche la aurora su rosicler (*Psalm.* LXII), dice en otra parte, en el primer instante del dia me pondré siempre en tu presencia para implorar tu

misericordia. *Mane adstabo tibi.* Lo mismo han hecho todos los Santos, y esta es la práctica inconcusa, indispensable de todos las comunidades religiosas: por lo que desde hoy en adelante has de hacer propósito de que tambien lo sea tuya. Levántate todas los dias muy temprano; porque esta diligencia es señal del alma fervorosa. *Vergüenza es*, dice el Sábio, *que al salir del sol nos encuentre profundamente dormidos.*

DIA XXVII; ó XXVIII, SI ES BISIESTO.

MARTIROLOGIO.

La fiesta de los santos mártires Alejandro, Abundio, Antígono, y Fortunato, en Roma.

El martirio de san Julian, mártir, en Alejandría, el cual padeció tanto de gota, que no podia andar ni estar en pié. Habiendo sido presentado ante el juez juntamente con dos criados que lo llevaban en una silla, uno de ellos negó la fe; mas el otro, llamado Euno, con Julian su señor perseveraron en la confesion de Jesucristo: y ambos, puestos encima de camellos, fueron paseados por toda la ciudad, despedazándoles con crueles azotes; y finalmente á vista del pueblo en una grade hoguera fueron quemados.

San Besa, soldado en el mismo sitio, el cual reprendiendo á unos que insultaban á los sobredichos Mártires, fue acusado ante el juez de que era cristiano; y mostrándose constante en la fe, fue degollado.

San Leandro, en Sevilla, obispo de la misma ciudad, por cuya predicacion é industria, ayudando á ello el rey Recaredo, convirtió á la fe católica á los godos, que estaban infestados de la herejia de Arrio. *(Véase su vida en el dia de hoy).*

Los santos confesores Basilio y Procopio, en Constantinopla, los cuales en tiempo del emperador Leon defendieron valerosamente el culto de las santas imágenes.

San Baldomero, en Leon de Francia, hombre de Dios, cuyo sepulcro es ilustre por los continuos milagros. *(Véase su vida en las de este dia).*

SAN BALDOMERO, CONFESOR.

Uno de aquellos Santos maravillosos que han florecido en la Iglesia de Dios fue san Baldomero, natural de Francia, cuya memoria ha sido célebre en la ciudad de Leon, que fue el teatro de su prodigiosa vida. Educado desde la cuna en la religion de Jesucristo, siguió fielmente todas las piadosas máximas del Evangelio, arreglando sus costumbres con el espíritu de la ley santa de Dios. Quiso aspirar desde sus primeros años á la cumbre de la mas alta perfeccion; y conociendo que cuanto menos grato pareciera á los ojos del mundo,

tanto mas agradaria al Señor, se dejó ver siempre el mas despreciable de los hombres en el vestido y en el calzado. Fundado en esta máxima, y en el sólido principio del santo temor de Dios, practicó todas aquellas virtudes que forman el carácter de un perfecto cristiano, tanto, que ya su infancia era un preludio de la santidad futura á que llegó con el tiempo.

Aplicóse en su juventud á trabajar en labores de hierro; y como su fin no era otro que el de tener fondos para ejercitar su ardiente caridad, que fue en él la virtud predominante, ejecutándolo así, invertia en socorro de los necesitados todo el importe de sus primorosas obras. No por esta ocupacion dejó el principal objeto de todas sus atenciones, que era el de su propia santificacion; y por lo mismo se dejó ver íntegro en la caridad, continuo en la leccion espiritual, frecuente en las santas vigilias, liberal en las limosnas, agradable y veraz en el trato con sus hermanos, sin que jamás se le notase el menor dolo en su intencion, ni en sus labios la mentira mas leve.

Aunque todo este complexo de virtudes hicieron amable á Baldomero, y aun venerable, lo que mas llenó de admiracion á cuantos le conocieron fue aquella continua solicitud en bendecir al Altísimo, siendo su incesante expresion: *Demos á Dios gracias siempre en el nombre del Señor*. De aquí resultó que atendiendo los fieles á una leccion tan continua, se movian á su ejemplo á alabar á Jesucristo.

Pasó en cierta ocasion el ilustre abad Vicente del monasterio de San Justo de Leon á un pueblo llamado Audacio, poco distante de aquella ciudad, y viendo en él á Baldomero con su acostumbrado humilde traje en fervorosa oracion, en cuyo ejercicio ocupaba muchas horas del dia y de la noche, edificado de su devocion, quiso saber quién era. Comenzó á tener con él conversacion; y conociendo por ella, y por un impulso del Espíritu Santo, que era un fiel siervo de Dios, llevándole consigo á su monasterio, hizo que se estableciese en él, bajo el concepto de que daria mucho honor á aquella ilustre casa. Eligió el siervo de Dios para su habitacion la celda mas humilde del monasterio; y manifestando desde luego aquellas heróicas virtudes que cultivó en el siglo, sin dejar su acostumbrada solicitud de alabar al Señor con la expresion dicha, se concilió la veneracion, no solo de los monjes, sino de todos los habitantes en Leon. Vieron estos que la pasion predominante de Baldomero era la de la caridad para con toda clase de necesitados; y queriendo contribuir al ejercicio de una virtud tan meritoria, le daban sumas crecidas para que las invirtiese en socorro de los miserables. Hacíalo el siervo

de Dios con tanto desinterés que, olvidándose de sus propias necesidades, todo lo distribuia con los pobres, mirando en cada uno de ellos la imágen viva de Jesucristo.

Crecia cada dia la fama de la piedad de Baldomero; y queriendo Gaudrico, obispo de Leon, condecorarle para el reparto de las limosnas, resolvió conferirle el órden de subdiácono. Sobresaltóse la humildad del Santo al oir semejante proposicion, y considerándose indigno de recibir tal ministerio, puesto de rodillas ante el Prelado, besándole las manos bañado en tiernas lágrimas, le suplicaba que no le impusiese este cargo.

Quiso Dios acreditar lo agradable que le era la ardiente caridad de su fidelísimo siervo por una de aquellas maravillas de su adorable Providencia; y para demostrarlo venian á la hora regular de comer las aves á las manos del Santo á fin de que les diese alimento, á las que despedia siempre, amonestándolas que bendijesen al Señor del cielo y de la tierra. Finalmente llegó el tiempo de pagar el tributo impuesto á los mortales, y habiéndose dispuesto para la muerte con aquellas preparaciones que son fáciles de creer en un espíritu todo abrasado en divinos incendios, murió en el Señor en el dia 27 de febrero, á poco mas de mediado el siglo VII. Diéronle sepultura los monjes de San Justo de Leon en su monasterio, y haciendo Dios célebre el sepulcro de Baldomero con repetidos prodigios, fueron los mas dignos de admiracion las milagrosas curaciones de los muchos enfermos que concurrian á visitarle: con la particularidad de conseguir el beneficio no solo en el cuerpo, sino de sentirse movidos á mejorar su espíritu.

SAN LEANDRO, ARZOBISPO DE SEVILLA.

San Leandro, ilustrísimo por su real sangre, celebérrimo por su celo y piedad, apóstol de los godos, uno de los mas brillantes ornamentos de la dignidad episcopal, y uno de los mayores Santos de la Iglesia, nació por los años 534 en la ciudad de Cartagena, llamada Bigastro en la antigüedad.

Sus padres Severiano, capitan de la milicia correspondiente al departamento de Cartagena, y Turtura, señora de grandes prendas, mas distinguidos por su piedad que por la nobleza de su ascendencia, nada menos que de los reyes godos y visigodos, siendo profesores de la fe católica en medio de un reino infecto con la peste ar-

riana, dieron á Leandro, primer fruto de la bendicion de su dichoso matrimonio, una educacion conforme al espíritu de la religion cristiana, cuyas máximas procuraron imprimir desde luego en su corazon. Sus inclinaciones, todas nobles, generosas y cristianas, contribuyeron no poco para que ya en su juventud fuese la admiracion de las gentes, que advirtiendo en él reducida su complacencia á santos ejercicios y caritativas obras, y que huia de las ocasiones peligrosas, brillando en su rostro el pudor y la modestia, le ponian como ejemplar y modelo de todos los jóvenes de su edad.

Aplicado á los estudios, hizo en las ciencias maravillosos progresos correspondientes á los de su virtud. Era de un ingenio vivo, sólido y penetrante, naturalmente culto y despejado, y poseia una elocuencia nada comun; y ayudados estos principios con una incesante aplicacion, le hicieron despues uno de los mas santos y sábios Padres de la Iglesia.

Aunque Leandro tenia grandes talentos y nobilísimas disposiciones para adelantarse cada dia mas y mas en las letras, con todo era mayor su inclinacion al retiro y soledad. En vano le lisonjeaba la fortuna con los adelantamientos que pudiera lograr en el mundo, debidos á su mérito y calidad, pues el deseo de trabajar únicamente en el negocio de su salvacion era para él el mayor atractivo. En efecto, siguiendo tan acertado impulso, determinó buscar asilo á la inocencia en el monasterio del Órden benedictino, sito en la ciudad de Sevilla, floreciente por entonces en la primitiva observancia regular, donde vivió algunos años dedicado al servicio del Señor, y ocupado en los mas rígidos ejercicios de penitencia, en el estudio de las santas Escrituras, y en el de la disciplina eclesiástica; siendo la admiracion de todos los religiosos por el esplendor de su virtud, por la luz de su sabiduría, por la grandeza de su doctrina, por el fervor de su observancia, que le hacia brillar entre los monjes como el sol entre los demás astros.

Cuando se hallaba Leandro con el mayor reposo y quietud, gozando de las delicias del retiro, hecho dueño de los corazones de todos por su eminente santidad, ocurrió la muerte del arzobispo de Sevilla (bien fuese Estéban ó David, sobre que varian los escritores); y persuadidos los electores de que en el reino no habia persona mas digna para ocupar aquella cátedra, una de las mas principales sillas metropolitanas de España, por aclamacion comun fue colocado en ella á pesar de su humilde resistencia.

Constituido en el ministerio episcopal, le dispensó con vigilante

circunspeccion, dirigió su rebaño con sábio y prudente consejo, y no omitió diligencia alguna que pudiera contribuir á satisfacer completamente el cargo impuesto por Dios sobre sus hombros. De dia y noche trabajaba infatigablemente con un celo, una vigilancia y una aplicacion tan exacta, que manifestaba sin equivocacion estar su espíritu lleno de Espíritu Santo, mostrándose, con una prudencia consumada, liberal en las limosnas, equitativo en los juicios, moderado en las sentencias, continuo en la oracion, admirable en las divinas alabanzas, infatigable en los oficios eclesiásticos, abundante en la piedad, y en la caridad sin límite.

Prevalecia en su tiempo en España la herejía arriana, protegida de los visigodos, causando los mas lastimosos estragos en los Católicos, defensores del sacrosanto dogma de la divinidad de Jesucristo; y persuadido Leandro que la destruccion de este mónstruo infernal debia ser el objeto principal de los deberes de su ministerio, empleó para sepultarle su grande sabiduría, su mucha reputacion, y toda su autoridad, atacando al enemigo hasta en sus mismas trincheras. En prosecucion de tan laudable empresa, de continuo confirmaba á los Católicos con sus sábias predicaciones é instrucciones en la infalible verdad del artículo controvertido, refutaba á los herejes con sus doctos discursos y nerviosa elocuencia, y procurando atraerles á verdadero conocimiento, sacó á no pocos arrianos del error, aumentando por estos medios el rebaño de Jesucristo considerablemente.

Cuando prosperaba Leandro en las conquistas á virtud de sus grandes talentos y de su ingeniosa industria, se retiró á Sevilla, capital de sus Estados, su sobrino el príncipe Hermenegildo con su esposa Ingunda, hija de Sigisberto, rey de Francia, princesa no menos distinguida por su rara virtud que por su alto nacimiento, la cual, aprovechándose de esta ocasion, trabajó en la conversion de su esposo, educado en el arrianismo, á la religion católica. Logrólo en fin, auxiliada de su tio san Leandro, autor principal de tan laudable empresa, y por quien instruido perfectamente en el dogma católico abjuró la herejía, recibió el Bautismo, y con el sagrado crisma del sacramento de la Confirmacion aquel valor y aquella constancia en que se forman los héroes del Cristianismo. Deseando con vivas ansias dar pruebas de la firmeza de su fe, no tardó mucho tiempo en que se le ofreciese ocasion para ello. Apenas supo su padre, acérrimo defensor de la herejía arriana, su mudanza de religion, no dando oidos mas que á su pasion y á los violentos consejos de su mujer Gosvinda, que habia sido la causa del retiro de los dos príncipes á Sevilla por los ma-

los tratamientos que hacia á Ingunda, siempre firme en la religion católica, entró en tan furiosa cólera, que despojó á Hermenegildo del título de rey, que le concedió sobre toda la Andalucía, resuelto á quitarle la vida si no renunciaba de la fe que habia abrazado; y aun, para hacer mas ruidosa su venganza, al mismo tiempo que discurria medios para dar muerte á su propio hijo, excitó una cruel persecucion contra los Católicos.

Noticioso Hermenegildo de las precipitadas medidas que tomaba su padre para perderle, creyó deberse defender en la guerra injusta que le movió aquel por causa de religion, bien convencido de la preferencia de su salvacion á las obligaciones con un progenitor que queria someterle de nuevo al error. Pero no hallándose este Príncipe con fuerzas suficientes para resistir las superiores de Leovigildo, se vió en la precision de recurrir á la proteccion del Emperador, cuya resolucion fue sin duda la causa de que pasase su tio Leandro á Constantinopla á solicitar de Tiberio, sucesor de Justino el Jóven, auxilios en favor de los Católicos de España, capaces de reprimir la insolencia de los Arrianos. Con este motivo conoció en aquella corte á san Gregorio el Grande, diácono á la sazon de la Iglesia romana, y nuncio del papa Pelagio II cerca del Emperador. La uniformidad de sentimientos, de costumbres y de virtudes hizo bien presto entre ambos una union tan estrecha, que solo pudo disolverla la muerte. Retardó el fallecimiento de Tiberio las primeras negociaciones de Leandro, y así le fue preciso reiterarlas con su sucesor Mauricio; pero hallándose ocupado este soberano en la guerra contra los persas, y en otros negocios gravísimos del Oriente, que no le permitian dividir sus fuerzas, ni pensar en expediciones del Occidente, se volvió Leandro á España sin haber conseguido el fin de su embajada para quietud de los Católicos y seguridad del príncipe Hermenegildo.

Á su arribo encontró la guerra entre padre é hijo mas encendida, si cabe, que antes de su partida. Tenaz Leovigildo en perseguir á Hermenegildo hasta la muerte, no omitió medio alguno que pudiera contribuir á este depravado fin. Para acalorar tan impío pensamiento, tomó el pretexto político de que intentaba rebelarse contra el trono, y aun cometió la bastardía de corromper con dinero á los soldados que defendian al Príncipe: últimamente, preso y encarcelado Hermenegildo, terminó la cuestion con mandar Leovigildo quitar la vida á su propio hijo, acriminándole como su mayor delito el no haber querido recibir la comunion pascual de mano de su obispo arriano.

Parecia deberse dar por satisfecho Leovigildo con el enorme aten-

tado; pero como un abismo provoca á otro abismo, léjos de serenarse, continuó la persecucion contra los Católicos como un leon enfurecido: desterró á los santos obispos defensores de la fe ortodoxa; dejó á las iglesias sin pastores; saqueó sus bienes, y se vieron los fieles en la mayor consternacion. Los vínculos de la sangre y respetos que tenia con Leandro no bastaron para librarle de su furor, antes bien, considerándole como el apoyo de Hermenegildo, descargó sobre él toda su cólera, haciéndole participante de la infeliz suerte de los demás prelados, y aun con mas rigor, desterrándole á Cartagena sin mas menaje que el pobre hábito que vestia.

No se acobardó el Santo con tan injusto castigo, antes bien animado su valor de aquel fervoroso celo que constituye el carácter de los varones apostólicos, continuó desde el destierro la guerra contra los enemigos de la fe. Ya que no podia alentar á los Católicos con la voz viva, compuso dos libros doctísimos enriquecidos de inmensa erudicion sagrada contra los dogmas arrianos, en los que confundió su error con vehemente estilo y nerviosa elocuencia; y además escribió un admirable opúsculo contra los institutos de los mismos herejes, en el que presupuestos sus principios los rebatió con concluyentes respuestas. No satisfecho su celo con estos monumentos de gloria eterna, considerando á los Católicos afligidos por un rey cruel, enemigo capital de la Religion, les animaba por medio de cartas llenas de aquel espíritu de que se hallaba poseido su corazon, persuadiéndoles á resistir con valor cristiano tan injusta persecucion, ilustrándoles por ellas en la infalible verdad de la divinidad del Hijo eterno, y consustancialidad con el Padre. En fin, tal fue su constancia en proteger la fe ortodoxa, que dándole á sentir la justicia divina á Leovigildo los mayores y mas dolorosos sobresaltos, que le llevaban por todas partes con insufrible inquietud, sin poder resistir á los remordimientos de su mala conciencia, que le reprendia incesantemente la efusion de su propia sangre en la muerte de un hijo inocente, cuya santidad tenia acreditada el cielo con sus repetidos prodigios; en esta triste situacion, cercano á la muerte, si no arrepentido con verdadera contricion, hizo llamar á Leandro, y le entregó á su hijo Recaredo, sucesor en el reino, encargando á este siguiese en todo las instrucciones y consejos de su tio, y mandándole asimismo que alzase el destierro á todos los obispos católicos.

Serenada tan furiosa tempestad con la muerte de Leovigildo, volvieron los prelados desterrados á sus respectivas iglesias, y al entrar Leandro en Sevilla no es posible explicar el gozo que tuvieron los fie-

les á la vista de su santo Pastor, á quien recibieron con los vivas y demostraciones de aplauso que pudieran tributar al mas célebre vencedor. Entregado totalmente Recaredo, príncipe de las mas excelentes cualidades, á la direccion de su tio, instruido por este perfectamente en la infalible verdad del dogma controvertido, siguió los pasos de su hermano Hermenegildo con no menor celo y esfuerzo; y habiendo ascendido al trono, dió á gustar á la Iglesia los frutos que Leandro plantó en su corazon. No satisfecho con procurar la paz, y abrazar la comunion de los fieles por la solemne abjuracion que hizo de la herejía arriana, trabajó eficacísimamente, bajo la conducta de nuestro Santo, en la conversion de los godos y suevos á la religion católica, á cuyo fin dispuso á todos sus vasallos con su ejemplo, con el acierto de su gobierno, por las victorias que consiguió de los rebeldes, y con la exactitud de la justicia con que supo castigar á los que habian conspirado contra él en odio al restablecimiento de la fe ortodoxa.

Luego que este Príncipe se vió en estado de hacer prosperar una tan gloriosa empresa, convocó por consejo de su tio el tercer concilio Toletano, donde despues de haberse leido y confirmado la fe en todo conforme á la definida en Nicea, por consentimiento universal de la nacion se abolió enteramente el arrianismo, que tantos años la inficionó con su contagio. Leandro, que fue el director, ó mas bien el alma de este célebre Concilio, uno de los mas importantes á la Iglesia despues de los generales, hizo al fin de él una docta y elocuente homilía, que fue el panegírico de accion de gracias á Dios por tan feliz éxito, la cual sirvió para arreglar los sentimientos y la conducta de los prelados eclesiásticos, testificando todos y cada uno, que despues de Dios á él se debia tan completa gloria, que le mereció el renombre de Apóstol de los godos, en lo que habia trabajado infatigablemente toda su vida.

Concluida la asamblea, notició inmediatamente los felices progresos de la religion católica en España á su íntimo amigo san Gregorio, manifestándole individualmente todo lo ocurrido en el Concilio, y lo que el rey Recaredo habia ejecutado; atribuyendo á este Príncipe por su humildad todo el triunfo. El gozo que con este aviso recibió el santo Papa fue tan sensible, que le templó mucho la afliccion que le causaba el triste estado de la Iglesia romana á los principios de su pontificado. Respondióle con una carta llena de elogios para darle gracias, y mas bien á Dios por tan grandes sucesos, y reiterándole su antigua amistad, le manifestó cuánto seria del agrado de Dios

el que reuniesen sus fuerzas para dilatar el reino de Jesucristo.

Retirado á su iglesia, habiendo dejado en Toledo un monumento eterno de su memoria, despues que limpió el campo de España de la zizaña del arrianismo, se aplicó todo en el resto de su vida en sembrar las verdades evangélicas necesarias para la salvacion de su pueblo, en edificar y reedificar templos al Espíritu Santo, en celar sobre el culto divino; contribuyendo no poco para el logro de estos fines laudables los grandes ejemplos de sus virtudes, sus sábias instrucciones, máximas prudentes, frecuentes exhortaciones, y sólida doctrina. Igualmente que con sus palabras sirvió á la Iglesia con su pluma. Además de las obras dogmáticas contra los Arrianos, dignas del mayor aprecio por la sutileza, penetracion é ingenio con que convenció el error de esta herejía, compuso un tratado para su hermana Florentina, que se habia retirado del mundo al monasterio de Ecija, el cual es una instruccion utilísima para las vírgenes consagradas á Jesucristo, sobre el menosprecio del mundo, concebido en estilo conciso y sentencioso. Tambien trabajó con el mayor cuidado en los oficios eclesiásticos, y compuso cánticos agradables sobre las Preces y Salmos; de lo que han tomado algunos fundamento para juzgar que nuestro Santo pueda ser el autor de la liturgia gótica, llamada despues mozárabe, esto es, la que usaban los cristianos mezclados con los árabes cuando fueron dueños de España.

Los testimonios de pia afeccion que dió á nuestro Santo un pontífice tan insigne como san Gregorio el Grande, y los elogios que hizo de su eminente virtud y sabiduría, son las pruebas mas auténticas que revelan su mérito. Deseoso de honrarle aquel célebre Pastor, le envió el pálio, insignia de los metropolitanos, manifestándole al tiempo de su remision que no tenia necesidad de exhortarle, segun el estilo acostumbrado en semejantes casos, porque era notorio que llenaba todas las obligaciones de su ministerio tan exacta y perfectamente, que prevenia con sus laudables acciones todas las advertencias que se le pudieran hacer. Tambien le envió sus Pastorales ó Morales sobre Job, los que le dedicó como á primer autor del pensamiento, mediante á que estando ambos en Constantinopla, á ruegos de Leandro compuso san Gregorio esta obra utilísima, digna de estar siempre entre las manos de los fieles.

Basta referir una de las muchas cartas escritas por san Gregorio á Leandro, para que se forme idea del aprecio y veneracion que hizo de este eminentísimo y nunca bien ponderado Prelado. *Recibí la de vuestra Santidad*, le dice, *escrita con la pluma de vuestra caridad: del*

corazon tomó la lengua lo que escribió la pluma: presentes estaban cuando se leyó algunos varones virtuosos y sábios, los cuales principiaron luego á enternecerse y compungirse con solo oirla. Cada uno con su amor y afecto os ponia en su corazon, pareciéndoles no oir, sino ver la dulzura del vuestro. Todos se encendian y maravillaban, mostrándose muy bien, en el fuego que se prendió en los oyentes, las llamas que ardian en el pecho del que hablaba, pues ninguno puede inflamar á otro, si no arde en sí primero. De aquí inferimos lo grande de vuestra caridad, supuesto que pudo imprimir en otros tanto incendio. No conocen vuestra vida, de la que yo siempre me acuerdo con grande veneracion; pero la grandeza de vuestro corazon bien se echa de ver en la humildad de vuestras palabras: y sigue encomendándose en sus oraciones.

Finalmente, despues de haber gobernado este Pastor incomparable su iglesia por espacio de cuarenta años, murió en el Señor en el dia 13 de marzo, á fines del siglo VI, bien que otros señalan su fallecimiento en el de 601. Su cuerpo fue sepultado con la posible magnificencia en la iglesia de Santa Justa y Rufina, de donde fue trasladado á la catedral en el dia 6 de abril, en la cual se renueva todos los años la memoria de esta traslacion.

La Misa en honra del Santo es de los Doctores: la Oracion la siguiente:

Deus, qui arianam pravitatem doctrina sancti confessoris tui atque pontificis Leandri ex Hispania propulisti: da plebi tuæ, ut ejusdem meritis, et precibus ab omni errorum et vitiorum labe semper libera conservetur: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Ó Dios, que arrojaste de España la arriana pravedad con la doctrina de tu santo confesor y pontífice Leandro; concede á tu pueblo, por sus méritos é intercesion, que siempre se conserve libre de las tinieblas de los errores y de las manchas de los vicios: Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola es del capítulo IV *de la segunda del apóstol san Pablo á Timoteo.*

Charissime: Testificor coram Deo, et Jesu Christo, qui judicaturus est vivos et mortuos, per adventum ipsius, et regnum ejus: prædica verbum, insta opportune, importune: argue, obsecra, increpa in omni patientia et doctrina. Erit enim tempus, cum sanam doctrinam non sustinebunt, sed ad sua desideria coacervabunt sibi magistros, prurientes auribus, et à veritate quidem auditum avertent, ad fabulas au-

Carísimo: Yo te conjuro delante de Dios y de Jesucristo, que ha de juzgar á los vivos y á los muertos, por su advenimiento y reino, que prediques la palabra (divina): porfia en tiempo y fuera de él: arguye, suplica, reprende con total paciencia y doctrina; pues llegará tiempo (en que los hombres) no sufrirán la sana doctrina; acopiarán maestros que adulen sus oidos, los que apartarán de la verdad, vol-

tem convertentur. Tu vero vigila, in omnibus labora, opus fac Evangelistæ, ministerium tuum imple. Sobrius esto. Ego enim jam delibor, et tempus resolutionis meæ instat. Bonum certamen certavi, cursum consummavi, fidem servavi. In reliquo reposita est mihi corona justitiæ, quam reddet mihi Dominus in illa die justus judex: non solum autem mihi, sed et iis, qui diligunt adventum ejus.

viéndolos á las fábulas; pero tú vela, trabaja con todos, obra como Evangelista, cumple tu ministerio, y pórtate con sobriedad. Yo ya voy débil, y urge el tiempo de mi resolucion: he peleado por la causa justa, concluí la carrera, y he guardado la fe. En lo demás sé que me está reservada la corona de justicia, que en el dia (de mi salvacion) me concederá el Señor como justo juez, no solamente á mí, sino es á todos los que aman su advenimiento.

REFLEXIONES.

Con dificultad se pueden dar unas expresiones mas patéticas y vivas que las que usa el apóstol san Pablo para hacer entender á Timoteo las obligaciones de un superior. *Te conjuro*, dice, *delante de Dios y de Jesucristo, el cual ha de juzgar los vivos y los muertos, por su venida y su reino, que prediques en tiempo y fuera de tiempo, oportuna é importunamente, que reprendas, supliques, exhortes enseñando con toda paciencia.* Estas instrucciones, aunque están dichas principalmente por el Apóstol para un obispo, con todo eso, dice el gran Padre san Agustin en el libro I contra Cresconio, que se las deben apropiar los sacerdotes, los ministros, y cuantos tienen responsabilidad por las almas de sus hermanos. De consiguiente los padres de familias, á quienes Dios ha cargado de hijos y de criados, deben tener entendido que son responsables de sus almas, y que para su buena direccion necesitan rumiar dia y noche las apostólicas sentencias.

Nada está por demás en el gobierno de una familia; la experiencia ha acreditado muchas veces que son diferentes los caminos por donde se ganan para Dios los corazones. Por tanto, el Apóstol no dice que se exhorte solamente, ó que solamente se reprenda, sino que propone todos los medios que dicta la prudencia á un espíritu poseido de la humanidad y del amor á sus prójimos. Un padre, una madre de familias debe estudiar el carácter y la índole de sus hijos y de sus criados. Segun el genio y pasiones que dominen en cada uno, debe aplicarles el consejo, la correccion ó el castigo. Esta es una ciencia acaso la mas útil para la vida humana; pero acaso no habrá tampoco otra que menos ocupe los talentos. Todos se juzgan con la suficiente prudencia y sabiduría para el gobierno de una familia por grande que sea. Aquellos jóvenes que apenas han tenido mas instruccion que la necesaria para enamorarse, se cargan con la mayor

facilidad con el yugo del matrimonio, y con la responsabilidad de las almas de sus criados y de sus hijos.

Los padres de familias ¿fijan acaso su consideracion cuando colocan á sus hijos en las estrechas obligaciones que van á cargar sobre su conciencia? ¿Es parte de la instruccion con que se educan los hijos la declaracion de las obligaciones que tiene un padre de familias? ¿Se les enseña á discernir los genios, las necesidades, la diversidad de circunstancias, y el modo con que deberán portarse en todas ellas? Pero esta ciencia desconocida de los padres ¿cómo se ha de propagar á los hijos que no tienen otros maestros? La juventud, por una parte, que es comunmente inconsiderada, y por otra la ignorancia, ¿qué efectos han de producir? Sin mas que fijar los ojos en pocas familias, enseñará la experiencia ejemplos bien lastimosos, discordias eternas, rencillas escandalosas, odios recíprocos, maldiciones execrables, desgobierno en los amos, infidelidad en los criados, abandono en los padres, falta de amor y respeto en los hijos; estos son los ordinarios efectos de la falta de instruccion en este punto.

Dos jóvenes que se casan deben tener entendido ante todas cosas que Dios los constituyó superiores de su casa y de su familia; que las almas de sus hijos y de sus criados las pone Dios en sus manos; que los excesos que cometan corren por cuenta suya, y les ha de hacer Dios cargo de ellos; que á ellos les convienen no menos que á Timoteo las palabras de san Pablo, y finalmente, que nada es cuanta ciencia é instruccion puedan tener en órden á hacer un papel honorífico en el teatro del mundo, si les falta la instruccion que para gobernar bien su familia les da san Pablo. Hay casos en que el superior debe instruir á los inferiores; otros en que los debe reprender, ya con suavidad, y ya con aspereza; otros en que, atendidas las circunstancias de un genio delicado, temeroso y cobarde, convendrá mas bien el ruego, la insinuacion y la súplica, que la conminacion y la dureza. El discernir estos casos, el conocimiento de los medios, la eleccion de los mejores y mas oportunos, la resolucion, talento, moderacion y arte para saber manejarlos, ¿qué atencion, qué reflexion no requieren en aquellos á quienes la Providencia ha constituido en la clase de superiores? Si este es tu estado, ¡cuánto no debes velar! y si no lo es, ¡cuánta lástima no deberás tener de tus superiores, y cuánto no deberás orar por ellos!

El Evangelio es del capítulo v *de san Mateo.*

In illo tempore dixit Jesus discipulis suis : Vos estis sal terræ. Quod si sal evanuerit, in quo salietur? ad nihilum valet ultra, nisi ut mittatur foras, et conculcetur ab hominibus. Vos estis lux mundi. Non potest civitas abscondi supra montem posita. Neque accendunt lucernam, et ponunt eam sub modio, sed super candelabrum ut luceat omnibus, qui in domo sunt. Sic luceat lux vestra coram hominibus, ut videant opera vestra bona, et glorificent Patrem vestrum qui in cœlis est. Nolite putare quoniam veni solvere legem, aut prophetas : non veni solvere, sed adimplere. Amen quippe dico vobis: donec transeat cœlum et terra, jota unum, aut unus apex non præteribit à lege, donec omnia fiant. Qui ergo solverit unum de mandatis istis minimis, et docuerit sic homines, minimus vocabitur in regno cœlorum : qui autem fecerit et docuerit, hic magnus vocabitur in regno cœlorum.

En tiempo que Jesucristo enseñaba á sus discípulos su celestial doctrina les dijo: Vosotros sois la sal de la tierra, y si esta se evaporase, ¿con qué se ha de sazonar? Para nada sirve despues, sino para arrojarla, y que la pisen los hombres. Vosotros sois la luz del mundo. Y así como una ciudad colocada sobre un monte no puede ocultarse: ni la luz se enciende para ponerla bajo de un celemin, sino sobre el candelero para alumbrar á todos los que están en la habitacion; á este modo brille vuestra luz delante de los hombres, á fin que vean vuestras buenas obras, y glorifiquen á vuestro Padre, que está en los cielos. No penseis que he venido á dispensar la Ley, ó los Profetas; no he venido á dispensar, sino á cumplir. En verdad os aseguro que primero faltarán el cielo y la tierra que una letra ó ápice de lo que está escrito en la Ley, hasta que todo se cumpla. El que quebrante, pues, uno de sus menores preceptos, y enseñe á que así lo hagan los hombres, se llamará mínimo en el reino de los cielos; pero el que los observe, y enseñe, se dirá grande en el mismo reino de los cielos.

MEDITACION.

Sobre la responsabilidad de los pecados ajenos.

Punto primero.—Considera que el juicio de Dios será tan terrible, que con razon le temia el Apóstol, sin embargo de que estaba seguro de la integridad de su conciencia. *Nada me remuerde*, decia; *mas no por eso me tengo por justificado, porque es Dios quien me ha de juzgar.* ¡Terribles palabras para todo cristiano; pero terribilísimas para aquellos que están encargados de responder de los delitos ajenos! Una vida arreglada, y nada revuelta con los negocios del siglo; la ley de Dios entendida en todo su vigor y pureza, los cargos diarios bien distribuidos y bien desempeñados, la frecuencia de

Sacramentos y trato con personas virtuosas y devotas, apenas todo esto junto basta para dar tranquilidad á quien reflexione mucho las palabras de san Pablo. Al hacer un exámen escrupuloso de su conciencia encontrará mil resquicios por donde le entró la vanidad, la complacencia, la vana confianza, el ocio, la propia estimacion ú otros semejantes mónstruos que asestan de continuo al cristiano para privarle del fruto de sus buenas acciones.

Pues ¿qué dirémos si se extiende la vista sobre las ocupaciones de la vida pasada? La mocedad llena de manchas, de liviandades y de inconsideraciones: lo mas jugoso y florido de los años dedicado á la ostentacion, al lujo, á la ambicion, á los encantos de los sentidos: la vejez sumergida en la avaricia y en la impenitencia presentan un plan de delitos que no bastan á expiarlos continuas lágrimas. Pues ahora, añade, prelado, superior, juez, padre de familias, sacerdote, amo, tú que de cualquiera manera te has hecho delante de Dios responsable de los delitos ajenos, añade á los tuyos propios los de tantos como están á tu cargo, y de que te se ha de tomar estrecha cuenta. Añade tantas almas perdidas por tu negligencia ó descuido, por no reprender, ó tal vez por reprender demasiado; por no velar, ó acaso por velar importunamente; por dar un consejo temerario, ó tal vez por no haber dado ninguno; por haber usado de demasiado rigor, ó de excesiva condescendencia; por tantos motivos como son los que pueden causar la perdicion de las almas.

San Juan Crisóstomo se estremecia con esta consideracion. San Gregorio el Grande le representa con tanta vivacidad y con palabras de tanta turbacion y desconsuelo, que no es descaminado el juicio del que atribuyó su falta de salud habitual á la meditacion continua que el Santo tenia de su peligro. Estos héroes, estos Santos, que llenaban perfectamente las obligaciones de su estado, gemian acobardados del temor. Y yo, Dios mio, que apenas echo diariamente una ojeada sobre mi familia y mis hijos; yo que tengo fiadas mis mas sagradas obligaciones á un hombre venal que nada interesa en cumplirlas mas que sus sueldos; yo que vivo descuidado enteramente de la conducta de mi familia, que ignoro en qué se emplean mis hijos, mis criados y acaso mi mujer, ¿cómo puedo vivir sabiendo que he de ser juzgado? ¿Qué sentencia puedo esperar á vista de mi descuido, de mi inaccion y de mi desidia? Si mis delitos personales bastarian y aun sobrarian para hacer muy dudosa mi felicidad, ¿qué será cuando sobre los mios cargue el peso de tantos como tengo sobre mi conciencia?

PUNTO SEGUNDO.—Considera que el peso de los pecados ajenos es tan duro é insoportable, que en sentencia de muchos sábios el contemplar su multitud y gravedad hizo tal impresion en nuestro Redentor Jesucristo, que le obligó á sudar gran copia de sangre. Dios por otra parte es tan celoso de las almas, despues que le costó tanto el redimirlas, que es para causar un gran temor á cualquiera que está encargado de ellas. En el libro III de los Reyes, capítulo XX, encargó Dios á un profeta que cuidase de un varon, y que tuviese entendido que si se perdia, no le costaria menos su pérdida que *el alma*. De manera que tanto en el Antiguo Testamento, como en el de la ley de gracia, no se hallan sino motivos de vigilancia, cuidado y temor en todos aquellos que se echaron sobre sí el peso durísimo de la salvacion ajena. Una consideracion que hace sudar sangre al Hijo de Dios ¿qué efectos deberá producir en un mero hombre, débil, tibio, y acostumbrado á dejarse vencer de la rebelde concupiscencia?

Á estas consideraciones se deben añadir otras que hacen el negocio mas arduo y la salvacion mas dificultosa. Los propios delitos te los dice tu conciencia: aunque hayas tenido la vileza de ser ingrato á tu Dios, y de volverle ofensas por sus inspiraciones; con todo eso, en este mismo conocimiento tienes un recurso para comenzar á solicitar el perdon. La gracia comienza sus operaciones por hacerte reconocer tus pecados. Su misma gravedad te hará que levantes al cielo tus plegarias, y que con lágrimas en los ojos solicites piedad y misericordia. Pero ¿será tan fácil dolerte de los delitos que ignoras, y que por haberse cometido por culpa tuya, te se pedirá cuenta y satisfaccion de todos ellos? ¿será fácil que viertas lágrimas por la disipacion de tu hijo, por el trato deshonesto de tus criados, por el tiempo mal empleado de tu mujer, por la educacion criminal y peligrosa que induce poco á poco á un verdadero ateismo, cuando nada de esto merece tu atencion, y todo ello es ajeno á tu noticia? ¿No es esta situacion una verdadera desventura? *Papæ quantum periculum!* decia san Juan Crisóstomo.

No pienses que el ser superior es solamente recoger aquellas honras y servicios que tributan los inferiores. La sumision de una esposa amable y honesta; la tierna humillacion del hijo que llega á besarte la mano; la servidumbre con que viven pendientes de tu voluntad criados y criadas te son dulces y sabrosas cuando tu altivez se embriaga con ellas, sin reflexionar que trascienden á mas. Pero, ¡oh Dios, qué caras te costarán en el dia del juicio sus terribles con-

secuencias! ¡Qué amarguras de conciencia te esperan en las horas postrimeras de la vida, cuando trabaje y se afane el ministro de Dios en sosegar tus remordimientos, y tú mismo conozcas que se cansa en vano, porque está contra tí la justicia y la razon! ¡Oh Dios misericordioso! no permitais que llegue mi alma á aquellas horas sin haber antes hecho una verdadera penitencia de mis omisiones, y haber enmendado perfectamente las acciones de mi vida.

JACULATORIAS.—Señor, mirad que han crecido y se han multiplicado las tribulaciones que oprimen mi corazon. (*Psalm.* XIV).

Libradme, Señor, y dadme vencimiento contra todas las necesidades de que me veo oprimido. (*Ibid.*).

PROPÓSITOS.

1 Por mucho que te afanes en atesorar riquezas para tus hijos, siempre será incierta la suerte de tus afanes, y además la de su correspondencia y agradecimiento. Por lo comun con el cadáver se sepulta tambien su memoria, y nada puede avivar la esperanza del hombre en órden á la otra vida mas que la misericordia de Dios y tus buenas obras. Una verdad tan auténtica debiera hacer tornar á los hombres en su acuerdo, y procurar mas bien dejar á su familia é hijos una buena educacion y un santo ejemplo que los bienes temporales y transitorios.

Dificultosamente se puede conseguir lo primero sin oprimir al pobre y aprovecharse con iniquidad de su sudor y su trabajo. Lo segundo es una obligacion indispensable de que ha de tomar Dios estrecha cuenta, y cuyo cumplimiento no es tan fácil como se imagina. Que estés velando, que estés durmiendo, que estés presente en tu casa, que estés fuera de ella, tú eres el superior. Tú debes cuidar de las obras de todos, pues de todos eres responsable. Al tomar estado te echaste sobre tí un yugo, un peso, una carga; no te engañes juzgando que emprendiste un estado de delicias.

2 Pero mis criados, mis dependientes, mis mayordomos, los maestros que tengo puestos á mis hijos, ¿no serán bastantes á relevarme esas obligaciones? No; de todos esos respectivamente, en cuanto son inferiores tuyos, eres responsable. Á tí te ha encargado Dios sus almas; pero á ellos no les ha encargado mútuamente las suyas. Si tú, que eres padre, descuidas de tus hijos, ¿te parece que no se juzgarán con mas razon excusados los maestros? Si á tí que te va la salvacion te hacen las obligaciones de superior una impresion tan li-

gera, ¿qué efecto han de producir en quien solo le mira como una ocupacion venal con que gana la comodidad de la vida? No nos engañemos: de aquí adelante es menester vivir de otro modo, si piensas vivir eternamente feliz. Menos cuidado de los negocios del mundo, y mas atencion á aquellos de cuya responsabilidad te has cargado. *¿Qué le importa al hombre hacerse señor de todo el universo, si al fin pierde su alma?* Esta pregunta de san Pablo tiene difícil respuesta.

DIA XXVIII; ó XXIX, SI ES BISIESTO.

MARTIROLOGIO.

EL TRIUNFO DE LOS SANTOS MÁRTIRES MACARIO, RUFINO, JUSTO, Y TEÓFILO, en Roma. *(Salazar en su Martirologio español cree poder asegurar que «estos santos Mártires eran españoles, y que murieron al filo de la espada en «Sevilla durante la persecucion suscitada en el reinado del emperador Tra«jano).»*

EL TRIUNFO DE LOS SANTOS MÁRTIRES CEREAL, PÚPULO, CAYO Y SERAPION, en Alejandría.

LA CONMEMORACION DE LOS SANTOS PRESBÍTEROS, DIÁCONOS, Y OTROS MUCHÍSIMOS, en la misma ciudad, que en tiempo del emperador Valeriano, reinando una gran peste, se expusieron voluntariamente á la muerte, sirviendo y cuidando á los enfermos apestados; á los cuales la piedad de los fieles ha honrado siempre como mártires.

EL TRÁNSITO DE SAN ROMAN, abad, en la diócesis de Leon de Francia, en el monte Jura, el primero que en aquel yermo hizo vida eremítica: despues esclarecido en virtudes y milagros, fue padre de muchos monjes. *(Véase su vida en este dia).*

LA TRASLACION DEL CUERPO DE SAN AGUSTIN, obispo de la isla de Cerdeña, en Pavía, por disposicion de Luitprando, rey de los longobardos.

SAN ROMAN, FUNDADOR DE LOS MONASTERIOS DE MONTE JURA, LLAMADO HOY SAN CLAUDIO.

Nació san Roman en el condado de Borgoña hácia el año de 390. Criáronle sus padres en el santo temor de Dios, y así la niñez como la juventud la pasó con grande inocencia. Por la rectitud de su corazon y por la pureza de sus costumbres fue desde entonces respetado como santo. Tenia Roman deseo verdadero de serlo; y pareciéndole que el mundo estaba lleno de escollos para la virtud, resolvió buscar mas seguro abrigo para la inocencia en el retiro de la soledad.

Hallándose poco instruido en la vida monástica, desconocida entonces en aquel país, determinó ir en busca de un santo abad de Leon

llamado Sabino, para aprender en su espiritual magisterio la ciencia de la salvacion y los caminos derechos de la perfeccion evangélica.

Los grandes ejemplos que observó en aquella religiosa comunidad le avivaron de nuevo los deseos de imitarlos. Enseñado en tan buena escuela, se retiró de ella con muchos aumentos de fervor, llevando consigo las vidas de los Padres y las instituciones de los Abades, que se cree fueron las Colaciones de Casiano.

Resuelto á practicar él solo todas las virtudes que admiraba en los otros, se fué á esconder entre las malezas del monte Jura, que separa el Franco Condado del país de los Suizos, dentro de los términos de la diócesis de Leon. Encontró entre aquellas empinadas montañas un valle llamado Condat, en medio del cual se elevaba un chopo de enorme corpulencia, cuyas ramas horizontalmente extendidas y entretejidas entre sí formaban una especie de techo bastantemente unido, así para no dar entrada á los rayos del sol, como para defender de la lluvia. Al pié de él, ó no muy distante, brotaba una fuente de agua cristalina, rodeada de algunas zarzas que producian cierta especie de frutilla como acerolas silvestres, de gusto desabrido y agrio. Determinó quedarse en aquel sitio, pasando en él algunos años en una perfecta soledad, tan olvidado del mundo como el mundo habia sido olvidado de él.

Empleaba una gran parte del dia y de la noche en meditar las grandes verdades de la Religion, en cantar salmos y en considerar las misericordias del Señor. Lo restante del tiempo le ocupaba, ya en cultivar un corto espacio de tierra, ya en leer las vidas de los Padres y las circunstancias de los Abades, pudiéndose decir que apenas interrumpia sus ejercicios el breve sueño y reposo que tomaba.

Ya habia muchos años que nuestro Santo estaba como enterrado vivo en aquella horrorosa soledad, cuando una noche se apareció en sueños á su hermano segundo, llamado Lupicino, á quien habia dejado en el mundo, convidándole á que le fuese á buscar para participar de las celestiales dulzuras que gozaba en el desierto. Despertó Lupicino, y movido de la vision, dejó á su madre y á su hermana, y fué al instante á hacerse discípulo de su santo hermano.

Eran tan grandes los progresos que los dos fervorosos solitarios hacian en el camino de la virtud, que no era fácil les dejase tranquilos el enemigo comun de nuestra salvacion. Refiere Gregorio Turonense que el demonio intentó desviarlos del desierto con todo género de tentaciones. Entre otras, siempre que se ponian en oracion caia sobre ellos una espesa lluvia de piedras. Salióle bien este nuevo

artificio; porque como los dos nuevos solitarios eran muy bisoños, ó estaban poco aguerridos en aquella especie de combates, tomaron la resolucion de desamparar aquel sitio para buscar otro donde viviesen mas sosegados. Iban ya de camino, y habiéndose hospedado en casa de una buena mujer, noticiosa por ellos de la causa de aquel retiro, les representó con tal viveza el daño que se hacian en rendirse á la tentacion, y les habló con tanto celo, que avergonzados de su cobardía volvieron pié atrás, y en la misma hora se restituyeron á su antigua soledad.

Siguióse á esta generosa resolucion nuevo aumento de fervor, extendiéndose tanto por todas partes el buen olor de su virtud, que en poco tiempo les atrajo un grande número de discípulos. Los primeros, que con no corto trabajo descubrieron el lugar donde estaban escondidos nuestros Santos, fueron dos jóvenes eclesiásticos de Nion, á los que se siguieron tantos otros, que fue menester edificar un monasterio, siendo este el principio de la célebre abadía do Condat, llamada despues de San Oyend, discípulo de nuestro Santo, y al cabo de San Claudio, obispo de Besançon, que habiendo renunciado el obispado se retiró á ella, donde hasta hoy se conserva su santo cuerpo todo entero, haciendo el Señor, por su intercesion, gran número de milagros.

Á la fama de los muchos que cada dia obraban nuestros Santos en su desierto concurrió tanta multitud de gente, que fue preciso edificar otro segundo monasterio en un lugar inmediato llamado Laucone. Y aunque el humor y el genio de los dos santos hermanos era muy diferente, el Espíritu Santo los unió con tan perfecta conformidad de voluntades, que ninguna cosa pudo jamás descomponer ni aun alterar su armonía.

San Lupicino era de genio austero y duro: severo para sí, y no menos severo para los otros; de una especie de rigidez inflexible. Pero san Roman era su correctivo, siendo, por su carácter, afable, indulgente y dulce: á la verdad, era austero para sí, pero suavísimo para los otros, de cuyas miserias sabia compadecerse.

Gobernaba cada uno de los Santos separadamente su monasterio, pero la regla y el espíritu era uno mismo. No es fácil explicar el fervor, la soledad y la penitencia de aquellos santos religiosos: su piedad, el total desasimiento de todas las cosas, su continuo silencio y las demás virtudes que practicaban era asunto á la admiracion y á los elogios de toda la Francia. Mas faltó poco para que el artificio del enemigo comun diese en tierra con aquella santa obra.

Llegó un año algo mas abundante que los demás, y aumentándose las provisiones del monasterio, juzgaron algunos religiosos poco mortificados que tambien debia aumentarse la racion de los monjes. Comenzó la murmuracion, y siguióse á ella el turbarse la paz del monasterio de Condat. Temiendo san Lupicino que la demasiada blandura de su hermano no seria bastante para remediar aquel desórden, le propuso que por algun tiempo trocasen de gobiernos, que él se encargaria por algunos meses del de Condat, y que Roman gobernase mientras tanto el de Laucone.

Consintió Roman; pero apenas Lupicino comenzó á penitenciar á los monjes imperfectos, cuando en una sola noche se escapó del monasterio una gran parte de ellos. Con su fuga se restituyó la paz á la casa; pero Roman se afligió tan extraordinariamente, que con sus lágrimas, con sus oraciones y con sus gemidos movió á compasion al Padre de las misericordias, y consiguió de su piedad el arrepentimiento y la conversion de los fugitivos, que todos volvieron al monasterio llenos de un vivo dolor, y repararon despues con su penitencia y con su fervoroso porte el escándalo que habian dado con su apostasía.

Hallábase poco mas ó menos por este tiempo en Besançon san Hilario, obispo de Arles, donde juzgaba podia ejercer toda la jurisdiccion episcopal, en virtud de la primacía de las Galias que pretendia competirle. Oyó hablar de la extraordinaria virtud de Roman, y, deseando verle, le envió á llamar. En las conversaciones que tuvo con nuestro Santo descubrió en él una santidad tan eminente, que sin querer dar oidos á las representaciones de su humildad le confirió los órdenes sagrados, y hecho ya sacerdote, le volvió á enviar á su monasterio de Condat.

La nueva dignidad solo sirvió para hacerle mas humilde y para que sobresaliese mas la religiosa sencillez de su conducta, sin que jamás se conociese que era sacerdote, sino cuando se le veia en el altar.

Pero creciendo cada dia el número de las personas que venian á ponerse bajo de su direccion y disciplina, fue preciso edificar otros monasterios. Y como entre otras deseasen tambien muchas doncellas consagrarse al Señor bajo el magisterio de Roman, edificó para ellas el monasterio de Beaume, donde cuando el Santo murió se contaban ciento y cinco religiosas, gobernadas por una hermana del mismo Santo, que fue la primera abadesa.

Yendo Roman á visitar el sepulcro de san Mauricio, que se vene-

ra en Agaume, con su compañero Paladio, les cogió la noche en el camino, y para pasarla se refugiaron á una cueva donde se recogian dos leprosos, padre é hijo, que á la sazon habian salido á buscar un poco de leña para hacer lumbre. Cuando volvieron quedaron admirados de ver en ella á los dos huéspedes; pero aun se asombraron mucho mas cuando vieron que Roman se abalanzó á abrazarlos y á besarlos, sin tener horror ni asco de su lepra. Pasaron en oracion la mayor parte de la noche, como lo acostumbraban, y al mismo rayar el alba se pusieron en camino. Los leprosos despertaron despues, y se hallaron del todo sanos. Sabiendo que Roman tomaba el camino de Ginebra, se adelantaron por otro mas breve, y contaron á todos el milagro que acababa de obrar en ellos; y siendo ambos muy conocidos de toda la ciudad, su vista era el testimonio mas fiel de la maravilla. Con esto el obispo y el pueblo le salieron á recibir al camino, y le condujeron á Ginebra como en triunfo. Estas honras sirvieron de gran tormento á san Roman, y le obligaron á volverse cuanto antes á encerrar en su monasterio, donde pocos meses despues, extenuado y cási consumido por sus grandes y continuas penitencias, lleno de merecimientos, rindió el espíritu á su Criador el dia 28 de febrero del año 460, cási á los sesenta años de su edad, habiendo pasado mas de treinta en el desierto.

Fue llevado el santo cadáver al monasterio de Beaume, donde pasaron los religiosos de Condat á hacerle los funerales; continuando Dios en honrarle despues de muerto con los mismos milagros con que le habia honrado en vida. Los que juzgan que san Roman fue religioso benedictino no advierten que san Benito nació al mundo veinte años despues que murió nuestro glorioso Santo.

Parece que la célebre abadía de Condat no tomó el nombre de San Roman, por no haber quedado en ella su santo cuerpo, y que por la contraria razon se llamó la abadía de San Oyend, su tercer abad, hasta el siglo XIII, por venerarse en ella las reliquias de este Santo, cuyo nombre perdió tambien finalmente, y se llamó de San Claudio, por los grandes milagros que comenzó Dios á obrar en el sepulcro de este santo Obispo.

La Misa es del comun de los Abades, y la Oracion es la que se sigue:

Intercessio nos, quæsumus, Domine, beati Romani abbatis commendet, ut quod nostris meritis non valemus, ejus

Suplicámoste, Señor, que la intercesion del bienaventurado abad san Roman nos haga gratos á vuestra

patrocinio assequamur. Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Majestad, para conseguir por sus oraciones lo que no podemos por nuestros merecimientos. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola es del capítulo III *de san Pablo á los Filipenses.*

Fratres : Quæ mihi fuerunt lucra, hæc arbitratus sum propter Christum detrimenta. Verumtamen existimo omnia detrimentum esse propter eminentem scientiam Jesu Christi Domini mei: propter quod omnia detrimenta feci, et arbitror ut stercora, ut Christum lucrifaciam, et inveniar in illo non habens meam justitiam, quæ ex lege est, sed illam, quæ ex fide est Christi Jesu, quæ ex Deo est justitia in fide ad cognoscendum illum, et virtutem resurrectionis ejus, et societatem passionum illius: configuratus morti ejus : si quo modo occurram ad resurrectionem, quæ est ex mortuis : non quod jam acceperim, ut jam perfectus sim : sequor autem si quo modo comprehendam in quo et comprehensus sum à Christo Jesu.

Hermanos: Lo que fue para mí antes ganancia, he reputado despues pérdida por Cristo. Á la verdad que así lo estimo por la eminente ciencia de mi Señor Jesucristo, por quien todo lo desprecio y reputo por basura con tal que gane á Cristo y con él me una ; no por la santificacion que me resulta de la observancia de la ley antigua, sino es por la que nace de la fe de Jesucristo, que es la verdadera justicia dada por Dios en la misma fe para conocerle, juntamente que la virtud de su resurreccion y participacion en sus penas, asemejándome á su muerte, si he de concurrir á la resurreccion de entre los muertos. Yo no vivo persuadido que ya la he conseguido, ó que sea ya perfecto ; y por lo mismo lo sigo hasta tener la dicha de unirme con el Señor del modo que he sido incorporado (en la Iglesia) por Cristo.

REFLEXIONES.

No hay en la tierra bien, no hay fortuna, sino lo que se refiere á Dios, nuestro único y soberano bien. ¿De qué sirve al hombre ganar todo el mundo, si pierde su alma? Nada es ventajoso sino lo que conduce para la salvacion.

El ilustre nacimiento ensoberbece, los grandes bienes de fortuna engrien el corazon, las dignidades, los empleos lustrosos deslumbran y atolondran ; pero por poca religion que se tenga, á poca reflexion que se haga, ¿se podrá fundar mucho sobre estas imaginarias prosperidades? Aquellos que las despreciaron, aquellos héroes del Cristianismo, aquellos que, á ejemplo de san Pablo, miraron, apreciaron todo esto como si fuera un poco de estiércol, ¿se engañaron por ventura? ¿Y serémos nosotros prudentes, si sentimos de estas cosas de otra manera que sintieron ellos?

El que conoce á Jesucristo ¿podrá pensar de otra manera? ¿Aca-

so conocemos bien á este Señor, y nos hacemos cargo de su doctrina? Aquellos cristianos cobardes é imperfectos; aquellas almas mundanas que reputan por grandes ventajas todo lo que satisface á la concupiscencia, todo lo que lisonjea á los sentidos, todo lo que nutre al amor propio, ¿reconocen á Jesucristo por su soberano dueño, por el árbitro de su suerte eterna, por su Redentor, por su Dios y por su Juez? ¿Conocen su ley y su doctrina, tan contrarias á todo lo que desean, y tan opuestas á sus máximas y á sus costumbres? ¡Ah mi Dios, y qué pocos fieles, qué pocos cristianos verdaderos se encuentran cuando se hace reflexion á las costumbres del siglo!

Mira qué alto desprecio hace el apóstol san Pablo de todo lo que embelesa el corazon y el espíritu del mundo: grandes títulos, opulencia, delicias, dignidades, todo lo compara á la basura: *Hæc omnia arbitratus sum stercora.* El mismo concepto hemos de formar de esas cosas por toda la eternidad, los bienaventurados en el cielo, y los condenados en las eternas llamas. Todos, así en el cielo como en el infierno, conocerán la ninguna sustancia de las honras que nos deslumbran, la nada de los bienes falsos, y la vileza de todo lo que al presente nos encanta. ¡Mi Dios! ¿por qué no discurrirémos, por qué no pensarémos mientras vivimos como hemos de pensar y como hemos de discurrir por toda la eternidad?

Todos somos discípulos de Cristo rescatados por su preciosa sangre: pues pregúntese cada cual á sí mismo la parte que tiene en su dolorosa pasion. ¿Represento yo en mí la imágen de su muerte? Pues, no siendo así, todos debemos esperar cuando comparezcamos en su espantoso tribunal oir de su boca aquellas terribles palabras: *Discedite à me, nescio vos:* apartaos de mí, que no sé quién sois, no os conozco.

El Evangelio es del capítulo XII *de san Lucas, pág.* 239.

MEDITACION.

De la limosna.

Punto primero.—Considera que la limosna en nuestra Religion no es de simple consejo, sino de precepto. ¡Qué error tan grosero pensar que la caridad cristiana es obra de supererogacion! Cristo nos intima un precepto expreso de dar limosna, y es tan riguroso este precepto, que bastará no haberle cumplido para ser reprobados de Dios, y para oir de su divina boca aquella formidable sentencia

(*Matth.* XXV): *Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno.*—¿Y por qué, Señor?—*Porque tuve hambre, y no me disteis de comer; porque estaba desnudo, y no me vestisteis.* Es cierto que un Dios tan bueno y tan justo nunca reprobará al hombre por haber omitido sus consejos, sino por haber violado sus preceptos. Di ahora que la limosna es un acto de pura devocion.

En verdad os digo (*Matth.* XXV), añade el Salvador del mundo, *que todo lo que hiciéreis con estos pequeñuelos que veis aquí, conmigo lo haceis.* Despues de esto, ¿no es digno de admiracion que haya pobres en la Iglesia de Dios á quienes falta todo, que los haya en medio de unos cristianos, persuadidos á la verdad de un artículo que es de los mas importantes y de los mas bien fundados de nuestra Religion, conviene á saber, que se hace con Dios lo que se hace con los pobres?

¿Podia Cristo hacer á los pobres partido mas ventajoso que ponerse en su lugar? ¿Podia la divina Providencia consignarles fondo mas abundante para su subsistencia? Y si entre los Cristianos hubiera fe, ¿habria entre ellos hombres mas felices que los mas miserables? No es ya el pobre á quien niego la limosna, sino al mismo Jesucristo. No es ya un hombre vil y despreciable á quien despido con dureza, sino al mismo Autor del universo: despido al Redentor, al Juez soberano de los hombres. Ni pensemos que cuando el pobre nos pide una limosna nos pide una pura gracia: pídenos una cosa á que tiene legítimo derecho, y que de justicia le debemos.

Todos nuestros bienes pertenecen á Dios, son suyos por el derecho de soberanía, y le debemos el tributo y el homenaje de ellos: este tributo y este homenaje le tiene consignado á la subsistencia de los pobres, haciéndoles á ellos sus sustitutos y sus apoderados para que le cobren en su nombre. En vista de esto, ¿te parecerá nada el no socorrer á los miserables? ¿Te parecerá nada el negarles la limosna que les puedes dar?

¡Ah, mi Dios! ¡y qué bien comprendo ahora la justa razon con que condenais á los réprobos por no haber hecho bien al prójimo necesitado, por haberle negado la limosna, que en suma fue una injuria, fue una injusticia que se hizo á vuestra persona! vergonzosa impiedad de que me reconozco y me confieso demasiadamente culpable.

PUNTO SEGUNDO.—Considera que la limosna es una de las señales mas ciertas de predestinacion, como al contrario la dureza con

los pobres es una muestra visible y poco dudosa de la reprobacion eterna.

El fundamento mas sólido de nuestra salvacion es la misericordia de Dios. Pues ¿dónde se cimenta mejor este fundamento que en la misericordia con los pobres? *Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán la misericordia. Con la medida con que midiéreis, con esa seréis medidos.* (*Matth.* v). *Dad, y se os dará á vosotros con medida llena, apretada y que rebose.* (*Luc.* vi).

La limosna, dice Tobias (*Tob.* iv, 11), *purifica las almas del pecado*, consiguiendo un verdadero dolor de nuestras culpas. Despues de todo, decia el Salvador, haced limosna, y seréis purificados de vuestras culpas por la gracia de la conversion que os conseguirá la limosna. *Peccata tua eleemosynis redime*, decia Daniel al otro monarca: Redime con limosnas tus pecados. (*Dan.* iv, 24). Ciertamente entre los grandes embarazos que traen consigo las riquezas para la salvacion, la única ventaja que producen á los ricos es que con ellas pueden satisfacer lo que deben á la justicia de Dios, repartiéndolas entre los pobres. ¡Cuántos poderosos protectores, cuántos finos amigos pueden ganar con ellas en la presencia de Dios!

Bienaventurado aquel, dice el Profeta (*Psalm.* xl, 1), que atiende á las necesidades del pobre: porque no solo le conservará el Señor entre todos los peligros de la vida; no solo le hará dichoso en el mundo, sino que en aquel momento crítico y decisivo de la eternidad le asistirá Dios con modo muy especial; le librará de los lazos y de los artificios del enemigo. ¡Y qué, Señor! ¡despues de tantas seguridades de vuestra liberalidad se hallarán corazones tan duros que no quieran hacer limosna!

¿Por ventura temes que te falte á tí por socorrer á los pobres? ¡Ah! que la limosna es la que asegura los bienes, la que llena las casas de abundancia, y la que perpetúa en ellas las prosperidades. Es preciso tener muy poca religion; es preciso un corazon hecho al revés para tener poca caridad con los pobres.

Mi Dios, grandísimo dolor es el mio por haber conocido hasta aquí tan poco y tan mal la poderosa virtud de un medio tan eficaz para salvarme. Si no me hallo en estado de dar mucho, espero que tomaréis en cuenta mi buena voluntad, y el deseo de serviros y de honraros en la persona de los pobres. ¡Será posible, Señor, que pudiendo haceros bien, haciéndosele á ellos, dude siquiera un punto en ejecutarlo!

JACULATORIAS.—Bienaventurado aquel que mira con compasion al pobre y al necesitado. (*Psalm.* XL, 1).

Nunca padecerá necesidad el que socorre las necesidades del pobre. (*Prov.* XXVIII, 27).

PROPÓSITOS.

1 ¿Quieres dejar muchos bienes á tus hijos; pasar los dias de tu vida con la mayor abundancia; perpetuar el fruto de tus sudores y de tu industria; asegurar la prosperidad misma hasta una larga y dichosa prosperidad? Pues da toda la limosna que pudieres; sé liberal con los pobres; abre la bolsa á los necesitados. Pocos preceptos hay mas positivos, y pocas recompensas hay mas seguras. La limosna no solo no ha empobrecido á persona alguna, sino que seguramente se puede decir que apenas hay fortuna bien cimentada, apenas hay larga prosperidad que no sea efecto de la caridad de los hijos ó de la limosna de los padres. Haz firme propósito desde hoy de no dejar pasar dia alguno sin santificarle con alguna limosna. ¿Tienes bienes de fortuna? Paga el diezmo á Dios en sus pobres, mirándolos á estos como recaudadores de sus rentas. ¿Estás imposibilitado á dar limosna? Pues á lo menos honra á los pobres, sírvelos, consuélalos, alivialos segun la posibilidad de tu estado. Si tuviéramos verdadera fe, fe viva y llena de actividad, á pocos miraríamos con mas respeto que á los pobres, porque veríamos en su persona la imágen de Jesucristo que representan con mucha especialidad.

2 Arregla las limosnas segun tus bienes y tus rentas. ¿Qué has de dar á los pobres, si solo piensas en hacer limosna de lo que te sobra? Poquísimos son los que creen que les sobra nada. Los que mas gastan en el juego, en alhajas, en muebles, en equipajes y en convites son por lo comun los que hacen menos limosna. Despues de eso, ¿de qué nos admiramos de aquellas revoluciones de fortuna que sepultan en el polvo á los que no quisieron pagar á Dios el tributo de sus bienes? Determina á punto fijo lo que has de dar todos los años, todos los meses, todas las semanas y todos los dias á aquel Señor de quien esperas todo, y á quien debes esos bienes y esa vida. Si los tiempos fueren desgraciados, por lo mismo has de ser mas caritativo; ese es el medio de sentir menos los efectos de los males temporales. Los muchos hijos y otras muchas razones domésticas deben reformar los gastos en la profanidad, en las diversiones y en el juego, pero no en las limosnas. Si tuvieras ocho hijos, y Dios te

diera el noveno, no le abandonarias; pues pon en su lugar á Jesucristo, y gasta con los pobres lo que habias de gastar con ese noveno hijo. Deja de jugar, y lo que á tu parecer podias perder hoy en el juego empléalo en limosnas. Tienes gana de comprar una alhaja que no te hace falta, de tener un dia de campo con cuatro amigos, de hacer un gasto de pura vanidad ó por capricho; pues prívate de ese gusto, y da lo que te habia de costar á quien te lo puede restituir ó recompensar con una correspondencia ciendoblada. Pocas comunidades y aun pocas familias particulares se hallarán que no puedan socorrer á algun pobre, á quien quizá se le deja perecer por negligencia ó por olvido. En fin, has de tener siempre una naveta separada que se ha de llamar *el tesoro de los pobres*, donde siempre que cobres parte de tus rentas, ó de las ganancias que hicieres en el comercio, has de meter alguna cosa. Este fondo debe estar independiente de las limosnas ordinarias, y se llamará *el tesoro de los pobres*, porque se ha de destinar para asistirles extraordinariamente en sus necesidades.

FIN DEL MES DE FEBRERO.

NOTA. *La aprobacion del Ordinario se hallará en el último tomo.*

ÍNDICE

DE LO CONTENIDO EN EL MES DE FEBRERO.

PÁG.

DIA I.—Santa Brígida de Escocia, vírgen. 6
San Cecilio, obispo de Iliberi y mártir. 10
El Evangelio y Meditacion: Sobre el beneficio de ser cristianos. 15
DIA II.—De la Purificacion de Nuestra Señora, vulgarmente llamada la Candelaria. 20
Himno. 25
El Evangelio y Meditacion: Sobre el misterio del dia. 28
DIA III.—El beato Nicolás de Longobardi. 33
San Blas, obispo de Sebaste y mártir. 44
El Evangelio y Meditacion: De los falsos gustos del mundo. . . 50
DIA IV.—San José de Leonisa, del Órden de Capuchinos. 55
San Andrés Corsino, obispo de Fiesoli y confesor. 56
El Evangelio y Meditacion: Del buen uso de los talentos que hemos recibido. 64
DIA V.—Santa Calamanda, vírgen y mártir. 69
San Martin de la Ascension, mártir. 69
Santa Águeda, vírgen y mártir. 73
El Evangelio y Meditacion: De las verdades de nuestra Religion. 82
DIA VI.—El santo Misterio de Cervera. 86
Santa Dorotea, vírgen y mártir. 87
El Evangelio y Meditacion: De la salvacion eterna. 93
DIA VII.—San Ricardo, rey de Inglaterra. 97
San Nivardo, confesor. 98
San Romualdo, abad, fundador del Órden de los Camaldulenses. 101
El Evangelio y Meditacion: De la pronta obediencia á la voz de Dios. 109
DIA VIII.—San Juan de Mata, fundador del Órden de la santísima Trinidad, redencion de cautivos. 114
El Evangelio y Meditacion: De los motivos particulares para no dilatar la conversion. 121
DIA IX.—Santa Apolonia, vírgen y mártir. 126
El Evangelio y Meditacion: De la falsa confianza. 133
DIA X.—San Guillelmo, ermitaño y confesor. 137
Santa Escolástica, vírgen. 148
El Evangelio y Meditacion: De la pureza. 154

Dia XI.—San Saturnino y compañeros, mártires. 159
Los siete Siervos de María, fundadores del Órden de Servitas. 163
San Martin de Leon. 171
La Conmemoracion de los fieles difuntos. 177
El Evangelio y Meditacion: De la incertidumbre de la hora de la muerte. 184
Dia XII.—La traslacion de san Eugenio, arzobispo de Toledo y mártir. 188
San Melecio, obispo y confesor. 189
San Eulalia, vírgen y mártir. 193
El Evangelio y Meditacion: Del pecado de impureza. 201
Dia XIII.—San Benigno, mártir. 206
Santa Catalina de Ricci. 207
San Policeto, mártir. 211
Los santos mártires del Japon Pablo Miki, Juan de Goto, y Diego Quisai, de la Compañía de Jesús. 213
El Evangelio y Meditacion: De los tres santos mártires Pablo, Juan y Diego. 225
Dia XIV.—San Valentin, presbítero y mártir. 230
Beato Juan Bautista de la Concepcion, fundador de la reforma de los Descalzos de la santísima Trinidad. 233
El Evangelio y Meditacion: De la necesidad de la penitencia. . 240
Dia XV.—San Faustino y san Jovita, hermanos, mártires. 244
El Evangelio y Meditacion: De los frutos de la penitencia. . . 250
Dia XVI.—San Julian y cinco mil compañeros, mártires. 254
San Honesto, presbítero y mártir. 255
Santa Juliana, vírgen y mártir. 258
El Evangelio y Meditacion: De la perseverancia. 265
Dia XVII.—San Pedro Tomás, obispo y mártir 270
San Julian de Capadocia, mártir. 271
San Silvino, obispo. 273
El Evangelio y Meditacion: De la pureza de intencion. . . . 279
Dia XVIII.—San Eladio, arzobispo de Toledo. 284
San Teotonio, prior de Coimbra. 286
San Simeon, obispo de Jerusalen y mártir. 291
El Evangelio y Meditacion: Del fin del hombre. 297
Dia XIX.—San Beato, presbítero. 302
San Álvaro de Córdoba, confesor. 305
San Conrado Plasentino, confesor. 317
San Gabino, presbítero y mártir. 319
El Evangelio y Meditacion: Del menosprecio que debemos hacer del mundo. 328
Dia XX.—San Leon, obispo. 332
Santa Barbada, vírgen. 336
San Euquerio, obispo. 338
El Evangelio y Meditacion: De los respetos humanos. . . . 346
Dia XXI.—La milagrosa y santa Luz, en Manresa. 350
San Dositeo, confesor. 354
San Félix, obispo. 361
San Tito, obispo y confesor, discípulo de san Pablo, apóstol. . 361

El Evangelio y Meditacion : De los peligros de la salvacion. . . 367
DIA XXII.—La Cátedra de san Pedro en Antioquía. 371
Himno. 375
El Evangelio y Meditacion: De la contradiccion que se halla en nuestra fe y nuestras costumbres. 379
DIA XXIII.—San Florencio, confesor. 384
Santa Marta, vírgen y mártir. 384
Santa Margarita de Cortona, de la Órden tercera de san Francisco.. 387
Himno. 392
El Evangelio y Meditacion : De la santidad. 395
DIA XXIII, ó XXIV, SI ES BISIESTO.—San Pedro Damiano, cardenal y obispo de Ostia. 399
El Evangelio y Meditacion: Del ayuno y de la abstinencia. . . 405
DIA XXIV, ó XXV, SI ES BISIESTO.—San Modesto, obispo. 410
San Matías, apóstol. 412
El Evangelio y Meditacion : Del corto número de los que se salvan. 420
DIA XXV, ó XXVI, SI ES BISIESTO.—San Félix III, papa y confesor. . 424
San Valerio, confesor. 425
San Cesario, confesor. 428
San Avertano. 429
El beato Sebastian de Aparicio. 429
El Evangelio y Meditacion : De la fuga del mundo. 443
DIA XXVI, ó XXVII, SI ES BISIESTO.—Fiesta de Nuestra Señora de Guadalupe de Méjico. 446
San Alejandro, obispo de Alejandría. 446
San Valero, obispo de Zaragoza. 450
El Evangelio y Meditacion: Que solo se encuentra la verdadera libertad en el servicio de Dios. 454
DIA XXVII, ó XXVIII, SI ES BISIESTO.—San Baldomero, confesor. . 457
San Leandro, arzobispo de Sevilla. 459
El Evangelio y Meditacion : Sobre la responsabilidad de los pecados ajenos. 469
DIA XXVIII, ó XXIX, SI ES BISIESTO.—San Roman, fundador de los monasterios de monte Jura, llamado hoy San Claudio. . . . 473
El Evangelio y Meditacion : De la limosna. 479

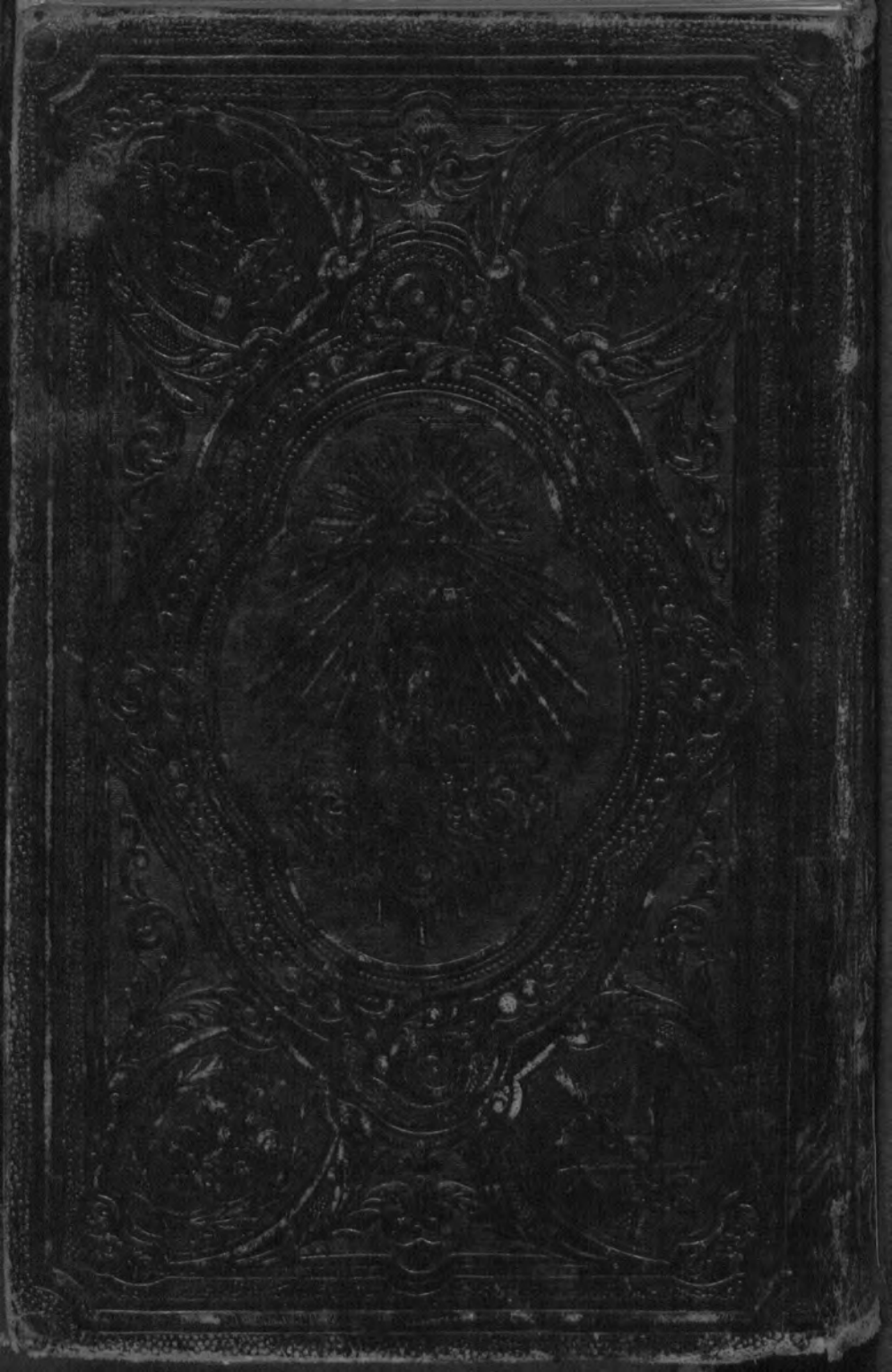
FIN DEL ÍNDICE.

ERRATAS DEL MES DE ENERO.

PÁGINA.	LÍNEA.	DICE.	LÉASE.
31	25	Valerio	Valero
246	24	*Montrio*	*Mont-rio*
280	27	ABACUC	ABACO
315	24	*œstuatus*	*œstuata*

IDEM DEL MES DE FEBRERO.

10	33	dia 13 de mayo,	dia 24 de mayo,
26	42	*afferentes*	*offerentes*
33	33	LUPICINIO	LUPICINO
33	34	ASCARIO	ANSCARIO
69	16	ALVINO	ALBINO
130	28	*œstuatus*	*œstuata*
392	4	*lacrymas*	*lacrymans*



Croisset

AÑO CRISTIANO

FEBRERO

AH 1473